



IMPEDIMENTA

IRIS MURDOCH

*Monjas y soldados*

*Traducción de Mar Gutiérrez Ortiz  
y Joaquín Gutiérrez Calderón*



# MONJAS Y SOLDADOS



IRIS MURDOCH

*Traducción del inglés a cargo de  
Mar Gutiérrez Ortiz y Joaquín Gutiérrez Calderón*



IMPEDIMENTA

Amor, amistad y pasión. Una obra deslumbrante que transporta al lector a la elegancia estilística de otros tiempos. Una de las obras maestras perdidas de Iris Murdoch.

«Una novela que te gustaría que nunca acabara.»

Martin Amis, The Observer

«Iris Murdoch en su máximo esplendor... Una novela que, como la vida, está llena de sorpresas.»

A. S. Byatt, New Stateman

A Natasha y Stephen Spender

## I

—Wittgenstein...

—¿Sí? —dijo el Conde.

El moribundo se movió en la cama, girando la cabeza rítmicamente de un lado a otro de una manera que se había vuelto habitual en los últimos días. ¿Dolor quizá?

El Conde se encontraba de pie junto a la ventana. Ya nunca se sentaba cuando estaba con Guy. En otra época, había tenido más confianza con él, aunque Guy siempre había sido una especie de rey en su vida: su modelo, su profesor, su mejor amigo, su norma, su juez; pero, ante todo, un ser de naturaleza regia. Ahora había un rey distinto y más grandioso presente en la habitación.

—Era una especie de aficionado, de verdad.

—Sí —dijo el Conde. Estaba perplejo por el repentino afán de Guy por menospreciar a un pensador al que tanto admirara antaño: quizá necesitaba creer que tampoco Wittgenstein sobreviviría.

—Una fe ingenua y conmovedora en el poder del pensamiento puro. Y ese hombre creía que nunca llegaríamos a la Luna.

—Así es. —El Conde y Guy habían hablado en numerosas ocasiones sobre asuntos abstractos, pero en el pasado también habían charlado de muchas otras cosas, incluso habían llegado a chismorrear. En aquellos días, no obstante, ya se les habían empezado a agotar los temas. Sus conversaciones se habían vuelto refinadas y frías hasta el punto de que nada personal quedaba entre ambos. ¿Cariño? A esas alturas ya no cabían expresiones de cariño: cualquier gesto de afecto constituiría un craso error, algo de mal gusto. Era cuestión de comportarse correctamente hasta el final. El terrible egoísmo del moribundo. El Conde era consciente de lo poco que ahora necesitaba o deseaba Guy su afecto, o incluso el de Gertrude; y también reconocía, con dolor, que él mismo se estaba alejando, que reprimía su compasión, que llegaba a sentirla como una especie de sufrimiento infructuoso: no queremos aferrarnos demasiado a lo que estamos perdiendo. Subrepticamente le retiramos nuestra empatía y preparamos al moribundo para la muerte, lo reducimos, lo despojamos de sus últimos encantos. Lo abandonamos como a un animal enfermo al que dejamos tirado bajo el seto del jardín. Se supone que la muerte nos muestra la verdad, pero eso es su propio espacio de ilusión. La muerte derrota al amor. Quizá nos muestra que, después de todo, no hay amor alguno. «Ahora estoy pensando los pensamientos de Guy —se dijo el Conde—. Yo no creo esas cosas. Aunque yo no me

estoy muriendo.»

Descorrió un poco la cortina y clavó su mirada en la noche de noviembre. Volvía a caer la nieve en Ebury Street: grandes copos que se movían en masa, lentos y uniformes, en un silencio visible, a la luz de las farolas de la calle, y que se acumulaban casi imperceptiblemente en una oscuridad sin viento. Algunos coches pasaban silbando. Su sonido se apagaba, se atenuaba. El Conde estuvo a punto de decir: «Está nevando»; pero se contuvo. Cuando alguien se está muriendo, no tiene ningún sentido hablarle de la nieve. El tiempo que hiciera ya nada tenía que ver con Guy.

—Era la voz del oráculo. Sentíamos que tenía que ser verdad.

—Sí.

—El pensamiento de un filósofo puede irte bien o no. Solo es profundo en ese sentido. Igual que una novela.

—Sí —dijo el Conde; y añadió—: Sin duda.

—Idealismo lingüístico. Un baile de categorías exangües, después de todo.

—Sí. Sí.

—Pero, de verdad, ¿acaso podría yo ser feliz ahora?

—¿Qué quieres decir? —preguntó el Conde. Últimamente siempre tenía miedo de que incluso en esas estériles conversaciones se pudiera decir algo terrible. No estaba seguro de qué debía esperar de ellas, pero podía ser algo espantoso: una verdad, una equivocación.

—La muerte no es un acontecimiento de la vida. Aquel que vive en el presente es quien vive eternamente. Ver el mundo sin deseo es ver su hermosura. Lo hermoso lleva a la felicidad.

—Nunca he entendido eso —dijo el Conde—, pero tampoco parece tener sentido. Supongo que es de Schopenhauer.[1]

—Schopenhauer, Mauthner, Karl Kraus... ¡Menudo charlatán!

El Conde consultó disimuladamente su reloj. La enfermera les ponía un límite estricto a sus conversaciones con Guy. Si se quedaba demasiado tiempo, Guy empezaba a divagar: lo abstracto daba pie a lo visionario; la computadora mental comenzaba a embarullar sus datos. Un poco menos de sangre en el cerebro y todos nos volvemos locos de remate, nos ponemos a desbarrar sin freno. Las divagaciones de Guy le resultaban terriblemente dolorosas al Conde: la desvalida irracionalidad, todavía consciente de sí misma, de las mentes más racionales. ¿Cómo sería por dentro? Era cosa de los analgésicos, por supuesto: la causa era química. Pero ¿acaso eso mejoraba la situación? No era natural. Aunque ¿era natural la muerte?

—Juegos del lenguaje, juegos funerarios. Pero... la cuestión... es...

—¿Sí?

—La muerte ahuyenta a la estética, que es la que gobierna sobre todo lo demás.

—¿Y sin ella?

—No podemos experimentar el presente. Quiero decir que morir...

—Ahuyenta...

—Sí. La muerte y morir son enemigos. La muerte es un poder voluptuoso ajeno. Es una idea en

la que se puede indagar; en la que pueden indagar los que sobreviven.

«Ay, indagaremos en ella —pensó el Conde—, indagaremos en ella. Luego tendremos tiempo.»

—El sexo desaparece (ya te lo imaginarás). ¡Un moribundo con deseo sexual! Eso sería obsceno.

El Conde no dijo nada. Se volvió otra vez a la ventana y frotó la superficie empañada que su aliento había dejado en el cristal.

—¡Sufrir es una porquería! La muerte es limpia. Y no habrá ninguna... *lux perpetua*... ¡Cómo detestaría que la hubiera! Solo *nox perpetua*..., gracias a Dios. Es solo el... *Ereignis*...[2]

—El...

—Aquello a lo que uno le tiene miedo. Porque se da... probablemente... una especie de acontecimiento, medio acontecimiento... En cualquier caso... Y uno se pregunta... cómo será... cuando llegue...

El Conde no quería hablar de eso. Carraspeó, pero no a tiempo para interrumpirlo.

—Supongo que uno se muere como un animal. Puede que muy pocos tengan una muerte humana: morir de agotamiento, o bien sumidos en algún tipo de trance. Que corra la fiebre como un barco arrastrado por la tempestad. Y al final... ¡queda tan poco de uno mismo, tan poco que pueda desvanecerse! Todo es vanidad. Nuestras respiraciones están contadas. Puedo ver que el total previsible de las mías... ya está aquí... ante mis ojos.

El Conde continuaba de pie junto a la ventana contemplando los enormes y lentos copos de nieve que caían desde la oscuridad, iluminados. Habría querido detener a Guy, hacerlo hablar de cosas cotidianas, pero también pensó: «Quizá este discurso sea muy valioso para él, su elocuencia, la última posesión personal de una mente que se está quebrando. Quizá me necesite para poder hacer un soliloquio que le alivie la angustia. Pero es demasiado rápido, demasiado extraño. No puedo barajar sus ideas como antes. Estoy torpe y no puedo conversar. ¿O acaso le basta con mi silencio? ¿Querrá verme mañana? Ha desterrado a los demás. Habrá un último encuentro». Últimamente el Conde se pasaba por Ebury Street todas las noches. Había renunciado a su escasa vida social. De todas formas, pronto no habría más mañanas: el cáncer estaba muy avanzado. El médico dudaba de que Guy llegara a las Navidades. El Conde no pensaba a tan largo plazo. Se le aproximaba una crisis vital propia, de la que, cautelosamente, honorablemente, había decidido apartar los ojos.

Guy seguía moviendo la cabeza de un lado a otro. Era un poco mayor que el Conde, tenía cuarenta y tres años, pero ahora, sin ningún rastro ya de su antigua apariencia leonina, parecía un viejo. Le habían cortado la melena, pero se le había caído más pelo aún. Su frente arrugada era una cúpula de la que se había desprendido todo. Su gran cabeza había encogido y se había afilado, y se le acentuaban los rasgos judíos. Un ancestro rabínico de ojos brillantes lanzaba miradas iracundas a través de su cara. Guy era medio judío; sus antepasados habían sido judíos cristianizados, hombres ricos, caballeros ingleses. El Conde contemplaba la máscara judía de Guy. Su padre había sido ferozmente antisemita. Por eso, y por otras muchas cosas, el Conde (que era polaco) hacía constante penitencia.

Al fin, tratando de imponer la cotidianidad, el Conde dijo:



—¿Estás en condiciones de leer? ¿Puedo traerte algo?

—No. La *Odisea* me despedirá de este mundo. Siempre me he identificado con Odiseo; solo que ahora... no volveré atrás... Espero tener tiempo para terminarla. Aunque es tan tremendamente cruel al final... ¿Van a venir esta noche?

—¿Te refieres a...?

—*Les cousins et les tantes.*

—Sí, imagino que sí.

—«Huyen de mí los que alguna vez me buscaron.»[3]

—Al contrario —dijo el Conde—, si hay alguien a quien tú quisieras ver, te puedo asegurar que esa persona querría verte a ti. —Había aprendido de Guy una cierta precisión en el discurso que resultaba casi engorrosa.

—Nadie entiende a Píndaro. Nadie sabe dónde está la tumba de Mozart. ¿Qué prueba el hecho de que Wittgenstein nunca pensara que llegaríamos a la luna? Si Aníbal hubiera avanzado hasta Roma después de la batalla de Cannas, la habría tomado. Ah, bien. *Pocimur.*[4] Esta noche parece diferente.

—¿El qué?

—El mundo.

—Está nevando.

—Me gustaría ver...

—¿La nieve?

—No.

—Es casi la hora de la enfermera.

—Estás aburrido, Peter.

Ese era el único comentario de verdad que Guy le había dirigido esa noche, una de las últimas y valiosas señales, en medio de aquel espantoso monólogo confidencial, de que la conexión entre ambos persistía. Para el Conde casi fue demasiado. Estuvo a punto de gritar de angustia y de dolor. Pero respondió como Guy le exigía, como Guy le había enseñado.

—No. No es aburrimiento. Es solo que no soy capaz de captar tus ideas; quizá es que no quiero. Y no permitirte dirigir la conversación... sería terriblemente descortés.

Guy admitió su respuesta con aquella rápida mueca en que se había transformado ahora su sonrisa. Por fin se quedó en silencio, incorporado en la cama. Sus miradas se encontraron, luego se apartaron rehuyendo la punzada de dolor.

—Ah, bueno... Ah, bueno... Ella no debería haber vendido el anillo...

—¿Quién...?

—«En fin de compte... ça revient au même...»

—«De s'enivrer solitairement ou de conduire les peuples.»[5] —El Conde completó la cita, una de las preferidas de Guy.

—Todo ha ido mal desde Aristóteles. Ahora podemos ver por qué. La libertad murió con Cicerón.

¿Dónde está Gerald?

—En Australia con el gran telescopio. ¿Querías...?

—Yo creía que mis pensamientos vagarían por espacios infinitos, pero aquello era un sueño. Gerald habla del cosmos, pero no es posible hacer eso: no se puede hablar de todo lo que hay. Las reglas del juego... ni siquiera garantizan... que uno sepa *algo*...

—¿Qué...?

—Nuestros mundos crecen y menguan con una diferencia: pertenecemos a tribus diferentes.

—Siempre ha sido así —dijo el Conde.

—No..., solo ahora. Ay..., qué mal está todo por aquí. ¡Cuánto desearía poder...!

—¿Poder...?

—Verlo...

—¿Verlo?

—Ver... el conjunto... del espacio lógico, la cara superior... del cubo...

A través de la puerta que Gertrude, la mujer de Guy, acababa de abrir sin hacer ruido, el Conde vio a la enfermera de noche sentada en la sala. Ella se levantó en ese momento y se acercó, rápida y sonriente. Era una morena robusta con las mejillas casi de color granate. Se había cambiado las botas por las zapatillas, pero todavía olía al aire de la calle y a frío. Repartía amabilidad a diestro y siniestro. Sus bonitos ojos oscuros bailaban algo vagamente y titilaban: estaba pensando en otras cosas (en las satisfacciones, en los planes que la aguardaban). Se apartó y se pasó la mano por su oscuro pelo ondulado. Tenía un ligero aire de sentirse competente, ufana, algo que habría resultado agradable, incluso tranquilizador, en una situación en que aún cupiera alguna esperanza. Parecía haber algo casi alegóricamente triste en su distanciamiento del desaliento que reinaba a su alrededor. El Conde se echó a un lado para dejarla entrar. Entonces se despidió de Guy con la mano y se marchó. La puerta se cerró tras él. Gertrude, que no había entrado con la enfermera, ya había vuelto al salón.

\* \* \*

El Conde (habría que explicarlo) no era un conde de verdad. Su vida había sido un embrollo conceptual, una equivocación; igual que la vida de su padre. De sus antepasados más remotos no sabía nada, salvo que su abuelo paterno, al que habían matado en la Primera Guerra Mundial, había sido soldado profesional. Sus padres y su hermano mayor Jozef, por entonces un niño, habían llegado a Inglaterra desde Polonia antes de la Segunda Guerra Mundial. Su padre, de nombre Bogdan Szczepański, era marxista. Su madre era católica. (Se llamaba Maria.) El matrimonio no fue precisamente un éxito.

El marxismo que profesaba su padre era una variante polaca algo peculiar. Adquirió conciencia política en la Polonia de posguerra, una Polonia destruida, embriagada de independencia y de entusiasmo por haber reivindicado su nacionalidad de la mejor manera posible, aplastando a un

ejército ruso en las afueras de Varsovia en 1920. Bogdan era precoz desde el punto de vista político: fue seguidor de Dmowski, pero admirador de Piłsudski.[6] Su patriotismo era intenso, cerrado y antisemita. Dejó a su madre y una casa repleta de hermanas cuando aún era muy joven. Quería ser abogado y estudió, durante poco tiempo, en la Universidad de Varsovia, pero pronto se metió en política (posiblemente desempeñara labores administrativas). A su odio por Rosa Luxemburgo solo lo superaba su odio por Bismarck (odiaba a un gran número de personas, del pasado y del presente). Tenía un temprano recuerdo de su madre diciendo que Rosa Luxemburgo merecía ser asesinada porque quería entregar Polonia a los rusos. (Su padre, a quien Bogdan apenas recordaba, había cumplido por supuesto su primer deber paterno al decirle a su hijo que todos los rusos eran unos demonios.) Sin embargo, aunque Bogdan nunca dejara de odiar a Rosa Luxemburgo (y se alegrara ligeramente cuando acabaron por asesinarla), una intensa vena absolutista, natural en él, lo condujo al marxismo. Sentía que el destino lo había elegido para convertirse en el creador de un genuino marxismo polaco. Tenía un primo, miembro del pequeño e ilegal Partido Comunista Polaco, con el que había mantenido encarnizadas discusiones. El partido era prorruso y además estaba plagado de judíos de mierda, pero, curiosamente, a pesar de eso, atrajo al joven Bogdan: en el marxismo había una intensidad, una especie de absoluto, que lo fascinaba. Era un «camino corto»; era idealista, antimaterialista, violento y no prometía comodidad alguna. Sin duda, Polonia requería, como mínimo, una entrega total como esa. No obstante, como más tarde le contó a su hijo, su particular patriotismo no le permitió convertirse en comunista. Siguió siendo un marxista furioso, aislado e idiosincrásico, el único hombre que verdaderamente había entendido lo que el marxismo significaba para Polonia.

Se casó en 1936. Entonces Stalin intervino en su vida. El Partido Comunista Polaco nunca había sido más que un ineficiente e insignificante instrumento en manos del gran líder ruso. Los comunistas polacos se habrían disgustado ante un acercamiento ruso-germano. Además, estaban infectados por el virus del patriotismo y no podían desempeñar en los planes que Stalin tenía para Polonia ningún papel que no pudiera desempeñar mejor el Ejército Rojo. En consecuencia, con aquella serena implacabilidad, intencionada y lúcida, tan característica de sus políticas y de su éxito, Stalin liquidó de raíz al Partido Comunista Polaco. El primo de Bogdan desapareció. El propio Bogdan, un disidente marxista confeso, un intelectual, el típico hombre problemático, estaba ahora en peligro. En 1938 llegó a Inglaterra con su mujer y su hijo. En 1939 decidió regresar a Polonia; sin embargo, los acontecimientos se habían precipitado y se quedó confinado en Inglaterra, de modo que se convirtió en un espectador enloquecido y desdichado del subsiguiente destino de su país, y la terrible culpa de no haber luchado en suelo polaco lo atormentó de por vida.

El Conde nació justo antes de la guerra. Su primer recuerdo consciente era que había tenido un hermano, pero que este había muerto. Su hermano había sido maravilloso. En cierto modo, el Conde debió de ser un consuelo, un sustituto para sus padres, unos pobres exiliados. Con el despertar de la conciencia, experimentó también la certeza del exilio. La primera percepción del Conde fue la de una bandera roja y blanca. Aquel maravilloso hermano había fallecido en un ataque

aéreo. Varsovia había sido destruida. Esos fueron los primeros datos que recibió el Conde en su vida, para él casi más nítidos que sus propios padres. Bogdan, viendo frustrado su regreso a casa y ahora, de nuevo fuera de toda lógica, un ferviente admirador de Sikorski,[7] se había unido a la Fuerza Aérea polaca, constituida a la sazón en Inglaterra bajo la égida del Gobierno en el exilio. Quería ingresar en la brigada paracaidista y soñaba con regresar a su país desde el cielo como un libertador, para convertirse enseguida en un destacado estadista en la Polonia independiente de posguerra. Sin embargo, nunca abandonó tierra firme, ya que al poco tiempo un estúpido accidente en un entrenamiento lo devolvió a la vida civil. Consiguió un trabajo (de nuevo, probablemente como oficinista) en el Gobierno polaco en Londres. Allí consumió su corazón y su tiempo en su odio a Rusia (su odio a Alemania se daba tan por descontado que apenas constituía una ocupación) y en vanos intentos de infiltrarse en la conspiración de alto nivel que obsesionaba a sus compatriotas más poderosos. Él, por supuesto, le ofreció sus servicios como mensajero al Ejército Nacional clandestino de Polonia, pero fue rechazado. (El Conde nunca dudó de que su padre fuera un hombre muy valiente que habría dado la vida con entusiasmo al servicio de su país.) Era capaz de seguir con cierto detalle aquella agonizante diplomacia mediante la cual, tras la muerte de Sikorski, Mikołajczyk[8] trató de complacer a Gran Bretaña aplacando a Stalin, pero sin entregarle a Rusia la zona oriental de Polonia. Y más tarde a menudo se la describía al Conde, que de niño era exasperantemente indiferente a los destinos de las marismas del Prípiat.

El Ejército Rojo, por supuesto, había entrado en Polonia en septiembre de 1939, según lo acordado con los alemanes. La noticia de que los rusos habían asesinado en secreto a quince mil oficiales polacos fue uno de los golpes que la conciencia de Bogdan tuvo que encajar y que su capacidad de odio tuvo que digerir en la primera parte de la guerra. Por aquel tiempo, también circularon rumores de cómo estaban administrando los alemanes su parte de Polonia. En palabras del gobernador alemán: «La noción misma de *polaco* será eliminada en los siglos venideros. Ninguna forma de estado polaco renacerá jamás. Polonia será una colonia y los polacos, meros esclavos dentro del Imperio alemán». La rabia, el odio, la humillación, un amor apasionado y un orgullo mortalmente herido luchaban de tal modo en el alma de Bogdan que a veces parecía que podría morir de pura emoción. De joven, el Conde, forzado a revivir esos horrores y decidido a que no le afectaran, se maravillaba de la falta de realismo de su padre. ¿No era capaz de ver lo indefensa e insignificante que era Polonia? ¿Cómo podía haber esperado que Churchill o Roosevelt se preocuparan de la frontera polaca? Evidentemente, la historia tendía, y siempre había tendido, a que Polonia estuviera sometida a Rusia. De hecho, a Polonia no le había ido demasiado mal en tiempos de paz en lo que al territorio se refería. Posteriormente el Conde tendría un sentir diferente respecto a todas esas cosas. La guerra de Bogdan, y en cierto sentido también su vida, terminó el 3 de octubre de 1944. El Alzamiento de Varsovia, la gran insurrección que los polacos habían esperado, comenzó el 1 de agosto, cuando la artillería del Ejército Rojo hizo temblar las ventanas de la ciudad. Los polacos de Varsovia empezaron a combatir a los alemanes. El avance de los rusos se detuvo. El Ejército Rojo no cruzó el Vístula. Los rusos se retiraron. La Fuerza Aérea Soviética desapareció de los

cielos. Los bombarderos alemanes volaron sin impedimento a ras de los tejados de la ciudad. Los británicos y los americanos lanzaron desde el aire escasos pertrechos armamentísticos. Las desesperadas peticiones de ayuda a Moscú y a Londres fueron desatendidas. El Ejército Polaco clandestino luchó en solitario contra los alemanes durante nueve semanas. Y, al final, se rindió. Doscientos mil polacos fueron asesinados. Los alemanes, en su retirada, hicieron saltar por los aires lo que quedaba de Varsovia.

\* \* \*

De niño, el Conde no quería ni oír hablar de esas cosas. Tuvo una temprana conciencia de sí mismo como decepción y sustituto. Se acobardaba ante la culpa, el abatimiento y el orgullo humillado de su padre. No quería participar en esa interminable y agonizante autopsia («Y Stalin dijo..., y Churchill dijo..., y Roosevelt dijo..., e Eden dijo..., y Sikorski dijo..., y Mikołajczyk dijo..., y Anders dijo..., y Bor-Kómorowski dijo..., y Bókszczanin dijo..., y Sosnkowski dijo...», etcétera, etcétera). Mientras su padre, que en esa época apenas podía hablarle a nadie excepto a su hijo, volvía una y otra vez sobre la Línea Curzon,[9] el Conde, cuya ambición consistía en aprobar los exámenes y ser un estudiante inglés normal, escribía esmeradamente en su libreta: «Miles puellam amat. Puella militem amat». No quería oír hablar de aquellos siglos de miseria, de «particiones» y traiciones, de caballeros teutones, de lo que pasó en Brest-Litovsk[10] ni del error que cometió el duque Conrado[11] en 1226. Él no iba a rendirles culto a Kościuszko y Mickiewicz,[12] ni siquiera sabía quiénes eran. Y lo peor de todo: en tanto que su madre se negaba tercamente a aprender inglés, él se negaba tercamente a aprender polaco (por supuesto, su hermano Jozef había hablado un polaco excelente). Desde que entró en la escuela, no volvió a pronunciar ni una sola palabra en polaco. Si se dirigían a él en polaco, respondía en inglés, unas veces fingiendo no entender y otras sin entender de veras. Su padre lo miraba fijamente con indecible dolor y se marchaba. La tempestad que se desataba en el alma de Bogdan raramente se manifestaba de forma física. El Conde recordaba algunas broncas terribles e incomprensibles en polaco: su padre gritando, su madre llorando. Posteriormente, su padre se fue alejando de su mujer y de su hijo, incluso de sus compatriotas de Londres. Nunca volvió a hablar de la posibilidad de volver a Polonia: su madre y sus hermanas habían desaparecido durante la sublevación. Se quedó en Inglaterra, un país cuya interesada deslealtad no podía perdonar. Cuando el Gobierno polaco de Londres (que, de hecho, ya no era el Gobierno polaco) se disolvió (habiendo optado algunos de sus miembros por el exilio y otros por arreglárselas para regresar a Polonia con la intención de obtener algún apoyo en el que pronto iba a convertirse en el nuevo Gobierno comunista), Bogdan consiguió un trabajo de oficina en una compañía inglesa de seguros. Su peculiar marxismo, privado del alimento de la esperanza, ya se había consumido y había dado paso a un odio feroz hacia el comunismo. Contemplaba los acontecimientos de la Europa del Este con un pesimismo que rozaba el rencor. Ahora dedicaba su tiempo a maldecir a Gomulka.[13] Se animó un poco con la muerte de Stalin, pero no esperaba nada de los disturbios de Poznan.[14] Contempló la

sublevación húngara y su destino con amarga envidia, con amarga ira. Murió en 1969, habiendo vivido lo suficiente como para ver a Gomulka enviando tropas polacas a acompañar a los tanques rusos en Praga.

El Conde pasó su infancia haciendo grandes esfuerzos por ser inglés, atormentado por su padre e incapaz de comunicarse con su madre. Una ambición estrecha de miras y desesperada, junto con la ayuda de un fondo de prestaciones polaco con el que su padre había estado relacionado, lo llevaron a la London School of Economics. Su verdadero nombre era Wojciech Szczepański. («¡Menudo nombre tan enrevesado!», había comentado cariñosamente uno de sus profesores del colegio en su momento.) Los ingleses entre los que vivía tenían que lidiar con su apellido (que no era difícil de pronunciar, una vez que se le pillaba el truco), pero se negaban a tolerar las extrañas consonantes de su nombre de pila. En la escuela lo llamaban simplemente «el Grande», ya que incluso entonces destacaba por su altura. No era impopular, pero tampoco hizo amigos. Se reían de él y siempre lo consideraron algo pintoresco. El joven se avergonzaba de la pinta de extranjero y del acento raro de su padre, aunque se consolaba un poco cuando alguien decía: «El padre del Grande es un bandido». Sus padres, por supuesto (y eso era un alivio), nunca invitaron a casa a sus compañeros de clase. En la universidad, alguien hizo el chiste de que todos los exiliados polacos eran condes, y a partir de entonces al Conde se le conoció como «el Conde» y todo el mundo empezó a llamarlo «Conde». Después se supo que tenía un segundo nombre de pila más inocuo, Piotr, y algunos se acostumbraron a llamarlo «Peter» o «Pierre», pero ya era demasiado tarde para librarse de aquel apodo tan familiar. La verdad era que al Conde no le desagradaba su título nobiliario. Era una pequeña broma inglesa que lo vinculaba a su entorno y le proporcionaba una pizca de identidad. Ni siquiera le importaba que a veces algún desconocido lo tomara por un conde de verdad. Sin estar nunca totalmente seguro de si se trataba de una farsa o no, lo cierto es que jugaba un poco a ser el aristócrata o, por lo menos, el caballeroso extranjero que se cuadra de un taconazo. A pesar de todos sus esfuerzos por ser inglés, tenía un ligero acento foráneo. Y, en cada célula de su ser, poco a poco la sensación de saberse extranjero fue adquiriendo más y más intensidad. Sin embargo, su condición de polaco no le servía de refugio. Era más bien una pesadilla personal.

Su madre murió dos años después que su padre. Languideció en una absoluta soledad. El Conde, lleno de remordimientos, empezó a comprender entonces, cuando ya era demasiado tarde, lo sola que había estado siempre; y, cuando ella estaba a punto de morir, él empezó a vivir en su amor por ella y en el amor de ella por él, ahora incurablemente nostálgico. Había adquirido, a pesar de su determinación de no hacerlo, ciertos conocimientos de la lengua polaca, y en esa época se puso a estudiarla en serio, sentado con su libro de gramática junto a la cama de su madre y haciéndola reír con su pronunciación. Cuando se acercaba el final, ella le preguntó tímidamente si le importaría que la visitara un sacerdote. El Conde, entre lágrimas, se apresuró a buscárselo. Su padre había odiado el cristianismo casi tanto como había odiado a Rusia. Su madre se había acostumbrado a ir sola a misa, a escondidas. Nunca le había enseñado a su hijo ninguna oración: nunca se habría atrevido. Nunca le había insinuado que fuera a la iglesia y el Conde nunca había pensado en ir. Ahora, que de muy

buena gana la habría acompañado, ella estaba postrada en la cama; y, cuando un lituano polaco-parlante entró en la casa vestido de negro, trató al Conde, con una mezcla de disculpa y pena, como a un inglés. Después de que su madre muriera, el Conde tomó la costumbre de sentarse en las iglesias católicas y entregarse a un pesar intenso, confuso e incoherente.

Tras su paso por la London School of Economics, donde mostró un considerable talento para la lógica simbólica y el ajedrez, su ambición se agotó. Consiguió trabajo como analista de mercado, algo que odiaba, y después pasó a ocupar un puesto de un nivel más bien modesto en la Administración Civil del Estado. Su madre, ya entonces fallecida, se había ocupado de dejarle claro cuán grande era su deseo de que se casara: si la primera palabra que recordaba haber aprendido de su padre era *powstanie*, «insurrección», con el tiempo la palabra *dziewczyna*, «muchacha», empezó a salir a menudo de la boca de su madre. Pero de alguna manera el Conde nunca consideró seriamente la posibilidad del matrimonio. Había tenido algunas desafortunadas relaciones informales en la School of Economics. Era demasiado puritano como para disfrutar de la promiscuidad. Afortunadamente, contaba con la firmeza necesaria para poner fin a los enredos fallidos. Se daba cuenta de que prefería estar solo. Tenía la sensación de estar escondiéndose (no esperando, sino escondiéndose). Estaba rodeado de buenas amistades, contaba con un trabajo bastante interesante, pero era un desgraciado crónico. Su infelicidad no era desesperada; simplemente, tranquila, estable y profunda. Su piso de Londres se había convertido en un espacio de soledad, una ciudadela de aislamiento de la que empezaba a asumir que nunca saldría.

A aquellas alturas, al Conde le resultaba evidente lo irremediablemente polaco que estaba condenado a ser. Por fin, enfermo de anticipación, de indecisión, de miedo, decidió visitar Varsovia. No le habló a nadie del viaje. De todas formas, nadie a quien conociera quería hablar de Polonia. Fue como un turista solitario. No había familia a la que buscar. Para entonces Varsovia estaba casi completamente reedificada: el centro de la ciudad era una réplica exacta de lo que los alemanes habían destruido. Tuvo la buena suerte de estar presente, en medio de una multitud enfervorecida, silenciosa y sin aliento, cuando la cúpula dorada fue colocada por fin en lo alto del palacio real reconstruido. Se alojó en un hotel, grande e impersonal, cercano al monumento de los caídos de la guerra. Estaba solo; un inglés tímido y excéntrico con un acento espantoso y nombre polaco. La hermosa ciudad reconstruida era para él un fantasma. (Le había oído decir a su padre muchas veces que Varsovia había quedado tan completamente destruida que habría sido más fácil abandonar las ruinas arrasadas y construir una nueva capital en cualquier otro sitio.) Y en esa hermosa ciudad reconstruida él paseaba como un fantasma, un atento fantasma atormentado y marginado.

Mientras tanto, a Gomułka lo había sucedido Gierek[15] (el padre del Conde también lo habría odiado). El Gobierno de Polonia, que anteriormente había considerado a los polacos exiliados unos traidores, empezaba sensatamente a congraciarse con su diáspora. El Conde se quedó muy asombrado cuando empezó a recibir correspondencia con sello polaco, publicaciones en inglés y en polaco, revistas literarias, cuestionarios, propaganda, noticias. Estaba sorprendido y extrañamente contento de descubrir que ellos sabían que existía. Su padre se habría alarmado, habría sospechado.

(Más adelante, cuando se dio cuenta de que probablemente se habían limitado a buscar apellidos polacos en la guía telefónica, se sintió menos halagado.) Leía vorazmente esas ofrendas, pero no respondía. No había nada para él (así lo sentía) al otro lado de la correspondencia, y él tampoco tenía nada para ellos. No había nada que él pudiera hacer por Polonia. Las misivas burocráticas le tocaban el corazón; sin embargo, eran cartas de amor enviadas a una dirección equivocada. Igual que su padre, tenía interiorizada Polonia a su manera, sufriendo en solitario: él era su propia Polonia. A pesar de toda la resistencia de su niñez, su padre le había transmitido un intenso y encendido patriotismo, que ardía incesantemente, aunque también en vano.

No hablaba de ello con nadie; y la verdad es que tampoco lo animaban mucho a hacerlo. Nadie se acercó a él lo suficiente como para sospechar la intensidad de su vida secreta. Nadie estaba realmente interesado en su nacionalidad, ni siquiera en su nación. ¿Era Polonia invisible? Muchas veces meditó sobre el hecho de que Inglaterra hubiera entrado en la guerra precisamente por Polonia. (En cierto modo, así lo había hecho todo el mundo: *mourir pour Danzig?*)[16] Pero ahora, en Inglaterra, eso no quería decir nada. Estaba olvidado. Por supuesto, el asunto del punto en que Inglaterra y Francia decidieron trazar la frontera en aquellos años terribles constituía un mero accidente dentro de la historia. Todo el mundo parecía pensar en Polonia (si es que pensaban en ella) desde una perspectiva de mecánica diplomática, como parte de un problema más general, como componente del Imperio austrohúngaro, como una de las «repúblicas democráticas del este». La eterna «cuestión polaca» nunca parecía tratar de verdad sobre Polonia, sino sobre la utilidad que pudiera dársele a Polonia o sobre el obstáculo que Polonia pudiera representar en los planes a mayor escala de otros. Nadie parecía percibir o apreciar aquella singular llama ardiente de la nacionalidad polaca, que, aun debilitada por un vecino implacable, seguía ardiendo *como siempre había ardido*.

Tales reflexiones (y eran frecuentes) engendraron en el Conde una especie de fantasioso heroísmo frustrado, como el de alguien a quien le han estafado su herencia y que espera una llamada a las armas. Tenía un papel heroico en el mundo, aunque sabía que era un papel imposible que nunca descubriría. En la realidad él no era un activista. (Había donado dinero a algunas causas, pero nunca había asistido a las reuniones.) Ahora aquella sensación de estar solo con su padre había tomado un nuevo cariz. La admiración y el amor y la nostalgia se extendían lúgubrememente hacia aquella sombra. Su padre había sido un exiliado y un pensador y un caballero, un hombre valiente y un patriota, un hombre perdido, destruido, decepcionado, arrasado. Había muerto con *finis Poloniae*[17] escrito en el corazón. El Conde, comparando con aquella estatura su exiguo ser, sobriamente convirtió el «heroísmo» de su padre en una especie de sentido del honor negativo: nunca moriría por Polonia, como habría hecho su padre, de buen grado y sin dudarle un segundo, si hubiera podido, pero estaba en su mano evitar cualquier vileza que pudiera degradar su memoria, y cultivar un estricto rigor moral con el que hacer frente al mundo. Ese era su honor. Sabía que su padre se había visto toda su vida como un soldado. El Conde también se veía a sí mismo como un soldado, pero como un soldado muy normal, con la insipidez, las posibilidades limitadas y las escasísimas probabilidades de gloria que le eran propias.



Cuando el Conde ya pasaba de los treinta, recibió un tardío ascenso y fue trasladado de su oscuro departamento al Ministerio del Interior. Allí conoció a Guy Openshaw, que era el jefe de su sección. Guy se ganó su afecto haciéndole preguntas. El Conde era todo un fenómeno, un caso raro. A Guy le gustaban las rarezas. Guy nunca le preguntaba exactamente las cosas que el Conde quería, y las preguntas nunca llegaban a hacer que el Conde entrara en conversación. Pero, aunque es posible que Guy nunca llegara a *ver* completamente lo que tenía delante, sí que le preguntaba por su infancia, por sus padres y por sus creencias (cosa que, por extraño que parezca, nadie, ni siquiera una mujer, había hecho antes). Y no era solo la precisión de las preguntas lo que seducía al Conde. Era el tipo de respuestas que Guy esperaba: tenían que ser simples, directas, lúcidas, sinceras, y debía exponerlas con una cierta serena dignidad. Ese método de interrogatorio hacía aflorar la verdad, pero con una limitación casi deliberada, como si hubiera una periferia de cosas que Guy *no* deseara saber. Un interrogador menos experto podría, le gustara o no, haber oído más. El Conde practicaba ese juego con Guy y hasta cierto punto también con Gertrude, quien instintivamente había adquirido, quizá en contra de su naturaleza, algo de la afectuosa precisión inquisitiva de Guy. De hecho, el Conde les contó, solo a ellos dos, ciertas cosas de gran importancia sobre sí mismo, para así apaciguar su corazón. Gracias a esas «indiscreciones», se estableció un fuerte vínculo entre la pareja y él.

El Conde había sido un estudiante receptivo y un alumno excelente en los exámenes, y entabló de inmediato una relación de alumno y profesor con Guy, casi (aunque ambos eran de la misma edad) de padre e hijo. De hecho, para muchos de sus conocidos, Guy representaba el papel de una especie de patriarca. Era un brillante administrador destinado (o eso parecía) a desempeñar las más altas responsabilidades. Su excelencia, su particular talento, su poder fueron para el Conde garantía de estabilidad y prueba de su propia valía. Se sentía bien admirando a Guy, respetándolo. Dejó de jugar al ajedrez con Guy porque detestaba ganarle (siempre). A Guy no le importaba, pero al Conde sí. Y así fue como se convirtió en un miembro del «círculo» Openshaw y encontró una especie de hogar en el gran piso de Ebury Street, y como, a través de él, entró en contacto con la sociedad inglesa y, según a veces le parecía, con el cosmos.

El Conde se cuadró ante Gertrude Openshaw. Ella no lo miró. Sumida en su dolor, evitaba los ojos de todo el mundo, como si le diera vergüenza mostrar tanta pena. A ella y al Conde los unía una especie de terrible y embarazosa incomodidad. No mostraban emoción alguna entre sí, no había sobresaltos.

—Está nevando otra vez. ¿Has visto?

—Sí.

—¿Cómo estaba?

—En buena forma.

—¿Te ha soltado lo del cisne blanco?

—No.

—¿Y lo de que «ella vendió el anillo»?

—Sí.

—¿A qué se refiere?

—No lo sé.

—¿Quién? ¿Qué anillo? Ay, Dios. ¿Y lo de «la cara superior del cubo»?

—Sí.

—¿Qué es eso del cubo?

—No lo sé —dijo el Conde—. Podría tener algo que ver con los presocráticos.

—¿Lo has mirado?

—Sí. Lo volveré a mirar.

—¿O con la pintura?

—Podría ser.

El Conde, rastreando la mente de Gertrude, sabía lo consternada que estaba por los desvaríos de su marido; por el hecho, al que todos ellos habían tenido que enfrentarse las últimas semanas, de que Guy ya no era él mismo. El Conde, casi con argucias, había intentado consolar a Gertrude diciéndole que había algo de visionario y de poético en las cosas extrañas que Guy a veces decía, que había que tomarlas como hermosas manifestaciones que revelaban cierta felicidad o luz interior. Pero Gertrude, que odiaba la religión y cualquier tipo de «misticismo», no encontraba alivio en esas conjeturas. Ella vivía la irracionalidad de Guy como algo aterrador y casi desagradable, como una especie de incontinencia mental. Era un inesperado horror añadido. El Conde pronto renunció a intentar consolarla mediante referencias a Blake. De todas formas, no se creía de verdad lo que decía: había llegado a considerar los leves desvaríos de Guy como algo mecánico, como un impredecible fallo de un circuito eléctrico, como un mal contacto.

El Conde, Wojciech Szczepański, estaba de pie ante Gertrude. Era alto, más alto que Gertrude, más alto incluso que Guy, y muy delgado. Tenía la cara blanca y afilada, los ojos azules muy claros y el pelo lacio de un rubio descolorido. Tenía la severa y afilada cara eslava propia de los de su raza, tan diferente de la cara rusa, más sólida y sensual. Parecía un jugador de ajedrez, un lógico simbólico, un descifrador de códigos. Su boca era fina e inteligente. Sin embargo, tenía también una mirada tímida e insegura, siempre un poco dubitativa, incluso perpleja. Seguía pareciendo un niño, aunque su cara blanca y seca presentaba a menudo un aspecto demacrado, cansado, ya nada juvenil.

Gertrude (McCluskie de soltera) era, aun al final de la treintena, una mujer hermosa. La edad, que despliega cortinas de piel alrededor de los ojos y deja hendiduras en la frente, apenas la había tocado todavía. Era de mediana estatura, y podría decirse que contaba con unos pocos kilos de más. Tenía unos ojos marrón claro muy radiantes que miraban al mundo con una especie de feliz autoridad. El color dorado de su tez podría compararse con un agradable bronceado. Su media melena, ligeramente rizada y de color castaño oscuro, le caía por los lados con un desorden cuidado, desenfadado y abundante. Vestía de manera inteligente, con más austeridad que elegancia, y siempre para agradar a su marido. Gertrude reconocía discretamente la «influencia formativa» de Guy en su vida matrimonial, en tanto que, a la vez, se proclamaba como una mujer difícil de dominar. Era

medio escocesa, medio inglesa. Sus padres habían sido ambos maestros de escuela y, tras una exitosa trayectoria universitaria, Gertrude adoptó la misma profesión. Después de casarse (conoció a Guy, que por entonces trabajaba en el Departamento de Educación, en una conferencia) siguió dando clases varios años. No tenían hijos. Ella tuvo un aborto, y entonces los médicos le dijeron que no podría tener hijos. Fue por aquella época, y pensando que Guy la necesitaba en casa, cuando dejó de trabajar.

—¿Ha dormido bien? —preguntó el Conde. Siempre preguntaba lo mismo. Quedaban pocas cosas que se pudieran preguntar sobre la salud de Guy.

—Bueno, sí..., sí. Por la noche ningún problema.

Desde el pasillo llegó un sonido ahora familiar: era la enfermera de noche abriendo la puerta del dormitorio para indicarle a la señora Openshaw que ya podía entrar a ver a su marido. Gertrude dijo:

—Conde, te quedarás hasta la hora de las visitas, ¿no? Para *les cousins et les tantes*.

Guy tenía un poderoso sentido de la familia (su padre había sido uno de seis hermanos), reforzado quizá por sus instintos paternos frustrados. Era un *pater familias* por naturaleza, y habría sido un padre entregado y probablemente bastante estricto. De hecho, le gustaba reunir a la familia, en la que se incluían sus allegados más lejanos, juntándolos a todos en una pequeña cuadrilla bajo su benévola supervisión. En ese retrato de su vida, sus amigos también debían figurar como parte de la familia. Y así fue como el Conde quedó convertido en una especie de primo honorífico. Guy trataba a este grupito heterogéneo de «parientes» con una mezcla de responsable preocupación e informal superioridad. Se refería a ellos de manera colectiva, por alguna razón en francés, con *les cousins et les tantes*. Era un hombre verdaderamente amable y generoso, pero su «superioridad» no dejaba de guardar cierta relación con el dinero. Los cristianizados Openshaw (quizá originariamente Oppenheim o algo así) eran una familia de banqueros, y acostumbraban a representar el responsable papel de los parientes ricos entre los parientes pobres.

—Por supuesto que me quedaré para la hora de las visitas. He traído un libro.

—¿Proust? ¿Gibbon? ¿Tucidides?

Gertrude conocía sus gustos.

—No, Carlyle.

Los Openshaw dejaban, siguiendo una tradición anticuada, un «día» para las visitas, en el que contaban con que sus amigos y parientes de Londres se pasaran a tomar una copa de camino a casa, al salir del trabajo. Esas reuniones informales habían llegado a suponer para el Conde la faceta más agradable de su escasa vida social. Esta era, de hecho, la primera vez en su vida en que entraba en contacto con algo parecido a un grupo familiar, la primera vez en que él mismo pasaba a formar parte de ellos. Al principio, cuando Guy cayó enfermo, aunque no todavía como enfermo incurable, *les cousins et les tantes* se habituaron a hacer breves llamadas cada cierto tiempo, para preguntar cómo estaba. Pero, cuando se le declaró el cáncer, el número de visitas disminuyó; únicamente el círculo más próximo de amigos íntimos continuó llamando, y solo algunos de ellos siguieron pasándose cada

noche a saludar al enfermo. Guy, según parecía, se alegraba con esas visitas. Últimamente, sin embargo, había perdido el interés por la compañía. Las enfermeras y el médico (que era un primo auténtico) les aconsejaban que no lo «cansaran». El Conde, además, sospechaba que Gertrude quería ocultar a su marido, evitar exponerlo en tal estado de debilidad a las miradas compasivas pero inevitablemente curiosas de aquellos que, en su papel de clientes[18] o miembros de su clan, lo habían tratado con reverencia durante tanto tiempo. Pero interrumpir las visitas habría supuesto anunciar el fin. La «familia» seguía acudiendo por cariño a Gertrude y, aunque ella los mantenía alejados de Guy y fingía considerarlos una «molestia», no dejaba de sentirse verdaderamente agradecida por esas muestras de apoyo.

En verdad, la única persona con la que Guy aún quería hablar era el Conde. El Conde tomó conciencia de su privilegiado *status* con sentimientos encontrados. En muchos sentidos habría preferido despedirse antes de él, puesto que no le quedaba más remedio; habría sido más fácil. Esa larga temporada con Guy en la antesala de la muerte era un asunto peligroso: podía suceder algo terrible, doloroso, algo que nunca en la vida serían capaces de olvidar. Años atrás, cuando Guy lo admitió por primera vez en su círculo íntimo de amistades, lo había invadido el miedo de estar destinado a ser examinado y rechazado. Había algo tras la apacible superioridad de Guy, algo demoníaco, algo que podía llegar a ser cruel. Posteriormente, el Conde empezó a ver a Guy como alguien que podía ser cruel, pero que nunca lo era. Tal vez pareciera algo demoníaco, y sin embargo era responsable y correcto. Resultaba notablemente característico, tanto de Guy como de Gertrude, su poderoso sentido del deber, de la férrea necesidad de una conducta decente, algo que, cuando uno los conocía bien, se tornaba tan evidente como el color de su pelo o de sus ojos. Además, según pasaba el tiempo, el Conde, a pesar de su inseguridad, llegó a creer en el afecto que Guy le profesaba, aunque también sabía que ese afecto estaba mezclado con una especie de inteligente compasión. Por eso, ahora, al darse cuenta de que él era el último que quedaba, la única persona que, aparte de la propia Gertrude, hablaba regularmente con Guy, sentía una mezcla de satisfacción y dolor. Por supuesto que apreciaba esa extraordinaria muestra de confianza; pero llegaba demasiado tarde. Y no podía evitar sentir que Guy, y también Gertrude, lo toleraban en aquel final o cerca de él porque «no importaba lo que el Conde pensara o dijera»: estaba presente en el dormitorio del moribundo como podría estarlo su perro. Y el Conde rumiaba todo eso. Algunas veces lo interpretaba como desprecio, otras como un inmenso cumplido.

Los visitantes vespertinos, es decir, los «íntimos», continuaban llegándose por allí, aunque a ellos no se les permitía ver a Guy. Ahora, un pequeño número de personas (los mismos o con ligeras variaciones) se pasaba a preguntar por Guy cada tarde, a dejar mensajes, libros, flores y a hablar con Gertrude, a proporcionarle consuelo y la seguridad de estar arropada. Se tomaban una copa, hablaban en voz baja y no se quedaban mucho tiempo, pero la pequeña ceremonia tenía su importancia. El Conde no podía evitar darse cuenta de que casi podría decirse que algunos disfrutaban de la situación.

—De acuerdo —dijo Gertrude—, ahora mismo entro a ver a Guy.

El Conde se sentó en una silla cerca de la chimenea, donde un fuego de leña y carbón ardía en honor de la nieve. Conocía esa habitación muy bien, casi mejor que las anodinas habitaciones de su propio pisito, donde había muy poca cosa de aspecto interesante que pudiera resultar atractiva para la mirada o la mente. Se sentía *seguro* en el salón de los Openshaw. Era amplio, radiante de color y, a juicio del Conde, perfecto. No había nada, ni grande ni pequeño, que hubiera deseado cambiar o desplazar siquiera un milímetro. Y, de hecho, durante los años en que la había conocido, la elegante estancia no había variado en absoluto. El único elemento que cambiaba eran las flores, y estaban siempre en el mismo lugar, sobre la mesa de marquetería, junto a las bebidas. El Conde se maravillaba del afán que mostraba Gertrude, incluso en aquellas circunstancias, por poner flores. En un jarrón grande y verde había dispuesto con mucho arte hojas de eucalipto y haya, junto con algunos crisantemos blancos que les había regalado Janet Openshaw. (Había más flores que les habían llevado fuera, en la sala, pero ninguna en la habitación de Guy. Guy pensaba que las flores debían quedarse en su sitio.) Guy y Gertrude seguramente se habían esforzado mucho en preparar una habitación bonita. Lo habían logrado y estaban satisfechos. No eran coleccionistas y la verdad es que no les interesaban demasiado las artes visuales, pero para esas cosas tenían «buen gusto».

El Conde estiró sus largas piernas, arrugando una sedosa alfombra de color oro viejo estampada con un diminuto diseño geométrico. Abrió su libro, la vida de Federico el Grande de Carlyle. Estaba leyendo sobre la ridícula relación entre Federico y Voltaire. Disfrutaba mucho con aquello, pues odiaba a Voltaire, si bien él y Guy tenían distintos pareceres sobre el filósofo. El Conde se identificaba con Rousseau, a pesar de que habría sido incapaz de decir exactamente por qué. Por supuesto, el Conde odiaba también a Federico (sus odios eran abstractos comparados con los de su padre), pero había algo en la visión del mundo de Carlyle que lo atraía.

—¿Quieres algo?

—No, gracias.

—¿Té, zumo?

—No.

—La enfermera ha preguntado por la cena. ¿Quieres algo en especial?

—Solo sopa.

—¿No tienes ganas de ver a nadie esta noche? ¿A Manfred?

—No.

—¿Quieres algún libro de la habitación de al lado?

—Tengo libros aquí.

—Me gustaría poder hacer algo, traerte algo.

—No te preocupes: estoy bien.

—Está nevando otra vez.

—Eso me ha dicho Peter.

Gertrude y Guy se miraron. Luego apartaron la mirada. Gertrude no le había hablado a nadie de

cómo su relación con Guy se había venido abajo. Para ella, aquello resultaba tan terrible como la propia muerte de su marido, un acontecimiento que le quedaba aún por soportar. Pero eso ya suponía, en cierto sentido, su muerte, el verdadero comienzo de la misma, la muerte de Guy para ella, la rotura del vínculo de la conciencia. Había una barrera de angustia entre ellos y ninguno de los dos podía franquearla. Guy hasta había dejado de intentarlo. La miraba con ojos lejanos, ensimismados, absortos. Podía hablar con el Conde, pero no con ella. Y, cuando lo hacía, a menudo desvariaba y decía cosas extrañas que a Gertrude le daban mucho miedo: aquella mente brillante y clara en cuya *luz* había vivido se volvía irremediablemente confusa y oscura. Quizá se quedara callado porque temiera asustarla; o quizá lo horrorizara el deterioro definitivo de su imagen ante su mujer, esa horrible derrota a manos del destino; o no quisiera alimentar un amor que estaba a punto de transformarse, para él en sueño, para ella en luto.

Siempre habían estado muy cerca el uno del otro, unidos por unos estrechos e inextricables lazos de amor y entendimiento. Nunca habían dejado de ansiar la compañía del otro. Nunca se habían peleado en serio, nunca se habían distanciado, nunca habían dudado de la completa lealtad del otro. Una componenda de franqueza y sinceridad constituía la particular dicha de sus vidas. Su amor había crecido alimentado a diario por la viveza de sus pensamientos compartidos. Habían crecido juntos en mente, cuerpo y alma, una bendición que solo en contadas ocasiones se les concede a dos personas. No podían estar en la misma habitación sin tocarse. Siempre expresaban hasta sus más triviales pensamientos. Su intercomunicación discurría por medio del ingenio. La broma y la reflexión habían constituido el lenguaje de su amor. «Sin él me moriré —pensaba Gertrude—. No me suicidaré, sino que simplemente me quedaré sin vida. Seré una muerta que camina de aquí para allá.»

Había ciertos temas que su cariño instintivamente había convertido en tabú: nunca volvieron a hablar del hijo perdido. Y (esto estaba de alguna manera relacionado con ello) nunca tuvieron mascota, ni perro ni gato: había que evitar ciertos elementos tiernos y conmovedores. Era como si, para sortear la angustia, tuvieran que impedir que la malla de su ternura se volviera demasiado fina. Aunque bromeaban y eran abiertamente cariñosos cuando estaban juntos, no daban rienda suelta a ciertas efusiones o expresiones de sus sentimientos. Su lenguaje era casto, y había una silenciosa dignidad en su amor.

Por supuesto, siempre habían sido francos entre sí y habían vivido su matrimonio como una transferencia mutua. Se confesaban el uno con el otro y se redimían el uno al otro. Hablaban de sus aventuras pasadas y sus pensamientos presentes, de sus faltas, sus errores, sus pecados, siempre con tacto, siempre con gracia y sin regodeos autocomplacientes. De manera consciente, mantenían entre sí cierto recato e inocencia, la certeza de saberse afortunados y la determinación de ser inocuamente felices.

Ambos habían sido, de maneras diferentes, niños afortunados y consentidos: Guy era hijo único, el niño mimado de unos padres acaudalados e inteligentes; Gertrude, también hija única, la niña de los ojos de su padre, fue el retoño tardío de unos maestros de escuela eficientes, laboriosos y cívicos. El padre de Gertrude le había enseñado que ella era toda una princesa. También le había enseñado a

amar los libros y a trabajar mucho, y a disfrutar de las cuestiones intelectuales sin preocuparse demasiado de ser una «intelectual». Sus padres murieron antes de que se casara, pero tuvieron la satisfacción de ver a su brillante hija convertida en una profesora muy capaz. La madre de Guy no llegó a conocer a Gertrude, pero su padre vivió lo suficiente para bendecir el matrimonio de su hijo. Aprobaba a Gertrude, aunque, habiendo regresado en secreto a la fe de sus antepasados, habría preferido una chica judía. (Por supuesto, nunca le reveló esa sorprendente debilidad a Guy, que despreciaba todas las religiones.) Sufrió con amargura por el nieto perdido. Nunca preguntó por una posible nueva descendencia. Murió poco después. Para Guy fue un disgusto tremendo.

Gertrude y Guy daban por supuesto que siempre serían útiles y activos. Eran polifacéticos, todavía jóvenes y pensaban constantemente que podrían hacer «todo tipo de cosas» en el futuro. Había libros que escribir, habilidades que adquirir, cimas intelectuales que escalar. Viajaban un poco, pero no mucho porque Guy prefería aprovechar sus vacaciones para estudiar. Según habían pasado los años, no había llegado a averiguar si no sería más un estudioso que un administrador. Finalmente decidió que sería también un estudioso a toda costa, y empezó a trabajar en un libro sobre la justicia, el castigo y el derecho penal. Gertrude había estudiado Historia en Cambridge. Guy había estudiado Clásicas y Filosofía en Oxford y siempre había sentido un persistente y vivo interés por esta última disciplina. Cuando dejó la enseñanza, Gertrude se propuso escribir una novela, pero Guy la disuadió enseguida, y por supuesto ella terminó estando de acuerdo. ¿Acaso necesitaba el mundo otra novela mediocre? Durante un tiempo, trabajó como ayudante de investigación de Guy. Aprendió alemán. Se planteó entrar en política (ambos eran de izquierdas). No hacía mucho que había empezado a darles clases de inglés a inmigrantes asiáticas. No tenía preocupaciones ni ansiedad. Había mucho que hacer. El tiempo pasaba, pero siempre quedaba tiempo suficiente.

Sin embargo, ahora el tiempo había enloquecido. La enfermedad de Guy parecía estar llevándolo, ante los ojos de su esposa, a través de las distintas etapas de la vida hasta la vejez. Poco a poco, la dimensión del futuro fue desapareciendo de sus conversaciones. Gertrude, en un momento determinado, dejó de decir: «Te encontrarás mejor en primavera». Nunca le había dicho: «No tiene cura». Y el médico tampoco. Cuando ella le preguntó si se lo había contado a Guy, él dijo: «Ya lo sabe». ¿Cuándo empezó a saberlo? Habían tenido ciertas esperanzas con algún tratamiento. Ahora, sus ojos raramente se encontraban; y (lo que era más terrible para Gertrude) sus pequeños rituales de ternura habían desaparecido de sus vidas. Ahora no se atrevía a cogerle la mano. Cuando le daba masajes en las doloridas piernas, estremecedoramente enflaquecidas y llenas de calambres, lo hacía como una enfermera. En su afán de evitar cualquier palabra, cualquier gesto que pudiera hacer que se pusieran a llorar, Gertrude pensaba que a veces debía de parecerle incluso fría, como si en el fondo, simplemente, deseara que todo hubiera acabado ya. Y había veces en que sí que deseaba que todo acabase y que el sufrimiento de Guy, borrado por la muerte, desapareciese. ¡Si ella siquiera pudiera venirse abajo! Pero no. Era fuerte y no se iba a venir abajo. No había lugar adonde pudiera fluir su amor ni expresión en que se pudiera manifestar. Es más, las reglas de su feliz vida en común, quizá misericordiosamente, los separaban ahora, y ella esperaba y rezaba por que Guy también

entendiera esa misericordia. Si se hubieran puesto a llorar y a lamentarse de la tremenda crueldad de todo aquello, se habrían vuelto locos de dolor.

Y Gertrude no lloraba muy a menudo. Tenía la sensación de que, más adelante, en esa nueva época, nunca dejaría de llorar. Ahora, cuando en privado derramaba algunas lágrimas, se lavaba la cara y se la empolvaba con cuidado. «Es como un campo de concentración —pensaba—. No puedes mostrar tu sufrimiento por miedo a que vaya a ser peor.» Y verdaderamente le parecía un campo de concentración, un estado de horror que no podría haber previsto y que a la imaginación le resultaba inconcebible soportar, pero que, sin embargo, soportaba, ya que no había alternativa. Veía cómo cambiaba la cara amada y ya estaba dejando de comparar la de antes con la de ahora. Observaba sin gritar mientras la hermosura de Guy se iba destruyendo y la cariñosa, equilibrada y aguda brillantez de su mente se iba apagando. Sin duda, si Guy podía desvariar y olvidar, era que ya no quedaba ninguna lógica en el mundo.

«Quizá me odie —pensaba—. Quizá se trate de eso, de resentimiento, de venganza.» ¡A veces era tan cortante, tan irritable, tan impaciente! ¿Cómo puede el moribundo no odiar a los que viven, a los que sobreviven? No había manera de descubrir lo que él sentía, ninguna cuestión que ella pudiera plantear o inquirir que no provocara una terrible sacudida en la habitación. No podía preguntarle por la cara superior del cubo o por el cisne blanco. No podía preguntarle por su dolor. A veces la enfermera le inyectaba analgésicos por la noche. Ella intentaba no pensar en el dolor, pero estaba allí, inmenso, en la habitación; igual que la muerte también estaba en la habitación; y ambos planeaban, como dos nubes negras, sobre la figura que se encontraba en la cama, a veces por separado, a veces fundiéndose entre sí.

«Bien —pensó Gertrude—, si odia el universo, si odia a Dios, como cabría esperar, entonces que odie a Dios en mí, si eso le alivia la angustia.» Así hablaba su amor, pero también ese amor estaba desvariando y perdido en la oscuridad.

Manfred asomó la cabeza por la puerta del salón.

—Hola, Conde. ¿Estás tú solo?

—Hola, Manfred —dijo el Conde levantándose de un salto—. Gertrude está con Guy.

—Me vendría bien una copa —dijo Manfred—. He tenido un día espantoso y vaya si hace frío fuera. —Se sirvió la bebida de la bandeja que había sobre la mesa de marquetería. Manfred North (sus padres habían sido unos entusiastas de Byron) trabajaba en el banco de la familia. Era primo segundo de Guy.

El salón de los Openshaw (donde el Conde se sentía tan seguro) era una habitación grande con tres ventanas altas que daban a Ebury Street. Se trataba de un espacio elegante y acogedor, con una serie de sillas variadas, todas preciosas (y sin embargo muy cómodas), situadas a cierta distancia de la chimenea, de cara a ella. Sobre la moqueta lisa, del color del pelo de Gertrude, había dos buenas alfombras: una, la dorada y sedosa, con el diminuto dibujo matemático, por la que el Conde había estado arrastrando los pies; y la otra, una alargada y muy bonita, con un elegante estampado de



animales y árboles que se extendía bajo las ventanas describiendo una especie de privilegiado paseo. La ancha repisa de mármol de la chimenea era un altar; en sus extremos había dos jarrones de cristal de Bohemia, rojo y ámbar, y, en el centro, una ingeniosa orquesta de monos de porcelana que tocaban distintos instrumentos formando un semicírculo. La asistente de Gertrude, la señora Parfitt, les quitaba el polvo religiosamente a estos y a otros adornos de la habitación con un plumero, pero nunca los movía (el Conde una vez experimentó una mezcla de temor sagrado e indignación cuando vio a un invitado coger distraídamente un tamborilero de porcelana y quedárselo en la mano mientras explicaba algo). Varias pinturas al óleo, algunas de antepasados, adornaban las paredes. Sobre la chimenea, en un marco ovalado, había un hermoso retrato de la abuela paterna de Guy, una mujer menuda y morena con una anhelante y atractiva cara sonriente y unos ojos que, a la encantadora sombra de un quitasol blanco, miraban atentamente por debajo de su oscuro pelo. Su familia era judía ortodoxa y se mostró contraria a su boda con el abuelo de Guy. Al final accedieron porque era judío y, aunque «oficialmente» cristiano, había declarado con firmeza ser ateo. Ella, por su parte, había desaprobado el matrimonio del padre de Guy con una gentil, incluso a pesar de que la novia tenía dinero y tocaba el violín. Sin embargo, cuando llegó su adorado nieto, cedió. Otras pinturas representaban a poderosos caballeros, casas, posesiones, perros. Por desgracia, pocas de aquellas pinturas tenían valor artístico (el pequeño y encantador Sargent constituía una excepción). Los Openshaw eran una familia con aptitudes musicales de la que había salido (no en el caso de Guy) una buena cantidad de talentosos intérpretes. El tío Rudi, que tocaba el chelo, había sido también un compositor aficionado de cierta notoriedad. Sin embargo, en lo que a pintores se refería, se habían conformado inequívocamente con la segunda fila.

—¿Cómo va la oficina? —preguntó Manfred. Era un hombre alto, más alto incluso que el Conde (el Conde medía uno ochenta y seis; Manfred, uno noventa y dos), y de complexión robusta, un tipo corpulento. Su cara, grande y anodina, que siempre parecía expresar un altanero regocijo, miraba al mundo desde arriba. Los padres de Manfred habían vuelto, no de forma poco agresiva, al judaísmo ortodoxo, pero a Manfred no le interesaban esas cosas. Al final de la treintena y todavía soltero, se lo consideraba un hombre de éxito. Al Conde le caía bien, pero le fastidiaba muchísimo cómo aquel tipo se desenvolvía en el piso de los Openshaw. A él también le habría gustado tomarse algo, pero, por supuesto, no iba a coger nada hasta que se lo ofreciera Gertrude.

—¿La oficina...? Ah, todo bien. —¿Qué podía decir? La oficina no era nada para él. Allí echaba de menos a Guy, lo echaba mucho de menos, pero no iba a decirle eso a Manfred. Nunca habían compartido nada personal. Pero a Manfred le caía bien el Conde, no era un enemigo.

—¿No te vas a tomar nada? —preguntó Manfred. Eso era una pulla por su parte.

—No, gracias.

Entró Stanley Openshaw. (Gertrude siempre dejaba la puerta abierta a la hora de las visitas, de modo que nadie tuviera que tocar el timbre.) Stanley era primo hermano de Guy. Él también se había casado con una gentil, pero en la familia se consideraba que había ido demasiado lejos al convertirse tan radicalmente al cristianismo anglicano, la religión de su mujer. (Gertrude, al igual

que Guy, no tenía ninguna creencia religiosa, a menos que el odio a la religión pudiera contar como tal.) Era miembro del Parlamento (del ala derecha del laborismo), y un hombre diligente y amable, querido por sus electores (tenía un escaño por Londres), pero no parecía probable que alcanzara el rango de ministro. La gente opinaba que su esposa Janet, economista, era más inteligente. A veces ella también iba de visita a Ebury Street, pero no se llevaba demasiado bien con Gertrude. (Janet era tan buena cocinera que Gertrude había decidido desde el principio no competir con ella. Por suerte, Guy apenas se fijaba en lo que comía.) A pesar de tener un ojo algo más grande que el otro, Stanley, con la misma cabeza leonina que Guy, era guapo. Y tenían también tres hijos muy guapos, a los que les iba muy bien en los estudios.

—Hola, Stanley. ¿No vas a la Cámara esta tarde?

—No, pero no puedo quedarme mucho: tengo sesión de consultas. —En las noches de sesión de consultas, Stanley solía estar reunido hasta bien entrada la madrugada oyendo las quejas de los electores.

—Te encantan los problemas —dijo Manfred.

—Me interesa cualquier clase de problema —dijo Stanley—. Y eso es un problema en sí mismo. No puedo considerarlo un mérito moral.

—¿Espero que no!

—Yo solo espero que mi coche vuelva a arrancar.

—Ed Roper le ha puesto las cadenas al suyo.

—Claro. —Ed Roper, un primo «honorífico», estaba metido en el negocio del arte—. ¿Alguna novedad sobre Guy, Conde?

—Nada nuevo —dijo el Conde—. Gertrude está ahora con él.

—¿Creéis que Gertrude venderá la casa de Francia? —dijo Stanley sirviéndose una copa—. No me importaría comprarla.

Al Conde le molestaban aquellas preguntas triviales, aquel distanciamiento, aquel ambiente informal casi «festivo». Y, sin embargo, ¿cómo iban a comportarse? Se pasaban por allí por Gertrude, le llevaban un soplo de normalidad cotidiana que quizá le servía más que la sombría seriedad del Conde. Stanley por lo menos bajaba la voz. El volumen alto de Manfred era más difícil de amortiguar.

—Hola, Veronica.

—Está nevando a más no poder.

—Por extraño que parezca, nos hemos dado cuenta.

—Bueno, vosotros dos habéis venido en coche; yo, andando.

—Te llevaré a la vuelta.

—Gracias, Manfred. He dejado las botas en el recibidor. He traído estas zapatillas en el bolso, como hacíamos en las fiestas de los niños. Hola, Conde. Supongo que Gertrude está con Guy. Ah, una copa. Gracias, Stanley, querido.

Veronica Mount (de soltera Ginzburg), viuda, pertenecía a la generación anterior. Era judía, y

estaba emparentada con la familia de Guy por su matrimonio. Desde hacía mucho, se la consideraba una «experta en los Openshaw». Conocía el árbol genealógico de la familia al completo, desde sus más remotos orígenes en Alemania, Polonia y Rusia, y sabía exactamente qué relación tenía cada cual con todos los demás. Su marido, Joseph Mount, muerto hacía mucho, trabajaba en algo relacionado con violines. La señora Mount era una mujer culta que vivía con modesto refinamiento (algunos decían que en la indigencia) cerca de Pimlico.

El Conde le dio las buenas tardes. Siempre pensaba que la señora Mount se burlaba un poco de él, pero quizá fueran imaginaciones suyas.

—Y aquí está Tim.

—Hola, Tim.

Tim Reede, un joven debilucho, había entrado en la foto familiar (nadie recordaba muy bien cómo) en calidad de protegido del tío Rudi. Se decía que era pintor o algo así. Se sirvió una copa.

—Supongo que habrá elecciones en primavera, ¿no? No tienes por qué preocuparte, Stanley: tu escaño es para siempre.

—Hoy día puede pasar cualquier cosa. Uno le tiene un miedo espantoso al rechazo.

—Como se lo tenemos todos —dijo la señora Mount.

—Hablando de elecciones, tengo una entrada de más para *Turandot*. ¿La quiere alguien? ¿Veronica?

—Manfred, tan amable como siempre.

—Sé que el Conde no la quiere: detesta la música.

—Yo no...

—¿Has visto a Gertrude? —le preguntó la señora Mount al Conde (ella siempre hablaba con suavidad: no le hacía falta bajar la voz)—. ¿Cómo está sobrellevando la tensión?

—Eso, ¿cómo está Gertrude?

—Ah, ella está... muy bien —dijo el Conde.

—Sí, está muy bien, ¿verdad?

—Necesita a sus amigos, necesitará a sus amigos. ¡Qué circunstancias tan trágicas!

—Nos necesita a su alrededor para mantenerse a flote.

—¡Hombre, Sylvia!

Sylvia Wicks (de soltera Oppenheim) era una prima lejana (solo la señora Mount sabía cómo de lejana). Sin embargo, guardaba un extraño parecido con la abuela de pelo moreno del quitasol. Aunque Sylvia había sido muy guapa antaño, ahora, en la mediana edad, tenía un aspecto desaliñado. Sus oscuros rizos, a través de los cuales miraba al mundo, le colgaban en descuidados mechones alrededor de la cara. Con todo, todavía vestía bien.

—¡Qué de tiempo sin verte, Sylvia! —dijo Manfred.

—Tim, dale a Sylvia una copa.

—¡Qué vestido tan bonito! ¿Tienes los pies mojados, querida?

—¡Qué noche tan horrible!

Se estaba desatando una tormenta dentro de la cabeza de Sylvia Wicks. Siempre había sido desgraciada, solo que ahora casi parecía que le había caído encima una maldición. Sus padres murieron cuando ella era muy niña y la crio una tía resentida, que no le dio ninguna educación, pero que al menos le dejó un poco de dinero. Con ese dinero Sylvia se compró algo de ropa y una casa. Allí hospedó a un inquilino. Se llamaba Oliver Wicks. Se casaron. Vendieron la casa y compraron otra a nombre de Oliver. Sylvia terminó sin dinero, sin casa, sin marido y con un niño de dos años. También se quedó con su ropa, y se la había seguido poniendo desde entonces (era muy buena costurera). Nunca estuvo demasiado segura de cómo había pasado todo. Se sentía tan contenta de haberse quitado a Oliver de encima que nunca pensó a fondo en el asunto, y además le daba mucha vergüenza contarle a la familia las fechorías de su marido. Sin embargo, Moses Greenberg, el abogado de la familia (estaba casado con una de las primas de Sylvia), lo descubrió y se enfadó mucho con ella. (Quería perseguir al delincuente de Wicks.) También Sylvia, que entonces vivía de una ayuda de la Asistencia Nacional en un alojamiento barato con su hijo Paul, se enfadó con él: era excesivo que la reprendiera cuando estaba pasándolo tan mal. Moses se lo contó a Guy, que la llamó para verla. No le echó un sermón sobre lo sucedido (un tremendo lío que a esas alturas ya era mejor no tocar), pero le recomendó que aprendiera un oficio. Sylvia hizo un curso de mecanografía y taquigrafía, un curso que Guy le pagó. Él también se ocupó de costear los estudios de Paul. Sylvia, que para algunas cosas no era nada tonta, consiguió una serie de trabajos de secretaria bien remunerados. Estaba ahorrando para comprar un piso. Paul ya tenía diecisiete años y ella deseaba que su hijo dispusiera de una habitación decente donde poner sus libros. Guy, que mantenía un contacto intermitente con Sylvia, le prestó el dinero que le faltaba. Eso había pasado no hacía mucho. Sin embargo (era casi increíble), cuando Sylvia estaba a punto de comprar el piso, alguien le estafó todo su dinero, una «amiga» que la convenció para que invirtiera en una *boutique*. El dinero había desaparecido, la mujer había desaparecido y Sylvia era de nuevo incapaz de entender qué había pasado. Tampoco esta vez se lo dijo a nadie. Temía el posible interrogatorio de Guy y Gertrude respecto a la compra del piso. Y ahora Guy se estaba muriendo. ¿Significaba eso que ella se quedaba con el dinero? Solo que no había dinero. La cabeza le daba vueltas. Y, por si todo aquello fuera poco, hacía tres días que se había enterado de que Paul había dejado embarazada a una chica de dieciséis años. El padre de la chica, enfadado, enloquecido, había ido a ver a Sylvia. Cuando ella le habló de abortar, el padre, que era católico, le había dicho a gritos que si acaso quería que dos jóvenes empezaran sus vidas con un asesinato en la conciencia. Sin embargo, el padre tampoco sabía cómo proceder. Él no iba a permitir que ella viera a la chica. Ella no iba a permitir que él viera a Paul. Enfurecida por los gritos del hombre, le había dejado caer que la chica era una lagarta que había seducido a su hijo. El padre casi se puso violento y amenazó con meter a Paul en la cárcel. «¡Te destruiré, te destruiré!», gritó fuera de sí mientras Paul escuchaba en la habitación de al lado. Paul había dejado de ir a clase; ella había dejado de ir al trabajo. Paul iba a perderse los exámenes; ella había perdido el trabajo. Decidió contárselo todo a Guy, incluida la historia de la *boutique*, que ahora parecía un asunto menor. Guy sabría qué hacer, Guy conocía la ley: él sabría qué hacía la

gente en tales casos, y de alguna manera los sacaría a ella y a Paul del atolladero. Sylvia sabía que Guy estaba muy enfermo, pero pensaba que una conversación con él, aunque fuera breve, le daría alguna clave para resolver la situación. Esperaba también que Guy le dijera que no tenía que devolverle el dinero. De todas formas, no podía devolvérselo. Todos sus ahorros, junto con aquel préstamo, se habían esfumado. ¿Sabría Gertrude algo del préstamo? (La verdad es que no: Guy no se lo había comentado a nadie.) ¿Qué debía decirle a Gertrude? Le tenía un poco de miedo (y otra gente también). Mientras tanto, Paul estaba sentado en casa llorando. Ella sonrió, con un vaso en la mano, en compañía de Stanley, Manfred y la señora Mount. ¡Lo que uno podía esconder en la cabeza tras una sonrisa!

—Balintoy está esquiando en Colorado —dijo la señora Mount—. O acaso tendríamos que decir *posesquiando*.

—Mientras nosotros nos matamos trabajando —dijo Manfred.

—Apuesto a que se aloja en el hotel Brown Palace —dijo Stanley.

—Así es.

—¿De dónde saca el dinero?

—Balintoy concede becas de esquí a niños pobres.

—¡Qué generoso por su parte!

—¡Sylvia dice que qué generoso por su parte!

—Pronto estaremos esquiando por aquí si esto sigue así.

Balintoy era un lord, de los de verdad, no como el Conde; «simplemente un decadente noble irlandés», como puntualizaba Manfred. Su madre, pariente de Janet Openshaw, aún vivía en un castillo ruinoso en el condado de Mayo. Stanley y Guy se habían hecho amigos del joven (ahora no tan joven) Balintoy. Guy y Gertrude se habían hospedado en el castillo en una ocasión.

—Le escribió a Gerald Pavitt.

—¡Qué envidia!

—¿Cómo anda Gerald estos días?

—De los nervios.

El Conde, apoyado en la repisa de la chimenea, miraba la puerta esperando ver aparecer a Gertrude. Estaba deseando tomarse una copa. Y también ver a Gertrude salir de la habitación de Guy con semblante tranquilo.

—Tim, muchacho, ¿podrías ponerme otra copa?

—Por supuesto, Stanley. ¿Qué estás tomando?

Entonces entró Gertrude. El Conde le vio la cara de dolor y cansancio desde la otra punta de la habitación, los ojos entrecerrados, el tremendo *ensimismamiento*. Entonces llegó la calma que necesitaba ver: Gertrude les estaba sonriendo a Sylvia y a la señora Mount. Todos se quedaron en silencio y se acercaron a ella.

—Victor acaba de entrar —dijo.

Victor Schultz, calvo y apuesto, un agradable médico de familia sin ambiciones y un apasionado

del golf, se encargaba de la atención de Guy, y era, además, su primo. Se había casado con una famosa guapísima de sobresaliente estupidez, y ahora estaba divorciado.

—¿Cómo se encuentra Guy? —preguntó Manfred mirando hacia abajo con su cara grande, solemne y amable. Alguien tenía que hacer esa pregunta. Normalmente Manfred se encargaba de ello.

—Ah..., ya sabes..., igual. Conde, no estás tomando nada. Ponte una copa.

El Conde esperaba que su gesto de buena educación no pasara inadvertido.

Tim Reede, después de haberle traído la copa a Stanley, le dijo a Gertrude:

—No os quedarán algunas de esas galletas de queso en la cocina, ¿verdad? Me he pasado la hora del almuerzo pintando y me vendría bien un tentempié.

—Ah, claro, Tim, ve a la cocina y coge cualquier cosa.

—Supongo que Guy no quiere verme, no —dijo Manfred medio para sí mismo, disgustado.

La señora Mount empezó a preguntarle a Gertrude por la eficiencia de las enfermeras y por cuánto le costaban.

Stanley le preguntó cortésmente a Sylvia sobre cómo le iban a Paul los estudios.

—Ah, bien —dijo ella—. Creemos que los exámenes le saldrán muy bien.

—Eso es estupendo. Sabes que William ha entrado en Balliol, ¿no? Y Ned se está revelando como un genio de las matemáticas. Ha salido a Janet, claro.

—¿Y cómo está Rosalind? ¿Sigue loca por los ponis?

—Eso me temo, pero su interés por la música está ganando terreno. ¿Sabes? ¡Creo que esa niña es la más lista del lote!

—Claro, que tú tocabas la flauta, ¿no, Stanley?

—Lo dejé. ¿Qué diría el tío Rudi?

Victor Schultz entró con una cara evidentemente seria. Le dio unas palmaditas en el hombro a Gertrude de manera profesional. Le sirvieron una copa. Tenía un talante jovial y, tras haberse deshecho de la guapísima famosa, había recuperado su frescura juvenil. Le tenía cariño a Guy, pero, cuando se hizo médico, firmó un pacto de supervivencia consigo mismo, que consistía en disfrutar con los demás, pero en apenarse con ellos solo lo justo. No tardó en sonreír.

La señora Mount dijo:

—Victor, acabo de hablar con Gertrude sobre las enfermeras. Quizá tú podrías aconsejarme. Un amigo mío tiene un padre muy anciano...

Stanley estaba diciendo que tenía que irse a la sesión de consultas, de verdad.

Sylvia se las había arreglado para acercarse a hurtadillas a Gertrude.

—Gertrude, querría saber si...

—Veronica, ¿quieres que te lleve? —dijo Manfred.

Gertrude le dijo a Stanley:

—Muchas gracias por venir. Dale besos a Janet. Coméntale lo preciosos que han quedado sus crisantemos.

Silvia dijo:

—Gertrude, quisiera saber si sería posible que viera a Guy.

Se produjo un momento de silencio y luego los invitados, incómodos, se pusieron otra vez a hablar entre sí.

Gertrude se ruborizó. A continuación, una mirada de tensión, casi de ira, le torció la cara, la boca y los ojos.

—Bueno, no. Está muy... No puede ver a nadie.

—Solo serían unos minutos. Quería preguntarle una cosa.

—No, lo siento. No puedes ver a Guy... Está... enfermo. No puede ver a la gente..., ya no... —

Se puso las manos en los ojos como para contener las lágrimas.

—¡Maldita mujer! —le dijo Stanley a Manfred en la entrada—. ¿Es que no tiene tacto ni juicio? ¡Pobre Gertrude...!

—Solo necesito unos minutos con él —dijo Sylvia, también ella a punto de llorar.

—No...

—Tengo que irme —dijo Stanley.

—Creo que deberíamos irnos todos —dijo la señora Mount—. ¿Manfred?

—¿Quién tiene coche? —preguntó Gertrude—. Hace una noche horrible.

—Yo tengo, y Stanley también —dijo Manfred.

—Y yo —dijo Victor.

—¿Adónde va cada uno? Tú te vas con Manfred, ¿no, Veronica?

—Yo puedo llevar a Sylvia —dijo Stanley—. Date prisa, Sylvia. Te dejaré en el metro.

—Lo siento..., pero, por favor, entiende... —le dijo Gertrude a Sylvia.

—Yo llevaré al Conde —dijo Victor—. Me pilla de camino.

—Gracias a todos por venir... Sabéis que esto significa mucho... para los dos...

—¿Y Tim? ¿Dónde está Tim? Tú también puedes ir con Stanley. Sí, ¿no?

Después de que Stanley los mandara callar, entraron en la sala y fueron de puntillas a por sus abrigos. Olía a lana húmeda: la nieve derretida había dejado una mancha oscura en la moqueta. La señora Mount se sentó a ponerse las botas. Salieron en fila por la puerta principal uno a uno. Stanley y la señora Mount le dieron un beso a Gertrude.

El salón se quedó vacío. Gertrude entró y cerró la puerta. Fue a descorrer un poco las cortinas de una de las ventanas. Todavía estaba nevando. Oyó debajo el barullo de las voces de sus invitados mientras se iban metiendo en los tres coches.

Al Conde le habría gustado quedarse más tiempo que los demás para hablar con Gertrude a solas, pero temía disgustarla o atraer la atención sobre sí mismo. El Conde llevaba años enamorado de Gertrude. Por supuesto, no lo sabía nadie.

Accedió a salir apresuradamente y meterse en el coche de Victor, pero al momento puso una excusa y le pidió que parara para bajarse. Quería ir solo a casa, caminando por la nieve. Le compró

castañas asadas a un vendedor ambulante. El puesto, con sus brasas incandescentes, parecía el altar de un diosillo. La nieve seguía cayendo, pero con más lentitud. Las aceras estaban blancas, las carreteras eran morrenas revueltas de nieve oscura y fango por donde los coches, silbando, pasaban con precaución. Guy tenía razón al decir que el mundo sonaba diferente. No hacía viento y los grandes copos caían solemnemente, intencionadamente, como si los acabara de soltar una enorme mano situada justo encima de la luz de las farolas de la calle. Las verjas y las ramas doblegadas de los arbustos de los jardines estaban colmadas de relucientes estructuras cristalinas. El Conde llevaba puesto un gorro de lana del que Gertrude solía reírse. Se ajustó la bufanda y se subió el cuello del abrigo y, en cuanto se puso a dar zancadas con sus largas piernas, entró en calor.

El Conde vivía en un anodino bloque de pisos en tierra de nadie entre King's Road y Fulham Road; no quedaba muy lejos a pie. Se había comido algunas castañas por el camino y se había guardado con cuidado las cáscaras tostadas en el bolsillo. Subió en el ascensor y recorrió un pasillo, dejando atrás muchas puertas silenciosas, hasta llegar a su piso. Tenía un trato cordial con sus vecinos, pero los conocía muy poco. Entró en la casa y encendió la luz. La cara se le puso colorada con el cambio de temperatura. Su piso constaba de dos dormitorios pequeños y una sala de estar que habría resultado agradable si no fuera porque el Conde no tenía sentido del mundo visual ni la obligación social de mostrar «buen gusto». Muy raramente recibía invitados. Unas estanterías metálicas verde oscuro cubrían las cuatro paredes. En la tercera pared, sobre un aparador brillante y moderno, había un grabado de Varsovia. El Conde tenía muy pocos recuerdos de la casa de su niñez, y ninguno de ellos a la vista. Conservaba una foto borrosa en sepia de sus padres recién casados: dos caras jóvenes, casi de niños, mirando fijamente a la cámara. También tenía una bandera de Polonia, quizá aquella que constituía su primer recuerdo. La guardaba enrollada en el fondo de un cajón. Algunas veces la tocaba con las manos al buscar cualquier cosa. También había habido más objetos de Polonia que su madre, cuando estuvo enferma por última vez, le había regalado a una señora polaca que solía ir a visitarla. No pensó que su hijo pudiera querer «aquellos trastos viejos». El Conde recordaba eso con vergüenza.

Encendió la radio. Odiaba la televisión. Vivía en un mundo radiofónico. Lo escuchaba todo: noticias, charlas, radionovelas (especialmente de intriga), debates políticos, debates filosóficos, programas de naturaleza, los Proms de la BBC, conciertos sinfónicos, ópera, *Los Archer*, *La Hora de la Mujer*, *Las Cien Mejores Canciones*, *Discos para una Isla Desierta*, *En tu granja*, *¿Alguna pregunta?*, *¿Alguna respuesta?* En ciertas épocas del año, los números semanales de la *Radio Times*, con sus regulares cambios, parecían ser la representación más evidente del movimiento del reloj de su vida. Manfred se había burlado de él diciendo que detestaba la música. Eso no era verdad. Nunca se le habría ocurrido ir a una sala de conciertos (habían dejado de ofrecerle entradas); pero le encantaba la música, aunque no tuviera mucha idea de lo que era (Gerald se había visto obligado a hacerle notar que las campanas de la iglesia sonaban de manera variada, no en una simple escala continua). Aun siendo un ignorante, cuando escuchaba música, se quedaba maravillado, como Calibán. La terrible y lenta ternura de cierta música clásica le recordaba al fluir de su propia conciencia. Tenía también sus



compositores favoritos: le gustaban Mozart, Beethoven y Bruckner. También se le metió en la cabeza que le gustaba Delius porque su música sonaba inglesa. (En una ocasión, fue lo bastante imprudente como para decírselo a Guy, quien le preguntó irónicamente qué demonios quería decir. No supo explicarlo, pero de todas formas siguió pensando lo mismo.) Le gustaban también las canciones, las inolvidables y conmovedoras, como «The Road to Mandalay», y las sentimentales que lo hacían llorar, como «Oh That We Two Were Maying». Por supuesto, a menudo leía mientras la radio sonaba de fondo; leía a su amado Proust, a Tucídides, a Condorcet, a Gibbon, a Saint-Simon y las *Confesiones* de Rousseau. No leía mucha poesía, pero seguía sintiendo devoción por Horacio desde los días del «miles puellam amat» (ese era un gusto que compartía con Guy). También le agradaban algunos novelistas (a Proust casi no lo consideraba novelista, ya que era más parecido a leer memorias): Balzac, Turguénev, Stendhal. Tenía una secreta debilidad por Trollope y le gustaba *Guerra y paz*. A intervalos leía obsesivamente a Conrad, buscando algún detalle polaco que siempre se le escapaba. (Su padre odiaba a Conrad, al que consideraba un frívolo renegado.) Así pasaba la mayor parte de las noches, hasta que los últimos avisos de tormenta lo mandaban a la cama. Entonces pensaba en la isla en la que vivía. Pensaba en el inmenso mar oscuro. Pensaba en los hombres de cualquier parte que estaban solos escuchando esos avisos, solitarios operadores de radio en barcos zarandeados por las olas, granjeros sentados con sus perros en las cocinas de las tormentosas ciénagas. «¡Atención, navegantes! Esto es un aviso de tormenta. Clyde, Humber, Támesis, vendaval sureste fuerza nueve, incrementándose a fuerza diez, inminente. Inminente, inminente. Vizcaya, Trafalgar, Finisterre. Cromarty, las Feroe, isla Fair. Solway, Tyne, Dogger. Inminente.»

Hay un abismo entre aquellos que pueden dormir y los que no. Es una de las grandes diferencias que dividen a la raza humana. Dormir suponía un gran problema para el Conde. Era bastante capaz de estar contento, pero nunca lo abandonaba la posibilidad de una tremenda infelicidad. A diferencia de Gerald Pavitt, no le temía de veras a la locura, pero sabía que, si no se cuidaba, podía hundirse en el pozo de una profunda depresión. Por ello les tenía muchísimo miedo al insomnio y a los terrores nocturnos. Prefería la oscuridad del sueño sepulcral, incluso el desasosiego de las pesadillas; cualquier cosa antes que una conciencia activa ociosa. Por temor a la adicción, no estaba dispuesto a tomar pastillas. Balintoy le había recomendado un método para dormir que él adoptaba a veces, aunque podía resultar un arma de doble filo: el Conde se imaginaba en una carretera, o en un jardín, o dentro de una casa grande; y entonces empezaba a moverse (no era exactamente como andar) a lo largo de la carretera, hasta la vuelta de la esquina, a través del jardín hacia una puerta que daba a otro jardín, por un sendero de hierba hasta unos árboles, entre los árboles, a través de un prado; de habitación en habitación, por un pasillo, escaleras arriba, a lo largo de una galería..., y así hasta quedarse dormido. Pero ¿qué estaba pasando? Las habitaciones se habían ido quedando a oscuras, se encontraban llenas de gente asustada, las paredes retemblaban con fuego de artillería, no había puertas, solo boquetes en las paredes resquebrajadas por la dinamita, a través de los cuales escapaban

los fugitivos de casa en casa, de calle en calle... hasta que entonces la noche se ilumina con el impacto de los proyectiles, un salto en la oscuridad hacia los ladrillos y escombros, una ancha avenida barrida por las balas que hay que cruzar, ningún lugar adonde ir, sin comida, sin agua, el enemigo más y más cerca... Aunque a veces soñaba con escenas más tranquilas: Varsovia vacía, muy hermosa, reconstruida o nunca atacada, una ciudad mágica, una ciudad de palacios, siniestra. La veía como el escenario del destino, quizá de un fatal destino: el monumento columnado en memoria de la guerra, la tumba donde el fuego arde eternamente, los centinelas firmes día y noche, el resonante desfile a paso de ganso de los guardias en el relevo. El Conde está de pie en la oscuridad, lanza una tímida mirada a las caras inexpresivas de los soldados, ojea sobre las columnas la lista de las honras militares polacas: Madrid, Guadalajara, Ebro. Westerplatte, Kutno, Tomaszov. Narvik, Tobruk, Monte Cassino, Arnhem. Bitwa o Anglie. Lenino, Varsovia, Gdansk. Rothenburg, Drezno, Berlín. O está de vuelta en Londres, junto a la columna coronada por el águila en Northolt, recordando a los aviadores polacos que murieron por Polonia (¿que murieron por Inglaterra?), el escuadrón Kościusko 303 de su padre, el mejor entre todas las fuerzas aéreas polacas. La ciudad de Leópolis, la ciudad de Cracovia, la ciudad de Varsovia. La batalla de Inglaterra, la batalla del Atlántico, Dieppe, el Desierto Occidental, Italia, Francia, Bélgica, Holanda y Alemania. Su padre y su hermano se están poniendo los cascos y los paracaídas, y están subiendo a bordo de sus Spitfires. Y el Conde quiere ir con ellos, solo que hay columnas y más columnas, columnas rotas, columnas hechas añicos en una ciudad en ruinas; y en cada una de ellas hay una lista de batallas, nobles batallas, nobles derrotas; y ahora ve cómo se pierde en la distancia no el pasado, sino el futuro...

El Conde estaba acostumbrado a las pesadillas. Él se las buscaba y le dejaban poca huella. Eran los horrores de la vigilia los que lo dejaban agotado y asustado. Se sentía como si en tales ocasiones, mientras se hallaba acostado en la estrecha cama de su pequeño dormitorio y miraba al techo en penumbra, el espíritu de su padre viniera y se pusiera de pie a su lado, ansioso de mantener la discusión en la que el Conde, cuando sus padres aún vivían, había estado tan poco dispuesto a entrar. *¿Cuál fue el error?* Vivían en un país de ensueño. Debió habersele cedido a Stalin la zona oriental de Polonia mientras todavía quedaba algo que ceder. Pensaron que las tropas occidentales alcanzarían Varsovia primero. El padre del Conde había descrito muchas veces el momento en que se dio cuenta de que los rusos iban a llegar antes. ¡Así que ahora ellos tenían que expulsar a los alemanes y después resistir a los rusos! ¿Estaban *locos*? ¿Qué sentido tenía, en cualquier caso, el Alzamiento de Varsovia? ¿«Despertar la conciencia del mundo»? ¿Proclamar la independencia de Polonia al apoderarse de Varsovia antes de que llegaran los rusos? ¡Fue un justo castigo! Ellos querían su lucha y los rusos se la permitieron. ¿Por qué no *esperaron* hasta que el Ejército Rojo estuviera bombardeando la ciudad? Accidentes, accidentes, errores, errores. Años de agonizante diplomacia que desconcertaron a los hombres de Londres; años de organización clandestina y terror angustioso que desgastaron a los hombres de Varsovia. Aquellas horas cruciales invertidas en descifrar mensajes; las vanas esperanzas de la diplomacia de Moscú, de la ayuda angloamericana, del hundimiento alemán; dos hombres que llegaron tarde a una reunión; un informe falso de la inteligencia. El deseo, deseo, deseo de un

ansiado final, la coronación de tanta intriga y sufrimiento. La incapacidad de esperar. Luego el desastre, una humillación peor que cualquier otra con la que pudieran haber soñado en sus más feroces pesadillas. El Conde no podía pensar en nada semejante en la historia exceptuando la expedición a Sicilia[19] (la comparación era de su padre). Resultaba extraño el hecho de que su padre nunca le hubiera hablado del levantamiento del gueto de Varsovia en 1943, cuando los judíos de la ciudad se alzaron alentados por una rabia inspirada, valiente y desesperada contra sus torturadores. Lucharon sin esperanzas ni cálculos, como ratas en una trampa, y forzaron a sus enemigos a romperlos en pedazos. Como ratas en una trampa. Otras ratas en otras trampas no habían luchado. El silencio de su padre no era antisemitismo: era envidia. Envidiaba la absoluta simplicidad de aquella lucha, la pureza de su heroísmo. No cabía dudar dónde había ondeado sin desdoro la bandera de Polonia en aquellos días de 1943.

Pero ¿por qué el Ejército Rojo no cruzó el Vístula? El Conde, insomne, continuaba así la discusión con su padre. ¿Estaban de verdad los rusos esperando cínicamente a que los alemanes destruyeran a sus potenciales enemigos, la flor y nata, la élite de una Polonia apasionadamente independiente? Cuando el Ejército Rojo entró en Varsovia, la ciudad estaba vacía. De hecho, casi ni estaba allí: las ruinas quedaban a ras de suelo. No había señal de presencia humana, salvo por los cientos y cientos de recientes tumbas hechas de prisa y corriendo. Su padre había sido injusto con los rusos: sus líneas de comunicación se estaban extendiendo tanto que se rompieron. «Fue un accidente bélico», pensaba a veces el Conde mientras daba vueltas en la cama insomne. (¿Por qué no había marchado Aníbal contra Roma? Por la misma razón.) Su padre había sido injusto con Gomulka: aquellos hombres eran patriotas que habían intentado, que todavía intentaban, construir «una vía polaca al socialismo». ¿Qué otra cosa podían hacer sino unirse al incierto juego de evitar que los tanques rusos volvieran a entrar en Varsovia? La Iglesia todavía existía, una prueba muy valiosa de que aún quedaba libertad. ¿Debería haber vuelto su padre a casa? ¿Qué quería decir ese «debería» y ese «casa»? El eterno «lo que debería haber pasado» del ser humano cuando se enfrenta a la moralidad, al azar y a la eterna crueldad de los acontecimientos. Pero entonces el Conde volvía al horror de todo aquello. ¿De qué sirvió el sufrimiento de los virtuosos, la muerte de los valerosos? ¿Había sido alguna vez algún país tan maliciosamente condenado a la destrucción por parte de sus vecinos? Los ingleses habían arruinado a Irlanda, pero por casualidad, sin pensarlo; en tanto que la Historia, igual que Bismarck, parecía empeñada en «arrancar a Polonia de raíz».

El Conde (así lo sentía) no se hacía ilusiones con el estado actual de su país; no era optimista respecto a lo que, como resultaba evidente, constituía una mala situación. Con el miedo a Rusia había que vivir. Pero la vida bajo el comunismo era otro mundo en el que los problemas morales se presentaban de una manera especial. Todos los Estados tienen un trasfondo que es parcialmente malvado; pero en la Polonia comunista el mal era evidente, más fuerte que en otros casos. Veía que la corrupción, el corazón endurecido, la crueldad burocrática no se le podían achacar sin más a la Historia o a Rusia. Constantemente se esforzaba en saber quién estaba en prisión y por qué, a quién habían atrapado, a quién acosaban, a quién silenciaban. No habría soportado vivir en Polonia. Pero

no podía evitar creer (quizá eso *fuera* sentimentalismo) que su país, a pesar de todo, tenía asignado un destino espiritual, que su nación estaba poseída de una inagotable ansia de libertad y de un espíritu propio. Había una antigua entidad, única e indestructible, sobre la que la bandera roja y blanca todavía podía ondear con orgullo. (A veces parecía que eran las poderosas manos de la Iglesia católica las que sostenían esa orgullosa bandera.) Y él, en su mente, relacionaba esa simbólica Polonia ideal con los sufrimientos de toda persona oprimida, viniera de donde viniera, con los tenaces disidentes que se negaban a transigir con la tiranía, con los que escribían panfletos y hacían discursos y llevaban carteles hasta que los metían en prisión o en campos de trabajo, donde, después de su breve y aparentemente inútil lucha por la libertad y la virtud, se iban pudriendo en silencio en una lenta muerte anónima.

El Conde fue a la cocina y puso a hervir unas patatas. Le gustaban las patatas. Abrió una lata de jamón, y, cuando las patatas estaban casi listas, se preparó un poco de sopa de sobre. En la mesa del cuarto de estar se tomó la sopa en una taza, se comió el jamón con patatas y terminó con un trozo de bizcocho de jengibre. Bebió un poco de vino tinto mezclado con agua. Leyó un poco más de *Federico el Grande* de Carlyle. El matadero de la historia, concebida por la pluma de Carlyle, era digno de reflexión. «La guerra había terminado. Federico el Grande se encontraba a salvo. Su gloria estaba fuera del alcance de la envidia. Si bien no había llevado a cabo conquistas tan extensas como las de Alejandro, César y Napoleón, si bien en el campo de batalla no había logrado el incesante éxito de Marlborough y Wellington, Federico había dado un ejemplo sin parangón en la historia de lo que la aptitud y la resolución pueden lograr contra la enorme superioridad del poder y el sumo ensañamiento de la fortuna. Entró triunfante en Berlín...» La radio estaba contándole al Conde lo que pasaba en Camboya. Luego le habló del ciclo vital de la mosca del vinagre. A continuación, emitieron un programa de música renacentista. Después retransmitieron una sesión política del Partido Laborista sobre las relaciones raciales. El Conde incluso conocía al tipo que estaba hablando, un parlamentario, amigo de Stanley Openshaw. A continuación, pusieron un programa de humor, después las noticias. El Conde, según parecía, era capaz de escuchar la radio y leer a Carlyle a la vez. Y era también capaz de hacer todo eso mientras se pasaba la noche entera pensando en Gertrude.

Guy y Gertrude, entre ambos, habían obrado una especie de milagro con el Conde al acogerlo en su «grupo». La propia magnitud de su generosidad hacía que ese prodigio pareciera menos importante, menos necesitado de definición. ¿Qué resultaba más natural que dar la bienvenida, incluso mimar un poco, a aquel descubrimiento de Guy, a su «fenómeno»? Al principio, el Conde no se había preguntado (y ellos quizá nunca se lo habían planteado) cómo lo veían: un hombre silencioso sin país y sin lengua, un hombre tímido y raro al que había que animar a hablar, un hombre alto y de piel pálida cuyo pelo podía ser rubio o blanco, cosa que nadie tenía interés en determinar. «¿De dónde se sacó Guy a nuestro Conde?» «¿Qué diablos hacía antes de que lo descubriéramos?» Esas podrían ser las preguntas de rigor. Se mostraban extraordinariamente amables con él, pero, desde luego, no le prestaban mucha atención, y tampoco lo tomaban muy en cuenta.

¡Puede que incluso lo consideraran un hombre tranquilo, un hombre sosegado! Lo habían sacado de la insignificancia, de una agobiante soledad, y todavía seguía siendo una sombra en sus vidas, un fantasma flotante. Sin embargo, todas esas cosas, que últimamente el Conde se repetía muy a menudo, resultaban injustas: Gertrude y Guy eran los típicos ingleses poco efusivos, pero también eran lo bastante poco convencionales como para tomarse la amistad muy en serio. Si lo invitaban a su casa con frecuencia, se debía a que querían verlo con frecuencia.

El Conde era perfectamente consciente de la diferencia crucial que hay entre querer a alguien y estar enamorado. Quería a Guy y a Gertrude por gratitud, por admiración, por el sorprendente placer que le brindaba su compañía, tan rápida y fácilmente otorgada. Tenía ahora una casa que visitar, un lugar acogedor y muy valioso; gente a la que ver con regularidad, que tenían trato los unos con los otros y que lo habían integrado en su grupo con gran predisposición, casi de manera natural. Entonces, de repente, la absoluta maravilla de Gertrude se le había revelado en un resplandor deslumbrante y transfigurador. Ella era absolutamente preciada, absolutamente necesaria. Hasta entonces su vida había tenido un significado polaco, pero no un sentido. Ahora Gertrude se había convertido en el sentido de su vida, en su núcleo secreto. Su alma empobrecida se volvía hacia esa repentina fuente radiante con enmudecido asombro. El Conde había cambiado, cada partícula de su ser estaba cargada de emoción magnetizada. Su carne resplandecía, su cuerpo despertaba de un aburrido letargo y se estremecía. Su amor dotaba a su vida, cada día, cada segundo, de un emocionante objetivo. Era una *actividad* feliz, un poco alocada, profunda e intrínsecamente dolorosa, y, sin embargo, también constante, invulnerable y eterna, tal como debe serlo la felicidad. La situación era imposible, pero al mismo tiempo también absolutamente segura: la imposibilidad y la seguridad y el secreto eran una y la misma cosa. Podía ver a Gertrude a menudo, con facilidad, en compañía. Ni siquiera *deseaba* estar a solas con ella. Y, cuando por casualidad, si había llegado temprano o se había quedado hasta tarde, permanecían un rato a solas, era como si no estuvieran solos. Podía ver a Gertrude a menudo, podía *seguir* viéndola a menudo: eran muy buenos amigos, y estaban estrechamente vinculados para siempre; y, sin embargo, la barrera entre ambos era tan absoluta como si él fuera su criado. Y, desde luego, se veía destinado, con un dolor gozoso y melancólico, a ser su criado eternamente. Además, la imposible seguridad del Conde también se relacionaba con el hecho de que le resultaba inconcebible estar celoso de Guy. No sentía ni una pizca de celos, ni siquiera envidia, pues, para él, el concepto general del matrimonio de Gertrude quedaba muy por encima de sí mismo. En un sentido curioso y valioso, constituía un misterio remoto que a él no le concernía. Reverenciaba a Guy en cuanto que consorte de Gertrude y seguía queriéndolo y admirándolo por sí mismo. Tener a Guy como jefe de oficina había transformado su trabajo, su día a día. Guy, tan inteligente, tan cordial, tan extravagante, había conmovido y agitado algo en el Conde, algo que se estaba mustiando, volviéndose egoísta y envejeciendo. Y, cuando el Conde dejó de temer que su inteligente amigo pudiera, de pronto, abandonarlo, Guy se convirtió en una fortaleza. Esa fortaleza resistía, convertida ahora en una parte inextricable de la absoluta seguridad secreta de su amor por la esposa de Guy.

El Conde siempre había sabido que no era un caballero voluntario[20] en el ejército de la ley moral. Si alguna vez se había reclutado a alguien a la fuerza, era a él. Le tenía un miedo terrible a la deshonra, a la pérdida del honor, a la pérdida de la integridad. En su mente permanecía en posición de firmes tan inmóvil y tan inexpresivo como los centinelas en la Tumba del Soldado Desconocido en Varsovia. La verdad es que no tenía posibilidad de cometer ningún error, ya que la situación lo mantenía sujeto en un férreo bloqueo que lo beneficiaba. A veces se imaginaba cómo algún día podría defender a Gertrude de un ataque, rescatarla de algún peligro, dormir echado a su puerta como un perro, morir por ella. Sentía que, de alguna manera, Gertrude habría de estar allí «en la hora de su muerte», cuando se apartara de ella mansamente, con su secreto intacto. En aquellos destellos, que eran demasiado fugaces y palpables como para ser imágenes, había imaginado alguna vez un roce, un abrazo, un beso. Pero esos no eran más que los lapsos involuntarios de un hombre pendiente de su amada en la totalidad de su cuerpo, un cuerpo entregado y expectante. Nunca se permitía una fantasía prolongada: habría sido un error, y también habría sido un tormento. Sabía de qué manera lo acechaba la locura. La razón y el deber le ordenaban desistir. Así había vivido el Conde, feliz en la inquebrantable seguridad del matrimonio de Gertrude. Era una casa que probablemente se mantendría en pie para siempre.

Pero ahora su vida estaba a punto de cambiar por completo. Sentía pena, terror y una esperanza aún más espantosa. Trataba de desterrar esa esperanza, de desterrar el deseo que engendra la ilusión que engendra la esperanza, del mismo modo en que el deseo largamente alimentado de liberar Varsovia había nutrido las ilusorias esperanzas de aquellos que lucharon y murieron en la ciudad en ruinas. No debía pensar en... nada que pudiera querer tener..., como si de alguna manera fuera... una posibilidad. Más bien debía considerarlo algo remoto, borroso, *perdido*. Pensaba: «Mi felicidad fue un descuido, un error cometido por el destino, y ahora se ha terminado. Detrás de casi todas las desgracias hay una tara moral. Soy como Polonia: mi historia es y debería ser un desastre. Soy culpable porque mi padre huyó, porque mi hermano murió, porque mi madre se consumió en una celda de soledad. Ya no puedo esperar nada, salvo ser devuelto a la gris soledad de la que provengo. ¡Ay, cómo he vivido de ilusiones y me he alimentado de sueños! Y por lo menos pensaba que mi secreto era inofensivo, para los demás por supuesto, pero también para mí. Guy, todo dependía de Guy; y pronto Guy se habrá marchado y mi mundo no será más que un planeta muerto». Sin Guy no había manera de que pudiera estar cerca de Gertrude y seguro, cerca de Gertrude y feliz, cerca de ella para siempre. No había manera..., salvo una única manera..., y en cuanto a eso...

Ahora intentaba pensar en Guy, llorar por Guy: Guy acostado en la cama con la cara demacrada y envejecida, sumido en aquellos pensamientos suyos que nadie sería capaz de imaginar, leyendo la *Odisea*. Guy se había referido a sí mismo como Odiseo. Pero esta era una historia diferente: Odiseo se disponía a embarcar para su último viaje y no volvería a su casa ni a su hogar. Y Penélope... De repente, el Conde lo vio claro: ¡Penélope y los pretendientes! El asedio al que los pretendientes sometieron a Penélope; pero sin que ningún amo y señor jamás volviera ya para reclamarla como su verdadera esposa. Ella estaba destinada a ser la presa de hombres inferiores. Y todos ellos estaban

allí... ya... alrededor de ella... El Conde apagó la radio y hundió la cara entre las manos.

Mientras el Conde escuchaba el programa de música del Renacimiento en la radio, Gertrude ya había cenado (sopa y queso) y le había dado las buenas noches a Guy. La enfermera de noche leía sentada en su dormitorio, que estaba pegado a la habitación de Guy. Gertrude no podía leer. No había libro que pudiera servirle ahora. Caminaba de un lado a otro. Se le ocurrió que podría fumar, pero no había ningún cigarrillo en la casa. (Victor los había convencido a casi todos ellos de que lo dejaran.) Arregló los crisantemos del jarrón verde. Miró por la ventana. Había dejado de nevar. Lo lamentaba: prefería que hiciera mal tiempo. Deseaba tempestades, montañas de nieve. Deseaba vientos rugientes e inundaciones, un huracán que destruyera la casa con ella y con Guy dentro. Deseaba que la muerte de él fuera también su muerte. «¿Cómo puedo soportar tanta tristeza —pensó— sin morir de ello?» Se miró el reloj. Todavía era demasiado temprano, peligrosamente temprano, para irse a la cama.

Sonó el teléfono.

Había silenciado el teléfono de modo que solo produjera un ligero zumbido. Les había pedido a sus amigos que no llamaran por la noche. ¿Quién podía estar llamando a las diez? Descolgó el auricular y pronunció el número de aquella manera tan formal en que Guy le insistía que lo hiciera.

—Hola. ¿Gertrude?

—Sí.

—Soy Anne.

—¿Cómo? —dijo Gertrude sin entender.

—Soy Anne. Ya sabes: Anne Cavidge.

Gertrude intentó encajar aquella información tan sorprendente. Se quedó completamente desconcertada, atónita.

—¿Anne?

—¡Sí!

—Pero... pero si no te dejan llamar por teléfono.

Sonó una risa al otro lado.

—La verdad es que estoy en una cabina telefónica cerca de la estación Victoria.

—Anne, no puedes ser tú. ¿Qué ha pasado?

—Lo he dejado.

—¿Quieres decir que lo has dejado..., dejado definitivamente...?

—Sí.

Anne, miembro de una orden de clausura, había vivido encerrada en un convento durante quince años.

—¿Quieres decir que has dejado la Iglesia, que has dejado la orden, que has vuelto al mundo?

—Algo así.

—¿Qué quieres decir con «algo así»?

—Mira, Gertrude, siento mucho llamarte...

—Anne, pero ¿qué estoy diciendo? Vente *ahora mismo*. ¿Tienes dinero? ¿Puedes coger un taxi?

—Sí, sí, pero tengo que explicártelo: traté de hacer una reserva en un hotel, pero me dijeron que estaba lleno, y lo intenté en unos cuantos más y...

—¡Que te *vengas*!

—Bien. De acuerdo. Gracias. Pero no recuerdo el número de la calle.

Gertrude le dijo el número, colgó el teléfono y se llevó las manos a la cabeza. No había contado con una sorpresa de esa clase y no estaba segura de si le agradaba o no. La inteligente Anne Cavidge, su mejor amiga de Cambridge, los había conmocionado a todos al hacerse católica, después de una serie de tormentosos líos amorosos. Se había convertido cuando aún estaban en el Newnham College, ante los horrorizados ojos de Gertrude. Y después, para colmo, se había metido a monja casi inmediatamente. Gertrude se enfrentó a ella, y también lloró por ella. Anne había desaparecido: su Anne ya no existía. Uno no puede comunicarse con una monja. En aquella atmósfera extraña y enrarecida que por entonces las separaba, la amistad no podía mantenerse viva. Anne se había convertido en la Madre no sé qué. Gertrude le escribía de vez en cuando, cada vez con menos frecuencia, insistiendo en dirigir las cartas a la señorita Anne Cavidge. Y siempre recibía como respuesta mensajes breves y asépticos, escritos con la letra familiar de Anne, pero carentes de toda caracterización personal. Llevada por una terrible curiosidad, fue a visitarla en dos ocasiones y habló con ella a través de una celosía (¡la hermosa e inteligente Anne Cavidge vestida de monja!). Anne se mostró alegre, habladora, feliz de verla. Gertrude se quedó conmocionada, consternada. Cuando salió, fue a sentarse en un pub, se estremeció y pensó: «¡Gracias a Dios que no estoy en esa prisión!». Después bromeó al respecto con Guy, que nunca había llegado a conocer a Anne.

Ahora Gertrude pensaba: «Ay, si las cosas fueran diferentes, si tan solo fueran diferentes, ¡qué contenta estaría de ver a Anne, de *recuperar a Anne*, de presentársela a Guy! ¡Qué feliz sería! Supondría una especie de triunfo, una especie de renacer, el regreso de Anne de entre los muertos».

También pensó: «Tengo que abrir la puerta de la calle: puede que no encuentre el timbre correcto, y no debe molestar a Guy». Salió de la vivienda y bajó a abrir la puerta principal de la casa, normalmente cerrada a esa hora. Ebury Street, ahora tranquila, estaba iluminada por la luz de las farolas. La nieve recién caída había cubierto las huellas de la acera. El aire frío le hirió a Gertrude la cara y las manos, y le cortó la respiración.

Un taxi se detuvo, salió una mujer y le pagó al conductor. Dejaron dos maletas en la acera. Gertrude bajó los escalones. Sus zapatillas se hundieron en la nieve.

—Anda, deja que te coja esta maleta.

Anne la siguió hasta el interior de la casa. En el recibidor, Gertrude le dijo:

—No hagas ruido: Guy está dormido.

Subieron las escaleras y entraron en el piso. Anne vio a la enfermera de noche, que había salido de su habitación y la estaba mirando con curiosidad. Anne y la enfermera de noche se saludaron con una inclinación de cabeza. Anne siguió a Gertrude hasta el salón. La puerta se cerró. Las dos mujeres



se miraron.

—Ay, Anne...

Anne se quitó el abrigo dejando a la vista un vestido de lana, a cuadros azules y blancos. Estaba delgada, tenía la piel pálida y era más alta que Gertrude. También ella parecía más vieja ahora. Su pelo, rubio en sus años de estudiante, había perdido color. Todavía era más rubio que gris y lo tenía pegado a la cabeza. Sostuvo el abrigo un momento, luego lo dejó caer al suelo.

—Siempre te he querido preguntar —dijo Gertrude— si tenías la cabeza afeitada debajo de aquella toca tan horrible.

—No, no, solo llevaba el pelo muy corto. Querida, siento muchísimo aparecer así, tan tarde...

—Anda, calla —dijo Gertrude. Tomó a Anne y la rodeó con sus brazos en silencio. Ambas cerraron los ojos y se quedaron abrazadas, quietas en medio de la habitación.

—Verás —dijo Anne separándose—. No quería...

—Tienes los pies empapados.

—Y tú. No quería molestarte... Y además has tenido que cargar con la maleta de los libros...

—¿Quieres decir que habías *escapado* y no me lo ibas a decir?

—Bueno, «escapado» no es exactamente la palabra, y por supuesto que te lo iba a decir, pero no quería abusar de tu hospitalidad. Verás: he venido en tren y ese hotel...

—Sí, sí, sí...

—No he encontrado ningún sitio adonde ir y, como tú estabas tan cerca, se me ha ocurrido...

—Ay, querida, querida, mi querida Anne. Bienvenida de nuevo —dijo Gertrude.

Anne se rio con una risita un poco entrecortada y le tocó la mejilla a Gertrude. Después se sentó.

—Anne, debes de estar cansada. ¿Quieres beber algo? ¿Bebes ahora? ¿Y comer algo? ¿Has comido? ¡Ay, me alegro tanto de verte!

—No voy a beber nada. Tómate tú algo. Tampoco voy a comer, creo. No puedo.

—Pero ¿acabas de salir ahora mismo? Es decir..., ¿saliste ayer o algo así?

—No, he ido haciéndolo poco a poco. Pasé un par de semanas en la hospedería del convento. ¡Ay, era tan extraño! Me dediqué a pasear por el campo. Después me quedé unas semanas en el pueblo. Estuve trabajando en la oficina de correos... Y ahora acabo de llegar a Londres.

—Anda, pero tranquilízame: has salido definitivamente de ese horrible campo de trabajo, no vas a volver, ¿cierto? Y has acabado de verdad con todo eso, con todo el asunto, ¿no?

—He dejado la orden, sí.

—Pero ¿y con Dios? Dime que has terminado con Dios.

—Bueno, eso es otra historia, y bien larga...

—Tienes que estar muy cansada. Voy a arreglarte la habitación...

—¿Quién era esa, la mujer de fuera?

—Ah, esa... esa es la enfermera de noche.

—¿La enfermera?

—Guy está enfermo... Muy enfermo...

—Lo siento muchísimo...

—Anne, se está muriendo, se está muriendo de cáncer. Se habrá muerto antes de Navidad...

Gertrude se sentó y no trató de contener el repentino e impetuoso mar de lágrimas que afloró a sus ojos, y que le empapó la parte delantera del vestido. Anne se levantó y se sentó en el suelo junto a ella. Le tomó las manos y se las besó.

A la mañana siguiente, la enfermera de noche se marchó, y la enfermera de día empezó a reinar en su lugar. La enfermera de día era una mujer mayor, soltera, arrugada, reseca, pero amable, siempre con una ligera sonrisa muy profesional en los labios. Era una buena enfermera, una de esas personas entregadas, a quienes resulta difícil atribuirles una vida privada, ambiciones personales o sueños fascinantes. Se mostraba callada, poco habladora, y sus movimientos tenían una especie de hábil rapidez animal. A Guy ya lo habían levantado; también le habían llevado el desayuno y ahora, tras haber terminado de comer, el enfermo estaba sentado en la silla junto a su cama, en bata. La enfermera de día lo afeitaba. Él no dejaba de decir que, llegados a este punto, no valía la pena que lo siguieran afeitando, la verdad, pero no era capaz de dar el paso de ponerle fin, y Gertrude no podía hacerlo por él. Gertrude le había hablado de la llegada de Anne, y Guy se había interesado un poco por ello. Incluso había mostrado una emoción que aparentemente ya había desaparecido de su vida: sorpresa.

En ese momento Anne y Gertrude estaban sentadas en el salón. Fuera, el sol brillaba sobre la nieve que se derretía, alisándola, amarilleándola y haciéndola relucir y resplandecer sobre los tejados, poco definidos, y los cuadrados jardines aún sin pisadas. Una extraña luz mística reinaba en Londres.

—¡Qué piso tan bonito!

—Es extraño que nunca antes hayas estado aquí...

—¡Qué cantidad de cosas tienes!

—¿Me estás riñendo?

—¡Claro que no! Es solo que estoy algo así como poco acostumbrada a las cosas. Me refiero a los adornos y...

—¿No estaba tu capilla llena de monstruosas madonas?

—Aquello no era... Gertrude, siento haberme presentado aquí tan de repente...

—Ya me has dicho eso dieciséis veces. ¿A qué otro sitio habrías ido, si no a esta casa? Sin embargo, ¿por qué no me escribiste antes y me dijiste que ibas a dejarlo?

—No habría sido capaz de explicártelo: no habría sabido expresarlo por escrito. Todo era tan extraño... Y estaba como bloqueada.

—Bueno, pues tendrás que explicármelo ahora, ¿no? Anoche no hablamos casi nada.

—Tengo que salir pronto y encontrar un hotel...

—¿Un *qué*? ¡Pero si te vas a quedar aquí!

—Pero, Gertrude, no puedo, no debo...

—¿Por Guy? Precisamente por eso debes quedarte; bueno, querría que te quedaras de todas

maneras. Ay, Dios..., Anne, has *venido*. No te puedes *ir*. Es importante... Entiéndeme...

—Vale. Pero... Sí, me quedaré..., pero solo si puedo ser útil...

—¡Útil!

—Tengo planes... Me voy a marchar a los Estados Unidos... Pero, bueno, todo puede esperar...

—Tú *no* te vas marchar a los Estados Unidos... Tienes tanto que contarme... Y solo mirarte es, ¡ay!, maravilloso, como una especie de milagro.

—Ya lo sé. Yo siento lo mismo. Estoy tan contenta de haber tenido el acierto de llamarte...

—¡Qué guapa estás! Pero ese vestido no es apropiado.

—Lo compré en el pueblo.

—¡Eso parece! Te echaré una mano con la ropa. Se te ha olvidado cómo vestir. Aunque nunca fuiste muy buena en esas cosas.

—Tengo dinero, lo sabes, ¿no?

—Ah, no importa...

—Pero a mí sí me importa. La orden va a mantenerme durante dos años mientras busco trabajo, o recibo un poco de formación.

—¿Qué clase de trabajo quieres?

—¿Qué puedo encontrar? No lo sé.

—¿Qué hacías *allí*? Me refiero al tipo de actividad intelectual. ¿O era todo oración y ayuno?

—Daba clases de teología y de filosofía tomista, pero era algo tan específico y como tan simplificado... Fuera de allí no me serviría de nada. No era una orden muy intelectual.

—¡Eso me dijiste al principio, y me sorprendió! ¡Sacrificaste tu intelecto por esos charlatanes!

—Podría dar clases de latín, francés, quizá de griego...

—Has desperdiciado todos estos años. Tienes que volver a acostumbrarte a pensar.

Anne se quedó callada.

—¿Por qué no estudias Medicina? Yo podría ayudarte económicamente. Tu padre quería que fueras médica.

—Es demasiado tarde; y, de todas formas, no quiero.

—¿Qué tenías intención de hacer en los Estados Unidos antes de que decidiéramos que no vas a ir?

—Ah, ¿acaso lo hemos decidido? Hay cursos organizados por católicos para personas como yo, algo así como una formación para reciclarnos, para poder dedicarnos a la enseñanza o a labores sociales y...

—¿No hay cursos de esos en Inglaterra? ¿O es que quieres huir? ¿Tenías la idea de «empezar de cero»? No pienses que te voy a dejar... Te encontraremos un trabajo; quiero decir, te encontraré un trabajo.

—Ya veremos —dijo Anne. Miró a su amiga con ojos lejanos y cansados, y se alisó su corto pelaje rubio.

—De todas formas, ¿por qué quieres ir a un centro católico? ¿No has terminado con ellos? Anoche no me contestaste a la pregunta.

—He dejado la orden...

—¡Eso ya me lo dijiste!

—No importa si he dejado el cristianismo o la Iglesia. Quiero decir que no lo sé, y que tampoco no importa.

—Yo diría que sí importa. ¡Al menos, parece que a tu clero entrometido y depredador sí que le importa!

—Pero a mí no. El tiempo lo dirá... o no.

—¿Qué es lo que llevas alrededor del cuello, en esa cadena? Veo que llevas una cadena. Anne se la sacó. Era una pequeña cruz de oro.

—¡Ahí lo tienes! Pero, Anne, has de *saberlo*, has de tenerlo *claro*...

—¡Vale! ¡Lo he dejado, si con eso te quedas tranquila!

—No quieres hablar de ello.

—Todavía no. Perdóname.

—Perdóname tú: estás *cansada*, claro. Salir de esa jaula te ha dejado agotada. ¿Sigues teniendo aquellas migrañas?

—De vez en cuando.

—Bueno, ya sabes lo que pienso de la Iglesia católica y lo mal que me sentó tu ingreso... Tienes que dejar que me desahogue un poco ahora que has salido.

—Ah, puedes desahogarte todo lo que quieras.

—¡Qué curioso! Pensé que a estas alturas ya serías abadesa, como poco.

—¡Yo también!

De pronto, las dos rompieron a reír: una risa antigua, familiar y ligeramente alocada, una risa particular, cómplice, íntima y privada, que indicaba entendimiento, que indicaba superioridad, que indicaba amor.

—¿Te habría gustado ser sacerdote?

—Sí —dijo Anne.

—Creo que debería haber mujeres sacerdote.

—Pero, si estás tan en contra de los sacerdotes, ¿cómo es que quieres que las mujeres lo sean?

—Bueno, si algo existe, creo que las mujeres también deberían poder participar de ello si quieren.

—¿Incluso si es malo?

—Sí.

Volvieron a reírse. Gertrude pensó: «Voy a echarme a llorar en un minuto. Y puede que Anne también llore. Pero no debemos. Ya habrá tiempo para llorar después». Y dijo:

—¿Te acuerdas de que en Newnham siempre decíamos: «Vamos a dejarlos a todos boquiabiertos»?

—Me acuerdo.

—Dios mío, en aquella época todos los hombres iban detrás de ti.

—Iban detrás *de ti*...

—Y que entonces decíamos que nos repartiríamos el mundo entre las dos, que tú te quedarías con

Dios y yo me quedaría con Mammón.[21]

—Pues no me ha ido muy bien con mi parte.

Gertrude pensó: «Pobre Anne, ha desperdiciado todos estos años, ha entregado su juventud para nada. No ha llegado a santa, ¡ni siquiera a abadesa! No hay nadie que quiera aprender nada de lo que ella tiene que enseñar. Pero ¿y yo? ¿Qué he hecho yo? Mi marido se está muriendo y no tengo hijos ni trabajo. La vida me ha derrotado. Las dos hemos sido derrotadas».

Se miraron con los ojos muy abiertos. ¡Retomar la amistad había resultado tan fácil! Las dos estaban sin aliento, sorprendidas ante aquello, sorprendidas ante la existencia de tan perfecto entendimiento. Habían sido estudiantes de matrícula a la vez: la inteligente Anne Cavidge, la inteligente Gertrude McCluskie. Eran dos mujeres fuertes que podrían haberse disputado el mundo. Se lo habían repartido entre ambas. Ahora, por extraño que pareciera, a Gertrude se le ocurrió que, en cierto sentido, se había sentido aliviada al resignarse a que Anne se retirara de la vida. No había querido que pasara, se había opuesto enérgicamente a ello, pero, una vez que sucedió, le pareció que se trataba del destino. De alguna manera, aquello mantenía a Anne a salvo; y ahora su fuga había cambiado el orden del mundo. Entonces, ¿había deseado acaso que Anne viviera detrás de las rejas y rezara por ella? Inconcebible. Lo que había deseado era que Anne se asentara de alguna manera, que el problema de Anne se resolviera. Ahora el comportamiento de Anne resultaba ambiguo, era una prófuga, y quién sabía qué iba a hacer o qué iba a ser de ella. Tendrían que repartirse el mundo entre ambas una vez más.

—¿Qué estás pensando? —dijo Anne.

—Me estoy preguntando si rezabas por mí en el convento.

—Sí, lo hacía.

Gertrude se acercó a su amiga y le acarició la suave y rubia cabeza de pájaro. Se miraron sin sonreírse.

\* \* \*

Anne Cavidge se sentó en la cama de la elegante habitación de invitados de Gertrude McCluskie y se examinó en el espejo del tocador. Se fijó directamente en sus rasgados y suspicaces ojos verdiazules. Su cara parecía ya diferente: era una cara observada, mirada por extraños, mirada por ella misma. En el convento, sus manos habían sido sus ojos y no había necesitado espejo alguno para ajustarse a la perfección la toca blanca y el hábito oscuro.

Anne llevaba ya varios días con Gertrude. No había visto a Guy, pero había conocido a *les cousins et les tantes*. Les habían explicado quién era: una monja desertora. Ellos le habían hecho preguntas inocentes y amistosas, incluso le habían gastado alguna broma. Por supuesto, ella los incomodaba. Quizá cierta incomodidad la acompañaría el resto de su vida. Después de todo, había perdido irremediablemente cierta conexión con el mundo, cierta facilidad de trato, cierta manera de hacerse adulta.

Gertrude quería prestarle algo de ropa, pero Anne no tenía ninguna intención de ponerse la ropa de Gertrude, ni era capaz de ir de tiendas, de probarse prendas, de mirar precios. Todavía llevaba aquel vestido a cuadros azules y blancos, aunque ahora estaba de acuerdo con Gertrude en que «no le pegaba». Cuando la aceptaron en la orden, la abadesa le dijo que debía renunciar, mucho antes de ingresar, a cualquier mal hábito como fumar y beber, a cualquier pequeña actividad banal que tuviera por costumbre. ¿Estaría ahora experimentando el proceso en sentido contrario? Tendría que aprender a volver a vivir con su nombre. En el convento tenía un nombre diferente: había empezado a olvidar quién era Anne Cavidge.

Lo cierto era que, como decía Gertrude, salir del convento la había dejado agotada. Anne estaba mucho más anonadada, aturdida, deslumbrada de lo que le había transmitido a su amiga. Al caminar por el campo cerca del convento, se había sentido tranquila. En Victoria, cuando fue incapaz de encontrar un hotel, la había invadido el pánico: estaba segura de que la gente la miraba con extrañeza. Se sentía como una prisionera evadida, como una espía. No era de extrañar, ya que acababa de salir, contra todo lo que antes habría podido imaginar, de un lugar donde creía que se quedaría para siempre, donde tenía la certeza de que moriría; un lugar donde había jurado solemnemente quedarse para el resto de sus días, dentro de la misma casa, del mismo jardín, renunciando a su albedrío.

Ahora, después de la sorpresa inicial, Gertrude parecía dar por sentada su desertión, como si se tratara de una consecuencia obvia, del final de una breve enajenación. Por acuerdo tácito, no habían retomado ninguna conversación prolongada ni inquisitiva: no era momento de indagar en profundidad en el pasado y en el futuro: eso vendría después. Ahora hablaban de cosas inmediatas, de preparativos, de recetas de cocina y de la comida, de libros que a Anne le podría gustar leer (tenía que sacarse el carnet de la biblioteca, necesitaba una lámpara de lectura), de lo que las enfermeras hacían o dejaban de hacer, de política y de lo que sucedía en el mundo. Gertrude le hablaba de la familia, de las visitas, y le hacía un boceto de cada uno de ellos: Manfred trabajaba en el banco de la familia; Ed Roper importaba piezas de arte; el Conde era polaco, pero no era un conde de verdad; Stanley era miembro del Parlamento; Gerald era astrofísico; Victor era el médico. De Guy no hablaban.

Anne sabía que Gertrude estaba muy muy contenta de que ella se hallara en la casa. Casi nunca quería que Anne fuera más allá de la puerta. «Desaparecerás por las calles de Londres y no volverás.» Sin embargo, sí tenía permiso para hacer pequeñas compras para la casa. Gertrude cocinaba para salir del paso. Ahora, por primera vez desde su «huida», Anne echaba muchísimo de menos la rutina del convento, aquel silencio tan especial en que se desarrollaban las actividades, el bendito automatismo de lo necesario. ¿Cómo podía lidiar con un día sin una rutina estricta? Tuvo que inventarse la suya propia. Intentó ser útil: cosía y zurcía (Gertrude odiaba la costura y el convento había hecho de Anne una costurera hábil y dispuesta); lavaba, arreglaba la casa y quitaba el polvo (la señora Parfitt tenía gripe). Aunque Gertrude la incitaba discretamente a ello, Anne todavía no había sido capaz de ponerse a estudiar en serio. No tenía en absoluto claro su futuro: se hallaba demasiado saturada por

lo que estaba pasando en el piso de Ebury Street. Tenía la intención de pulir su griego para equipararlo con su latín: quizá fueran esas las capacidades que podía explotar. En el convento, había enseñado algo de griego del Nuevo Testamento, pero hacía muchos años que no leía nada de griego clásico. Sin embargo, aunque Gertrude le llevó la gramática griega de Guy y el *Libro del Verso Griego de Oxford*, Anne ni siquiera los abrió.

A veces se sentaba en su cuarto a leer una novela. No había leído ninguna en los quince años que había pasado «dentro» y ahora, maravillada, las analizaba a fondo. ¡Había tantas *cosas* heterogéneas en una novela! Durante cierta época, estuvo interesada en la pintura. (Toda la actividad artística que se llevaba a cabo en el convento se reducía a la confección de unas horribles tarjetas de Navidad y a la creación de algunas esculturas religiosas *art déco*.) Un día fue caminando junto al río hasta la galería Tate Modern para ver los Bonnards. Con ellos sintió más o menos lo mismo que con las novelas: eran maravillosos, pero algo excesivos. Fue dos veces a la catedral de Westminster para sentarse durante un rato en medio de aquella inmensa oscuridad. Gertrude a veces salía un rato. Todavía quedaba con una de sus alumnas indias, y quizá también con más gente. No siempre le apetecía ver a Anne y aquel extraño tabú pendía sobre sus charlas. Pero quería tener la seguridad de que su amiga estaba allí, prisionera, esperándola, de reserva. A veces pasaban mucho tiempo sentadas en puntos muy separados de la casa. Había momentos concretos en que Gertrude se quedaba haciéndole compañía a Guy. Anne, por su parte, no lo veía nunca; ni siquiera sabía si él estaba al tanto de su presencia en la casa. En cualquier caso, Gertrude y Anne se acostaban temprano y, por la noche, Anne echaba de menos el ulular de los búhos que había oído durante tantos años en el convento. Y seguía despertándose siempre a las cinco.

Era por la tarde. Ya había oscurecido. La enfermera de día le había traído un poco de té y le había sonreído con su típica sonrisa altruista y sin labios. Anne sentía cierta simpatía por la enfermera de día y no sabía si a la enfermera le pasaba lo mismo con ella. Gertrude estaba con Guy. El piso se encontraba en silencio. El día había sido amarillento, un día de invierno amarillo oscuro típico de Londres, que no se había llegado a despejar del todo en ningún momento. La nieve había desaparecido. Le había seguido la lluvia y, ahora, este tranquilo y espeso manto gris. Anne había estado leyendo *La pequeña Dorrit*. Era asombrosa, tan recargada y caótica, y, sin embargo, tan conmovedora; una especie de milagro, un extraño despliegue de sentimientos al desnudo, repleto de ideas profundas, y, sin embargo, ¡uno sentía que todo aquello era verdad! ¡Cuánto había alterado su vida! Paseó su mirada por la cálida y agradable habitación y observó aquellas «cosas» que le había mencionado a Gertrude. Gertrude quería que ella hiciera suya la habitación, que la colonizara, que la adornara con tesoros tomados de cualquier otra parte del piso, que le dejara comprarle esto o aquello para que se sintiera más cómoda. Pero Anne era incapaz de interesarse por esas cosas: decía que la habitación le parecía encantadora tal como estaba. Había cerrado las sedosas cortinas de rayas tirando suavemente de los cordones. Varios perros chinos azules y una caja de rapé descansaban en la repisa de la chimenea. Había un parachispas adornado con la figura de un mirlo en una rama; un cubrecama americano de *patchwork* que ella misma había arrugado al sentarse encima; un espejo con

pie de mármol sobre el tocador; siluetas familiares de la época victoriana en la pared; olía a cera para muebles, a estabilidad y a bienestar. Anne se miró el reloj. En la capilla, oscura y fría, las monjas estarían cantando como pájaros. «Y *yo* estoy *aquí* —pensó—, y *ellas* están *allí*.»

La conversión de Anne no había sido otra cosa que una huida hacia la inocencia. Su cristianismo anglicano, aunque no profundo, la había acompañado durante mucho tiempo. Después, se acordó de las caras infantiles e inmaculadas de las niñas de su internado, y de cómo se arrodillaban con sus medias de algodón sobre aquel suelo de madera rugosa para las oraciones vespertinas. «El día que vos nos habéis dado, Señor, ha terminado ya.» «Ahora cerrad los ojos en paz y dormid tranquilos.» Abrazó la inocencia de la niñez. La veía casi como sus profesores la habían visto siempre. Incluso de niña, el primer concepto moral que había influido en ella había sido la idea de una conciencia limpia. Había tenido una infancia feliz. Quería a sus padres y a su hermano. Su padre era médico, un hombre íntegro, diligente y concienzudo. Y a Anne le parecía que la vida era y debía ser sencilla. Sin embargo, al final de la secundaria, le pasaron cosas terribles: su madre murió, y su hermano se mató en un accidente de alpinismo. Parecía que ese dolor venía a ratificar una profunda determinación. Su padre murió más tarde. Siempre había tenido la esperanza de que Anne fuera médica. No quería que se hiciera monja, pero lo entendió.

Cuando Anne se fue a Cambridge, su vida se llenó de secretos. La comunicación franca que solía tener con su padre se vio interrumpida para siempre. Iba a casa por vacaciones, se mostraba habladora y alegre, pero ya nunca expresaba aquello que más le preocupaba. Después de la tranquilidad de su casa y de la escuela, Cambridge había supuesto para Anne un carnaval, un torbellino, un festival de popularidad y personalidad y sexo. Estaba maravillada de su éxito. Se esforzó mucho y se graduó en Historia con matrícula. Pero consagraba la mayor parte de su tiempo, de sus energías, de sus pensamientos y de sus sentimientos a las aventuras amorosas, hasta tal punto que se sentía obligada a ocultárselas incluso a sus amigas. ¡Había tantos hombres compitiendo, poniéndose la zancadilla unos a otros, ofreciéndole tantas posibilidades deslumbrantes, tantas perspectivas halagadoras! Anne lo daba todo, lo quería todo. Llegó a ingeniárselas para llevar adelante dos, incluso tres relaciones al mismo tiempo, manteniendo felices a sus víctimas a base de mentiras. En absoluto pensaba que aquello estuviera mal, porque todo era tan provisional y se desarrollaba tan rápido... Además, había más gente que se comportaba de una manera tan desenfrenada como ella. Tenía la sensación de estar viviendo de forma acelerada una época entera, un largo periodo de tiempo durante el cual incluso ella misma estaba empezando a envejecer.

Cuando esa época llegó a su fin y vio que se aproximaba el momento de su gran decisión, pensó que aquella elección estaba más determinada por su vida anterior que por la vida que tendría en el futuro. No se había confinado medio accidentalmente a la soledad (como creían algunos de sus amigos) por aborrecer el exceso de vida social. Aquello más bien había sido una enseñanza, un camino que quizá estaba trazado desde el principio. No se sorprendió para nada de lo que, llegado el momento, se vio destinada a hacer. Se le había mostrado el mundo y el papel que ella misma representaba en ese mundo. Posteriormente, una vez dentro, no juzgó sus pecados con demasiada



severidad. No sentía una culpa enfermiza. De todos los «malos hábitos» que, tal y como debía hacer, abandonó bastante antes de ingresar en la orden (puesto que no era nada fácil entrar en ella), fue a las relaciones con el otro sexo a lo que renunció, de lejos, con más facilidad. Había percibido un contraste y había escogido con conocimiento de causa lo que ya antes había valorado por instinto.

Cuando se hallaba en pleno proceso de conversión, ya se estaba planteando hacerse religiosa. Para ella, la conversión no podía tener más consecuencia que esa. Ingenuamente al principio, y como fruto de una profunda reflexión personal después, había pensado con modestia en su objetivo, en cualquier objetivo que, llegada a ese punto, tuviera que ver con ella. Estaba entregando su vida a cambio de tener la conciencia tranquila. Una virtud fugitiva y enclaustrada era mejor que ninguna. Recuperaría su inocencia y la guardaría bajo llave. Por aquel entonces, la inocencia era la forma bajo la que se le aparecía Dios. Quería pasar sus días eternamente poseída por una mente tranquila, en una vida de enclaustrada sencillez. No quería depender de pensamientos mundanos, ni suyos ni ajenos, para así poder alcanzar cierto nivel donde flotar en libertad. Al principio, no pensaba de forma clara en la bondad o en la santidad como un objetivo a la vista. Empezó a creer fervientemente en un Dios personal, un Salvador humanizado, con una facilidad que dejó a sus amigos sin aliento. Todas estas cosas, la huida, la inevitable búsqueda de refugio, la redención, se mezclaban en su mente. Sentía tanto la distancia que la separaba de Dios como la tangibilidad del lazo magnético que la empujaba hacia Él. La idea de santidad, de hacerse buena en un sentido más activo, fue cobrando fuerza en su mente, de manera natural, durante los primeros años en el convento. Como Gertrude había dicho, su orden no era una de las más intelectuales y, como Gertrude había insinuado, aquella había sido una elección deliberada: la inteligente Anne Cavidge, en su desesperada huida del mundo, había decidido de forma muy astuta sacrificar su intelecto tan inmediata e irrevocablemente como le fuera posible. Por supuesto, había «estudios». La designaron para que se convirtiera en profesora y llegó a serlo, y muy respetada, además. Pero había ciertos logros intelectuales a los que se cuidaba de no volver a aspirar. Para ella, la salvación no se encontraba en aquella dirección. La filosofía aristotélica que se le requería enseñar estaba simplificada y era inconsistente y, cada vez que se sentía tentada de ampliarla, todo en aquel ambiente se volvía en su contra. Además, los talentos de sus alumnas no eran aptos para la especulación metafísica. La santidad, no la inteligencia, era el camino. Pero ese camino, un tiempo después de que se convirtiera para ella en una dirección real, empezó a llenar a Anne de dudas extrañas, dudas que sin embargo no estaban directamente relacionadas con su posible «deserción». Sus instintos e intuiciones habían empezado a señalarle en silencio el camino de vuelta a sus objetivos más antiguos y simples: la sencillez, la inocencia, una especie de humildad negativa que no aspiraba al nombre de bondad.

El hecho de que el concepto de un Dios personal comenzara a parecerle cada vez más problemático no la perturbaba demasiado. Formaba parte de una pequeña «intelligentsia» tácita que se mezclaba con aquellas otras que tenían una fe más simple, una fe que ella y sus semejantes renunciaban a perturbar. «Las inteligentes» se miraban a los ojos las unas a las otras y, en general, decían poco (desde luego, no todo) sobre los cambios que percibían en sí mismas y que, aisladas

como estaban, no podían evitar relacionar con el profundo movimiento, espiritualmente dirigido, de un cierto Fantasma del Tiempo. Casi todas mantenían la calma, y Anne no era menos. A los visitantes de fuera, a quienes, en virtud de sus reglas, no veían a menudo (y siempre brevemente a través de las rejas), ellas les resultaban, aunque amables, atentas y divertidas, también distantes y enigmáticas. La abadesa (no la que había recibido a Anne, sino una nueva abadesa) no fomentaba ni las amistades especiales dentro de la casa, ni las relaciones estrechas con la gente del exterior. Una podía seguir así indefinidamente; y Anne sabía bien que muchas de las que pensaban como ella se quedaban, e iban a quedarse, dentro; y desde luego tampoco las culpaba. A veces se sentía más inclinada a culparse a sí misma.

Gertrude le había dicho que debía de ser como salir de la cárcel. Bueno, pues ¡con qué firmeza, con qué ardor había tratado ella de *entrar* en aquella prisión! Y efectivamente era como una prisión: había celdas, barrotes, muros altos, puertas cerradas. Dios la había puesto bajo arresto domiciliario, y, con un corazón alegre y dispuesto, ella se identificaba con un prisionero. ¿Cómo vino (¡ay, tan paulatinamente!) a cambiar todo aquello? No era, como imaginaba Gertrude, algo parecido a una fuga. Por supuesto que había tristeza y fracaso en el convento. Nadie les hablaba de eso a los de fuera. Las relaciones normales con el mundo exterior se marchitaban pronto, como se había marchitado su amistad con Gertrude, en cierto modo a causa de una actitud anodina y reservada, una ausencia de comunicación franca y familiar. Sucedió algo que podría describirse de diversas maneras. El amor mismo cambiaba, quedaba limitado, depurado quizá. Cualquier viejo y profundo gusanillo de ansiedad y necesidad se iba marchitando, menguando. El proceso interior era muy lento; pero, de cara afuera, el cambio parecía absoluto. Por supuesto, también se producían comunicaciones de otro tipo con determinadas aspirantes en determinadas circunstancias, con aquellas que, aferradas a los barrotes, buscaban a alguien con quien compartir sus dudas y que estaban instruidas para recibir admoniciones; dichas admoniciones podían parecer frías o impersonales, pero, con todo, constituían quizá la forma más pura del amor a Dios del que aquellas mujeres disponían. «El mundo» no veía más allá de ese punto; e, incluso dentro, se hablaba de los «fracasos» con restricciones y solo con un determinado tipo de lenguaje. Nadie hablaba de «crisis nerviosas». Había monjas (aunque, según la experiencia de Anne, no muchas) que se deprimían, sucumbían al aburrimiento o se volvían locas. Había, si bien raramente, brotes de emociones desenfrenadas y llantos descontrolados. Lo que más le chocaba a Anne era la calmada luminosidad característica de la escena, aquella manera tan especial en que las monjas se reían, ya que en los momentos de recreo se reían a menudo, y también ocasionalmente cuando no se aplicaba la regla del silencio.

Los «fracasos» a veces encontraban el camino de vuelta a la vida mundana por medio de un certificado médico o una carta de un sacerdote especialista en psiquiatría. La salida de Anne no había sido así: ella era una de las fuertes. Llegó a tener el firme convencimiento de encontrarse «en el lugar equivocado». La clausura en sí misma no la hastiaba: era capaz de amar su austera seguridad de colmena y de hallar para sí misma un vasto espacio dentro de su estrechez, un espacio que era Dios. Al ingresar, le había hablado a su maestra de novicias sobre su conciencia. Esta le había dicho que la

olvidara, que sometiera su conciencia al poder encauzador del amor divino; que se desprendiera para siempre de aquella egoísta, vana y puntillosa ansiedad moral: un purificador mar espiritual fluiría a través de ella para dejarla vacía, limpia y libre. Según fueron pasando los años, todos esos años de confinamiento, oración, enseñanza y trabajo manual, estas cosas fueron cobrando sentido para Anne y empezó a liberarse para recibir ese otro Amor de cuya realidad, tal como ella lo experimentaba, no podía dudar: no yo, sino Cristo. La reverencia y la adoración se volvieron para ella tan necesarios como la respiración misma, y aquello le producía a veces un placer tan intenso que le parecía casi pecaminoso. La sencillez, la inocencia, la ausencia de lucha e interés mundano eran entonces el pan suyo de cada día, y ella misma estaba llena de un gozo que iba más allá del que hubiera sido capaz de imaginar de antemano, cuando se sintió por primera vez llamada a entregar su vida de manera tan absoluta a Dios. A su debido tiempo, también ella se convirtió en maestra de novicias. Les hablaba con atento y prudente interés a aquellas que apretaban sus marcadas y arrugadas caras contra los barrotes. Se imaginaba que algún día Dios la llamaría a responsabilidades más elevadas dentro de la orden. Pero, entonces, empezó a desarrollarse en su interior algo parecido al minúsculo primer síntoma de una grave enfermedad o de un enorme cambio físico: volvió a sentir ansiedad, conciencia.

Claro que había taras, imperfecciones y crispaciones en aquella comunidad donde se hacinaban tantas mujeres. Anne había convivido con esas cosas, consciente de ellas, dejando que de alguna manera se disiparan, como le habían enseñado a hacer, y presentándose a Dios como ofrenda. Pero resultaba imposible evitar el ejercicio del poder. Ella no siempre estaba de acuerdo con la abadesa. Había una a la que quería más que a las demás y no podía cambiar o sacrificar ese amor. Había reformas, alteraciones y planes que la comunidad se veía forzada a tomar en consideración. La opinión de Anne quedaba desautorizada por aquellas a quienes no podía considerar menos sensatas. Pero esas pruebas no eran cruciales: ella se las dedicaba a Dios cada día. No fue así como su conciencia volvió de esa manera tan extraña a ella. Seguía llevando una vida bastante tranquila y sin posesiones, ocupada en el trabajo y en la oración, escuchando (no sabía cantar) el hermoso, aflautado y constante canto llano de las monjas, tan exquisitamente disciplinado, tan frecuente, tan familiar, como una especie de promesa de la permanencia de todo lo que había a su alrededor, un canto de pájaros enjaulados que solo Dios oía.

El sacrificio de la actividad intelectual, por supuesto, no le había resultado tan fácil como, con aquella fantasiosa seguridad, se había imaginado. Pero no había sido el hambre de otros pensamientos, de libros diferentes, ni una tempestuosa crisis de duda intelectual lo que la había hecho volver al mundo. Había vivido mucho tiempo sumida en la práctica de la oración, no como una rutina regular, intermitente y voluntaria, sino como un completo modo de ser. Había vivido con la pasión de Cristo, con el misterio de ese supremo dolor dentro del cual Él también juzgaba al mundo. Había vivido con una dulce y natural sencillez, de algún modo dentro de la doctrina de la Trinidad, rodeada por la corriente espiritual que unía al Padre, al Hijo y al Paráclito. A veces se preguntaba cuánto había cambiado de verdad; y más veces todavía, volviéndose a su Dios, la

pregunta le parecía ociosa. Era consciente de que, dentro de la fuerza continua de aquel caudal espiritual, sus ideas estaban cambiando, el contorno de su cosmos estaba cambiando, acercando lo que se hallaba lejos y alejando lo que se hallaba cerca. Pero lo que esos cambios tan naturales, en virtud de su plenitud y dulzura, le trajeron de verdad (en definitiva, para su dolor) fue la certeza profunda y apremiante, experimentada cada vez más como un *deber*, de que ahora tenía que marcharse a *algún otro sitio*. El deber: un concepto que de alguna manera había relegado al pasado, junto con sus antiguas y estrechas ideas de la voluntad moral y del cambio moral. Había creído que tenía ante sí, recto y claro, el camino a la muerte, un sendero bien iluminado, y que cualesquiera cambios que la aguardaran en él concernían solo a Dios. En el estrechamiento de la voluntad de ella, en el ensanchamiento de la de Él, podría haber retos, pero no más problemas, no más terribles, angustiosas y desgarradoras decisiones que tomar. Sin embargo, ahora era como si se le reclamase que abandonara lo que había «logrado» y que empezara de nuevo.

Discutió sus motivos, evidentes y posiblemente ocultos, con la abadesa y con su confesor. No tenía un vínculo profundo ni emocional con ninguno de los dos. (Anne nunca había necesitado que la advirtieran del «peligro» del confesionario.) De momento, había pedido que la relevaran de sus deberes de profesora: el ejercicio de cualquier tipo de autoridad espiritual o doctrinal se le hacía insoportable. Ya sentía que estaba empezando a mentir. Se preguntaba a sí misma, y la abadesa también se lo preguntaba, si su extraño deseo de marcharse no obedecía a alguna razón profunda y aún desconocida. Un motivo concreto, eso era lo que la abadesa deseaba que reconociera; pero Anne no hizo tal cosa. Tampoco se trataba exactamente de una crisis de fe. Ahora, con más franqueza que nunca, le declaró a la abadesa cómo había cambiado, quizá de manera profunda, su concepción del Dios viviente. Se miraron en silencio. La abadesa apartó la mirada. Anne y la abadesa, a decir verdad, no estaban hechas para «llevarse bien». La abadesa, mayor que Anne, se había unido a la orden con veintimuchos años. En el mundo exterior, fue una dama con título nobiliario y herencia. Había sido una estudiante brillante y después administradora de su propiedad, y se había retirado de un mundo de excelencia intelectual y deslumbrante éxito. Había muchas cosas que a Anne le habría gustado discutir ahora, de manera franca y sin restricciones, con esa mujer de inteligencia superior, pero no podía ser: su conversación se limitaba exclusivamente a lo que Anne debía hacer y por qué, y no se permitía mostrar ni un atisbo de desconcierto compartido para suavizar la severidad del interrogatorio.

Anne se avino a reconocer que su sensación de encontrarse «en el lugar equivocado» de alguna manera estaba relacionada con el cambio de perspectiva de su fe, pero se negaba a considerar aquello, tal como la abadesa al principio le incitaba a hacer, como la típica oscuridad intermitente, como una sequía que debía soportarse y cuyo fin debía esperar. Asimismo, rechazó la posición que la abadesa adoptó más adelante (pues la discusión se prolongó durante un tiempo), según la cual ese cambio era, en un sentido elevado, la voluntad de Dios. Sí, era sin duda voluntad de Dios, decía Anne, pero no contenía ninguna gran «indicación» positiva, ninguna revelación de una nueva misión. Ahora debía proceder de acuerdo con una señal negativa y agnóstica. «¿Para hacer qué?», preguntaba la abadesa.

Anne no lo sabía. ¿Por qué iba a saberlo? Pero estaba decidida a marcharse, y a marcharse con consentimiento y, si pudiera ser, con una bendición; y la abadesa advirtió su determinación. Esta, que tantas veces le había puesto obstáculos, se mostraba de lo más reacia a dejarla marchar, pero al final Anne empezó a salirse con la suya.

—Entonces, ¿adónde vas a ir? ¿Con *quién*?

—Voy a vivir sola —dijo Anne. La abadesa, cuya cara más amable Anne había aprendido a reconocer durante esas charlas, clavó su mirada en ella.

—No estés tan arrogantemente segura de que vas a poder mantener la inocencia cuando estés *allí*. Piensa *ahora* en lo que vas a perder.

—Ni es arrogancia ni estoy segura.

«Pero hay una cosa que sí sé —pensó Anne—: sería capaz de soportar cualquier dolor excepto el de la culpabilidad. *Ese* es el que debo evitar a toda costa, y creo que sé cómo hacerlo.»

—Necesitarás ayuda. ¿Por qué no mantener cierto contacto con nosotras? Hay mujeres que viven como anacoretas en el mundo.

—Puede que llegue a ser una anacoreta —dijo Anne—, pero, si se da el caso, lo seré yo sola y solo Dios lo sabrá.

—Entonces, cuando te vayas de aquí —dijo la abadesa—, te irás del todo y para siempre.

—Es mejor así —dijo Anne.

Finalmente se marchó de una manera ambigua y silenciosa, con el consentimiento de la abadesa, pero sin ninguna despedida. Una vez fuera, en la hospedería, desapareció de la vista de ellas para siempre. Solo veía a tres hermanas externas, que la trataban con serena compasión, como si estuviera enferma. «Y ahora —pensó mientras se tomaba el té sentada y arrugaba la hermosa colcha— estoy en Londres y, por extraño que parezca, tengo una tarea que, por el momento, hará que deje para más adelante otras decisiones. Tengo que velar por Gertrude durante este terrible trance y por ahora no tiene sentido mirar más allá. He recibido esa tarea como una bendición, ese mandato como un honor.» ¿Era esa la manera de verlo? «Sí, yo estoy aquí y ellas están allí», pensó. Pero las palabras se estaban quedando vacías, como una vana disculpa. El convento se iba alejando de ella y era ya transparente, como un sueño. Durante dos años, tendría un poco de dinero en el banco. Pero nunca más volvería a llegarle ningún mensaje de aquel lugar, que se había trasladado al mundo invisible.

Ahora viviría en secreto, como una anacoreta secreta. Esa idea, introducida en su cabeza, quizá con astucia, por la abadesa, le agradaba: parecía una iluminación. Se sentía como si la estuvieran enviando de vuelta al mundo para demostrar algo. O quizá fuera más bien como una espía, una de las espías de Dios, la espía de un Dios inexistente. ¿Acaso había algo que pudiera ser más raro? Pero eso era lo que ahora tendría que *desentrañar*. ¿Sería ese «desentrañamiento» el retorno al «pensamiento» que Gertrude le había deseado al hablar de los «años que había desperdiciado»? ¿Se habían desperdiciado aquellos años? ¿Se los había pasado inventando un falso cristianismo y un falso Cristo? Era incapaz de pensar eso. La abadesa, que sospechaba que Anne estaba sufriendo un derrumbamiento espiritual encubierto y parecía esperar que enseguida se encontrara en dificultades

(sin embargo, ¿qué pensaba la abadesa?, ¿quizá la envidiaba?), le había preguntado: «¿Cómo podrás vivir sin la misa?». Anne no se lo había dicho, pero la verdad era que no tenía intención alguna de vivir sin la misa. Desde luego, no iba a confesarse; respecto a la eucaristía, podía ser, o no, que, de acuerdo con la regla todavía no revelada de su misterio, se permitiera recibir el sacramento (¿qué novedosamentepreciado resultaba ahora aquel alimento tan conocido y anhelado!). Pero no viviría sin la misa, como tampoco viviría sin Cristo: Cristo le pertenecía e iba a acompañarla en su viaje; su Cristo, el único que era verdaderamente suyo.

¿Puede alguien que alguna vez lo haya tenido renunciar verdaderamente al concepto de Dios? El ansia de Dios, una vez arraigada, es quizá incurable. Anne no podía despojarse de la *experiencia* del amor de Dios y de la certeza de que solo a través de Dios podía llegar al mundo. ¿Se podía buscar el gozo en un lugar distinto a aquella fuente verdadera? ¿No corromperían su alma, que ya se tambaleaba, los bienes inferiores? Estaba empapada de cristianismo y de Cristo, hundida en ello, saturada, manchada de manera indeleble por todo su ser. La cruz colgaba de su cuello como un grillete, como una soga. ¿Podría vivir ahora solo en virtud de la demostración ontológica? ¿Puede el amor, en su nivel más extremo, crear su objeto? ¿Habría aún adoración y veneración? ¿Podría haberlas? La oración la acompañaba todavía, una oración continua como el respirar, pero ¿qué era eso ahora? De momento, se parecía a la horrible respiración ajena de un cuerpo que los médicos mantienen con vida después de la muerte cerebral. ¿Volvería ese cuerpo a levantarse y a vivir? No concebía aquello como felicidad. La felicidad no formaba parte de su plan. Ese concepto al menos había quedado reducido a cenizas (o eso esperaba) gracias a los quince años que había pasado «dentro». Y era posible que la alegría que había salido de ella nunca fuera a volver. Sabía que, mediante su participación en el trance de Gertrude, había recibido la extraña bendición de un ínterin: se le había concedido, antes de aquello que tendría que llegar, una especie de descanso. Seguramente, un sufrimiento diferente, que aguardaba su hora, vendría después. La noche oscura no había comenzado aún, pero comenzaría; y entonces lloraría. «Tengo que estar sola —pensaba—, sin planes ni perspectivas, sin hogar e invisible; ser una vagabunda, una doña nadie. De lo contrario, la abadesa acabará teniendo razón y caeré en las trampas del mundo.»

—Ay, Anne..., Guy quiere hablar contigo.

Anne, que había estado cosiendo en su habitación, remendando un siete en una de las blusas favoritas de Gertrude, se levantó de un salto. Parecía un poco alarmada.

—Ahora solo tiene ganas de hablar con desconocidos. Es la gente a la que conoce a la que no puede soportar.

Aun así, Gertrude también estaba perpleja. Guy no había nombrado a Anne desde la sorpresa que había expresado a su llegada. Y ahora de repente quería verla.

Anne dejó a un lado sus labores y salió detrás de Gertrude.

—No te quedes mucho tiempo, ¿vale? Se cansa mucho.

—No, no me quedaré mucho.

Gertrude sujetó la puerta y Anne entró en el dormitorio de Guy. La puerta se cerró.

La habitación estaba bastante oscura. Había una lámpara encendida junto a la cama de Guy. Atardecía. Guy se encontraba en la cama incorporado sobre varias almohadas; había estado leyendo la *Odisea* en la edición de Loeb. Últimamente solo se levantaba un momento por las mañanas, para dar cierta apariencia de que hacía una vida normal, y se sentaba en la silla del dormitorio. Su paseo hasta el cuarto de baño contiguo, con la ayuda de Gertrude o de la enfermera, era el trecho más largo que parecía poder recorrer.

Primero, Anne vio una mitad de su cara, la que quedaba iluminada por la lámpara, y después, a medida que él giraba la cabeza, pudo apreciar todo su rostro. Le pareció un anciano. Le recordaba a ciertas fotos que había visto, en las que se mostraba a hombres demacrados de mirada fija, recién salidos de los campos de prisioneros. Tenía ante sus ojos una gran frente brillante sin cejas, luego una fina malla de cabello veteada de gris. El pelo de Guy estaba enmarañado: él mismo se lo enmarañaba con dedos inquietos, aunque la enfermera lo peinaba a menudo. Estaba bien afeitado, pero la sombra grisácea de la barba persistía en sus mejillas. Tenía la nariz fina y puntiaguda, aguileña, y sus ojos, oscuros y brillantes, se volvieron rápidamente hacia Anne y luego exploraron la habitación, como si esperaran algo. Ella se fijó particularmente en su boca, que era hermosa, alargada y proporcionada, tierna, sensible. Sus brazos enflaquecidos estaban estirados y sus delgadas manos, largas y blancas, casi azuladas, agarraban la manta y luego la soltaban en un movimiento convulsivo. Anne sintió que la invadía la compasión, y pensó: «Pero si está demasiado enfermo como para hablar. ¿Por qué he venido? Le diré una o dos palabras y me iré. Puede que ni siquiera sea capaz de hablar. Solo quiere ver cómo soy. ¡Qué delgado y qué lejos está!».

Guy dijo:

—Hola, Anne.

—Hola, Guy.

—Me alegro de que hayas venido.

—Yo también me alegro.

Su voz era inesperadamente potente, una voz con autoridad. Hubo un momento de silencio. Guy volvía la cabeza rítmicamente de un lado a otro, doblaba y estiraba los dedos. Anne se preguntó si sentiría dolor.

—¿No te vas a sentar? Acércate. Quiero verte.

Anne puso una silla al lado de la cama y se sentó. Le sonrió a Guy.

Él sonrió con un extraño y rápido espasmo. Y dijo:

—Estoy muy contento de que hayas venido, por Gertrude. Te quedarás hasta que yo me vaya, y también después, ¿no?

—Sí, por supuesto.

—Ella te quiere, creo.

—Sí, y yo la quiero a ella.

Volvió a hacerse el silencio. Anne respiraba con calma, mientras rezaba sin darse cuenta y sentía

una quietud inmensa y soñolienta, como una nube que se elevara desde su interior. No se sentía capaz de iniciar una conversación, pero quizá no hiciera falta, quizá bastaba con que estuviera allí.

—¿Por qué te has salido del convento? —preguntó Guy.

Anne, con una sacudida eléctrica, se puso en guardia de inmediato.

—Mi visión de la religión ha cambiado. Quedarme habría sido una mentira.

—A lo mejor deberías haber aguantado. La teología cristiana está cambiando muy rápido hoy en día. Habrían llegado los refuerzos. Habrías oído el sonido de las gaitas.

—¿No hay teólogo que hubiera podido rescatarme!

—¿Has perdido la fe...?

—Esa no es exactamente la mejor forma de expresarlo. Quizá no sea tan frecuente que la gente *pierda* la fe así sin más. Quiero forjar una nueva forma de fe, de manera privada, para mí misma; y eso solo puede hacerse fuera, en el mundo.

—Dentro tenías que decir cosas que no creías, aunque no dijeras nada, ¿no?

—Sí.

—¿Sigues creyendo en un Dios personal?

—No, en un Dios personal no.

—¿Entonces en una especie de espíritu de un mundo misterioso? «Zeus, quienquiera que seas.»[22]

—No, nada por el estilo. Es difícil de explicar. Quizá sea simplemente que no puedo seguir usando la palabra «Dios».

—Yo siempre he odiado a Dios —dijo Guy.

—¿Te refieres al Dios Anciano?

—Sí.

—¿Creíste alguna vez en la religión judía? Aunque, claro, tu familia era cristiana.

—Apenas. Lo que conocíamos eran las festividades judías. Sentíamos una especie de nostalgia. Era extraño. Yo sabía algo sobre la santidad.[23]

—¿No es eso religión?

—¿Qué querías decir con lo de una fe privada para ti?

—Supongo que toda fe es privada. Solo quiero decir... que no tendría nombres ni conceptos, que no llegaría a describirla, pero que estaría viva y yo lo sabría. Tengo la sensación de que ya he dicho todo lo que tenía que decir.

—Yo también he tenido esa sensación a menudo —dijo Guy—, pero era una ilusión. ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. Algún tipo de trabajo social. De momento no me lo he planteado.

—Y Jesús, ¿qué pasa con él?

—¿Qué pasa con él?

—¿Formará parte de tu nueva fe?

—Sí —dijo Anne—. Creo... creo que sí.

—Mi tío David Schultz me dijo una vez que, si en el fin del mundo resultaba que, después de



todo, Jesús era el Mesías, lo aceptaría. Es interesante hacer conjeturas sobre la alternativa.

—¿Se mantuvo alguno de tus familiares fiel a la religión judía?

—Él era tío político. Pero hubo alguno, sí. Debes preguntarle a Veronica Mount: ella es la experta. Yo también odiaba a Jesús.

—¿A Jesús? Puedo concebir que se odie a Dios, pero no a Jesús.

—Me refiero al símbolo, no al hombre. Del hombre, uno tiene que compadecerse. El judaísmo es una religión sobria: enseñanza, oración, nada de excesos. Pero el cristianismo es tan blando... Es sentimental y mágico: niega la muerte. Transforma la muerte en sufrimiento, y el sufrimiento es siempre muy socorrido: hay dolor, y después (¡abracadabra!) hay vida eterna. Eso es lo que todos queremos, que nuestra desgracia sirva para algo, que recibamos algo a cambio, algo absolutamente consolador. Pero es mentira. Hay conclusiones definitivas: en esta casa va a alcanzarse una dentro de poco. La gente parte para siempre de verdad. El sufrimiento tiene la cambiante irrealidad de la mente humana. Fue un deseo de sufrir lo que probablemente te llevó a entrar en ese convento y también quizá sea lo que te ha llevado a salir. La muerte es real. Pero Cristo no muere de verdad. Eso no encaja.

—Encaje o no, así es la cosa.

—Pero *para ti* no es esa la cuestión.

—No... —Anne quería pensar en lo que Guy le estaba diciendo, aunque le angustiaba el esfuerzo que él hacía al intentar hablar—. Creo... que queremos que nuestros vicios se resientan..., pero no que desaparezcan.

—Sí. Sí. Queremos..., a causa del sufrimiento..., ser capaces de mantenerlo... todo... para ser perdonados.

—Y eso te parece blando, ¿no es así?

—Sí.

Se volvieron a quedar callados. Anne pensó: «A este hombre puedo decirle cualquier cosa».

Guy dijo:

—Tú no crees, imagino, en la idea antirreligiosa de la vida después de la muerte, ¿no?

—No. Estoy de acuerdo en que es antirreligiosa. Quiero decir que, sea lo que sea lo que está pasando, está pasando aquí y ahora.

«Eso es lo que no podía decirles en el convento», pensó.

—Ojalá creyera en el más allá —dijo Guy. Había mantenido la vista apartada de ella, enrollándose el pelo con una mano nerviosa, mostrándole su perfil de nariz de halcón. Ahora sus ojos centellearon al mirarla—. No por ninguna burda razón, por supuesto; no simplemente para quedar liberado de eso que va a pasar dentro de pocas semanas; sino que... es algo que he sentido siempre...

—¿El qué?

—Que me gustaría ser juzgado.

Anne reflexionó.

—No sé: ¿y eso es una idea coherente? Me parece que se asemeja un poco a lo que no te hacía

gracia del cristianismo.

—Entiendo perfectamente lo que quieres decir —dijo Guy. Anne le había caído bien. Él esbozó una sonrisa más cariñosa y su tenso rostro se suavizó—. Es romántico, sadomasoquista, una idea para una historia, no lo que parece..., efectivamente...

—¿Quieres decir juicio como valoración, o sea, como cálculo preciso, o como castigo?

—Bueno, ambas cosas. Creo que uno *ansía* ambas cosas: asomarse por encima del hombro del Ángel de la Memoria y que haya consecuencias. Las consecuencias serían la demostración de algo.

—¿Qué quieres que se demuestre? Gertrude me ha dicho que estás escribiendo un libro sobre el castigo.

Guy frunció el ceño.

—¿Ah, te lo ha dicho? Todavía no es nada. Quiero decir... que no es nada, solo un bosquejo.

—¿Puedes contarme algo sobre él?

—Es un tema imposible. Si un funcionario del Ministerio del Interior escribe un libro sobre el castigo, es obligatorio que trate (bueno, ya te imaginas) sobre la disuasión y la rehabilitación.

—Y que deje de lado el castigo merecido. ¿Y eso es lo que tú quieres?

— Para mí, sí.

—¿No crees que otros también pueden necesitarlo, quererlo?

—Ah, puede ser, pero yo solo estoy interesado en mi propio caso. Como tú.

Los dos sonrieron. Anne estaba tensa en la silla, concentrada.

—La justicia es una cosa tan extraña —continuó Guy—: pasa a través de todas las demás virtudes. Es como el marrón: no está en el espectro; no está en el espectro moral.

—No te entiendo —dijo Anne.

—Es un cálculo.

—¿Y qué pasa con la clemencia?

—Algo completamente diferente. En cualquier caso, no puede *haber* clemencia.

—¿Por qué no?

—Porque los delitos son su propio castigo.

—Y, si eso es así, ¿por qué quieres una vida después de la muerte?

—Ah, pero uno no puede *verlo* todo. Yo querría entenderlo todo; querría tenerlo todo a la vista y bien explicado. Por eso es por lo que la idea de purgatorio resulta tan conmovedora.

—¿Y qué pasa con el infierno? ¿Es también conmovedor?

—No. Incomprensible, en realidad. Pero el purgatorio, sufrir en presencia del Bien,[24] ¡qué placer! Sufrimiento computado, sufrimiento con una finalidad, con una evolución... No es de extrañar que las almas de Dante vuelvan a arrojarse gustosamente al fuego.

—Pero el purgatorio es rehabilitación y tú has dicho...

—El purgatorio es una rehabilitación mágica con garantías de que siempre funciona. En la vida real, el castigo puede producir cualquier resultado: todo es pura conjetura. Y el castigo merecido solo es importante como forma de control, necesario para esa especie de burda justicia que impartimos

aquí abajo. Quiero decir, el tipo en cuestión tiene que haber *hecho* algo y nosotros debemos tratar de decir lo grande o pequeño que es aquello que...

—Si no, quizá castigaríamos a la gente solo por su bien.

—O para disuadir a otra gente, sí.

—Entiendo lo que piensas del purgatorio —dijo Anne.

—Una vez vi un cuadro victoriano titulado *Plegaria abyecta*. Envidiaba al hombre del cuadro.

—Conozco el cuadro. ¡Oh..., cielos..., sí! Todo es tan tremendamente consolador y, como has dicho, romántico, y sin embargo...

—¿Por qué no habría que consolar a los pobres pecadores?

—Sí. Pero volviendo a lo del castigo merecido: cuando dices que quieres ser juzgado, ¿es solo una idea general, algo «blando», por usar tu palabra, o te refieres a cosas que has hecho, tales como...?

—Ah, bueno... —dijo Guy. Volvió a sonreírle, con tristeza, fijando sus oscuros ojos intensamente en Anne. Brillaban húmedos en su cara seca y pálida, que tenía la piel muy pegada a los huesos.

—A ver; no estoy preguntando de qué te acusas, ni siquiera qué piensas de eso...

—Nos especializamos, ¿no crees? —dijo Guy—. Somos buenos de manera selectiva, si es que tenemos algo de buenos. Cada cual tiene una o dos virtudes que se dedica a cultivar (en verdad no es mucho); o bien, escogemos una virtud que parezca servirnos siempre, que represente una especie de medio hacia el bien, como la resolución, o la benevolencia, o la inocencia, o la templanza o el honor. Algo no demasiado inabarcable, no demasiado inaccesible, y que parezca encajar con nosotros de alguna manera.

—¿Cuál es la tuya?

—¿La mía...? Ah, nada muy elevado. Una especie de precisión.

—¿No es eso lo mismo que la verdad?

—No. Lo cierto es que no somos muy versátiles cuando se trata de ser buenos: somos criaturas tremendamente limitadas. ¿Qué grado de escrutinio resistirían las vidas de los santos? Todo el mundo es horrible para alguien. Incluso tu amigo Jesús. ¿En verdad qué sabemos de él? Tuvo la suerte de ser ensalzado por cinco genios de la literatura.

—¿Suerte? Bueno...

—Nuestros vicios son universales, aburridos, el barro podrido y ordinario de la mezquindad, la cobardía, la crueldad y el egoísmo humanos; e, incluso cuando son extremos, son todos lo mismo. Solo en nuestras virtudes somos originales, porque la virtud es difícil, y tenemos que probar, inventar, operar por medio de nuestra naturaleza para hacerle frente a nuestra naturaleza...

—Pero ¿no tiene cada vicio su correspondiente virtud? Quiero decir: ¿no se definen los unos en oposición a las otras?

—Solo en apariencia; pues la virtud es tremendamente singular. Está aislada, es algo en sí misma.

—¿Quieres decir algo demoníaco?

—Esa es otra idea romántica. No, no voy a seguir ese hilo. Es simplemente... original..., idiosincrásica..., singular. Los vicios son generales; las virtudes son particulares. No forman parte del

*continuum* que lleva hacia una mejora general.

—No lo veo claro —dijo Anne—. Deben estar relacionados entre sí en una especie de...

—¿Sistema? ¿Jerarquía? Eso es pura metafísica.

—Y también la virtud es muchas veces tranquila y aburrida. Yo lo he visto. Estoy de acuerdo en que está especializada: somos buenos en un pequeño ámbito que encaja con nuestra forma de ser. Pero tú concibes la virtud como algo intrínsecamente interesante y original, y eso yo no lo veo. Es una especie de... conjetura.

—Yo no he dicho «interesante»..., y sí, es una conjetura... Pero tú me preguntabas si..., cuando quería ser castigado..., se debía... a algo en particular...

Guy la estaba mirando fijamente. Anne se sobresaltó y notó que la cara se le ruborizaba. Se le acababa de venir a la cabeza que acaso lo que de verdad quería Guy era hacerle alguna clase de confesión. ¿Y si se disponía a decirle algo terrible, algo que tenía guardado, que lo atormentaba? ¿Era esa la razón por la que había querido verla? Pensó: «Si yo fuera un sacerdote, sería mi deber escucharlo. Pero no soy un sacerdote. Conmigo se daría una situación confusa y personal. Yo aquí no pinto nada: no tengo ningún poder mágico capaz de transformar lo que pudiera suceder, ninguna autoridad para llegarle al alma; no podría decirle nada bueno, y él terminaría arrepintiéndose».

Anne dijo, con cortesía:

—Creo que te estoy cansando. Ya me ha dicho Gertrude que no debía quedarme mucho tiempo.

Guy seguía mirándola fijamente. Después suspiró, esbozó una sonrisita, una mueca burlona, y volvió la cabeza. Dijo:

—Te he asustado, ¿verdad?

—Sí.

—Lo siento. No era nada. No... pasa nada. ¡Eh, eh, el cisne blanco! De todos modos, la enfermera va a entrar en un minuto.

—Debo irme.

Guy se volvió para mirarla. Anne sintió una riada de emoción que casi la dejó sin aliento. Estaba temblando. Por un momento, pensó: «No me puedo ir».

Guy le tendió una mano. Anne la tomó con fuerza entre las suyas, una mano delgada como el papel y ligera como una pluma; se inclinó sobre ella y se la besó.

—Venga, Anne..., vete ya... Ya hablaremos... en otro momento...

Pero Anne no volvió a ver a Guy nunca más.

\* \* \*

—¿Eso es todo lo que has conseguido para cenar?

—Sí.

—¡Vaya putada!

—A lo mejor podemos comprar algo.

—¡Ah, mierda!

Tim Reede y su chica, Daisy Barrett, estaban sentados en el Prince of Denmark tomando una copa. Tim estaba dibujando al gato del Prince of Denmark. El gato, un animal negro y estilizado con una cara huesuda y noble y patas blancas, era frío y vanidoso. Miraba fija y despectivamente a Tim con sus ojos verde hielo. Luego se estiró voluptuosamente y adoptó otra postura. Tim volvió a empezar. Aquel gato (se llamaba Perkins) tenía un repertorio de poses más amplio que ningún otro gato que Tim hubiera dibujado jamás, y había dibujado a un buen número de gatos. En el Prince of Denmark, un pub cercano a Fitzroy Square, habían tenido también un perro llamado Barkiss, un animal incansablemente juguetón, que hacía poco había sido secuestrado por un cliente que estaba de paso. A Tim y a Daisy les gustaba aquel lugar porque era tranquilo, cutre y estaba pasado de moda. Tenía una barra grande de caoba con un expositor encima, una pantalla compuesta de pequeños paneles oscilantes de vidrio victoriano grabado, que parecía el ala este de una iglesia ortodoxa griega. Y la verdad es que sí había cierto ambiente eclesiástico en el aire: el lugar estaba tenuemente iluminado y lleno de humo, y los clientes hablaban en voz baja. Había pequeños cubículos, como confesionarios, alineados en una pared. Tim y Daisy estaban sentados en uno de ellos. No había gramola.

La hora: las nueve de la noche; y la fecha: cinco días después de la tarde en que, como se ha narrado al principio, Manfred y el Conde y Sylvia Wicks y Stanley Openshaw y la señora Mount y Tim se reunieron a la hora de las visitas en Ebury Street. Desde entonces, Tim había estado allí otras dos veces, incluyendo esa misma tarde. No siempre le pedía directamente comida a Gertrude: había que hacerlo como quien no quiere la cosa. Confiaba en que ella no reparara en ningún detalle que delatara sus asaltos a la cocina. Si cogía un poco de muchas cosas, no se notaba. Tim no quería tener fama de gorrón. Lo que ahora había dispuesto delante de Daisy sobre la mesa manchada de cerveza era lo siguiente: dos rebanadas de pan toscamente untadas de mantequilla, dos trozos de queso, uno de Cheddar y otro de Stilton, dos tomates, cuatro galletas de avena, un filete frío de cordero asado y un trozo pequeño de tarta de fruta.

—No creo que esté tan mal —dijo Tim.

—¿No había patatas frías?

—No.

El impermeable de Tim, en cuyos grandes bolsillos había embutido apresuradamente las viandas, colgaba goteando en el respaldo de su silla. Fuera estaba lloviendo y el viento frío del este hacía que la lluvia cayera arremolinada, barriendo de lado a lado las calles del norte del Soho, que brillaban bajo las farolas como ríos. La escasa nieve había desaparecido y estaba ya olvidada. Daisy llevaba un buen rato esperando a Tim.

—Creo que estamos empezando a ser *demasiado* pobres. Vale, queríamos ser pobres, elegimos ser pobres, pero esto roza lo ridículo. ¿Cómo es posible que todo el mundo tenga dinero y nosotros no? ¿Cómo es posible que la gente pueda ganar dinero y nosotros no? Tenemos aptitudes. ¿Por qué no

podemos venderlas?

Tim no sabía qué responder. Hacía mucho que Tim y Daisy se tomaban a broma lo de no tener ni un penique. Se consideraban vagabundos, inadaptados, desechos y basura, huérfanos de la tormenta, niños del bosque,[25] artistas mendicantes, hedonistas indigentes que hacían pícnicos a diario. Tim trabajaba un día a la semana dando clase en una escuela de formación profesional en Willesden. Daisy, que también solía dar clases de pintura, estaba (Tim esperaba que temporalmente) en paro. A él le pagaban por horas, de modo que no cobraba en vacaciones. Ahora el trimestre estaba próximo a su fin y (todavía no se lo había dicho a Daisy) no lo iban a contratar para el siguiente. Los dos, más bien a escondidas y sin decírselo el uno al otro, cobraban una ayuda de la Asistencia Nacional; pero de alguna manera, quizá porque no lograban cumplimentar los formularios correctamente, nunca parecían percibir tanto dinero como otra gente. En los últimos tiempos les habían subido sus respectivos alquileres (ahora vivían separados). Se habían planteado la posibilidad de robar, pero estaban de acuerdo en que no habían sido educados para eso y en que la vergüenza los horrorizaría: sus reparos no tenían nada que ver con la moralidad. Podrían vivir con menos gastos si se hubieran decidido a dejar de beber o a volver a vivir juntos, pero no fueron capaces de tomar ninguna de esas dos decisiones: los problemas de espacio de las habitaciones baratas los habían disuadido. Ahora, gracias a Tim, su situación había mejorado (tenía una vida social más amplia que Daisy), ya que se dedicaba a coger comida de las casas a las que lo invitaban (eso desde luego no era robar). Cualquier clase de fiesta era un extra, especialmente las grandes recepciones donde uno podía meterse varios sándwiches en los bolsillos. Durante el bar mitzvá de Jeremy Schultz, se había aprovisionado lo suficiente para montar una tienda de comestibles. (Los sándwiches pasados estaban deliciosos fritos.) Afortunadamente, ahora estaba a la vista la boda de la sobrina de Moses Greenberg con uno de los Lebowitzim.

Tim y Daisy llevaban juntos mucho tiempo y no resultaba fácil, ni siquiera para ellos, definir qué tipo de relación mantenían. Tiempo atrás, Tim se habría casado con Daisy, de no haber sido por la hostilidad, sorprendentemente feroz, que ella sentía hacia el matrimonio, institución que relacionaba con «hogares y jardines y pasar la aspiradora por la moqueta y, en pocas palabras, convertirse en muertos vivientes». Estaba especialmente resentida con las mujeres ociosas que se casaban para no trabajar y llevar una vida de egoísmo burgués. ¡Las «posesiones», además de sus maridos y sus niños y sus casas llenas de muebles de mierda! ¡Gente que no valía nada llena de complacencia moral y desprecio por los demás! Daisy y Tim se enorgullecían de ser libres y no tener posesiones. Se veían a sí mismos como si hubieran perdido deliberada y felizmente el tren. Habían sido jóvenes juntos; ahora, aún juntos, no eran tan jóvenes. Aunque todavía actuaban de forma infantil, acusaban los años, años que a los dos se les pasaban volando. Eran un par de camaradas con una relación especial. Había quedado claro hacía mucho tiempo que encajaban bien el uno con el otro, y parecía que nadie más encajaba con ninguno de los dos (y eso que habían buscado bastante). Ellos dos eran, el uno para el otro, los únicos a los que no podían dejar. Habían vivido, y todavía vivían, a la luz del romance, siguiendo las huellas del otro por Londres, encontrándose en pubs y en clubs de copas

vespertinas, como habían hecho cuando eran estudiantes. Estos encuentros, que se daban a diario, resultaban más emocionantes que el modo de vida aburrido que ya habían probado y descartado. Concebían la vida, decían, como una marcha perseverante de una pequeña fiesta a otra, y para ellos casi cualquier cosa contaba como fiesta. Conspiraban para ser eternamente jóvenes y en ese afán se mantenían, incansables.

Los dos habían pasado la infancia en hogares infelices y, al parecer, eso hacía que fueran como «hermano y hermana», dos de una misma clase. El padre de Daisy era francocanadiense. La familia se apellidaba Barrault, pero por alguna razón su excéntrico padre había decidido cambiarlo por Barrett. Su madre era una dama de Bloomsbury (lejanamente emparentada con Virginia Woolf) que había sido una pintora aficionada y no muy brillante del estilo Euston Road, y protegida de Duncan Grant. El matrimonio se rompió cuando Daisy (hija única) tenía cuatro años. La madre y la niña se quedaron en Londres, el padre regresó a Canadá. Según Daisy, había sido una especie de escultor, pero tuvo más éxito cuando se pasó al negocio del arte. La madre de Daisy, que deseaba moverse «en sociedad», pero por entonces era muy pobre, estaba resentida con Daisy, que de alguna manera, pensaba ella, le había impedido volver a casarse. Su madre murió cuando Daisy tenía diez años, y ella se fue a Canadá con su padre, quien, aunque cariñoso a ratos, consideraba a su hija un condenado fastidio. A su debido tiempo, se la llevó de vuelta a Inglaterra y la dejó tirada en Roedean. Mientras tanto, él pasaba cada vez más tiempo en Francia. Las vacaciones, a trozos, las pasaban en hoteles. Daisy odiaba Roedean. Más adelante, su padre, al darse cuenta de que se estaba convirtiendo en una muchacha alta y guapa, se la llevó a París a compartir casa con su última amante. Poco después de eso se declaró en bancarota y regresó a Montreal para terminar bebiendo hasta matarse; así, Daisy fue a parar a Neuilly-sur-Seine con una pariente muy lejana a quien ella conocía como *tante* Louise. Animada por algunos de los amigos de su padre, Daisy comenzó sus estudios de arte. Para escapar de la *tante* Louise, se marchó a Londres y estuvo viviendo allí como estudiante de Bellas Artes. Su padre, mientras vivía, le enviaba una asignación irregular pero no poco generosa. Daisy tenía talento y finalmente llegó a la Slade. Fue allí donde conoció a Tim, que era dos años más joven que ella. Daisy hablaba francés a la perfección, pero detestaba Francia.

La historia de Tim era diferente, pero igualmente insatisfactoria. Su padre, que era irlandés, pero siempre había vivido en Inglaterra, había sido abogado y músico aficionado. Sin embargo, la música, no las leyes, era su verdadera pasión, y terminó por abandonar la práctica del derecho. Tocaba el piano muy bien, pero nunca alcanzó la excelencia. Como ya había hecho sus pinitos en la composición, se entregó por completo a ella, al principio con algún modesto éxito. Era un hombre pelirrojo, grande, brillante, gracioso y risueño, y se le daban muy bien las mujeres. Tenía una elegante voz de barítono y conocía todas las canciones del mundo. Sabía tocar cualquier cosa al piano. Era capaz de montar un concierto él solito, ya fuera cómico o serio. Como marido y padre tenía menos aptitudes. La madre de Tim también era música. Había tocado la flauta en la *Jeunesse Musicale* y después en la Orquesta Sinfónica de Londres. Era una chica galesa de origen humilde y salud delicada (de niña había tenido tuberculosis), y fue muy guapa durante muy poco tiempo. Se

casaron de prisa y se arrepintieron sin prisas, o al menos la madre de Tim sí se arrepintió. Su padre, que se marchó poco después del nacimiento de Tim y su hermana Rita, no mostró señal alguna del más mínimo pesar. Emigró a América, y, aunque su carrera musical se fue poco a poco a pique, al parecer no dejó de pasárselo bien. Volvió a casarse, después se divorció. Aparecía por Inglaterra de vez en cuando para ver a los niños y, cuando los veía, se mostraba efusivamente cariñoso con ellos. Ni su padre ni su madre hicieron ningún intento por darles a Tim o a Rita una educación musical: el padre estaba ausente; la madre, cuya flauta no volvió a escucharse jamás, no tuvo voluntad para animar a sus indisciplinados hijos a que practicasen el arte que a ella solo le había traído tristes recuerdos.

Los niños adoraban a su padre. En la vida más bien monótona y precaria que llevaban con su madre en un barrio de Londres, él era un rayo de luz resplandeciente, un ser de otro mundo, un dios bullicioso y radiante. Los niños se reían y gritaban de alegría cuando su grandote, apuesto y pelirrojo papá hacía su aparición y se sentaba al piano. Lloraban cuando se marchaba, anhelaban su regreso y vivían soñando con reunirse con él en algún paraíso de riqueza y libertad (desde luego, daban por supuesto que era inmensamente rico) al otro lado del Atlántico. Su madre, delicada de salud, nerviosa, irritable, frustrada, empobrecida y tacaña, les resultaba aborrecible. En sus conversaciones siempre hablaban de lo que harían cuando «se fueran». Sin embargo, la partida de su madre llegó antes. Cuando Tim tenía doce años y Rita diez, la infeliz mujer sufrió una recaída y murió de tuberculosis. A Tim y a Rita se los llevaron de inmediato a Cardiff, donde se quedaron a vivir con la familia de su tío materno, entre varios primos muy molestos por su presencia. A Tim, que soñaba con niños protegidos en cálidas guarderías, lo atormentaba una pandilla de niñas alborotadoras. Cuando él cumplió los catorce, Rita murió de anorexia nerviosa, un trastorno que por aquel entonces no se conocía bien. Tras la muerte de su madre, su radiante padre no volvió a aparecer nunca más: se mató poco después en un accidente de moto.

Sin embargo, el divino papá había dejado guardado un último y útil regalito para sus hijos, y fue esa vía la que llevó a Tim, a su debido tiempo, a entrar en contacto con Ebury Street. Su padre, en sus días en Londres, se había hecho amigo de Rudi Openshaw, otro abogado con aptitudes musicales, que era uno de los tíos de Guy. Cornelius Reede (que así se llamaba el padre) había dejado en su testamento cierta cantidad de dinero en fideicomiso para sus hijos, bajo la custodia de Rudi Openshaw y del «banco de la familia». Rudi se convirtió a efectos prácticos en el tutor de los niños. Era soltero, torpe con los niños, y solo vio a sus ahijados una vez, cuando fue a Cardiff a hacer unos tratos financieros con el tío de Tim. Esos tratos, aunque aceptables para la familia del tío, no mejoraron de ninguna manera la situación de Tim y Rita. Rita murió. Rudi murió. Y el fideicomiso a favor de Tim se transfirió al padre de Guy y después a Guy, quien de esa extraña manera pasó a ocuparse de Tim *in loco parentis*.

El deseo de Tim era, y siempre había sido, volver a Londres. A los diecisiete años, con el consentimiento del padre de Guy y las bendiciones de su tío, tía y primos, viajó a la capital a cursar estudios de arte. Más tarde tuvo la sospecha de que la idea de que estudiara Bellas Artes había surgido



no de un análisis de sus capacidades, sino del hecho de que aquello representaba una forma cómoda y barata de darle una mínima formación superior. Lo que Tim nunca supo fue que el dinero del fideicomiso se había agotado hacía algún tiempo y que sus interminables días de estudiante fueron financiados por el padre de Guy y después por Guy de sus propios bolsillos. Guy nunca se lo dijo a nadie, ni siquiera a Gertrude. A Tim se le pagaba la formación (posteriormente consiguió una beca estatal) y también recibía una modesta asignación, gracias a la cual vivió en una residencia de estudiantes y después en una pensión. Comenzó sus estudios en una Facultad de Bellas Artes de la periferia, y después, para sorpresa de sus profesores y no menos para la suya propia, consiguió entrar en la Slade. Cuando terminó la carrera, Guy lo informó de que el dinero del fideicomiso estaba a punto de acabarse y de que la asignación no podía prolongarse más de seis meses. Después de todo, pensaba Guy, el jovencito debía aprender a valerse por sí mismo. El propio Tim se preguntaba a menudo si había llegado a valerse por sí mismo alguna vez. Cuando salió de la Slade, tenía veintitrés años, y Guy, treinta y cuatro.

Más adelante, Tim empezó a pensar de otra manera sobre su madre. Ahora que ya no podía consolarla ni quererla, su corazón regresó a ella. Soñaba que la buscaba en salas oscuras y difusas o subiendo por interminables escaleras. Cuando era niño, su padre había representado la libertad; su madre, las ataduras. Pero eso era tan injusto, con esa injusticia tan profunda y despreocupada de aquel mundo podrido... Su padre había sido un bastardo egoísta e irresponsable. Su madre se había quedado sola, empobrecida, enferma. Incluso sus hijos se habían vuelto contra ella. Tuvo que luchar sin ayuda contra toda clase de dificultades, claro que cayó en el cansancio y en el mal humor. Necesitaba ayuda y cariño. Solo que ahora, cuando por fin había cariño para ella en el corazón de Tim, ya era demasiado tarde. Había pasado a querer a su madre y a odiar a su padre cuando ambos eran ya fantasmas. Anhelaba en vano reparar ese daño. Hablaba con Daisy de esa culpa y ese dolor. Daisy decía: «Sí, nuestros padres de mierda nos decepcionaron, pero supongo que tenemos que sentirlo por ellos: fueron desdichados y nosotros, en cambio, somos felices, de modo que al final hemos salido ganando». Tim pensaba que su padre no había sido desdichado y que él, por su parte, no siempre era feliz, pero no discutía. Se había formado una idea muy modesta de sus derechos y de sus capacidades, y, aunque a veces le daba la sensación de que había tenido mala suerte, debía admitir que en su vida adulta, hasta el momento, no había sufrido ninguna catástrofe, y estaba dispuesto a conformarse con la satisfacción «del hombre que no tiene historia». A veces se veía como un soldado del azar, como un tipo pícaro y sin ataduras, un bebedor, un gorrón vagabundo, un vivalavirgen con uniforme andrajoso (por supuesto, no de oficial), que vivía evitando situaciones desagradables y procurándose pequeñas gratificaciones bastante inocuas día a día. No había ninguna felicidad arraigada en su vida, pero era alegre por naturaleza. Tenía (y eso lo consideraba muy cercano a la virtud) un temperamento jovial. Muchas veces pensaba también en su hermana Rita, pero de eso no le hablaba a Daisy. (Ella también había padecido anorexia nerviosa de niña, como protesta contra Roedean.) Tim y Rita se peleaban mucho, pero estaban muy unidos, aliados contra el mundo; un mundo que ahora sería *completamente diferente* si Rita siguiera viva, ya que, a la sazón, Tim no tenía

a nadie salvo a Daisy.

Cuando Tim conoció a Daisy, cuando él estaba empezando en la Slade y ella terminando, la admiraba desde la distancia. Daisy tenía por entonces una figura imponente, y cierto aspecto de muchacho. Era muy delgada. Tenía el pelo muy negro y corto, grandes ojos marrón oscuro, una cara agraciada con una tez blanca y limpia, y una boca alargada y sensual que caía en las comisuras. Su nariz era preciosa y afilada, y tenía un lunar al lado de uno de los orificios. El lunar hacía juego con sus ojos castaños, como si fuera una gotita de ellos. Sabía mover el cuero cabelludo hacia atrás y hacia adelante de una manera muy graciosa. Vestía de forma extravagante y era objeto de deseo para las personas de ambos sexos. Aunque no tendía a formular planteamientos políticos demasiado consistentes, también se la consideraba una especie de líder. Prefería el sexo opuesto antes que el suyo, pero solía tener amistades sentimentales con mujeres, especialmente (en la Slade) con un grupo de vociferantes americanas del Movimiento de Liberación de las Mujeres. Sus ideas eran propias de la extrema izquierda anarquista, y, cuando la provocaban en una disputa, sus ojos marrón oscuro se abrían como platos, llenos de furia. Era una pintora de gran talento de la que todos esperaban mucho. Cuando dos años después eligió a Tim como amante, a él lo embargó un orgullo tremendo. Pensó que se trataba del principio de una nueva era de esplendor.

Ahora Tim tenía treinta y tres años y Daisy treinta y cinco. Todavía era guapa, estaba delgada y conservaba aquel aspecto de muchacho, y sus hermosos ojos pintados seguían teniendo lo que Tim llamaba su «aire etrusco»; pero a veces (había que reconocerlo) le parecía casi vieja: su cara delgada se había vuelto ojerosa prematuramente y en su pelo corto se apreciaban ya vetas grises. Varias hileras de finas líneas le fruncían el labio superior. Ahora su cara era más enfática y expresiva, de modo que cuando hablaba parecía hacer muecas. Su sonrisa se asemejaba cada vez más a la sonrisa medio chiflada de un campesino de Goya. Le resultaba más difícil que antes comunicarse con la gente. Su voz, una curiosa mezcla de acento francés y canadiense, fuertemente influida por la voz de clase alta de Bloomsbury de su madre, se había hecho más estridente. Su lenguaje, siempre escabroso, se había vuelto más grosero aún, y Daisy siempre se reía de lo mucho que Tim se escandalizaba ante su forma de hablar. Él, por su parte, era lo bastante anticuado como para que le molestara que las palabras «mierda» y «joder» salieran constantemente de la boca de la mujer a la que amaba. Por supuesto, el aspecto de Tim también había cambiado, pero no tanto, o eso pensaba él. A los veintitrés años, había tenido el pelo largo, rizado y anaranjado. Ahora llevaba el pelo más corto, se le había oscurecido y había perdido los rizos. Incluso podría definirse como rojo «jengibre». Sin embargo, su cara blanca y pecosa no parecía haber cambiado. Tenía una nariz pequeña que a menudo arrugaba (tenía un agudo sentido del olfato) y los labios colorados. Sus ojos eran azules, no de un azul serpiente claro como los del Conde, sino de un azul muy luminoso de cielo de verano. Quizá algún compatriota podría haberlo identificado como irlandés por lo peculiar de su boca y por la rápida y nerviosa imprecisión que se advertía en sus ojos. (Hay una cara irlandesa feroz y dura, y otra suave y delicada, y Tim tenía esta última.) Era menudo, más bajo que Daisy. En ese momento, estaba afeitado. Cuando se dejaba bigote, parecía un joven teniente de la Primera Guerra Mundial.

Tim y Daisy habían estado juntos una temporada, luego se habían separado y se habían vuelto a juntar. Ambos habían tenido otras aventuras amorosas, habitualmente insatisfactorias y, en el caso de Daisy, muy tormentosas. Daisy parecía odiar a todos sus amantes anteriores, mientras que Tim mantenía muy buena relación con las caprichosas chicas galesas de su pasado. (En ese aspecto, Londres lo había compensado bastante por sus días en Cardiff.) La verdad es que Daisy estaba llena de odios: odiaba a la burguesía, el estado capitalista, el matrimonio, la religión, a Dios, el materialismo, lo establecido, a cualquiera con dinero, a cualquiera que hubiera ido a la universidad, todos los partidos políticos y a todos los hombres, excepto a Tim, a quien no contaba entre los hombres (él no estaba seguro de si eso le agradaba o no). Las altas y alborotadoras americanas se habían marchado para fundar una especie de comuna de mujeres en California, pero sus ideas seguían vivas en el pecho inquieto de Daisy: los hombres eran bestias, matones viles, aprovechados y egoístas. «Mira a nuestros malditos padres.» Los machos humanos heterosexuales eran los animales más repugnantes del planeta. Algunos de ellos se volvían literalmente locos de egoísmo. Tim a veces se sentía abatido por ese despectivo rencor universal, pero las más de las veces lo encontraba extrañamente estimulante. Reconocía en ella una profunda generosidad de espíritu y una especie de inocencia que desarmaba sus punzantes opiniones. Sus ideales de izquierdas se habían ido convirtiendo progresivamente en una especie de apasionado anarquismo. Lo que más disgustaba a Tim era que se declarara simpatizante del terrorismo («Es solo una reacción estética contra el materialismo»): a veces incluso decía que le gustaría ser terrorista.

Nunca quedó claro qué pasó con la carrera de pintora de Daisy. Consiguió un puesto de profesora a tiempo parcial en una reconocida escuela de arte de Londres y realizó algunas obras prometedoras, abstractas, por supuesto (en aquellos días todos los pintores eran abstractos). Esa obra temprana se componía a menudo de diminutos cuadrados o diminutas cruces de colores, con ligeras variaciones, con los que reticulaba meticulosamente sus enormes lienzos. Entonces de repente cambió de estilo y empezaron a sucederse las etapas obsesivas. Hubo una época en que no pintaba más que montones de cajas (cajas de cerillas, cajas de cartón, cajones) y, en otra, nada excepto arañas (extremadamente realistas), o marcos de ventanas, o velas encendidas. Pasó por una fase «primitiva» medio satírica, y por aquel entonces les vendió unos pocos cuadros a varias personas que encontraban sus pinturas «encantadoras». Sin embargo, los expertos habían empezado a hacer gestos de desaprobación: no estaba progresando; había un ingenio versátil y variable, pero no profundo. Entonces la propia Daisy empezó a declarar que no estaba seriamente interesada en la pintura y que ni mucho menos era una pintora de verdad. Anunció haber descubierto que en realidad era escritora. Dejó su trabajo de profesora y escribió una novela; y, para sorpresa de todos, se la publicaron. Tuvo un cierto éxito, pero no la reimprimieron. Escribió otra novela, que no se publicó. Tim, con quien estaba viviendo otra vez, la convenció de que volviera a dar clases de arte. En ese momento, resultaba mucho más difícil encontrar empleo. Consiguió un trabajo a tiempo parcial como profesora de Historia del Arte, materia de la que sabía poco (pero poco era lo que se le exigía). Se interesó por la serigrafía y el diseño textil, y pensó en montar un negocio como diseñadora, pero el único resultado que tuvo

aquello fue que dejó su empleo. Empezó una tercera novela con la que todavía seguía a ratos. Encontró otro trabajo y luego lo perdió. Tim sabía que ella era, o había sido, mejor pintora que él. Pero no conocía la magia necesaria para convencerla de que trabajara.

Mientras tanto, Tim, más modesto y más astuto, se las había arreglado para mantenerse a flote (y, de hecho, cada vez más para mantener a flote también a Daisy). No había logrado mejorar, «desarrollarse», pero seguía pintando de manera continuada, conformándose con ser un pintor mediocre y disfrutando de ello. No tenía identidad, ni «estilo personal», pero le traía sin cuidado. (Guy le había dicho una vez que no importaba carecer de identidad.) Se hizo cubista, luego surrealista, después fauvista, futurista, constructivista, suprematista. Adoptó el expresionismo, el posexpresionismo, el expresionismo abstracto. (Pero nunca el minimalismo ni el conceptualismo ni el pop, movimientos que despreciaba.) Imitaba a cualquiera a quien admirara, es decir, a cualquiera lo bastante moderno, ya que no sabía imitar a Tiziano ni a Piero della Francesca. (Lo habría hecho si hubiera sabido por dónde empezar.) Pintaba pseudo-Klees, pseudo-Picassos, pseudo-Magrittes, pseudo-Soutines. Habría hecho pseudo-Cézannes, pero eso quedaba más allá de sus posibilidades. Probó con interiores moteados al estilo de Vuillard y mesas con desayunos al estilo de Bonnard. Uno de sus maestros le había dicho: «Tim, creo que estás destinado a convertirte en un gran falsificador». Por desgracia, Tim no podía llegar a eso: la falsificación requiere una paciencia y unos conocimientos de química de los que, lamentablemente, él carecía. Por otro lado, el falsificador debe estar dotado de un considerable talento como pintor. Y él carecía de ello también.

Tim no habría estado de acuerdo con la sentencia de Shakespeare de que, si hubiera vacaciones todo el año, el ocio sería tan tedioso como el trabajo.[26] Tenía ataques ocasionales de depresión infantil, pero no duraban mucho. Su exigua labor docente no resultaba difícil. Cuando se cansaba de pintar, se iba al pub. No era un pintor laborioso. De hecho, rara vez era sistemático. Tampoco era un lector asiduo: lo que sabía de la historia de su arte lo había aprendido de una manera instintiva y aleatoria. Iba a las galerías de arte y recordaba lo que le gustaba. También frecuentaba, con espíritu hedonista, el Museo Británico. Su interés por las obras expuestas era meramente visual; no sabía nada sobre su historia. Se había enseñado a sí mismo a contemplar, sin el estorbo de datos externos, los vasos griegos, las tumbas etruscas y la pintura romana, los relieves asirios, las inmensas estatuas egipcias, las miniaturas de jade de China y las miniaturas de marfil de Japón. Todo tipo de cosas lo atraían y agradaban a su gusto, un gusto inclinado a la acumulación: las elegantes letras romanas, los animales celtas entrelazados, las joyas, los relojes, las monedas. Esas incursiones estéticas rara vez influían en su pintura, y nunca se le ocurrió que pudiera inspirarse en lo que no podía copiar.

Intentó vender sus pinturas, pero resultaba difícil, ya que nadie las iba a exhibir. Varios amigos y conocidos le compraban ocasionalmente alguna obra por hacerle un favor (sus precios eran módicos). El Conde le compró una pintura (un pseudo-Klee), y Guy otra, y la escondió. Tim, que nunca había sido muy ambicioso y ahora estaba resignado, seguía dibujando y pintando de manera aleatoria: después de todo, se trataba de una función natural. Dibujaba a gente, figuras en pubs o en calles, a las que imaginaba como «espectadores de una crucifixión»: un hombre que bebía cerveza

viendo una crucifixión, un hombre que vendía periódicos viendo una crucifixión, un hombre en un autobús en marcha viendo una crucifixión. La escena de la crucifixión en sí misma, sin embargo, nunca se materializaba. Sus dibujos podían dar la impresión de ser impactantes: una vez consiguió un lucrativo encargo para realizar unos cuadros pornográficos de unas características muy concretas, que le fueron especificadas con gran cuidado y meticulosidad; pero luego se sintió mal consigo mismo y nunca más volvió a hacerlo. A veces hacía cursis representaciones de flores o animales, de las que tenía opiniones variadas y de las que se avergonzaba un poco, pero que al menos ocasionalmente vendía por algo de dinero. Si las vendía a través de tiendas, las tiendas se llevaban una comisión. También tenía un amigo, un pintor y tratante con mentalidad comercial llamado Jimmy Roland (cuya hermana Nancy había sido uno de los antiguos amores de Tim). Roland exponía en las verjas de Hyde Park los domingos, y a veces colocaba algunas de las «cursiladas» de Tim junto a su trabajo. La línea más exitosa de Tim eran los gatos. En Inglaterra, el dibujo de un gato siempre se vende si es lo suficientemente sensiblero. Tim estudiaba la sensiblería. Durante un tiempo, tuvo un trabajo de tres días a la semana dando clases de dibujo en una escuela politécnica del norte de Londres. Luego las clases se redujeron a un día a la semana. Los gatos eran un sustento útil, pero se estaba empezando a cansar de ellos. Seguía pintando «cosas serias», pero sin muchas esperanzas de vender nada.

Cuando él y Daisy unieron fuerzas por segunda vez, justo antes de la «fase literaria» de Daisy, estuvieron viviendo juntos en un agradable piso de Hampstead. Fue un breve periodo de expansión y vida doméstica. Desarrollaron una especie de vida social en común. Solían ir a bailar danzas folclóricas. Tim era un buen bailarín. De estudiante, había sido un entusiasta de la danza Morris. Aprendieron a jugar al ajedrez y se enfrascaban en hilarantes y torpes partidas que terminaban con Daisy tirando el tablero al suelo. Tim incluso aprendió a cocinar un poco. Daisy despreciaba la cocina. Sin embargo, en la época en que Daisy terminó su segunda novela, estaban viviendo en un piso más pequeño y cochambroso en Kilburn, y llegaron a la conclusión de que, aunque seguirían juntos, no podían vivir juntos. Aquella estrecha cercanía propiciaba interminables y agotadoras peleas de las que Tim culpaba a Daisy y ella a él. Tim era obsesivamente ordenado, Daisy ferozmente desordenada. Él necesitaba marcharse para no vivir en medio de un perpetuo desbarajuste. Estaba harto de pasarse el día recogándole la ropa del suelo y lavándosela. Necesitaba más espacio para pintar, mientras que Daisy decía que su presencia la distraía a la hora de escribir. Los dos le tenían un verdadero miedo a la cercanía, a la falta de privacidad. La convivencia se fue volviendo demasiado agotadora.

Tim se marchó de la casa y se preguntó si ese sería el fin, pero no lo fue. Su relación se reavivó, se tornó de pronto más romántica y apasionante. El sexo, que, según había anunciado Daisy, se estaba volviendo «jodidamente aburrido», se hizo impetuoso e impredecible de nuevo. Cuando decidían irse a casa juntos, a la de Tim o a la de Daisy, era como si volvieran a ser estudiantes subiendo sin prisas y entre risitas las escaleras. A veces, uno decía «Somos malos el uno para el otro», para que el otro dijera «No»; o bien, «Simplemente revoloteamos el uno en la vida del otro, entrando por una puerta y saliendo por la siguiente». O Daisy exclamaba: «Búscate una niña bonita: yo soy demasiado

vieja», pero no lo decía en serio. Verdaderamente sentían que, a su extraña manera (y se jactaban de tal extrañeza), habían sentado la cabeza. A Tim y a Daisy les encantaban todos los pubs de la misma manera en que a algunas personas les encantan todos los perros. Los pubs eran lugares inocentes donde ellos eran niños inocentes. Volvieron a los pubs del Soho que habían constituido su hogar originario, donde habían pasado cada noche antes de regresar a sus lúgubres pensiones u hostales cuando eran jóvenes. A Tim le gustaba este tipo de vida urbana: vagar de pub en pub, deambular, mirar los escaparates. Le fascinaba el encanto de la ruidosa, desastrosa y cambiante Londres, los puentes peatonales y las carreteras sobre pilares, la magia de Westway, de los modernos pubs situados junto a las ruidosas rotondas. El Soho en verano era su sur de Francia particular.

Daisy se mudó de su piso de Kilburn, que se había vuelto muy caro, y durante un tiempo tuvo alquilada una habitación barata en Gerard Street, donde comenzaron a acosarla; aunque al principio más o menos le gustaba, después empezó a darle miedo. Tim le encontró un apartamento de una habitación con cocina americana y baño compartido, muy barato, en los grisáceos confines de Hammersmith y Shepherd's Bush. Por aquel entonces ella no trabajaba y él tenía que ayudarla a mantenerse. Daisy había empezado a aficionarse seriamente a la bebida. Tim, por su parte, había tenido mucha suerte al encontrar una habitación grande, una especie de salón encima de un garaje en una bocacalle de Chiswick High Road. Tenía un aseo exterior con un lavabo. Instaló un hornillo eléctrico para cocinar y una estufa de parafina para calentarse. El alquiler y los gastos eran muy bajos, ya que se suponía que la habitación no era para vivir en ella. Tim hacía ver que la usaba solo como estudio. El hombre del garaje, llamado Brian, que tomaba a Tim por un bohemio romántico, hacía la vista gorda respecto a que las luces estuvieran encendidas hasta las tantas de la noche. Una vez, para ahorrar dinero, Daisy le realquiló su pisito a un turista por poco tiempo y se fue a vivir con Tim. En otra ocasión, Tim se fue a vivir con Daisy y, para animarla a que realquilara su piso, fingió que él había realquilado el suyo. Sin embargo, en verdad no lo había hecho, puesto que temía las indagaciones, la inspección, a la policía y la llegada de una enorme deuda inasumible por los pagos atrasados. A Tim le daban miedo los funcionarios de cualquier clase. (Quizá fue por eso por lo que nunca hizo gestiones para conseguir algo más que la prestación mínima de la Asistencia Nacional.) Guy una vez le mencionó, a propósito de una muestra de ansiedad excesiva por parte de Tim, un expresivo verbo griego, *lanthano*, que significaba «paso inadvertido» al hacer cualquier cosa. Tim llegó a la conclusión de que su lema era *lanthano*.

Que Daisy diera por supuesto que él iba a mantenerla conmovía y exasperaba a partes iguales a Tim. En los vaivenes de su relación, a veces esa asunción parecía natural, pero otras veces no. Siempre cabía la posibilidad de que él consiguiera un trabajo mejor, de que ella se decidiera a volver a dar clases, de que su novela la hiciera ganar una fortuna. Según corrían los años, ellos seguían al pie del cañón, diciendo: «Puede que fuera mejor que nos separáramos, que lo dejáramos. Podría irnos mejor con otras personas». A lo que respondían: «¿Quién iba a querernos ahora?»; y se marchaban al pub. Daisy se aficionó a tener garrafas de vino en el piso y a quedarse en la cama hasta el mediodía. Nunca pusieron verdaderamente a prueba su relación en un escenario público. El muy modesto

«alterne» de los días de Hampstead se había acabado. La mayoría de sus antiguos amigos de la Slade se habían ido distanciando de ellos. Ahora tenían algunos conocidos del pub. Daisy, por su parte, se veía con algunas amigas suyas, a las que Tim casi nunca llegaba a conocer; estas también eran feministas y extremistas de izquierdas. Tim, que carecía de convicciones políticas, tenía unos pocos amiguetes raros como Jimmy Roland y uno o dos colegas de su escuela de arte. Y luego estaba el grupo de Ebury Street.

La relación de Tim con Ebury Street se había mantenido estable a lo largo de los últimos años, sin llegar a hacerse más profunda ni más interesante. Cuando aún era estudiante y después del fallecimiento de Rudi Openshaw, Tim entró en contacto con el padre de Guy, una figura más bien inquietante que vivía en una casa grande en Swiss Cottage, a la que Tim iba cada cierto tiempo a decir lo bien que le iba y a recibir consejos sobre cómo vivir más económicamente. Guy, el hijo, recién casado, era en aquella época una vaga figura que ocasionalmente pasaba por allí, en un segundo plano, cuando Tim iba a la casa del padre. En una visita, Tim vio también a Gertrude, una Gertrude más joven y más delgada, muy arreglada para ir a una fiesta. Cuando el padre de Guy murió, en vez de seguir yendo a su casa, Tim empezó a acudir, a intervalos bastante más largos, a Ebury Street a dar parte de su vida. Por entonces nunca lo invitaban a ningún evento social, aunque Guy, a quien Tim miraba con nerviosa veneración, normalmente le daba un vaso de jerez. Cuando finalizó sus estudios y se acabó su asignación, Tim dio por supuesto que a partir de entonces Ebury Street no volvería a querer saber nada de él. De hecho, su idea de Guy por aquella época era más bien difusa, y la de Gertrude más vaga todavía. De los otros ni siquiera tenía noticia. Sin embargo, como resultado de un misterioso designio, su estatus, en vez de hundirse hasta el fondo, muy por el contrario, se elevó. La desaparición del dinero había convertido su relación en algo social, informal. Le empezaron a ofrecer copas; se convirtió en un visitante asiduo de los «días» de Ebury Street. A veces se celebraban grandes fiestas. Una vez llevó a Daisy a una. Aquello no salió bien. Estuvo descortésmente callada y luego se marchó pronto. Tim se quedó y después, más tarde, tuvo una discusión con ella.

Daisy se puso a despotricar contra aquellos «bourgeois grands», que poco a poco, afirmaba pensar, se estaban tragando a Tim, digiriéndolo en su horrible mundo esnob. Y al mismo tiempo, decía, lo despreciaban, se burlaban de él, lo trataban con aires de superioridad y desdén. Era gente artificial e irreal. Los odiaba. Por supuesto, como bien había notado Tim, estaba celosa. Sin embargo, Tim no pensaba renunciar a Ebury Street. Intentaba no mencionar sus visitas a aquel lugar. Solo Daisy insistía en volver al tema, en aguijonearlo por su «esnobismo» y en decirle que lo estaban «drogando con el olor de la opulencia». La impresión de Daisy era en cierto sentido acertada: Tim se hallaba bastante fascinado por el mundo de Ebury Street, no por su tufillo a opulencia, pensaba él, sino simplemente por su atmósfera familiar. Tim no tenía familia, ni sentimiento alguno de pertenecer a ningún lugar. Solo tenía su relación con Daisy. Las reuniones de Ebury Street eran familiares y le agradaba que lo consideraran uno más, un miembro joven de aquel círculo de parientes y amigos. Y, después de la suciedad y del caos del piso de Daisy y de la sobria sencillez del suyo, tampoco le eran

indiferentes las ocasionales visitas a una casa caliente, limpia y ordenada donde se servía jerez en vasos elegantes. En conjunto, y en un sentido que nunca se preocupó de definir, Ebury Street constituía para él una valiosa morada.

De todas las personas que se reunían allí, con quien mejor se llevaba era con el Conde. (Tim sabía que no era un conde de verdad.) El Conde había sido notablemente amable con él desde el principio y Tim había intuido algo de su particular soledad y de su persistente tendencia a sentirse foráneo. También le estaba muy agradecido por haberle comprado la pintura (se titulaba *Tres mirlos en un pozo de melaza*). Albergaba la esperanza de que el Conde lo invitara alguna vez a su piso, pero eso nunca llegó a suceder. Balintoy también era amable con Tim y lo mimaba, pero él no entendía a Balintoy y se sentía incómodo con este compatriota irlandés. En un par de ocasiones, Gerald Pavitt había invitado a Tim a unas copas en un pub, pero era un hombre muy raro y reservado, y a Tim le resultaba difícil hablar con él. Gerald no sabía nada de pintura y Tim no sabía nada de estrellas (o de lo que quiera que hiciera Gerald, Tim no estaba seguro). Stanley Openshaw, que también era muy amable con Tim, lo invitó a almorzar una vez. No se lo volvió a ofrecer, sospechaba él, porque a Janet no le gustaba su aspecto. Su relación con Guy y Gertrude siempre había sido cordial, aunque formal. Les tenía un poco de miedo a los dos. Guy tenía tendencia a desempeñar el papel de padre severo con él, especialmente en una ocasión, no hacía mucho, en que Tim, desesperado, le había pedido un préstamo. Guy le dejó el dinero, pero también lo sermoneó. Esa deuda pesaba en la conciencia de Tim y aún no la había pagado. Ignoraba si Gertrude sabría algo del asunto.

Al principio, Tim había recibido la noticia de la fatal enfermedad de Guy con incredulidad. ¿Cómo podía alguien tan fuerte y real como Guy pensar en desaparecer del mundo a la edad de cuarenta y cuatro años? Después sintió miedo, un miedo que se le clavó en las entrañas. Quería a Guy de una manera respetuosa. Pero se sentía más profundamente conmocionado por sí mismo. ¿Cómo demonios iba a arreglárselas en el mundo sin Guy? No se trataba solo del dinero o de las bebidas, ni siquiera de los «consejos» que pudiera darle: Guy había asumido un papel paternal en la vida de Tim. Durante mucho tiempo, «Guy había estado» allí, un baluarte seguro, un último refugio. Si «todo se hacía añicos» (una posibilidad palpable y nada clara que Tim contemplaba constantemente), Guy de alguna manera estaría allí para recoger los pedazos. La presencia de Guy en un segundo plano ayudaba a Tim a manejar, de alguna forma, incluso su vida con Daisy. Era capaz de mantenerse más calmado y ser más racional gracias a aquel «último recurso» (y no solo financiero). En él había prudencia, había autoridad, había un afecto tranquilo y sincero. Guy siempre le había exigido a Tim una particular forma de franqueza; una franqueza que, por lo general, siempre se las apañaba para conseguir de todo el mundo. El misterioso impulso de mentir, incluso sin sentido, no siempre resulta comprensible. Tim era evasivo por naturaleza, podría decirse que algo así como un mentiroso despreocupado y habitual; pero había aprendido desde el principio a decirle la verdad a Guy. ¿Se acabarían ahora las verdades?

Quizá había habido un caso de *suppressio veri*, de omisión de la verdad: Tim nunca le había hablado a Guy de Daisy. Desde luego, nunca se había dado ninguna ocasión especial para hacerlo.



Guy no lo solía interrogar sobre su «vida privada» en general, ni le había preguntado por Daisy en particular, de la que sin duda (en aquella desafortunada fiesta) apenas se había percatado. Tim, después del suceso de la fiesta (y de eso hacía ya algunos años), nunca volvió a hablar de Daisy en Ebury Street. Estaba claro que no podría volver a llevarla, ni aunque ella tuviera ganas de ir. Se había mostrado tan tremendamente atravesada, había exhibido tanta «muda insolencia», que Tim esperaba que por aquellos lares se hubieran olvidado de ella. Después, Tim pensó que, cuando le pidió dinero a Guy, debería haber mencionado a Daisy en respuesta a alguna de sus preguntas; pero no se atrevió a describir, ante el meticuloso (aunque discreto y caritativo) escrutinio de Guy Openshaw, la vida disipada que había llevado con su compañera.

Como nunca miraba hacia adelante, Tim no se decía explícitamente: «Daisy y yo estaremos juntos para siempre; moriré en sus brazos o ella en los míos». Pero ese era el aura que rodeaba su relación, aunque Daisy tampoco hablaba nunca de ello. Eran dos de la misma especie. Tim dibujaba la pareja que ellos dos formaban como pájaros, como zorros, como ratones, como compañeros, como pares de tímidas criaturas singularmente similares que pasan desapercibidas. *Lanthano*. Eran Papagena y Papageno. Se lo dijo a Daisy, a quien, aunque odiaba la ópera, le pareció bien la comparación. Papageno había tenido que superar una ordalía para conseguir a su verdadera compañera; e, igual que él, también Tim se salvaría al final, a pesar de sí mismo. Como se daba cuenta de lo inevitable, y aun así imperfecta, que era su relación con Daisy, se preguntaba a veces si la ordalía que habría de perfeccionarla estaba aún por llegar.

Para entonces (volviendo al Prince of Denmark), Tim ya se había comido un trozo de pan, el queso Cheddar, una galleta de avena, un tomate y la mitad del pastel. Daisy se había comido un trozo de pan, el queso Stilton, tres galletas de avena, un tomate, el cordero asado frío y la otra mitad del pastel. También habían comprado y dividido un sándwich de jamón. Llegaron a la conclusión de que no podían permitirse un huevo a la escocesa.

—¿Quién estaba allí?

Daisy se refería a esa misma tarde en Ebury Street. Aunque despreciaba a aquella «insoportable pandilla», a veces hacía que Tim le diera parte de ellos y mostraba un interés morboso por lo que hacían. Incluso había adoptado la expresión de Guy, *les cousins et les tantes*.

—Ah, Stanley, el Conde, Victor, Manfred, la señora Mount...

—¿No estaba Sylvia Wicks?

—Sí.

—Fue la única de aquella *galère* infernal que me cayó bien. La víctima de un maldito hombre de mierda.

En aquella fiesta, Daisy le había sonsacado a Sylvia la historia de su matrimonio.

—Aquí hay otro posavasos. ¿Lo quieres?

—Sí, gracias. —Daisy coleccionaba posavasos—. Afrontémoslo: los hombres sois unos animales. Bueno, tú no. Gracias por el papeo. ¿Todavía estaba lloviendo cuando has llegado?

—Sí, un poco.

—¡Vaya! Ahí está Jimmy Roland con ese tonto de Piglet, otra vez como una cuba.

—Daisy, hay algo que no te he dicho.

—¿Algo jodidamente terrible? ¿Estás enfermo?

—No. No voy a seguir dando clases el próximo trimestre.

—¿Quieres decir que te han largado?

—Se podría decir así.

—¡Maldita sea! Y hay algo que yo no te he dicho: me han subido otra vez el alquiler. Creo que me voy a tomar otro whisky doble.

Tim fue a pedirselo. Desde la barra se volvió para mirar a Daisy y le sonrió. A veces Daisy llevaba vaqueros y un jersey viejo. Otras veces, se confundía en un estafalario disfraz femenino. (No podía quitarse el codicioso hábito infantil de comprarse ropa barata.) Esa tarde se había puesto medias negras de rejilla, una larga falda de algodón indio de un azul añil muy intenso ceñida a su estrecha cintura, y una escotada blusa amarillenta de encaje que se había comprado en una tienda de ropa de segunda mano y que no pegaba nada. Su delgado cuello estaba cercado por un collar de cuentas de vidrio. Llevaba su oscuro pelo vetado recogido detrás de las orejas, dejando ver la forma estrecha y huesuda de su cabeza. Ese día se había pintado los labios de rojo, y se había puesto colorete rojo en las mejillas y sombra azul oscuro alrededor de sus grandes ojos rasgados. (Algunos días no se maquillaba.) Debajo del abrigo llevaba una rebeca vieja y peluda de lana, que le llegaba hasta las rodillas. Tenía la falda muy subida. Había en ella algo exótico, atractivo, violento y libertino que a Tim le llegaba al corazón. Y, a pesar de todo su desparpajo, ¡era tan absolutamente vulnerable! Daisy le devolvió la sonrisa.

Tim llevaba unos pantalones grises y ajustados de *tweed*, viejos pero buenos (nunca llevaba vaqueros), y un jersey turquesa de lana, que le quedaba muy suelto por encima de su camisa verde manzana. Afortunadamente conservaba, de épocas mejores, ropa decente y práctica. Ahora los chalecos de lana costaban un ojo de la cara. Disfrutaba combinando los colores y a menudo se teñía las prendas con mucho esmero.

—Gracias, Ojitos Azules, ¡qué bueno eres conmigo! Joder, ¿qué diablos vamos a hacer con el dinero? La pasta es algo real, la pasta es cosa seria. Vamos a terminar bebiéndonos las sobras de los pubs, como esos malditos católicos franchutes, que viven de la eucaristía.

—Ojalá pintaras —dijo Tim—. Ojalá que de verdad te dedicaras a pintar. —Le decía eso regularmente, para que la idea no se le fuera de la cabeza.

—Joder, cariño, no soy capaz de pintar. Quiero decir que no voy a pintar. Sé que piensas que las mujeres no saben pintar porque no tienen fantasías sexuales...

—No pienso eso —dijo Tim.

—De todas formas, ¿qué tiene que ver con el dinero que yo pinte o deje de pintar? Soy escritora. Estoy escribiendo una novela. Será mejor que hagas unos cuantos más de esos mininos. Toda la gente de este pequeño y estúpido país tiene un cuadro de un gato y quiere comprar otro.

—Estoy dibujando a Perkins. Haré otra tanda, pero se venderán por muy poco.

Tim sabía que para Daisy sería espiritualmente imposible pintar cuadros sentimentales de gatos, y, aunque eso de alguna manera era una pena, él atesoraba este hecho como prueba de la firme e inquebrantable superioridad de Daisy respecto a él.

—¡Dios, si tan solo pudiéramos salir de la maldita Londres! Me voy a volver loca. ¡Estoy tan cansada de la misma puta escena de siempre! Me gustaría emborracharme en algún otro sitio para variar.

—Sí. —Eso también era algo que decían con cierta regularidad.

—Sería estupendo no tener que pasarnos *todo* el tiempo preocupados por el dinero.

—Tendré que conseguir otro trabajo, cualquier trabajo; y tú deberías beber menos. ¿No puedes al menos intentarlo, maldita sea?

—No, joder, no puedo. Dejé de fumar para complacerte y hasta ahí llega mi abnegación. Y no me vengas con que vas a conseguir un trabajo de limpiador o algo así. Sabes que no eres capaz de aguantarlo. La última vez acabaste llorando.

Eso era bastante cierto.

—Quizá podamos arreglárnoslas con la ayuda de la Asistencia Nacional.

—No con mi alquiler. No podemos. Ni con la bebida, es verdad, pero la bebida es parte de la vida. Después de todo, tú también bebes. Y solo imagínate intentar pasar sin eso. Lo siento: no soy una millonaria como tus maravillosos amigos de Ebury Street. Apuesto a que toda la gente de este pub vive de la Seguridad Social, y apuesto a que todos sacan más que nosotros del maldito Estado de Bienestar.

—Somos unos vagos. Ese es nuestro problema —dijo Tim; a veces pensaba que esa era una gran verdad.

—Estamos desesperados —dijo Daisy—. No entiendo cómo nos soportamos. Al menos no entiendo cómo me soportas tú a mí. Deberías buscarte una chica. Hay muchas por los pubs a las que les encantarías, aunque se te *esté* cayendo el pelo.

—No se me está cayendo el pelo. Y ya tengo una chica.

—Sí, tienes a tu vieja Daisy. Llevamos mucho tiempo en el juego de «quíereme y déjame» y todavía seguimos aquí. Estamos bien.

—Sí, estamos bien.

—Solo un poco atascados sin saber qué vamos a comer, qué vamos a beber ni qué vamos a ponernos. ¡Maldita sea, mierda, si tan solo pudiéramos irnos de Londres, podría terminar mi novela! Pero de momento mejor será que sigas con tus mininos. ¡Si uno de los dos pudiera casarse con un ricachón y mantener al otro!

—Si te casaras con un millonario, yo sería el mayordomo.

—Te pasarías el día empinando el codo en la despensa. Y yo te acompañaría.

—Tenemos madera de sirvientes.

—Tú habla por ti. Yo no la tengo. Tus amigos acomodados se dan muchos aires, pero no son más

que *nouveaux riches*. Mi madre sí que era de clase alta de verdad.

—Sí.

—¿No le puedes pedir dinero a alguno del grupo? ¿Para qué otra cosa sirven *les cousins et les tantes*? ¿No le puedes sacar algo más a Guy antes de que estire la pata? ¿Crees que te dejará algo en su testamento?

—No. Y no. No puedo pedirle dinero a Guy ahora. Es demasiado tarde.

—Lo que más me fastidia es esa manera en que los veneras. ¡Y están todos tan gordos!

—No, no lo están.

—Y te tratan como a un lacayo.

—¡Ah, basta ya!

—El problema es que tú has estado guardando las apariencias; los dos las hemos guardado. Deberías mostrarte tan pobre como eres. Pero no, allá vas tú con tus mejores galas. Nadie tiene la menor idea de lo pobres que somos. Seguro que piensan que «tenemos nuestro propio dinero». ¡Qué frase tan bonita! ¡Joder! ¿Y qué hay de Gertrude?

—No.

—¿Por qué no? Puedes preguntarle. No tienes *agallas*. Dios, es una estirada de mierda. Se traga todo el oxígeno para que tú no puedas respirar.

—Solo la has visto una vez.

—Con una vez me ha bastado, amiguito. ¡Esa *grande dame*! Es descendiente de dos insignificantes dómynes escoceses. Yo soy de clase más alta que ella.

—No se lo puedo pedir a Gertrude.

—No veo por qué no. ¡Y aquella orquesta de monos de porcelana! ¡Dios, *ellos* sí que son una orquesta de monos de porcelana! ¿Y qué hay de su excelencia el Conde?

A Tim le divertía dejar que Daisy creyera que se trataba de un conde de verdad. Eso alimentaba su desprecio y la hacía feliz.

—El Conde no es rico.

—No tienen por qué ser ricos. ¿Y qué pasa con Manfred? Ese sí que es rico de verdad.

—No, es demasiado...

—Le tienes miedo.

—Sí.

—Creo que les tienes miedo a todos. Tienes que pedirselo a alguien, o no podremos comer. Es posible que se avecine una buena época, pero ahora estamos en crisis. ¿Y Balintoy qué?

—No.

—Siempre me pones caras raras cuando menciono a Balintoy. ¿Qué pasa?

—Nada.

—Eres un auténtico embustero, Tim. Algunas personas son mentirosas de la misma manera que son pelirrojas.

—No tiene nada de dinero.

—Pero me dijiste que el noble señor estaba en Colorado. ¿Cómo es que la gente sin dinero se va a Colorado cuando nosotros no podemos llegar más allá del bosque de Epping? ¿Y la señora Mount?

—No, es pobre.

—Es una serpiente.

—Bueno, es una serpiente pobre.

—Estás siempre rodeado de tus amigos pijos, pero nunca pareces sacar nada de ellos, excepto dos tomates y un poco de queso rancio.

—No estaba rancio.

—El mío sí. ¡Una orquesta de monos de porcelana! Eso es exactamente lo que son. ¡Oh, mierda! ¿Cuál es la solución? Supongo que no hay ninguna.

—Daisy, tenemos que arreglárnoslas *por nuestra cuenta*.

—No dejamos de decir eso, pero luego las cosas empeoran. ¿Qué pasa cuando uno está en la miseria? ¿Crees que me gusta coger tus peniques cuando, no pienses que no lo sé, tienes tan pocos? *Rien à faire*: uno de los dos tiene que casarse por dinero.

—¿Casarse con un ricachón y unirse a la burguesía?

—Sí, bueno, al menos somos libres: nos hemos quedado al margen, en libertad, en la realidad. No llevamos vidas artificiales y fingidas como los ricachones de tus amigos. Ni te los puedes imaginar *aquí*, ¿a que no? O viviendo, como nosotros, a base de palitos de pescado congelados. Una pena que nuestros principios no nos permitan robar en los supermercados. ¿Estás seguro de que Guy no te va a dejar ningún dinero?

—Completamente seguro.

—Apuesto a que te timó con aquel fideicomiso. Tú nunca viste ningún papel, ¿a que no? Apuesto a que había mucho más dinero del que dijeron. Deberías haber pedido ver los documentos.

Era cierto que Tim nunca había visto ningún papel. No se le había ocurrido preguntar. Los Openshaw podrían haberlo timado, pero él sabía perfectamente que no había sido así. A veces la malicia de Daisy lo deprimía, su decidido menosprecio por la gente a la que él respetaba. Desde luego, en cierto sentido, no tenía importancia: era simplemente una forma de quejarse del mundo en general. A veces incluso se veía arrastrado a una tácita complicidad en la malicia: resultaba más fácil que discutir.

—*¡Es la hora, caballeros, por favor!*

—¡Aquí también hay señoras! —gritó Daisy golpeando la mesa con su vaso.

Gritaba eso cada noche en el Prince of Denmark. A veces la gente se acercaba por la carretera desde el Fitzroy solo para escucharla.

—Ojalá hubieras visto a Guy antes —dijo Gertrude—. ¡Era tan guapo!

Ella y Anne se hallaban sentadas en el salón. Eran las últimas horas de la tarde. Anne estaba cosiendo los botones de uno de los impermeables de Gertrude. Gertrude, contagiada de aquel nuevo entusiasmo de Anne, intentaba leer una novela, pero las palabras de *Mansfield Park* se amontonaban

una tras otra hasta formar un sinsentido ante sus ojos.

—Todavía es guapo —dijo Anne. Para complacer a Gertrude, se había comprado otro vestido: uno de *tweed*, liso y azul oscuro, con un cinturón de cuero. Se acarició su pelaje rubio platino y miró a Gertrude con una intensidad llena de cariño, que unas veces reconfortaba y otras veces exasperaba a su amiga. En los últimos días, Gertrude se había vuelto algo más agresiva, se mostraba más desesperada, y se daba cuenta de que Anne había notado el cambio. Gertrude se sentía como si estuviera envejeciendo de golpe. «Me estoy haciendo más vieja y Anne se está haciendo más joven», pensaba.

Gertrude se había quedado sorprendida ante los tremendos celos que la habían invadido la noche anterior, cuando Anne se quedó hablando tanto tiempo y tan apasionadamente con Guy. Hasta los había oído reírse. Por supuesto, no había estado escuchando a escondidas. Después, Guy había tenido una especie de desmayo y ella había pensado: «Se va a morir y Anne, que ha llegado como por arte de magia, va a ser la última persona que haya hablado con él». Anne había salido con aspecto cansado y excitado y con lágrimas en los ojos. Guy se recobró, pero con Gertrude se mantuvo distante, algo frío, casi desagradable. A veces sus ojos adoptaban aquella forma de mirar enloquecida y sin expresión que lo hacía parecer otra persona, un espectro viviente de su amado, que extrañamente seguía vivo. «No es él mismo —pensaba—. ¡Pero qué terrible es morir no siendo uno mismo!» Y sí, pensaba eso, pero todavía no era capaz de concebir de verdad ese «morir». Aquella mañana, Guy había decidido que no volvieran a afeitarlo. Y aquella oscura barba incipiente ya le había cambiado la cara: parecía un rabino. Gertrude no vería la cara que conocía nunca más.

Mientras Guy hablaba con Anne, habían llegado el Conde y Veronica Mount, y ambos se habían puesto a alabar a la «monja» de Gertrude. Victor estaba fuera, atendiendo una epidemia de gripe asiática. También vino Manfred, como siempre, y Stanley llegó con Janet, que acababa de salir de una conferencia. Traía más flores y se mostró cariñosa con Gertrude. La señora Mount les estuvo hablando de una espléndida y exótica boda judía, de la familia de su difunto marido, a la que había asistido, con música oriental y rabinos bailando. Después, pasó a criticar los arreglos del bar mitzvá de Jeremy Schultz. Stanley se dedicó a hablar de la Cámara. Moses Greenberg, el abogado de la familia, un viudo de mediana edad que se había casado con una Openshaw, llegó tarde. Les habló de su sobrina, que iba a casarse con Akiba Lebowitz, el polémico psiquiatra. También comentó que Sylvia Wicks había ido a consultarle sobre una cuestión legal de parte de una amiga. Sylvia no había vuelto a aparecer por allí desde la noche en que pidió que la dejaran ver a Guy. Gertrude pensaba que había sido antipática con Sylvia. Guy no había querido ver al Conde y después, esa misma noche, se había mostrado brusco con Gertrude. Gertrude no le había preguntado a Anne de qué habían estado hablando ella y Guy, y Anne tampoco se lo había dicho.

Ese día había niebla y ninguna de las mujeres había salido. Londres yacía acurrucada bajo una manta húmeda y helada de aire pardusco. Las farolas de la calle habían estado encendidas todo el día, y Gertrude había descorrido las cortinas a las tres en punto. Ardía un fuego en la chimenea. Los crisantemos de Janet Openshaw, con sus hojas de haya y eucalipto, se mantenían bastante frescos

sobre la mesa de marquetería. Gertrude había arreglado las flores nuevas de Janet, un ramo de malvas y anémonas blancas, en una gran jarra de Staffordshire color avena, y las había puesto sobre la repisa junto a los jarrones de Bohemia. (Nunca ponían las flores en los jarrones de Bohemia, por si el agua dejaba marcas en el cristal.) Sentía el cansancio como una especie de dolor físico y le entraron ganas de ponerse a llorar a gritos. Consciente de que Anne la estaba mirando en silencio, dejó caer el libro al suelo.

La enfermera asomó la cabeza por la puerta:

—Disculpe, señora Openshaw, el señor Openshaw quiere verla.

Gertrude se levantó de un salto. Eso era raro: los días se habían sumido en una rutina tan estable... A aquella hora, Guy todavía solía estar descansando. Durante ese rato, era la enfermera la que se quedaba con él. Luego, después de eso, llegaba el turno de Gertrude. Gertrude pensó: «Ya está». Pero la enfermera le sonreía con su seca y profesional sonrisa mientras le sujetaba la puerta.

La puerta de Guy estaba entreabierta. Gertrude pasó adentro, jadeando de miedo. La solitaria lámpara se hallaba encendida junto a la cama. Guy estaba incorporado. Su rostro, con la barba crecida, la dejó conmocionada. También había más cosas diferentes: Guy le tendía una mano.

Gertrude, hechizada, tomó aquella débil mano y se sentó en la silla junto a la cama. Los sollozos sacudieron su cuerpo. De pronto, Guy se le había hecho presente, enteramente presente, con toda su ternura, con todo su amor, con todo su ser real.

Él dijo:

—Cálmate, cariño, mi vida, mi amor, mi único amor, mi amada...

Gertrude lloraba en silencio, inclinada sobre la cama. Sus lágrimas goteaban en la mano de Guy, en la sábana, en el suelo.

Él dijo:

—Ya sabes cómo es esto. No nos estamos separando. En cierto sentido, nunca nos separaremos. Perdóname si te he parecido muy distante.

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo Gertrude—. Ay, Guy, ¿cómo haré para sobrellevarlo?

—Puedes sobrellevarlo; y, si puedes, debes. ¡Estoy tan saturado de espantosas medicinas! Ese es, en parte, el problema. Y... no quiero llorar en mi camino a la tumba. Es mejor estar tranquilo y atontado. No quiero verte angustiada, no quiero que estés angustiada. Nuestro amor y nuestra vida, ya sabemos lo buenos que han sido. No tenemos que recordarlo todo ahora entre lágrimas y gemidos. ¿Entiendes, vida mía?

—Sí, sí...

—Bueno, pues no llores tanto. Tengo que decirte una cosa. —Se movió con un suspiro, tirándose un momento del pelo con la otra mano—. Me gustó mucho hablar con Anne.

—Me alegro.

—Fue como un anticipo del cielo.

—¿Un...?

—Recordarás que un ingenioso francés decía que su idea del cielo consistía en *discuter les idées*

*générales avec les femmes supérieures.* Pero no te preocupes: no me he convertido. «¡Rompe la mañana del cielo y huyen las vanas sombras de la tierra!» ¿Recuerdas al tío Rudi cantando eso?

—Se sabía todos los himnos anglicanos.

—Algo que sí se aprende en los colegios privados ingleses. Una canción totalmente adecuada para un capíscol. Me alegro de que Anne esté contigo.

—Yo también.

—Quería...

—¿Decirme algo?

—Sí.

—¿Te encuentras bien? ¿Te duele...?

—Estoy bien.

—De repente parece encontrarte mucho mejor... Ay, Dios, si solo...

—Gertrude, no. Ahora escúchame, cariño, mi amor... Pero bésame primero.

Gertrude le besó en los labios, que le resultaron extraños con la barba. Y deseó a su marido, con un deseo que hasta entonces había estado desaparecido. Gimio y se apoyó en el respaldo, sosteniéndole la mano y acariciándosela con una repentina pasión.

—Cariño mío, querida. Gertrude, quiero que seas feliz cuando yo me haya ido.

—No podré ser feliz —dijo ella—. Nunca volveré a ser feliz. No puedo. No voy a matarme. No hará falta. Andaré y hablaré, pero estaré muerta. No quiero decir que me vaya a volver loca, pero no seré feliz: es imposible. No puedo ser feliz sin ti. Es algo natural. No fui feliz hasta que te conocí.

—Eso es una ilusión —dijo Guy— y, en cualquier caso, se trata de una cuestión completamente diferente. Te recuperarás.

—¿Qué significa que...?

—Hemos tenido una vida maravillosa.

—Sí...

—Escucha, tengo que hablarte con cordura mientras pueda. Deseo con todas mis fuerzas que seas feliz cuando yo me haya ido. La gente dice que eso de que «él habría deseado» esto o aquello no tiene sentido, pero lo tiene. Yo le estoy dando sentido ahora, por ti. ¿Lo entiendes? No pierdas tiempo en sentirte abatida. Quiero que encuentres la felicidad, que seas lista y decidas vivir, sobrevivir. Eres inteligente y fuerte. Eres joven. Puedes disfrutar de una nueva vida después de mi muerte.

—Pero, Guy, no puedo. Estaré muerta también..., andando y hablando, pero muerta... Por favor, no intentes...

—Tú me quieres, pero no vas a estar de luto para siempre. Quiero que busques alegría, y que la busques con inteligencia. Te pido, te suplico, que no me llores. Sé que ahora no te lo puedes ni imaginar, pero dejarás atrás estas sombras. Veo una luz más allá.

—No sin ti.

—Gertrude, basta ya. Debes intentar, por mí, tener *ahora* la voluntad de complacerme en el futuro; en ese futuro en el que yo haya dejado de existir. Ya no quedará nada de mí; así que sería una



estupidez mantener un duelo prolongado. La gente respeta el duelo porque cree que le hará algún bien a alguien, que es una especie de tributo; pero no hay beneficiario alguno. «Muchos por él darán gemidos, pero nadie sabrá adónde se ha ido.» ¿Te acuerdas de cómo sigue?

—Es una balada escocesa, pero no me acuerdo...

—«Su dama ha encontrado a otro galán...»

—¡Ay, Guy!

—No te dejes llevar por los sentimientos. *Piensa, y piensa conmigo*. Ponte ahora de mi parte, aunque te sea difícil. ¿Por qué no ibas a poder casarte otra vez? Podrías disfrutar de una felicidad completamente nueva con otra persona. No quiero que te quedes sola.

—No. Yo soy tú.

—Así es como te sientes ahora: después la cosa será diferente. La vida, la naturaleza y el tiempo jugarán a tu favor. He estado pensando mucho en ello y quiero que te vuelvas a casar. Podrías casarte con Peter, por ejemplo. Es un hombre bueno y te quiere. Tiene un corazón puro. ¿Sabes que está enamorado de ti?

Gertrude dudó. Lo intuía, más o menos. Nunca le había dado importancia.

—El Conde, sí. A veces me lo ha parecido..., pero yo...

—Solo estoy diciéndote esto para que tu mente se centre. Solo Dios sabe qué te deparará el año que viene. Puede que sea algo completamente inesperado. Pero deseo... con tanta fuerza... que estés segura... y feliz... cuando yo ya no esté aquí...

Se echó atrás y se hundió entre las almohadas.

—Quiero morir bien... Pero ¿cómo se hace eso?

Justo al otro lado de la puerta entreabierta, el Conde se quedó helado. Había llegado temprano y había subido en silencio las escaleras, hasta llegar al descansillo. La puerta del salón estaba cerrada, y también la puerta de Anne. La enfermera, por su parte, se encontraba en la cocina. En silencio y a solas, el Conde oyó por casualidad lo que Guy decía sobre él. Entonces se dio la vuelta y, avanzando de puntillas, se alejó de allí, salió del piso y bajó las escaleras.

---

[1]. Se refieren a la idea de «voluntad de vivir», que representa la única propiedad inmutable y esencial del ser, expuesta en la obra *El mundo como voluntad y representación* del filósofo alemán Arthur Schopenhauer (1788-1860). (*Todas las notas son de los traductores.*)

[2]. El *Ereignis*, acontecimiento apropiatorio, es el concepto fundamental de la filosofía del alemán Martin Heidegger (1889-1976). El *Ereignis* es lo que lleva a cada cosa a su lugar en el mundo, la forma en que el ser se hace presente.

[3]. «They Flee From Me» es un poema del poeta inglés Thomas Wyatt (1532-1593).

[4]. Lat. «Se nos reclama». Parece una vaga alusión a la *Oda I*, 32 de Horacio.

[5]. La frase de Guy («A fin de cuentas... resulta ser lo mismo») parafrasea una cita de *El ser y la nada* de Jean-Paul Sartre, que completa el Conde («emborracharse en solitario o liderar al pueblo»).

[6]. Roman Dmowski, estadista polaco e ideólogo inflexible, fue cofundador del conservador Partido Nacional Democrático de Polonia. El mariscal Józef Piłsudski fue el primer jefe de Estado de la Segunda República Polaca desde 1918 a 1922 (se lo

considera el principal artífice de la independencia del país). Tras un golpe de Estado en 1926, ejerció una dictadura hasta su muerte.

- [7]. Władysław Sikorski (1881-1943) compaginó el cargo de presidente del Gobierno y comandante de las fuerzas armadas durante la Segunda República Polaca al inicio de la Segunda Guerra Mundial. Tras el golpe de Estado de Piłsudski, cayó en desgracia para las nuevas autoridades polacas.
- [8]. El estadista polaco Stanisław Mikołajczyk (1901-1966) fue cofundador y líder del Partido Campesino. Huyó a Londres tras la invasión alemana de Polonia en 1939. Llegó a ser primer ministro del Gobierno polaco en el exilio.
- [9]. Se trata de la frontera entre Polonia y la URSS que propuso el secretario de Estado de Asuntos Exteriores del Reino Unido, lord Curzon, para lograr una tregua durante la guerra ruso-polaca de 1919-1920.
- [10]. Según el tratado de paz de Brest-Litovsk de 1918 firmado entre el Imperio austrohúngaro, el Imperio otomano y la URSS, Rusia renunciaba al control de varios países, entre ellos, Polonia. Tras la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial, el tratado quedó anulado.
- [11]. Conrado I de Mazovia (1187 o 1188-1247) fue duque de la provincia de Masovia y gran duque de Polonia. En 1226, invitó a la Orden de los Caballeros Teutones a luchar contra los prusianos.
- [12]. Andrzej Kościuszko (1746-1817) fue un brillante militar polaco que se convirtió en héroe nacional de Polonia, Bielorrusia y hasta de los Estados Unidos, donde participó en la guerra de Independencia. Adam Mickiewicz (1798-1855) fue un poeta probablemente polaco, iniciador del Romanticismo en Polonia.
- [13]. Władysław Gomułka (1905-1982) fue un héroe de la resistencia durante la ocupación nazi de Polonia. En 1945 participó en el Gobierno provisional y fue elegido secretario general del Partido Comunista, aunque en 1951 fue encarcelado por su oposición a la política de Stalin. Ya bajo el mandato de Jrushchov, fue rehabilitado y nombrado secretario general del Partido hasta su destitución en 1970 a causa de las protestas obreras contra su política de precios.
- [14]. Alude a las manifestaciones obreras y a las revueltas contra las fuerzas de seguridad comunistas que tuvieron lugar el 28 y 29 de junio de 1956.
- [15]. Edward Gierek (1913-2001) fue nombrado secretario general del Partido Comunista en 1970 tras la destitución de Gomułka. Propuso una revisión de la política económica del país.
- [16]. La frase pertenece a un artículo del socialista francés Marcel Déat, publicado en 1939 en *L'Œuvre*, en que se denunciaban las garantías que Gran Bretaña ofrecía a Polonia: «Luchar junto a nuestros amigos polacos por la defensa común de nuestros territorios [...] es una perspectiva que se puede considerar [...]. ¡Pero morir por Danzig, no!».
- [17]. En latín, «El fin de Polonia». Es una locución que se dice gritó el general Kosciuszko en 1794, cuando las tropas de cosacos rusos derrotaron al ejército polaco y previó que su país iba a quedar desmembrado.
- [18]. Evidentemente, en el sentido latino de la palabra. El *cliens* romano era un hombre libre, de rango inferior, protegido por un *patronus* al que, a su vez, le proporcionaba influencia política.
- [19]. Así se conoce la campaña militar que el ejército ateniense llevó a cabo durante dos años (del 415 al 413 a. C.) en la isla de Sicilia durante la guerra del Peloponeso. Tucídides describe en su *Historia* la mala planificación de la ofensiva ateniense y cómo el asedio de Siracusa terminó con la derrota de los atenienses frente al ejército espartano.
- [20]. Los soldados alistados como «caballeros voluntarios» en el ejército británico servían como soldados privados. Entrenaban y luchaban como soldados, pero tenían trato con los oficiales y se les otorgaba una posición social intermedia entre la tropa y los mandos.
- [21]. Mammón es la encarnación de la abundancia o la avaricia en el Nuevo Testamento.
- [22]. Añadido habitual a la invocación a Zeus, por ejemplo, en Hesíodo o los trágicos griegos.
- [23]. Cita de una frase de Paul Engle (1908-1991) en el artículo «Those Damn Jews...», *American Heritage*, 30 (diciembre de 1978), págs. 72-79.
- [24]. En inglés hay un juego de palabras que se pierde en la traducción: encontramos *in the presence of the Good* («en presencia del Bien», «de lo Bueno») en un contexto en que se esperaría *in the presence of God* («en presencia de Dios»). De manera parecida transformó Murdoch el título de la obra teológica de Edward Pink *The Sovereignty of God* (*La*

*soberanía de Dios*) de 1918 en *The Sovereignty of Good (La soberanía del Bien)*, una recopilación de conferencias publicada en 1970.

- [25]. *Orphans of the Storm* (titulada en España *Las dos huérfanas*) es una película muda dirigida por D. W. Griffith en 1921, adaptación de la obra teatral *Les Deux Orphelines* (1874) de Adolphe D'Ennery y Eugène Cormon. «Babes in the Wood» es un cuento infantil tradicional, que narra la historia de dos niños que mueren en el bosque tras ser abandonados por sus tíos, que quieren hacerse con su herencia.
- [26]. William Shakespeare, *Enrique IV*, primera parte, acto I, escena 2.

## II

El tiempo había pasado y Guy Openshaw había muerto. Vivió más de lo que se había esperado, pero cumplió las predicciones del médico y falleció en Nochebuena. Esparcieron sus cenizas en un jardín anónimo. Ya estaban a principios de abril del año siguiente, y Gertrude Openshaw, de soltera McCluskie, contemplaba por una ventana una fría escena de sol y nubes. A su derecha, bastante cerca, se alzaba un pequeño promontorio de roca, donde la afelpada hierba esmeralda se extendía, a la guisa de un sombrero, sobre la elevación de un acantilado gris, atestado de pequeñas terrazas que bajaban hasta el mar. La marea estaba alta. Cuando la marea bajaba, las rocas continuaban su descenso hasta desembocar en una playa de piedras, con una pequeña franja de arena de color amarillo claro justo debajo. Las piedras eran grises, oblongas y achatadas, parejas en tamaño y forma, de manera que a cierta distancia parecían las escamas de un pez. El mar milenario las había golpeado y entrechocado hasta otorgarles una terrible densidad y una absoluta lisura. Por aquí y por allá, podía verse alguna picada, rayada o cubierta de lo que parecían ser pequeños arañazos rúnicos. Resultaba muy fácil subir al promontorio de las terrazas; Anne Cavidge había subido allí el día anterior. Ante Gertrude, se abría el mar, un mar frío y azul oscuro sobre el que se desplazaban voluminosas nubes blancas. Las olas rompían al alcanzar el semicírculo de piedras que conformaba la pequeña cala; y, justo en el centro, se alzaba la casa. Entre la casa y las piedras, había un jardín azotado por el viento, un césped rapado por las ovejas y dos muros de piedra muy bajitos y en ruinas, a punto de venirse abajo, delineados por varios majuelos retorcidos, a través de los cuales resbalaba y goteaba la frecuente lluvia. Al pie de esos árboles, en colmada y densa abundancia, las primulas estaban en flor. A la izquierda de Gertrude, donde la tierra iba cayendo en suave pendiente hacia el mar, se extendía un trazado de minifundios rodeados por más muros de piedra, estos un poco mejor conservados, que proyectaban sombras duras cuando el sol, intermitente, brillaba sobre ellos. Gertrude estaba pasando unos días, a solas con Anne, en la casa de la playa de Stanley Openshaw, en Cumbria. Manfred las había llevado al norte, hacía tres semanas, en su cochazo.

Guy no volvió a preguntar si podía ver a Anne. Pareció haberse olvidado de ella. Al Conde lo vio solo una vez más, brevemente. Nunca volvió a hablar con Gertrude de la manera en que lo había hecho la tarde en que le pidió que fuera feliz cuando él hubiera muerto. La enfermera de día le contó después a Gertrude que Guy debía de haber experimentado mucho dolor durante aquella conversación, pues no había querido que le inyectara los analgésicos, para así poder tener la mente

más clara. Después de aquella tarde, Gertrude interrumpió las «horas de las visitas» y *les cousins et les tantes* se retiraron hasta quedarse a cierta distancia; casi dejaron de preguntar, a la espera del acontecimiento. Guy se volvió distante y distraído, silencioso. Miraba, más allá de Gertrude, a lo que estaba por venir. Quiso ver a Moses Greenberg, pero no hablaron largo rato: ya se habían establecido mucho antes todas las disposiciones legales. Victor se volvió evasivo: no tenía nada que decir. Poco antes del desenlace, Guy adoptó de pronto una actitud confusa y habladora; divagaba sobre «el anillo», el «espacio lógico», la «cara superior del cubo» y el «cisne blanco». También hablaba de Heidegger y de Wittgenstein. Luego preguntaba con ansiedad por su padre y por el tío Rudi. Al final murió solo, de madrugada, probablemente mientras dormía, según dijo la enfermera de noche (pero ¿cómo podía saberlo?). Fue la enfermera, no Gertrude, la que se lo encontró muerto. Gertrude miró su cara muerta una sola vez y se dio la vuelta. En su interior se desató una convulsión semejante a un parto.

Gertrude asistió a la incineración. No se apoyó en el brazo de nadie. Y no salió de casa para nada más durante varias semanas. Se echó en la cama y, ahora sí, se tomó todas las pastillas y medicinas que Victor le había prescrito. Lloraba en silencio o bien sollozaba mientras una respiración entrecortada y un monótono gemido le sacudían el cuerpo. Solo se dormía con sedantes, y luego despertaba y se enfrentaba a un horror reavivado. Anne, que se había hecho cargo de la situación, cuidaba de ella. A veces, Gertrude oía vagamente voces apagadas, voces que reconocía (la señora Mount, Stanley, Manfred, Gerald, el Conde hablando con Anne en la sala), voces angustiadas, que preguntaban, que trataban de plantear soluciones e ideas. No veía a nadie salvo a Anne, aunque al principio ni siquiera se comunicaba con ella. Entonces, un día de enero, de repente, dejó de sollozar y de gemir y se levantó, aunque seguía teniendo los ojos húmedos y enrojecidos. Aceptó la conversación de Anne, su tacto y su amor, el alimento del consuelo, si bien al principio lo hacía más por Anne que por sí misma, la verdad.

Moses Greenberg llegó con un maletín lleno de papeles y los extendió sobre la mesa del comedor. Por supuesto, Guy lo había dejado todo en perfecto orden. Su testamento era sencillo: le dejaba todo lo que poseía al morir a su amada esposa Gertrude. No había más legado. Moses trató de explicarle a Gertrude algo sobre el mundo de las inversiones, pero ella, con el pañuelo en la boca, no lo entendía. Nunca había pensado en esos asuntos de los que Guy nunca le había hablado. Hizo venir a Anne, que sí los entendía. Anne y Moses Greenberg estuvieron hablando de los problemas de los impuestos, los seguros y las cuentas bancarias. Moses Greenberg no pudo haber sido más amable.

Sumida en una actividad febril, Gertrude empezó a cambiar el piso. Vendió la cama en la que había muerto Guy y la cama en la que habían dormido juntos todos aquellos años. Le habría gustado quemarlas en un barco en alta mar. Lo movió todo de sitio en el piso, preparó nuevos dormitorios para ella y para Anne, cambió de lugar cuadros, alfombras y adornos que no se habían tocado durante años. Después, siempre en compañía de Anne, salió a hacer una ronda de visitas a la familia, como cumpliendo un deber. Era como si quisiera «mostrarse» en su viudez ante la gente de Guy. Muchos, incluso los lejanos Schultz, la invitaron a quedarse un tiempo con ellos. Pasó unos días en la

casa de Londres de Stanley Openshaw, con Anne. Luego, a sugerencia de Janet, ambas se fueron al norte, a la casa de Cumbria. Así, el abatimiento de Gertrude dio lugar a cierta calma, si bien se trataba de una calma negrísima; la terrible desesperación de antes aún volvía a ráfagas, y, mientras caminaba a solas junto al mar, Gertrude gemía en voz alta.

¿Había esperado que la muerte de Guy le trajera un poco de alivio? ¿El no tener que ver aquel «espectro», ni imaginar su dolor desgarrador, ni sufrir la pérdida diaria del hilo de su conciencia, ni ver sus ojos ausentes, enloquecidos, incluso hostiles? Pero no, la muerte, la ausencia, esa ausencia tan absoluta, era peor, algo que no había llegado ni a imaginar. El espacio vacío, la nada de lo que alguna vez había vivido y se había movido, la pérdida de la certeza de que él estaba *en alguna parte* (certeza que le proporcionaba polos al mundo). Guy se había ido y el corazón de Gertrude, que buscaba consuelo, solo encontraba vacío. Incluso enajenado y sufriendo, Guy había sido un espacio de alivio al que podía acudir para calmar el dolor. Ahora estaba sola. Pensaba: «Todos esos recuerdos de mí han desaparecido. Ya nadie me conoce del todo. Yo también he abandonado el mundo». Todas las cosas que él podría haberle dicho habían desaparecido; todo lo que habían conocido y amado juntos les había sido arrebatado. Ningún goce que hubiera compartido con Guy podría volver a ser nunca más un goce para ella. Sí, la ausencia, eso era lo peor. Llevaba dentro una nueva clase de criatura compuesta de lágrimas. Oía a los pájaros cantando en la brumosa primavera inglesa, pero ya no volvería a haber felicidad en el mundo.

Sin embargo, muy poco a poco, el terrible duelo fue amainando, y la época en que Gertrude sentía que iba a morir literalmente con el corazón roto pasó. En ese momento, era incapaz de imaginar cómo habría podido sobrevivir sin Anne Cavidge: el regreso de Anne, que ahora estaba junto a ella, comportaba todo el sentido del mundo.

\* \* \*

—Estaba poseída por un demonio y tú me salvaste.

—¿Por qué un demonio? —preguntó Anne.

Era mediodía y estaban dando un paseo junto al mar, caminando con zapatos *brogue* sobre las piedras grises y planas que el mar había moldeado confiriéndoles una hermosura carente de aristas.

—Ah, no lo sé. Me entregué a él; como si quisiera morir de mala manera; como si luchara contra el mundo y quisiera hacerle daño. —Gertrude estaba pensando en cómo Guy había deseado que fuera feliz. Nunca volvería a ser feliz, pero era su deber resistirse a la desesperación.

—Hay que resistirse a la desesperación —dijo Anne—. Esa es una de las pocas reglas que se repite siempre, en todas partes. Creo que es un deber que incluso en la cámara de tortura hay que cumplir, aunque allí nadie podría llegar a saber si ha sido así o no.

—Solo Dios lo vería.

—Solo Dios lo vería.

—¡Qué invención tan útil!

—¡Sí!

Gertrude sabía lo que era el deber. Pensó: «A Guy le habría gustado hablar sobre esto».

La luz había cambiado y, bajo un sol templado, el mar, reluciente, se mostraba cubierto de misteriosas estelas de un azul más claro.

Anne pensó: «Estamos en Cuaresma. ¿Qué será de mí por Pascua?». La Pascua siempre le había parecido una explosión, lenta y grandiosa, de luz deslumbrante. Después, se puso a pensar en cosas puras e inocentes: niños en Navidad, niños en Pascua; niños representando la historia del cristianismo. ¿Era ahora su bien la inocencia, en vez de aquella luz insoportable? Al principio, se había sentido como alguien que hubiera cometido un crimen con éxito. Ahora solo quería protección en el mundo, un refugio a salvo del pecado.

Gertrude, por su parte, pensaba: «Quiero que Anne se quede conmigo para siempre. Ahora no puedo vivir sin ella. La presencia de Anne en la casa me es necesaria para sobrevivir». Gertrude tenía la intención de decírselo abiertamente, pero lo había dejado para más adelante, aunque ya se lo había insinuado alguna vez.

—No habría sobrevivido sin ti, Anne. Dios te envió a mí.

—Otra cómoda invención.

—No, no. Ya sabes lo que quiero decir. Has venido ahora, justo cuando te necesitaba. Eso quiere decir algo.

—Eso es una superstición, querida. Pero me alegro, me alegro de haberte sido de ayuda.

«Sí, superstición —pensó Anne—. De ahora en adelante, cualquier idea acerca de los fines que tenga Dios respecto a mi vida debe ser simplemente eso.» Y, sin embargo, deseaba poder responder a aquella idea de Gertrude.

—Anne, corazón, quédate conmigo; ¿lo harás?

—Ya sabes que te dije que me iba a quedar...

—No, quiero decir siempre, *para siempre*. Tienes que quedarte. Así estaremos juntas, *profundamente* unidas. Por supuesto, saldríamos a sitios distintos y haríamos cosas diferentes (no te ataría), pero tendríamos un hogar en común. ¿Por qué no? ¡Yo lo veo tan claro! Eres *libre*, Anne, eres *libre* y ahora todo es diferente. Escoge esto, por favor. Creo que ya lo has escogido. Quédate para siempre conmigo.

Anne pensó: «Gertrude no deja de decirme que soy libre, pero ¿qué significa eso?». No quería pensar precipitadamente en el «para siempre» de Gertrude, aunque la conmovía mucho. Le dijo:

—Nunca me iré lejos. Eso ya lo sabes.

Gertrude pensó: «No le diré más por el momento. Creo que va a quedarse. *Debe* quedarse».

—Quiero que me ayudes a gastar el dinero —dijo Gertrude.

—¿Viajes en *jet* privado y champán?

—Bueno, eso también, ¿por qué no? Pero yo pensaba en buenas causas.

—Tú sabes más de eso que yo. ¿Qué hay del trabajo que has estado haciendo con esas mujeres asiáticas?

—Solo soy una principiante. ¡Son tan hermosas y espirituales! ¡Son ellas las que deberían enseñarme a mí! Puede que vuelva a hacerme maestra. No lo sé. Pero, haga lo que haga, quiero que tú lo hagas conmigo. Ahora eres nuestra monja. El Conde te llama así. Eres nuestra mujer sagrada y te necesitamos. Y una viuda es una especie de monja. ¡Seremos monjas juntas y haremos obras virtuosas! No veo por qué los hijos de Stanley tienen que quedarse con el dinero de Guy. Vamos a gastárnoslo juntas tú y yo.

Guy no había dejado nada por escrito, pero él y Gertrude habían acordado de forma tácita que ella haría al menos un testamento provisional a favor de William, Ned y Rosalind Openshaw. Gertrude, que no tenía familia cercana, siempre había aceptado la de Guy como suya propia. Sin embargo, ahora se sentía distanciada de ellos, casi resentida: Guy, la flor de entre todos los Openshaw, se había ido y, en cambio, ellos seguían vivos.

—Puede que te cases otra vez —le dijo Anne.

—¡Nunca! Y gracias, querida mía, por mantenerlos a raya. Sin ti, me habrían comido viva. — Gertrude se refería a *les cousins et les tantes*. Anne se había hecho cargo de la situación. No a todos ellos les había hecho gracia.

—Te quieren.

—Sí, sí...

—De todas formas, me alegro de que estés aprendiendo urdu.

Las dos mujeres habían establecido una rutina de trabajo en la casa de la playa. Por las mañanas se sentaban a estudiar por separado, Gertrude en la salita y Anne en su dormitorio: Gertrude se dedicaba al urdu; Anne pulía su griego clásico. Más incluso que sus hábitos conventuales, era su temperamento lo que le impedía estar ociosa. Quizá debería ponerse a aprender un oficio. Gertrude tampoco tenía ganas de estar ociosa, aunque era más inquieta que Anne y solía tardar menos en dejar los libros de lado. Anne veía ahora en su amiga a una inquieta y desorientada viuda de mediana edad. Había sobrevivido a su marido. Ahora no tenía hijos ni trabajo, y había perdido el rumbo. Bueno, ¿caso no había perdido también Anne el rumbo? Una vez hubo alguien que le dijo: «Yo soy el Camino».

Antes del almuerzo solían bajar al mar y después, solo con que hubiera un rayo de sol, se tomaban un vaso de jerez sentadas fuera, en un banco junto a los majuelos. Anne nunca había aprendido a cocinar y había dejado claro que no se iba a poner a ello ahora, de modo que era Gertrude la que preparaba el almuerzo. (Gertrude era una cocinera aceptable pero modesta. Nunca había llegado a aprender cocina judía como las demás mujeres gentiles de la familia. El *gefilte fisch* de Janet Openshaw tenía mucha fama.) Después de almorzar, hacían las tareas de la casa, y luego normalmente salían a caminar por la costa o tierra adentro, siguiendo senderos serpenteantes entre los muros de piedra, donde crecían violetas moradas y blancas, y desde donde se veían, a lo lejos, las curvadas colinas de un verde vaporoso, moteadas de ovejas blancas; las sombras de las nubes pasaban constantemente sobre ellas. Había una pequeña granja cerca de la casa, pero el pueblo más próximo quedaba a una agradable caminata de dos millas. La tienda del pueblo cerraba a la misma hora de la



tarde en que abría el pub, de modo que, cuando Anne y Gertrude iban a la tienda, podían beber un poco de sidra de la zona, antes de volver caminando a casa para cenar y leer a la luz de una lámpara. Anne estaba leyendo *El corazón de Mid-Lothian*. Leía muy despacio, de manera concienzuda. Gertrude estaba leyendo *Sentido y sensibilidad*. Leía con la triste y serena sensación de estar reviviendo otra época de su vida y los placeres olvidados de entonces. Hasta que llegó Anne, en cierto modo había renunciado a leer novelas. (A Guy solo le gustaban la filosofía y la historia. La biografía popular era su lectura «más ligera».) Anne leía con un asombro ininterrumpido. «¡Qué extraordinaria forma de arte! Te habla de todo. ¡Qué instructiva, qué apasionante, qué curiosa, qué cargada de sentimientos, qué llena de juicios morales!» A veces debatían sobre las novelas (disentían sobre Jeanie Deans).[27] Y se iban temprano a la cama.

—Ah, oye, lo del cisne blanco...

—Sigo sin saberlo —dijo Anne.

Gertrude le había preguntado por lo del cisne blanco de Guy. ¿Qué significaba? Anne no lo sabía.

—Nunca lo averiguaré, ni eso ni lo del cubo ese —dijo Gertrude. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Anne estaba sorprendida por la intensidad del dolor de Gertrude y por su duración. Pero, al poner en práctica una especie de distanciamiento profesional, se daba cuenta de que su virulencia no duraría, aunque el dolor no desapareciera nunca.

—El dolor no desaparecerá nunca —dijo Gertrude.

A Anne le parecía a veces que la una sacaba las palabras de la cabeza de la otra: así de cercanas se sentían.

—Ahora me acuerdo de que antes lo decía algunas veces, cuando veíamos el pub que se llama el Cisne. Pero nunca le pregunté. Ahora pienso que lo decepcioné. Debería haberle preguntado. Y, sin embargo, en ese momento, yo, de alguna manera, no podía... Quizá fuera algo relacionado con la religión.

—No lo sé. —Luego Anne añadió—: No tienes ninguna culpa a ese respecto. No te la generes tú. Al menos esa pena te la puedes ahorrar.

—Voy a vender el piso —dijo Gertrude—. Renunciaremos al mundo juntas. No puedo hacerlo por mí misma.

Anne pensó: «He dejado el convento para no tener casa. “Los zorros tienen guaridas, pero el Hijo del hombre no tiene dónde recostar la cabeza.”[28] Debo seguir adelante con mi Cristo, si es que todavía tengo un Cristo. Si me quedo con Gertrude, tendré una casa para siempre». (Intentó no pensar: «¡Qué alegría!».) La idea que Gertrude tenía de renunciar al mundo consistía en vivir en una casita en Chelsea.

Anne se rio de pronto y, casi a la vez, Gertrude se echó a reír también. Era una risa antigua, aquella risa especial, alocada y cómplice con la que se solían reír juntas cuando estaban en la universidad; Anne estaba volviendo a enseñarle esa risa a Gertrude, que, por el momento, no tenía otra.

—¿De qué te ríes, querida?

—¿De la idea de que tú renuncies al mundo!

—Me gustaría saber una cosa: ¿tú de verdad has renunciado alguna vez al mundo? —preguntó Gertrude.

—Esa es una buena pregunta.

«¡Menudo orgullo el que tengo! —pensó Anne— ¡Qué inquebrantable! ¿De verdad he cambiado en algo? ¿Puede acaso cambiar la gente?» Aquella muerte en vida que había tratado de probar (rechazar dioses falsos, deshacerse a sí misma un poco todos los días, como si estuviera retirando hojas o escamas...), ¿no era eso algo *imaginario*? Gertrude concebía la religión de Anne como una prisión de la que había salido, como un delirio obsesivo del que se había curado. ¿Qué distinto era en realidad! Y, sin embargo, ¿cómo era? Ella seguía con su plegaria: no un «déjame salir», sino un profundo e insistente «déjame entrar». ¿Qué derroteros tomarían ahora ella y su Cristo? ¿Qué sería de ellos? Había abandonado el convento para estar sola y ser sincera e inofensiva. Si llegara a encontrar una celda donde pudiera vivir como una anacoreta en medio del mundo y preservar su inocencia, ¿también eso sería «algo imaginario»? ¿O, igual que el lama de *Kim*, se instalaría con Gertrude? ¿Cuánto podían mostrarle en ese caso el amor y el deber? «Me resultaría fácil hacerlo», pensaba Anne. Aquel «para siempre» a veces le llegaba muy muy cerca del corazón.

—Intentaste destruirte a ti misma —dijo Gertrude—, pero fracasaste.

A veces detectaba una punzante vehemencia en lo que Gertrude le decía, casi un resentimiento incoherente, cierto afán de hurgar y fastidiar.

Anne se sentaba en silencio por las mañanas y por las tardes. A veces, sin pensarlo, se arrodillaba. ¿Era eso superstición? ¿Acaso importaba tanto? ¿Qué era y qué no era superstición? ¿Podría hablar alguna vez de eso con alguien? Los primeros pájaros de la mañana le recordaban a las monjas cantando.

—Es domingo.

El lejano sonido de las campanas de la iglesia, que ahora se repetía, viajando sobre las borrosas colinas de las ovejas, ya se lo había anunciado un poco antes. La iglesia estaba en el pueblo, al lado del pub, un pequeño edificio sólido y gris con gruesos pilares normandos y una estrecha entrada cincelada en diente de perro. Anne ya había ido a la iglesia, con Gertrude y también sola. Le había parecido un hermoso lugar vacío. Quienquiera que hubiera vivido allí, se había ido hacía mucho.

—Sí. El pub no abre hasta las siete. Se nos olvidó la semana pasada.

—He pensado en otra razón por la que deberías quedarte conmigo para siempre —dijo Gertrude.

—¿Y cuál es?

—Necesito a alguien en mi vida que sepa conducir un coche.

—Ya se me ha olvidado —dijo Anne.

—Antes eras una fiera al volante.

En efecto, en aquellos tiempos Anne había sido una conductora entregada. Pero ahora verdaderamente tenía la sensación de que se le había olvidado. Manfred había intentado que condujera aquel enorme coche suyo en un tramo poco transitado de la carretera hacia el norte, pero

Anne se había negado.

—No quisiste conducir el coche de Manfred —dijo Gertrude—. No te atreviste.

—No me atreví. Manfred conduce demasiado rápido.

—Eres dada a censurar a los demás, me he dado cuenta últimamente. Puede que eso sea lo único que de verdad hayas sacado de aquel convento tan lúgubre. Tiendes a juzgar a la gente. Anoche me dijiste que estaba bebiendo demasiado.

—Y era verdad.

—Sí, una jueza. Te veo como una jueza, como una jueza sacrosanta de nuestras vidas. No lo digo por molestarte, querida. Me gusta; nos gusta. Nos hace falta. Tú te ocuparás de impartir justicia.

«¿Soy dada a censurar?», se preguntó Anne. Sin duda, le resultaba más difícil de lo que había esperado aceptar el *tempo* de las vidas mundanas ahora que se encontraba entre ellas. La gente la irritaba, incluida Gertrude. Le disgustaba que la etiquetaran como «santa» o como «monja». Sin embargo, ¿no se sentía ella diferente, superior? Sí. Y eso era terrible, lo admitía.

—¿Quién es ese «nos»? —le preguntó a Gertrude.

—Ah..., no lo sé... Cielo, quédate conmigo. Yo te quiero: ¿por qué no puedo tenerte? ¡A la mierda lo de renunciar al mundo! Guy quería que fuera feliz.

—Tenía razón. Es lo que te corresponde.

«Pero no a mí —pensó Anne—. La felicidad no tiene nada que ver con aquello que me sacó fuera y que me debe seguir guiando.»

—Por supuesto, las dos trabajaremos. Tú puedes dar clases. ¿O por qué no escribes una novela sobre la pérdida de la fe? Eso podría ayudar a mucha gente.

—¡Ay, Señor!

«¡Señor, Dios mío! ¿Cuándo empezará el sufrimiento de verdad?» Consolar a Gertrude era un ínterin que la mantenía a salvo. Ahora bien, su amor por Gertrude era la primera realidad con la que se había encontrado en el exterior de aquellas vallas.

Si hubiera sido sacerdote, ¿se habría quedado dentro, inspirada por alguna idea de obediencia? ¿La habría elevado el sacerdocio por encima de ese nivel en el que a veces sentía que no importaba lo que pensara o sintiera porque era una mujer? No llevaba consigo ningún precioso cáliz con el que alimentar a los demás. La especulación, que a menudo le parecía absolutamente diabólica, la confundía. Mejor no pensar. Sí, con Gertrude se encontraba a salvo. Sin embargo, era exactamente en ese punto donde debía esperar a que empezara la noche. Porque empezaría.

Anne y Gertrude habían llegado, en su paseo de cada mañana, hasta el final de la playa, cerca de la zona en que el acantilado, escarpado y con muchas terrazas, sobresalía por encima de donde rompían las olas. Estas se elevaban rampantes, saltando por encima de la ladera del acantilado, y el viento cortante arrastraba la espuma consigo. Un poderoso mar se había puesto en movimiento. Las dos mujeres dieron media vuelta y echaron a andar por las piedras grises, junto a la espuma que se deslizaba borbotante hasta sus pies. Las piedras mojadas eran casi negras. Las piedras secas eran completamente grises, y ni siquiera el sol más brillante podía suscitar el menor asomo de ningún

otro color en ellas. Anne cogió una piedra. Eran todas muy parecidas, pero muy diferentes, como las fichas de un juego al que estuviera jugando algún dios. Las formas, casi idénticas, nunca eran exactamente iguales. Cada una, si se la examinaba con cuidado, revelaba alguna pequeña marca significativa que la individualizaba, una hendidura superficial o un extremo desconchado, una línea corta casi invisible. Anne se dijo: «¿Qué más dan mis pensamientos, qué más dan sus detalles, qué más da si Jesucristo redimió al mundo o no? Da igual: nuestras mentes no pueden comprender tales cosas. Todo es demasiado oscuro, demasiado borroso. Cuando toda la matriz cambia, nosotros cambiamos con ella. ¿Qué importa nada, salvo ayudar a una o dos personas que tienes a tu lado, hacer lo que es evidente? Entendemos tan poco de este inmenso juego... Mira esas piedras. Señor y Dios mío». Y dijo en voz alta:

—Dios mío.

—¿Qué?

—Nada, que mires estas piedras —dijo Anne. Soltó la que tenía en la mano y a continuación, con una especie de posesividad animista, se volvió para cogerla otra vez, pero ya no fue capaz de distinguir cuál era.

—Sí —dijo Gertrude—. Ahí están. ¿Qué pasa con ellas?

—Ahí están.

—Hace calor —dijo Gertrude—. Si el viento amaina, aunque sea por un momento, ahora que luce el sol, va a hacer calor de verdad. Sujétame esto mientras me quito el abrigo.

Anne le cogió el ramito de primulas y violetas de tallo corto que, según bajaban a la playa, había ido recogiendo por aquí y por allá en el margen de césped verde y por debajo de los majuelos.

Gertrude se quitó el abrigo. Las dos llevaban ropa para cuando hacía fresco, pero ahora, de repente, con el sol de abril, el día se había vuelto templado, incluso hacía calor. La espigada Anne se había puesto, como siempre que salía al aire libre, el vestido de lana a cuadros azules y blancos, aquel que se había comprado en la tienda del pueblo en lo que parecía ser una existencia previa y muy remota. (Por las tardes, se ponía el vestido de *tweed* azul oscuro.) Alrededor del cuello llevaba un largo pañuelo indio de color malva que Gertrude le había dado. Pero se había negado a dejar que Gertrude «la vistiera». Se había puesto unas medias negras de lana que le llegaban hasta las rodillas y los resistentes zapatos de caminar del convento. Le había ido creciendo el pelo, pero estaba decidida a mantenerlo muy corto. A Gertrude también le gustaba así. Recordaba la melena rubia de los días de estudiante de Anne, pero el pelo rubio platino de ahora le resultaba más preciado. Con el poco sol que le había ido dando mientras caminaba, a Anne se le había bronceado su fina cara, pero solo de forma muy leve, muy ligera. Sus ojos verdiazules y más bien rasgados estaban, como decía Gertrude, ensombrecidos o nublados, todavía confusos por el mundo. Gertrude llevaba debajo del abrigo un vestido de punto fino marrón, casi de verano, con dibujos de flores de color amarillo pardo. La cara le había cambiado un poco: se le había quedado, quizá de forma permanente, más tensa y envejecida. Y es que todo aquel llanto la había desgastado un poco, como si la hubieran tocado, igual que a aquellas piedras, con un dedo que ejerciera una ligera presión. Sus brillantes ojos castaños miraban

desde unas cuencas más hundidas, su fina boca estaba más caída, prolongada por dos tenues líneas descendentes. El pelo, que había vuelto a lavarse con regularidad hacía muy poco, conservaba, sin saber de lutos, su antiguo aspecto: marrón intenso y variado, más bien largo, enredado ahora por el viento sobre el cuello de su vestido marrón estampado. Se había quedado más delgada. Era más baja que Anne, pero caminaba igual de rápido.

El sol ya se había adueñado de todo el paisaje. En el césped esmeralda del promontorio, una alondra invisible cantaba frenéticamente.

—Ah, el sol... Es la primera vez...

—Sí.

—Oh, Anne, mira el mar. Ahora está todo azul y centelleante, como si mandara señales...

—Sí. Casi perfecto para bañarse.

—Eras una fiera conduciendo y también nadando.

—Pensaba que nunca iba a volver a nadar.

—¿Qué te parece un baño ahora? ¿Te meterías?

—¿Me estás desafiando! ¿O es que piensas que voy a echarme atrás, como con lo de conducir el coche de Manfred?

—Hace demasiado frío. Por supuesto que estaba de broma.

—No hace tanto frío. Creo que, ahora que lo dices, voy a meterme.

—¿Quieres decir ahora? Anne, no seas tonta. Hace un frío *tremendo*. No lo dirás en serio...

—Sí que lo digo en serio —repuso Anne—. Es una idea estupenda. Si quieres verme nadar, ¡nadaré!

—¡No quiero! Ay, por favor, *por favor*.

Anne ya se había quitado los zapatos con los pies y estaba haciendo lo propio con los calcetines. Las piedras grises y planas le resultaron lisas y frías al contacto con sus pies desnudos. Se quitó el pañuelo indio y el cinturón del vestido.

—Anne, no seas *loca*. Mira esas olas... No te estaba desafiando. No tenemos diecinueve años.

Ahora, de repente, Anne se moría por meterse en el agua. Una extraña sensación punzante, parecida al deseo sexual, le había clavado un dardo en las entrañas. Enérgicamente, se sacó por la cabeza el vestido a medio desabotonar. Al instante, solo con la pequeña cruz de oro colgando de la cadena que llevaba al cuello, se adentró en la cremosa espuma en movimiento. Avanzó dando pequeños traspies sobre las piedras, que no dejaban de moverse, y no se detuvo hasta que el agua blanca le llegó por encima de las rodillas.

—Anne..., Anne..., *no sigas*...

El mar estaba intensamente frío (mucho más de lo esperado). Una feroz y alocada euforia lamía el cuerpo desnudo de Anne. La playa descendió de manera abrupta; una ola la alcanzó a la altura del pecho y rompió por encima de su cabeza. Jadeando y luego gritando de frío, Anne perdió pie; después se lanzó contra la siguiente ola y se puso a nadar, pataleando, elevada por los poderosos rodillos de agua que llegaban hasta ella, pestañeando para deshacerse de la espuma y viendo las crestas

verdiazules moteadas de blanco de las olas que avanzaban y, más allá, la brillante luz del cielo azul. Gritó entonces con desenfadada alegría, sintiendo que los miembros se le calentaban en el agua embravecida según nadaba impetuosamente más allá de la orilla y se entregaba confiada al inmenso movimiento del mar.

Anne había sido una chica atlética; fue golfista, nadadora, tenista. Durante toda su vida, siempre había dado por supuestas la fuerza y la destreza físicas, como parte de un tranquilo sentido de superioridad que nunca se había tambaleado hasta que alcanzó el cumplimiento de su destino en una extática sumisión a Dios. Era Anne Cavidge, una mujer fuerte. Y sintió todo eso ahora, mientras se daba la vuelta para nadar a espalda y pataleaba al ritmo de las olas en el centro de una maraña de espuma. Suficiente por el momento. Se zambulló como un delfín y empezó a nadar a crol, un crol veloz y elegante que no se le había olvidado, del mismo modo que tampoco se le había olvidado caminar; y se dirigió a tierra. El mar estaba francamente frío.

Mientras nadaba de vuelta, sintió, como un golpe inesperado, un repentino desfallecimiento. ¿Qué les había pasado a esas fuerzas con las que hacía un momento se había sentido tan exultante? Sus brazos ya no se movían sin esfuerzo, se hallaban debilitados y doloridos, y tenía el cuerpo desnudo cubierto de un frío penetrante. Las monjas estaban orgullosas de mantenerse en forma, pero los paseos por el jardín no bastaban. Anne había seguido una rutina de ejercicios. Quizá se había vuelto menos estricta con el paso de los años. El vigor de la juventud había desaparecido. «¿Qué me pasa? —pensó—. Me siento débil. No se me ha olvidado nadar, por supuesto, pero me siento débil. No me queda fuerza en los miembros.» Anne jadeó, tragó agua salada. Siguió nadando en dirección a tierra, pero ahora con una terrible lentitud debida al agotamiento. A lo lejos, por encima de las moteadas crestas de las olas que saltaban, veía la figura de Gertrude en la orilla y, detrás de ella, el cubo gris de la casa. ¿Quizá una corriente la estuviera arrastrando mar adentro! No podía deberse simplemente a su debilidad que la tierra pareciera retroceder, ¿no? Hizo un esfuerzo aún mayor, agujoneada ya por el miedo. ¿Es que iba a ahogarse ahora, tontamente, *cruelemente*, ante los ojos de Gertrude? El día anterior había subido al acantilado para impresionarla. Le había resultado francamente difícil.

Gertrude veía que Anne intentaba regresar, nadando denodadamente contra una fuerza que parecía impedirselo. Gertrude veía también la maligna violencia con la que las olas rompían al chocar con las piedras. Era más fácil emerger en dirección contraria a aquellas olas que nadar a su favor. El mar parecía haberse hinchado y embravecido en el corto intervalo que había transcurrido desde que Anne se metiera en el agua a toda prisa. «La he desafiado —pensó Gertrude—. Es culpa mía. Ahora que la acabo de encontrar, va a morir delante de mí; va a ahogarse sin que yo pueda hacer nada y va a desaparecer.» Gertrude apenas sabía nadar. Siempre le había tenido miedo al mar. Llamaba a su amiga a gritos («¡Anne, Anne!») retorciéndose las manos.

Anne, ahora más cerca de la orilla, también había tomado conciencia de la fuerza de las olas, de su enorme tamaño y de la violencia con la que rompían. Su ruido ensordecedor, que no percibía como sonido, sino más bien como una especie de terrible vibración mortal, resultaba abrumador. Miró tras

de sí. El sol debía de estar tapado por las nubes, ya que los altos lomos de los enormes rodillos de agua que llegaban hasta ella eran ahora casi negros. Su valor empezaba a decaer, y comenzó a nadar de un lado a otro, en paralelo a la orilla, incapaz de decidirse a acometer el reto de regresar. Sentía en el cuerpo, mezclado con el caótico rugir de las olas que rompían, la tremenda fuerza de aquellas que se le venían encima y la arrastraban hacia la costa; así que tuvo que hacerle frente a la fuerza del oleaje para permanecer donde estaba. Intentó nadar otra vez mar adentro. No debía prestar atención al frío. Anne era un juguete desvalido a merced de grandes fuerzas mecánicas que podían matarla en cuestión de segundos. Intentó *pensar*.

El problema era el siguiente: cuando llegaba, arrastrada por una ola, a la zona del rompiente, sus fuerzas no le permitían salirse lo bastante rápido o mantenerse de pie con la firmeza suficiente como para no ser arrollada por la siguiente ola, que en tal caso pasaba por encima de ella y la volvía a arrastrar hacia dentro, junto con la resaca. Sumida como estaba en su anterior euforia, no se había dado cuenta de ello, pero ahora veía y notaba lo pronunciada que era la pendiente de la playa, de modo que justo donde las olas rompían apenas hacía pie. Ahora también podía distinguir, en medio de ese desenfundado revoltijo de fuerzas, el aterrador estrépito de las piedras grises cada vez que las olas en retroceso las empujaban al fondo y las arrastraban mar adentro.

«¡Ay, Dios mío, ay, Dios mío, ayúdame!», pensó Anne. Pensó: «Tengo que jugármela, ahora». Ya cansada, apenas nadaba, sino que simplemente luchaba contra el mar y se quedaba sin aliento y jadeaba y tragaba agua al tratar de mantener la cabeza por encima de la superficie. Llevó a cabo la única operación inteligente que estaba en su mano: se volvió otra vez a mirar las enormes olas de negros lomos que le venían por detrás, escogió una un poco más pequeña que las demás y se dejó llevar por ella, nadando con furia, derecha hacia la playa. Vio, ya más cerca de la orilla, la pendiente de negras piedras movedizas y la superficie de cremosa espuma embravecida. Cuando la ola que la empujaba empezó a romper, dejó de nadar y trató de hacer pie. El agua, blanca y espumosa, la sobrepasó por ambos lados y por encima. Entonces sus pies tocaron en el fondo la cambiante corriente de piedras en pendiente, succionadas por la fuerza del agua, que ya empezaba a refluir. Se giró a medias y alcanzó a ver cómo se rizaba la empinada cresta de la siguiente ola. Intentó saltar para sacar la cabeza por encima de la superficie, pero le fue imposible. No lograba hacer pie: el agua era demasiado profunda y retrocedía con demasiada rapidez por debajo del rodillo de la nueva ola que llegaba por detrás, pendiendo sobre Anne como una traslúcida pared verdinegra. Perdió el equilibrio: se le habían agotado las fuerzas. La nueva ola le estalló encima y se la tragó por completo. Su cabeza quedó por debajo del agua; su boca, abierta y sin aliento.

Gertrude, paralizada de terror, había visto y comprendido el dilema de su amiga. También ella había calculado las fuerzas mecánicas de las olas, el punto donde rompían, la pendiente de las piedras, la rápida succión de la resaca, y se daba cuenta de que Anne era incapaz de mantenerse erguida. Veía exactamente lo que su amiga estaba intentando hacer y lo difícil que le resultaba. Veía el cuerpo de su amiga, peleando impotente, desnudo como el de los condenados al infierno, a punto de perecer definitivamente. Y, en el mismo momento en que la cabeza de Anne desapareció de su

vista debajo del poderoso descenso rizado de la segunda ola, Gertrude se lanzó al agua.

Anne, al ver el enorme tamaño de la ola que se le venía encima, al perder pie y hundirse en una cueva oscura de espuma arremolinada, y al notar que el agua salada le entraba en la boca (la había abierto boqueando en un intento de respirar), pensó: «Me he ahogado. Este es el fin. Ay, perdóname, perdóname». Lo siguiente que recordaba era la luz del día y la imagen de un brazo humano, y el tejido marrón del traje de Gertrude oscurecido por el agua. Sus pies volvían a estar sobre las piedras, y cogió aire de nuevo. Respiró, dio dos traspies agonizantes y se agarró al brazo, al tejido marrón. Las dos mujeres se cayeron y la espuma corrió a su alrededor. Luego se volvieron a levantar y Gertrude tiró de Anne hasta el bajío y después más allá, hasta dejar atrás el agua y llegar a la tierra.

Se sentaron en las piedras; Anne, asfixiada, jadeando, escupiendo y ya respirando con más tranquilidad.

Gertrude le preguntó:

—¿Estás bien?

—Sí, ¿y tú?

—Sí.

—Gracias por salvarme.

—Creí que no ibas a salir de esta.

—Yo también. Lo siento mucho.

—De verdad que eres una idiota de marca.

—Sí. Sí. Sí.

—Anda, ponte mi abrigo. ¿Puedes andar?

Anne se puso el abrigo de Gertrude y recogió su ropa. Agarradas del brazo, temblando de frío, las dos amigas subieron hasta el césped delantero de la casa. Luego, de pronto, se detuvieron y, abrazadas la una a la otra, se echaron a reír; rieron con su antigua risa, pero con un toque de histeria.

—De todas formas —dijo Gertrude—, estabas encantadora con esa cruz al cuello.

Era el día fijado para el regreso de Gertrude a Londres, y el Conde se encontraba en una cafetería de la estación Victoria. Se había pedido una taza de café, pero no era capaz de tomársela. Se le había derramado un poco sobre la superficie de la mesa de plástico y ahora simplemente permanecía sentado, con los ojos vidriosos, dibujando distintos patrones de líquido con el dedo. Eran las cinco y cuarto de la tarde. El corazón del Conde latía con violencia. El corazón es una máquina fuerte. En ese momento, el del Conde parecía un objeto aterrador en medio de una fundición de hierro. Se puso la mano en el costado para aplacar el sufrimiento y como para evitar que aquel corazón enloquecido se le saliera del pecho de pura desesperación. Y es que era desesperación lo que sentía ahora. ¿O se trataba de esperanza? ¿Cómo podía tan feroz desesperación parecerse a tan feroz esperanza? Estaba consumido por una enorme emoción que se había apoderado de cada célula mental y física de su ser. Conocía uno de sus nombres con seguridad: estaba enamorado. No podía



dejar de temblar. Miró fascinado cómo le temblaban las manos.

La noche anterior había soñado con su madre. Estaba con ella en una iglesia grande y oscura. Ella rezaba en voz alta y él quería rezar con ella, pero no entendía las palabras. Pensaba: «No es polaco. ¿Qué es? ¿Qué lengua es?». Su madre llevaba sobre la cabeza un velo oscuro con flores rojas y azules bordadas; y entonces, de pronto, él pensó: «¡Qué extraño! En ningún momento me di cuenta: es judía». Y después pensó: «No, no es judía: está *muerta*».

La superficie del gueto de Varsovia se iba haciendo cada vez más pequeña. La gente se marchaba y nunca volvía. Pero los que se quedaban, excepto unos pocos, no sabían que a los que se habían ido los estaban asesinando. Incluso cuando más o menos se lo creían, cada cual pensaba: «En mi caso será diferente». El Conde había leído en algunos libros que muchos polacos, sumidos en su propia miseria, seguían odiando a los judíos, los denunciaban a los alemanes, contentos de que hubiera alguien más desgraciado, más derrotado, más en peligro que ellos. Sin embargo, también hubo polacos gentiles que ayudaron a los judíos e incluso murieron con ellos en la batalla final, cuando las falsas esperanzas se agotaron en la terrible y sagrada bravura de la desesperación. Troya está en llamas, Varsovia está en llamas. Han quemado el gueto e inundado las alcantarillas. El Conde sabía que, si ahora viviera en Polonia, se dedicaría a transformar el pasado automáticamente en su corazón para hacerlo más llevadero. ¿Era ese su pasado, *su* pasado? ¿Qué tenía aquello que ver con él? A veces todo parecía «literario», tan remoto como un poema épico, tan remoto como Tucídides. ¿Qué tendría que haber hecho Bór-Komorowski cuando el Ejército Rojo llegó al Vístula? ¿Qué tendría que haber hecho Nicias tras la derrota en el gran puerto de Siracusa? Sin duda, la Justicia debe revolotear sobre la desgracia y la humillación de los hombres para clarificar y purificar, no como venganza, sino como verdad. A veces, ese terrible pasado, que era suyo y sin embargo no era suyo, constituía un tema sobre el que podía reflexionar casi en calma; a veces, se le venía encima de repente, como un doloroso e incomprensible batiburrillo contra el que no tenía defensa natural. Le penetraba en el cuerpo haciéndole sentir miedo, remordimientos y vergüenza, mezclados, como pasaba ahora, con una angustia completamente distinta.

El periodo inmediatamente posterior a la muerte de Guy había sido una época negra para el Conde. Se había entregado, con una especie de extraño alivio (casi gratitud), al duelo por Guy. Su muerte le afectó más incluso de lo que había imaginado de antemano. Se había acostumbrado a la ausencia de Guy en la oficina: acostumbrarse a la ausencia de Guy en el mundo era cosa bien distinta. Guy no solo había sido un compañero sabio y benevolente, sino también una figura de autoridad. Guy era uno de esos que inspiran en quienes los rodean cierta confianza en la moralidad, en la continuidad, algo que no derivaba de ninguna teoría, sino que se infería del propio Guy, como de una figura monumental. (El Conde sabía lo mucho que se habría burlado Guy de que hubiera concebido tal cosa como «inferencia».) Tras su muerte, el Conde sentía que podía pasar cualquier cosa. Había perdido a su mejor amigo, el único con quien podía hablar en todo momento, al que podía volver en todo momento. Ahora el fantasma de su terrible soledad se elevaba más alto, acechaba más cerca, y ahora, a veces, el Conde veía una marca de locura en la cara de ese fantasma.

El duelo por Guy, misericordiosamente, había venido a posponer el otro delirio, más horrible todavía. El Conde intentaba no pensar en ello, no sentirlo aún. Sabía que se desataría en breve, con todas sus fuerzas, que merodearía como un tigre suelto. Durante ese intervalo, intentó considerarse un sirviente, un sirviente de Gertrude, como si fuera su lacayo o su mozo. Y, desde luego, resultó útil: ayudó en los preparativos del funeral; hizo una lista de los amigos de la oficina de Guy a quienes se debía avisar; ayudó a mover los muebles del piso. Estaba permanente y complacientemente disponible. Pero, tal como se dieron las circunstancias, el Conde no resultó ser, comparado con sus sueños de servidumbre, del todo imprescindible. Quedó desplazado por otros colaboradores más útiles, y hubo de reconocerse a sí mismo que, en aquel estado crítico de Gertrude, él era menos necesario que ellos. Manfred y el coche grande de Manfred visitaban Ebury Street a diario. También estuvo allí, tras el funeral, Moses Greenberg, atento, importante, cargado de papeles vitales e incomprensibles. Y el puesto de principal confidente y principal consuelo, que alguna vez el Conde se había atrevido a esperar que pudiera ser suyo, lo había ocupado, por supuesto, Anne Cavidge. Era cierto que Gertrude estaba «a salvo» con Anne. Al Conde le caía muy bien y sentía hacia ella, como persona espiritual que era, una especie de reverente admiración. Sin embargo, no podía evitar sentir cierto resentimiento ante el hecho de que Anne, que había aparecido de pronto como por arte de magia, le hubiera robado su papel.

A veces, sentado a solas a las tantas de la noche mientras escuchaba los avisos de temporal («para Fastnet, Hébridas, Isla Fair, Feroes»), el Conde se había reprendido a sí mismo por desear tan ardientemente consolar a su amada. ¿Acaso quería que ella sufriera para poder así consolarla? No, no era eso; estaba francamente consternado por el dolor de Gertrude, por las sobrecogedoras lágrimas que derramaba *en público*. Y él también tenía sus propias lágrimas, lágrimas extranjeras, lágrimas polacas, que apenas derramaba en aquellas madrugadas, sentado junto a su aparato de radio o sobre su libro de historia. (Ya no podía seguir leyendo a Proust.) Se había echado a temblar ante el llanto de Gertrude con el cuerpo entero estremecido por una violenta respuesta de empatía, tanto más terrible cuanto que apenas podía expresarla abiertamente. Quería llorar en voz alta, echarse al suelo, abrazarle las rodillas y besarle los pies, pero no podía hacer otra cosa que mantenerse torpemente a su alrededor farfullando palabras de consuelo sin sentido y teniendo la sensación de ser un estorbo. Se contó a sí mismo muchas historias de falsas esperanzas, incluyendo algunas bastante terribles. Pero no era capaz de dejar de pensar: «*Mi momento terminará por llegar*».

Sin embargo, en ese «más adelante» en que quizá sería capaz de desempeñar de forma más completa su papel de amigo compasivo y ayudante de Gertrude, ¿qué otra cosa sería? La tarea de Moses Greenberg estaría hecha, Anne se marcharía, el coche grande de Manfred se vería con menos frecuencia frente a la puerta de Gertrude. Y entonces, entre él y Gertrude, ¿qué? El Conde sabía perfectamente que, si no hubiera oído por casualidad aquellas fatídicas palabras de Guy, sus sentimientos ahora serían muy distintos. Por supuesto, llevaba años enamorado de Gertrude, *enamorado* de ella. Pero ese amor se había mantenido dentro de sus límites con cierta facilidad por respeto al matrimonio, por su amistad con Guy y por la imposibilidad de que se operara cualquier

cambio. También había estado contenido por la fe del Conde en que era totalmente secreto. ¡Pero ambos se habían dado cuenta! Por eso, incluso el pasado estaba ahora cargado de una nueva y extraña causalidad. Por supuesto, una vez que Gertrude se hubiera quedado viuda, el Conde habría tenido esperanzas de cualquiera de las maneras, pero habrían sido unas esperanzas moderadas y discretas, y podría haberse tranquilizado más fácilmente pensando: «Por supuesto, después de Guy, nunca se volverá a casar». Pero ahora, con las palabras de Guy («Cásate con Peter») clavadas en su alma para siempre, ¿cómo podía evitar que sus esperanzas fueran incontrolables y desmedidas? Y fustigándose amargamente, dando un paso más allá en el delirio, pensaba, después de apagar la radio y echarse en la oscuridad de su cama: «Podría casarse con cualquiera de ellos». Nunca había tenido celos de Guy. Pero ¿cómo podría soportarlo, cómo podría vivir ahora, si ella diera en casarse con cualquier otro? La veía rodeada (asediada) de pretendientes, todos interesantes, atractivos, posibles. La fila se prolongaba hasta el Día del Juicio Final. Pensaba: «Guy le dijo que fuera feliz. Escogerá la felicidad (¿por qué no?). Podría casarse con cualquiera de ellos. Con Gerald, Víctor, Moses, Ed, Balintoy o incluso con Manfred».

El Conde consultó su reloj. Llevaba allí varias horas, pero al parecer solo eran las cinco y media. Gertrude le había escrito desde Cumbria para decirle que volvería a Londres esa tarde. (Una preciada carta brevísima, amable y con poca información, que el Conde tenía guardada en el bolsillo del pecho.) ¿Estaría Anne con ella? El Conde deseaba ardientemente que no. Él le había escrito, brevemente, escuetamente, para decirle que esperaba poder verla un momento esa noche, y que llamaría a las seis para preguntar si podía hacerle una visita. Empujado por aquella terrible esperanza, había pedido dos días de permiso en la oficina. De pronto, se levantó de un salto, presa de un repentino ataque de ansiedad. Tenía que encontrar una cabina telefónica, una cabina libre y en funcionamiento. No podía esperar hasta las seis. Tenía que verla, tenía que hallarse en su presencia. Ni se planteaba en qué emplearía la tarde si ella no lo recibía. Tendría que ir a Ebury Street, aunque solo fuera para caminar de un lado a otro por la calle y mirar hacia la ventana. El periodo de gracia de su ausencia bajo protección había terminado. Pensó: «Esperaré un año y entonces le pediré que se case conmigo». Terribles semillas de insensata felicidad se removían en su interior. Encontró una cabina telefónica.

—Era el Conde —le dijo Gertrude a Anne—. Quiere pasarse por aquí a tomar una copa. Le he dicho que sí. No te importa, ¿verdad?

—No, claro que no. Me encantaría verlo.

—Me ha llegado una carta muy bonita de Rosalind Openshaw, ya sabes, la hija de Stanley.

—Querida, me alegro tanto de que quieras compañía... Tienes que estar cansada de verme solo a mí.

—No quiero compañía. No necesito a nadie más que a ti. Y no estoy... Ay, no seas tonta. No puedo discutir contigo: estoy demasiado cansada.

—Manfred ha conducido demasiado rápido.

—Como siempre. Ya lo dijiste la otra vez, y aun así tampoco has querido a conducir.

—No estoy acostumbrada a un coche de ese tamaño.

—Ay, Anne, es tan extraño estar aquí de nuevo. No te vas a ir, ¿verdad? Nunca. Te vas a quedar aquí para siempre, para siempre, ¿verdad?

—Nunca me iré lejos. ¿Cómo podría? ¿Me cocino yo mi propia cena, solo para demostrarte que todavía me acuerdo?

—Estoy segura de que se te ha olvidado. No puedo entender por qué me molesté en enseñarte. No querías aprender. Déjate de cocinar. Vamos a salir a cenar.

—¿Con el Conde?

—No, solo nosotras dos. Acabamos de meter las maletas por la puerta y ya estoy deseando salir de este piso otra vez.

Gertrude miró a su alrededor. Al meter las llaves en la puerta se había sentido indispuesta, a punto de vomitar, a punto de desmayarse. Ahora estaba empezando de verdad su vida sin Guy. Lo demás había sido un interludio. Con serena prudencia y centrándose en mirar por sí misma, había cambiado buena parte del piso antes de salir para Cumbria. No quería volver exactamente al mismo escenario que había fabricado con Guy y en el que había vivido junto a él. No quería que esa terrible *ausencia* se le volviera a manifestar. Pero lo que ahora le chocaba era lo idéntico que seguía todo, y la ausencia también estaba allí: aquella silueta especial de un Guy muerto, que era parte del piso y ahora volvía a aparecer, reclamando el tributo de un luto renovado. Habían cambiado los muebles del salón. Las bebidas seguían sobre la mesa de marquetería, pero ahora esta estaba situada cerca de la puerta, en vez de entre las ventanas. El jarrón de flores, de narcisos frescos (Janet Openshaw debía de haber pasado por allí), estaba colocado sobre un taburete de bambú junto a la chimenea. Una alfombra española de la habitación de Anne había reemplazado a la alfombra dorada con decoración geométrica, que a su vez había reemplazado a la larga alfombra de animales, que ahora se encontraba en el pasillo. Pero la orquesta de monos de porcelana se había mantenido sobre la repisa de la chimenea, porque a Gertrude no se le había ocurrido en qué otro sitio ponerla. En cuanto a los cuadros, había sido Guy quien había decidido su disposición. Gertrude no tenía intención de tocarlos. Eran tan pesados y cada uno estaba fijado con tanta firmeza en su sitio... Observó aquellas caras ancestrales (los antepasados de Guy, no los suyos). Qué ajenos y lejanos le parecían, como si también ellos acabaran de morir ahora mismo.

Para contener las malditas lágrimas, pensó: «El Conde está de camino. Y me alegraré de verlo». Gertrude no había olvidado las palabras de Guy sobre Peter, pero no había reflexionado sobre ellas, al menos durante la primera etapa del duelo. Eran palabras soterradas, escondidas en su mente. No tenía intención de casarse. No debía llorar. El Conde estaba de camino, y se alegraría de verlo. Sonó el timbre.

—Hola, Conde, cuánto me alegro de verte. Pasa, pasa.

Gertrude lo llevó desde el recibidor hasta el salón. El frío sol del atardecer de abril despedía una tenue luz clara que doraba ligeramente las serenas e inteligentes caras de los ancestros judíos. La

habitación olía a narcisos y a inquietud primaveral. Gertrude, en honor a su visitante, se había cambiado de vestido y se había peinado y alisado hacia atrás su espesa mata de pelo castaño y rizado. Entonces se volvió y los dos se encontraron cara a cara, ambos en un estado de extrema agitación: Gertrude, así de repente; y el Conde, como culminación de una larga y agonizante expectación. El Conde sentía que estaba cara a cara con la nueva y posible Gertrude por primera vez; y era como encontrarse con una mujer extraña y, aun así, muy querida, muy familiar. Pensó que habría resultado natural darle un abrazo. Sus claros ojos azul serpiente miraban desde arriba a Gertrude, y su cara pálida estaba desfigurada, convertida en una máscara de penosa intensidad. Tenía los labios húmedos y un aspecto casi agresivo de tanto dolor. Temblaba de forma evidente. Gertrude experimentó, al mismo tiempo que la rápida sacudida de emoción del Conde, la suya propia. Repentinamente sola, se hallaba frente a un hombre que la deseaba, que la quería y a quien de alguna manera tendría que responder. Se le aceleró el corazón y se llevó una mano a la garganta.

Anne entró con una bandeja con vasos.

—Has cambiado la habitación —dijo el Conde. Eso ya lo sabía, puesto que había ayudado a Gertrude a desplazar los muebles, pero algo tenía que decir.

Anne, al presenciar los últimos segundos del encuentro, pensó para sí misma: «¡El Conde enamorado! ¡Qué extraño, qué *poco apropiado!*». Lo había considerado, ahora se daba cuenta de ello, una persona de alguna manera aislada, apartada del mundo, igual que ella misma. «Y Gertrude está emocionada, sí, emocionada. Se está ruborizando.» De repente, Anne se sintió triste.

El Conde saludó a Anne y los tres se pusieron a hablar.

Tim Reed estaba dando vueltas por su estudio, encima del garaje de la bocacalle de Chiswick High Road. Abajo, como siempre durante el día, sonaban voces, motores. Los olores de la gasolina y del aceite subían hasta los sensibles orificios nasales de Tim y se mezclaban con los del aguarrás y la pintura. Le gustaban todos esos olores. Se miró en el espejo que utilizaba para afeitarse, colocado sobre el lavabo, junto al hornillo eléctrico. Llevaba una bata azul manchada de pintura, el único uniforme que venía usando desde que soñara con decirse a sí mismo: «También yo soy pintor». Sus ojos seguían tan azules como siempre, pero tenía un poco menos de pelo, y su barbilla recién afeitada, que, con sus miríadas de puntos rojos brillantes, en otra época había relucido como un campo de cebada, ahora parecía oscura, incluso sucia. Se secó la cara con una toalla húmeda. Alguien del Prince of Denmark (aquel idiota de Piglet, el amigo de Jimmy Roland) le había dicho: «Deberías preocuparte más por Daisy». Tim había reflexionado sobre esa críptica observación. Bueno, quizá no era tan críptica. Había tantos motivos para preocuparse por Daisy. Pero ¿se estaba preocupando Tim lo *suficiente*? A veces intentaba preocuparse más, pero por su carácter le resultaba difícil. De todos modos, ¿adónde los iba a llevar tal preocupación? Daisy no se preocupaba. Se quejaba incesantemente, pero no se preocupaba. Eso era parte de su maravillosa y generosa fuerza, esa fuerza en la que Tim se apoyaba (y él lo sabía). Él se apoyaba en la fuerza de ella, no ella en la de él. Daisy tenía una especie de profunda energía eléctrica de la que Tim carecía por completo. Él vivía de la

energía de ella. Si la gente pensaba que no se responsabilizaba de ella, se debía a que no se daban cuenta de que ella era la fuerte. Tim a menudo dejaba que Daisy decidiera las cosas, incluso aunque la decisión pareciera descabellada, porque se fiaba de sus instintos y porque, si él decidía algo y salía mal, ella no paraba de echarle la culpa, aunque se hubiera mostrado de acuerdo con la idea original.

En ese preciso instante, no sabían por dónde tirar: Daisy se estaba retrasando en el pago del alquiler. Sin embargo, Tim no podía contemplar la posibilidad de llevársela al garaje con él. Habrían tenido una larga discusión, la típica discusión unilateral en la que Tim no decía nada, en la que simplemente que se quedaba amargado y triste. Una vez, Daisy, en un ataque de rabia, le había metido una rosa que él le había regalado, con su largo tallo espinoso y todo, por dentro de la camisa, por la espalda, y ese dolor penetrante y punzante a lo largo del espino regresaba durante aquellos monólogos injuriosos. Además, Daisy no *podía* alojarse allí: Brian, el hombre del garaje, apenas tenía una vaga idea de que Tim vivía en el salón y de que no lo usaba solo como estudio. Daisy iba allí a almorzar con bastante frecuencia (de hecho, estaba previsto que fuera ese mismo día), y en una ocasión, cuando realquiló su habitación, había pasado con él unos días. Pero si se quedaba a vivir allí y se ponía a tender su ropa interior por fuera de la ventana o algo así (era incapaz de pasar desapercibida), Brian podría hartarse y advertirlo de que el salón no estaba acondicionado como vivienda. Entonces se inmiscuirían «las autoridades municipales» (Tim odiaba a las autoridades); lo interrogarían, lo multarían, lo echarían y su nombre aparecería en los periódicos. Todo aquello que lo horrorizaba le caería encima. Perdería su último refugio. «*Lanthano* —pensaba—, ¡*lanthano!*» Así que era imposible tener a Daisy allí; de hecho, ninguno de los dos lo había sugerido de momento, aunque ambos lo habían pensado.

Sin embargo, algo había que hacer. Tim se sonrió al caer en la cuenta de todas las veces en que habían llegado a esa situación. Y, bueno, siempre *habían* hecho algo, y sin duda lo harían ahora también. No había dado clases el trimestre anterior y probablemente no las daría el siguiente, aunque cabía la posibilidad de que trabajara dos días a la semana a partir de septiembre. Eso era, desde luego, una luz en el horizonte. Daisy se negaba a buscar trabajo: estaba escribiendo su novela. Tim había estado a punto de recibir el encargo de ilustrar un libro de cocina en forma de cómic, pero al final resultó que la empresa decidió no publicarlo. Tuvo, durante muy poco tiempo, un trabajo temporal cuidando la pequeña galería de arte de alguien: se pasaba el rato sentado en una mesa, mientras algún visitante ocasional se dejaba caer por allí para deambular lúgubrementemente por la exposición. Pero la galería, que casi estaba en bancarrota, no podía pagarle mucho e incluso tenía que comprarse él mismo los billetes hasta Hampstead.

Lo de los gatos iba bastante bien. Era cuestión de idear imágenes llamativas y atractivas. Había hecho varias de un gato que podría ser Perkins ante la repisa de una ventana; estaba sentado junto a un jarrón de flores (a Tim le gustaba pintar flores) y un paisaje se extendía detrás de él. Las flores eran Odilon Redon; el paisaje, Rowland Hilder; el gato (o eso esperaba Tim), Tim Reede. El resultado (tenía que reconocerlo) era insulso (no es que eso importara desde el punto de vista comercial). Ahora estaba desarrollando una versión más interesante de Perkins en su cuarto de baño,

con una pata levantada en vertical y mirando con insolencia al espectador. El problema era el fondo: de alguna manera, el cuerpo de los gatos se resistía a habitar el espacio (tampoco es que eso importara desde un punto de vista comercial). Pero también estaba la cuestión de si de verdad *había* un punto de vista comercial. Tim ahora se dedicaba a pintar en madera recogida de los vertederos de basura. (Los gatos no quedaban bien en acuarela.) Utilizaba pintura acrílica, que era cara. Además, a sus potenciales clientes les gustaban los marcos dorados y repujados que hacían que los mininos parecieran «cuadros de verdad», pero Tim no sabía hacer marcos de ese tipo y ahora era más bien difícil encontrar marcos buenos en las tiendas de segunda mano. Si compraba marcos apropiados y nuevos, el producto final dejaba de ser rentable. Si utilizaba marcos lisos y baratos, los gatos terminaban teniendo menos apariencia de regalos bonitos y más de pinturas malas. Entonces, ¿cómo darle salida al género? Se había peleado con dos tiendas de regalos porque querían unas comisiones que a él casi no le dejaban beneficios. En cuanto a las galerías, ni de broma. Y no podía promocionarse por su cuenta exponiendo en el estudio. Jimmy Roland, que a veces lo ayudaba, estaba (según Piglet) en París. Tim a veces trataba de vender su mercancía en los pubs (aunque no en el Prince, le habría dado vergüenza). Probó en los pubs de Chiswick, desde el Tabard hasta el Barley Mow, y también en los pubs irlandeses de Kilburn, donde adoptaba un acento irlandés que tenía guardado en algún lugar de su inconsciente. Con ese método, a veces vendía algún cuadro rebajándole el precio hasta casi regalarlo, pero lo más habitual era que el encargado le dijera que se largara. Tim se quedaba completamente abatido con aquel trato tan grosero y agresivo. No tenía madera de vendedor. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Ebury Street se había acabado. Gertrude se había marchado al norte con su amiga Anne Cavidge. Al menos eso le había dicho ella en una breve nota con la que había respondido, tras cierto espacio de tiempo, a su laboriosa carta de condolencias; y, aunque era posible que ya estuviera de vuelta en Londres, Tim tenía la impresión de que sus vínculos con Ebury Street estaban rotos. ¿De verdad había considerado alguna vez a aquella gente como su «familia»? No era capaz de concebir ningún método para restablecer el contacto que en otro tiempo pareciera tan natural, ningún pretexto con el que pudiera volver a entrar en aquella casa. Todo había dependido de Guy. A Tim ni lo necesitaban ni lo querían allí, y de ahora en adelante nadie se acordaría de él. Él no era tan *real* como ellos. ¿Le escribiría Gertrude para preguntarle qué tal le iba? Inconcebible. Una vez, en febrero, con cierto atrevimiento, él había llamado al Conde a la oficina «para saludarlo». El Conde le *había preguntado* que cómo le iba y Tim le había dicho que bien. Entonces había confiado en que el Conde, que le caía bien, lo invitaría a su casa, pero no fue así. Probablemente el Conde nunca invitara a nadie, y Tim no había tenido arrojo suficiente para sugerirle que se citaran en un pub. Stanley Openshaw y su señora eran por supuesto demasiado importantes y, de todas formas, Janet no veía a Tim con buenos ojos. (Ahora deseaba haber aprovechado la oportunidad de hacerse amigo de William Openshaw.) Pensó en llamar a Gerald Pavitt, pero su número no figuraba en la guía, y Tim había descubierto por casualidad, a través de un periódico, que Gerald era un físico mundialmente conocido. Esa circunstancia lo había dejado pasmado. Había conectado un poco con

Gerald a propósito de los telescopios, pero jamás se le había pasado por la cabeza que aquel tipo amable y más bien melencólico con el que se había tomado una o dos copas en Wheatsheaf fuera un hombre importante que hasta se tomaba en consideración para el premio Nobel. (De vez en cuando, se encontraban por casualidad en el Soho, ya que Gerald, un gran aficionado a la comida, frecuentaba un restaurante *gourmet* no muy lejos del Prince of Denmark.) Ahora Tim pensaba que no podía esperar que Gerald volviera a reparar en él. Balintoy seguía fuera y, de todas maneras, Tim tenía una sensación rara respecto a él. Y tampoco habían invitado a Tim a la boda de Moira Greenberg. Lo cierto es que se había quedado completamente fuera de escena. Y eso lo entristecía.

Era abril. Abajo, en el garaje, zumbaban los motores, impacientes por salir a las carreteras de campo. El sol calentaba un poco y Tim ya no se tenía que poner mitones de lana para pintar. Las claraboyas azules dejaban ver con todo detalle el patrón gris y vetado de las tablas desnudas, el colchón donde dormía Tim y donde cada mañana se despertaba y pensaba: «Soy libre». (Eso quería decir que ya no vivía en Cardiff, un consuelo que a Tim lo acompañaría el resto de su vida.) La mesa de la cocina estaba preparada para un almuerzo para dos. En los ángulos formados por los dos techos inclinados y el suelo, almacenaba madera y material de pintura, todo dispuesto con cuidado. Tim era un hombre pulcro. Las dos paredes verticales de los extremos estaban pintadas de blanco. Una puerta, que Tim había pintado de verde y azul, conducía a unos escalones exteriores, al aseo de abajo y al acceso al garaje. Había una radio, pero no televisor, pues era algo que Tim no podía permitirse y que, de todas formas, despreciaba por considerarlo un crimen contra el mundo visual. Junto a la puerta había un aparador de madera con platos muy bien ordenados y un baúl viejo para guardar la ropa. En la pared opuesta a la puerta, Tim había colgado un gran tablón de madera contrachapada en el que clavaba sus dibujos favoritos. Eran algunos de sus dibujos de verdad: sus figuras de la crucifixión, sus viejos dándoles de comer a las palomas, sus hombres jóvenes bebiendo cerveza, sus chicas pintarrajeadas que no hacían otra cosa que esperar. También esos dibujos estaban esperando.

Tim ya llevaba mucho tiempo viviendo consigo mismo como pintor. Había tenido ambiciones y había dejado de tenerlas, había estado frustrado y había dejado de estarlo. Sabía que era, y que siempre sería, exclusivamente pintor. ¿Y qué más? Era el amante de Daisy, su cuidador, su amigo. Eso ya bastaba para toda una vida. Y él lo seguía intentando, aunque nunca lo intentaba con mucha firmeza. Todo artista que no es un principiante se enfrenta al problema de prolongar la línea que va desde «recién empezado» a «demasiado tarde» y convertirla en un espacio de trabajo. La labor más difícil se sitúa en la mitad, cuando los preliminares están terminados y el final todavía no encorseta la forma. Ese es el espacio que tiende al colapso, el que la fuerza del artista debe, diligente, mantener abierto. Tim era vagamente consciente de eso, pero solía ceder a la pereza y carecía de confianza en sí mismo. Era casi, pero no del todo, consciente de que escogía seguir siendo mediocre a diario. Sus esfuerzos tendían a ser «bocetos» o «desechos». Sin embargo, continuaba dibujando y de su entrega a esa actividad solía recibir algo auténticamente bueno, a menudo extraviado. Tim no sabía de nada, no leía nada, pero seguía mirando. Poseía por naturaleza un don anhelado por los sabios: ¡simplemente era capaz de *percibir*! No se daba cuenta de que eso constituía algo excepcional:



pensaba que todo el mundo era capaz de ello. Ese don, por supuesto, no garantiza que su poseedor sepa pintar bien, ni siquiera que sepa pintar lo más mínimo. En el caso de Tim, era casi un estorbo. Obtenía tanto placer del mundo exterior que a veces pensaba: «¿Para qué molestarme en pintar? Todo está ahí, *ahí*, delante de mí. A menos que uno sea excelente, ¿para qué molestarse, por qué no simplemente vivir feliz con la Naturaleza mientras uno tenga ojos? Incluso Cézanne decía que le resultaba imposible reproducir los maravillosos colores que veía».

Tim no sabía de nada. Uno de sus profesores de la Slade (el que le había dicho que sería un gran falsificador) le insistió en que aprendiera algo de matemáticas, pero Tim era perezoso y *sabía* sencillamente que le resultaría demasiado trabajoso. Sin embargo, igual que en el caso de la golondrina que regresa volando desde África al granero de Inglaterra donde nació, en la mente de Tim operaban enigmáticos saberes. Sacaba ideas sobre «formas» de sus profesores o compañeros. Sin embargo, parecía que nunca aprendía nada que no hubiera sabido desde siempre. De las plantas, tenía una vaga «noción» de cómo se conectaban sus partes. Entendía instintivamente cómo tenían que ir desarrollándose las plumas hasta convertirse en un ala. Su cuerpo le hablaba sobre la gravedad, sobre el peso, sobre qué era caer o fluir. Se había saltado lo que podría haber sido una valiosa clase de anatomía, pero, cuando miraba a Perkins o dibujaba a Daisy echada sobre la cama medio desnuda, sabía qué pasaba bajo la piel. Sabía de luz sin tener que consultar libros especializados. Cuando tenía cinco años, pintó un círculo de color. Quizá, si lo hubieran convencido de que estudiara geometría, habría aprendido muchas cosas que le habrían beneficiado y maravillado. Sin embargo, incluso desprovisto de toda instrucción, era como si en otra vida hubiera vislumbrado algunos de los dibujos de Dios en fase de elaboración y en esta vida casi los hubiera olvidado, pero no del todo.

Cuando sus compañeros de la Slade empezaron a reírse de él hasta hacer que abandonara la clase de dibujo al natural, Tim se entregó a la pintura abstracta con un fanatismo obsesivo. Vivía en un mar de papel cuadriculado. Sus cuadrados se convirtieron en puntos, en pinchazos y por último en algo invisible. Parecía (como alguien señaló en su momento) un salvaje no muy talentoso intentando inventar las matemáticas. Era como si quisiera descodificar el mundo. Sus pinturas parecían detallados diagramas, pero ¿diagramas de qué? Si tan solo pudiera cubrirlo *todo* con una malla lo bastante fina... Si tan solo pudiera *acertar*. A veces, en sueños, pensaba que lo había conseguido. A nadie le gustaban esas pinturas «obsesivas», y terminaron convirtiéndose en una especie de tormento estéril para Tim. Entonces, un día (nunca pudo explicar de qué manera ocurrió), fue como si la malla comenzara a doblarse y a abombarse, y a través de ella, muy suavemente, empezaron a surgir otras formas. Cuando volvió a los seres vivos, fue como volver a algo que se hubiera estado alimentando incesantemente en cautiverio. Ahora todo estaba hinchado, entrelazado, todo era tropical. La pura existencia viva que no había estado presente en ninguna parte se encontraba ahora por doquier. Todo se curvaba y se ondulaba, se hinchaba y oscilaba. Dibujaba peces humanos, frutas humanas, mares profundos llenos de embriones inteligentes y gelatina temblona. Tampoco esas pinturas le gustaron mucho a nadie: las tachaban de poco originales, cosa que era cierta. Por supuesto, aquello también fue solo una fase.

Alguien (la hermana de Jimmy Roland, Nancy) le dijo una vez a Tim: «Vosotros los pintores debéis de sentirlos como si estuvierais creando el mundo». Tim nunca se sentía así. En los mejores momentos de su trabajo, experimentaba una sensación de total relajación. Por supuesto que no estaba creando el mundo, lo estaba descubriendo; ni siquiera eso, simplemente lo estaba viendo y dejando que siguiera manifestándose por sí solo. En esos buenos momentos, ni siquiera tenía la certeza de si lo que estaba haciendo era «reproducirlo». Él simplemente estaba allí, activo como parte del mundo, una parte *transparente*. Daisy, que odiaba la música, había dicho una vez para denigrar ese arte: «La música es como el ajedrez: todo está ahí de antemano, lo único que haces es encontrarlo». «Sí», había dicho Tim. Eso era exactamente lo que él sentía respecto a la pintura.

Sin embargo, ahora ya los días de la «malla» y del redescubrimiento del mundo pertenecían a un pasado lejano, si bien todavía ocasionalmente hacía dibujos a tinta de monstruos gordos emborronados con acuarela, o se retrataba a sí mismo y a Daisy como bulbos o como semillas que brotaban o como peces. Los «buenos momentos» que Tim ahora tenía se daban mientras dibujaba sus personajes de la crucifixión. ¿Por qué, para que le interesaran, tenía que pensar en ellos como espectadores indiferentes de algo espantoso? Él nunca vería o pintaría una crucifixión. La inmensidad del drama y de la pasión del mundo ya se le había quedado atrás; y se le ocurrió que la ordalía con la que tenía que ganarse a su Papagena no resultaría ser más que eso, que no había ordalía alguna: uno sencillamente seguía adelante como un soldado, volviéndose cada vez más viejo, más calvo y menos talentoso. Su servicio militar consistía en envejecer en la tropa sin gloria alguna. Mientras tanto, ahí estaban sus grandes consuelos: la pintura, Daisy y la bebida, y visitar la National Gallery. Las grandes pinturas eran el cielo de Tim, donde el dolor se volvía hermoso, tranquilo y sabio. El Cristo muerto yace pálido como el pergamino entre las mujeres sagradas, cuyas lágrimas de cristal brillan como joyas sobre el lienzo.

Pero a veces por la noche soñaba con el infierno: estaba en la National Gallery y todos los cuadros habían desaparecido, o bien todos estaban en penumbra, de modo que apenas se podían distinguir las formas. O más aún (y este era el peor de todos), de repente veía que eran triviales, carentes de valor, o inanes.

\* \* \*

—Otra vez las malditas judías de lata —dijo Daisy.

Tim y Daisy estaban sentados a la mesa almorzando. El almuerzo consistía en tostadas con judías, coles hervidas, pan negro, sirope dorado (uno de los preferidos de Daisy) y una botella de vino blanco.

—Dijiste que estabas cansada de espaguetis y patatas y...

—Las papas y los espaguetones por lo menos te llenan. No importa; esto tiene muy buena pinta. Lléname el vaso, queridito mío.

—¿Has pasado una buena mañana? —preguntó Tim. Siempre que Daisy se llegaba por allí, a Tim

le daba la sensación de que era un día de fiesta. Le llenó el vaso y después le sirvió las judías sobre la tostada directamente desde la cacerola.

—No, ha sido una mierda. ¿Cómo van los mininos?

—Bien. He hecho cuatro.

—No está mal. No entiendo cómo te las arreglas para hacer que parezcan todos iguales. La verdad es que me gusta más la pose de los palos en primer plano. —Daisy se refería a la manera de sentarse de Perkins, erguido y con las dos patas traseras proyectándose rígidas hacia delante por el suelo.

Ese día Daisy había optado por volver a ponerse sensual. Lucía una larga túnica india de algodón, de un intenso azul verdoso y con un estampado de estilizados árboles marrones. Se había maquillado los ojos con una espesa capa de sombra azul a juego con la túnica: lo que, una vez más, le daba ese aire etrusco. Su pelo corto y negro brillaba como si estuviera mojado. Su afilada cara, demacrada y bonita, irradiaba energía y descontento a partes iguales.

—¿Por qué no haces unos perros? Hiciste unos bocetos muy buenos de Barkiss y de aquel perro faldero del parque. ¿Los has perdido?

—Yo nunca pierdo nada.

—Eres tan ordenado como una criada vieja. ¿Por qué no los pules? También hay amantes de los perros, ¿sabes?

—Podría ser.

—Me gustaría saber dónde estará ahora el viejo Barkiss. El Prince no es lo mismo sin él. Me apuesto a que aquel repugnante actor americano se lo llevó en su coche. No le tengo cariño a ninguna criatura excepto a Barkiss, y puede que a ti. ¿Dónde estará ahora ese animal tan noble?

—Pero no sirve de mucho que haga un montón de cuadros si no puedo venderlos.

—Anda, deja de quejarte. Piensa en algo. ¿Cómo vamos a comer? ¿Dónde vamos a dormir?

—Eduardo el Confesor dormía debajo de su armario y, cuando se aburrió, empezó a dormir en el vestíbulo.

—Sí, sí, sí. Y no me mires así. Ya sé que soy una guarra comiendo. Tú comes como un gato. Enterrarías tu mierda si pudieras.

—No seas tan irritable y tan susceptible.

—No soy ni irritable ni susceptible. ¿Quieres que rompa algo? Vale, soy irritable y susceptible. Bueno, Dios proveerá. Y no seas tan jodidamente tacaño con el vino, jovencito.

—Ya te he dicho que lo del libro de cocina al final no salió.

—Sí, dos veces. Se te dan bien los dibujos cómicos...

—Y a ti también.

—No empieces con eso, muchacho. Se te dan bien los dibujos cómicos: podrías ilustrar un libro de idiomas, ya sabes, inglés para extranjeros o algo así. ¿Por qué no recorres las editoriales y les enseñas algunas cosas? Vale, tienes demasiado miedo: alguien podría ponerse desagradable contigo. Creo que eres la persona más cobarde que he conocido. Puede que yo sea una ordinaria, pero al menos no soy una cobarde.

—Bueno, somos pobres, pero somos honrados.

—¿Honrado? ¿Tú? Si eres el mayor mentiroso que hay al norte del Soho. Te lo puedo decir más alto, pero no más claro. Creo que lo que pasa es que a ti te gusta mentir. No mientes por interés, sino porque sí. ¡Dios, y pensar que, cuando vi por primera vez esos bonitos ojos azules, me creía todo lo que decías!

—Vale, vale. Pues entonces piensa algo.

—Tengo una idea. De hecho, la tuve ayer, pero se me olvidó decírtelo. ¿Por qué no pintas los animales de la National Gallery, solo los animales, y les pones un marco brillante, como a los mininos? Eres muy bueno copiando. Esos animales podrían resultar tremendamente encantadores.

—¿Quieres decir, por ejemplo, el perrito del Van Eyck y el perro grandote y bonachón de *La muerte de Procris* y...?

—Sí, ese sitio está repleto de animales.

—Lo intentaré... ¿Ha vuelto a perseguirte tu casero por lo del alquiler?

—Sí, pero vamos a dejar eso ahora. ¡Oh, Dios, abril me altera tanto! Me encantaría que pudiéramos irnos de Londres, a cualquier parte, a Market Harborough, a Sutton Coldfield o a Stoke-on-Trent, a cualquier sitio.

—Sí. A mí también. Señor, nos estamos quedando sin sirope dorado.

—Pero no me lo des todo a mí, Ojitos Azules, querido Ojitos Azules. Eres casi tan bueno como Barkiss.

—Voy a ir mañana a la National Gallery y les echaré una ojeada a esos animales.

—No, por Dios. Quédate aquí y pinta gatos: esa es nuestra única esperanza para pagar mi alquiler y para comprar más sirope dorado. ¡Joder!, ¿no puedes volver a esa tienda de regalos de Notting Hill? Se quedarían con los cuadros. Ya sé que dices que el beneficio es miserable, pero los mendigos no pueden elegir.

—Vale, vale.

—Y, si vas a la National Gallery, vas a distraerte y a perder el tiempo. Ojalá no te lo hubiera sugerido.

—Es allí donde me inspiro.

—Eso de que unos pintores inspiran a otros pintores es una completa falacia. O pintas o no, o eres bueno o no lo eres... Es como ser capaz de mover las orejas, o de mover el cuero cabelludo, cosa que, de toda la gente a la que conozco, solo yo puedo hacer. La pintura es simplemente objetiva. No tiene nada que ver con esas encantadoras emociones que tú sientes. Sé cómo te pones cada vez que vas a la National Gallery: empiezas a dar vueltas por un mundo de fantasía donde todo es fácil y bonito.

—Hermoso, no bonito. Y tampoco fácil.

—¡Fácil y bonito! Volver las cosas bonitas, eso es con lo que dan la tabarra tus amigos Tiziano, el Veronés, Botticelli, Perugino, Piero, Uccello y toda esa famosa banda de siempre. Cogen aquello que en el mundo es terrible, espantoso, vil, lúgubre, desagradable, infame, malvado, repugnante,

horrible, rastrero y lo convierten en algo agradable, bonito y pseudonoble. ¡Es una mentira tan grande! La pintura es una mentira, o por lo menos la mayor parte de ella. No me extraña que Shakespeare nunca mencione ni a un solo pintor.

—Sí que menciona a uno. A Giulio Romano. Me lo dijo Guy.

—¡Seguro que Guy admiraba a Giulio Romano!

—No es que lo admirara: simplemente dijo...

—En un libro se pueden decir verdades. Pero casi toda la pintura sirve solo para endulzar, es agradable, es como un pastel. Mira a Matisse, mira a...

—A ti no te gusta ningún pintor, a menos que sea un sádico como Goya.

Aquella era una discusión recurrente. Casi cualquier cosa podía desencadenarla. Una vez iniciada, no podían dejar de seguir tropezando con la misma piedra hasta llegar a la misma explosión final.

—¡Sádico! Querrás decir veraz. Son tus amigos cristianos los verdaderos sádicos, con sus crucifixiones y flagelaciones y decapitaciones y tipos friéndose en parrillas. Y san Sebastián exhibiendo su figura y sonriéndoles a los espectadores. Bueno, ya sabemos de qué va *eso*. Ni una señal de verdadero dolor en toda la *galère*.

—Pues, si no hay dolor, entonces no hay sadismo.

—Es el arte del País de Nunca Jamás. Al menos Goya *se preocupa*. ¡Dios!, ¿ya nos lo hemos comido todo? Por Dios bendito, ponme un poco más de vino. Tu pintura era siempre coqueta o, mejor dicho, la pintura que escogías para copiar era un lote de lo más blandengue y sensiblero, porque jamás tuviste ninguna idea propia. Menos mal que nunca pensaste que tuviera nada de valor. Hiciste bien en dejarlo.

—¡No lo he dejado!

—Creía que sabías dibujar. ¡Y pensar que quería que me dibujaras de broma como a la madona!

—Tú sí que lo has dejado. Podrías al menos intentarlo, aunque solo fuera para que ganáramos un poco de pasta.

—¡A la mierda la puta pintura! Soy escritora. Solo en los libros se pueden decir cosas que de verdad importen.

—Vale, puede que hicieras bien en dejarlo: nunca ha habido ninguna buena pintora y nunca la habrá. Sin deseo sexual no hay imaginación. Ni una mujer matemática, ni una mujer compositora, ni una...

—Oye, déjate de gilipolleces. Sabes que lo dices solo para fastidiarme. Desde que el jodido mundo es mundo, los jodidos hombres se han dedicado a estar sentados y a ser atendidos por las mujeres, e, incluso cuando las mujeres reciben algo de educación, no pueden concentrarse porque tienen que levantarse de un salto cada vez que llega el pequeño hombrecito...

—Ya...

—¿Y quién demonios eres tú, Tim Reede, para darte esos aires y ponerte una bata elegante? ¿Y a quién crees que vas a impresionar? No sabes hacer *nada*. Eres menos útil para el mundo que el jodido tipo que recoge los jodidos vasos en el jodido pub. Eres un parásito, un sablista que vive de los

frigoríficos ajenos, un pelota, un gorrón tacaño. Tienes alma de sirviente; un alma jodida, inútil y fraudulenta en ese...

—Daisy, cariño...

—Ah, mierda, no me llames cariño y no empieces a recordarme que eres tú el que me paga el alquiler.

—No iba a...

—De acuerdo, márchate, vete a tomar por culo si tan harto estás. No te estoy pidiendo que te quedes, ve a buscarte una insignificante y agradable mecanógrafa; al menos ella podría ganar algún dinero del que tú pudieras vivir. Adiós a las tostadas con judías: tendrías una casita en Ealing, una preciosa hipotecuita y un puto par de malditos críos exactamente igual que todo el mundo, salvo que tú vivirías de tu mujer. ¡Ah, cómo me sacas de quicio! Estás tan jodidamente pagado de ti mismo...

—No estoy...

—Crees que no; pero sí. Te he visto cuando creías que nadie te estaba mirando, con tu alegre carita garbosa como un gallito, echándote miraditas al espejo, maqueándote y sonriéndote. Te crees que eres un hombrecito estupendo, *tremendamente* agradable, *bastante* listo, completamente inofensivo, adorable y simpático. ¡Ah, me cago en Dios! Seamos claros: estaríamos mejor separados. No hacemos más que atormentarnos el uno al otro, hundirnos el uno al otro con nuestra hipocresía y con nuestras mentiras. Todo es mentira. Tim, vamos a dejarlo. Somos *malos* el uno para el otro. Coincidimos solo en lo que más falsos somos. Quieres irte. ¿Por qué no lo dices? ¿Por qué lo enmascaras con esas rencorosas embestidas? Déjame en paz. Piensas que no podría arreglármelas por mi cuenta, ¿verdad? Podría arreglármelas mucho mejor, joder. Me recompondría y *haría* algo si no te tuviera a mi alrededor preocupándote por tonterías y fingiendo que me cuidas.

—Ah, Daisy, vale ya. Solo son cosas que nos decimos. No significan nada. Nosotros somos nosotros. Estamos juntos. No hay nada más. Querámonos. ¿Qué otra cosa podemos hacer? Toma un poco más de vino.

—«Toma un poco más de vino» parece ser la solución definitiva todas las veces. Vale, tú me pagas el alquiler. ¿Crees que a mí me hace gracia?

—Tengo ese trabajo para septiembre.

—¡Septiembre!

—Podemos ir tirando si bebemos menos y no compramos ropa.

—Quieres decir si bebo menos y no me compro ropa. Sí, este vestido es nuevo, al menos nuevo para mí. Lo he comprado en una tienda de segunda mano. Me ha costado...

—¡Bueno, no importa! Te digo que nos las *arreglaremos*.

—Supongo que no nos moriremos. A veces me gustaría morirme. Vivir contigo es espantoso. Quizá una vida distinta sería mejor. Pero es que no la puedo tener. Como has dicho, somos los mismos desgraciados de siempre y más vale que nos queramos. Mi novela nos dará algo de dinero. ¡Ya sé que piensas que no! Lo único que pasa es que por el momento no puedo escribir. Lo intento a diario, pero estoy bloqueada. Somos una pareja ridícula. Somos tal para cual. Joder, se ha acabado el

vino. ¿Qué vamos a hacer con nuestras vidas?

—Podrías mudarte aquí, supongo.

—Con este espacio nos mataríamos el uno al otro.

—Daisy, puede que lo tengamos que intentar.

—El piso es barato. Vale, nada es barato si estás sin blanca, pero es de renta regulada y nunca podría encontrar otro a ese precio.

—Puedes realquilarlo. Ya lo hiciste una vez.

—El inquilino solo tiene que decir «es mío», y es suyo.

—Bueno, podrías encontrar un...

—¡Ah, sí, un americano rico que esté pasando tres semanas en Londres y que quiera vivir en una habitación pequeña y hedionda en Shepherd's Bush y compartir el cuarto de baño con un montón de cabrones apestosos!

—Ya lo conseguiste una vez.

—Aquello fue un golpe de suerte y era temporada alta. Además, tú no me quieres aquí, y yo no quiero estar aquí. No podrías trabajar, y yo tampoco.

—Podrías ir a la biblioteca pública.

—¡Que le den por culo a la biblioteca pública! Sabes que eso no es posible.

—Bueno, y ¿qué vamos a *hacer*?

—Podrías probar con Ebury Street.

—Ya te lo he dicho: ya no hay ninguna Ebury Street. Me han echado. Guy era el único que se preocupaba por mí. Ahora me he esfumado de sus vidas. Se han olvidado de mí. ¡No recordarán ni mi nombre!

—Bueno, pues recuérdaselo. Pídele un préstamo al Conde: no falta tanto para septiembre.

—Daisy, *no puedo*.

—¡Ah, eres tan cobarde! ¿No eres capaz de hacer *algo* por nosotros dos? Están todos forrados...

—No lo están...

—Y nosotros no tenemos nada. Es lógica pura. Es justicia natural. ¡Dios, si tuviera una pistola, joder si no iría y se lo quitaría todo!

—No veo que eso sea justicia —dijo Tim—. Quiero decir, esperar que nos ayuden.

—Bueno, inténtalo, ¡intenta verlo como justicia!

Tim lo intentó y casi lo logró. Después de todo, él siempre había sido como un niño entre ellos.

—Estoy segura de que te estafaron con aquel dinero, con el dinero del fideicomiso.

—No me estafaron.

—Ah, estoy tan cansada de estas discusiones... ¿No puedes *hacer* nada? Ve a ver a Gertrude.

—No puedo.

—¿Por qué no? Le tienes miedo.

—Vale, sí, le tengo miedo.

—Me apuesto a que fue la delegada de clase en el colegio.

—De todas formas, es una mujer liberada: debería parecerte bien.

—¿Gertrude, liberada! *Laissez-moi rire!* No es más que un nuevo prototipo de esclava. ¿Sigue fuera?

—A estas alturas ya debería estar de vuelta. Pero nunca he tenido ningún trato con Gertrude. Guy era el único que me tenía algo de afecto. Pero ahora ha muerto y no puedo ir a molestar a Gertrude. De eso ni hablar. Allí estoy acabado, soy historia. Ya no tengo ninguna conexión con ellos.

—¿Quieres decir que te pondría de patitas en la calle?

—No, solo que no debo volver allí; no, a no ser que me inviten, y no me van a invitar.

—¿Así que nos moriremos de hambre por una gentileza social!

—Cariño, no exagere nuestras penas. ¡Sobreviviremos!

—Creo que no me entiendes. Te estoy pidiendo que hagas, por ti y por mí, algo que está *chupado*. ¿Qué tienes que perder? Vale, puede que te eche una mirada fría y que cambie de tema. ¿*Qué tienes que perder?*

—No quiero que me echen una mirada fría... Y, bueno, no puedo explicarlo... Tiene que ver con Guy.

—¿Con *Guy*? Pero si está *muerto*.

—Ah, Daisy... —Efectivamente, Tim no podía explicárselo; casi ni siquiera a sí mismo. Era algo que tenía que ver con su relación especial con Guy, con su respeto y su afecto por Guy, con su despedida privada de Guy. Esos asuntos no concernían a nadie, salvo a Guy y a Tim. No podía echar a perder todo aquello ahora yendo gorra en mano a mendigarle a la viuda.

—Le tienes miedo a esa tía gorda.

—No está gorda.

—Es rechoncha y rolliza.

—De todos modos...

—O sea que admites que le tienes miedo, ¿no?

—No... Ah, Daisy, vale ya. Vamos a la cama. Siempre nos quedará eso.

—¡Siempre nos quedará eso! ¡Oh, por *Dios!*

—¿Quieres decir que andas corto de dinero? —preguntó Gertrude.

—Bueno, sí... —dijo Tim. Ese era más o menos el resumen.

Al final, Daisy lo había convencido, cosa que él odiaba. Se había puesto una corbata y uno de sus trajes de los buenos tiempos, el que se ponía para las «tardes» de Ebury Street, que ahora pertenecían a un pasado lejano y desaparecido. Eran las seis y estaban de pie junto a la chimenea del salón, con un vaso de jerez en la mano. Tim dejó su vaso y se puso a jugar con un flautista de porcelana. Se había pasado por allí con la esperanza de que la fría Anne Cavidge no estuviera presente. Le había echado una mirada fulminante cuando se lo encontró, antes de Navidad, desvalijando el frigorífico de Gertrude y embutiendo cosas en una bolsa de plástico. Gracias a Dios, no había señales de ella por el momento.

Gertrude estaba en silencio y parecía sentirse algo violenta. Tim tenía el corazón en un puño.



Después de todo, iba a optar por la mirada fría y por ponerlo de patitas en la calle. Aunque Gertrude, por supuesto, lo haría con amabilidad...

Desde luego, a Gertrude ahora no se la podía llamar «gorda». Estaba más delgada y parecía más vieja. En cierto modo, aquello le sentaba bien. Llevaba un abrigo oscuro, una falda con una blusa blanca de cuello alto y un pañuelo de seda amarillo y marrón anudado al cuello. También lucía unas medias marrones estampadas y unos elegantes zapatos de cuero marrón reforzados por la puntera. Tenía los pies pequeños. Se había cortado la abundante melena ligeramente rizada, y se la había peinado más pegada a la cabeza. Su cara bronceada, de finos orificios nasales, mostraba, junto con una ligera ansiedad, su típica expresión de fastidio. Los ojos marrones les fruncían el ceño a los ojos azules; los ojos azules estaban acobardados y miraban para otro lado.

«Lo he echado todo a perder —pensó Tim—. He echado a perder el pasado, he pecado contra Guy, contra aquello que solo por un momento pareció ser mi familia y que, de alguna manera, gracias a esa creencia, *fue* mi familia. ¿Por qué no *he esperado*? Gertrude *podría* haberme escrito; podría haberme pedido que viniera. Ahora la he disgustado y la he molestado, y lo he estropeado todo. Me va a despreciar. Incluso aunque me dé cien libras, no habrá merecido la pena. Ni siquiera las quiero. ¿Por qué demonios me dejé convencer por Daisy? Soy un *arrastrado*, y Gertrude me estará viendo como tal.»

Tim había tratado de elaborar una carta para Gertrude. ¿Era mejor fingir que le estaba proponiendo una visita de cortesía o debía pulsar directamente la tecla de los negocios? Rompió la carta. No podía escribir nada. Al final, llamó sin más y le dijo que iba a pasar cerca de Victoria esa noche. ¿Podía hacerle una visita? Una vez allí, al ver las sonrisas que le dedicaba Gertrude, no pudo seguir fingiendo. De un tirón, torpemente, bruscamente, groseramente, le dejó claro que no iba buscando otra cosa que dinero. ¡Oh, Dios!

—Ya veo —dijo Gertrude. Se puso a toquetear un mono violinista de porcelana—. Pero..., bueno..., si no te importa..., me gustaría entender... Pensaba..., suponía... que trabajabas dando clases... y que vendías tus cuadros... Imagino...

—Debería haberme explicado —dijo Tim—. Es solo cuestión de pasar el verano. Tendré trabajo en otoño. Pero ahora mismo no tengo empleo.

—¿Lo has intentado? Imagino que podrías encontrar *algún* tipo de trabajo —dijo Gertrude.

Tim se quedó helado. Bueno, seguramente podría. Pero ¡qué enorme el mundo de experiencia que lo separaba de Gertrude! ¡Puede que, después de todo, Daisy tuviera razón respecto a ella!

—Quizá podría, sí —dijo Tim—, pero quiero seguir pintando. —Se dio cuenta enseguida de que, en esa habitación plagada de todas aquellas caras de judeocristianos puritanos tan trabajadores, eso era con mucho lo peor que podía decir. ¿Acaso estaba pidiéndole a Gertrude que lo mantuviera mientras se entregaba a una vida de improductiva autoindulgencia? Desde luego, sonaba a eso.

—Entonces puedes vender lo que pintas, ¿no? ¿O no puedes?

—No, no mucho —dijo Tim—. Quiero decir que hay un desfase, ya sabes...

—Pero tienes pinturas almacenadas, ¿verdad? O sea, algunas que podrías vender. Tengo entendido

que hay pintores que a veces no quieren vender sus obras. No quieren separarse de ellas. Eso lo puedo entender.

—Tengo algunas —dijo Tim—, pero no creo que se vendieran por mucho. No soy un pintor muy a la moda. —Era una manera de decirlo.

Gertrude se aferró a aquel detalle.

—Me alegro de que digas eso. Desde luego, no debes intentar ir a la moda solo para ganar dinero. ¿Qué estás pintando ahora?

Tim dudó si explicarle a Gertrude lo de los gatos. Pensó que era mejor que no. Tratando de ser al menos parcialmente sincero, dijo:

—Últimamente estoy dibujando..., dibujando gente, gente que veo en... parques y otros sitios..., y animales... y cosas...

—Dibujar es como practicar escalas para los músicos, ¿no?

—Ah, sí, muy parecido, exactamente como eso...

—Imagino que dibujas sin parar mientras esperas a que llegue la próxima gran obra que vayas a hacer, ¿no es así?

—Bueno..., sí...

—¿Y qué va a ser?

—No estoy... seguro...

—¿Y supongo que no quieres dejarlo y dedicarte a dar clases de arte, ¿verdad? Porque sí que *estabas* dando algunas clases, ¿cierto?

—Sí —dijo Tim pacientemente—. *Estuve* dando clases, pero ese trabajo me ha fallado. Todas las escuelas de arte andan cortas de dinero y el personal a tiempo parcial es el primero del que prescindien. Por el momento, no puedo conseguir otro trabajo dando clases. Lo he intentado una y otra vez. Todo el mundo anda detrás de esos trabajos. Estoy en paro hasta septiembre, a no ser que decida... Ehm...

—¿Aceptar algo poco digno?

—Sí. Y hasta eso es difícil de conseguir en estos tiempos. Simplemente es difícil encontrar trabajo. La cosa está fea.

—Me hago cargo, claro... —dijo Gertrude.

Tim pensó: «¡Ahora le estoy mostrando mis llagas y acusándola de ser una especie de María Antonieta! No me extraña que parezca molesta. ¡Lo he hecho *todo* mal!». Empezó a decir:

—Siento haber...

Gertrude dijo:

—Imagino que puedes solicitar algún tipo de prestación por desempleo, ¿no?

—La tengo, sí —dijo Tim con desesperación—. No es mucho, desde luego..., pero, como dices..., volveré a acercarme por allí a ver si consigo algo más... Por supuesto, *puedo* arreglármelas perfectamente... No es que quiera vivir de forma lujosa, ni mucho menos... Siento haberte molestado. La verdad es que no tiene importancia.

—¿Solo tienes que mantenerte tú? —preguntó Gertrude.

Esa pregunta no entrañaba para Tim ninguna dificultad.

—Oh, sí... Solo yo... No tengo a nadie más a quien mantener.

—Perdóname por preguntar. La verdad es que sé muy poco de ti.

—No hay problema...

—Y ese trabajo en septiembre ¿es de profesor a tiempo parcial? ¿Es seguro o solo posible?

Tim dudó. La verdad era que no lo tenía claro. Le había dicho a Daisy que era seguro para que los dos se animaran un poco. Pero, tal como estaban las cosas, nada era seguro.

—Nada es seguro —dijo—, pero espero... Quiero decir que creo...

—¿Tienes algunos ahorros? —preguntó Gertrude.

—No... Bueno, apenas... O sea... no.

—Parece una situación difícil.

—Bueno, no es tan difícil en realidad —dijo Tim—. Voy tirando bastante bien. La verdad es que no sé de qué me quejo...

—¿Dónde vives?

—Tengo una especie de pisito-estudio, en Chiswick. Es barato.

—Perdóname por hacerte todas estas preguntas —dijo Gertrude—. Es solo que, si voy a ayudarte, tengo que entender la situación, tengo que *contemplantarlo* todo.

Tim se sintió desfallecer ante la perspectiva de este preciso y despiadado interrogatorio. ¿Exigiría Gertrude visitar su estudio y ver sus pinturas? ¿Llevaría a cabo un examen de recursos en toda regla? ¡Ay, por qué, por qué, por qué había ido!

—Son las preguntas —dijo Gertrude— que te habría hecho Guy.

Lo verdadero de esa afirmación conmovió a Tim. Soltó el mono flautista de porcelana. Había estado mirando los elegantes zapatos marrones de Gertrude. Ahora levantó los ojos y se encontró con su atenta y preocupada mirada. Dijo:

—Guy fue muy bueno conmigo. Lo echo mucho de menos. Lo siento. —Dudó si ahora debía mencionar el hecho de que Guy le había prestado dinero, pero pensó que era mejor que no.

—Pensaba escribirte más adelante para preguntarte cómo estabas —dijo Gertrude. Soltó el violinista con un golpecito. Sonó como un reproche. Durante el interrogatorio, se había mostrado resuelta, profesional. Ahora parecía otra vez incómoda, posiblemente molesta.

—Siento no haber esperado hasta que me escribieras —dijo Tim. Eso, en aquel momento, sonó algo grosero.

—No entiendo cómo Guy no te compró ningún cuadro. —Por supuesto que Guy le había comprado uno, pero, como era evidente, nunca se lo había enseñado a Gertrude.

—Ah, no son muy buenos.

—¿Has hecho muestras, exposiciones?

—¡Santo cielo, no!

—Lo siento —dijo Gertrude—. Da la impresión de que me parecería un acto de caridad comprar

tus obras, y no quiero decir eso, por supuesto.

«Esta conversación se está volviendo espantosa —pensó Tim—, y probablemente la temible Anne Cavidge se presente en cualquier momento y me encuentre aquí, gorroneando otra vez. Será mejor que me vaya.» Dijo:

—Siento haberte incomodado. El mero hecho de sacar a la luz mis preocupaciones ya me ha sentado de maravilla. Solo hablar de ellas me ha ayudado mucho. Es más, ahora veo que puedo arreglármelas perfectamente. Es solo hasta septiembre. Lo único que quería era verte, la verdad; saludarte. Se me ocurrió que estaría bien... verte..., estar otra vez en esta habitación. He pensado tanto en Guy... y en lo terrible que... Ya sabes... Simplemente quería pasarme. Perdóname por comentarte mis problemillas. De todas maneras, ahora se han disipado todos. Gracias por la copa... Y ahora... ¡Madre mía, qué tarde es! Tengo que marcharme...

—Tim, por favor, *no te pongas así* —dijo Gertrude—. Mira, ven. Siéntate aquí. Deja que te ponga otra copa.

Tim se sentó obedientemente en una silla tapizada, justo al lado del borde de la alfombra española. Gertrude dijo:

—Solo estoy intentando *pensar*.

Tim se dijo: «Está tratando de imaginar qué haría Guy ahora». Tenía razón.

Gertrude le sirvió otra dosis de jerez en uno de los vasos de vidrio tallado que tanta sorna le habían suscitado a Daisy. Tim lo aceptó, agradecido. La primera dosis había sido insuficiente. Gertrude acercó otra silla y la colocó frente a él. Parecía una pequeña reunión de negocios. No era precisamente una imagen propia de un encuentro social.

—Podría prestarte algo de dinero —dijo Gertrude.

—¡Oh, no, no! —dijo Tim, turbado (ya se había tomado el jerez de un solo trago). Daisy le había recalcado: «Si es posible, no dejes que lo *llame* préstamo. Probablemente no vayamos a devolvérselo: no podemos. Pero, si lo *llama* préstamo, te preocuparás. No moverás un dedo para pagarlo, pero estarás preocupado». Tim reconoció lo acertado de ese pronóstico respecto a su reacción. Entonces pensó: «Bueno, que lo llame préstamo, con tal de que sea dinero...». Pero ya había exclamado:

—¡No!

Gertrude continuó:

—Aunque sería mucho mejor que te encontrara algún medio para que pudieras ser tú quien consiguiera el dinero. Cada uno tiene que ganarse su pan. Tú quieres... Tengo que ayudarte...

«No quiero —pensó Tim—. ¡Solo quiero el dinero!» Pero dijo, con cierta brusquedad:

—¡Ah, sí, sí!

—Si te fueras de Londres, ¿podrías realquilar tu piso?

—¿Mi...? Ah..., sí..., sí..., podría.

«No podría —pensó Tim—, pero qué más da. Gertrude se está desviando del tema. No voy a sacarle ningún dinero. Lo único que tengo que hacer es salir de la casa educadamente. Y no debo aceptar otra copa, porque, si no, me voy a quedar aquí sentado solo a la espera de más alcohol.»

—¿Te importaría irte a cualquier otro sitio? Quiero decir que podrías trabajar en otra parte, ¿no?

—Ah, sí..., en cualquier parte...

—Supongamos que te fueras a vivir a nuestra casa de Francia —dijo Gertrude.

—¿A... *dónde*?

—A mi casa de Francia —dijo Gertrude, corrigiéndose. Ambos estaban rígidos, mirándose el uno al otro, con los vasos de jerez en la mano, como en una especie de duelo.

—Pero... —dijo Tim— yo... ¿Qué?

—Se me ha ocurrido —dijo Gertrude— algo que podrías hacer por nosotros..., por mí... Una especie de trabajo... en el que también pudieras pintar... Y si además pudieras realquilar tu piso...

—Me temo que no te entiendo —dijo Tim.

—Verás: tenemos una casa en Francia. En realidad, es una casita rural, situada entre unas pequeñas colinas, no exactamente en la Provenza. Guy y yo la compramos hace una eternidad y la reformamos. Íbamos allí casi todos los años y a veces la alquilábamos...

Tim tenía una vaga noción de aquello de «la casa francesa»:

—Sí —dijo.

—Bueno, no voy a volver allí, creo. Probablemente la venderé. A propósito, ¿sabes hablar francés?

—Ah, *sí* —dijo Tim. Apenas hablaba francés, pero los pensamientos se le atropellaban en la mente.

—Nosotros... Ahora que está empezando la temporada alta, es mejor tener a alguien allí, una especie de guardés. Si voy a venderla, también sería conveniente comprobar que todo funciona, por ejemplo, la electricidad o el agua; y además hay algún problema en el tejado, creo recordar, o en alguna ventana. Si tan solo pudieras gestionar lo del albañil y... ¿Podrías hacerte cargo? Ahora bien, estarías completamente solo y quizá no serías capaz de soportarlo, no sé.

—*Me encantaría* —dijo Tim. Hizo acopio de toda su fuerza de voluntad, y miró fijamente a Gertrude a los ojos.

—Podrías quedarte un tiempo, todo lo que quisieras. Solo dedícate a vivir en la casa y comprueba qué funciona y qué no. Hay agua y luz eléctrica, aunque no teléfono, me temo. Es todo muy primitivo. Te explicaré cómo entrar en contacto con la gente del pueblo. Está un poco aislada, pero tenemos un par de bicicletas allí. Y también hay comida, latas y ese tipo de cosas, que naturalmente te puedes comer. Aunque la tienda del pueblo tiene casi de todo. No te sentirías solo, ¿verdad? Por supuesto, te pagaría por cuidarla, y también podrías pintar, ¿no?

—Sí..., sí..., sí...

—¿Pintas paisajes?

—Ah, sí... Pinto cualquier cosa.

—Pues, bueno, Tim, podrías hacer algo que Guy siempre quiso y que por una u otra razón nunca llevamos a cabo: quería que un artista pintara un cuadro de la casa y, ya lo verás, de las colinas, de todo el paisaje. Ahora resulta algo triste, pero me gustaría mucho que lo hicieras tú. Compraría cualquier pintura de la casa que logaras hacer.

—Gertrude, espera un minuto —dijo Tim. Hizo un esfuerzo por controlarse y se inclinó hacia

delante. Estuvo a punto de tocarle las rodillas, cubiertas con las medias marrones, pero se contuvo—. Escucha. *No soy muy buen pintor*; así que si se trata de *eso*...

—No, no... Es decir, estoy segura de que sí lo eres. El paisaje te inspirará... Pero quiero que estés allí...

Tim volvió a echarse hacia atrás.

—Bien. Lo haré lo mejor que pueda. Y estaré solo yo; no habrá nadie más allí, ¿no es así? Porque eso me *encantaría*.

—Sí, solo tú. Está en medio del campo, como comprenderás, pero puedes alternar con la gente del pueblo si te apetece. A todo el mundo le encantan los pintores. Puedes quedarte allí una buena temporada si quieres, hasta septiembre. Desde luego, en verano hace un calor horroroso. Si decidiera venderla, sería muy útil tener allí a alguien que hablara francés e inglés para enseñarla. La verdad es que, ahora que lo pienso, es una idea excelente.

—¡Gertrude, eres *un genio*! —dijo Tim.

Pensó: «¡Qué estupendas vacaciones para Daisy y para mí! Ella puede realquilar su piso. Dice que no, pero sí puede. ¡Y podremos pasar todo el verano en Francia! Ella habla el idioma. Gertrude me va a pagar. Y Daisy y yo viviremos a base de pan, vino y aceitunas como los florecientes lotófagos».

—¡Oh, Gertrude, gracias! —exclamó Tim—. ¡Gracias, gracias!

Sonó el timbre. Anne Cavidge pulsó el botón que abría la puerta de la calle, y después abrió la puerta del piso. Manfred y el Conde estaban subiendo por las escaleras.

—Nos hemos encontrado en la puerta —dijo Manfred sonriendo. Los ojos claros del Conde miraban a Anne sin verla.

—Gertrude está hablando con Tim Reede —les dijo Anne según entraban.

Gertrude abrió la puerta del salón.

—Tim se marcha ya —dijo.

Tim salió precipitadamente.

—Gracias, Gertrude —dijo—. Ah, hola. Hasta luego. —Salió, dio un traspie en un escalón y acto seguido se cayó por las escaleras. Después se levantó, repitió el «Hasta luego» y se marchó a toda prisa.

Anne Cavidge pensó para sus adentros: «Ese joven tiene algo que me inspira desconfianza». Por supuesto, parte de su antipatía hacia él se debía, como ella bien sabía, a la sensación de que él le tenía antipatía a ella.

Manfred y el Conde habían entrado en el salón. Anne se retiró a su habitación. Se peinó y se miró en el espejo la estilizada cabeza de pelo descolorido. ¿De verdad todos aquellos años «dentro» la habían vuelto invisible? ¿Era acaso la invisibilidad el regalo que le había otorgado un Dios perspicaz y justo, en vez del *gran* regalo que ella había ansiado, la perla de gran valor? ¿La inocencia, la más absoluta incapacidad de hacer daño, incluso de rozar a nadie, la inocencia de un espectador invisible y sin poder alguno! ¿Era aquello que ahora sentía ser una condición permanente, o solo se trataba del

entumecimiento anestésico que precedía al espantoso sufrimiento que acompaña a todo cambio del ser? La blanda criatura que ha vivido y caminado oculta sobre sus blandos pies se enrosca y se duerme, y yace medio enterrada en la tierra húmeda. Luego, se despierta sumida en una agonía de dolor y de lucha, y descubre que se está convirtiendo en algo muy distinto, en un animal alado totalmente diferente, que incluso vive en un elemento diferente. En el caso de Anne, el cambio se produciría al revés: estaba destinada a perder sus alas y a volverse débil y pequeña. Solo que por ahora estaba muerta, pálida, pasaba inadvertida y carecía de imágenes significativas de su vida.

Quizá, lo que más le había ayudado hasta el momento había sido la manera en que Gertrude, su querida Gertrude, se había tomado su llegada, su decisión de prestar servicio, pues lo había dado todo por sentado sin dudarlo ni un instante. Las preguntas de Gertrude sobre el convento, que no demostraban otra cosa que ignorancia, eran más bien superficiales. *Estaba claro* que Anne terminaría por dejarlo (¿por qué había tardado tanto?) y *estaba claro* que ahora Anne, de alguna manera, iba a estar siempre con Gertrude. «Y, sí —pensó Anne—, de alguna manera supongo que lo estaré, con ella o cerca de ella. Si alguna vez alguien le ha sido *enviado* a otro, yo le he sido enviada a ella, eso desde luego; pero la vida cambia. ¿Cómo estaré dentro de un tiempo? ¿Cómo formará esto parte de mi misión (pues ha de ser solo una parte)? Y ¿acaso tengo verdaderamente una misión? ¿Por qué pienso que he sido *enviada* de vuelta al mundo? ¿No constituye esta idea un ciego consuelo? ¿Por qué mantengo la noción de obediencia después de haber rechazado toda autoridad?» ¿Había desaparecido de verdad aquella áurea panoplia (los querubines y los serafines y, sentado en medio, el Altísimo, un foco de luz inimaginable)? Anne se miró al espejo, se miró los rasgados ojos verdiazules e imploró: «Ay, que vaya bien, permíteme *ver*, permíteme *ver*». Qué extraño rezar mirándose en un espejo.

Se dio la vuelta y se sacudió el vestido. Ahora tenía varios vestidos. A ese Gertrude lo llamaba el vestido de cuáquera, ya que era gris paloma y tenía un cuello blanco. Anne abrió la puerta de su habitación y escuchó por un momento el murmullo de la conversación del salón. Había vuelto a notar (y le había molestado) la agitación del Conde, su contrariedad al llegar a la vez que Manfred. ¿Es que su tarea iba a consistir simplemente en escoltar a Gertrude hasta los brazos de su segundo marido? Bueno, ¿y por qué no? Anne trotó por el pasillo y se unió a la visita.

—Hola, Anne. Tómate algo. Ahora bebes vino, ¿no?

—Dale un poco de vino blanco con soda; eso le gusta.

Manfred se había levantado educadamente, sonriendo. Siempre se mostraba atento y cortés con Anne.

El Conde, que estaba sentado en un taburete junto al sillón de Gertrude, no acertó a levantarse del todo, luego se tambaleó y volvió a tomar asiento.

—Anne, me he enterado de que has aprobado el examen de conducir —dijo Manfred.

—Sí, pensé que debería tener el carnet.

—Bien hecho. —Manfred le sirvió la bebida a Anne. Y luego le dijo a Gertrude—: ¿Qué quería Tim Reede?

—¡Quería dinero! —dijo Gertrude. Se echaron a reír.

—Toda una preocupación, imagino, tratándose de ese joven —dijo Manfred.

—La verdad es que nunca me lo habría imaginado —dijo Gertrude.

—¿Guy lo mantenía?

—No, que yo sepa.

Gertrude estaba pensando: «Qué torpe y estúpida he sido con Tim. Desde luego, tendría que haber intentado comprender su situación. Es lo que Guy habría hecho. Pero me he comportado con tan poco tacto..., como una especie de funcionaria inquisitiva. Y la verdad es que le tenía mucho cariño a Guy. ¡Eso ha sido tan conmovedor! Y Guy también le tenía mucho cariño a él; lo consideraba prácticamente un hijo. Debo de haber herido sus sentimientos. Buscaba amabilidad y lo cierto es que no le he brindado ninguna. Ha sido todo un acierto encontrarle una manera de ganar dinero. Y es buena idea que pase algún tiempo en Les Grands Saules. Pero me he excedido en lo de hacer que pareciera algo pensado solo para mi propio beneficio. Puede que, de entrada, hubiera debido decirle: “Tim, no te preocupes. Eres un miembro más de la familia. Por supuesto que te ayudaré”».

El Conde estaba pensando: «Tengo que controlar mis sentimientos. Tengo que dejar de estar tan *enfermo* de amor. Pero ¿cómo, si no quiero? No soporto estar con Gertrude en grupo; y, sin embargo, si me encuentro a solas con ella, corro el riesgo de horrorizarla con alguna extravagante crisis. Podría agarrarla. Soy peligroso, estoy *loco*. Es una mujer afligida, está pasando por un profundo duelo. No debe saber que la sangre me hierve de emoción. Le sonrío a Manfred. Sus dedos se tocan cuando él le da un vaso. Debería irme, pero no puedo. No me iré. Ella no debe saberlo».

Anne estaba pensando: «Debo irme de retiro cuanto antes. Por supuesto, no a una casa de oración. Esto no tiene nada que ver con la Pascua. Quizá debería pasar por alto la Pascua, renunciar a ella como a un placer irrelevante. Debo estar sola, no puedo soportar ninguna compañía, ni siquiera la de Gertrude. No he estado verdaderamente sola desde aquellos largos paseos que solía dar cuando acababa de salir del convento. Tengo que aprender a rezar a mi manera, de una nueva manera, tengo que aprender lo que eso significa. Si hay algo que encontrar, solo podré encontrarlo sola. Gertrude por ahora está bien. Está rodeada de familiares, de amigos, de pretendientes. No me echará de menos. Por supuesto, volveré con ella. Pero debo mantenerme lejos un tiempo y conversar con mi otro yo. Quizá podría ir a la casita de Cumbria o a la casa que Gertrude tiene en Francia».

Gertrude estaba pensando: «Querido, querido Conde, ¡cómo me mira y cómo tiembla! Manfred se ha dado cuenta; y parece que le hace gracia. ¿Debería quizá darle al Conde los libros de filosofía de Guy? Me alegro de que me quiera. No puedo evitar alegrarme. Y, sin embargo, me siento tan lejos de él, tan lejos de todo el mundo. Yo solo finjo, finjo. Todos me miran buscando señales y piensan que estoy mejor, pero no lo estoy. La pena vuelve como la lluvia, como la noche. Sigo totalmente herida, totalmente perdida, aunque sonrío. Estoy completamente mutilada. Ay, mi queridísimo esposo, ¿por qué me has dejado? Ay, Guy, Guy. Pero ahora no debo llorar».

En cuanto a lo que Manfred estaba pensando, se revelará más adelante.

---

[27]. Jeanie Deans es un personaje de *El corazón de Mid-Lothian*. Es una mujer reconocida por su honestidad, integridad,



sinceridad y por sus valores religiosos.

[28]. Lucas 9, 58. La cita completa es: «Los zorros tienen guaridas, los pájaros del cielo tienen nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde recostar la cabeza». Esta, como todas las demás citas bíblicas de la novela, procede de la versión del rey Jacobo.

### III

Tim Reede se encontraba solo en Francia. Era el monarca de todo lo que divisaba a su alrededor. Estaba loco de contento.

De pie en la terraza de Les Grands Saules, observaba el pequeño valle que había a sus pies. La hierba irregular más cercana a la casa, segada sin duda el año anterior (apenas se la podría llamar césped), estaba cubierta de diminutas flores azules más o menos parecidas a los jacintos silvestres, solo que más pequeñas. Sobre ellas, como un continuo confeti viviente, parpadeaba una masa de minúsculas mariposas azules, polillas marrones todavía más pequeñas e innumerables abejas. Brillaba el sol, pero todavía no hacía calor: la calidez del día y el chisporroteo de las cigarras estaban aún por llegar. Más allá del prado de hierba cortada, la tierra descendía por un olivar cubierto de maleza, donde los árboles, dispuestos de tres en tres, caían hacia los lados conformando figuras grotescas, escindiéndose en enormes formas semirrecostadas dotadas de rostros alargados y cuerpos retorcidos. La hierba crecía por aquí y por allá sobre la tierra, que en algún momento había sido arada, y se acumulaba en matas alrededor de la base de los árboles. Por debajo del olivar, en el fondo del valle, un arroyo invisible alimentaba los grandes sauces plateados que le daban su nombre a la casa. No eran originarios del lugar: había sido el predecesor de Guy quien los había plantado allí. Una serpenteante línea de cañas verdes, ya muy altas, señalaba el curso ulterior del arroyo. Por la noche, desde este vallecillo se elevaba la música de las ranas. Al otro lado del arroyo había una arboleda de chopos dispuestos en hileras, con limpios troncos de color marrón claro y un centelleo de hojas en lo alto. Luego había un pequeño viñedo en pendiente y, a continuación, unas rocas brillantes que bien podían parecer blancas o azules o rosas o grises y que, entreveradas de arbustos, salientes herbosos y algún que otro pino piñonero, se elevaban hasta la línea del horizonte, que quedaba bastante baja y no muy lejana.

La casa de piedra gris, antaño una granja, era bonita, pero no muy grande. En un extremo, desde su sólida forma cúbica, se elevaba una especie de torre. El tejado estaba compuesto de tejas rojas, descoloridas y tubulares, y la casa se hallaba asentada sobre una terraza de adoquines agrietados a la que le daba sombra, si bien de forma parcial, una higuera. Justo debajo de la terraza y delante de la zona donde empezaba la hierba irregular, Gertrude se había propuesto varias veces, de manera algo vaga, crear un jardín. Allí sobrevivían el romero y la lavanda, los geranios exuberantes y una mata de radiantes y líricas adelfas luminiscentes y blanquirrosas, que literalmente hacían estremecerse a Tim

ante la experiencia del color. La planta superior de la casa contaba con elegantes ventanas cuadradas que conservaban los dinteles de piedra originales. La parte baja, antaño granero y establo, la había reformado Guy: una galería arqueada, cerrada por una puerta plegable, terminaba en un salón veraniego abovedado, y una gran cristalera daba a la sala de estar. En la cocina, por la parte trasera, otra ventana original y cuadrada daba, por encima de un terreno sin cultivar y lleno de zarzas, a un garaje construido a base de ladrillos perforados, junto al que habían plantado un rosal trepador y (contribución de Guy) un eucalipto. Desde ahí, un corto trayecto en coche llevaba a una pequeña carretera de grava. Pegada a la cocina, había una habitación llena de libros que sin duda había sido el despacho de Guy. Arriba había tres dormitorios, dos baños y una habitación en la torre, que no contenía nada salvo un montón de cebollas secas y a la que se accedía por una escalera de mano. Tim pensó en arrastrar un colchón hasta allí, pero la novedad de no dormir en el suelo resultaba demasiado tentadora; así que eligió el pequeño dormitorio de la esquina, desde donde podía ver tanto el valle del sauzal como, a través de una hendidura en las rocas, un triángulo de la lejana ladera verde. No parecía que allí viviera nadie y, a pesar de todo lo cultivado, era un paisaje totalmente vacío.

La toma de posesión de la casa había sido toda una aventura, y había suscitado en Tim la impresión de haberse hecho con un «botín»; una mezcla de miedo y una extraña sensación de triunfo propia de un ladrón. Disfrutaba del espacio, de las habitaciones silenciosas, obsequiosas y amuebladas con gusto, que ahora eran todas suyas. Se sentía profundamente seguro en la casa, tal como se había sentido en su niñez cuando su padre se quedaba con su madre. Dormía relajado bocarriba, siempre una buena señal. Al principio lo había invadido cierta inquietud, al meter la llave que Gertrude le había dado en la remota Londres, al abrir la puerta y adentrarse en aquel silencioso interior cargado de significado. Entendía por qué Gertrude no quería ir allí a encontrarse con los libros que se habían quedado en la mesa, con un ejemplar del *Times* del año anterior, con varios papeles y una pluma sobre el escritorio de Guy. También había, sin duda a la atención de los inquilinos, una serie de instrucciones redactadas por la refinada y pedante mano de Guy: «La calefacción de los baños se enciende en el armario de secado. Hay que llevar la basura al vertedero del pueblo, *nunca* quemarla. En caso de que sople el mistral, quite las sillas de la terraza inmediatamente. Se aconseja que lea la nota del botiquín de primeros auxilios sobre qué hacer en caso de que alguien sea mordido por una víbora. La vajilla que se rompa deberá ser reemplazada (de forma razonable). *Por favor*, no se lleven los libros ni los mapas». Consciente de su responsabilidad, Tim había revisado, en la medida de sus posibilidades, las condiciones en que se encontraba la casa. Se sintió aliviado al descubrir que el agua y la electricidad funcionaban perfectamente. El tejado parecía hallarse en buen estado, pero la lluvia no lo había puesto a prueba todavía. Un cristal de la sala de estudio estaba resquebrajado. En la terraza, justo en el exterior de la galería arqueada, había una pequeña logia cubierta por una parra; estaba parcialmente derrumbada, pero Tim ya se las había apañado para arreglar aquello con unos robustos maderos que encontró en el garaje.

Había cruzado Francia en tren y después había llegado en autobús al pueblo, que distaba siete

kilómetros de la casa. Fue caminando desde allí, tras haber comprado algo de pan y vino. Lo primero que hizo al entrar en la casa fue inspeccionar la despensa. Aquel suministro superaba sus sueños más desenfrenados. Latas y más latas se perdían por interminables recovecos. Alineados en las baldas superiores, había botes de albaricoques, higos, melocotones, ciruelas en conserva. Había enormes garrafas de aceite de oliva guardadas en los rincones. Las botellas de vino relucían en los botelleros; los whiskys vírgenes, en sus cajas de cartón. Tim pensó: «Con esto puedo subsistir todo el verano. Al fin y al cabo, Gertrude me dijo que podía comer lo que quisiera. ¡Y puedo ahorrar el dinero que me ha dado como adelanto de mi sueldo! ¡La vida de una isla desierta! Ya sabía yo que esto era lo mío: soy un tipo solitario por naturaleza; solo que nunca había tenido la oportunidad de estar solo de verdad». En el garaje descubrió dos bicicletas, una de hombre y otra de mujer, las dos en perfecto estado. Tim (este era el cuarto día en su isla desierta) había ido dos veces al pueblo a por pan, leche, fruta, verdura y vino del país (sentía que no debía beberse el selecto género de los botelleros). Ya había hecho amistad con los tenderos, sin siquiera saber francés. En su soledad, experimentaba una nueva y revitalizante sensación de independencia. Estaba totalmente solo por primera vez en años.

Sin embargo, su soledad no iba a durar: Daisy venía de camino. Tim estaba deseando que llegara, estaba deseando enseñarle todos los objetos y todos los lugares que había hecho suyos. (Tenía la impresión de que ya llevaba meses viviendo allí.) Sin embargo, también se sentía un poco triste. El desasosiego de Daisy alteraría sus percepciones, y le habría gustado estar *verdaderamente* solo en casa de Gertrude; eso, en cierto modo, lo habría hecho más honrado (por supuesto, no le había dicho a Gertrude ni una palabra sobre Daisy). No es que pensara que a Gertrude le hubiera importado, que le hubiera dicho «en ese caso, no» o algo por el estilo. No estaba seguro de por qué, pero de alguna manera tenía claro que *no* podía preguntarle a Gertrude si podía llevarse a su novia. La verdad es que era una cuestión de estética. Nunca habría podido explicar lo de Daisy. (Sentía que así la estaba protegiendo.) Se habría producido una situación embarazosa, le habría dado una impresión equivocada y, de alguna manera, habría sido un insulto para el enorme e imaginativo acto de amabilidad de Gertrude, y todo se habría echado a perder. Sin embargo, ¿no estaba él ahora insultándola y echándolo todo a perder al engañarla? Como tantas otras veces en su vida, Tim tenía la sensación de encontrarse en una posición algo turbia que se había vuelto sutilmente inevitable. Por supuesto, aquello no tenía mucha importancia. No hacía falta que Gertrude llegara a saberlo; y, si ella, más adelante, descubría que una mujer había estado allí, Tim siempre podía decirle que Daisy se hallaba de viaje por Francia y que se había quedado con él un día o dos. Lo que de verdad entristecía a Tim, más que su pequeño engaño, era el hecho de que lo único que ahora deseaba con todas sus fuerzas fuera estar solo en aquel paraíso.

La verdad es que Gertrude se había mostrado inmensamente generosa: antes incluso de que Tim se despidiera de ella la tarde en que sacó a relucir el asunto de que andaba «corto de dinero», le había dado un cheque bastante cuantioso como adelanto por una parte de su trabajo de mantenimiento y, también, por algunos hipotéticos cuadros. Abrumado, confundido, Tim le ofreció, si ella así lo

deseaba, llevar toda su actual *oeuvre* al piso de Ebury Street. Gertrude, riéndose, accedió a aceptar «un pequeño dibujo» como regalo. Ya de vuelta en el garaje, Tim reflexionó larga y concienzudamente sobre qué regalarle. Examinar su obra a la luz de esa duda lo hizo ver, durante un doloroso momento, lo mala que esta era en su mayoría. Los gatos estaban descartados. Algunos de los dibujos de la crucifixión tenían su encanto, pero eran, había que admitirlo, de poca envergadura. Al final, desembaló uno de sus primeros trabajos, un boceto en pastel de Leda y el Cisne que nunca había logrado acabar; una pieza bonita, que sin duda tenía el aspecto de algo, aunque sin el título (que Tim no adjuntó) habría resultado difícil decir exactamente de qué. Esa fue la obra que montó, enmarcó, envolvió y llevó a Ebury Street, esperando, de forma más bien cobarde, no verse obligado a mantener otra conversación con Gertrude, ya que la última había resultado tan perfecta. Afortunadamente, ella no estaba, y Tim le entregó el cuadro en la puerta a la fría Anne Cavidge, que le dedicó una mirada de censura.

Por supuesto, se apresuró a contárselo a Daisy enseguida; tomó la línea de metro de Victoria hasta Warren Street, y corrió sin parar desde allí hasta el Prince of Denmark, donde lo esperaba Daisy para que la pusiera al corriente de todo. Daisy reaccionó exactamente como él se imaginaba: dijo «Put a Francia de mierda», «A tomar por culo los jodidos franchutes», y afirmó que por nada del mundo pondría los pies en una propiedad de Gertrude, pero de todos modos terminó aviniéndose al plan e incluso llegó a entusiasmarse con la idea como una niña. Ya al día siguiente, se puso a rebuscar en su armario pensando qué ropa llevarse. Tim le contó una de sus habituales mentiras, diciéndole que le había realquilado su estudio a la sobrina del tío del garaje, quien quería pasar una temporada en Londres. Daisy se olvidó de sus reticencias a realquilar su piso y se acordó inmediatamente de una chica americana que andaba por allí de vacaciones y que podría ser la persona indicada para quedárselo durante el verano. La chica, sin embargo, estaría fuera hasta la semana siguiente, y Daisy tuvo que quedarse en Londres a esperar a que volviera, para dejar cerrado lo del alquiler. Tim había limpiado hasta el último rincón del apartamento de Daisy, y de esa forma había conseguido que tuviera un aspecto mucho más presentable y atractivo. Después, partió para Francia. Todavía le quedaba un margen de cuatro días como poco hasta que Daisy se reuniera con él. Y sí, sabía que, tan pronto como llegara, se alegraría de su compañía. Pero ahora, al mirar el brillo azul grisáceo de las paredes de piedra, se daba cuenta de que se sentiría mucho mejor y más feliz si de verdad hubiera planeado alojarse allí él solo. Había decidido aplazar el problema de la ventana rota para cuando Daisy llegara con su perfecto dominio del francés. Había tiempo de sobra. Además, no sabía cómo se decía en francés «vidrio de ventana», ni siquiera (¡maldita sea!) cómo se decía «cristal».

En un cielo despejado, sobre una tierra todavía fresca de la noche, brillaba un sol de girasol. Las sombras grababan las rocas con formas sigilosamente cambiantes. Reinaba un vasto silencio en el pequeño valle. Mariposas de cola de golondrina visitaban las adelfas blanquirrosas. Sobre el pequeño muro de la terraza, lagartos jadeantes con patas como arañas alzaban sus reptilianas cabezas. Saliendo de un hormiguero que había al lado de la higuera, un ejército de hormigas cruzaba las losetas en dos columnas cercanas, una que iba y otra que venía. Tim respiró profundamente. Las puertas de cristal

de la sala de estar estaban abiertas a su espalda. Los peludos ciempiés se movían a sus anchas tanto por el interior como por el exterior de la vivienda; corrían y luego se detenían, manchas marrones sobre la caliente piedra gris o la fresca pared de yeso. Las enormes polillas oscuras, escoltadas por los mosquitos, entraban revoloteando en la casa en penumbra. (Solo las ventanas de arriba tenían mosquiteras.) Tras una contraventana abierta, un sapo verde pensaba y pensaba.

Tim ya se había tomado el desayuno, que había consistido en pan crujiente y fresco del pueblo, mantequilla clara y cremosa también del pueblo y mermelada de naranja Keiller de la despensa, junto con una taza de café con leche. Se había preparado un almuerzo para comer fuera, que consistía en pan con mantequilla, paté de lata, queso, una manzana golden y una botella de vino. Llevaba las viandas en una cesta y los útiles de pintura en la mochila. Después de darle muchas vueltas, solo se había llevado a Francia acuarelas, *gouache* y lápices de cera. Respiró, miró en derredor. Cogió sus cosas y salió, cruzó el «césped» de las flores y el olivar, atravesó el arroyo por un puente de madera situado en medio de una espesura de sauces y cañas verdes, avanzó entre las hileras de chopos, subió por la empinada pendiente a través del viñedo y se dirigió a las rocas. En los primeros días no había llegado muy lejos: ¡había tan-to de que disfrutar cerca de la casa! Había dibujado la higuera; el sauce de hojas lanceoladas; los viejos, retorcidos y resplandecientes olivos con sus bonitos velos de follaje plateado. Pero los chopos pudieron con él. Muchos impresionistas podrían haber reproducido esos troncos rectos, lisos y de densa textura, esas altas nubes de parpadeantes hojas entremezcladas; pero Tim no era capaz de hacerlo. Obediente, había intentado, nada más llegar, dibujar la casa, pero, curiosamente, también eso se le resistía. El interés de la casa radicaba en las cuadradas ventanas de arriba, en la extraña forma en que la torre sobresalía del tejado, en el color vivo y ligeramente parecido al polvo de las piedras grises, rectangulares y bien cortadas, en la leve inclinación y la apariencia descolorida de los azulejos. En los bocetos de Tim, la casa parecía pintoresca y tremendamente inglesa. De todas formas, a esas alturas ya se había obsesionado con las rocas.

El pequeño sendero que Tim iba siguiendo saltaba de aquí para allá entre los obstáculos verticales de las rocas, manteniendo misteriosamente su identidad. Ya había perdido de vista la casa. El sol le calentaba el cuello y un agradable reguero de sudor le atravesaba suavemente la frente y le resbalaba por la mejilla. Iba cuesta arriba. Abajo, en el valle, las cigarras cantaban, pero las rocas mantenían su propio silencio, que solo se veía perturbado por el jadeo de Tim y por el roce ocasional de sus zapatos. Un ave cacareaba a lo lejos. No obstante, se trataba de una tierra tristemente vacía de pájaros. Los únicos seres salvajes que había visto eran unos conejos que, a primera hora de la mañana, jugaban entre los olivos. Lo que, en un principio, había tomado por huesos de animales resultaron ser trozos de madera sin corteza, muy lisos y torneados, que se habían vuelto blancos. Para entonces ya había recogido unos cuantos. De cerca, las rocas eran de un gris blanquecino, de textura compacta y extremadamente duras, y estaban cubiertas de diminutas motas negras. Eran sinuosas, con pequeñas ondulaciones que parecían hechas para agarrarse a ellas. Surgían unas de otras formando pilares segmentados, cada una un poco más inclinada y más alejada que la de debajo, de modo que se

producía cierto efecto de escalonamiento. En lo alto de esos escalones, el sendero continuaba avanzando por zonas intermitentes de hierba y tierra. Y es que *se trataba de* un sendero, de un camino trillado por el trasiego, aunque aquel paisaje fuera uno de los más vacíos que Tim había pisado en su vida. A pesar de los olivares, de los huertos de albaricoques y de los viñedos de abajo, no había absolutamente ninguna señal de presencia humana. Las pocas casas que alcanzaba a ver, todas situadas más cerca del pueblo, resultaron estar abandonadas o, si no, cerradas como pequeñas fortalezas, pues sus dueños se hallaban fuera, en París o en Londres. En el pueblo residía bastante gente, pero, en cuanto se salía de él, ya no había nadie. En una ocasión, en la carretera, al ver a un hombre a lo lejos, se asustó tanto que se le aceleró el corazón. Allí arriba, entre las rocas, no había ni un alma y, sin embargo, sí discurría un sendero.

La meta de Tim era un lugar asombroso que había descubierto el día anterior, justo cuando estaba a punto de irse a casa. El anochecer lo había hecho volver apresuradamente. Aquella tierra vacía y dominada por las rocas le daba miedo de noche y, a decir verdad, también de día. Había estado dibujando un fresno que colgaba sobre un pequeño precipicio. Luego probó a dibujar una formación de rocas. Como ya se ha comentado, la carrera universitaria de Tim se había centrado en las artes visuales, pero aquellos estudios suyos habían sido eclécticos y en cierto modo excéntricos. Cuando no era más que un jovencito, encontró fascinantes unos dibujos de unas rocas, obra de Ruskin. Pensó que, si pudiera llegar a dibujar una décima, una centésima parte de bien que Ruskin, se daría por satisfecho en la vida. Todavía seguía pensando lo mismo. Cuando, la tarde anterior, se encontró con que aquellas rocas grises y granuladas le resultaban curiosamente imposibles de dibujar, tuvo que darse por vencido; volvió al sendero e intentó llegar más arriba con la esperanza de alcanzar la cumbre, que parecía hallarse muy cerca, y, una vez allí, mirar abajo (cosa que todavía no había hecho) y toparse así con otro valle, con otro paisaje a sus pies. La verdad es que estaba buscando un lugar donde nadar. Le encantaba nadar. Esa había sido una de las pocas alegrías que había tenido durante la época en que vivió en Gales, aunque en los últimos años dicha actividad había desaparecido de su vida casi por completo. El arroyo más cercano a la casa era muy poco profundo como para nadar en él, pero indicaba que había más agua en alguna otra parte, y Tim se dirigía a la cima con la esperanza de ver desde allí, quizá justo debajo de donde se encontrara, un río a la sombra de unos árboles o incluso unas charcas verdes. No llegó hasta la cima: las rocas que un momento antes parecían ser la cumbre enseguida dejaban ver, más allá de ellas, otra cumbre, y luego otra. Pero, en cualquier caso, encontró algo distinto. El sendero, que se prolongaba de forma intermitente a lo largo de la montaña, quedaba interrumpido ante una roca en la que se abría una grieta estrecha de forma cuadrada, bastante parecida a una puerta. Tim vaciló. Luego llegó a la conclusión de que el camino debía de continuar a través de la hendidura. Agarrado a ambos lados de la roca, se impulsó hacia arriba para alcanzar una plataforma en forma de escalón que se hallaba dentro de la «entrada», y luego descendió dos o tres escalones de roca más pequeños que había al otro lado. Como estaba ocupado en trepar, no miró a su alrededor hasta que hubo bajado a un llano situado más allá, donde se extendía un inesperado tramo de hierba. Entonces levantó la mirada y *la* vio.

Era una roca, más bien una pared de roca, verdaderamente parecida, de una manera imposible de precisar, a una cara; se alzaba ante él más o menos a cuarenta y cinco metros de distancia, al fondo de un claro cerrado. Otras paredes de roca, estas ya más desiguales, se elevaban a cada lado, ocultando la luz del sol, que estaba a punto de ponerse; de ahí que aquel lugar se encontrara poco iluminado. En el extremo más alejado, se divisaba una especie de acantilado, algo muy distinto de las inclinadas progresiones de roca dentada que se extendían hasta el infinito y que todavía recibían la luz del sol. En ese acantilado, a una altura determinada, había una zona bien definida y más blanca que se asemejaba al mármol y que, bajo aquella luz incierta, casi parecía colgar separada del resto de la pared. La piedra se mostraba allí más lisa, como pulida, casi circular, y moteada de marcas oscuras. Resplandecía levemente, como si de un espejo ocluido se tratara. La parte del acantilado que quedaba justo por encima era de un color más oscuro, y parecía marcada con líneas rectas verticales y muy tenues, casi como hechas a lápiz. La relación entre ambas partes no resultaba clara: unas veces daba la impresión de que la parte inferior, más blanca, representaba una cara o una cabeza con una corona puesta; otras veces, toda aquella gran formación se asemejaba, tomada en su conjunto, a un rostro indescifrable y espantoso. En la cima, a una altura que Tim no podía calcular, se apreciaba una marca oscura e irregular, probablemente una grieta grande repleta de vegetación. Desde algún punto situado por encima, colgaban unas largas ramas de enredaderas. Sin embargo, lo que más asombró a Tim, lo que hizo que abriera los ojos de par en par mientras avanzaba por la hierba, fue algo que al principio había permanecido oculto: en la base del acantilado, debajo del «mármol» donde la roca se hundía un poco, había una gran poza circular de agua muy clara. Aquella reluciente poza era tan redonda, sus bordes de roca tan lisos, que Tim casi no podía creer que se tratara de una obra de la naturaleza. La contempló con temor. De golpe tomó conciencia de aquel absoluto silencio que lo rodeaba, de aquella absoluta soledad en que se hallaba, de cómo el aire se iba oscureciendo según se alejaba de la entrada. Se dio la vuelta y salió huyendo, trepando por la grieta en forma de puerta, bajando a la carrera hasta el tortuoso camino de entre las rocas, por el viñado, entre los chopos, por el tenebroso puente, entre los retorcidos olivos, camino arriba por el prado de hierba, hasta subir a la terraza y entrar en la casa. Una vez allí, encendió todas las luces, cerró las puertas y echó las llaves.

Ahora, a la brillante luz de la mañana, mucho más valiente, Tim se disponía a visitar de nuevo la Gran Cara, quizá incluso a dibujarla. Tuvo ciertas dificultades para encontrarla, ya que, desde el día anterior, el sendero parecía haber desarrollado unos cuantos ramales y puntos ambiguos en sus tramos superiores, y Tim no dejaba de descubrir nuevas maravillas que lo distraían de su objetivo, como plataformas rocosas donde pequeños tulipanes rosas y blancos crecían sobre diminutas zonas de hierba. Al final, cuando ya se creía perdido y a punto de alcanzar la verdadera cima de aquel montón de rocas que parecían alejarse de manera interminable, de repente vio, a cierta distancia, su angosta grieta de entrada, esta vez unos pasos más abajo, y empezó a gatear hacia ella entre jadeos, empapado de sudor. Se impulsó para subir al escalón de la entrada y al instante se encontraba de pie otra vez sobre el tramo de hierba, en la cercada presencia de la Gran Cara.

A la luz del día, aquel coloso parecía diferente, si bien no resultaba menos sobrecogedor. Ahora



Tim podía distinguir, allá arriba, la grieta en forma de v de la que pendían unos helechos. Las enredaderas colgantes procedían de más arriba aún, de una zona en que la roca se fundía con hojas y sombras; no se veía la parte superior. Tim reparó entonces en que un musgo amarillento cubría el acantilado descendente de las estrechas «líneas a lápiz»; crecía en las marcas más superficiales de aquellas finas líneas y le proporcionaba a la roca un aspecto suave, brillante y rayado. La zona circular de debajo era singular, ligeramente saliente, carecía de vegetación y estaba todavía en sombra, pero relucía gracias a la brillante luz que reflejaba. Pendía sobre Tim, y su parte más baja quedaba un poco por encima del nivel de su cabeza. Debía de tener un diámetro de unos seis metros. Debajo de ella, la roca se hundía formando un nicho sombrío. Al acercarse más, Tim vio que toda aquella superficie circular, de un blanco pálido y cremoso que contrastaba con la roca circundante, brillaba a causa del agua, que de alguna manera parecía estar filtrándose por los poros redondos y poco profundos que marcaban ligeramente su superficie. El agua cubría, como un velo, la roca y, aun así, no goteaba en la poza de abajo.

La cuenca de roca, vista de día, era a todas luces obra de la naturaleza, si bien una obra particularmente sorprendente. Con su forma circular, tenía más o menos el mismo tamaño que la piedra blanquecina que exudaba sobre ella. El borde, formado por una roca gris moteada que se elevaba por encima de la hierba, rodeaba el agua como una especie de volante ancho y ondulado, y se unía a la base del acantilado en el «nicho» rocoso que sobresalía un poco por encima de la poza. El agua de la cuenca era, como Tim había percibido la noche anterior, particularmente pura y clara; casi resplandecía con luz propia. Resultaba difícil precisar qué profundidad tendría: quizá dos o tres metros por el centro, zona hacia la que se inclinaban poco a poco las paredes de los lados, de forma regular. Todo el fondo de la cuenca, incluyendo sus lados en pendiente, estaba cubierto de pequeños guijarros cristalinos, unos blancos y otros de color crema, como si de la superficie de arriba hubieran caído pequeñas lágrimas de piedra. Al quedarse mirando la extraña poza, Tim reparó, con un nuevo estremecimiento de sorpresa, en que todo aquel volumen de agua translúcida estaba vibrando o temblando muy muy ligeramente; pero con una vibración tan leve que no afectaba a la transparencia del medio, aunque parecía proyectarse a través de unas veloces líneas invisibles y casi inmóviles. Tampoco se alteraba en absoluto la lisura de la superficie. Evidentemente, la cuenca formaba parte de un manantial, pero Tim no era capaz de determinar el punto exacto del que brotaba el agua ni hacia dónde fluía. No se desbordaba por los lados, ni se veía ninguna corriente en las proximidades. La hermosa y radiante poza simplemente temblaba en perpetua y oculta donación, y como en perpetua renovación.

Tim se quedó de pie un rato mirando el acantilado y la poza. Su corazón estaba tan lleno de alegría que por un momento tuvo que presionárselo con las dos manos. Ahora, la gran roca redonda, blanca y moteada parecía colgar allí como el enorme escudo de un héroe. Humeaba ligeramente (¿o se lo estaba imaginando?) por el aire caliente, aunque el sol no brillaba, quizá nunca brillara, directamente sobre ella. Tim se detuvo a examinar con cautela todo lo que lo rodeaba: aquella franja de hierba tan fina, tan corta como si las ovejas hubieran estado pastando por allí (solo que no había ovejas), y el

camino, donde el recodo de rocas grises, que formaban un estrecho anfiteatro, mantenía el lugar bien oculto. Al fin, se le calmó el pulso y volvió a la grieta: había dejado la mochila y la cesta al pie de la «entrada».

Por un momento, se le pasó por la cabeza la idea de nadar en la poza, pero la descartó de inmediato: no podía mancillar aquella agua tan pura con su sudor ni interrumpir con su burdo chapoteo su sibilítica vibración. Solo se permitió romper la superficie con los dedos. Estaba extremadamente fría. Entonces sacó el pequeño taburete, el bloc de bocetos, los lápices, las ceras, la caja de pintura con los pinceles y su práctico recipiente de agua, que había llenado en el grifo de la cocina. Tenía la pura, limpia y bendita sensación de que algo nuevo estaba comenzando. Se sentía lleno de gracia. Se sentó, henchido de felicidad, y empezó a dibujar.

Sobre las cuatro de la tarde, Tim todavía seguía allí. Estaba agotado. Ya había almorzado, y, para ello, se había retirado al otro lado de la «puerta», ya que le parecía indecoroso comer en presencia de la roca y de la poza. Dio buena cuenta del pan con mantequilla, del paté, del queso y de la manzana, pero solo bebió un poco de vino, pues tenía miedo de quedarse dormido en aquel lugar. Para las cuatro estaba, en términos generales, satisfecho con su trabajo: había esbozado varios dibujos de la cara de roca. La zona circular, con aquellas raras líneas rectas sobre ella, resultaba tan extraña que temía que en el papel no se pareciera a nada en absoluto. Sin embargo, de alguna manera, el tema se había apoderado de él y le había transmitido algo de su grandeza a la visión de Tim. Hizo algunos bocetos de acuarela más grandes, esbozos a tinta marrón, de toda la pared del acantilado, incluyendo la vegetación. Luego, subido al «anfiteatro», con ceras sobre papel gris, intentó transmitir la radiante cualidad luminiscente de la cuenca de cristal. Eso le quedó peor. Pero ya era hora de parar. Guardó los utensilios, recogió la cesta y echó una última mirada, apresurada y ansiosa, a la escena, que se había ido oscureciendo. Después trepó por la grieta para salir al mundo exterior. Al momento, se sintió mareado, como por un cambio de presión. Fuera había más luz. Un resplandor ondulante se elevaba de las pálidas y moteadas rocas iluminadas por el sol. Miró hacia arriba protegiéndose los ojos con la mano. Pensó que todavía era demasiado pronto para volver a casa y decidió intentar, una vez más, subir hasta el horizonte de roca para ver qué había al otro lado. Al poco, el pequeño sendero desapareció. O eso o lo perdió de vista. Quizá su única función había consistido en llevarlo hasta la Gran Cara.

Ascendió por las rocas empinadas, trepando, apoyándose en las duras superficies en forma de cresta, escarbando entre sus grietas con las uñas. La subida, que en ningún momento se tornó peligrosa, se fue haciendo más y más difícil. Además, le estorbaba la cesta; de modo que decidió dejarla debajo de una higuera parecida a un arbusto que le proporcionaba un extraordinario punto de referencia. Solo cuando las rocas a las que se había ido agarrando desaparecieron definitivamente de delante de su cara, se dio cuenta de que había llegado a la cumbre. Jadeando, se puso de pie en la misma cima. No cabía duda de que ahora tenía otra tierra bien distinta ante sus ojos. A lo lejos, veía una extensión de campos iluminada por el sol y, tras ella, montañas, montañas intensamente azules,

mucho más altas que sus «pequeñas colinas». Cerca de él, las rocas descendían formando volantes en una serie de pequeños valles o barrancos, que ahora estaban en sombra. Sin embargo, justo debajo vio algo que desvió su mirada de todo lo demás: allí, al pie mismo de las rocas sobre las que se encontraba y, según parecía, fácilmente accesible mediante una escalera natural de roca y una pendiente cubierta de hierba verde, discurría un río centelleante. No era ancho, pero incluso desde allí Tim alcanzaba a ver la alegre agitación de sus copiosas aguas. Con una exclamación de placer, empezó a descender y pronto recibió la recompensa del sonido, además de la de la vista. El correr de las aguas, junto con un zumbido más distante de lo que podría ser una cascada, se había vuelto claramente audible; entonces, Tim cayó en la cuenta de que, aparte del canto de las cigarras, que sonaba más abajo, entre los árboles, y de algún que otro graznido semejante a un quejido, ese era el único sonido que el silencioso y cálido paisaje se había dignado a concederle a lo largo de todo el día.

La pendiente resultó ser más larga de lo esperado, ya que tuvo que rodear un barranco lleno de bojes y zarzas. No obstante, al fin, otra vez sudando y jadeando por el esfuerzo, consiguió dejar atrás la hierba y verse de pie al borde mismo del agua. Se dio cuenta enseguida de que aquel torrente centelleante no era un río: era un canal. Recto como una regla, se abrió camino surcando el paisaje; surgía de debajo de unas rocas situadas a poca distancia y desaparecía más adelante, bajo una neblina de pinos jóvenes. ¡Qué milagro que en esta tierra tan seca se reuniera toda esta agua preciosa, regocijándose en su propio ser elemental! Donde él se encontraba, la orilla descendía lisa, con una ligera pendiente y cubierta de hierba; el agua corría opaca, de un claro gris calcáreo. Borboteaba, se rizaba y se arremolinaba, según avanzaba, produciendo rápidas y fugaces diademas de espuma. Constituía un reclamo incesante para un hombre acalorado y cansado. Por supuesto, no había nadie a la vista. Tim soltó la mochila y se quitó la ropa. Se sentó en el agradable y fresco borde de hierba, que estaba muy verde, y se deslizó hasta meterse en la corriente en movimiento.

Un demonio del agua lo atrapó en el acto. Era como si dos fuertes manos de color gris claro lo hubieran agarrado por la cintura, para levantarlo y arrastrarlo con firmeza, volteándolo y zambulléndolo en el proceso. La corriente estaba helada. Vio, como desde un tren en marcha, que las orillas cubiertas de hierba iban quedando atrás rápidamente, y que entraba en una repentina sombra de pinos. Nadar estaba descartado: no era posible llevar a cabo ningún movimiento de ese tipo, ni siquiera concebirlo. La fuerza del agua le pegaba los brazos a los costados como si el demonio del agua lo estuviera convirtiendo en un simple palo que no dejara de rodar ni de girar sobre sí mismo. Trató de sacudir las piernas para mantener la cabeza por encima de la superficie, pero la velocidad de la corriente no le proporcionaba ningún punto de apoyo. No podía tocar el fondo. Mientras escupía agua por la boca, Tim chocó con algo, lo agarró y se vio arrastrado bruscamente a su alrededor, para luego salir despedido contra la empinada orilla por efecto de las fuerzas combinadas del agua que corría y de la rama de pino a la que había logrado asirse. La rama se rompió, pero un momento después Tim se había agarrado a una acacia frondosa y llena de espinas, cuyas hojas, como de helechos, peinaban el agua. La corriente lo estaba aplastando en posición horizontal contra la orilla, pero Tim resistió. Luchó, apretando las rodillas contra la hierba que

quedaba debajo del agua. Poco a poco, sus miembros le fueron obedeciendo y, con inmenso alivio, sus pies tocaron un fondo de piedra. Se mantuvo allí un rato, algo alejado de la fuerza de la corriente, jadeando y descansando. Entonces se las arregló para levantarse agarrándose primero a la acacia y luego a las matas colgantes de aquella hierba tan recia. La orilla no estaba demasiado alta y había varios hoyos arenosos donde apoyarse. Se puso de pie ya en terreno llano y se desplomó, agotado, dejándose zarandear por el agua, con las manos sangrando por las espinas de la acacia y con los pies magullados por las piedras.

El agua le había congelado el cuerpo. Sentía la sangre caliente en las manos. Entonces, poco a poco, fue entrando en calor con el sol y se levantó. Le había parecido que llevaba mucho tiempo en el agua, pero lo cierto era que apenas se había desplazado unos noventa metros, y ahora alcanzaba a ver, a través de los matorrales, su ropa y su mochila no muy lejos de él, afortunadamente en su mismo lado del canal. Empezó el camino de vuelta, comprobando mientras tanto la integridad de su cuerpo. Para cuando empezó a vestirse, el sol ya lo había secado. Miró corriente abajo y observó con asombro la arrebatadora fuerza del agua gris que se rizaba en su profundo y angosto lecho. Ahora le parecía peligroso, terrible. Echándose los bártulos al hombro, siguió caminando un poco más allá de los pinos para ver qué pasaba después con aquel monstruo. En ese punto, de repente, el canal giraba a la derecha y se hacía aún más estrecho, cercado ahora por unos hermosos muros de dura piedra gris, muy bien cortada, que por la parte de arriba formaban una pasarela de piedra transitable. Tim caminó por el borde de piedra mirando hacia abajo: el agua allí se volvía más turbulenta, más ruidosa, más rápida, elevándose en una ola que se rizaba en el interior de la curva. Luego vio algo que lo impactó y lo dejó helado de miedo, consciente de lo frágilmente mortal que puede ser el propio cuerpo, certeza que a la mayoría de nosotros nos llega en forma de raras advertencias que olvidamos demasiado pronto. El agua corría cuesta abajo entre sus paredes de piedra, ahora más estrechas. Luego, en un éxtasis, desaguaba, volviéndose de repente tranquila y cristalina, en una larga pendiente de piedra verde y limosa. Abajo, al pie de la pendiente, se agitaba en un blanco caos de espuma rebelde y luego se metía en el oscuro agujero de un túnel subterráneo. La boca del túnel quedaba justo bajo la superficie del agua y la corriente tenía que detenerse y acumularse para forzar una vía de entrada. De esa manera, con un rugido y un sonido retumbante y estrepitoso, se metía bajo tierra y desaparecía por completo del paisaje soleado. Tim se estremeció. De repente, sintió muchas ganas de llegar a casa cuanto antes.

\* \* \*

Estaba anocheciendo en el valle de Tim cuando por fin, de forma inesperada, divisó allá abajo la curva del riachuelo oculto y el tejado rojo de la casa. Por supuesto, se había perdido en el camino de vuelta. Se había olvidado de la cesta y de la higuera, que podrían haberle servido de punto de referencia. Al ponerse el sol, las rocas empezaron a parecerle planas, y sus grietas se difuminaron en una superficie uniforme semejante al mármol vetado. Era difícil distinguir formaciones o calcular

distancias. En cierto momento, tuvo que atravesar un denso chaparral que no había visto hasta entonces. Bajó y después se encontró con que tenía que volver a subir.

Se notaba cansado, pero, en cuanto se alejó del canal, sintió que no se encontraba demasiado abatido por su aventura. Resultaba emocionante pensar que había logrado escapar de la muerte. Si el demonio del agua lo hubiera arrastrado un poco más allá, se habría deslizado, sin poderlo evitar, por aquella pendiente resbaladiza y vidriosa, y habría sido absorbido por aquel agujero turbulento y oscuro. Es posible que nunca hubieran encontrado su cuerpo, que ni siquiera repararan en su mochila durante semanas. Se imaginó la llegada de Daisy, su enfado, su perplejidad y cómo después empezaría a alarmarse. Bueno, ese habría sido el final de sus problemas, y posiblemente también, reflexionó Tim, una especie de bendición disfrazada para Daisy. A nadie más, pensó para sí, ahora con un poco de tristeza, le importaría un rábano. La gente de Ebury Street se entretendría mucho con la noticia de que Tim Reede había desaparecido misteriosamente en algún lugar de Francia.

Tim se sintió aliviado cuando divisó el valle. Empezó a descender desde la zona de las rocas y se internó en el viñedo. Tan pronto como sus pies pasaron de las duras rocas a la tierra blanda, se paró a descansar. La casa quedaba ahora completamente a la vista, allá abajo. Entonces Tim vio algo que lo dejó paralizado de miedo.

Parecía haber una persona de pie en la terraza. La luz, incierta, parecía saltar y destellar ante los fatigados y cansados ojos de Tim. Los cerró un momento; después volvió a mirar. La figura se había movido. Sin duda parecía un ser humano. Tim había atiborrado su neurótica aprensión con cuentos de matones ambulantes y turistas asesinados en casas solitarias, y esos miedos regresaban regularmente junto con la oscuridad. El impulso que sintió entonces fue simple y llanamente el de esconderse. Caminando con cautela, se colocó tras una hilera de vides, se agachó y se quedó observando, a través de las hojas nuevas, la escena exasperantemente oscura e incierta que se desarrollaba allá abajo. Parpadeaba sin cesar, tratando de distinguir y comprender aquello que se resistía a quedar claro. Se deslizó cuesta abajo, luego se agachó y regresó de nuevo a la zona descubierta, con la terraza todavía a la vista. Desde allí, con confusa sorpresa y cierto alivio, distinguió que la persona misteriosa era una mujer.

Pero ¿quién demonios podría ser? Después de todo, también había un montón de mujeres terroristas, y muchas veces eran incluso peores que los hombres. ¿Usarían quizá esa casa, habitualmente vacía, como escondite? ¿O sería Daisy, que, habiendo alquilado su apartamento antes de lo que esperaba, había llegado ya? Aunque la oscura figura, que ahora se volvía a mover, no se asemejaba en nada a Daisy. Sin embargo, sí que había empezado a resultarle ligeramente familiar. Durante un instante terrible, Tim pensó que se parecía a Anne Cavidge. Pero entonces se dio cuenta, con una conmoción casi igualmente desalentadora, de que la mujer que estaba de pie en la terraza era Gertrude.

También a Gertrude, a medida que se hacía de noche y no llegaba nadie, le había empezado a entrar miedo. La casa vacía y la prolongada ausencia de Tim la llenaban de malos presentimientos. Y

cuando por fin, al mirar al pie de la colina, vio a un hombre salir de entre los sauces y empezar a subir la pendiente a través del olivar, sintió verdadero terror hasta que distinguió el saludo amistoso de Tim y oyó su voz, que la llamaba.

Gertrude había sido incapaz de quedarse tranquilamente en Londres: a su regreso de Cumbria, se encontró con que la misma tristeza de antes la aguardaba en Ebury Street. Y después Anne le había anunciado que quería pasar un tiempo fuera para estar a solas. Por supuesto que iba a volver, pero durante un corto periodo debía vivir en algún sitio por su cuenta, aunque solo fuera en un hotel de Pimlico. Gertrude pensaba que Anne quizá esperaba que ella le ofreciera la casa de Les Grands Saules como lugar de retiro, pero Gertrude prefirió no decirle nada de la casa de Francia ni de que Tim estaba allí. De hecho, no le había hablado a nadie de su ingenioso plan y había mantenido una especie de tímido silencio al respecto: los demás podrían pensar que lo de Tim era «un abuso». Quizá no había sido tan buena idea después de todo. Gertrude llamó a Stanley por teléfono y al final Anne regresó a la casita de Cumbria. Entonces Gertrude sintió que también ella tenía que marcharse de Londres: sin Anne, no podía soportar el piso. No quería ninguna otra compañía, aunque Janet se ofreció para ello, y más tarde también Rosalind. Cuando Manfred le sugirió que se les uniera a él y a la señora Mount para hacer un viaje en coche por Europa, Gertrude aceptó un poco a la desesperada. El destino final era el piso de Manfred en Roma, pero la idea era ir despacio y que Gertrude llegara hasta donde ella quisiera.

Gertrude tenía un especial interés en no quedarse a solas con Manfred, ya que, de una manera extraña, se sentía un poco cohibida en su presencia. Sin embargo, después de que se pusieran en marcha, fue la compañía de la señora Mount la que le resultó más fastidiosa. Manfred era siempre muy bueno con las personas mayores, pero Gertrude habría preferido (¡Manfred era tan exquisitamente diplomático!) cualquier otra carabina. Entonces, nada más poner los pies en Francia, cuando iban camino del sur, le entraron ganas de ir a Les Grands Saules a conocer lo peor, a ver lo peor, a enfrentarse allí, en un lugar distinto, donde ambos habían sido tan felices, con el fantasma de Guy. Necesitaba superarlo y sentirse así preparada para vender la casa. No podía dejar que Tim se ocupara de la venta: tarde o temprano tendría que encargarse ella misma. La presencia de Tim, en el contexto de este repentino y frenético impulso, no suponía más que una situación ligeramente embarazosa. Él no era en modo alguno una persona relevante: para Gertrude, era una figura inofensiva, carente de poder. Y, en cualquier caso, él se pasaría el día fuera pintando. Ni él le importaría a ella, ni ella a él. Además, se quedaría pocos días: posiblemente haría las gestiones de la venta sobre el terreno y después se volvería a casa. Una vez allí, no pasaría mucho hasta que Anne regresara y, mientras tanto, siempre podría quedarse con Stanley y con Janet de nuevo. Se lo habían propuesto muchas veces y la verdad es que les tenía mucho cariño a los niños, especialmente a Ned.

Gertrude no les dijo nada de Tim a Manfred y a la señora Mount, y tampoco les permitió que fueran con ella a la casa. (Les dijo que tenía las llaves, cosa que no era cierta, pero por suerte Tim había dejado la casa abierta.) Les dijo que debía ir allí sola, que sería mejor así. Entre protestas, la dejaron en el camino y ella oyó con alivio cómo el sonido de aquel cochazo se iba desvaneciendo en

la distancia.

Lo primero que Tim había pensado al ver a Gertrude allí en la terraza había sido: «¡Caramba! ¡Gertrude! ¡Esto se ha echado a perder! ¡Lo estropeará todo! ¡Qué fastidio que al final le haya dado por venir! No sé con quién estará. Espero que no se queden mucho». Luego pensó: «¡Dios, Daisy! Llegará dentro de poco, a menos que pueda darle largas de alguna manera».

Subió los escalones de la terraza.

—¡Ay, Tim, me alegro tanto de verte! Es una tontería, pero he pasado tanto miedo aquí. No paraba de pensar: «Y si no viene, y si le ha ocurrido algo...».

Gertrude de verdad parecía contenta de verlo. Tim se había quedado estupefacto. Dijo:

—Pues a punto ha estado de ocurrirme algo...

Gertrude continuó:

—Siento haberme presentado sin haberte avisado...

—No pasa nada...

—De repente pensé que tenía que venir aquí y superarlo...

—¿Con quién estás? ¿Quién te ha traído?

Los dos estaban hablando a la vez.

—Me han acercado Manfred y la señora Mount —dijo Gertrude—. Ellos se han ido a Italia. Siento venir a molestarte.

—Pero si estoy encantado...

—No me voy a quedar mucho tiempo. Tengo que reunirme con algunas personas del pueblo para la venta de la casa. No interrumpiré tu trabajo.

—No..., por supuesto...

—Espero que hayas hecho algo. Espero que te guste esto.

—Me gusta *mucho*.

—Vamos para dentro. Está empezando a hacer frío. Estoy tan aliviada de que hayas llegado... Pensaba que podría haberte ocurrido algo.

—Y a punto ha estado de ocurrirme...

Gertrude cruzó las puertas abiertas del comedor y encendió la luz. Fuera había oscurecido por completo mientras hablaban. Tim entró detrás de ella, cerró, echó el pestillo de las ventanas y corrió las cortinas. Aquella era ya una escena distinta.

El comedor era grande y cuadrado, y, repartidos por sus dos paredes de escayola, correteaban o descansaban varios peludos ciempiés, como si se tratara de los pequeños pedazos de una alfombra móvil; a veces también acudían las lagartijas. La pared donde estaba situada la chimenea exhibía la piedra original de la granja. El mobiliario era simple, fabricado con caña en su mayoría, y contaba con cojines de un recargado estampado de flores que Gertrude había tejido amorosamente durante las largas tardes de invierno en Londres. Había una elegante mesa de madera, fabricada en la zona y manchada de aceite de linaza, y un aparador a juego en el que antes Tim había dejado una bandeja

con una botella de ginebra vacía y un vaso. (Gertrude los había recogido.) De la pared colgaba un cuadro, una reproducción de un grabado de Munch de tres niñas asustadas en un puente. Janet Openshaw (que adoraba los cuadros) se lo había regalado a Guy y a Gertrude por Navidad hacía muchos años.

Tim, que hasta entonces había estado comiendo en la cocina, vio con sorpresa que sobre la mesa había un mantel rojo, además de varios platos, cubiertos y vasos cuidadosamente dispuestos para la cena: una cena para dos. Había incluso servilletas. Hacía años que nadie le ponía la mesa. Parecía obra de las hadas.

—¡Gertrude, pero si has puesto la mesa!

—Espero que no te importe el mantel. Nosotros..., nosotros siempre lo usábamos para no dejar cercos de vino en la mesa. Aunque, bueno, supongo que eso... ya no importa mucho...

Tim esperaba que Gertrude no hubiera notado los cercos de vino que tenía la impresión de haber dejado en la mesa de la cocina. Se acordó de que aquella mañana, cuando salió hacia la montaña, la cocina se había quedado hecha un desastre.

—¡Tim, te has hecho un corte en la mano!

—Sí, me agarré a un arbusto lleno de espinas, ya ves...

—Hay un botiquín de primeros auxilios arriba.

—Lo sé. Voy a asearme un poco. Enseguida estoy contigo.

Salió y pasó por la cocina, donde, como se temía, todo estaba limpio; Gertrude incluso había fregado la mesa. (Él normalmente era ordenado, y le pesaba esta mancha en su reputación.) Subió corriendo y reparó en la maleta que Gertrude había dejado en el dormitorio más grande. ¿Qué demonios iba a hacer con Daisy? ¿Podía estar seguro de que Gertrude se iría antes de que Daisy llegara? Un encuentro inesperado entre aquellas dos mujeres provocaría una catástrofe de enormes dimensiones.

Gertrude gritó:

—¿Has almorzado algo?

—Un poco...

—Estoy preparando espaguetis. ¿Te parece bien?

—¡Estupendo!

Tim se lavó las manos y la cara. Las manos le habían empezado a sangrar otra vez y se puso unas tiritas. Tras dudarle un poco, se cambió de camisa. Se puso una chaqueta: aquella noche hacía fresco. No se había llevado ninguna corbata. Se peinó el pelo. ¡Qué lío! Bajó las escaleras sintiéndose un poco inseguro.

También Gertrude parecía incómoda. Había llevado a la mesa una botella de vino y una jarra de agua, además de pan, mantequilla, queso y manzanas. Estaba sirviendo abundantes raciones de espaguetis generosamente rociados de aceite de oliva, salsa de tomate y albahaca. Había hecho una ensalada de pimientos verdes (Tim los había comprado en el pueblo) para acompañarlos.

Al ver aquella excelente comida y el vino, Tim se sintió más animado. Sonrió de pura satisfacción,



y entonces tuvo que recordarse a sí mismo la tristeza que debía embargar a Gertrude en aquellos momentos. Acomodó el semblante a la situación y, tras esperar a que Gertrude se sentara, hizo lo propio.

—¿Te pongo un poco de vino, Gertrude? ¿Cuándo has llegado?

—Justo después del almuerzo. Y de repente me entró miedo: nunca antes había estado aquí sola, o eso creo, ni siquiera una hora. Es un paisaje bastante extraño.

—Lo mismo pienso yo... He encontrado..., ¡oh!, lugares tan maravillosos..., pero, claro, tú ya debes de conocerlos.

—No somos propietarios de los olivos. Guy siempre se preocupaba porque no estaban bien cuidados. Tienen tantas malas hierbas...

—Pero son preciosos..., y las rocas...

—¿Qué has encontrado?

Tim de pronto sintió que no quería hablarle a Gertrude de la Gran Cara. Dijo:

—He encontrado un canal que corre por lo menos a cien millas por hora.

—Sí, es muy peligroso.

—Así es. ¡Casi me ahogo en él!

—¿Quieres decir que te has *metido dentro*?

—Se me ha ocurrido bañarme, sí. ¡Me he salvado por los pelos!

—Tim, no debes meterte en ese canal. Prométemelo.

—Sí, sí.

—Varias personas se han ahogado allí. Todos ellos, turistas estúpidos, por supuesto.

—Bueno, yo soy un turista estúpido. ¡Pero qué lugar!

—Espero que hayas podido pintar.

—¡Hasta más no poder! Estoy inspirado; pero todavía no tengo nada que se pueda enseñar: son solo bocetos. Me parece que este lugar es el paraíso; una especie de peligroso paraíso, pero puede que también el paraíso fuera peligroso.

—No quiero molestarte, Tim. Me alegro de que al menos para ti esto sea un paraíso.

Tim se ruborizó y bajó la mirada. Se dio cuenta de lo mucho que se había alegrado al ver a Gertrude en el papel de alguien a quien le podía «contar su día». Había vuelto a olvidar lo triste que debía de ser aquella estancia para ella, con su propia casa a punto de desaparecer, una especie de continuación de la muerte de Guy. Pero no podía decirle eso a Gertrude. Le dirigió una mirada de desconcierto, vergüenza y disculpa, tratando de pensar en alguna frase comprensiva y ligeramente formal que pudiera aliviarla. Ella lo había estado observando, pero apartó sus ojos de él al instante.

Gertrude ahora tenía la clara sensación de haber conseguido imponerse a su tristeza. Dijo animada:

—¿Has encontrado la fuente de musgo?

—La fuente de musgo..., creo que no.

—Si la hubieras visto, lo sabrías. Te la enseñaré mañana. O, por lo menos..., te diré dónde encontrarla.

—Sí, me..., me gustaría verla... —dijo Tim. La conversación se estaba volviendo patética.

—Hace frío —dijo Gertrude. Se levantó y se puso una rebeca.

«Cuánto ha envejecido», pensó Tim con exacerbada compasión. Se había cortado las puntas de su pelo castaño, que estaba revuelto y parecía un poco gris por delante. Su delicada y ondulada boca estaba ahora marcadamente hundida en las comisuras y bosquejaba unas pocas líneas que pronto terminarían siendo permanentes. El ceño, que fruncía constantemente, si bien de forma leve, estaba empezando a dejarle una marca en la frente, justo encima de un ojo. Las arrugas que le rodeaban los ojos, ahora un poco enrojecidos, tenían un aspecto sucio. «Ha estado llorando —pensó Tim—, llorando aquí, completamente sola, mientras me esperaba.» Tim se sintió molesto, casi decepcionado y un poco alarmado. Era como encontrar a la madre de uno llorando. Bueno, en cuántas ocasiones se había encontrado a su propia madre llorando y qué pocas veces había intentado de verdad consolarla. Simplemente, se había limitado a sentirse defraudado por sus lágrimas, ofendido, desatendido, abandonado.

Le dijo a Gertrude:

—Si puedo ayudarte de alguna manera...

—Ah, no... Gracias...

—Después de todo, ¡yo soy el guardés! Y..., ehm..., Gertrude, ¿cuánto tiempo crees que vas a quedarte?

—No mucho. Imagino que dos o tres días a lo sumo. No te molestaré.

«No merece la pena arriesgarse. Tengo que decirle a Daisy que espere. Pero ¿cómo? Necesito zafarme de Gertrude mañana y enviarle un telegrama.»

\* \* \*

PROBLEMA INESPERADO. NO VENGAS REPITO NO VENGAS TODAVÍA. CARTA PRONTO. BESOS. TIM.

Ese era el telegrama que Tim le había mandado a Daisy al día siguiente de la llegada de Gertrude, que ya llevaba tres días allí.

Le había resultado bastante fácil enviar el telegrama. Tim se había acercado al pueblo con Gertrude, ambos en bicicleta. Se lo habían pasado bastante bien pedaleando juntos, había sido agradable. Luego, mientras ella iba a ver al agente de la inmobiliaria para los asuntos de la casa, él había hecho la compra y se había escabullido a la oficina de correos. También había escrito y enviado la «carta que llegaría pronto». Decía así:

Querida mía, no te imaginas qué chasco: ¡Gertrude, Manfred y la señora Mount se han presentado aquí! ¡Estoy que me llevan los demonios! ¡Y me lo estaba pasando tan bien (salvo que te echaba de menos)! Querida, este lugar es celestial. Te va a encantar, aunque sea Franchutelandia. ¡Resulta imposible toparte con nadie por mucho que lo intentes! Y la casa está a reventar de comida y de vino; y hay un pueblo cerca con muchas más cosas, y además baratas. Pero no te preocupes por esta invasión: Gertrude solo ha venido a arreglar la venta de la casa y luego los tres se marcharán a Italia. No va a volver. Dice que solo quiere quitarse de encima la casa, puesto que ya no le agrada y no quiere volver a verla. Luego, yo me haré cargo del

asunto de la venta. He estado con el de la inmobiliaria y todo. Habla inglés. Así que, tan pronto como se vayan, ¡por fin podrás venir! Te enviaré un telegrama cuando esté todo despejado, mientras tanto mantente a la espera. No sé si ya habrás dejado el piso. Espero que estés comiendo bien, cariño. ¿Cómo te las vas arreglando sin mí? *No* me escribas, no sea que esta gente se quede uno o dos días más. Yo te avisaré. Muchos besos para su querida Daisy de parte de su chico de ojos azules.

T.

Tim, que raramente se había separado de Daisy en los últimos años, apenas le había escrito, y ahora se daba cuenta de que no tenía un «estilo» particular para ello. De todas formas, nunca se le había dado bien escribir cartas. Aquella en concreto, que había escrito la noche anterior, le resultó muy trabajosa y, cuando la hubo terminado, le pareció un poco fría. No importaba. Daisy estaría pronto allí. La mentira sobre Manfred y la señora Mount se le había ocurrido tan fácilmente que apenas se había dado cuenta. (Después de todo, era una especie de aproximación a la verdad.) No quería que Daisy se lo imaginara allí solo con Gertrude. Podría molestarle, como tantas otras cosas.

Aquella primera mañana, tras la hazaña de Tim en la oficina de correos, Gertrude le presentó al agente de la inmobiliaria, cuyo afanado inglés libró a Tim de tener que exhibir su francés (pasó un mal rato hasta que se dio cuenta de que aquel hombre hablaba su idioma). Después de aquello, Tim no volvió a acompañar a Gertrude al pueblo: salía temprano, se llevaba consigo el almuerzo (o eso parecía esperar Gertrude) y volvía al atardecer para encontrarse, como la primera noche, a Gertrude esperándolo en la terraza y la mesa puesta en el comedor. Disfrutaba pintando, pero no tanto como cuando estaba solo: tenía la mente inquieta, su concentración había disminuido. Sin embargo, pronto le resultó fácil llevarse bien con Gertrude, en parte sin duda porque no la veía mucho. Los ratos que compartían durante las comidas eran agradables: cada uno le hablaba al otro de sus contratiempos o de sus aventuras más triviales. Gertrude le preguntaba cómo le había ido, pero no le pedía que le mostrara su trabajo. Estaba ensimismada, aunque no se la veía desanimada, y con él se comportaba con la misma actitud directa de siempre. No exteriorizaba la pena que pudiera sentir, y se guardaba su particular duelo reavivado para sí misma. Incluso mostraba menos emociones que al principio de su vida compartida en aquella «isla desierta». Tim se sentía aliviado, aunque también decepcionado: Gertrude estaba decidida a mantenerlo a distancia, a no permitirle que la ayudara. A decir verdad, Tim no tenía ni idea de qué clase de «ayuda» podría proporcionarle en una situación tan extrema a alguien a quien conocía tan poco, pero en cierto sentido lamentaba no ser «requerido» para ello. Por las noches, cuando se quedaba sentado en la cama con los brazos alrededor de las rodillas, la oía moverse y, una vez, la oyó gemir en voz baja.

Ya había llegado la mañana del que probablemente sería el último día de Gertrude; tenía pensado salir al día siguiente, tras una última reunión con el agente de la inmobiliaria. Esa mañana iba a ser especial, ya que Gertrude le había dicho a Tim que lo acompañaría al lugar donde se ponía a pintar y de camino le enseñaría la «fuente de musgo». Desde la llegada de Gertrude, Tim no había vuelto a la poza de cristal ni a la Gran Cara: eso lo estaba reservando para después de que ella se marchara. Tampoco había vuelto al canal. Eso también lo haría después. Durante la estancia de Gertrude, había escogido otra ruta: giraba a la izquierda después del puente de madera y no pasaba por entre los

chopos, sino que seguía el arroyo por un terreno escabroso hasta que encontraba la manera de ascender; entonces subía, a través de los matorrales de aulaga y los arbustos rojizos de boj, hasta las rocas de una zona bastante distante situada en la misma región que sus primeros descubrimientos. Y es que allí había otras maravillas. En un lugar determinado, las rocas se volvían rosas, como si estuvieran manchadas por un tinte que alguien hubiera derramado. Había una meseta alta y estrecha cubierta de hierba, de ochocientos metros de largo más o menos, completamente rodeada de paredes lisas de roca dentada. Allí crecían unos diminutos lirios amarillos con vetas marmóreas, y Tim llegó a ver una mantis religiosa. A través de un pequeño hueco en la parte alta de las rocas, podían divisarse, situadas más abajo pero muy cerca, terrazas cubiertas de hierba, olivos, una granja pintada de rosa, varios campos. Tim se daba la vuelta enseguida: la zona del reino de roca, que parecía tan interminable, era en verdad muy pequeña, pero él no quería saberlo. Colocaba su taburete en la meseta y trataba de reproducir con sus ceras el efecto de las rocosas crestas azul grisáceas, llenas de volantes, contra aquel cielo intensamente brillante.

Precisamente ese lugar constituía su objetivo último en aquella temprana mañana soleada, pero antes tenía que caminar con Gertrude hasta la «fuente de musgo», que, según decía ella, se encontraba muy cerca de allí. Habían cruzado el arroyo y habían atravesado los chopos y las viñas, y en ese momento Gertrude estaba dirigiendo sus pasos hacia el sendero. Tim, en cierto modo, había esperado que la fuente de musgo no se hallara por esa zona: no quería pasar con Gertrude por ningún lugar próximo a la Gran Cara. Pero quizá la fuente de musgo no estuviera tan lejos; y así resultó ser. Después de unos minutos, se desviaron del sendero y, tras una breve subida, Gertrude lo llevó hasta un hueco pequeño y redondo a la sombra de los árboles; entonces bajaron de allí deslizándose por una rampa lisa. La hierba que pisaban estaba intensamente verde y húmeda. Tim divisó, al final del hueco, antes de que las rocas se elevaran de nuevo, un pequeño pilar verde parecido a un monumento. Al acercarse, vio que se trataba de una roca aislada de casi un metro de altura, cubierta de un musgo hermoso y abundante, florido y mojado, como si el agua rezumara de él. Lo tocó delicadamente con las manos y sintió la frescura del musgo suave y húmedo, la dureza de la roca fría y mojada, y se volvió maravillado hacia Gertrude.

—¿De dónde viene el agua?

—No lo sé. Parece que sale de la parte de arriba y que corre hacia abajo.

—Si hubiera un manantial en la base, ¿podría el musgo hacer *subir* toda esa agua?

Tim seguía de pie, fascinado, mirando el pilar verde brillante. Luego dio unos pasos a su alrededor y lo acarició con delicadeza.

—Tus colinas están llenas de maravillas.

—Hay cosas más asombrosas que esta.

Gertrude se alejó y empezó a ascender otra vez por la rampa. Llevaba zapatillas de deporte con calcetines blancos. Sus pantorrillas rellenas, ya un poco bronceadas, parecían las de una niña. Tim, mientras la seguía, reparó en la combinación blanca que aparecía intermitentemente bajo su vestido azul. Era ágil. Lo esperó en lo alto de la rampa y después se abrió paso para volver al pequeño

sendero. Una vez allí, en lugar de regresar a la casa, sin decir palabra, siguió subiendo. Cada vez que giraba, él veía su perfil y el semblante triste, atento y concentrado de su cara; como si creyera que caminaba sola.

—¿Qué pájaro es ese?

—Una curruca. Guy conocía todos los pájaros.

Se volvió a hacer el silencio. No, silencio no: allá abajo, las cigarras cantaban intensamente, llenando el aire con su voz seca, incesante e inaudible. Estaba empezando a hacer mucho calor. El sudor le resbalaba a Tim por las mejillas. Tenía la camisa empapada entre la espalda y la mochila. Esperaba que Gertrude no estuviera dirigiéndose a la Gran Cara. No quería ir allí con ella; pero su acompañante ya había llegado a la grieta y había desaparecido por la entrada. Tim la siguió.

Cuando ambos se hallaron abajo sobre la hierba, todavía no muy cerca de la gran roca, aunque esta ya quedaba a la vista, Gertrude se volvió a Tim. Fue como una pregunta. Él respondió:

—Sí, ya he estado aquí.

Gertrude se alejó y con una especie de sombría mirada recorrió el claro hasta alcanzar la grieta. Se limpió el sudor extendiéndoselo hacia el pelo. Tim no sabía si ella quería que se marchara, pero no tenía ganas de volver a hablar. Se quedó observando a Gertrude.

—A Guy le encantaba este sitio.

—¿Preferirías que me marchara? —dijo Tim.

—Tengo que visitar sus lugares preferidos para decirles adiós. Por favor, discúlpame...

—¿Querías...? —Tim se dio cuenta entonces de que había malinterpretado sus últimas palabras; Gertrude estaba desatándose las zapatillas y quitándose los calcetines.

Ella prosiguió:

—Voy a bañarme. —Echó a andar descalza por la hierba en dirección a la poza con las zapatillas y los calcetines en la mano.

Tim pensó: «¡Dios *mío*, se va a bañar *ahí!*». Y dijo a continuación:

—Ah, sí. Bueno, esperaré fuera, al otro lado de...

Gertrude se fue acercando a la poza en lo que Tim trepaba por la grieta de la entrada. Él dio unos cuantos pasos sendero abajo, y encontró un lugar donde las rocas formaban una especie de saliente en forma de cresta con pequeñas grietas llenas de musgo y saxífragas. Se quitó la mochila, que parecía haberse vuelto extremadamente pesada.

Entonces oyó, en medio de aquel silencio cargado de cigarras, el lejano sonido de un chapoteo. Pensó: «Si se baña allí, se convertirá en una diosa, o bien demostrará que ya lo es».

Se sentó sobre la roca. Luego se estiró cuan largo era y se colocó la mochila detrás de la cabeza. La roca estaba caliente. El sol caía a plomo. Y entonces, de una manera extraordinaria, se quedó dormido.

Cuando se despertó, Gertrude estaba sentada a su lado atándose los zapatos. Ella le sonrió un instante de manera mecánica. Luego se peinó el pelo mojado con los dedos, extendiéndoselo hacia

atrás y entrecerrando los ojos ante el sol. La falda del vestido se le pegaba a las piernas todavía húmedas. Dijo:

—No soy buena nadadora, pero no es muy honda, excepto en el centro.

Tim se incorporó. Pensó: «El agua estará toda removida, formando pequeñas olas, inquieta, hasta que progresivamente vaya quedándose en calma. ¿O acaso, tras haber recobrado su propio ritmo misterioso, estará ya quieta y reluciente como un espejo?». Y dijo:

—Estaba dormido. ¿He dormido mucho tiempo?

—No, acabo de volver.

—He tenido un sueño extraño, pero no soy capaz de recordarlo.

«He tenido un sueño maravilloso —pensó—, pero ¿qué ocurría?»

—Qué cosa más tonta que me haya quedado dormido.

—Vámonos —dijo Gertrude. No contempló la posibilidad de que también Tim pudiera querer bañarse.

Él se puso la mochila y la siguió sendero arriba, y luego, cuando el sendero desapareció, por entre las rocas en pendiente. De pronto parecía haberse roto algún tipo de hechizo: antes, los dos se habían movido con facilidad; ahora, ambos se desplazaban con torpeza, perdían el equilibrio y tropezaban. Tim tenía sed. Llevaba agua y una gorra para el sol en la mochila, pero no podía permitirse parar. Secándose el sudor de los ojos, avanzaba dando tumbos tras Gertrude. Ella ahora subía con una especie de prisa frenética. Justo delante de él, Tim la oía jadear, casi gemir del esfuerzo. Entonces Gertrude se paró en la cima y él, cuando la alcanzó, vio allá abajo la corriente destellante del rápido canal.

Gertrude lo miró y luego señaló hacia allí. Todavía resoplando, empezó a descender, ahora más despacio. Al momento se oyó el suave rugido del agua, y luego el profundo zumbido de la cascada. Tim la alcanzó cuando ella ya llegaba a la hierba, y ambos bajaron juntos la pendiente hacia la orilla del canal.

Tim quería sentarse. Trató de buscar algo que decir. Tenía miedo del agua. ¿Y si Gertrude se caía? ¿Y si se lanzaba al agua? ¿Era quizá por eso por lo que había querido ir allí a toda prisa? Había echado a andar a lo largo de la orilla, más allá de los pinos, y, mientras la seguía, Tim reparó en los muros de piedra y en la corriente espumosa y curvada que corría entre ellos. Gertrude caminaba en ese momento por la pasarela de bloques de piedra que constituía la parte superior del muro. Uno de los cordones de sus zapatos iba colgando por el borde. El canal se hundía más y más en la tierra, a continuación se convertía de golpe en una pendiente verde con deslizantes láminas de agua y luego producía una espuma blanca brillante y desaparecía en el túnel. Tim pensó: «¡Qué horrible y temible lugar!; y, sin embargo, ¡qué hermoso, qué poderoso, qué completa y espléndidamente *mecánico!*». ¡Y qué enloquecedor resultaba tener tanto calor y no poder bañarse en un agua tan letal y tentadora! Se sentó sobre la piedra como pudo, a poca distancia de la pendiente, y dejó las piernas colgando.

—Ten cuidado, Tim.

—¿Dónde desemboca?

—No lo sé.

—Gertrude, por favor, aléjate de ahí.

—Ay, Dios *mío*, ¿qué es eso? —Señaló algo que bajaba por la corriente.

Era un cuerpo humano, que el agua arrastraba hacia ellos zarandeándolo y revolcándolo por el canal; un cuerpo flácido y ahogado, empapado, que se volteaba de manera extraña una y otra vez.

Tim subió la pendiente gateando. Entonces de inmediato se percataron de que no se trataba de un ser humano, sino de un perro grande y negro, bien muerto. Por un momento, habían confundido su panza hinchada y de color claro con una cara humana. La piel rosa reflejó, por un instante, la luz del sol mientras aquella cosa pasaba dando vueltas. Tim hizo un gesto a la desesperada, como si quisiera salvarlo; pero sin duda estaba muerto. El cadáver vaciló un momento en lo alto de la viscosa pendiente de agua y pudieron atisbar su patético hocico negro, sus dientes blancos, una pata que de repente se le levantaba. Entonces el perro giró y cayó por la pendiente, salió un momento a la superficie en el remolino de abajo y se lo tragó el túnel.

Gertrude se había alejado de la escena y se había tapado la cara con las manos. Tim estaba a punto de decir algo cuando vio cómo le temblaban los hombros encogidos. Gertrude lloraba desconsoladamente.

Tim dijo:

—¡Oh, vaya...!

No sabía si acercarse a ella, si tocarla siquiera. Se sintió molesto, disgustado, asustado por esas lágrimas y también por el terrible prodigio del perro ahogado.

Gertrude sollozaba ahora de manera audible. Se arrodilló con la cara todavía tapada, y luego se tumbó bocabajo en la hierba. Sacó una mano para ajustarse la falda. Tim se quedó allí de pie impotente, mirándole las suelas de los zapatos. Dijo casi irritado:

—Oh, Gertrude, basta ya, por favor. ¡Todo esto me disgusta tanto!

Y sí, al parecer, Gertrude dejó de llorar. Los hombros dejaron de moverse y se quedó tumbada, muy quieta. Entonces dijo con voz firme y controlada, hablando con la cara pegada a la hierba:

—Lo siento. Por favor, vete de aquí; por favor.

—Perdóname. Me marchó. Creo que me iré a pintar. De todas formas, pensaba seguir por este valle. —Pero se dijo a sí mismo: «Haré como que me voy, pero no me alejaré de ella. Voy a esconderme».

Al pie de las rocas, donde las pequeñas hondonadas y grietas estaban llenas de una vegetación precaria y de secoano, había muchos sitios en los que esconderse. Se alejó dando unos pasos bien audibles y después, apresuradamente, se metió gateando en el hueco de una roca, tras un parapeto de retama espinosa. Se quitó la mochila y se volvió para mirar a Gertrude. Pensó: «Si de repente pareciera que se va a lanzar al canal, ¿qué podría hacer? Probablemente nada».

A los pocos minutos, Gertrude se incorporó y miró a su alrededor para ver si Tim se había marchado. Se quedó sentada un rato, lánguidamente, restregándose la cara con las manos. Después se levantó despacio, con cierto esfuerzo, como un anciano artrítico; se sacudió el vestido y se quedó

de pie inmóvil mirando a lo lejos, más allá del canal. Luego, para alivio de Tim, se dio la vuelta y volvió caminando hasta las rocas. Gertrude pasó justo a su lado, pero él se puso en cuclillas y no pudo verle la cara. Entonces ella empezó a subir, no con la agilidad que demostrara antes, sino desganada, cansada, inclinándose y ayudándose con las manos, casi gateando a veces.

Cuando desapareció más allá de la cima, Tim se levantó de un salto. Se paró a beber de la cantimplora y luego echó a andar tras ella. Desde la cima podía ver, de manera intermitente, la mancha azul del vestido de Gertrude. También distinguió, bastante cerca, la frondosa higuera y, debajo de ella, la cesta que se había dejado allí el día en que estuvo a punto de ahogarse en el canal. Recogió la cesta y siguió a Gertrude, que iba caminando muy despacio. No miraba atrás. Tim la observó desde arriba según ella avanzaba con pasos lentos, desolados y a veces vacilantes entre los viñedos, entre los chopos, a través del arroyo, a través de los olivos, hasta finalmente llegar a la casa. Entonces él se dio la vuelta entre las rocas.

Caminó un rato y después se sentó. Consultó su reloj. Todavía no eran ni las once. Por consideración, no podía volver a la casa hasta bien entrada la tarde: Gertrude se habría molestado con él si se hubiera entrometido en su dolor. No sabía qué hacer: no tenía ganas de ir a ninguna parte, no tenía ganas de pintar. Empezó a sentirse completamente abatido. El abatimiento se le había venido encima como una enfermedad. Le dolían las piernas, le dolía la cabeza. Sentía un negro pesar en el estómago. Se levantó con esfuerzo, igual que había hecho Gertrude, dio unos pocos pasos y luego se quedó quieto sin rumbo, como un perro. De pronto, recordó cómo Gertrude se había bañado en la poza cristalina, pero tampoco tenía ganas de ir allí: no quería ver la Gran Cara. Pensó: «Quizá nunca vuelva a ir allí, quizá *me olvide del camino*».

Y pensó: «¿Qué me pasa? Me siento fatal, un inútil, estoy totalmente harto de mí mismo. ¿Adónde me dirijo? ¿Para qué sirvo? ¿Qué ha sido de mi vida? ¿Qué va a ser de ella? Solo vivo a base de mentiras, engañándome a mí mismo. No sé pintar, no sé ganarme la vida, no sé hacer nada. Sería mejor que dejara la pintura. Ya lo he intentado bastante tiempo y está claro que no soy bueno. Es mejor que abandone y reconozca que soy un farsante, un maldito farsante, nada más que eso».

Se quitó la mochila, la tiró al suelo y le dio una patada. Recordó la cara llorosa de Gertrude y quiso llorar él también, pero no pudo. Pensó: «Gertrude se irá mañana. Después vendrá Daisy. No tengo ganas de ver a Daisy; no quiero ver a nadie. No le sirvo de nada a Daisy, ni ella me sirve de nada a mí. También eso es una maldita mentira».

Y pensó: «No voy a enseñarle la Gran Cara; no voy a enseñarle el canal. No la quiero aquí para nada. Ni yo mismo quiero estar aquí, ni tampoco en ninguna otra parte. Ojalá se hubiera acabado toda esta maldita mascarada, ojalá estuviera muerto».

Tendida en la cama, Gertrude había empezado a llorar de nuevo. Lloraba en silencio, de puro cansancio. Era como una función natural. Estaba tumbada sin fuerzas, incapaz siquiera de levantarse a buscar un pañuelo seco. Aquel con el que inútilmente trataba de secarse la cara estaba tan mojado que, de haberlo exprimido, podría haberle sacado algunas lágrimas. Le escocía la cara de tanto llorar.



Estaba enferma y mareada de dolor.

Desde la muerte de Guy, se había contemplado a sí misma mientras sufría, se había visto a sí misma tratando de sufrir, luego muy gradualmente tratando de no sufrir, tratando de recuperarse, tratando de querer vivir. Ahora, en aquel lugar, tan lleno de Guy, tan lleno de sus pensamientos y sus maneras, de su sabiduría y su felicidad, parecía haber estado sobreviviendo bastante bien. Incluso había soportado, sin demasiado dolor, ver a Tim Reede conduciendo la bici de Guy. Y ahora todos los pequeños tejidos y tentáculos que formaban parte de su recuperación se habían desgarrado. Había vuelto a caer en la mortal tristeza de antes. Pensó: «Ya nunca me recuperaré. Esta es la prueba definitiva».

La presencia de Tim Reede no le había preocupado en absoluto. Pensándolo bien, se alegraba de que estar acompañada, de no encontrarse sola en Les Grands Saules. Nunca había estado sola en esa casa. Guy siempre había estado allí con ella. Ni siquiera, pensaba, había salido nunca a caminar sola; únicamente con él. Es más, ahora se daba cuenta, siempre les había tenido miedo a aquellas rocas, a aquel campo tan silencioso y vacío. Guy la había defendido de ese miedo, igual que la había defendido de todos los miedos habidos y por haber.

Tim resultaba de utilidad porque era alguien ante quien debía mantener las apariencias. Y había, pensaba Gertrude, otro beneficio añadido que se derivaba del propio egoísmo extremo de Tim: su incapacidad y su falta de tacto para ser debidamente solemne habían tenido cierto efecto alentador en ella; aquel simple enfrascamiento en sus propios intereses, aquella carencia de todo deseo invasivo de consolarla, de adueñarse de ella, de examinarla. Se sentía aliviada por el desinterés de Tim hacia sus problemas, por su descarada habilidad de empeñarse en mirar a cualquier otro lado. Su egoísta jovialidad le proporcionaba algo así como espacio, un descanso de la pesadez de ser compadecida y cuidada. Solo ahora, cuando ya había escapado de todo eso, se daba cuenta Gertrude de lo cansada que estaba del atento interés y de la abnegada compasión de aquellos a los que había tenido a su alrededor; una compasión que se le antojaba, en muchos casos, poco sincera. ¿Cuánto le importaba de verdad a Janet Openshaw, o incluso a Stanley, la muerte de Guy? Simplemente les hacía pensar en el día en que sus hijos heredarían su dinero a través de Gertrude. ¡No era de extrañar que Rosalind Openshaw escribiera cartas tan espléndidas, compasivas y cuidadosamente redactadas! Gertrude apreciaba ahora hasta qué punto la familia de Guy no era su verdadera familia. De todos modos, la gente siempre se complace con las desgracias y las tristezas de los demás, a no ser que ellos mismos estén profundamente apenados. ¿Qué le importaba todo aquello a la señora Mount, o a Gerald, o a Victor, o a Balintoy (otro espléndido redactor de cartas)? Sylvia Wicks ni siquiera había llegado a escribirle. ¿Qué le importaba todo aquello a Manfred? Una vez, cuando estaban sentadas en un café mientras Manfred aparcaba el coche, la señora Mount, parloteando para pasar el rato, le había revelado (algo que Gertrude jamás había sospechado, pero que la señora Mount evidentemente daba por supuesto que sabía) que Guy y Manfred nunca se habían llevado muy bien, que siempre habían mantenido una relación llena de rivalidad y suspicacias. A Gertrude ahora le parecía recordar que Guy, sobre todo después de caer enfermo, había demostrado sentir cierta animadversión hacia

Manfred. Probablemente, Manfred se alegrara en secreto de la muerte de Guy, pues les había hecho sombra a todos ellos. Su evidente superioridad debía de haberles fastidiado. ¿Por qué había pensado Gertrude que lo querían y lo veneraban tanto? Le tenían envidia, y su evidente distinción los había hecho sentirse inferiores. Solo el Conde había querido sinceramente a Guy, y ahora lo echaba sinceramente de menos. Y Anne, su querida Anne, se había dolido sinceramente con el dolor de Gertrude, se había preocupado sinceramente por ella y la había atendido. «Sin embargo, incluso Anne —pensaba Gertrude—, ¿cómo podría no haberse alegrado de alguna manera de que, justamente cuando regresaba al mundo, allí estuviera yo necesiéndola tanto? ¡Debió de alegrarse, debió de resultarle tan satisfactorio y tan gratificante haber sido capaz de desbancar a los demás y ocuparse de mi cuidado!»

Cuando su llanto empezó a remitir, a Gertrude se le vino a la mente aquella querida cabeza, la estilizada cabeza de pelo rubio platino cortado a cepillo, aquellos ojos rasgados, inteligentes, verdiazules. ¡La brillante y fuerte Anne Cavidge! ¡Qué camino tan largo habían recorrido juntas desde aquella noche en que Anne la telefoneó desde la estación Victoria! Y la recordaba, recordaba a Anne desnuda con la cruz alrededor del cuello, entrando en el mar como un alma en pena; y cómo las olas la golpearon, la revolcaron, casi la mataron ante sus ojos; y cómo ella se había lanzado a la espuma, dejándose zarandear repentinamente por las enormes olas, mientras el vestido se le pegaba a las piernas y entorpecía sus movimientos. Y esa agua enfurecida se mezclaba en su visión con el agua mortalmente rápida del canal y el cadáver abotargado del perro dando vueltas; la imagen que, de repente, había espoleado su dolor.

Gertrude se quedó sin respiración y tuvo que incorporarse, jadeando y resollando. Escurrió el pañuelo y se secó los ojos. ¡Anne le era tan necesaria! Pero ¿es que iba a marcharse? ¿Qué opinión tendría Anne de la vida de Gertrude? Le había dicho que necesitaba estar sola, había animado a Gertrude a ir a Italia con Manfred y la señora Mount. ¿Terminaría Anne volviendo a la muerte en vida del convento, después de todo? Gertrude recordó algo que le había dicho Anne, algo que era una medicina para su desesperación, sin duda: «Uno siempre puede vivir ayudando a los demás. Es un posible consuelo que siempre está ahí». «¿Podría yo vivir así —se preguntaba Gertrude— si Anne llegara a dejarme? Claro que no va a dejarme, eso lo sé. Pero no puedo existir para siempre solo a través de Anne. Eso no sería justo para ella.» Pensó: «He ayudado a Tim Reede. ¿Eso me consuela? Sí, en cierto modo. ¡Y qué extremadamente fácil ha sido! ¿A quién más podría ayudar? ¿A quién más podría hacer feliz? Alguien comentó que Sylvia Wicks tenía algún problema, no me dijeron cuál. Podría ayudar a Sylvia. Podría ayudar a la señora Mount. Podría ayudar al Conde». Se imaginó al Conde, tan delgado, tan derecho, mirándola desde arriba con sus atormentados ojos celeste claro.

Entonces, en un destello de lucidez, Gertrude comprendió una cosa: ¿por qué le había dicho Guy «si te casas con alguien, que sea con Peter»? *¿Porque quería eliminar a Manfred*, apartarla de aquella terrible elección, la elección de su rival! Que él estuviera muerto y ella en los brazos de Manfred, ¿era esa la pesadilla que había torturado a Guy, que lo había hecho clamar «quiero morir bien, pero ¿cómo se hace eso?» al final? En verdad no quería que se casara con el Conde: simplemente quería

que no se casara con Manfred.

—Me gustaría que me hubieras dejado cocinar —dijo Tim—. De verdad que *sé* cocinar.

El día del perro negro aún no había acabado; era de noche, y estaban cenando en el comedor.

Tras dejar el abatimiento entre las rocas, Tim había encontrado un lugar a la sombra donde había almorzado temprano. Comió poco, pero se bebió todo el vino que llevaba en la mochila y también el vino que quedaba en la cesta. Después, se quedó dormido. Volvió a la casa a las cuatro y media y llamó a la puerta de Gertrude para proponerle tomar un té.

Gertrude rehusó, pero por fin había logrado recomponerse. Se levantó y se aseó. Se quitó el arrugado vestido azul y se puso un vestido camisero café con leche de cuello abierto, más elegante. Se examinó su cara hinchada, se maquilló y se peinó el pelo, enredado y enmarañado de tanto nadar y llorar. Luego bebió un poco de whisky de la petaca que tenía en la maleta y se sentó un rato en una butaca del dormitorio con los ojos cerrados. Pensó: «Sí, Anne tiene razón. Me dedicaré a ayudar a la gente. Al menos, puedo darles algo de dinero. Y también ayudaré más a Tim». Pensó en él, en su inseguridad, en ese egoísmo suyo tan particular, en su infantil y animal autocomplacencia, en su ignorancia, en sus necesidades. Pensó: «¡Tim es tan *fácil* de ayudar!»; y se descubrió a sí misma sonriendo. A las seis y media, bajó y se llevó otro trago de whisky a la terraza. Allí se encontró a Tim observando a las hormigas. Ahora se disponían a cenar juntos.

La cena consistía en sopa de cebolla, morcillas con ensalada de tomate y un queso típico de la zona a las finas hierbas.

—Me temo que la cosa vuelve a ser muy sencilla —dijo Gertrude—. Podrás cocinar mañana cuando me haya ido. Ahora tienes que dejar que te prepare la comida. No sé hacer otra cosa. No sé pintar.

—¡Ni yo tampoco! —dijo Tim alegremente.

Cuando Tim oyó que Gertrude se ponía de nuevo en movimiento, y según el día avanzaba hacia la hora de la cena, fue recobrando la serenidad. Aquella extraña enfermedad-tristeza desapareció y dio paso a una alegría casi eufórica. Ante la perspectiva de la comida y de la bebida, siempre solía recomponerse. Estaba contento y, además, la sopa olía de maravilla.

—¡Me muero de hambre!

—Y yo —dijo Gertrude—. Espero que te haya ido bien el día. ¿Alguna vez te aburres en esos ratos tan largos que pasas pintando?

Tim pensó en tratar de explicarle cómo funcionaba la concentración de un pintor; y luego se limitó a decir:

—No. —Y añadió—: Siento que te vayas mañana. Ha sido tan agradable... Quiero decir...

—Yo también lo siento —dijo Gertrude—, pero tengo que volver.

«¿Por qué tengo que volver?», se preguntó.

A Tim se lo veía moreno y algo colorado. También tenía un aspecto un poco más rellenito, parecía un hombre completamente diferente del joven pálido y debilucho con cara de cordero degollado

que había acudido a Gertrude para insinuarle mediante diversas excusas que necesitaba dinero. Parecía más grande, más fuerte. Le brillaban los labios. Su barba afeitada relucía como un campo de cebada. El pelo rojo y rizado del pecho le asomaba por la parte desabrochada de la camisa. Al remangarse para disponerse a cenar, los brazos le brillaron con puntitos de luz.

Fuera estaba oscuro, pero aún era posible distinguir el paisaje. Las hojas con forma de pluma de los retorcidos olivos parecían desprender un brillo plateado, y las rocas conservaban una curiosa luz gris oscuro que parecía vibrar intermitentemente como una señal.

—Está oscureciendo muy rápido. ¿Enciendo la lámpara?

—Todavía no. Puedes ver la sopa, ¿no, Tim? Es que quiero mirar las rocas.

Tim pensó: «Quizá esta sea la última vez que Gertrude mire esas rocas». Y dijo:

—Ojalá no te fueras. El mero hecho de comer y beber contigo, de volver a la casa y encontrar la mesa puesta... ha sido muy agradable. Te has portado muy bien conmigo. Me has entretenido mucho... ¡Perdón, eso no ha sido un piropo muy elegante!

Gertrude se rio. Dijo:

—Hemos sido buenos compañeros.

Se tomaron la sopa en silencio. Gertrude apartó la morcilla, la ensalada y el queso. Llenó los vasos de vino tinto del país. Tim estaba en trance, mirando por la ventana. Dio un brinco cuando Gertrude encendió la lámpara y el paisaje del exterior desapareció. Fijó sus ojos en ella y distinguió el trazo de sus lágrimas. Aun así, su pelo fuerte y rizado lucía un brillo heroico.

—Te parecerá una tontería —dijo Gertrude—, pero es que no soy capaz de recordar cómo entraste en nuestras vidas, es decir, cómo te conocimos.

—A través del tío Rudi. Era amigo de mi padre. Luego fue algo así como mi tutor.

—Ah, sí. Tu padre era músico, ¿no? ¿No era compositor?

—Algo así. Yo no llevo la música dentro.

—¿Y entonces el padre de Guy se convirtió en tu tutor cuando el tío Rudi murió?

—Sí, y después Guy. Tu familia se ha portado estupendamente conmigo —añadió.

—Y eres hijo único, como yo y como Guy, ¿no es así?

—No... —Tim tuvo que hacer una pausa. «Estoy tremendamente sensible esta noche», pensó. Vio la cara de Rita con mucha claridad, primero riéndose; tenía un pelo rojo fuego que le caía alrededor de la cara en rizos despeinados y unos ojos azules idénticos a los suyos. Después la vio pálida, triste, delgada, tremendamente delgada, con mucho miedo en unos ojos que rogaban vivir, pero que estaban rodeados de una creciente oscuridad. Su repentina muerte había sorprendido a todo el mundo. Le parecía que él había sido la única persona que de verdad se había dado cuenta de lo poco que comía, de lo delgada y lo débil que estaba; y él no lo había comprendido. Después de un momento de silencio, dijo—: Tuve una hermana. Falleció cuando yo tenía catorce años. Murió de anorexia nerviosa.

—Oh, lo siento —dijo Gertrude—. Oh, lo siento tanto... —Apartó la mirada.

Tim se sirvió otro generoso vaso de vino.

—Y tus pobres padres, ellos debieron de quedarse...

—Ah, mis padres... Lo cierto es que mi padre se quitó de en medio cuando éramos muy pequeños. Mi madre murió cuando yo tenía doce años. Vivíamos con el hermano de mi madre en Cardiff. Fue horrible. Pero, bueno, no importa. Lo siento, no nos pongamos a hablar de eso...

—Lo siento, Tim...

—No, no, perdóname tú. En cierto modo sí que quiero hablar de aquello. Nadie me ha preguntado nunca... ¡Fui tan cruel con mi madre! Ahora me doy cuenta. También ella era música, ¿sabes? —De pronto recordó el sonido de la flauta de su madre, un sonido siempre tristísimo que se fue oyendo cada vez menos según pasaban los años.

—¿Era infeliz?

—Estaba angustiada y tenía muchas preocupaciones, y eso los niños lo detestan. Los niños son *terribles*. En casa no había mucho dinero. Adorábamos a nuestro padre porque no estaba involucrado en el desastre que eran nuestras vidas.

—¿Y tu padre?

—Desapareció. Se mató en un accidente de tráfico cuando vivíamos en Cardiff. Más adelante, por supuesto, escapé y me fui a Londres; y pasé a pertenecer a tu familia!

—A la familia de Guy, mejor dicho: yo no tengo familia. Quiero decir que yo era hija única. Mi padre se marchó de Escocia y perdió el contacto con todo el mundo. Era de Oban. Mi madre era de Taunton. Los dos trabajaban de maestros de escuela y llevábamos una vida itinerante, como si estuviéramos en el ejército. Mis padres no tenían mucho dinero. Todo era de lo más sencillo y tranquilo.

«No sé por qué le estoy contando esto ahora —se dijo Gertrude—. No he pensado nada parecido en años. Simplemente fui absorbida por la vida de Guy, por su familia, por su mundo. Ese ha sido mi hogar. Ahora carezco de hogar. Nunca pensé que hubiera tenido una infancia triste (desde luego, me mimaban y era feliz); sin embargo, de repente eso es lo que parece.»

—Yo siempre había pensado que eras más o menos rica y distinguida, igual que Guy. ¡Perdona, esta noche no dejo de meter la pata!

—No, no, Tim. Di lo que quieras. ¡Es bueno hablar! Creo que voy a cerrar las puertas: empieza a hacer frío y están entrando las polillas.

Gertrude cerró las puertas de cristal y de repente los envolvió el oscuro y brillante espejo en que se habían convertido las ventanas. Tim vio la mesa, las dos figuras sentadas frente a frente, reflejadas en el cristal.

—Se está muy bien aquí —dijo Tim—. Es una pena que te vayas: estamos empezando a conocernos un poco. Ten algo más de vino.

—Gracias. No debes desaparecer de nuestras vidas, Tim. Debes seguir viniendo a Ebury Street, como de costumbre. Dijiste que pertenecías a...

¿Se mantendría Ebury Street?, se preguntaba Gertrude. Se imaginaba a sí misma recibiendo a *les cousins et les tantes* según pasaban los años. ¿Cuánto la valorarían una vez que el interés por su duelo

hubiera pasado? ¿Pero acaso tenían ellos que *evaluarla*? Miró el mantel rojo, el pan partido y el vino.

—Ah, sí, gracias. ¿Tus padres viven todavía?

—No. Mi padre murió poco después de que empezara a trabajar... ¿Sabes que yo también era maestra de escuela?

—Ah, sí. ¡*Eso sí lo sé!*

—Dios mío, mi madre se murió justo antes de que me casara. Conoció a Guy. Le dio algo... repentino...

Por un momento, Tim pensó que Gertrude iba a echarse a llorar otra vez. Ella hizo un amago de cubrirse el rostro con las manos; pero el momento pasó.

Gertrude pensó: «Fue tan tremendamente triste que, así sin más, Guy y mi madre no llegaron a disfrutar el uno del otro. ¡Podríamos haberla hecho tan feliz! No me esforcé lo suficiente por ella después de que papá muriera. Ay, ¿por qué estoy pensando estas cosas ahora? Todo se está deshaciendo, se está *deshilachando* ante mis ojos. Toda mi energía, toda mi juventud, fue a parar a Guy, como si Guy hubiera inventado mi juventud. Fui a parar a Guy como Anne fue a parar al convento».

—¿Tuviste muchos amantes antes de Guy? —preguntó Tim. Pensó: «¡Debo de estar borracho!».

—No. Nunca me enamoré de verdad hasta que conocí a Guy: antes simplemente estaba confundida y descontenta.

«Entonces comenzó la certidumbre. Y esa certidumbre ¿se ha esfumado ahora? ¿Acaso no me hizo Guy? Pero, entonces, ¿soy permanente?»

«Qué guapa es —pensó Tim—: una dama artúrica, una muchacha heroica sacada de un cuadro romántico, con su elegante cara, su soberbio pelo y sus puros y sinceros ojos marrones.» Tenía la piel radiante y, cuando se ponía a reflexionar, le brillaban los ojos. Su boca se torcía en un mohín pensativo; sus labios tenían un aspecto delicado. La cara demacrada que Tim le había visto antes había desaparecido, como si una fuerza interior estuviera moldeándola, proporcionándole una tersura distinta. La melena veteada le brillaba a la luz de la lámpara como si cada cabello tuviera una línea y un color propios: marrones y dorados, tonos rojos, tonos grises. Unos pocos mechones le caían alrededor del cuello y le rozaban la nerviosa mano bronceada con la que se estaba ajustando el cuello del vestido. El color café con leche claro de la prenda realzaba lo mucho que ya le había dado el sol. Tim pensó: «¡Está tan *viva*, es tan sólida y auténtica! ¡Cómo le brilla el pelo y de qué marrón tan puro y maravilloso son sus ojos! Jamás había visto a una mujer de ojos tan hermosos. Se está recuperando. Qué alegría». Quiso decir: «Estás recuperándote. Qué alegría»; pero dijo:

—Estás preciosa. Qué alegría.

Gertrude sonrió, luego lo miró fijamente, después desvió la mirada. Se puso a jugar, ya menos ausente, con las miguitas de pan que había en el mantel.

«¿Qué me pasa?», pensó Tim. Una especie de pensamiento, o quizá fuera un pensamiento de verdad (¿qué era?), había venido a llenarle por completo la mente, como un cometa que, acercándose veloz, llenara de repente todo el cielo. De un momento a otro iba a producirse algún tipo de

estallido o cataclismo, iba a llegar el fin del mundo. El pensamiento, o más bien el hecho, era que tenía que, simplemente *tenía que*, alargar el brazo por encima del mantel y tomarle la mano a Gertrude. Lo empujaba una inmensa fuerza cósmica, una fuerza cuyo poder, presente en él, le hacía sentir que se hallaba a punto de perder la conciencia. Alargó el brazo por encima de la mesa y tomó la mano de Gertrude.

Respirando muy hondo, Tim bajó la mirada al mantel rojo, a los trozos de pan que había justo al otro lado de su plato. Ahora que le había tomado la mano a Gertrude, aquella terrible presión parecía haber disminuido por el momento. Había hecho lo que tenía que hacer, lo que el cosmos le dictaba hacer. Él ni siquiera era responsable de sus actos. Se había movido como un dócil autómatas. Casi se sentía impersonal, como si fuera un ingeniero que trabajara a solas en una gran sala de máquinas y que hubiera tirado, de forma rutinaria, de una palanca terriblemente importante.

Gertrude se miró sorprendida la mano que, como un animalito cautivo, estaba apresada con firmeza dentro de la de Tim. Miró el brillante vello pelirrojo del dorso de su mano y la mancha de pintura azul que brillaba en el puño desabotonado de su camisa. Por un momento, no supo qué hacer. Entonces retiró los dedos. Las dos manos se separaron. Tanto Tim como Gertrude se enderezaron en sus asientos y se miraron fijamente el uno al otro.

Tim se agarró las manos alrededor de una de sus rodillas. Sentía que le ardía la mano derecha, aquella con la que había tomado la de Gertrude. La mantuvo con cuidado dentro de la mano izquierda. Miró directamente a Gertrude haciendo gala de una calma asombrosa. Tenía la sensación de que los ojos se le habían vuelto enormes, como grandes lámparas de luz suave. Había hecho lo que tenía que hacer y ahora, pasara lo que pasara, nada podía afectarle. Su sustancia había mutado: se había convertido en algo distinto. Sentía la boca relajada, el cuerpo entero relajado; sus mansas manos cómplices, relajadas. Estuvo a punto de sonreír. Miraba fijamente a Gertrude.

Entonces, con cierto distanciamiento y objetividad, se puso a pensar, pero con mucha lentitud, con mucha tranquilidad: «Pobre Gertrude, ahora se siente *incómoda*. Pero esto tenía que pasar y (¡qué maravilla!) lo demás carece de importancia. ¡Soy tan feliz! De un momento a otro, tendré que empezar a disculparme diciendo que estoy borracho o algo así. Pero no importa». Gertrude frunció el ceño y bajó la mirada. Se llevó otra vez la mano al pelo y empezó a jugar con el cuello del vestido. Se la veía ruborizada, casi asustada.

Tim, en un tono prosaico, dijo:

—Lo siento muchísimo. Espero no haberte sobresaltado. Me ha sobrevenido de golpe.

—En absoluto —dijo Gertrude.

«Este momento desaparecerá —pensó Tim—, se perderá para siempre. Pero, al menos, lo que esto es en sí mismo nunca llegará a desaparecer, porque *esto* es eterno. Sin embargo, este momento tan largo sí acabará. Y entonces *yo* estaré perdido.»

—Te pido disculpas —dijo Tim.

—Por favor —dijo Gertrude—. Me hago cargo de que ha sido... —Movi6 la silla ligeramente.

Tim suspir6 y se llev6 las manos a los ojos.

Hubo otro momento de silencio.

«¿Qué es esto? —pensó Gertrude—. ¿Por qué me siento tan conmocionada? Me noto fría y enferma, me noto mareada. ¿Ha habido un terremoto? Algo misterioso está pasando. ¡Qué azules son sus ojos y con qué intensidad me mira! Debo hacer algo, pero ¿el qué?»

—¡Qué estúpido soy! —dijo Tim—. Tienes que perdonarme, pero, antes de que me des las buenas noches, simplemente debo decirte que creo que me he enamorado de ti. Y que conste que no es cosa de la borrachera ni nada de eso. De verdad te pido disculpas...

«Tenía que decirlo —pensó—. Tenía que decirlo, igual que se dice aquello que te podría llevar a la muerte, pero que a pesar de todo debes decir; algo así como una declaración. Pero *soy* estúpido y *estoy* borracho. ¡Y qué difícil va a resultar todo a partir de ahora! La gloria ya ha pasado, como en una especie de destello atómico. Ha durado muy poco. Ahora ya no queda nada, salvo el dolor. Me he enamorado. Nada puede ser más cierto que eso.» Y dijo:

—Creo que ahora me voy a acostar, Gertrude.

—No te vayas todavía. Toma un poco más de vino. —Gertrude le sirvió vino en el vaso. Sostenía la botella con las dos manos; pero incluso así se le derramó un poco en el mantel.

Tim no pudo resistirse a la imagen del vaso lleno de vino. Bebió. Pensó: «Me quedaré sentado en silencio uno o dos minutos más y después me iré». Movi6 la silla ligeramente hacia atrás. Bajó la mirada al suelo y examinó las vetas de la madera. Se sentía humilde y miserable, orgulloso, triste y solo, pero también como si le hubiera sido otorgada una especie de grandeza.

Gertrude parecía estar debatiéndose por decir algo. Dos veces la oyó coger aire como para empezar a hablar. Finalmente dijo:

—Tim..., querido Tim...

—Oh, no te preocupes —dijo Tim—. Simplemente te quiero. No tiene importancia. Por favor, no te sientas obligada a hablar de ello. Voy a irme dentro de un momento. ¿Por qué no iba a quererte? Es solo un hecho. Y eso no cambia nada de lo que hay en el mundo. Es bastante inofensivo. No tiene importancia.

La silla de Gertrude volvió a chirriar. Tim pensó que se iba a retirar e hizo ademán de levantarse. Pero entonces vio que ella rodeaba la mesa, y él se volvió a sentar.

Gertrude cogió otra silla y la arrastró junto a la de Tim. Se quedaron sentados el uno al lado del otro, algo incómodos.

—¿Qué está pasando? —preguntó Tim despreocupado, casi con brusquedad.

Gertrude pensó: «He llegado al límite, he cruzado el límite. Tengo que acercarme a él. Tengo que tocarlo. Tiene que ser en este preciso instante y es absolutamente necesario; pues todo, todo lo que hay aquí, todo se reduce a *Tim*. Todo lo que necesito está aquí, no queda nada fuera, y tengo que actuar ya, tengo que moverme. Debo tocarlo, pero ¿cómo? Me siento tan mareada, tan desconectada de todo, tan inconexa; es como si me hubieran arrancado las extremidades y me las hubieran recolocado de manera equivocada». Sin mirar a Tim, se volvió hacia él y, con un gesto de abandono, apoyó la mano en la mesa.



Tim le tomó la mano y empezó a besársela. Se la besó con humildad, con suavidad, con reverencia, con avidez, con voracidad, como si estuviera comiendo sagrado maná. Le dijo:

—Te quiero.

—Creo que yo también te quiero —respondió Gertrude.

Tim se cubrió los ojos con la mano de ella: sintió de nuevo aquel destello de luz aniquilador e inconcebible. Después le volvió a apoyar la mano en la mesa y apartó su silla un poco de Gertrude. Respiraba con la boca abierta, tirándose del cuello de la camisa. Entonces dijo:

—Querida Gertrude, tú no te refieres a lo mismo a lo que me refiero yo. No me has entendido. Bueno, no importa. No pasa nada. Tú estás borracha, yo estoy borracho. Y aquí has estado sometida a una presión tremenda. Démonos ahora las buenas noches, y ya mañana nos diremos adiós con la mano. Hemos sido unos buenos compañeros, como bien has comentado. Te estoy muy agradecido por ello. No dejes que mi estúpida declaración lo eche todo a perder. Sí, te quiero; y siento tener que seguir diciéndolo. Pero tú no tienes que hacer nada. Ni siquiera tienes que ser amable conmigo.

—No estoy siendo amable contigo. No seas tonto —dijo Gertrude—. Pero puede que tengas razón y debamos irnos a la cama y dormir y... despejarnos y...

Pero seguían allí sentados, como en trance, aterrorizados, respirando hondo, hechizados en sus sillas. Sus caras expresaban la más terrible gravedad, como quienes esperan noticias de una ejecución. Sin embargo, al mismo tiempo era como si cada uno por su lado estuviera haciendo cálculos a la desesperada. Tim sirvió un poco más de vino. Movié la silla para ponerla paralela a la mesa. Se quedó mirando el perfil de Gertrude.

Gertrude observaba fijamente el grabado de Munch de las niñas sagradas en el puente. Pensó: «Tengo que besarlo. Aunque sea lo último que haga en este mundo. Tengo que hacerlo». Era como un deber ante el que temblaba y se estremecía. Notaba sus mejillas ardiendo, notaba que Tim la estaba mirando. Volvió también ella su silla, colocándose frente a él. Las rodillas de Gertrude tocaron las rodillas de Tim.

Tim la agarró con torpeza, poniéndole un brazo alrededor de la cintura y el otro alrededor de los hombros, y tiró de ella hacia sí. La observó muy de cerca, sus ojos brillantes y asombrados, su boca húmeda. Luego los dos se pusieron de pie. Lo demás vino solo: se entrelazaron sus cuerpos, se entrelazaron sus brazos, se cerraron sus ojos. Permanecieron así un rato. Luego, Tim la movió un poco, él mismo se apartó ligeramente y la besó con un beso lento y suave. Después la soltó, ella dio un paso atrás y se quedaron así un momento, sumidos en un extraño y tranquilo recato. Gertrude se alisó el vestido.

—Tim, ahora me voy a ir a la cama... No quiero volver a verte esta noche... Quédate aquí un rato. Hablaremos por la mañana. Buenas noches.

Tim se inclinó ante ella. Fue la reverencia más extraña que hubiera hecho jamás. Después Gertrude desapareció. Él se sentó y se dispuso a acabarse el vino. Miró en dirección a la ventana negra y brillante sin cortinas y se vio a sí mismo reflejado en ella, un hombre sentado a solas. Se remitió la camisa, se la abotonó y contempló su reflejo. Pensó: «Esas antiguas y silenciosas rocas nos han estado

observando. Todos los dioses y los demonios del valle podrían haberse agolpado alrededor de esa ventana para observarnos. Quizá lo hayan hecho». Pensó: «Estaba borracha, pobrecilla. Por la mañana va a *odiarme*». Pero la mañana quedaba todavía muy lejos. Tomó más vino. Estaba mareado, flotando, prolongando un éxtasis que no le resultaba del todo incomprensible. Oía a Gertrude dando vueltas en la planta de arriba. Luego se hizo el silencio. Entonces se levantó de la mesa, apagó la lámpara y subió rápida y calladamente las escaleras.

Tim pensó que iba a pasarse toda la noche en vela, pero no tardó en conciliar el sueño, como cualquiera que haya estado trabajando mucho y bien. Cayó en un profundo abismo de oscuro goce, sin sueños. También Gertrude pensaba que no iba a dormir, pero no fue así. Se durmió pronto y soñó con Anne.

Cuando Tim Reede se despertó, estaba acostado bocarriba. Era de día y un pájaro cantaba en el exterior. Al principio pensó que se encontraba en su estudio sobre el garaje, cerca del cual había un jardincito con árboles donde los pájaros solían ir a cantar. Mientras seguía tumbado escuchando al pájaro, lo recorrió una profunda y emocionante corriente de felicidad. Tomó conciencia de esa felicidad y de lo inusual y asombrosa que era. Quiso volver a dormirse. Entonces pensó: «Estoy en Francia». Y entonces pensó: «*Gertrude*».

Se incorporó y sacó los pies de la cama. Escuchó. Silencio. Con una prisa desesperada, se levantó y se deslizó de puntillas hasta el cuarto de baño. La habitación de Gertrude tenía su propio cuarto de baño independiente, de modo que no había peligro de encontrarse con ella. Se lavó, se afeitó y se cepilló los dientes. Volvió sigilosamente a su dormitorio y se vistió. La corriente de felicidad se había convertido en una corriente de puro miedo. Tenía que averiguarlo, tenía que saberlo. Pero, ¡Dios!, Gertrude probablemente estuviera dormida todavía. Aguzó el oído de nuevo. Silencio. Se peinó. La angustia y el terror le provocaron tantas náuseas que estuvo a punto de vomitar.

Se acercó a la ventana. Gertrude, con el vestido café con leche claro, estaba de pie en el pequeño prado, entre las flores azules, con la mirada vuelta hacia las rocas; el lado más cercano de estas seguía todavía en sombra, a pesar de que el sol, que brillaba por detrás de las cumbres, ya había llenado el valle de colores.

Tim no la llamó. Echó a correr, casi cayéndose por las escaleras, y siguió el camino más rápido para salir, a través de la galería arqueada del comedor y por la terraza. Gertrude se había vuelto hacia él. Tim dio un traspie en la hierba florida. Luego se quedó allí plantado, a cierta distancia, extendiendo las manos hacia ella.

—Gertrude...

—Sí, sí, todo va bien.

—¿Qué va bien? ¿Qué quieres decir?

—*Eso* sigue ahí.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Tim. Y luego dijo—: Pero *¿qué* es lo que sigue ahí? ¿Qué significa *eso*?

Se pasaron la mañana reunidos en un cónclave. «Cónclave» era la palabra que mejor expresaba el extraordinario, intenso y cuidadoso coloquio que, bajo la presidencia de Gertrude, tuvo lugar aquella mañana. No hubo, por deseo de Gertrude, ningún beso, ningún abrazo. Esa abstinencia contribuyó no poco a la emocionante calma del debate. Ahora estaban sentados no en el salón, sino el uno frente al otro en la mesa de caballetes de la galería arqueada, al exterior del comedor. Se hallaban justo a la sombra. Ninguno planteó la posibilidad de desayunar.

Departieron con aparente claridad, planeando sobre un silencioso caos de atónito miedo. Los dos querían calmarse, tranquilizarse, decirse: «No pasa nada». Y, al mismo tiempo, los dos se sentían dominados por una meticulosa, casi vergonzosa, cautela; por un angustioso afán de hacer las cosas en el momento justo; por el deseo de no ir demasiado deprisa, de no ir demasiado despacio, de no decir nada hiriente o impertinente o desconsiderado o inapropiado. Los asaltaban enormes dudas metafísicas sobre si el uno habría entendido de verdad lo que el otro pensaba o quería. Había momentos en que tartamudeaban y se confundían el uno al otro, en que se examinaban y se quedaban callados de una manera terrible, consternados, mirándose fijamente de lado a lado de la mesa. Tenían que averiguar qué había pasado, o, mejor, no averiguarlo, ni siquiera explicarlo ni aclararlo, sino simplemente hacerlo llevadero envolviéndolo en una red de palabras corrientes. Y *discutían* casi sin saber de qué estaban discutiendo.

—Fue un momento maravilloso cuando llegaste dando zancadas a través del crepúsculo aquel primer día.

—Crees que fue profético, pero tú no viniste aquí a verme.

—Y tú tampoco querías que yo viniera aquí.

—Eso es agua pasada. Hemos sobrevivido a la noche. ¿Sobreviviremos al día?

—Debemos *pensar*...

—Preferiría que no pensaras. Esto no podría haber pasado en Ebury Street.

—Deja de decir eso.

—Imagina que no te hubiera tomado de la mano.

—Dijiste que tenías que hacerlo.

—Pero imagina que no lo hubiera hecho.

—Pero lo hiciste.

—Es porque estamos aquí.

—«Porque estamos aquí» no tiene por qué significar que solo se deba a que estamos aquí.

—Acabarás reaccionando, sentirás aversión, de repente me verás como...

—No...

—Estás conmocionada. Has estado sometida a demasiada tensión. La gente en situación de estrés se pone enferma, se vuelve un poco loca, hasta puede llegar a imaginar que se enamora. Es presa de enormes ilusiones emocionales y suele cometer enormes errores emocionales.

—Ya veremos.

—Bueno, pues yo estoy *aterrorizado*.

Gertrude se inclinó y le tocó el dorso de la mano con una especie de rápido golpecito, como cuando uno toca a alguien para mantenerlo despierto.

—De acuerdo —dijo Tim. Tenía la boca seca—. Ya veremos. Pero tengo la impresión de que un dios está jugando con nosotros.

—No dejas de intentar convertir lo que ha pasado en una cosa distinta a la que es.

—Pero ¿qué es lo que ha pasado? No irás a decirme...

—Tim, no sé qué decir. Pero estoy segura...

—Lo siento. No tienes por qué comprometerte a nada. Solo quiero decir que es algo tan inestable, tan irreal... Todo esto puede revertirse. Puedes revertirlo tú misma, simplemente diciendo: «No volveremos a hablar de esto. Adiós».

—¿Pero yo no estoy diciendo eso!

—Y yo tendría que estar agradecido, de hecho *estoy* agradecido. Pero, querida, estamos sumidos en un sueño del que terminaremos despertando. Es demasiado bueno para ser verdad.

—Ay, Tim, vale ya. Ya hemos hablado de eso.

—Vaya, es increíble. Me acabo de acordar.

—¿De qué?

—El día que te bañaste en la poza (parece que fue hace cien años), me quedé dormido de la manera más extraña, y tuve un sueño y lo olvidé... Y lo que soñé fue que te tenía entre mis brazos. Esa es la prueba definitiva.

—¿La prueba definitiva de qué?

—De que todo es cosa de este lugar, de este paisaje. Estamos hechizados. Pero, en cuanto nos vayamos, todo se desvanecerá. Descubrirás que simplemente soy un tipo aburrido con orejas de burro. Gertrude, te estás engañando. No puedes quererme: carezco de educación, no soy inteligente, no sé pintar, me estoy quedando calvo...

—Oh, no seas tan destructivo. Nos ha pasado algo, eso es indudable. ¿No puedes, simplemente, mantenerte fiel a ello el tiempo suficiente como para averiguar lo que es?

—¿Eres tan valiente! Tengo la sensación de que, si ahora pierdo esto, lo que quiera que sea, me moriré. Antes podía vivir sin ello, pero, ahora que está aquí, *si es que* está aquí...

—Tim, hay algo que no te he preguntado, quizá no sea necesario, pero es que quiero estar segura: ¿tienes alguna atadura..., alguna chica..., o algo por el estilo...?

Las mentiras de Tim normalmente le venían a los labios con tal rapidez que apenas se daba cuenta de que mentía. En esta ocasión, dudó un segundo antes de responder:

—No. No hay nadie así en mi vida.

—Me alegro.

«¿Debería haberle hablado de Daisy? —se preguntó Tim—. Mejor que no. ¿Cómo iba a poder explicarle lo de Daisy? Ya de entrada, le habría dado una impresión equivocada y, de alguna manera, lo habría echado todo a perder. No puedo mencionar a Daisy sin que parezca importante en un sentido en que no lo es. En verdad, Daisy y yo nos rendimos hace años, lo nuestro no es como una

relación real. Además, puede que todo esto con Gertrude solo sea un sueño, y, por el momento, no hay necesidad de pensar qué decir.»

Dijo:

—Gertrude, soy un mentiroso tremendo.

—¿Quieres decir que...?

—Te dije que hablo francés, pero no es cierto.

—Me alegro de que me lo hayas dicho. Yo podría enseñarte un poco...

—No, no me lo enseñarás. No estaremos aquí. Tampoco estaremos en Ebury Street. No tenemos ningún sitio adonde ir, no tenemos ningún sitio donde encontrarnos: no somos más que un imposible. No podemos estar juntos de la misma forma que lo están las personas reales. Gertrude, yo no soy auténtico: no puedes contar conmigo.

—Yo te haré auténtico. Debemos esperar y ver, y, mientras tanto, confiar el uno en el otro. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Ay, Dios... Pero ¿qué *hacemos* mientras esperamos?

Tim Reede se despertó. La dicha, la satisfacción más auténtica, se había adueñado de su cuerpo. Estaba desnudo, cubierto de sudor. Todo se hallaba en silencio. Respiraba hondo, y poder respirar era toda una alegría. Pensó: «Me siento más feliz que nunca, más que en toda mi vida. Me siento tan a gusto, tan pesado, tan calentito, tan húmedo, tan relajado... ¡Existo de veras, y eso es tan maravilloso!».

Abrió los ojos. Estaba tumbado en su habitación, en su estrecha cama, y Gertrude yacía, dormida, junto a él.

Era por la tarde, casi ya de noche. Lo sabía por la luz. Se deslizó de la cama, se puso de pie y miró a Gertrude desde arriba. Aquella tranquila cara dormida le pareció la de una extraña. Una mujer en su cama. Tim sentía una mezcla de asombro, ternura y miedo de que se despertara. La cara dormida había perdido algo de su característica expresión, cierta cautelosa dignidad protectora, y ahora parecía anónima e indefensa y dulce. El espeso pelo castaño de Gertrude lo ocupaba todo: cubría su frente y la almohada, le cubría parte de la cara, se movía con su respiración y le formaba rayas en el sudor del cuello. Sus prominentes clavículas resplandecían y brillaban con la humedad. Sus grandes pechos estaban pálidos. La Gertrude de Ebury Street, la diosa de la poza de cristal, se había vuelto a transformar en esa extraña y mágica muchacha de cabello castaño, de largas, pesadas y soñolientas pestañas, de manos relajadas y abiertas, y piernas encogidas.

Tim salió con cuidado, como lo había hecho esa misma mañana, ya que aquel asombroso día no había terminado aún. Se secó el sudor y se vistió. Bajó las escaleras sin hacer ruido. Se quedó de pie en la terraza y contempló el sol de la tarde, que hacía que las rocas se movieran, que respiraran, que se expandieran y se contrajeran muy suavemente como un organismo bajo el mar. Pensó: «Bueno, esto que ha pasado ahora no se puede revertir. Y, sin embargo, en cualquier momento...». Pero no quería concebir pensamientos tan aterradores. Sentía una felicidad apagada, cegadora y vacía. Y

también tenía mucha hambre. Le entraron ganas de bailar. Bajó hasta el césped lleno de flores y ejecutó unos cuantos pasos de Morris. Luego, con las manos en las caderas, bajó danzando hasta el olivar. Se paró allí y se quedó mirando las rocas. Cuando se dio la vuelta, vio que Gertrude estaba de pie en la terraza. Iba ataviada con una finísima prenda blanca que bien podía ser un camisón. Tim se puso a bailar en dirección a ella a través de la hierba sombreada por las flores.

Gertrude, como si pudiera oír la misma música silenciosa, bajó los escalones y se unió a la danza. Bailaban de manera instintiva, con las manos en las caderas, describiendo el serpentino y característico movimiento en zigzag de la danza *hay*.<sup>[29]</sup> Era como si estuvieran bailando entre otros bailarines, como si estos se dedicaran a pasar por delante de ellos dos dándoles la espalda. Y entonces, en medio de la pradera, solemnemente, sin sonreír, Gertrude y Tim se cruzaron el uno con el otro, llegaron a los extremos del prado y regresaron zigzagueando. Los pequeños pies descalzos de Gertrude resplandecían entre las flores azules. Era hacia aquellos pies tan veloces adonde miraba Tim cada vez que se acercaba a ella. Al fin cesó la música: la danza había concluido. Se fueron deteniendo y en el centro de la pradera se tomaron de las manos y sonrieron.

No habían almorzado. También almorzar había resultado imposible. Pero ahora la cena se presentaba como un festín. Se sirvieron un par de copas de vino blanco en la terraza, y pensaron en la comida que les quedaba. El pan se había puesto correoso, pero aún había unos cuantos tomates y cebollas y ternera picada en el frigorífico. Los dos tenían hambre, pero no había prisa. Se quedaron mirando la luna, grande y amarilla, que empezaba a brillar en el cielo todavía azul. Les llegaba, desde el fondo del valle, el ligero rumor de las ranas, que no hacían otra cosa que engullir. Para entonces, Tim y Gertrude ya apenas intercambiaban unas pocas palabras. Solo se tocaban tímidamente y se miraban con los ojos muy abiertos. Hablaron de la luna y de la extraña forma en que la luz reverberaba en las rocas y de lo cerca que estas parecían estar a esa hora del día. Contenían la respiración y bebían a sorbos la dulce alegría que les había sido concedida en el círculo mágico de aquel día.

Luego, cuando comenzó a oscurecer y a hacer más frío, se metieron dentro y Gertrude se puso a cocinar. Y, después, una vez que, hambrientos, se sentaron a comer, el debate del cóncave, como ambos ya esperaban, tuvo que volver a empezar.

—Eres un amante encantador, Tim.

—Tú también. ¿No es *asombroso*, no es casi *increíble* que nos haya pasado *esto a nosotros*?

—Sí...

—Nunca había experimentado nada parecido. Es mucho más intenso... Es..., es mitológico.

Gertrude guardaba silencio.

Tim pensó: «Pero ¿cómo es *capaz* de soportarlo?». Se sentía casi conmocionado. Se preguntaba: «¿Qué está pensando? ¿Cuándo le sobrevendrá la vergüenza?».

Y dijo, respondiendo a sus propios pensamientos:

—De acuerdo, esperearemos a ver qué nos depara esto. No quiero ser, como tú dices, «destructivo». Limitémonos a beber. Dejemos que esto dure lo que tenga que durar, como el baile. Me ha

encantado bailar contigo.

—Y a mí.

—Quizá nunca más volvamos a bailar juntos, pero al menos hoy hemos podido bailar ese baile entre las flores azules. Y ahora el cielo está oscuro y la luna brilla, y yo te quiero. ¡Oh, soy tan feliz! No me importaría nada morir mañana.

Gertrude se había quitado el vestido blanco (quizá, después de todo, fuera un camisón, ya que, como Tim había notado en el prado, no llevaba nada debajo) y se había puesto un vestido que nunca le había visto antes, una finísima túnica amarilla suelta con un estampado marrón de hojas de sauce. Se había peinado aquel pelo suyo de vetas tan variadas y se lo había arreglado con las manos. Estaba muy guapa, lejana y seria. Eufórico por la sensación de tener a Gertrude, Tim amaba y reverenciaba aquella lejanía, que ahora le recordaba, de manera tan incongruente, a la majestuosa dama de Ebury Street.

—Pues yo no quiero que te mueras mañana, Tim. Desde luego, yo no querría morir mañana.

—Bueno, ¿qué más da el mañana? Sí, ¡es asombroso! ¿No se quedarían sorprendidos en Ebury Street si supieran que te has echado un amante y que ese amante soy yo?

Gertrude frunció el ceño.

—Lo siento —dijo Tim. Su tono había sido incorrecto, y también su proceder. Ahora, de repente, se le apareció la cara de Guy, perpleja, amigable, con aquel gesto que tantas veces había esbozado al girarse hacia él. No había querido pensar en Guy, aunque en cierto modo no había resultado necesario excluirlo. Ese día, simplemente, había estado ausente. Pero Guy todavía existía y representaba, incluso en la muerte, otra circunstancia que tener en cuenta, un cierto aspecto de aquella *imposibilidad* de la que Tim se había lamentado anteriormente. No se preguntaba qué pensaba Gertrude sobre ese asunto, Gertrude la viuda. El peso de su viudez podría destruir demasiado pronto aquella dulce magia.

—No me he echado un amante —dijo Gertrude.

—Quieres decir que no volveremos a hacer el amor. De acuerdo. Me marcharé mañana. De acuerdo.

—Anda, Tim, vamos a hablar en serio...

—Estoy hablando en serio, total y absolutamente en serio. No te entiendo.

—Debes comprenderlo: no podemos tener una aventura.

—Sí, claro, está bien. Lo *comprendo*. Eso es precisamente lo que estoy diciendo. Ha sido mágico, ha durado un día, un día eterno, un día que siempre llevaré conmigo como una piedra preciosa. Y te lo agradeceré siempre, siempre, siempre. Pero..., Gertrude, ya no puedo ser menos de lo que hoy he sido. Quiero decir que las cosas no pueden volver, sin más, a lo que eran. No querría estar aquí contigo de esa manera. Ya simplemente no querría estar aquí. Y, por supuesto, no podríamos hacer el viaje de vuelta juntos. Acabo de entenderlo de verdad..., supongo..., en este preciso instante. Oh, Dios, si debemos dejarlo, y vaya si *debemos*, lo mejor será que me marche esta noche.

—Tim, no seas tonto.

—Está bien, no me pondré pesado ni dramático. Me iré mañana. Y me iré, ¡ay!, tan agradecido...

—Vamos, ya vale. Cuando he dicho que no podíamos tener una aventura, quería decir... que, si queremos amarnos..., entonces debemos casarnos.

Tim se quedó mirando sus solemnes ojos marrones. Luego se abrochó todos los botones de la camisa. Se bajó las mangas y se abrochó los puños, puso las dos manos sobre la mesa y se miró las muñecas. Estaba tratando de descifrar algo.

—Pero no podemos casarnos, así que no podemos amarnos ni tener una aventura.

—Por supuesto que podemos casarnos. Es perfectamente *posible* —dijo Gertrude con impaciencia—. Por eso es por lo que debemos esperar y ver qué tal nos va. Quiero decir que podemos seguir adelante, pero solo partiendo de eso, solo con esa idea, solo con eso a la vista. De lo contrario, en unas circunstancias tan extremas como estas, lo nuestro no podría llegar a ningún lado.

—¿Quieres decir que *contemplarías en serio la posibilidad* de casarte conmigo?

—¡Pues claro, bobo!

Gertrude se levantó y apiló ruidosamente algunos platos. Luego volvió a sentarse.

Tim seguía examinándose las muñecas. Se desabrochó los puños. Después alzó los ojos.

—Gertrude, ¿quieres casarte conmigo?

—Oh, Tim, Tim, cariño..., yo te quiero..., pero todavía no podemos saberlo. Es posible enteramente que tengas razón: puede que se trate de un hechizo efímero, de un delirio que ambos padecemos. Pero, si seguimos juntos, solo tendrá sentido si nuestra meta es el matrimonio. No podemos jugar con estas cosas: sería terrible, sería una traición, sería un crimen. ¿Estás dispuesto a seguir, durante un tiempo, y a atreverte, a aferrarte a esa esperanza?

—Y a arriesgarme —dijo Tim—. *Sí*. Pero, Gertrude, el riesgo... es tan terrible..., si fracasamos *ahora...*

—El riesgo... Piensa en lo que arriesgo yo... Piensa en el riesgo *moral* al que me enfrento. —A Gertrude se le llenaron los ojos de lágrimas. Lentamente, se las enjugó con una mano, mirándolo aún, casi fulminándolo con la mirada.

Tim no se movió. No estaba totalmente seguro de a qué se refería. Dijo:

—Cariño mío, si seguimos... Vale, tienes razón, no hay lugar para ningún «si». *Debemos* seguir y lo haremos. Y, puesto que vamos a seguir, ¿qué deberíamos hacer... con *ellos*?

—Lo he estado pensando —dijo Gertrude, y ahora su voz sonaba muy cansada—. No diremos nada todavía, al menos durante un tiempo.

—Quieres decir... ¿Mantenerlo en secreto?

—Sí. No me gustan los secretos, pero es mejor así.

—Mientras esperamos y vemos qué pasa, no queremos tener ningún espectador, ¿verdad?

—No. —Se miraron en silencio.

Gertrude estaba sentada junto al terraplén de la carretera. Su bicicleta se hallaba apoyada en una empinada loma llena de zarzas. El sol quemaba. En la cesta de su bicicleta había leche, huevos, café,



tomates, algo de queso, aceitunas y pan del día.

Estaba sentada en un montículo de hierba, con la espalda contra la pendiente, a la sombra de un albaricoquero. Se encontraba a media milla de la casa, en la desierta y silenciosa carretera, y estaba pensando. A esas horas de la mañana, Tim estaría ya pintando, así que podría haber tenido soledad suficiente para pensar durante el camino de vuelta a casa, pero prefirió quedarse sentada en la carretera, al lado de la bicicleta.

Ya habían pasado tres días desde el cóncave y el baile, desde el día en que se acostaron por primera vez. Habían hecho el amor más veces. Y efectivamente era, como bien había dicho Tim, sublime. Y mitológico, y asombroso, como también había dicho Tim.

A veces se decía a sí misma «¡En menudo follón me he metido!», como si usando ese lenguaje pudiera de alguna manera simplificar la situación y hacerla más normal. ¿Estaba hechizada? Aquella dulce magia aún perduraba en ella, e incluso se había vuelto más intensa y maravillosa. Se había mirado en el espejo y había visto a una mujer diferente. Recordaba algo que Guy solía decir (quizá fuera una cita) acerca de que la voluntad de uno cambiaba los límites del mundo y de que el mundo «crece y decrece como un todo».[30] Gertrude había cambiado su mundo, y todo en él era diferente. No solo se mostraba bajo una luz diferente, sino que era diferente en cada una de sus células, de sus átomos, en su núcleo profundo.

Estaba enamorada de Tim y Tim estaba enamorado de ella: de eso no cabía ninguna duda. Se trataba del verdadero, incuestionable y autoritario Eros, aquella inconfundible sacudida sísmica, aquella total concentración de todas las cosas en un ser necesario, misterioso, insólito y único, uno de los fenómenos más extraños que se puedan concebir. Ese acontecimiento constituía en sí mismo algo parecido a un voto, y ella se debía a esta realidad como a una nueva inocencia. Era como si hubiera recibido la absolución por todos sus pecados. Era dueña de una nueva percepción, todo su ser tarareaba con una sagrada certeza del amor. Amaba a Tim con pasión, con ternura, con risas y lágrimas, con todas las fuerzas *inteligentes* de su ser, aunque hubiera momentos en que era lo bastante racional como para preguntarse: «Bueno, ¿y qué consecuencias va a tener *esto*?».

Lo más extraño era lo puro y claro que se había mantenido todo aquel gozo en medio de la oscura, permanente y angustiada conciencia de sí misma como doliente, como viuda aún de luto. ¿Cómo casaban esas dos circunstancias? ¿Casaban siquiera? ¿O estaban simplemente yuxtapuestas de manera accidental? ¿O, en cierto modo, la una había causado la otra? Y, si era así, ¿había sido para bien o para mal? Tim había hablado de «ilusiones» que surgían de la «conmoción» o del «estrés». ¿Acaso había perdido la cabeza de tanta pena y se había lanzado a buscar consuelo en una fantasía desenfrenada? ¿Había *cambiado* su dolor? No estaba segura. ¿O bien, tan acostumbrada como estaba a querer a alguien, se había enamorado del primer hombre con quien, tras la muerte de Guy, se había encontrado verdaderamente a solas? ¿Cuánto puede tardar el pasado en perder su autoridad? ¿Cuál *es* su autoridad, de hecho? ¿Qué sentido tenía contar las semanas, los meses? ¿Qué papel jugaba el tiempo en el asunto? La magia de aquel lugar, el calor, las rocas, representaban quizá un enigma de rango menor. Tim no dejaba de decir que aquello no podía haber ocurrido en el distrito SW1 de

Londres, y desde luego era cierto. Pero cualquier amor puede surgir de una feliz casualidad. Era la relación con Guy lo que preocupaba a Gertrude; la preocupaba profundamente, y no solo por lo oscura y terrible que resultaba aquella pena, una pena que había quedado contaminada por la culpa.

Había venido a Francia a llorar a Guy, a enfrentarse a su sombra, a poner en orden los pobres y tristes restos de sus pertenencias, unos trozos de papel con su escritura que había quemado en la chimenea una mañana en que Tim estaba fuera, durante los días que ellos ahora llamaban «prehistoria». Había quemado aquellos restos. ¿Había venido entonces a llorar a Guy, pero también en cierto sentido a hacerlo desaparecer, para no tener que encontrarse de nuevo con sus reliquias? ¿Acaso había intentado, dado que su dolor era demasiado grande, borrar a Guy, y había creado así en su alma un hueco en el que después había entrado Tim? De ahí partían una serie de callejuelas del pensamiento que Gertrude no quería transitar. Le tenía miedo al terrible encarcelamiento de la culpa y de la obsesión, pues sabía que no traería nada bueno. Guy estaba muerto. Tim estaba vivo. No debía, llevada por una locura sentimental y autodestructiva, convertir aquello en una máquina que solo honrara a los muertos haciéndoles daño a los vivos. Había algo que, simple y llanamente, consistía en pasar el duelo. La verdad es que Guy habría entendido esos problemas muy bien.

Él le había dicho: «Deseo con todas mis fuerzas que seas feliz cuando yo me haya ido... Dejarás atrás estas sombras. Veo una luz más allá... La gente dice que eso de que “él habría deseado” no tiene sentido, pero lo tiene... Ten ahora la voluntad de complacerme en ese futuro en el que yo ya haya dejado de existir».

Y Gertrude había dicho: «Nunca volveré a ser feliz. Estaré muerta también, andando y hablando, pero muerta».

Y él, Guy, su marido, racional, fuerte, bueno, el hombre al que había amado y venerado, había dicho: «Me encantaría que te volvieras a casar».

De sus ojos brotaron lágrimas, lágrimas tranquilas y profundas procedentes de pozos profundos. Había pensado que le sería imposible vivir sin él. Sin embargo, estaba viviendo: se había enamorado de otro hombre, de un hombre que era todo lo diferente de Guy como podía serlo un hombre de otro.

¿Tenía algún sentido preguntarse «qué diría Guy»? Gertrude había vuelto a pensar en lo de Guy y Manfred. Ahora estaba menos segura de su teoría de que Guy hubiera propuesto al Conde como candidato para el matrimonio con el objetivo de alejar sus pensamientos de Manfred. Era algo plausible, sí. Sin embargo, ¿no sería eso impropio de su carácter? Gertrude notó que se mareaba un momento. Se sentía como si ya no lo conociera de verdad, no lo bastante. Todas las prudentes y buenas palabras de Guy eran también compatibles con la posibilidad de que, en verdad, no quisiera que se casara con nadie. No cabía duda de que había estado reflexionando sobre «los pretendientes» mientras yacía en su lecho de muerte leyendo la *Odisea*. Debíó de haberles pasado revista. ¿Había aparecido Tim en esa profética lista? No, Guy nunca habría pensado en Tim. Y ahora, si lo supiera, ¿se reiría y les desearía suerte? ¿Qué haría una sombra? ¿Acaso es posible imaginársela como algo distinto de un triste espectador?

Había no obstante una cosa que con toda seguridad Guy habría reprobado, y era la ocultación, las (porque en eso desembocaría) mentiras. «¿Qué pensarían ellos?» «¿Qué pensarán?» Tim repetía aquello casi frenéticamente, y esa reiteración angustiaba a Gertrude porque se veía obligada a admitir que también a ella le preocupaba. Los dos temían el momento en que su amor saliera a la luz. Una cierta sensación de secretismo y de conspiración había ido creciendo entre ellos, y les afectaba a ambos. Querían seguir *escondidos*. Y eso no era bueno. Habían decidido quedarse en Les Grands Saules, o al menos no habían hecho planes de marcharse. Aquello, por el momento, parecía sensato. Debían estar juntos, debían estar solos, poniendo a prueba una realidad que para ambos ya había quedado firmemente establecida. No había ni sombra de duda en las limpias miradas que intercambiaban. Pero aún quedaban más pruebas por superar, y habría tensiones y cambios. Desde cierto punto de vista, su situación resultaba obscena. Pero ¿acaso no era ese el punto de vista *generalizado*? Sí, su amor cambiaría. Ebury Street lo cambiaría. El matrimonio, si llegaba, lo cambiaría. Gertrude, afortunadamente (y daba gracias por ello), tenía las ideas muy claras respecto a la cuestión principal: no podía «jugar» con Tim. Si lo aceptaba, debía ser de manera eterna y absoluta.

—No me puedo imaginar el matrimonio —decía Tim.

—El matrimonio es inimaginable —decía Gertrude. Y sí, efectivamente, *ese* matrimonio era inimaginable.

La fuerza del «grupo» quedaba patente en el hecho de que ella y Tim, sentados mientras tomaban vino (estaban bebiendo bastante), hubieran hablado de todos ellos uno por uno, incluso hasta de las figuras más remotas del círculo, como Peggy Schultz, Rachel Lebowitz y los gemelos Ginzburg (uno era el conocido actor y el otro, el más simpático, trabajaba como abogado; eran parientes de la señora Mount). Por supuesto, Tim les tenía miedo. ¿Qué diría Moses? ¿Qué dirían en casa de Stanley Openshaw? ¿Qué diría Manfred? A Gertrude le resultó interesante saber que Gerald Pavitt se había portado bien con Tim y que Tim, por su parte, le profesaba un respetuoso afecto al astrofísico. Tampoco le sorprendió que Tim le tuviera miedo a Manfred y que los dos que mejor le cayeran fueran Balintoy y el Conde; especialmente el Conde.

La figura del Conde, pálida, delgada, con sus ojos de serpiente, cuadrándose de un taconazo, se alzaba ahora acusadora ante Gertrude. Su amor la había conmovido, le había agradado y en los últimos tiempos hasta la había consolado. Antes de que pasara lo que había pasado, había tenido muchas ganas de volver a verlo al regresar a Londres. Gertrude le había dicho a Tim:

—Debemos guardar esto en secreto —y después había añadido— hasta Navidad. —No le dijo (pero, por supuesto, Tim ya lo sabía) que esa era la fecha del primer aniversario. El respeto, la razón, la vergüenza, su plan de probar en privado cómo les iba parecían aconsejar una demora como aquella. Difundirlo en ese momento sería «demasiado pronto». Y, sin embargo..., a finales de año, el Conde le propondría matrimonio. Gertrude ya había llegado a esa conclusión por su cuenta. También él estaría aguardando, aguardando y observando; y, además, esperanzado. ¿Sería capaz de engañar al Conde, de permitirle que se hiciera ilusiones en vano construyendo sueños que cada

sonrisa suya alimentaría? Si no hubiera habido un Tim, ¿se habría enamorado del Conde? Gertrude desechó esa inútil pregunta. ¿Y si le hablaba al Conde de Tim y le hacía jurar que lo mantendría en secreto? No, eso sería imposible. ¿Y pasar todo aquel tiempo de espera allí, con Tim, o en otro lugar, sin ver a nadie más? Eso también sería imposible.

Y luego estaba Anne. ¿Se atrevería a mentirle a Anne? Tim había evitado el tema de Anne, y Gertrude suponía que su amado le tenía miedo también a ella. No podía verla más que como un poder ajeno en la vida de Gertrude. ¿Qué pensaría Anne? ¿Le parecería espantoso?, se preguntaba Gertrude. ¿Se pondría *celosa*? Eso era posible. ¿Acaso no había hecho que Anne contemplara una vida compartida, ellas dos viviendo juntas, envejeciendo juntas? Sí, así era; y Gertrude también lo había deseado, ardientemente. Recordaba sus charlas en Cumbria, sus paseos junto al mar, el rescate de entre las olas. ¿No tenía una obligación con Anne? No cabía la menor duda de que la *perdería*. De repente, esa idea le produjo un dolor intenso, y Gertrude decidió dejarla de lado. Anne había llegado a su vida cuando ambas se sentían abandonadas. Había perdido a su «familia» del convento, había perdido a su Dios. Quizá, incitada por la propia Gertrude, Anne siguiera pensando que ella y su vieja amiga de la universidad serían inseparables para siempre. Tales especulaciones le quitaban el sueño a Gertrude. Pero incluso para aquel asunto encontraba consuelo en la propia Anne: Anne Cavidge era racional y fuerte. Lo haría todo bien; viviría su propia vida; se quedaría cerca de Gertrude para siempre, y aprendería a congeniar con Tim y a quererlo por ser el marido de Gertrude.

«Marido», una gran palabra, una palabra de ensueño. ¿Aguantaría hasta el final? ¿Aguantaría Tim? ¿No era una tontería preocuparse tanto por los motivos y las consecuencias de algo que, después de todo, podría no llegar a suceder nunca? ¿Cómo sería ese matrimonio? Gertrude había predicado muchas veces sobre aquello a lo que podría dedicarse cada uno: él a la pintura, ella a la enseñanza. Quizá ahora incluso podría, pensaba, volver a dar clases en un colegio.

—Trabajaremos.

—Yo siempre seré un mal pintor.

—Quiero que llegues a ser un buen pintor.

—Si eso es lo que quieres, no debes casarte conmigo.

—¡De acuerdo, trabajarás de mal pintor!

Ya se habían entregado a aquellas rutinas: Tim salía todos los días a pintar; Gertrude hacía las tareas domésticas y le echaba un vistazo a su gramática urdu. Sin embargo, no avanzaba: resultaba demasiado difícil sin un profesor. Aceptaba lo acontecido, los hechos, aquel nuevo ser. Amaba a Tim, lo infantil que era a veces, su alegría, su burlona humildad, su gusto animal por el juego, su amor por ella, su talento (porque ella sí creía que lo tenía), su falta de pretensiones o de ambición o de afectación o de orgullo. No era solo (y ella también se había preguntado aquello) un amor profano, el repentino deseo carnal de una mujer mayor y solitaria por un hombre más joven: se trataba de un amor profundo y verdadero que solo podía contemplar la durabilidad como fin. Por supuesto que podía tener una aventura informal con Tim. De hecho, eso era lo que Tim había esperado que sucediera. Pero aquello solo se debía a su modestia, a su carácter irresponsable y carente de

expectativas, que inevitablemente a Gertrude también le encantaba. De alguna manera, la vida con Tim resultaba fácil.

«La verdad es que no importa nadie más —pensó—. No tengo por qué rendirle cuentas de mi vida a nadie, y mucho menos a *ellos*. No son mi familia. No tengo familia: estoy sola. Tim ha hecho que me diera cuenta de eso. Bueno, Anne me importa, sí, de una manera especial y en cierto modo distinta. Y le tengo cariño al Conde; de verdad que se lo tengo. Pero, al fin y al cabo, este asunto solo nos concierne a Tim y a mí (y a Guy, claro).» Y pensó: «Ay, mi querido Guy, corazón mío, mi amor. ¿Qué va a pasar ahora? Ay, el riesgo, el riesgo que conlleva todo esto». No estaba segura de lo que era, pero sentía un reparo moral: había serias y terribles posibilidades de caer en el tormento, en la confusión e incluso en la indecencia.

—¡Gertrude! ¡Oh, Gertrude!

La voz de Tim la sacó de golpe de su ensimismamiento.

Él corría hacia ella por la carretera de tierra clara, agitando los brazos y levantando el polvo con sus pisadas. Iba jadeando y, al acercarse, Gertrude vio que tenía la cara llena de sangre.

—¡Ay, Gertrude, ayúdame! ¡Ha pasado algo terrible!

Más o menos en el momento en que Gertrude apoyaba su bici en la loma y se sentaba sobre un montículo de hierba para pensar, Tim estaba volviendo a la casa. Había salido temprano para pintar, pero no podía concentrarse y había empezado a tener demasiado calor. No había vuelto a la Gran Cara (no sabía muy bien por qué), pero había esbozado algunos dibujos de la fuente de musgo. No era fácil de dibujar. Entonces se le ocurrió que podía regresar, prepararse una bebida fría y pasar el rato a la espera de que Gertrude volviera del pueblo para almorzar. El almuerzo, por supuesto, se había convertido en toda una celebración. A Tim le gustaba estar lejos de Gertrude, disfrutar de su soledad y, al mismo tiempo, pensar en ella a cada segundo; dedicarse a algo distinto que ella, a observar cosas diferentes, y seguir teniéndola tan presente como si estuviera esparcida por el aire como el polen. Gertrude le decía que a ella le pasaba lo mismo: le gustaba la cotidianidad de que él se marchara a trabajar, de que ella se acercara al pueblo a hacer la compra, de aquella tranquila y apasionante certeza de que pronto volverían a estar juntos. La vida transcurría de una forma sorprendentemente simple y ya había adquirido sus tranquilizadoras rutinas, como si llevaran mucho tiempo viviendo juntos.

Tim, por supuesto, se sentía inquieto, pero su inquietud era irracional e incoherente, y estaba plagada de ideas inconexas y en cierto modo incompatibles. No tenía miedo de que Gertrude se cansara de él, aunque era perfectamente consciente de que eso podía ocurrir. A ese respecto, sentía una especie de humilde resignación que coexistía con su capacidad cotidiana de «llevarse bien» con Gertrude, de divertirla, de encandilarla, de «hacer el tonto» con ella, de hablar seriamente con ella de toda clase de cosas serias y, por supuesto, de hacer el amor con ella. Ese discreto «por supuesto» era

importante. No había nada de frenético ni de salvaje en sus relaciones sexuales, ni preocupación alguna por la «ejecución» o por alcanzar el «éxito». Ambos se mostraban amables, torpes y tiernos, y Tim se descubría a sí mismo ejerciendo cierto poder de manera fácil y natural, como si se tratara de un príncipe heredero en un pacífico y feliz estado feudal. Ese manso poder a menudo hacía que riera de alegría, y Gertrude, que se percataba de ello, también reía a su vez. De hecho, se reían juntos muy a menudo, pero también sabían estar serios, y la mayoría de las veces Tim se daba cuenta de que Gertrude estaba pensando en Guy. Valoraba la magnanimidad que ella mostraba al permitirse estar a gusto con él. Si se sentía culpable, se lo guardaba para sí misma, y no se veía obligada a volverse repentinamente distante por el hecho de que, en tales circunstancias, se alegrara de que él existiera. Tim no especulaba sobre los pensamientos de Gertrude. Su luto era asunto suyo, igual que cualquier comparación que pudiera hacer en privado entre su marido y su amante: Tim nunca abordaba esos temas con ella.

Las «cosas serias» de las que solían hablar eran, en gran medida, asuntos personales. Como, al menos por el momento, se sentían a salvo, se dedicaban a repasar todas las razones por las que su relación podría considerarse (o incluso llegar a ser) precaria. Gertrude decía que ella era una especie de figura materna y que Tim podría casarse perfectamente con una mujer más joven. Tim le planteaba sus dudas: ¿podía estar seguro de que no andaba detrás del dinero de Gertrude? ¿Y no lo querría ella solo porque podía ayudarlo? Quizá esas conversaciones no fueran de verdad tan serias. Les resultaban agradables e incluso tranquilizadoras. Los dos hablaban de sus padres, de su infancia, de su educación. Tim le describía la Slade y sus primeros experimentos con la pintura. Gertrude le hablaba de sus días de maestra de escuela y de lo sola que se había sentido cuando era joven. Nunca mencionaban a Guy. Y Tim evitaba cualquier tema relacionado con Anne Cavidge. No le gustaba recordar aquellos fríos ojos verdiazules y aquella mirada crítica y acusadora. Y, por supuesto, no decía ni una palabra sobre Daisy.

Lo que por entonces preocupaba a Tim, y lo que más adelante volvería a contemplar con asombro, era, en cierto sentido, una especie de problema táctico o quizá técnico: no era capaz de imaginar cómo subsistirían él y Gertrude una vez que hubieran abandonado ese lugar tan concreto y esa manera tan concreta de pasar el tiempo. Las fantasías de la vida matrimonial y las escasas experiencias de convivencia que Tim recordaba lo habían llevado a pensar que el reparto del tiempo y de las ocupaciones, cosa difícil para una sola persona, resultaría el doble de difícil tratándose de dos. No dudaba de que él y Gertrude se querían, pero no alcanzaba a ver cómo iba a funcionar ese amor, cómo se iba a ceñir a un horario diario racional y operativo, una vez que se marcharan de Francia. No era capaz de imaginarse viviendo en el piso de Ebury Street y convirtiendo el despacho de Guy en un estudio. ¿Celebrarían cenas con invitados? No conseguía *imaginarse* ese futuro y, en consecuencia, se sentía como si un ángel le hubiera revelado que ese futuro no existía.

Por supuesto, la cuestión de Daisy seguía siendo un escollo omnipresente en sus fantasías sobre el futuro. Sin embargo, ese problema, que podría haber parecido de orden mayor, no le preocupaba demasiado. Siempre se le había dado bien lidiar con las dificultades, por muy terribles que fueran, y

para ello ponía en práctica un método que sin duda alguna guardaba cierta relación (aunque Tim no fuera consciente de ello) con aquello que había hecho de él un pintor mediocre. Un método que se basaba en una sistemática falta de rigor. Como ya se ha explicado anteriormente, el trabajo de Tim pasaba de manera rápida e inadvertida de la fase del mero boceto a un estado en el que ya era demasiado tarde como para molestarse en seguir intentándolo. Del mismo modo, en lo tocante a los asuntos morales, Tim pensaba que no merecía la pena tratar de resolver los problemas de antemano, porque, después de todo, uno no sabía qué iba a pasar, y podía suceder que ese problema tan temido, de hecho, no llegara a materializarse. Luego, cuando los acontecimientos lo sobrepasaban, se consolaba poniéndose fatalista y convenciéndose de que se trataba de algo inevitable.

En relación con Daisy, el arreglo funcionaba de la siguiente manera (y, en esto, su incapacidad innata de imaginar el futuro le proporcionaba una discreta ayuda): si finalmente Gertrude lo abandonaba, no habría tenido necesidad alguna de hablarle de Daisy. De hecho, podrían sobrevenir todo tipo de circunstancias, tales como su propia muerte, que hicieran innecesaria tal confesión. Además, ¿cómo iba a ser él, aislado como estaba allí en Francia durante lo que podría resultar un periodo indeterminado de tiempo, capaz de saber cuál era la mejor opción? Estaba suspendido en un ínterin, todo parecía provisional. La decisión, pues, debía esperar. Gertrude a veces hablaba con tristeza de la posibilidad de quedarse en Francia hasta septiembre, pero él sospechaba que sería precisamente la ansiedad de Gertrude lo que les impediría alargar su estancia de esa forma. Sea como fuere, había demasiadas incógnitas en juego como para que Tim juzgara prudente confesarle lo de Daisy, al menos de momento (aunque tampoco es que creyera que, si se lo contaba ahora, Gertrude lo fuera a abandonar de inmediato). Además, había diversas maneras de contar las cosas, y muchas podrían volver inocua la información. Más preocupado estaba (si bien de una manera algo vaga) por cómo afectaría tal revelación a su propio estado de ánimo. Procuraba no imaginarse qué diría si Gertrude lo presionaba demasiado. Habría repercusiones psicológicas, sin duda, y no tenía sentido desencadenarlas hallándose tan lejos de Londres. Por supuesto, si todo iba bien, ya encontraría el momento para hablarle a Gertrude sobre Daisy más adelante, y seguro que entonces sabría qué decir.

Tim era consciente de que tenía pensamientos contradictorios al respecto, pero aquello le parecía inevitable. En medio de todo lo que, para su sorpresa, le estaba sucediendo, ni siquiera había intentado reconsiderar sus sentimientos hacia Daisy ni había tratado de minimizarlos en absoluto. Los había dejado donde estaban, apartados, entre paréntesis, fuera de servicio. Y eso, desde luego, resultaba muy útil en un sentido práctico, ya que le proporcionaba la fuerza motriz para continuar comportándose con Daisy exactamente como se habría comportado si no le hubieran sucedido todas aquellas cosas tan asombrosas y si todo lo que le iba diciendo fuera la verdad. Le escribió otra carta contándole lo exasperante que le resultaba que Gertrude, Manfred y la señora Mount siguieran instalados allí, que se lo haría saber en cuanto se marcharan, que esperaba que fuera pronto y que mientras tanto se quedara a la espera de más noticias suyas. Esa mentira era simplemente (o así lo sentía) necesaria, y no le preocupaba más que por la dificultad inmediata que entrañaba la redacción de la carta. Lo que sí le ocasionaba cierta ansiedad era el problema meramente logístico de enviar

dicha carta por correo. No podía encargárselo a Gertrude, y se suponía que él se dedicaba a pintar mientras ella hacía la compra. Recorrió la carretera en ambos sentidos, hacia el pueblo y hacia la montaña, pero no encontró ningún buzón. Y tampoco se atrevía a acercarse al pueblo durante las horas en que se suponía que estaba pintando, pues no quería encontrarse a Gertrude o a alguien del pueblo que lo delatara. Al final, no le quedó más remedio que decirle que le apetecía dar un paseo en bicicleta y que al día siguiente la acompañaría. Entonces, mientras ella estaba en una tienda, echó la carta en el buzón y acto seguido sintió que lo embargaba un alivio liberador.

La mente humana está llena de compartimentos, de zonas selladas y zonas oscuras, de pequeños cajones. A Tim ni se le había pasado por la cabeza casarse con Gertrude hasta el momento en que ella misma pronunció la palabra, aunque tampoco había pensado en no casarse con ella. Ese momento había operado un profundo cambio en él. Ahora, algo completamente nuevo había surgido en su mente y en su corazón, algo que coexistía con sus placeres cotidianos, con sus preocupaciones, con sus evasiones instintivas y con sus mentiras habituales. Este nuevo elemento podría describirse como una especie de esperanza moral, una esperanza que transformaba su dolor en algo aún más profundo. ¿O acaso se trataba simplemente de un cierto deseo de seguridad, del deseo de una casa y un hogar, del deseo de una madre? Tim era como un niño, y los niños quieren orden. Pero no, era algo más que eso. El deseo que ahora sentía, y que nunca antes había sentido con tanta claridad, era el de una vida sencilla, una vida franca, honrada, donde la expresión del amor resultara natural y sincera, directa y fácil: algo que en cierto modo nunca había tenido.

Tim entró en la casa y dejó sus utensilios en la sala de estar. Subió al baño para refrescarse la cara y los brazos. Dejó correr un poco el agua fría y se humedeció generosamente las muñecas. Luego volvió a su dormitorio y se quedó embebido mirando por la ventana lateral, en dirección a una gran roca lejana; lucía una grieta que, al dejar a la vista la distante ladera que se alzaba más allá, formaba un segmento azul verdoso. Tim meditó durante un rato sobre el color, mientras algunos de los pensamientos antes referidos entrechocaban incómodamente dentro de su cabeza. Anhelaba el regreso de Gertrude, esa seguridad tan absoluta que le transmitía su presencia y la incuestionable experiencia que le proporcionaba su preciado amor. En el silencio de las cigarras, nada se movía. Luego se acercó tranquilamente a la otra ventana y se quedó contemplando las rocas más allá de la terraza, más allá de la ladera y del valle. Le parecía que llevaba años observando esas rocas, que las conocía desde hacía mucho, desde que era niño. Su eternidad, irresistiblemente, le penetraba en los ojos y en la mente. El sol, que ya se había elevado tras ellas, las iluminaba ahora de manera oblicua, llenándolas de agujeros y de sombras y haciendo que sus superficies expuestas titilaran con un gris deslumbrante. Tim se quedó contemplándolas. Su boca se relajó y se olvidó de todos sus problemas.

Entonces, al volverse, bajó la mirada directamente a la terraza, y se quedó helado, sin aliento. Había una figura de pie justo debajo de él, en los escalones que conducían al césped de las flores. Se trataba de un hombre, y tenía los ojos fijos más allá del valle, en las rocas, igual que Tim un momento antes. Aquel hombre era Manfred.



Una llamada de vergüenza y de terror le trepó a Tim por la garganta. Se sintió invadido por una confusión total. Se alejó un par de pasos de la ventana, de puntillas, y volvió a quedarse inmóvil, agarrándose el pecho, que le palpitaba. ¿Lo había visto Manfred? Seguramente no. ¿Y si subía las escaleras y lo encontraba? ¿Debería bajar y hablar con él, saludarlo de una manera natural? Gertrude le había dicho que nadie sabía que estaba allí. ¿Cómo podría entonces explicar su presencia, cómo no parecer culpable, confuso, descubierto en flagrante delito? ¿Qué debía decirle a Manfred? ¿Qué querría Gertrude que le dijera? Y, si Manfred lo obligaba a seguir hablando, ¿cómo podría hacerle saber a Gertrude lo que ya le había *dicho*? No habían previsto esto, no habían preparado ninguna mentira, no se habían inventado ninguna tapadera. ¿Debería *escondarse*? ¿Sería *capaz* de escondarse y abstenerse de aparecer, así sin más? Necesitaba preguntarle a Gertrude, consultarlo con Gertrude, pero ¿cómo? Ojalá Manfred se marchara... Se inclinó hacia la ventana y echó un vistazo: Manfred no tenía pinta de estar pensando en marcharse. Simplemente parecía estar disfrutando de la contemplación de aquel paisaje rural.

«Si tan solo lograra *salir* —pensó Tim—, podría ir al encuentro de Gertrude y avisarla, pero si él sigue ahí no podré. No hay puerta trasera. Ojalá se fuera a dar un paseo o algo por el estilo, pero no creo que se marche. Más bien parece que va a entrar en la casa. Probablemente ya haya mirado dentro y habrá llegado a la conclusión de que no hay nadie. ¿Y si me quedo aquí sin más hasta que llegue Gertrude? No. Debo saber qué decir; y, además, si no está avisada, ella misma terminará desvelando lo nuestro por pura confusión.» Luego pensó: «Quizá podría salir por la ventana de la cocina; y sería mejor que lo intentara *ahora* que todavía está fuera. Es posible que me lo encuentre si decide entrar justo en este momento, pero merece la pena arriesgarse». Entonces, aún con la mirada fija en el paisaje, Manfred bajó los peldaños, se acercó al prado y se puso a examinar detenidamente las flores.

Tim se deslizó hasta la puerta, se escurrió escaleras abajo y en un abrir y cerrar de ojos se encontraba en la cocina. Una vez allí, se subió al fregadero. La ventana de la cocina, que no solían dejar abierta, no tenía mosquitera. Por suerte, se abrió con facilidad y sin hacer mucho ruido. Tim se sentó torpemente en el alféizar y sacó los pies fuera. Se encontró ante un vasto y extenso mar de zarzas. Titubeó. Entonces creyó oír unos pasos en la terraza y se dejó caer pegado a la pared. El suelo de la parte trasera de la casa quedaba más abajo de lo que esperaba. Un techo de hojas se cernió sobre su cabeza.

Tim se quedó en cuclillas de cara a la pared, totalmente oculto, pero también completamente incapaz de moverse, atrapado en una gruesa e impenetrable maraña de ramas duras y espinosas. ¡Menudo idiota! En la caída, se había hecho un corte en la mejilla y notaba varias espinas invisibles clavadas en los brazos y en los tobillos, prestas a rasgarle la piel en cuanto se moviera. Tenía los pantalones y la camisa enganchados a una infinidad de diminutas garras espinosas. «¡Joder, maldita sea!» ¿Por qué había sido tan condenadamente estúpido? ¿Qué diablos iba a hacer ahora? Aunque quisiera volver a meterse por la ventana, ya no podía: quedaba demasiado alta. ¡Iba a tener que terminar pidiendo socorro a gritos! ¡Qué vergüenza!

Tras pasar un rato en cuclillas, sintió un repentino dolor; así que empezó a moverse arrastrándose sobre las rodillas, desgarrándose la ropa, desgarrándose la carne. Notaba la sangre corriéndole por los brazos, por las piernas, por la cara. Y entonces, como si un dios o un mago de un cuento de hadas le hubiera tocado los ojos, ante él se abrió una escena completamente distinta, un posible camino hacia la liberación. Justo al otro lado de la capa de zarzas en la que seguía enmarañado, había un espacio despejado, techado por una alta cúpula de ramas; y más allá de ese espacio, cerca del suelo, una especie de oscuro pasadizo. Olvidando los diminutos arpones que tenía clavados, aquellas agujas que le raspaban y le arañaban la piel, Tim se impulsó hacia delante a través de la frondosa y espinosa pantalla y aterrizó sobre los codos allí mismo, bajo la cúpula de ramas. Luego arrastró con cuidado las piernas y se quedó de rodillas en la verde penumbra.

Delante de él se abría un túnel que atravesaba la zona de zarzas; un túnel claro y despejado con un suelo de tierra dura y compacta. El túnel se prolongaba a partir de allí y giraba hacia la pared de la casa. Se trataba claramente de un sendero trazado por animales (zorros, quizá); tal vez, el espacio abovedado fuera su sala de reuniones, o su patio de recreo, o su pista de baile. Tim no perdió tiempo en más especulaciones sobre la fauna del lugar. Tras ponerse a cuatro patas, emprendió la marcha y se internó en el sendero abovedado que se alejaba de la casa. Para un hombre, evidentemente, el túnel resultaba demasiado bajo y estrecho, pero Tim era delgado y ágil. Avanzó a gatas, con rapidez, por aquel dificultoso camino. Estaba tan magullado por las zarzas del principio que las nuevas heridas le resultaban indiferentes.

Después de lo que le pareció un larguísimo trayecto (aunque probablemente no hubiera recorrido más de cinco metros), Tim distinguió algo blanco ante sí y dedujo que debía de tratarse de la pared encalada del garaje, que también constituiría la salida de la zona de zarzas. No se equivocaba. Entonces sus ojos se encontraron con el sol, que brillaba sobre el tronco pelado del eucalipto. El zarzal se aclaraba y terminaba en una especie de zanja llena de plantas, todas ellas alineadas a lo largo de la pared del garaje. Tim, agradecido, se deslizó hacia la zanja. Estaba a punto de levantarse con mucho cuidado cuando de pronto se dio cuenta de que, justo delante de él, había algo raro: algo grande y negro. Escudriñó a través del follaje. Aquella gran mole negra no era otra cosa que el cochazo de Manfred, aparcado en la zona de grava que se extendía a la entrada del garaje. Y allí, apoyada en el capó, a no más de seis metros de distancia de Tim, se encontraba la señora Mount.

Tim estaba seguro de que ella no había reparado en él. Ya a primera vista resultaba evidente que la señora Mount pensaba que estaba sola: sus movimientos inquietos y ensimismados se parecían a los de un animal solitario. Se rascó un lado de la nariz con el ceño fruncido y luego se examinó el dedo. Después se levantó la falda y empezó a subirse las medias. Detectó un agujero a la altura del muslo, y se quedó mirándolo fijamente, observando cómo la carne sobresalía un poquito a través de él, formando un pequeño montículo. Luego prosiguió subiéndose las medias. Entonces, todavía con el ceño fruncido, se estiró cuidadosamente la combinación blanca que llevaba puesta y de paso también la falda del vestido. Se trataba de un elegante vestido rojo y blanco que parecía de seda, y saltaba a la vista que la señora Mount estaba pasando bastante calor. Se metió la mano por el cuello del vestido,

se aflojó la combinación y entonces se dio cuenta de que estaba sudando. Se secó el cuello con la mano y después cogió el bolso. Lo tenía a su lado, encima del capó del coche, que estaba cubierto de polvo. La señora Mount reparó en aquella suciedad, sacudió su bolso, luego se sacudió el vestido y finalmente retomó su pose inicial. Abrió el bolso y sacó una polvera. Se examinó la cara en el espejito y, al mirarse, mudó su expresión de forma notable: dejó de fruncir el ceño y, acto seguido, adoptó un semblante de calma angelical. Por un momento, la señora Mount hinchó las mejillas como un Céfito y luego le sonrió ampliamente al espejo, no con una sonrisa abierta, sino con una sonrisa tranquila, suave y reflexiva. Se tocó la frente con los dedos, en un leve intento de alisarse las arrugas, y se pasó la mano con suavidad por la piel que le rodeaba los ojos. Luego se empolvó la cara muy ligeramente. Examinó los resultados, inflando de nuevo las mejillas y relajando las facciones, un gesto que quizá había adoptado hacía mucho tiempo como una especie de protección rutinaria contra las arrugas (y de hecho no tenía ninguna). Bronceada por el sol del sur, parecía, al menos en aquel momento, más joven, casi guapa. La brillante luz del día resaltaba el nítido azul oscuro de sus inteligentes ojos nerviosos. Solo el labio superior, ligeramente arrugado, y su cabello gris amarillento le daban el aspecto de «una mujer mayor». Guardó la polvera, cogió el bolso, se sacudió otra vez la falda, rodeó el coche y desapareció en dirección a la casa. Parecía que arrastraba un poco un pie. Sus pasos se alejaron por la grava y, cuando dobló la esquina de camino a la terraza, el rumor de sus zapatos se apagó.

Tim se levantó de un salto como un terrier, se escabulló rodeando el coche y se apresuró a bajar corriendo hacia la carretera. Por allí había tantos árboles que lo ocultaron enseguida de la vista de la casa. Entonces echó a correr en dirección al pueblo. Al poco, jadeando y agarrándose el costado por el cansancio, redujo la velocidad. Estaba empapado en sudor, un sudor que se le mezclaba con la sangre, ya casi seca. Al menos sabía que no había forma de que Gertrude se le escapara, pues ella no tenía más remedio que volver por ese mismo camino. Al rato, la vio: no venía montada en bicicleta, sino que estaba sentada a un lado de la carretera. Tim corrió hacia ella gritando.

—¡Oh, Gertrude, ayúdame! ¡Ha pasado algo terrible!

—¡Tim! ¿Qué sucede? ¿Estás bien? ¡Dios mío, estás cubierto de sangre!

—Ah, no es nada. Me he tenido que arrastrar por unas zarzas... Pero, querida, ha pasado lo peor: ¡Manfred y la señora Mount se han presentado en la casa!

—¡Ay, señor! ¿Y qué les has dicho?

—No me han visto. He salido por la ventana de la cocina...

—Ay, pobre Tim. Anda, esconde la bici, rápido. Nos meteremos por este campo, por si se les ocurre ir a buscarme al pueblo en el coche. ¡Gracias a Dios que han venido por el otro camino!

No había donde esconder la bicicleta, salvo si la pasaban por encima del terraplén, de modo que así lo hicieron. En el proceso, dejaron caer los huevos que traía Gertrude, y estos se estrellaron contra la carretera. Luego treparon hasta alcanzar el campo, que estaba arado y lleno de árboles frutales, probablemente albaricoqueros, y se sentaron con las espaldas apoyadas al otro lado de la loma cubierta de hierba. Allí ya no se los veía desde la carretera.

—Ahora pensemos... Ay, Tim, estás lleno de arañazos. Igual que la primera noche. ¿Te acuerdas? Se quedaron abrazados, como dos niños escondidos y medio asustados.

—Quizá terminen marchándose si no aparece nadie.

—No, no se irán. Ellos no. ¡Se quedarán, y además se pasearán por allí como si fuera su casa! —dijo Gertrude—. Además, les resultará evidente que estoy viviendo allí.

—Ay, Dios. Entonces será mejor que me esconda. Me quedaré aquí. Tú vuelve y haz que se vayan, y luego ven a buscarme.

—No es tan sencillo: puede que quieran quedarse a pasar la noche, y además...

—¡Ay, Dios, maldita sea! Me he dejado todo el equipo de pintura al lado de la puerta de la sala de estar, y también la mochila, que tiene mi nombre. ¡Estamos acabados!

Gertrude, sentada en su trocito de hierba desigual al pie de la loma y ataviada con su túnica de estampado de sauce, se remangó la falda por encima de sus bronceadas piernas. Ahora agarraba una de las ruedas de la bicicleta con una mano y la camisa de Tim con la otra. Estaba pensando.

—Ay, cariño, ¿qué es lo que vamos a hacer? —dijo Tim.

—No puedes quedarte escondido. Tenemos que ir y enfrentarnos a ellos.

—Pero no vamos a decírselo, ¿no?

—No. Escucha, Tim. *Detesto* toda esta situación... Pero quizá sea cosa de la providencia que tengamos que empezar tan pronto...

—¿Empezar a qué?

—A mentir. Pero es que no veo ninguna otra salida. Escucha. Voy a volver a la casa para encontrarme con ellos. Les contaré que estás de viaje por Francia, en busca de paisajes que inspiren tu pintura; les diré que te presentaste ayer inesperadamente y que debes de haberte ido a pintar a algún sitio en mi ausencia...

—Di mejor que he salido a dar un paseo, por si acaso han visto que no me he llevado el material conmigo.

—De acuerdo. Y yo lo organizaré todo para volver a Londres con ellos de inmediato...

—¿Volver a Londres con ellos...?

—Sí, Tim. *Piénsalo*. No podemos quedarnos en la casa con esos dos vigilándonos. Y tampoco podemos permitir que nos dejen solos; eso despertaría su curiosidad.

—Podría hacer como que me voy y luego volver cuando no haya moros en la costa.

—Es demasiado arriesgado. Aunque digan que se marchan, pueden cambiar de opinión, o quedarse por los alrededores hasta que finalmente decidan regresar. Es mucho mejor que me vaya con ellos tan pronto como sea posible, esta misma tarde. Podríamos cometer algún error, y ellos podrían sospechar algo.

—¿Y yo qué hago?

—Di que vas a continuar con tu *tournée*. No lo olvides: estás de viaje, estás de *tournée*. Yo te diré que cierras y dejes las llaves en el hotel del pueblo; pero no lo hagas: llévatelas contigo y...

—Pero ¿no vas a regresar?

—No. Y tú tendrás que volver a Inglaterra por tu cuenta. Nos veremos en Londres.

—Ay, Gertrude, no, por favor, no... Además, puede que te lleven a Roma...

—¿Acaso crees que a mí me gusta esto? ¡Lo detesto! Pero están aquí, y no debemos tomarnos la situación a la ligera. No puedo volver a Francia a toda prisa, ni quitarme de en medio así sin más. Volveré a Londres. Si ellos piensan seguir con su viaje, me pueden dejar en algún sitio de camino. Por favor, Tim, tienes que hacer lo que te digo. No estaremos separados mucho tiempo.

Tim se arrodilló a su lado. Tiró de Gertrude hasta que soltó la bicicleta y también ella se puso de rodillas. Se miraron cara a cara bajo el sol destellante del mediodía, que les hacía entornar los ojos.

—Gertrude, si nos separamos de esta manera tan repentina, no volveremos a vernos. No hemos tenido tiempo suficiente. Cuando me presente en Ebury Street, serás una persona totalmente distinta: te habrás olvidado de mí. No te vayas con esos dos. Terminarán controlándote. La señora Mount te casará con Manfred.

—Tim, por favor. Nuestra unión es firme, ya lo sabes. Te quiero...

—¿Y vas a casarte conmigo...? Lo siento. Sé que no debo preguntártelo.

—Te quiero. Espero... Ay, no me atormentes con preguntas ahora. Por favor, sé sensato... Es lo mejor... Si optáramos por cualquier otra alternativa, todo esto acabaría desembocando en un lío tremendo.

—Pero entonces, cuando vuelva... ¿Cómo voy a encontrarme contigo, qué...?

—No tienes más que llamarme por teléfono. Estaré en Ebury Street.

—Pero no podré decir... No, por supuesto. Y no me pasaré por allí sin avisar: primero te llamaré... Seré discreto... Haré todo lo que me digas. ¡Oh, esto es un *infierno*! ¿Por qué habrá aparecido esa maldita gente? ¡Lo han echado todo a perder!

—De todos modos, no nos habría quedado otro remedio que regresar más pronto que tarde. Nuestro mundo está allí, Tim, en Londres, y allí es donde debemos buscarlo. Ahora ayúdame con la bici.

—Espera. Estoy hecho un lío. Entonces tengo que quedarme aquí un rato, ¿no?, y después volver y hacer como que he salido a pintar, es decir, a pasear...

—Sí, y que no se te olvide hacerte el sorprendido, y recuerda que llegaste *ayer*. Ay, estás tan sucio y tan lleno de arañazos... Mi pobre y querido Tim, mi pobre y dulce amor...

—Les diré que me he caído en un zarzal.

—Lo mejor será que me des una media hora. Pero no te retrases demasiado. Los entretendré hasta el almuerzo y después nos marcharemos.

Volvieron a llevar la bicicleta hasta la carretera y Gertrude se montó en ella. Ahora parecía estar muriéndose de ganas por irse.

—Gertrude, espera. Te acordarás de mí, ¿verdad?

—Tim, no seas *tonto*.

Y un instante después ya estaba lejos, pedaleando con fuerza, a toda velocidad por la estrecha carretera de asfalto, con el vestido revoloteándole a su espalda.

Tim bajó la mirada hacia la papilla de huevos rotos que tenía a sus pies, y la tocó brevemente con la puntera del zapato. Refunfuñó y consultó su reloj. Y se quedó allí, quieto y abatido. Ahora le escocían todos los arañazos y le dolía la cabeza.

—Así que Tim Reede acaba de llegar y se te ha instalado aquí, ¿no? —dijo la señora Mount—. La verdad es que te compadezco.

—Bueno, llegó ayer mismo —dijo Gertrude—. Apenas lo he visto. Y solo está de paso. Ha salido por la mañana a hacer unos bocetos o a dar un paseo. A saber por dónde andará. Yo me he acercado al pueblo a ocuparme de la compra. Imagino que volverá para el almuerzo.

—¿Y te parece bien regresar con nosotros tan pronto? —preguntó Manfred.

—Claro que sí. Me venís estupendamente, como caídos del cielo. Tengo tantas ganas de marcharme... Ya he hecho lo que vine a hacer. Pero ¿estáis seguros de que no queréis seguir hasta Italia?

—No, al final decidimos cambiar de planes.

—Estábamos muy preocupados por ti, querida —dijo la señora Mount.

Se hallaban sentados en unas sillas de madera en la terraza, bebiendo vino blanco a la sombra de la higuera.

—Mirad, ahí viene —dijo Gertrude.

Tim acababa de aparecer en un extremo del valle, cerca del riachuelo, y se aproximaba subiendo por el olivar, como lo hiciera aquel primer día. Los otros tres guardaron silencio mientras observaban cómo se iba acercando aquella figura.

—*Él no* querrá venir con nosotros, ¿verdad? —dijo la señora Mount.

—Oh, no lo creo.

—Se lo preguntaré —dijo Manfred.

Tim cruzó el prado con la camisa remangada y balanceando los brazos. Su cara enrojecida contrastaba con su camisa blanca. Entonces se quedó mirando al grupo.

—¡Vaya, qué sorpresa!

—Hola, Tim.

Al verlo, Gertrude supuso que debía de haberse lavado en el riachuelo. Ahora los arañazos de las zarzas resultaban menos visibles, aunque aún tenía la camisa manchada de sangre.

—Me he caído en un zarzal.

—¡Cuánto sufre la gente por el arte! —dijo la señora Mount—. ¡Vaya, está más colorado que una langosta! Dale algo de beber, Manfred.

—Manfred y la señora Mount han tenido el detalle de ofrecerse a llevarme de vuelta a Londres —dijo Gertrude—. Saldremos después de almorzar. Pero puedes quedarte un poco más si quieres. Solo tendrías que dejar la llave en el hotel del pueblo cuando te fueras.

—Oh, de acuerdo. Muchas gracias. Puede que me quede un par de días más.

—Me gusta mucho tu dibujo de la roca —dijo Manfred.

—¿Qué roca? —Tim le lanzó una mirada hostil.

—Aquella roca grande que hay sobre la poza. He estado ojeando tu libreta de bocetos. Espero que no te importe. ¿Está a la venta?

—¿Cómo es que conoces esa roca?

—Manfred ha venido muchas veces a pasar unos días —dijo Gertrude—. Ahora dadme un momento. Voy a preparar algo rápido para almorzar.

—¿Te ayudo? —preguntó la señora Mount.

—No, no. Quédate aquí.

—¿Está a la venta?

—No. Lo siento.

\* \* \*

«¿Qué ha pasado? —pensó Gertrude, mareada y asustada, mientras ponía la mesa a la sombra de la galería arqueada—. Es abrir la boca y lo único que sale de ella son mentiras. Una detrás de otra. Pero ¿acaso tenía alternativa? Y supongo que sí, que lo más sensato es que me marche con ellos hoy mismo; pero ¡qué horror!, no voy a tener ocasión de volver a hablar con Tim. Y no podemos permitirnos cometer ni un error. Aunque es posible que a Tim y a mí nos hubiera resultado difícil tomar la decisión de irnos: quizá sea mejor que Manfred haya decidido por nosotros. Pero toda esta farsa es verdaderamente odiosa».

Dirigió su mirada hacia las tres personas que estaban sentadas fuera, al sol. ¡Qué pequeño parecía Tim comparado con Manfred, qué colorado y qué nervioso! «¡Está tan delgado!», pensó Gertrude. Y de repente le vino otro pensamiento: «Así es como van a ser las cosas a partir de ahora. ¡Tiene unos brazos tan delgados! Su porte no impresiona mucho, la verdad». En ese momento, Tim estaba echado hacia delante en la silla, mirando fijamente su copa, rascándose el tobillo. Manfred, que llevaba un ligero traje oscuro y una corbata a pesar del calor, había estirado sus largas piernas y les estaba contando alguna historia sobre coches. La señora Mount, que, muy arreglada y ataviada con un vestido rojo y blanco, tenía un aspecto inusualmente elegante, se reía de la historia de Manfred. A Gertrude la asaltó un deseo muy concreto de consolar a Tim tocándole la mejilla, de acariciarle muy suavemente su áspera y radiante mejilla.

La rondaba el fantasma de una escena del pasado: los dos hombres eran Guy y Stanley; la mujer, Janet. Aquella había sido la última vez que había mirado a través de ese arco del mismo modo en que lo estaba haciendo en esos momentos.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

—¡Que te vaya bien con la pintura!

—*Bon voyage!*

—¡Adiós, Tim!

Y, así, se marcharon. Aunque tardaron un poco en ponerse de acuerdo, Gertrude insistió en viajar en el asiento trasero del coche. Tim se fijó en su pelo despeinado y en su amplia sonrisa.

Volvió a la terraza vacía. De pronto se dio cuenta de que Manfred había pisado la hilera de hormigas que recorría el suelo.

Tim llevó los platos a la cocina y los fregó. Ya había decidido que se marcharía enseguida. No quería pasar la noche en compañía de ningún fantasma que pudiera haberse avivado con los recientes acontecimientos. Además, también había que tener en cuenta el fantasma de Gertrude, un fantasma que era muy tangible.

Subió a la planta de arriba y preparó la maleta. Guardó las bicicletas en el garaje. Recorrió la casa cerrando las ventanas, echando las persianas y desconectando todos los aparatos que había encendido cuando llegó. «De eso hace nueve días. ¡Dios mío!»

Ahora se moría de ganas de marcharse. Manfred y la señora Mount habían mostrado una exasperante falta de prisa y al final se les había echado la tarde encima. Tim decidió pasar la noche en el hotel del pueblo y partir para Inglaterra a la mañana siguiente, temprano. El almuerzo había sido una verdadera tortura, aunque Tim se había sorprendido al ver lo bien que se las habían arreglado Gertrude y él a la hora de disimular. Cuando se da un trasfondo de cotidianidad, la capacidad humana de fingir se vuelve casi ilimitada. Les había resultado inquietantemente fácil actuar como si apenas se conocieran. La alegre conversación había discurrido, de manera relajada, sobre el paisaje local, sobre la política francesa e italiana, sobre automóviles, sobre el tiempo que hacía en Inglaterra, sobre si sería viable realizar una escala en París, sobre lo que Balintoy estaba haciendo en Colorado o lo que Rosalind Openshaw iba a estudiar en la universidad. Tim de pronto cayó en la cuenta de que nunca hasta entonces había visto a Gertrude en ese tipo de escena social. ¡Qué joven y atractiva era! ¡Cuánto se reía con las historias de Manfred! Aunque Tim también se reía.

Cerró con cuidado la puerta de la sala de estar. Luego, sumido en la oscuridad de las contraventanas cerradas, encontró su mochila y su maleta, y salió por la puerta de la galería arqueada, para después cerrarla con llave. Mientras ordenaba apresuradamente la casa, se había fijado en el cristal resquebrajado de la ventana del despacho de Guy. Ni él ni Gertrude habían movido un dedo para que fueran a repararlo. Ahora, sin volver la mirada atrás, cruzó la terraza, bajó por el sendero de grava hasta el garaje, pasó por encima de la zanja desde la que había observado a la señora Mount empolvándose la cara, siguió el caminito de entrada lleno de baches hasta la carretera y luego continuó hasta el pueblo. El calor de la tarde ya había remitido. El frescor y la viva luz del atardecer parecían emanar de la tierra. Entonces algo que había junto a la carretera le llamó la atención. Se trataba de la bolsa de papel marrón y de los restos esparcidos de la docena de huevos que se habían caído de la cesta de Gertrude aquella mañana, mientras pasaban a toda prisa la bicicleta por encima del terraplén. Tim se paró a contemplar aquella papilla viscosa, que ya llevaba un buen rato sometida a la exploración de los insectos. Le resultó extraña y de alguna manera excitante, húmeda, viscosa e iridiscente, una especie de extraordinaria excrecencia de la tierra seca. Pensó: «No se puede hacer una tortilla sin romper unos huevos». Y después pensó: «Bueno, pues aquí hay huevos rotos, ¡pero no veo



ninguna tortilla!». Y siguió camino del pueblo.

Allí, cuando llegó al hotelito para reservar una habitación, se sorprendió al descubrir que se había convertido en un personaje muy conocido en el pueblo, incluso popular. ¿Quién era el que le había dicho, hacía muchísimo tiempo, que «a todo el mundo le encantan los pintores»? ¡Vaya, si había sido Gertrude! Aunque él no había visto a nadie, al parecer, había mucha gente que sí lo había visto a él colocando su taburete aquí y allá sobre las rocas o entre los olivos. Habían elevado al *peintre anglais* a la condición de pintoresco añadido a la escena local. La bienvenida que recibió en el hotel, la bonita habitación con vistas al *château* que le dieron, las copas de Kir[31] que consumió en el café antes de la cena, el dinero que llevaba en el bolsillo... Todas esas cosas deberían haber sido ingredientes para su felicidad, y él las asumía como tales, pero no llegaba a sentirse feliz. ¿Qué miserable y estúpida había sido la despedida! Gertrude y él apenas se habían mirado durante el almuerzo. No había conseguido quedarse a solas con ella, ni se había atrevido a intentarlo siquiera. Verla dentro del cochazo de Manfred había sido como verla raptada, secuestrada, había sido como perderla. ¿Qué pensaría Gertrude cuando, después de un viaje en compañía de Manfred y la señora Mount (incluso era posible que se quedaran unos días en París), regresara a Ebury Street? ¿Qué podría pensar sino que había sufrido un ataque de locura transitoria?

Tim cenó en el hotel. Le pareció que la cena estaba *deliciosa*. El excelente vino que le sirvieron avivó su capacidad de alentar sus esperanzas: era posible que todo saliera bien. Gertrude lo salvaría, igual que todas esas mujeres buenas que siempre salvan a los hombres pecadores en las historias. Volvió a pensar en aquella «vida franca y honrada» y en «la nueva inocencia y el nuevo comienzo». Y, aun cuando se planteó la cuestión de si esas cosas no dependerían, en última instancia, del *dinero*, al menos aquella noche no la pasó deprimido.

---

[29]. Es un baile campesino que se ejecuta con movimientos serpenteantes; estuvo muy de moda en el siglo xvi y a principios del siglo xvii.

[30]. En su obra *Tractatus logico-philosophicus*, Wittgenstein sostiene que la individualidad no es parte del mundo, sino que más bien es el límite del mundo. En ese sentido, el mundo de alguien que es feliz no es el mismo que el de una persona desgraciada.

[31]. Un cóctel típico francés de vino blanco seco combinado con licor de grosella negra.

## IV

—Bueno, ¿y cómo va eso? —dijo Daisy—. Has vuelto con tu vieja Daisy. Ya me daba a mí que aquella aventura francesa que me prometiste era demasiado buena como para ser verdad.

—Y a mí —dijo Tim.

—Al final no conseguí alquilar el piso. El asunto se quedó en nada.

—A mí me pasó igual.

—Pero, teniendo en cuenta cómo han salido las cosas, es mejor así. O sea, que Gertie la oronda se haya instalado allí para pasar el verano con Manfred el macho y con la Serpiente de Pimlico... No es de extrañar que te escabulleras a la primera oportunidad. De todos modos, después de habértelo prometido, no me digas que no ha sido una jugarreta bastante sucia por su parte.

—Puede que ella regrese pronto. No lo sé... Es decir, simplemente... pensé que... quizá estaría bien volver a casa.

Las esperanzas de Tim habían desaparecido junto con los efectos de la cena del hotel. A la mañana siguiente, se había despertado sumido en el abatimiento y en el delirio. Regresó a Londres de la manera más rápida posible, en tren y luego en avión, y en cuanto llegó a Heathrow llamó por teléfono a Ebury Street. No hubo respuesta. Por supuesto, Gertrude aún no había llegado, así que Tim volvió a su estudio del garaje. Pero lo encontró húmedo y frío. Además, el cielo sobre Londres estaba encapotado. Se sentó en su colchón, apoyado directamente sobre el suelo, y se puso a gemir angustiado. Salió corriendo a la calle y la llamó por teléfono de nuevo. La llamó una y otra vez. No hubo respuesta. ¿Estaría Gertrude allí sentada, oyendo sonar el teléfono?

A la mañana siguiente, todavía sin haber conseguido hablar con ella, Tim decidió ir a ver a Daisy. Ninguno de los dos tenía teléfono, de modo que se dejó caer por su casa sobre el mediodía y se la encontró todavía en la cama, bebiendo vino.

El pisito de Daisy constaba de una única habitación, con un fregadero y una cocinilla de gas situados detrás de una celosía. Compartía el baño, que estaba en la puerta de al lado, con otros inquilinos. La habitación en sí era bastante grande. Tenía una ventana sucia con vistas a un árbol y a una pared, con una estrecha franja de cielo al fondo. Las paredes estaban pintadas de azul claro. En ellas, en distintos momentos, Daisy había ido pegando pósters con cinta adhesiva. Algunos de esos posters se despegaban periódicamente y se quedaban colgando como banderas flácidas. En la repisa de la chimenea y en la de la ventana, rodeadas de vasos sucios, cosméticos y polvo, se alineaban unas

cuantas macetas. Casi todas ellas eran regalos que sus amigos le hacían a Daisy cuando se marchaban de Londres. Ninguna de aquellas lamentables plantas (que solo florecían una única vez) se quitaba jamás de en medio. Tim era, por lo general, un gran defensor del reino vegetal, pero esos brotes enfermos le desagradaban. Opinaba que, en cierto modo, la eutanasia podría venirles muy bien. La habitación se alquilaba «amueblada», pero en realidad no disponía de mucho mobiliario. Había unas pocas estanterías sin puertas que contenían los libros de Daisy, sobre todo novelas, aunque también algunos tomos sobre ocultismo o mística. Antes solía leer bastante, pero ya había perdido la costumbre. También había una cómoda de caoba, bastante bonita pero exageradamente rayada y deteriorada; un armario barato; unas pocas sillas de cocina que estaban bastante cojas; un sillón monstruoso; una sólida mesa cubierta con un mantel junto a la ventana, en la que Daisy escribía su novela (utilizaba una máquina de escribir), y una cama turca donde ahora se hallaba recostada, con la botella de vino de dos litros y un vaso en el suelo a su lado. Había decorado la celosía con una alegre composición de posavasos clavados con chinchetas.

Nada más entrar, Tim se había puesto, como siempre, a arreglar la habitación. Recogió la ropa de Daisy del suelo, la dobló y puso una parte sobre el sillón y otra en los cajones. Recogió los platos y los vasos que se hallaban dispersos por el apartamento, los pasó por el fregadero y los dejó en remojo en una palangana. El fregadero olía a leche cortada. La habitación olía a alcohol y a ropa sucia. No había agua caliente.

Daisy llevaba puesta una blusa y una bata. Antes de la imprevista llegada de Tim, se había maquillado: se había resaltado las oscuras cejas, se había pintado de rojo los labios caídos y se había puesto sombra azul y raya negra alrededor de los ojos. Aunque algo grotesca, se la veía bastante guapa. También se había peinado su corto y brillante pelo oscuro, apenas salpicado de canas. Sus ojos centelleaban. Parecía alegrarse de ver a Tim.

Y, a pesar de todo, a pesar de lo bueno y de lo malo, Tim también se alegraba de verla a ella. Los hábitos del habla son una cosa muy arraigada, y llevaba a sus espaldas años y años y años de hablar con Daisy. No podía evitar experimentar, independientemente de todo lo demás, cierta tranquilizadora y familiar sensación de haber vuelto a casa. Había regresado para contarle a Daisy sus aventuras, como siempre hacía tras pasar un tiempo fuera. «Pero, ¡ay, *Dios!* —pensó estremecido—, ¿qué demonios le voy a decir?» No había preparado ningún plan. Su intención era aplazar aquella visita hasta después de haber visto a Gertrude, porque, si finalmente ella lo despachaba, no llegaría a tener la necesidad de contarle nada a Daisy. Todo sería como antes. Pero ¿de verdad lo sería? ¿Acaso podría serlo? De todas formas, lo más prudente era no decirle nada por el momento. ¿Quién sabía lo que le depararía el futuro? Había cometido una estupidez al acudir a Daisy, por debilidad, empujado solo por el abatimiento, solo para tomar una copa con ella, solo porque estaba en Londres y Londres significaba Daisy, solo porque el camino hasta su puerta era un camino conocido que ejercía sobre él una especie de atracción magnética.

—Estás más gordo —dijo Daisy—. Te sienta bien. O sea, sigues siendo un fideo, pero ya no tienes ese aspecto tan demacrado y desnutrido. Y, ¡vaya, pero si estás moreno! Nunca te había visto tantas

pecas. ¡Pareces un perro con manchas! ¿Qué tal el tiempo?

—Muy bueno.

—Pues aquí ha hecho un tiempo asqueroso, horroroso como siempre, joder. No deja de llover y ahora parece que va a empezar otra vez, ¡Dios! ¡Mierda!, he tirado el maldito vaso. Vuelve a llenármelo. ¡Buen chico! Sírrete otro para ti. Te he echado de menos. ¿Tú me has echado de menos?

—Sí...

—Ojalá hubiera salido bien. ¡A la mierda Francia! Pero, de todas maneras, me habría venido bien un poco de sol y podríamos habérselo pasado muy bien; habríamos descansado un poquito de tanto arrastrarnos hasta el Prince of Denmark.

—¿Alguna noticia de Barkiss?

—No. Tu amigo felino es el amo y señor del bar. Bueno, ahora volverás a los mininos, ¿no? Dios, ¿cómo vamos a pasar el verano sin dinero? Regresamos a la casilla uno. ¡Parece que estamos condenados a vivir en la casilla uno!

—¿Has visto a Jimmy Roland últimamente?

—No. Está en América, según el imbécil de Piglet. O en Australia. Y, oye, ¿nosotros no podríamos conseguir un billete subvencionado a Australia? Después de todo, somos blancos. Aunque supongo que el problema es que estamos enganchados a Londres.

—Sí...

—Ay, deja de ordenar la habitación. Olvídate de esas cosas. ¡Qué maniático eres!

—¿Qué has hecho mientras estaba fuera? ¿Has estado bien?

—¿Que qué he hecho? Nada. ¿Que si he estado bien? No. ¡Qué preguntas tan estúpidas me haces! Estos días de mierda ha hecho tanto frío que no he podido ni salir de la cama.

—¿Cómo va la novela?

—Atascada. Escribir es más difícil que pintar, te lo aseguro.

—Ya me lo imagino.

—A los pintores les basta con mirar. No necesitan ideas. Pero un escritor ha de tener ideas.

—Yo nunca seré escritor.

—¿Qué te pasa, Ojitos Azules? Estás por los suelos. Y no te culpo, yo estaría igual si hubiera tenido que volver a esta puta isla.

—Daisy...

—Un momentito. Acércame las zapatillas: tengo que ir al baño. Y después ya podremos bajar a tomar algo a nuestro querido Prince.

Tim le acercó las zapatillas y Daisy se levantó de la cama y salió pantufleando de la habitación. ¿Iba a decírselo?

Cuando Daisy volvió y alargó la mano para coger sus vaqueros, él le dijo:

—Daisy, tengo que contarte una cosa.

—¿El qué? ¡Querido mío, no te me pongas así!

—Voy a casarme con Gertrude.

—¿Qué Gertrude?

—Gertrude Openshaw.

—Perdona, era una broma. Como tú has hecho un chiste, pensaba que también yo tenía que hacer otro. Dos chistes malos. ¡Dios, estos pantalones están medio rajados!

—Pero es que es verdad. Daisy, voy a casarme con ella.

Tim pensó: «No le puedo mentir, a ella no. Pero, entonces, ¿por qué he venido aquí? Quizá por esa misma razón. Tengo que contárselo. Es algo que debo hacer por Gertrude, o que debo hacer *respecto a* Gertrude. Al contarle esto a Daisy, estoy convirtiendo a Gertrude en algo real. Bueno, pues que sea real. Pero, Dios, qué *horrible* es todo esto. Y, de alguna manera, qué real y verdadera es Daisy».

—Déjate de rollos. ¿Está lloviendo?

—No.

—¿Por qué me dices eso de Gertrude? ¿Es que forma parte de un juego o algo así? ¡Me cago en Dios!, ¿no tengo ya bastantes problemas? No me cabrees con tus tonterías.

—Voy a casarme con ella, Daisy. Se lo propuse yo. Y ella aceptó. O, al menos, aceptó a medias. Aún es demasiado pronto. Nadie lo sabe todavía: es un secreto y...

—Siéntate, Tim.

Él se sentó en una de las sillas. Daisy, en camisa y vaqueros, se sentó en otra.

—Ahora dime: ¿qué cojones es esta gilipollez? ¿Ya estás borracho a estas horas?

—Daisy, es *cierto*. Ha *pasado* de verdad. Por favor, *créeme*...

—Tim, se te tiene que haber ido la olla, o, si no, has debido de estar tomando drogas o algo así. Así que déjalo ya, ¿vale? Sé que dijimos que uno de los dos debería casarse con un ricachón, pero no iba en serio, o al menos yo no me lo tomé así. Chico, ya sé que no tienes mucho en la azotea, pero si estás llevando a cabo esta fantasía por mí...

—No es eso.

—Pues si lo que quieres es dejarme tirada, amiguito, no tienes por qué inventarte ninguna historia así de ridícula.

—Yo no... Es decir...

—¡Ya sé que no! Pero no te confundas con Gertrude: Gertrude es una ficción. No tiene nada que ver con nosotros. ¡Esas vacaciones en Francia deben de haberte perturbado! ¿Crees de verdad que podemos vivir del dinero de Gertrude? ¿Qué pensaría ella? ¿O es que ya se lo has contado?

—No...

—Mira. Eres más tonto de lo que pensaba, que ya es decir. Sé que *dijimos* que uno de los dos debería casarse con un ricachón y mantener al otro. Vale. Pero no iba en serio, ¿entiendes? Se trataba de una broma. Por Dios, sabes lo que es una broma, ¿no? Si nuestra querida Gertrude te diera dinero por tu cumpleaños o tuviera el detalle de morirse y dejarte una fortuna, eso sería estupendo. Pero no puedes casarte con esa vieja vaca por mí, aunque debo decir que me conmueve ver hasta dónde insinúas que serías capaz de llegar. ¿De verdad harías eso por mí? Sé que todo esto está en tu mente,

pero ¿de verdad...? Oye, ¿estás borracho tú o estoy borracha yo?

—Daisy, estoy hablando en serio.

—Tú estás chiflado. Venga, vámonos al pub.

—Me voy a casar con Gertrude.

—Y viviremos de lo que le saques, ¡estupendo!, salvo que no va a pasar ni lo uno ni lo otro. Deja de desvariar, querido mío.

—Daisy, ¿quieres *escucharme*?

—No, no mientras sigas insistiendo con esas bobadas como un pobre chiflado, repitiendo una y otra vez la misma absurda tontería. Querido muchacho, no podremos vivir del dinero de Gertrude ni aunque te cases con ella; bueno, especialmente si te casas con ella. Sé que dijimos que sería una buena idea, sé que incluso lo dijimos varias veces, o que al menos *yo* lo dije. Supongo que es culpa mía, vale. Me parecía gracioso, no sabía que esa disparatada idea se iba a quedar grabada en tu estúpida y pequeña cabeza de chorlito. Creo que esta es la conversación más delirante que he tenido nunca con nadie. ¡Tengo que estar como una cuba para seguir hablando de ello!

—¡No estoy sugiriendo que vivamos del dinero de Gertrude!

—Vale. ¿Entonces de qué me estás hablando, joder?

—Pasó algo en Francia: me enamoré; me enamoré de Gertrude, y Gertrude se enamoró de mí.

—Anda, mejor ve a tirarte al Támesis. Y Manfred será el padrino y la Serpiente será la dama de honor, ¿no?

—Ellos no estaban allí. Te mentí. Dejaron a Gertrude y se marcharon. Gertrude y yo pasamos unos días solos y nos enamoramos.

—Y caísteis rendidos el uno en los brazos del otro.

—Sí...

—Anda, cuéntame otra. ¡Eres un maldito embustero, Tim Reede! Vives en un mundo de fantasía. Aunque a estas alturas ya debería estar acostumbrada. Lo que no entiendo es por qué me has intentado colar *esta* mentira. Pensaba que decías en serio lo de vivir del dinero de Gertrude...

—No. Yo en ningún momento he dicho nada parecido. Has sido tú...

—Bueno... Pero entonces ¿a qué viene este cuento del romance? Si lo que quieres es fastidiarme y ponerme celosa, ¿por qué no te inventas algo que resulte más creíble?

—Ya sé que es difícil de creer. ¡Pero es que es verdad!

Daisy se quedó mirándolo fijamente. Tim sintió miedo de aquella mirada, pero aun así se la sostuvo. Tenía la sensación de que los hondos cimientos de su vida estaban moviéndose, moviéndose con tanta suavidad como si se apoyaran sobre cojinetes, como si se desplazaran por casualidad, y, sin embargo, también como si de alguna manera su propia voluntad los empujara a través de la oscuridad. Durante aquellas asombrosas horas con Gertrude, en ningún momento había sentido nada parecido: lo que había sentido entonces era el poder de lo inevitable, como si estuviera sumido en una especie de trance. Ahora sentía que estaba actuando, aplastando algo, rompiendo algo, dando lugar a un futuro diferente, a futuros diferentes, y de una forma deliberada, irrevocable, alterando su

propio ser, y también el de Daisy. Temeroso, le tendió una mano. Resultó que en esa mano sostenía un vaso de vino. Daisy le dio un manotazo al vaso, que se cayó al suelo y se rompió.

Y dijo:

—Sí, *sí* que puedo entender que esa estúpida zorra piense que está enamorada de ti: no es muy inteligente y está conmocionada, aunque creo que podría haber encontrado a un hombre mejor en ese séquito tan extenso que tiene. Pero que tú pienses que estás enamorado de ella... es simplemente... imposible... A no ser que de verdad andes detrás de su dinero. ¿Es eso?

—No. —Tim se remangó y se sacudió el vino de la muñeca.

—¿Y qué son esos arañazos del brazo, las marcas del amor, o es que os peleasteis?

—Me caí en un zarzal.

—¡Qué propio de ti! Pobre niño, pobre Ojitos Azules, parece a punto de llorar. Se cayó en un zarzal y ahora se compadece de sí mismo. ¡Te empujaría a otro si hubiera uno aquí! Vamos a tomar más vino. Aquí tienes otro vaso. Vaya putada, nos hemos acabado la botella. Espero que me quede otra. Pues sí, aquí la tengo. —Daisy abrió la botella y sirvió el vino, y volvieron a mirarse fijamente el uno al otro.

Tim pensó: «Es como enamorarse otra vez, solo que no es amor, es la muerte; es el reverso del amor. Pero también es amor en cierto modo. Dios mío, *no puedo* estar perdiendo a Daisy, no es posible que esté pasando esto. No puedo perder a Daisy, ¿verdad? Después de tantos y tantos años». Le dio un trago al vino con la esperanza de emborracharse, y notó que efectivamente ya estaba algo borracho.

—Tim, a ver, vuelve a empezar y trata de explicarme de qué va esa historia sobre Gertrude y tú.

—Nos enamoramos en Francia.

—¿Y os acostasteis?

—Sí.

—¿Y ahora ella dónde está?

—No lo sé...

—¿Y eso por qué?

—Volverá pronto. Nos marchamos por separado. Es un secreto...

—¿*Qué* es un secreto?

—Que nos queremos, que tenemos pensado casarnos. Pero, por supuesto, todavía es demasiado pronto... Y no sé si llegará a pasar... No sé qué va a pasar... No sé...

—No sabes mucho, por lo que parece. Eso está mejor. Vale, ocurrió algo en Francia, pero ahora se ha acabado; y esperas que te perdone. Me lo pensaré.

—No se ha acabado...

—Si pensara que de verdad eres capaz de casarte con esa perdiz rellena, te tiraría por la ventana.

—Daisy, es un secreto y...

—¡Ah, no me fastidies con tus secretos! Por lo que a mí respecta, ¡es tan secreto que no existe! La idea de que te fueras a casar con esa zorra para que pudiéramos vivir de sus ingresos me ha resultado

de lo más conmovedora. Y ahora presumes de haberte acostado con ella en Francia...

—No estoy presumiendo y, por favor, no...

—Y al parecer te pirras por casarte con ella. Bueno, pues este no es el sitio para demostrarlo. Santo Dios, ¿de verdad te interesa tanto su dinero? ¿A eso ha llegado la cosa?

—¡No se trata del dinero!

—¡Claro que se trata del dinero! ¿Qué otra cosa tiene ella si no? ¿Qué otra cosa te hacía merodear por Ebury Street entre todos esos jodidos burgueses rastrosos? Claro que el dinero es estupendo. Y Gertrude es dinero: ella y su dinero son lo mismo; tiene aspecto de dinero, huele a dinero.

—¡No es el dinero!

—No me grites. *Tu veux une gifle?* ¿Le has hablado de nosotros? ¿Qué pregunta más tonta! Por supuesto que no. ¡El huerfanito pobre quiere una mamá rica y una casa bonita...!

—No hay nada de malo en querer una esposa y una casa...

—¡Me pones enferma! Bueno, y ¿qué es lo que te detiene? ¿Acaso ahora me culpas a mí de que en todos estos años no hayas tenido agallas suficientes para dejarme y buscarte una mujercita burguesa? Dios, eres tan *débil*. ¡Y ahora vas y te pones a lloriquear! Siempre me ha gustado que no fueras el típico machote fornido y abusón, pero ser así de blando...

—Daisy, vamos a dejarlo ya, vamos a tranquilizarnos...

—¡Y te has acostado con esa zorra gorda y vieja! Me sorprende que no hayas muerto aplastado. ¡Esa cerda vieja!

—Daisy...

—Dime cuándo es la boda, que me apetece reírme hasta estallar. ¡Será un buen motivo para salir del Prince of Denmark!

—Eso no va a pasar...

—¿Entonces te has acostado con ella, pero no piensas casarte con ella? ¡Eso sí que es propio de un hombre!

—No, no va a pasar... Fue un sueño... Quiero decir que sí, hicimos el amor... Pero eso fue en Francia...

—¡Ah, y ya sabemos lo que pasa en Francia!

—No se acordará, no querrá...

—¿Cuando vuelva a casa, quieres decir? Me atrevería a afirmar que no, que no querrá. Pero ya no me interesa esta historia. Y tampoco me interesas tú. Vete con tu viuda rica y, si no quiere seguir contigo, ¡búscate a otra!

—Daisy, por favor, no te enfades. Por favor, hablemos con tranquilidad. No puedo soportar esto...

—¡Anda, vete al carajo! ¡Eres un hombrecillo patético! Márchate y no vuelvas. ¡Fuera, *fuera!*

Los ojos marrones de Daisy estaban rectangulares de rabia. Se levantó de un salto, y Tim dio un respingo hacia atrás y derribó la silla. Un vaso le pasó rozando la cabeza y se estrelló contra la pared. Daisy rodeó la celosía y se metió corriendo en la cocina. Tim se dirigió a la puerta. Un plato se



estrelló en el suelo cerca de sus pies. Una taza le golpeó en la mano. Mientras cruzaba el rellano, oyó cómo se estrellaban más platos, y después un fuerte crujir de la madera, cuando Daisy se tambaleó sobre la celosía. Bajó las escaleras a toda velocidad.

Una vez en la calle, siguió corriendo hasta quedarse sin aliento. Entonces aminoró la marcha y continuó andando; echó un vistazo a su alrededor y caminó a paso ligero hasta que llegó al hotel Brook Green. Entró y se pidió un whisky doble. Tenía los bolsillos llenos de dinero. De forma instintiva, pensó: «Debería haber caído, debería haberle dado un poco a Daisy». Estaba muy disgustado, pero aun así se dijo: «Lo de Daisy no ha acabado aquí». No era así como acabaría lo de Daisy; ni siquiera estaba seguro de si llegaría a acabar alguna vez. Cuando viera a Gertrude, si es que conseguía verla, ¿le hablaría inmediatamente de su antiguo amor? Bueno, no, inmediatamente no: tenía que ser capaz de hablarle de Daisy como de algo perteneciente a su pasado, y por eso lo mejor sería esperar hasta que fuera pasado de verdad, o, al menos, bastante más pasado de lo que lo era en ese momento. Pero ¿cuándo empezaría ese pasado? ¡Oh, Dios, qué maldito lío!

Cuando se sentó a tomarse la copa, le vino a la mente la imagen de Daisy y sintió que lo embargaba una mezcla de amor y dolor, un sentimiento profundo y, en cierto modo, protector. Comparada con la lustrosa y bien cuidada Gertrude, Daisy era un animal desgredado y mal alimentado que estaba acostumbrado a pasar el invierno al raso. Bueno, ¿y acaso no era él también de los que viven «al raso»? No quería convertirse en un secreto inconfesable de Ebury Street. ¿Se demostraría al final que eso era lo mejor que podía esperar de Gertrude? No aquel «nuevo comienzo», sino solamente una turbia, decadente y clandestina aventura amorosa. Eso era lo que le rondaba por la cabeza a Tim, pero al mismo tiempo también se sentía indefenso. Sabía que el imperativo categórico de Eros radicaba en su amor por Gertrude.

Había un teléfono en el bar. Se dirigió a él y marcó el número de Ebury Street. Respondió Anne Cavidge. Colgó el auricular.

—Somos el comité de recepción oficial —dijo Anne—. ¡Hemos dejado al margen a todos los demás!

Ella y el Conde, de pie en el salón, miraban a Gertrude con ojos radiantes y amorosos. Gertrude, todavía con el abrigo puesto, yacía derrumbada en un sillón. Eran las seis de la tarde.

—Dejé a Manfred y a la señora Mount en París —dijo Gertrude—. ¡Tenía tantas ganas de llegar a casa!

—¡Ah, estoy tan...! ¡Qué... alegría que hayas vuelto! —exclamó el Conde.

—Nos hemos empleado a fondo —dijo Anne—, ¿a que sí? Desde el momento en que recibimos tu telegrama. Por supuesto, la señora Parfitt también ha venido un par de veces, pero queríamos que la casa estuviera impecable. El Conde se ha pedido el día libre y lo hemos limpiado absolutamente todo, hasta el último rincón; y también te hemos hecho la compra y hemos arreglado estas flores. Espero que te gusten. A veces era yo quien se encargaba de arreglar las flores de la capilla.

—Es estupendo —dijo Gertrude—, estupendo.

Pensó: «¡Ay, Dios, ni siquiera tengo la dirección de Tim!».

Nada más llegar a Ebury Street, Gertrude se había topado con que Anne y el Conde estaban al mando de todo. El Conde le había cogido la maleta y se la había llevado al dormitorio. Pero, al enfrentarse a los radiantes ojos de sus amigos, a su amor, a sus atenciones, a su bienvenida, Gertrude se sintió débil y casi excluida, como si aquel piso ya no fuera suyo. No parecía que estuvieran celebrando su regreso a casa, lo cual resultaba extraño, ya que era precisamente un acto de bienvenida lo que aquellos dos amigos tan queridos le habían preparado con tanta devoción. Reparó en que Anne había colocado un ramo de hojas y lirios sobre la repisa de la chimenea y un precioso florero de tulipanes rojos y blancos sobre la mesa de marquetería.

El Conde pensó: «Gertrude parece cansada y preocupada. ¿Por qué se habrá echado de esa manera en la butaca? No es propio de ella. ¡Qué conmovedora y desvalida se la ve! Parece una refugiada. Qué bonito tiene el pelo, todo castaño y reluciente y revuelto. Cuánto me gustaría tocárselo». La miraba radiante de amor. Aquel deseo tan concreto de tocarla, junto con la imposibilidad de hacerlo, lo llenaba de una tierna agitación. Curiosamente, el Conde había permanecido de lo más contento y sosegado durante la ausencia de Gertrude. Ni siquiera le había importado que estuviera en compañía de Manfred. A ella no podía pasarle nada, al menos por el momento. Sentía que estaba sana y salva, que había sido consagrada y apartada de todo mal, y, gracias a ello, el Conde había podido entregarse, como nunca antes, a soñar con ella, a amarla y a anhelar su regreso. Esa forma de anhelar, sin sentirse amenazado, es quizá, de entre todas las ocupaciones humanas, una de las más felices.

—Te hemos echado tanto de menos —dijo Anne.

—Me alegro *mucho* de verte, querida —dijo el Conde—. Pero debes de estar cansada. ¿No estás cansada?

—Sí que parece cansada —añadió Anne—. ¿Quieres echarte un rato?

—No, no, estoy bien.

Gertrude se dijo: «Anne debe de haber animado al Conde a que me corteje. De alguna manera, ha autorizado su amor por mí, y lo ha fomentado. Quizá él se ha estado desahogando con ella y el asunto ya se ha hecho mucho más público y oficial de lo que yo creía. Se lo ve más seguro, más desenvuelto. Con Anne como aliada, considera que puede expresar sus sentimientos. Me están acorralando. ¡Es una conspiración! ¡Me están acorralando con amor! Pero no. Seguro que todo esto ha ocurrido de manera natural. Puede que ni siquiera hayan intercambiado ni una palabra. Simplemente es que los dos me quieren mucho. Dios mío, ¿acaso no soy una mujer afortunada?».

Al mirarlos, sentía exasperación, placer, gratitud. Y pensó: «Qué guapo está el Conde: la esperanza le favorece».

—Quítate el abrigo, querida —dijo Anne.

—Yo te lo colgaré —dijo el Conde.

—¡Me siento como si yo fuera la invitada! —dijo Gertrude.

—Bueno, lo eres, ¡solo por esta tarde!

Gertrude se quitó el abrigo. Sonó el teléfono. Anne respondió a la llamada y recitó el número.

Luego colgó, extrañada.

—Qué raro. Esta mañana ha pasado lo mismo: han llamado y, en cuanto he respondido, han colgado. ¿Creéis que puede tratarse de ladrones que llaman para ver si hay alguien en casa?

—No, simplemente se habrán equivocado de número.

Gertrude pensó: «Mañana por la mañana volverá a llamar; tengo que conseguir que Anne salga de casa».

El teléfono volvió a sonar.

—Yo lo cojo —dijo Gertrude. Se levantó de un salto. Luego pensó: «Pero ¿qué voy a decirle?».

Era Janet Openshaw.

—Sí, querida Janet, acabo de regresar. Me encantaría ir a cenar con vosotros... Sí, mañana..., sí... Lo estoy deseando...

—Todos se mueren de ganas de verte —dijo Anne cuando Gertrude colgó—. Pero esta noche te hemos reservado solo para nosotros. Vas a tener que salir para todos los almuerzos y todas las cenas que quedan hasta el mes que viene. ¡Menudo bombardeo! Al lado del teléfono tienes una lista larguísima de toda la gente a la que tienes que llamar.

—Ahora no tengo ánimo para eso —dijo Gertrude—. Venga. Vámonos los tres. No tendrás planes, ¿verdad, Conde? Necesito salir de aquí. Vamos a tomar una copa a algún sitio y después cenamos fuera.

Pensó: «Si Tim llama otra vez, no podré evitar echarme a llorar».

Anne y el Conde se miraron el uno al otro. Parecían desilusionados.

—¡Oh, es que he preparado una cena tan rica! —dijo Anne—. Es uno de los pocos platos que sé cocinar. He estado practicando desde que te fuiste...

—¡Ah, bueno, claro! Entonces nos quedamos. ¡Qué bien! ¡Qué detalle! Pero ¿os importa que no cojamos el teléfono? Vayamos directamente al comedor.

—Supongo que querrás beber algo, ¿verdad? —dijo Anne.

—Sí.

Las bebidas ya no estaban en la mesa de marquetería de siempre. Anne las había retirado y las había llevado a la cocina.

Durante la cena, escucharon sonar el teléfono varias veces a través de las dos puertas cerradas. La especialidad de Anne, un delicioso *coq au vin*, recibió muchas alabanzas. No paraban de hacerse preguntas. Reinaba una atmósfera de feliz entusiasmo, de celebración.

—¿Entonces has estado sola en Francia?

—No todo el tiempo: Manfred y la señora Mount me acercaron a la casa al principio y me hicieron un poco más de compañía al final. Y justo la última tarde se dejó caer por allí Tim Reede: buscaba alojamiento para pasar la noche. Estaba de viaje por Francia, pintando.

—¿Tim? —dijo el Conde—. Me alegro mucho de que por fin haya decidido irse de vacaciones.

—¿Son buenas sus pinturas? —preguntó Anne.

El Conde se rio.

—Una vez le compré una, solo para ayudarlo. Se llamaba *Tres mirlos en un pozo de melaza*. Para mí no tenía ni pies ni cabeza.

—Me lo pasé muy bien en el viaje de vuelta —dijo Gertrude—. ¡Por una vez Manfred condujo despacio y hasta se detuvo en las catedrales! Ahora contadme: ¿cómo estáis vosotros dos?

—A Anne le duele una muela —dijo el Conde.

—Ahora no... —dijo Anne.

—Pobrecita, ¿tienes dentista? Deberías ir al nuestro: se llama Samuel Orpen. Es muy bueno. Es medio primo de Guy. ¿Cómo te fue en tu retiro? Sabes que Anne ha estado sola de retiro en Cumbria, ¿verdad? No recuerdo muy bien cuándo fue la Pascua. ¿Estuviste allí durante la Pascua?

—Sí.

—¿Y fuiste a aquella pequeña iglesia?

—No.

Gertrude miró a Anne. Iba ataviada con un vestido negro que nunca antes le había visto. Parecía más delgada, y tenía cierto aire de pájaro; no estaba menos hermosa que la última vez que se vieron, pero daba la impresión de que había estado ayunando. Quizá hubiera estado ayunando. ¡Qué misteriosa era la gente que se entregaba a la religión!

—Ojalá hubiera recibido una educación religiosa —dijo el Conde—. La Pascua es una época estupenda en Polonia: la gente se lo pasa muy bien. Y la vida religiosa en sí resulta muy necesaria. Las personas religiosas nos hacen mucho bien.

Anne dijo:

—¡Creo que el Conde solo tiene ese sentimiento tan romántico respecto a la religión porque es polaco!

—Sí, tengo la impresión de que en ese sentido los polacos son muy parecidos a los irlandeses y a los españoles —dijo Gertrude.

—¡En absoluto! —dijo el Conde—. A los irlandeses les falta dignidad, y los españoles carecen de convicciones patrióticas.

—Creo que vuestras convicciones patrióticas obedecen a una especie de misticismo —dijo Gertrude—. Siempre he tenido la sensación de que los polacos no sois gente realista, de que sois como de otro mundo.

—Piłsudski quiso invadir Alemania en 1933. ¿Acaso aquello no fue realista?

—¿Pero no quiso hacerlo sin aliados? —preguntó Anne.

—No, intentó contar con Gran Bretaña y Francia, pero ellos no quisieron apoyarlo.

—¡Eran demasiado realistas! —dijo Anne.

—Los polacos se pasan el día hablado de su historia —dijo Gertrude—. Son como los irlandeses. ¡Habremos vuelto a 1241[32] antes de que sepamos siquiera dónde estamos!

—¿Y viajas a Polonia con frecuencia? —preguntó Anne.

—No..., pero he estado...

—¿Tienes pensado ir allí este verano, Conde? —preguntó Gertrude.

—No, es decir, todavía no tengo planes para este verano...

—Lo cierto es que me encantaría visitar un país donde Lodz se pronuncia Wudge. Anne, querida, ¿podrías traer otra botella?

El Conde pensó: «¿No sería maravilloso que Gertrude viniera conmigo a Polonia? ¿Podría? ¿Lo haría? No me resultaría imposible preguntárselo abiertamente, pero tendría que proponérselo de una manera más o menos desenfadada, no con solemnidad, o como si se tratara de una decisión importante. Y, por supuesto, todavía no debo decirle nada sobre *el tema*... Pero podría invitarla a que viniera conmigo de escapada. ¿Por qué no? Parece interesada. Dios mío, le enseñaría el monumento a la guerra y el monumento del gueto y la zona donde se alzaba la prisión de Pawiak y las habitaciones del antiguo edificio de la Gestapo y...». Entonces pensó: «Pero todos esos lugares que se me ocurren de entrada son tristes, horribles». ¿La entristecerían a ella? La imagen de Gertrude con la triste Varsovia de fondo brillaba como la imagen de Cristo en el limbo. El Conde pensó: «¿Es esta en cierto modo la *respuesta* que siempre he estado esperando y que nunca ha llegado? La respuesta, el acontecimiento, la luz cegadora. De pronto, las cosas más tristes y terribles se entrelazarán con las cosas más maravillosas, con las más felices. Se producirá un grandioso acto de salvación. Cristo habrá resucitado».

El Conde sonrió a Gertrude. Su pelo claro, pajizo, brillaba a la luz de la lámpara, su cara blanca tenía un aspecto suave y limpio como el marfil y sus ojos celeste claro brillaban lúcidos, con un fulgor de amor puro y alegría pura. Anne también le sonrió a Gertrude. Se volvió hacia ella con un semblante totalmente calmado, que le transmitía consuelo, que le daba la bienvenida.

Gertrude pensó: «Supongo que es el vino, pero de repente tengo la sensación de que todo va a ir bien». Pensó en Tim. Y pensó en el Conde y en Anne. Y pensó: «De una manera u otra, todo irá bien».

Dijo:

—Todo irá bien.

El Conde dijo:

—Todo irá bien.

Y Anne dijo:

—«Todas las cosas, sean del tipo que sean, irán bien.»[33] —Y se echó a reír, y los otros dos se rieron con ella.

Tim y Gertrude se encontraban cara a cara y de pie en el estudio de Tim. Una lluvia suave tamborileaba o bien golpeteaba sobre la claraboya. La luz de la habitación era agradable, de un gris perlado. Se miraban con los ojos abiertos como platos, como si ambos fueran testigos de una aparición. Después dieron un paso adelante y, con el mayor de los cuidados, lentamente, se fundieron en un abrazo. Se quedaron pegados y cerraron los ojos, sin besarse todavía.

Tim la había llamado por teléfono aquella misma mañana, a las nueve. Lo habría hecho antes, pero no había logrado encontrar ninguna cabina que funcionara. Gertrude estaba sentada con Anne en el

cuarto de esta última, intentando convencer a su amiga de que se probara unas joyas. Quería mantenerla ocupada, de forma que tuviera que quedarse allí cuando sonara el teléfono. Ya había empezado a preguntarse qué iba a hacer con su vida y con los pensamientos que llenaban su mente en el caso de que el teléfono no sonara cuando por fin lo hizo. Gertrude corrió al salón cerrando las dos puertas tras de sí y, al oír la voz de Tim, solo dijo:

—¿Dónde estás? Ahora mismo voy. —Tim le dio una dirección y Gertrude colgó. Le dijo a Anne que tenía que ver a un asistente social para tratar un problema urgente, salió corriendo de la casa y se metió en un taxi.

Y ahora estaban juntos; en un espacio cerrado, entre cuatro paredes. Podían respirar la presencia del otro, mirarse y tocarse y sentir cómo los latidos de sus corazones medían el tiempo. Había una especie de dulce lujo en el silencio y en la lentitud de su encuentro. Y aquella forma tan extraña y casi astuta en la que se sonreían era la prueba de que efectivamente no habían estado soñando.

—De modo que *sí* pasó, ¿verdad? —dijo Tim al fin, separándose de Gertrude para volver a mirarla.

—Sí. Pasó. He estado muy preocupada...

—¡Yo también!

—Pero ahora todo está bien.

—Pensaba que quizá te habrías olvidado de mí.

—No, te recuerdo: eres Tim. Deja que te vea los brazos. —Le desabotonó los puños de la camisa y le subió las mangas. Allí estaban las huesudas muñecas cubiertas de vello rojo, los delgados brazos aún marcados con arañazos. Le desabrochó la camisa por el cuello y le acarició suavemente el vello por dentro.

Entonces Tim la miró con una especie de loca y burlona alegría.

—Sí. Y yo también te recuerdo, querida mía. Quítate el impermeable. Dámelo. Vaya, está empapado. —Lo colgó en una silla.

—El taxista no encontraba el sitio, y luego...

—Te quiero.

—Sí..., sí...

—Ven. Vamos a sentarnos aquí. Quiero mirarte; quiero adorarte con calma.

Le ofreció una silla frente a él y los dos se quedaron sentados con las rodillas en contacto, entrelazadas, como aquella primera vez en la sala de estar de Les Grands Saules. Le desabrochó los botones del vestido marrón claro, le acarició los pechos y después le volvió a cerrar el vestido. Los dos suspiraron y se inclinaron hacia delante, agarrándose los brazos por los codos.

Tim dijo:

—Te deseo muchísimo, pero aquí es imposible hacer nada: Brian, el tipo del garaje, suele subir a menudo, y comparto el estudio, más o menos, con otro compañero. No pasa mucho tiempo aquí, pero podría llegar en cualquier momento.

Naturalmente, Tim estaba pensando en que podía darse el caso de que Daisy apareciera por allí. Lo

cierto es que resultaba de lo más improbable: ella no tenía por costumbre «dejarse caer» por ningún sitio. Casi seguro que se había quedado echando humo en su piso o simplemente se había marchado al Prince of Denmark a esperar a Tim. Pero siempre cabía la posibilidad de que ahora, aunque solo fuera por fastidiar, se le metiera en la cabeza pasarse por el estudio a aporrear su puerta. Y la sola idea de encontrarse con Gertrude en la cama y con Daisy en la puerta aterrorizaba a Tim hasta revolverle las tripas. De hecho, había decidido, ante el peligro que suponía Daisy, evitar por todos los medios que Gertrude fuera al estudio; pero cuando ella, al contestar al teléfono, le preguntó de sopetón por su dirección, él, incapaz de pensar en ninguna alternativa, acabó dándosela. En cualquier caso, no debían quedarse mucho en aquel lugar tan peligroso. Pero ¿a qué otro sitio del mundo podrían ir?

Gertrude dijo:

—Me alegro de quererte y de no poder evitarlo.

—Y yo también. Pero no acabo de ver qué vamos a hacer. Solamente esperar, supongo. ¿Qué crees que debemos hacer, mi niña, cariño, mi reina Gertrude?

—No puedo... saberlo de antemano —dijo Gertrude. Y, según pronunciaba aquella declaración de impotencia, unas lágrimas silenciosas asomaron a sus ojos.

—No hemos podido reflexionar sobre ello, ¿verdad? —dijo Tim—. Nos vimos obligados a separarnos demasiado deprisa aquel día, junto a todos aquellos huevos rotos, ¿no es cierto? No tuvimos tiempo de darle muchas vueltas. No llores, mi vida.

Gertrude le tomó la mano a Tim y se secó las lágrimas con el dorso.

—En cualquier caso —dijo ella, recuperando algo de su antiguo tono de «cónclave»—, al menos las cuestiones más esenciales están claras.

—¿Lo están?

—¿No lo están?

—¿Cuáles son?

—Bueno, nos queremos...

—Sí, sí, sí —dijo Tim—. No dejamos de decírnoslo, y es verdad. Pero... ¿de este modo...?

Mientras tanto, pensaba: «Sí que nos queremos. De eso, gracias a Dios, no cabe duda, pero, ahora que ha vuelto a Londres, puede que llegue a la conclusión de que lo único que busca es una aventura». Y dijo:

—Puede que hayas llegado a la conclusión de que lo único que buscas es una aventura, y no lo otro, una relación que dure para siempre. Si lo único que quieres es una aventura, dímelo..., dímelo ahora...

—¿Es una aventura lo único que buscas tú?

—No.

—Ni yo. Quiero una relación que dure para siempre.

—De acuerdo, yo también. Tenías razón en Francia cuando dijiste que lo nuestro es o todo o nada. Pero, Gertrude, cariño, yo...

—¿Qué?

—Puedo ver la meta, pero no veo el camino. Ahora me doy cuenta de que no puedo soportar estar separado de ti ni un minuto. Ojalá no hubiéramos empezado ocultádoselo a todo el mundo. Quizá deberíamos haber hecho frente a Manfred y a la señora Mount en Francia desde el principio...

—No podíamos...

—Me da miedo tener que mantenerlo oculto. ¡Me aterroriza perderte! Me gustaría casarme contigo de inmediato. ¿No podemos casarnos mañana, la semana que viene?

—No podemos, Tim...

Se apartaron un poco y se miraron fijamente, concentrados.

Tim pensó: «Tengo que *mantenerla* a mi lado, pero ¿cómo se consigue eso? Es posible que cambie de idea, o que la hagan cambiar de idea. En lo nuestro, nada es totalmente seguro».

—Podríamos casarnos y mantenerlo en secreto.

—Tim, no.

Tim pensaba: «Dios, tenemos que salir de aquí. A cada momento me da la impresión de oír a Daisy en las escaleras. Pero ¿dónde demonios podríamos siquiera cogernos de la mano? Creo que me voy a volver loco. ¿Debería hablarle de Daisy? No, todavía no, no al menos hasta que hayamos vuelto a vernos en otro encuentro como este: ya tenemos bastantes problemas. Dejaré que la cosa se vaya calmando. Entonces se lo iré contando poco a poco. Tengo que reinventar a Daisy, contemplarla desde otra perspectiva —en realidad, Tim quería decir restarle un poco de importancia— antes de contarle nada a Gertrude. Tengo que ser capaz de mostrarme despreocupado o pensaré que hay más de lo que en verdad hay. ¡Es todo tan precario! He de hallar la manera de plantearme un modo de vida más sólido junto con Gertrude. Aunque puede que ella, después de todo, se conforme con tener una simple aventura. ¡Ay, Dios, si me deja ahora, me muero!».

Gertrude pensaba: «¡Lo amo tanto! Pero ¿qué puedo decir? Supongo que entiende mi situación, aunque ni siquiera se me ocurre cómo preguntárselo. No puedo casarme tan pronto; Guy acaba de morir. No, es algo impensable. Ni siquiera puedo concebirlo yo misma: además, ¿qué iban a decir los demás? Estoy de luto (sí, *estoy* de luto), y hay toda una parte de mí que no sabe más que eso. Debo ser esa persona, debo mantenerme fiel a Guy, a mi eterno amor por Guy, y sin embargo me hallo atrapada en esta nueva realidad, una realidad que yo no elegí ni busqué: simplemente me sucedió. Que Dios me perdone, que Guy me perdone. No puedo casarme con Tim ni dejar que nada se sepa todavía, al menos hasta que pase cierto tiempo. Sencillamente tendremos que esperar. Ay, ¿lo entenderá? No quiero que se sienta herido ni que albergue dudas. Pero puede que llegue a albergar tantas que termine marchándose. ¿Creerá que le tengo miedo a lo que diga el “grupo”?». Le vinieron a la cabeza las crudas palabras de Tim: «¡Qué sorpresa se llevarían si supieran que te has echado un amante!». Pero la cuestión era que ella, Gertrude, no podía mostrarse así ante los ojos de toda esa gente. No se trataba solo de un vano orgullo. Era algo más profundo. ¿Cómo podría explicarlo?

Tim pensaba: «Le importa muchísimo lo que piensen los demás. Pero, bueno, de todas maneras, ¿qué es lo que van a pensar, qué es lo que van a hacer? ¿Acaso podrían separarnos? ¿Serían capaces de aplastarme, de expulsarme?». Y añadió:



—No soy lo que se dice un buen partido, Gertrude. Dirán: «¿Por qué se habrá juntado con esa rata?».

—Tim, no...

—Con ese mentiroso, con ese gorrón. ¿Sabías que te robaba comida del frigorífico? No es muy romántico empezar una relación con un tipo que te robaba comida del frigorífico.

—¿Tanta hambre tenías? ¡Pobre Tim!

—¡Pobre Tim! Quizá sea eso lo mejor que puedan llegar a pensar de mí.

—No te preocupes por ellos. No se trata de ellos.

—Ya lo sé. Se trata de Guy.

—Sí.

—Lo entiendo.

Tim pensó: «¿Y Guy...? ¿Acaso no podría ser Guy el que nos separara? ¿El que me aplastara, el que me expulsara? Cuando la pasión se apacigüe un poco, ella empezará a pensar: “Guy era esto, Tim es aquello”. Y se sorprenderá de sí misma».

—Está claro que debemos esperar. Me alegro de que lo entiendas —dijo Gertrude.

—De acuerdo. Puede que me vuelva loco; pero no importa. Desde que nos separamos, he estado a punto de enloquecer. Te llamaba una y otra vez, y nadie respondía. Después, Anne descolgó el teléfono. Después, nada. ¡Temí que hubieras cambiado de idea! Dime, ¿cuándo has llegado? ¿Dónde estuviste anoche? No sé nada. ¿Te han traído a Londres Manfred y la señora Mount? Dios, me puse tan celoso de Manfred cuando vi que se te llevaba en aquel coche. Es tan grande y tan guapo, y tiene ese coche tan enorme...

—Oh, no te preocupes por Manfred. Cogí un avión en París. Ellos siguieron hasta el ferri. La verdad es que ese itinerario no me ahorró tiempo, pero solo quería apartarme de ellos. Y anoche no salí del piso: estuve con Anne y con el Conde.

—¿Y no contestabas al teléfono! ¡Estaba desesperado!

—Lo siento. No conseguía librarme de ellos, y pensé que, con ellos dos allí, no podía permitirme hablar contigo: me habría echado a llorar...

—Y cenaste con ellos. ¡Bueno, pues esta noche cenarás conmigo!

—Tim, hoy no puedo: tengo cena con Stanley y con Janet.

—¡Maldita sea! ¿Por qué? Al final te llevarán a su terreno: ellos son muchos y yo uno solo.

—¿Qué hiciste tú después de que me marchara?

—Pasé la noche en el hotel. Me fui media hora después que vosotros. Luego cogí el autobús, el tren y un avión a Londres. Y entonces empecé a llamarte.

—Y aquí es donde vives. Ni siquiera he echado un vistazo.

—A decir verdad, el estudio no es mío: solo estoy de alquiler. Tendré que marcharme pronto. El propietario es un hombre que se llama Jimmy Roland...

Gertrude ya había empezado a dar vueltas por la habitación. Tim había tenido tiempo de esconder los cuadros de los gatos, y había puesto a la vista algunas de sus mejores obras, cosas más bien

antiguas, colocándolas por aquí y por allá de forma casual. Intentó ver el estudio a través de los ojos de Gertrude. Le pareció un sitio romántico. Pero allí no iba a tener lugar ningún idilio: en breve tendría que decirle a Gertrude que se veía obligado a dejarlo. Al fin y al cabo, algún día Daisy podría pasarse por allí. ¿Le conseguiría Gertrude un piso? ¿Y dónde pasaría Tim aquella tarde? ¿En el Prince of Denmark? El caos se estaba adueñando de su vida, una vida que ya de por sí empezaba a carecer de sentido. Fue entonces cuando, por primera vez, Tim Reede se percató de cuánto orden y cuánto sentido había tenido hasta entonces su vida aparentemente tan disparatada.

—Ese me gusta —dijo Gertrude, señalando un dibujo en el que un muchacho servía vino de una botella—. Y ese. —Se trataba de un pájaro bastante desastroso al estilo Ernst, con un bonito fondo azul de pinceladas horizontales—. Y ese. —Se refería a uno de los gatos, que a Tim se le había pasado por alto al arreglar la habitación.

—Ah, ese no vale nada. —Lo giró apresuradamente, poniéndolo de cara a la pared.

—No, me gusta de veras. Eres un gran artista.

—¡Gertrude, cariño, no entiendes de pintura!

—Vas a seguir pintando, ¿verdad? No quiero que lo dejes.

—Cuando esté... Ay, Gertrude, me estás destrozando la vida, destruyéndola. No me importa, me alegro de ello. Hacía falta que alguien me la destrozara, e incluso que me la destruyera. Pero me temo que tendré que volver a empezar desde el principio.

«Sí, así es como yo concebía la inocencia —pensó Tim—. Tengo que dejar que me rompan y me hagan de nuevo. Me haré a mí mismo de nuevo, con ella. Ojalá sea así.»

Gertrude se mantuvo impertérrita ante sus palabras, y a Tim le encantó su aplomo.

—Pero volverás a empezar como pintor. Eso no cambiará, ¿verdad?

—No, eso no cambiará. ¡Ay, Gertrude, me resulta tan extraño y maravilloso verte aquí! Es como un milagro.

Se quedó mirándola fijamente. Era asombroso verla recortada contra el fondo de su estudio, como si formara parte de un llamativo *collage*. Allí estaba ella, Gertrude, impecable y morena, ataviada con un vestido marrón claro que dejaba ver una blusa de seda azul de cuello alto y un broche redondo de oro. Tim dirigió los ojos a sus zapatos, elegantes y bastante caros, y a su discreto bolso de cuero. ¿Acaso era posible que aquella mujer fuera «su chica»?

—¿Eres mi chica?

—Sí, Tim, soy tu chica.

—Espero que estés en lo cierto. Pero te lo digo en serio: todo ha desaparecido, todos mis hábitos, todo mi tiempo. Has irrumpido en mi vida como un tornado: lo has arrasado todo, contigo todo es distinto; y será aún más distinto cuando estemos... Mira, ha dejado de llover: salgamos de aquí. ¿Qué hora es? Ya habrán abierto los bares. Vamos a algún pub. Tendrás que acostumbrarte a ir de copas cuando estés...

¿De verdad tomarían la costumbre de irse de copas? ¿Qué harían para pasar el rato? Tim se dio cuenta de que le resultaba imposible concebir el matrimonio.

—¿A un pub? ¿Ahora? ¿No es muy temprano?

—¿Por qué no? ¿Qué otra cosa podemos hacer? Vamos, ponte el abrigo.

Gertrude obedeció.

«Así que hace lo que le pido —pensó él—, hace lo que le digo.» ¿Cuáles eran los límites de su poder? La idea de ejercer cualquier clase de dominio sobre Gertrude le resultaba completamente nueva; casi le parecía hasta graciosa. Entonces se le ocurrió otra cosa:

—Y después... ¿sabes lo que quiero hacer? Quiero ir a Ebury Street. Quiero estar en el piso, contigo. Simplemente me refiero a *estar* allí, pasar un rato en el salón. ¿Tienes algún inconveniente? Es importante para mí.

—Sé que lo es —dijo Gertrude—. Y entiendo lo que dices de la destrucción. Yo estoy... Mi vida también se está derrumbando.

—Cariño, lo siento. Yo...

—No, no. Así tiene que ser. Pero no podemos ir a Ebury Street: Anne está allí.

—¿Y eso es una razón para no ir?

—Pensaba que no te gustaría.

—Anne me da miedo. Tengo la sensación de que te convencerá para que me dejes. Pero no tendré más remedio que hacerle frente sobre el terreno. Al fin y al cabo, ¿no debo sorprenderlos demasiado! ¡Conviene que empiecen a darse cuenta ya de que somos amigos!

«Tiene razón —pensó Gertrude—. De alguna manera, Tim debe aparecer ya en mi vida, como si hubiera llegado por casualidad. Pero será inevitable que hagan conjeturas. Y Anne... No puedo pedirle que se marche. Y tengo lo de Stanley y Janet esta noche. Y, ¡ay!, toda mi vida ha dejado de tener sentido, mi tiempo, mi día a día, todo se ha ido al garete. ¿Acaso es posible que esto sea bueno, que esto sea lo correcto? ¡El amor puede ser tan destructivo...!»

—Vámonos a Ebury Street —dijo Tim—. Vámonos *ahora*. Nos tomaremos la copa allí; con Anne.

—¡Es el camino inverso al que hizo María Magdalena! —le había dicho Gertrude a Anne mientras volcaba su joyero sobre la cama de esta última; y las dos se habían echado a reír como locas, como antaño, santo y seña de su juventud, de sus vidas, lo que las había unido para siempre—. Cariño, no puedes ponerte ese vestido negro sin ninguna joya —le había dicho Gertrude mientras ordenaba la bisutería en dos montones: uno de los dos (supuso Anne) lo conformaban las piezas que le había regalado Guy. Gertrude rebuscó entre las otras y escogió varias que, en su opinión, le podrían sentar bien a Anne—. Debes quedártelas. No, no, *tienes* que hacerlo. Ya ves todas las que tengo.

Ante la insistencia de Gertrude, Anne había vuelto a ponerse el vestido negro. Pero Gertrude acababa de marcharse para reunirse con un asistente social, y ahora Anne estaba sentada mirándose en el espejo. Llevaba, alrededor del cuello del vestido negro, un collar de ámbar oscuro con un largo colgante también de ámbar, que desprendía una mágica luz rojiza. El vestido tenía un pequeño cuello alto que tapaba la cadena de oro de la que pendía la pequeña cruz de Anne. El colgante,

reluciente, le caía entre los pechos. Era cierto, le quedaba bien.

Anne observó su cara estilizada y sus ojos rasgados. Mirarse en el espejo le permitía, últimamente, recapacitar. Gertrude estaba de acuerdo en que su cutis, suave, liso y ligeramente brillante, no necesitaba maquillaje. Sus labios, perspicaces pero pálidos, apenas tenían color. Su pelo, rubio, descolorido y apagado, estaba cortado de un modo que se ajustaba a la forma alargada de su cabeza. Eso le daba cierto aire de muchacho que no le disgustaba. Tenía la frente lisa y suave, igual que su cuello fino y alargado. Aquel vestido negro, ajustado y de buen corte, le quedaba muy bien; y Gertrude tenía razón: pedía a gritos un collar.

Anne estaba tranquila, sosegada, tenía las manos distendidas y la boca relajada. Su mente no estaba en calma, pero, mientras se miraba fijamente, sintió que habitaba un cuerpo grácil y sereno. Era como si su cuerpo gozara de un secreto sosiego del que su mente no supiera nada. Se miró la cabeza y recordó cómo durante una parte importante de su vida la había llevado cubierta por la toca blanca y el velo negro que tan diestra y rápidamente se ajustaba cada día en su pequeño dormitorio mientras se vestía antes del amanecer. Miró la hora. Sabía con exactitud lo que todas ellas estaban haciendo en ese momento, sumidas en la sagrada y valiosa entrega de su adoración a Dios. «Llevas a Cristo sobre la piel, como si fuera una prenda.» Pero podemos quitarnos las prendas, podemos dejarlas a un lado. ¿Acaso había desechado lo esencial y se había quedado con lo trivial? ¿Acaso se había entregado a una podredumbre *ineludible*? Era muy posible que así fuera.

Pensó: «¡El camino inverso al que hizo María Magdalena!». Una idea muy acertada. Su vanidad ya había despertado. La sentía serpentear, volverse y escudriñar a su alrededor. Sentía cómo se reavivaban los viejos apetitos. Había recobrado la idea de que aún era una mujer joven y de buen ver. Le parecía una concepción superflua, incluso perniciosa.

El retiro no había dado sus frutos. Hacía falta una rutina, encontrarle un ritmo constante y profundo al espíritu. Sola en la casita, se había inventado y se había impuesto una rutina, pero le había resultado arbitraria, superficial y, al final, sorprendentemente fastidiosa. Sin embargo, tampoco le complacía ninguna novedad. Las antiguas oraciones, que se le venían a la mente de manera espontánea, le parecían demonios. Contemplaba con horror aquellas húmedas piedras grises; y se dio cuenta de que la soledad que tanto había anhelado no le servía para nada. Cuando llegó la Semana Santa, el periodo entre el Viernes Santo y el Domingo de Pascua se le hizo interminable. Había seguido muy a menudo el camino de la pasión de Cristo, el sufrimiento iluminado por la luz de un triunfo cósmico. Pero, ahora, incluso el hecho de aceptar que al fin sentía que Cristo había padecido un sufrimiento espantoso para, después, simplemente morir le suponía una especie de vano consuelo intelectual. Lo que ella experimentaba era peor que eso, algo que excedía las palabras, una enfermedad que afectaba al conjunto de su ser, que en ese momento se veía intensificada por alguna antigua química espiritual carente de sentido. Tuvo miedo, por primera vez en su vida, de su mente; también temía esa especie de vida cancerosa que parecía estar desarrollándose independientemente de la suya propia. A la fuerte Anne nunca se le pasó por la cabeza que pudiese llegar a «derrumbarse». La abadesa le había advertido, y ella se había advertido a sí misma, de la época negra que se avecinaba,

de la noche oscura, de la noche de infructuosidad. «Claro que me deprimiré», pensaba. Pero en ningún momento se había imaginado una desesperación sin lágrimas en la que se le aparecieran cosas raras y terribles, como alucinaciones. La noche empezó a suscitarle miedos extraños. Se volvió a Londres antes de lo que había previsto. Ya en la ciudad, se dedicó a caminar por las calles a diario hasta que el propio cansancio la vaciaba de pensamientos. Un día entró en una tienda y se compró el vestido negro. Empezó a sentirse un poco mejor y descubrió que se moría de ganas de que Gertrude regresara.

Sonó el teléfono. Anne se levantó de un salto y entró en el salón. Dijo el número, según la costumbre de Gertrude, que era la costumbre de Guy.

—Hola, ¿eres Anne?

—Sí, hola, Conde. Buenos días.

—Anne, ¿está... está ahí Gertrude?

—No, ha salido a ver a alguien de los servicios sociales. ¿Le doy algún mensaje?

—No. Es a ti a quien quiero ver. Mira, estoy en Victoria. ¿Puedo pasarme un momento? Hay una cosa que quiero contarte.

—Sí, vente.

Anne colgó el auricular y se quedó quieta en la habitación, sin aliento, con las manos sobre el colgante de ámbar. Le había parecido que el Conde estaba muy nervioso. ¿O acaso había malinterpretado su tono? Quizá no fuera nada, tan solo una trivialidad, algún regalito con el que quería sorprender a Gertrude o algo por el estilo.

A los pocos minutos sonó el timbre. Anne pulsó el botón que abría la puerta de la calle. Luego oyó los pasos del Conde por las escaleras. Abrió la puerta del piso.

—Pasa. ¿Qué ocurre? Pareces preocupado. Dime, ¿qué ocurre?

El Conde entró en el salón. Se quitó el impermeable negro, que estaba ligeramente salpicado de lluvia, lo sujetó un momento y luego lo dejó caer al suelo. Anne no lo recogió. Se quedó mirando fijamente su cara de preocupación. Entonces, él la miró, cambió de expresión y esbozó una sonrisa de amable disculpa.

—Anne, lo siento. Perdona por haberte asustado.

—Pues sí, me has asustado. ¿Qué es lo que pasa?

—No sé qué pensar —dijo el Conde—, y quizá no debería preocuparte, pero es que tengo que pedirte una cosa. Me he permitido ejercer de... Debería estar en la oficina...

—Conde, cuéntamelo. Deja que te *ayude*.

—Eres tan buena... Y como de alguna manera tú eres... Siempre he pensado..., como si fuera algo aparte, tan prudente...

—¡Cuéntamelo!

—Y eres tan cariñosa con Gertrude y la conoces tan bien... Creo que se fía de ti más que de nadie.

—¿Es sobre Gertrude?

—Sí.

Anne se sentó. Pensó: «Gertrude tiene cáncer y nadie me lo ha contado». Sobre ella se cernían, o así lo sintió, negras tinieblas. Dijo:

—¿Es que Gertrude está enferma, muy enferma?

—No, no, no, no es nada de eso.

—Conde, por favor, siéntate y explícamelo.

Pero el Conde no parecía querer sentarse. Se acercó a la ventana y observó la lluvia que caía suavemente sobre Ebury Street. Luego se volvió y miró a Anne.

—Quizá no debería. Quizá debería pasar por alto este tipo de cosas. Pero esto no, no puedo pasarlo por alto, no puedo...

—¿*El qué*, por el amor de Dios?

—He recibido una carta anónima... sobre Gertrude...

—Pero... ¿qué dice?

—Compruébalo tú misma. —Se sacó una hoja de papel del bolsillo y se la dio a Anne.

Ella la desdobló. El mensaje, mecanografiado y sin firma, decía simplemente: «Gertrude tiene una aventura con Tim Reede».

Anne sintió una conmoción semejante a una bofetada, luego una llamarada caliente y un fogonazo emocional. Se llevó las manos a la cara y se recompuso al momento:

—Eso es imposible. Es mentira. Es una broma pesada. *No puede* ser verdad.

—Me alegro de que digas eso —dijo el Conde muy serio—. Quería oírtelo decir. Fue lo primero que pensé. Pero entonces..., si es mentira, ¿por qué esta mentira en concreto? Si es una broma, es una broma de lo más extraña. Tú no has... Perdona... Gertrude no te ha dicho nada, ¿verdad?

—¡No, por supuesto que no! ¡Es inconcebible! ¿Cuándo la has recibido?

—Esta mañana. La enviaron anoche desde la oficina central de Londres: aquí tengo el sobre.

—¡Qué inquietante! —dijo Anne—. ¿Quién demonios puede haberla mandado? ¡Qué horror!

—Sí, es inmundo. He pensado que debería romperla y tratar de *olvidarme* de ella, borrarla por completo de mi mente... Pero no he podido: me ha sentado bastante mal. Entonces se me ha ocurrido que tenía que venir a preguntarte si sabías...

Gertrude se había equivocado al suponer que el Conde le había confiado a Anne la historia de su amor: no le había dicho nada de sus sentimientos por ella. Pero, por supuesto, Anne se había percatado de ese amor hacía algún tiempo, cuando el Conde había ido a verlas después de que volvieran del norte, esa vez en la que se había quedado de pie, temblando y mirando fijamente a Gertrude sin poder controlarse. Y lo había vuelto a notar, con mayor firmeza y fuerza, hacía muy poco, cuando tras su regreso, y antes del de Gertrude, el Conde había llamado para preguntar si había alguna novedad y luego se había pasado por allí para dar juntos la bienvenida a Gertrude. Se había mostrado tan contento que Anne no necesitaba que le dijeran lo profunda y tiernamente que el Conde amaba a su amiga.

—Ay, Anne, querida —dijo el Conde—, ¿crees que puede ser verdad?

—No lo sé —dijo Anne—, pero lo descubriré y te lo haré saber.

Ese tono tan práctico pareció alterar al Conde todavía más: quizá pensara que podría parecer grosero, como si hubiera venido corriendo a buscar una espía.

—No, yo no pretendía... Solo quería preguntarte por si sabías... No tendría que haber dicho nada... Creo que uno debería pasar por alto las cartas anónimas, destruirlas sin más, quitarlas de en medio. La romperé...

—No, no la rompas. Guárdala.

—Pero si de verdad crees que no es cierto... Gertrude se sentiría muy dolida si pensara que nos la hemos tomado en serio... Quiero decir que no *podemos* creer que ella haya..., tan poco tiempo después..., hecho eso..., y con...

—No te preocupes, Conde. Deja que me encargue yo de esto. Tienes razón: no lo podemos pasar por alto. Hay que aclararlo. No te preocupes. Probablemente se deba a algún tipo de vieja rencilla, algo que quizá nunca lleguemos a entender, o si no...

—Estás segura de que no es cierto, ¿verdad?

—Sí, pero voy a confirmarlo y será mejor que lo haga enseguida.

—No le vas a decir lo de la carta ni que he venido, ¿verdad?

—Déjalo todo en mis manos. Deberías volver a la oficina. Vete.

El Conde se resistía a marcharse. Quería quedarse para que lo consolara, para que le dijera que era imposible que ocurriera algo tan horroroso. Pero Anne le recogió el impermeable, y le abrió la puerta de la habitación y la del piso.

—¿Me llamarás a la oficina? Te anotaré el número.

—No te lo puedo prometer —dijo Anne—. Bueno, sí, claro que lo haré. Te llamaré. Pero deja de preocuparte, vete y vuelve al trabajo. Vete, vete.

El Conde se marchó.

Anne volvió al salón. ¡Qué inesperado! Recordó aquella vez en la que pilló a Tim Reede con una mano dentro del frigorífico de Gertrude y la otra agarrando la bolsa con las viandas robadas. Se miraron. Él se quedó pasmado, con la boca abierta, la viva imagen de la culpabilidad. Ella frunció el ceño y se dio media vuelta. ¿Su majestuosa Gertrude y aquel ladrón de poca monta? *De ninguna manera.*

Anne se fue a su dormitorio. Se quitó el collar de ámbar y lo guardó en el tocador, junto con las demás cosas que Gertrude había querido darle. Luego se quitó el vestido negro y se puso el vestido gris paloma con el cuello blanco. Se llevó la mano a la cara al notar que le dolía la muela. Debía pedir cita con Samuel Orpen. Se acordó del sombrío dentista del convento que una vez, mientras le colocaba un puente algo rebelde, le confesó que había perdido la fe. Dirigió la mirada hacia sus libros, que estaban apilados contra la pared. No tenía muchos: obras devocionales, autores latinos. Había dejado atrás la mayor parte de ellos: en el convento no habían sido muy claros respecto a la propiedad de los libros. Gertrude le había ofrecido una estantería, pero prefería mantener sus libros en aquella pila desordenada. Tomó su gramática griega y la volvió a dejar enseguida. Ya no sentía fascinación por las novelas. No había llegado siquiera a terminar *El corazón de Mid-Lothian*. Durante

su breve retiro, no había leído absolutamente nada. Llevar una vida sin trabajo organizado no le hacía ningún bien. Ahora muchas cosas iban mal. Tenía la sensación de que vivía aquejada de una fiebre de emoción contenida y de miedo, como si aguardase la oscuridad que tan inhumanamente se dedicaba a jugar con ella. El diablo estaba presente en su vida y parecía haber asumido algunas de las funciones de Dios. Pensó en aquella carta tan terrible. Aquello también formaba parte de esa emoción y de esa maldad.

Anne salió del dormitorio y se puso a dar vueltas por el piso. Fue a la habitación en la que Guy había estado postrado durante su enfermedad y en la que había muerto. Gertrude se había deshecho de la cama, la había vendido sin dudarlo ni un segundo. Ahora la pequeña habitación carecía de personalidad; era una habitación limpia y ordenada con algunos muebles sueltos, incluida la estantería vacía que Gertrude quería trasladar a la habitación de Anne. Gertrude había dispersado los libros de Guy; algunos se los había dado al Conde. Había eliminado del piso el «aura» de su difunto marido porque le causaba demasiado dolor. Anne recordó la conversación que había mantenido con Guy, su cara de halcón y sus ojos brillantes, y cómo él había deseado el rigor del juicio y del purgatorio. «El vicio es natural y general; la virtud es particular, original, antinatural, difícil.» Guy habría comprendido lo que le ocurría a Anne con su demonio, con su monstruo. También él aspiraba a evitar el desorden de la vida. Su virtud era la exactitud. Esa era su forma de verdad. Y su deseo de justicia era su muy particular sustituto de la santidad. Trabajaba para otros hombres, servía a su familia, se mostraba cariñoso, generoso y honrado, pero no se habría atribuido ningún mérito por ello. Su necesidad de que las cosas fueran claras y precisas formaba parte del juicio secreto que celebraba sobre sí mismo. Ahora, la idea de que Guy hubiera querido confesarle algo le parecía un arrebató de puro romanticismo. Quizá simplemente deseaba pronunciar ciertas palabras en voz alta y delante de alguien: Justicia, purgatorio, sufrimiento, muerte. Había querido asegurarse de que el *significado* exacto de aquellas palabras seguía allí, en alguna parte, y de que alguien custodiaba ese significado, manteniéndolo a salvo, aunque solo existiera durante un instante en el pensamiento. Mientras tanto, él yacía allí, al amparo de la última y pequeña luz de su mente, haciendo cálculos, tratando de poner algo en claro, de entender algo del todo. Y luego, un día, todo eso se acabó, cesó el zumbido de electricidad febril, desapareció la chispa; la habitación se había quedado vacía y Gertrude lloraba como un animal salvaje.

Anne oyó pasos en la escalera y el sonido de la llave al entrar en la cerradura. Salió de la habitación rápidamente, con cierto sentimiento de culpa. Entonces Gertrude entró, pero no estaba sola: un hombre iba con ella. Era Tim Reede.

Tanto Tim como Gertrude parecían bastante ruborizados y sonreían nerviosos.

—Me he encontrado con Tim y lo he invitado a subir a tomar algo.

—¿Está lloviendo todavía? —preguntó Anne.

—No, ya ha parado.

—Vosotros id entrando. Yo traeré las bebidas.

Dejaron los impermeables en el recibidor. Anne fue a buscar vasos, jerez, vermut y ginebra.



—Creo que deberíamos dejar las botellas en la mesa de marquetería, como antes —dijo Gertrude—. No hay necesidad de estar llevándolas y trayéndolas todo el tiempo.

—Procuraré que no se me olvide. También hay whisky. ¿Queréis un poco ahora?

—No, con el jerez está bien. ¿Quieres, Tim? ¿No vas a tomar nada, Anne?

—No, no me apetece.

—Tú no bebes mucho, ¿verdad? —dijo Tim sonriendo.

—No, la verdad es que no.

—Pues, cuando estuvimos en el norte, Anne se bebió toda la sidra que había en el pueblo.

—También se puede conseguir buena sidra en Londres —dijo Tim—. Conozco un sitio en Harrow Road.

—¿No están preciosas las flores? Las ha arreglado Anne.

—Preciosas.

—Solía encargarse de arreglar las flores en el convento.

—A decir verdad, solo era una de las muchas personas que se encargaban de arreglarlas —dijo Anne.

—Están preciosas —dijo Tim, dedicándole una sonrisa a Anne. Luego se volvió hacia Gertrude. Ella se alejó un poco y toqueteó la repisa de la chimenea con un gesto fingido, esquivando la mirada de Tim. Luego lo miró fugazmente y volvió a apartar la vista.

«Es verdad», pensó Anne; y de pronto sintió, como si la embargara una repentina náusea, lo horrible y peligrosa que podía ser la vida. Esa era la intensidad, el caos del que había huido al marcharse al convento, y que Guy había querido exorcizar por medio de una minuciosa labor de justicia privada.

—No querías que se quedara a almorzar, ¿cierto? —dijo Anne—. Estaba intentando adivinar lo que querías.

Tim ya se había marchado. Habían estado charlando unos veinte minutos.

—No, no, solo lo he invitado a tomar una copa. Es simpático, ¿verdad? Por cierto, ¿tenemos algo para almorzar?

—Sí, queda un poco de lo de ayer.

—¡Tu especialidad! Frío debe de estar buenísimo. ¿O tendremos que calentarlo?

—Tú quédate aquí y termínate la copa. Yo me ocuparé de todo.

—Eres un ángel.

Anne ya había decidido que no le diría nada de la carta anónima a Gertrude. Incluso estaba un poco enfadada con el Conde por habérsela enseñado. Algo tan inmundo no debería andar circulando por ahí. ¿Acaso no podría haberle dicho simplemente que había «oído un rumor»? Pero esa meditada evasiva, esa mentira tan discreta, no era propia del carácter del Conde. La cabeza de Anne bullía con pensamientos airados, disparatados, infelices; y se descubrió a sí misma dando golpes con los platos, abatida y exasperada. Mientras tanto, el Conde se hallaba sentado en su oficina,

atormentado, esperando su llamada. Bueno, quizá a Anne le había fallado la intuición. Ahora solo le quedaba esperar que Gertrude se lo dijera por voluntad propia. Pero... ¿y si no lo hacía?

—¿Qué pasa, Anne? Pareces contrariada —dijo Gertrude. Se encontraba de pie en el umbral, con el vaso en la mano.

Había algo casi imperceptiblemente frío y distante en el tono de Gertrude y en la forma en que se mantenía de pie. «Nos estamos distanciando —pensó Anne—. Ha empezado a tratarme como a una sirvienta.» Luego eso le pareció una locura. «¿Entonces no soy una sirvienta? ¿Qué otra cosa puedo ser desde ahora hasta el fin del mundo?»

—Creo que, después de todo, sí que me voy a tomar una copa —dijo Anne—. La comida puede esperar un poco. De todos modos, no hay nada que hacer.

Ambas volvieron al salón y Anne se sirvió un vaso de jerez. Gertrude tomó otro.

Se quedaron allí de pie, en los extremos opuestos de la repisa de la chimenea, bebiendo. Cada una intentaba leer la mente de la otra; y es que se conocían en profundidad desde hacía mucho tiempo, y ambas estaban dotadas de una perspicaz y aguda inteligencia. Anne tenía la mirada fija en la orquesta de monos; Gertrude, en el ramo de lirios azules y blancos con ramitas de boj verde oscuro que Anne había arreglado.

Entonces Gertrude habló en tono conciliador. Había entendido la reacción de Anne ante su último comentario:

—Espero que de verdad te hayan gustado los collares y las otras cosas. ¡Me encantaría vértelos puestos!

—Ah, sí... sí... Me encantan... Gracias...

—Quiero decir que te los quedas: ahora son tuyos.

—¡Ay, no, todos no...!

—Y ese vestido también me gusta —dijo Gertrude—, aunque deberías plancharlo: está algo arrugado. Te lo voy a planchar. Pero necesitas vestidos más veraniegos. Supongo que el verano llegará en algún momento. Es mayo, al fin y al cabo: podríamos ir de compras mañana, ¿te apetece?

Gertrude se estaba comportando de una manera familiar, coloquial, aunque rozando un poco la amabilidad intencionada. Anne pensó: «Solo quería que Tim se dejara ver por aquí. Ahora quiere desdibujar el momento, cambiar de tema».

Y dijo:

—Tengo que ponerme a trabajar; tengo que conseguir un trabajo fijo. Me estoy desmoralizando. Quizá tus amigos de los servicios sociales me podrían ayudar. Por cierto, ¿cómo te ha ido esta mañana?

Hasta ese momento, Anne no se había dado cuenta de que evidentemente lo del «asistente social» era una invención. Gertrude había pasado la mañana con Tim Reede. Anne la miró, y Gertrude se sonrojó.

—Ah, claro. Te los presentaré si quieres.

—Gertrude... —dijo Anne.

—¿Sí?

—Hay algo entre Tim Reede y tú.

Gertrude miró a Anne.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Intuición. Es cierto, ¿verdad?

—Sí.

—De acuerdo, no es asunto mío. Voy a por la comida.

—Anne, no seas tonta. Quédate aquí, *por favor*.

De repente, Anne no sabía cómo proceder. Se arrepentía de haber forzado a Gertrude a admitirlo. Ahora no tenía ganas de discutir. Pero Gertrude se sentiría obligada a hablar, a dar explicaciones. Anne acercó la silla a la ventana y se sentó de cara a Ebury Street. Había empezado a llover otra vez.

Gertrude dijo:

—Ay, Dios.

Anne dijo:

—Lo siento. No debería haberte preguntado.

—¿Es tan evidente?

—Bueno...

—¿Acaso alguien te ha dicho algo?

Anne dudó:

—No.

Gertrude pensó: «Yo no se lo he dicho a nadie. ¿Se lo habrá dicho Tim a alguien?».

Anne pensó: «Sin esa carta anónima, ¿me habría dado cuenta, habría sospechado algo? La verdad es que no».

—Imagino que es un secreto —dijo—. No te preocupes: no volveré a mencionarlo.

—¡No estoy preocupada! Haz lo que te parezca.

—No volveré a mencionarlo.

—Me gustaría saber qué estás pensando, Anne.

—No estoy pensando nada. Es cosa tuya. No tiene nada que ver conmigo.

—Esa no es manera de responder y lo sabes.

—Lo siento, pero ¿qué puedo decir? No lo entiendo y no te estoy pidiendo que me cuentes...

—Estás enfadada. ¿Por qué? ¿Estás celosa?

—¿Celosa? ¿Lo dices porque tú has encontrado un hombre y yo no? Gertrude, en ninguna de nuestras conversaciones habíamos llegado nunca a tal nivel de idiotez.

—No, tonta. Me refiero... Lo siento: ha sido una manera un tanto estúpida de expresarlo.

—Sí.

—Ya sabes a qué me refiero. Soy demasiado posesiva contigo. ¿Por qué no ibas a ser tú posesiva conmigo?

Por extraño que pudiera parecer, desde aquel primer y terrible impacto que había supuesto ver la

carta, a Anne ni se le había pasado por la cabeza esa posibilidad. Pero ahí estaba. Se quedó pensativa, y dijo:

—Supongo que sí que soy posesiva, pero no hasta el punto de llegar a sentirme molesta por un...

—¿Un qué?

—Quiero decir que, si más adelante estuvieras firmemente decidida a casarte con alguien, con alguien bueno de verdad... Tenía bastantes esperanzas de que algún día te recuperaras y te casaras, creo que te lo dije..., Y, si así fueras feliz, me alegraría mucho. Te quiero y deseo tu bienestar; y quizá soy lo bastante optimista y presuntuosa como para pensar que nuestra amistad es indestructible.

—Lo es, es indestructible. Demos eso por sentado. Pero todavía estás enfadada.

—Enfadada no. Sorprendida, algo así como un poco estupefacta.

—¿Porque es demasiado pronto?

—Sí. Y porque Tim es... quien es. ¿De verdad tenéis una aventura?

—Sí.

—Me dejas pasmada.

—Nos enamoramos en Francia. Fue un *coup de foudre*.

—¿Alguien más lo sabe?

—Todavía no.

—Menos mal. Supongo..., bueno, que ya se os pasará, ¿no? De todos modos..., siento haber parecido molesta. Venga, vamos a almorzar.

—No se nos pasará —dijo Gertrude—. Me voy a casar con Tim.

—Si yo fuera tú, esperarías un tiempo y reflexionarías un poco. Vamos a almorzar.

—Voy a esperar, como dices. Y ya estoy reflexionando. Pero me voy a casar con Tim. ¿Por qué eres tan fría y tan cruel?

—¿Cuánto dura un *coup de foudre*?

—Unos cuatro segundos. ¡Eso es lo que pueden tardar dos seres humanos en cambiar el mundo!

—Lo que pasa es que estás encantada con todo esto; pero lo que dices no es verdad. No creo en el amor a primera vista ni en el «enamoramiento». Amar a alguien es un asunto serio, pero enamorarse es solo una forma temporal de locura.

—Puede que para ti sí. Pero ¿crees que yo podría tener un amor secreto y luego pasar de largo sin más?

—Sí. Y creo que es una pena; pero, si ya ha empezado, supongo que continuará. Los enamorados no pueden contenerse, o eso es lo que se dice. De ahí que tradicionalmente se les suela perdonar.

—Ahora que lo pienso, en los viejos tiempos nunca decías que estuvieras enamorada: solo decías que tenías un rollo con alguien.

—Ah, olvídate de los viejos tiempos, querida: éramos unas crías, éramos tontas.

—Y tú crees que yo sigo siendo una tonta. Te has pasado mucho tiempo enclaustrada.

—Vamos a dejarlo.

—Has dicho que no solo se debe a que es demasiado pronto (y sí, es demasiado pronto y yo soy la primera sorprendida), sino también a que Tim es quien es. Pero ¿qué tienes tú contra Tim? No lo conoces, no sabes nada de él. Si es porque lo pillaste robando comida, que sepas que me lo contó; y fue porque tenía hambre y era pobre, y creo que eso no es ningún delito...

—No, no, eso fue simplemente una situación embarazosa. No tengo nada contra él. O, bueno..., solo...

—¿Solo qué?

—Solo que no está a tu altura, querida: es un hombre insignificante. Tú vales mucho más que él. Podrías elegir a una persona mucho mejor. Me parece algo inestable y no es, digamos, lo bastante de fiar como para resultar verdaderamente de confianza. Además, es vago y se le nota a la legua que le preocupa demasiado quedar bien con los demás... Lo siento. Puede que esté muy equivocada. Pero me has pedido mi impresión y es esa.

—La verdad es que no te he pedido tu impresión: te he preguntado qué tienes en su contra. Pero parece que lo que tienes en su contra es que te cae mal.

—No me cae mal; es que, simplemente, no sé qué le ves. Pero no hablemos así, Gertrude. Es culpa mía. Esto parece una discusión, y no lo es. Ambas nos hemos situado en posiciones simples y burdas y estamos haciendo afirmaciones simples y burdas. Esta no es la manera en que tú y yo acostumbramos a hablar. Estas no son formas. Admito que estoy disgustada. Tienes toda la razón, puede que haya en ello cierto elemento de lo que has denominado «celos». Pero sobre todo estoy disgustada porque creo que vas a cometer una locura de la que te acabarás arrepintiendo. Que sea «demasiado pronto» no tiene tanta importancia, salvo desde una perspectiva algo puritana: el tiempo es algo bastante irreal, después de todo. ¿Por qué no ibas a volver a amar a alguien ahora que estás sola? Pero resulta obvio que este no es un buen momento para tomar una decisión tan relevante, cuando tu vida y tu mente todavía están tan confundidas. Eso sí que podría haber sido una buena razón para no iniciar una aventura, pero puede que tampoco la aventura en sí misma importe demasiado. En cierto sentido, es solo un síntoma de la conmoción y de la confusión en las que ahora estás sumida. Solo te aconsejo que no dejes que palabras tales como «matrimonio» se te metan en la cabeza por el momento. No le prometas nada a nadie. No estás en condiciones de comprometer tu yo futuro. Afirma con contundencia que no puedes pensar en el futuro, porque *no puedes*. No sé cómo de en serio decías lo de casarte; pero, si de verdad era en serio, eso es lo que pienso. Y en otro orden de cosas: no lo veo adecuado para ti. No es lo bastante bueno. Puedo estar equivocada respecto a su carácter. Es posible que no te defraude; pero estoy segura de que al final te aburriría.

Gertrude, que ahora se hallaba sentada al otro lado de la habitación, se quedó en silencio. Luego dijo, con una triste risita:

—¡Bueno, si *tú* piensas eso, qué no pensarán los demás!

—¿Y a quién le importa lo que piensen los demás?

—Oh, no me importa. Bueno, sí, sí que me importa. Simplemente hace que me sienta muy sola en todo esto. Y tú estás haciendo que me sienta más sola aún.

Anne dijo:

—Lo siento. No volví junto a ti para hacer que te sintieras más sola.

Anne pensaba: «Tengo que salir de aquí, tengo que mudarme. ¡Si va a embarcarse en un romance, querrá todo el piso para ellos! ¡Debería haber caído en eso y no haber dicho nada! Sin embargo, ¿cómo iba a callármelo? Ay, ¿por qué ha tenido que enseñarme el Conde esa carta tan odiosa? Y, ¡oh, Dios mío!, tengo que ir a llamarlo. Estará esperando, y voy a darle una noticia tan terrible... Quizá podría soportar no llegar a conquistarla, al fin y al cabo; pero perderla *así*, ¿cómo podrá soportarlo?».

Gertrude pensaba: «¿Por qué dice Anne esas cosas tan espantosas? ¿Por qué es tan directa y tan tajante? ¿Por qué parece que está siempre juzgando a los demás? Tiene razón en que esta no es manera de hablar. ¿Entonces por qué habla así? Y estoy segura de que ahora se irá, se marchará para “dejar que me las arregle yo solita”. Se distanciará y desaparecerá. La perderé. Ya no entiendo nada. No la entiendo, ni a ella ni a mí, ni a Tim. ¡Y antes estaba todo tan claro! No debería haber traído a Tim; debería haber visto que era peligroso para él, pero quiso venir y me pareció bien. No debería haber dejado que me hiciera el amor en aquel horrible estudio. Era un lugar inestable, inestable como dice Anne que es Tim; fue como tumbarse en un andamio con el viento soplándote encima». Efectivamente, Tim y Gertrude habían sido incapaces de salir del estudio sin acostarse, pero había sido un encuentro desdichado y mecánico, ya que Tim estaba inquieto y preocupado por si llegaba alguien.

Mientras se le llenaban los ojos de lágrimas y miraba a la otra punta de la habitación, hacia la puerta, a Gertrude la visitó un viejo fantasma, un vago sentimiento, una borrosa sensación venida del pasado, un pequeño racimo de pensamientos extraviados que seguía colgado allí, donde siempre, entre los muebles. Pensó: «Seguro que todo va bien. Hablaré de esto con Guy: él me ayudará; él sabrá qué hacer».

\* \* \*

El Conde se hallaba sentado junto a su radio. La acababa de apagar. Era tarde por la noche. Había estado escuchando un concierto sinfónico, luego una charla sobre arqueología, los reportajes de *Caleidoscopio*, las noticias, un debate de política, un recital de poesía, el relato diario de *Un libro para ir a dormir*, un nuevo programa de *El mundo financiero esta noche*, más noticias, una serie de oraciones declamadas con música jazz de fondo, y finalmente el pronóstico del tiempo para los barcos. Y ahora todo estaba en silencio. Reinaba la tranquilidad en Fulham y Chelsea, salvo por el ocasional sonido lejano de algún que otro coche o camión. La música y las voces que habían acompañado al Conde a lo largo de la tarde habían dejado de sonar; voces suaves, apenas audibles al final, ya que tenía miedo de molestar a los vecinos. Una vez, hacía años, un hombre había aporreado su puerta para decirle que apagara la radio, y el disgusto le había durado días. Esta noche, de hecho, apenas había escuchado lo que emitían. El simple y solitario placer que solía encontrar en aquellos sonidos amistosos había prácticamente desaparecido.

No había comido nada. Había bebido un poco de whisky. Anne lo había llamado a las tres y le había dicho que sí, que Tim y Gertrude estaban teniendo una aventura; que Gertrude decía que estaban enamorados y planeaban casarse; que lo querían mantener en secreto por el momento. Anne añadió que no le había hablado a Gertrude de la visita del Conde ni de la carta anónima. Simplemente le había hecho una pregunta y su amiga se lo había contado todo. Así que el Conde no solo no debía contárselo a nadie, sino que tampoco debía revelarle a Gertrude que lo sabía. Anne le dijo que Gertrude se sentiría dolida si llegaba a pensar que el Conde estaba al corriente antes de que ella decidiera contárselo o anunciarlo públicamente. Anne esperaba que el Conde lo entendiera. También añadió que creía posible que todo resultara efímero y quedara en nada, pero que no tenía sentido especular y que solo le contaba lo que sabía.

El Conde, por supuesto, no albergaba esperanza alguna respecto a Gertrude: eso no estaba en su naturaleza. Hasta entonces había pensado que sabía lo que era el sufrimiento. Conocía el pesar, la decepción, la soledad, el remordimiento de quien no se ha formado una idea real de su vida, la nostalgia de quien no tiene hogar. Se había acostumbrado a decirle a la melancolía, incluso a la pena: «Adelante, amiga mía, vamos a convivir en paz». Así fue cómo, durante mucho tiempo, el Conde llegó a creerse invulnerable. Nunca había estado en un campo de concentración ni en una cámara de tortura, pero, en lo que al desgaste de la vida ordinaria se refiere, pensaba que ya había degustado la amargura y la dieta no le parecía mala del todo. No había alcanzado ni aspirado a mucho en la vida. ¿Cómo podía entonces descubrir él, que vivía entre Fulham y Chelsea y se trasladaba a Whitehall a diario, un dolor con el que no estuviera familiarizado? Pero había estado equivocado: ahora aquella amargura era como el vino, aquella melancolía le parecía una cama blanda y confortable; y deseaba la muerte.

Pensó en la noche en la que murió su hermano. Para él se trataba de una mera historia, no era ni siquiera un recuerdo, ya que el Conde era un niño pequeño en aquella época. Fue justo antes de Navidad. Su padre, que por entonces ya había dejado las Fuerzas Aéreas, estaba fuera, probablemente pasando la noche, como solía hacer, en el cuartel general del gobierno polaco de Bayswater. La madre vivía con los dos niños en Croydon. Su madre y otra mujer polaca, que se alojaba con ellos, habían discutido: aquella mujer le tenía mucho cariño a Jozef, el hermano del Conde, y estaba empeñada en llevarlo a la iglesia a que viera al Niño Jesús con el buey y la mula en el establo. Pero la madre del Conde tenía miedo: no quería que sus hijos se apartaran de su lado. Jozef había estado llorando porque deseaba con todas sus fuerzas ir a ver al Niño Jesús. El padre no estaba en casa. La madre, al fin, accedió. La iglesia fue bombardeada: tanto el chiquillo como la inquilina fallecieron. «¡Ojalá hubiera muerto yo entonces! —pensó el Conde—. Ojalá hubiera ido a la iglesia con él, o incluso en su lugar.» Se imaginó a sí mismo llevando la vida de Jozef: habría sido un hombre fuerte, sin duda.

El Conde había decidido enclaustrar su amor por Gertrude, mantenerlo confinado dentro de su ser, y de esa forma había vivido casi feliz. Había sobrevivido gracias a pequeñas ilusiones y a pequeñas recompensas: pensaba que ella tenía una sonrisa especial, una voz especial que solo le dedicaba a él,

que no utilizaba con nadie más. Qué tranquilos, qué felices habían sido todos juntos. Así es como la gente puede pasarse la vida sumida en una tácita y silenciosa confianza, y vivir en paz aun sin llegar a poseer lo que sus corazones desean; y aquellos que se dejan amar pueden irradiar, en su generosidad, incluso sin darse cuenta, un inofensivo resplandor de afecto para la salvación de los solitarios. El matrimonio de Gertrude la había hecho inalcanzable y santa, pero también la había mantenido *salvo*, como si Guy la hubiera estado reservando *para* el Conde, el eterno objeto encerrado de su amor secreto. Era ahí precisamente, en la quietud y en la inmovilidad de Gertrude, donde había residido la paz de su amor.

Con la muerte de Guy, llegó el terrible desasosiego de la esperanza, y eso desencadenó que la pasión, enclaustrada hasta entonces, campara a sus anchas. Pero el Conde nunca se había permitido concebir demasiadas esperanzas. Además, su sentido del respeto (tan absoluto y reverencial), unido al periodo de luto y al duelo, le había permitido inhibir, o al menos aplazar, ciertos pensamientos. Y así, al mirar a Gertrude, había esperado que ella pudiera leer la tristeza en sus ojos. *Ahora* quería que ella, retrospectivamente, necesitara de su amor, y que fuera en ese amor donde, lentamente, sin sobresaltos, hallara consuelo. Todo eso, pasando incluso por el golpe de la muerte de Guy, formaba parte de la vida que había vivido el Conde desde el momento en que la conoció. Pero ese día, desde la llamada telefónica de Anne, hacía apenas unas horas, la destrucción había sido total. Era como si una lengua de fuego hubiera penetrado en la continuidad de su ser, reduciendo a cenizas todas sus estructuras. Podría haber soportado no tener a Gertrude si ella hubiera seguido siendo su amiga sin casarse. De hecho, precisamente, ya se había imaginado y había previsto a la perfección aquella posibilidad (incluso se había enseñado a sí mismo a esperárselo). Perderla a manos de otro era una cuestión bien distinta, aunque, de cara a un futuro más lejano, también había tratado de prepararse debidamente para esa posibilidad. Pero el hecho de perderla ahora y a manos de ese hombre le provocaba tal frenesí de dolor, tristeza y rabia que le parecía imposible continuar con su día a día.

Su sufrimiento se debía en parte a unos remordimientos que rozaban el rencor. Sí que había ido deprisa. Si él se hubiera imaginado que ella quería un hombre, que quería declaraciones de amor y pasión, ¿acaso no se las habría dado él, y no solo de rodillas? ¿Podía ser así una mujer, podía ser así *aquella* mujer? ¿Qué estúpido había sido, le parecía ahora, al ocultarle su amor! Sin embargo, con el típico pensamiento contradictorio de un amante, ¿no había supuesto muchas veces que ella ya debía de saber cuánto la quería? ¿Cómo puede uno pasarse el día pensando en alguien sin que, de alguna manera, esa persona lo sepa? ¿O acaso Gertrude había confundido, *podía* haber confundido, su tacto, su caballerosidad y su decoro con un afecto frío y racional? Justo cuando más necesitaba que la sostuvieran, su ánimo se había dejado apresar por unas garras burdas y vulgares. ¡Que se hubiera visto obligada a recurrir a *Tim Reede*! Tim siempre le había caído bien, pero ahora el Conde comprendía cuánto desprecio encerraba su simpatía hacia él. En cierto sentido, esa simpatía había sido constituida y propiciada por una actitud de superioridad. Tim de ningún modo era un rival, de ningún modo era un igual. De ningún modo era un rival, había pensado el Conde. Y *ahora...* en su imaginación atormentada cobraba vida una Gertrude totalmente enajenada, cambiada, irrevocablemente



saqueada y perdida.

El Conde, de repente, se apartó de un salto de su radio apagada y salió corriendo hacia la cocina. Descolgó de la pared el cuadro de Tim titulado *Tres mirlos en un pozo de melaza*. Se quedó mirándolo. Era un cuadro espantoso. Estaba a punto de romperlo y tirarlo al cubo de la basura cuando una mano invisible evitó semejante exhibición de ira ciega. El corazón le latía con violencia. Entró en el dormitorio, abrió un cajón grande y empujó el cuadro hasta el fondo. Al hacerlo, su mano entró en contacto con algo suave que estaba enrollado, algo que reconoció como la bandera polaca, uno de los pocos recuerdos que se había llevado de su casa de la infancia. A punto de echarse a llorar, el Conde se dispuso a acostarse. No iba a dormir nada. Aquella iba a ser la primera de muchas noches de absoluta soledad, la primera parada de ese camino oscuro que ahora lo llevaba derecho a la muerte.

Sin embargo, el Conde sí se durmió, y tuvo una pesadilla; le pareció que ya la había tenido muchas veces, aunque no estaba seguro. Soñó que era un judío en el gueto de Varsovia. Es época de guerra y los alemanes están ocupando la ciudad. Han cerrado el gueto. Cada día llegan más judíos, procedentes de otras partes de la ciudad, de otras partes del país. Cada día el área del gueto se vuelve más y más pequeña. Los judíos luchan como ratas hacinadas por el espacio, que va disminuyendo, por la comida, que va escaseando. El sufrimiento no hace que los hombres se hermanen. Sin embargo, también poco a poco, después de la conmoción inicial, uno empieza a sentirse cómodo. Se trata de la comodidad del orden, la comodidad de la supervivencia. Los judíos están ahora todos juntos sin gentiles, todos juntos en su propio espacio. Dentro del gueto están encerrados y seguros: pueden cuidarse los unos a los otros en paz. Su judaísmo ha sido purificado, ha sido justificado. Hay música, teatro, literatura, cierta forma de vida. Solo con que los dejen en paz, qué bien se las van a arreglar, qué tranquilos y en orden van a estar, pues cada cual sabe en el fondo de su corazón que va a sobrevivir. Después de todo, hay comida suficiente. Hay trabajo que hacer. Y los alemanes valoran el trabajo. Además, ¿no es ese trabajo en sí una garantía de supervivencia? El Conde se ha buscado un rincón en una habitación. Los otros se muestran amables y él tiene su sitio asignado. Ya ha aprendido lo que debe hacer. Basta con que la gente se muestre amable y ordenada para que todos logren sobrevivir. ¡Qué milagros de paciencia y resistencia puede obrar el pueblo judío! Sobrevivieron y sobrevivirán gracias a esa capacidad que tienen de resistir. Tolerancia y fortaleza: esas son sus respuestas ante tamaña provocación. Nunca devuelvas el golpe. Evita ofender a nadie. Sé invisible. Estate callado. Espera. El Conde se siente seguro. Nadie lo amenaza, nadie lo ve. El gueto está en paz. ¿Acaso no cuenta con sus propias autoridades judías? La seguridad reside en el orden, en volver a tu rincón de la habitación, en vivir en la concordia y en ayudar a los enfermos y a los débiles. La razón de que hagan falta tan pocos alemanes para controlar a tantos judíos es que los judíos son sensatos y sabios. Son un pueblo racional que ha soportado mucho. Estate quieto, pueblo mío: tu destino consiste en sufrir en silencio. A veces los judíos se marchan. Hay una granja en Treblinka donde van a trabajar. Allí se vive bien, hay más comida. Alguien ha visto una postal que ha enviado

el amigo de alguien. Llegan ciertos rumores de Vilna,[34] pero nadie se los va a creer. Alguien dice que los alemanes pretenden matar a todos los judíos, pero nadie se lo cree. Sería una locura creerse una historia semejante: los judíos son tranquilos, los judíos son útiles, los alemanes son un pueblo civilizado. Alguien ha estado por ahí contando historias sobre cámaras de gas, sobre muertes por gaseamiento, pero se trata de una invención, es pura ciencia ficción. Cierto es que nadie ha vuelto de Treblinka; pero la gente ha visto las cartas. Allí la comida es buena, el trabajo no resulta demasiado duro. El Conde siente que el corazón se le estremece de miedo. Destierra el odio como si fuera una enfermedad terminal. Destierra la ira y el deseo de venganza porque sabe que esas cosas llevan a la muerte, y desea vivir con tanta fuerza que debe sobrevivir a todo para poder relatarlo posteriormente como si de un cuento se tratara. No quiere morir en el gueto. No quiere oír hablar de ninguna leyenda heroica. No quiere que le cuenten lo que pasó en Masada.[35] Pero ahora ha visto a jóvenes con pistolas en las manos lanzando enloquecidas e iracundas llamaradas rojas por los ojos. «Jóvenes locos y criminales que nos traerán la muerte. ¡Ay, que todo esto acabe de una vez!» En el gueto se oyen disparos. El Conde ha visto a un alemán muerto desplomado en la calzada, un *alemán muerto*. Intenta esconderse, pero ¿dónde? Ahora los disparos resuenan por todas partes. ¿Qué camino seguir? Aparece un hombre uniformado, con un arma en la mano y portando una bandera polaca. Saluda al Conde y lo toma de la mano, y le grita que lo siga: es Jozef, que no murió, después de todo. Estallan los obuses e, iluminada por su luz, el Conde ve la cara de Jozef, tan hermosa, tan parecida a la cara de su padre. En lo alto de un montón de escombros, Jozef desaparece en una nube de humo. Estalla un obús. El Conde no lo sigue; huye. Pero no hay dónde esconderse: las alcantarillas están llenas de gas; el gueto está en llamas; la gente grita y llora y salta por las ventanas. Arriba, en alguna parte, ondean juntas dos banderas, la bandera roja y blanca de Polonia y la bandera azul y blanca judía. A su lado hay una ametralladora, la única que queda en el gueto. Se oye el sonido de la ametralladora. El gueto arde. El Conde corre. La ametralladora se queda en silencio. Una voz habla en hebreo: «Heme aquí. Feliz el hombre a quien Dios corrige: no menosprecies pues la lección del Todopoderoso».[36] Pero ya es demasiado tarde para tal sabiduría, y no queda nadie para oírla. Cesan los disparos, las llamas se apagan. Reina el silencio. El gueto ha dejado de existir. Han apresado al Conde y lo han montado en el tren para Treblinka. Varsovia está *judenrein*. [37]

—Quieres decir que prefieres dejarlo, ¿verdad? —dijo Tim.

—¡No! —dijo Gertrude.

—¿Entonces qué? No te he entendido.

—Ni yo misma me entiendo. Me ha invadido la tristeza. Estoy medio trastornada.

—*Por favor*, no te pongas así.

—Creo que deberíamos esperar.

—Ya habíamos decidido que íbamos a esperar.

—Sí, pero esperar... más... de otra manera.

—¿De otra manera? ¿Cómo?

—Dejar que se enfríe.

—¿Olvidar nuestras promesas? Y ahora no digas que no nos hemos hecho ninguna promesa.

—Tim, por favor, ayúdame. No te pongas en mi contra.

—Gertrude, te quiero. Me pongo en contra de lo que estás diciendo porque me está matando.

—No sé qué es lo que estoy diciendo. Te quiero. Pero es que..., es que..., ni yo misma sé cómo vivir en este momento. Nunca me he sentido así. Mi mente, mi ser, se ha vuelto insufrible. No puedo seguir así. Tengo que cambiar.

—Pero ¿qué debe cambiar y por qué? ¿Y por qué no podemos cambiar juntos? Gertrude, cariño, me estás empezando a dar miedo. Estoy aterrado. Por favor, olvida esta locura, simplemente descansa un rato conmigo, déjame tranquilizarte y mantenerte a salvo.

—No puedes: tú eres parte del problema. Necesito estar sola un tiempo. Debemos dar marcha atrás.

—Quieres que me vaya y no vuelva más, ¿verdad?

—¡No! Pero debemos posponer..., deshacer... nuestro compromiso.

—¡Compromiso! Nunca hemos estado «comprometidos». Ay, Gertrude, ya ni siquiera puedes mantener una conversación normal conmigo. Estás... estás enajenada... Se han apoderado de ti. Te avergüenzas de mí.

—Tim, no me ofendas con esas tonterías.

—Pero a eso se reduce todo. A que no puedes reconocer ante *ellos* que estás conmigo. Tiembblas solo de pensarlo. Crees que vas a quedar mal. No te culpo. De hecho, me atrevo a decir que lo han adivinado, que alguien te ha estado presionando, que alguien te ha estado diciendo... ¡Ah, ya me imagino lo que te han estado diciendo! ¡Ay, Gertrude, todo se ha echado a perder! Tenía tanto miedo de que pasara esto...

—Tim, espera... Por favor, no digas cosas que...

—¡Eres tú la que está diciendo esas cosas! Dices que quieres anular el «compromiso», devolver el anillo. ¡Pero si nunca ha habido ningún anillo! Simplemente te quiero; quiero casarme contigo, como dijiste. Eso ha sido lo más maravilloso que nadie me ha dicho jamás. Quiero que seamos marido y mujer y que vivamos sin ocultarnos. Hemos sido muy especiales el uno para el otro, y lo sabes. *Nadie* podría entender lo que significamos el uno para el otro, ni comprender en su totalidad la verdadera esencia de lo que nos une. ¿No puedes ser lo bastante valiente como para mantenerte fiel a lo que nosotros dos, solo nosotros dos, *sabemos*...?

—Cariño, mi vida. Por favor, no me grites. ¡Esto es tan doloroso! Debemos darnos un tiempo. Por lo menos, yo me lo debo dar. Tim, quíereme lo suficiente como para concederme ese margen. No me conozco a mí misma. Esto no tiene nada que ver con los demás.

—Sí que tiene que ver con ellos.

—Bueno, si se trata de alguien, es de Guy.

—Ah, vale —dijo Tim—. Dios, no puedo luchar contra Guy. Lo entiendo. Me voy.

—No, no, no te vayas...

—Es mejor así, Gertrude. Pero creo que has cometido un error.

—No, solo necesito tiempo...

—¡Ay, Dios, ojalá pudiéramos *dormir* durante seis meses seguidos!

—Tim, por favor...

—«Seamos amigos por un tiempo.»

—Sí, sí.

—Era una broma. No podemos ser amigos.

—Tim, sé sensato, sé racional. Vamos a *pensar*. Mantenerlo en secreto y vivir así es imposible. Nos hemos enredado en una maraña de mentiras. Necesito estar sola y sufrir sola para sentirme honesta. Necesito desaparecer un tiempo y estar conmigo misma. Separémonos..., repleguémonos..., queriéndonos todavía ..., y volvamos a encontrarnos más adelante...

—¿Cuánto más adelante? ¿Dentro de unos meses, dentro de unos años? No finjas más, Gertrude: todo se ha terminado, simplemente has cambiado de idea, ¿por qué no? Sabía que esto iba a pasar. Lo supe ya en Francia. ¡En cuanto me has visto *aquí*, te has dado cuenta de que has padecido una locura transitoria! Deja que me marche ahora, mi vida, mi reina. No me destroces. Puedo irme, puedo caminar. Viviré, ambos viviremos. No hagas una tragedia de esto, no conviertas esto en una sangrienta carnicería. Ay, no llores así. ¡Dios, esto me está rompiendo el corazón!

—¡No sé qué hacer!

—Yo tampoco. Tu amiga Anne lo ha arruinado todo. Sabía que lo haría. Estoy seguro de que fue *ella* quien lo adivinó.

—La idea de ir a verla fue tuya.

—Quería que quedásemos con gente, juntos. ¡Quería dejar de ser un secreto del que te sintieras culpable! Dices que nos hemos enredado en una maraña de mentiras; pues precisamente podemos salir de ella cogidos de la mano. Pero ya lo entiendo, no quieres. He cometido una estupidez al mudarme. Está claro que no soportas verme aquí. Me iré. Perdonémonos el uno al otro y... me... iré...

\* \* \*

Gertrude le había dicho a Anne que estaba poseída por los demonios. Pero los verdaderos demonios habían llegado ahora. Se sentía incapaz de gobernar su mente. Parecía que su mente estaba borracha, dando vueltas, tambaleándose de un lado a otro, dando tales bandazos que llegaban a marearla. Anne se había mudado, Anne estaba en un *hotel*. Tan solo eso, pensaba Gertrude, bastaba para volverla loca. Tim estaba viviendo con ella en Ebury Street. Llevaban una vida secreta, sin contestar al teléfono. Gertrude le había dicho a Janet Openshaw que se marchaba fuera. Nada de aquello tenía sentido.

«Y nadie sabe que yace allá, mas su halcón y su perro y su dama leal... Su perro ha salido en busca de presa, su halcón a la caza de aves fieras, su dama ha encontrado a otro galán... Muchos por él

darán gemidos, mas nadie sabrá adónde se ha ido. Cuando desnudos estén sus huesos, los barrerá por siempre el viento.» Cediendo a lo que podría considerarse, prácticamente, una tentación despiadada, Gertrude había buscado la balada que Guy le había citado. Guy la había empleado para decirle que fuera feliz después de su muerte. ¡Pero qué poema tan amargo y tan terrible! ¿Y cómo podría haber salido nada que no fuera amargo de la boca, del corazón, de un hombre moribundo? El noble, valiente y bueno de Guy le había dicho a Gertrude lo que pensaba que debía decirle, y había rechazado la inyección del analgésico para poder decírselo hallándose en pleno uso de sus facultades. Pero aquellas palabras tan heroicas enmascaraban (y enmascararon incluso para Guy, aunque solo fuera por un momento) la oscura y odiosa soledad de la muerte. No era de extrañar que Guy se hubiera convertido en un forastero en el país de los vivos, replegado en sí mismo y hablando una lengua diferente. Nada, ni siquiera su cálida y cariñosa esposa, podía consolarlo ya.

Gertrude, como si el espíritu de un demonio la hubiera atravesado de arriba abajo, había llegado a sentirse poseída por una terrible compasión por Guy. La muerte, que siempre derrota al Eros terrenal, la había vuelto vulnerable y la había hecho enloquecer. Su amor por Guy la invadía, corría por sus venas como una potente droga. Ese amor, tan desesperado, la tenía enferma. Soñaba con Guy todas las noches. Extendía los brazos hacia su sombra, vaga y escurridiza. Quería estar sola para entregarse a ese terrible amor, pero también le daba miedo estar sola. Y no lo estaba: como resultado de un extraordinario *accidente*, Tim se encontraba allí. Ella lo miraba con asombro, lo veía desde un nuevo y lúcido punto de vista: un hombre menudo con el pelo de jengibre y unos nerviosos y tímidos ojos azules que pedían perdón; Tim, que parecía un huésped, un estudiante, una especie de ser dependiente e indefenso, un niño. Y Gertrude también se compadecía de él, si bien no dejaba de quererlo.

Hacían el amor como si fueran adictos, pero después buscaban la metamorfosis y la huida: echarse a dormir, o bien levantarse rápidamente, vestirse, mirarse el uno al otro con buenos ojos, con miradas tiernas, perplejas y asustadas, y ponerse a beber: los dos bebían mucho últimamente. Gertrude notaba lo transitorio, lo precario que resultaba todo. No había mejorado desde aquel apresurado encuentro en el estudio de Tim, tumbados «como en un andamio» y aguzando el oído por si oían pasos en las escaleras. Aquí permanecían atentos al timbre de la puerta, que ignoraban conteniendo la respiración, o al teléfono, cuyo sonido no pudieron silenciar del todo a pesar de haberle introducido varios rollitos de papel para presionar la campana. Salían por separado de la casa y desaparecían por Londres a diario. Convertían cada almuerzo y cada cena en una fiesta. Se enseñaban cosas el uno al otro. Iban a los museos y a las galerías de arte, que Gertrude admitió que apenas conocía: nunca se le había ocurrido la idea de ir a visitar esos lugares. Tim la llevaba a pubs recónditos y divertidos. Exploraban los locales oscuros y cutres desperdigados a lo largo del río. No fingían pasárselo bien: era milagroso, pero se lo pasaban bien de verdad, aunque el infierno se había desatado en la mente de Gertrude y también, pensaba ella a veces, en la de Tim. Cuando estaba desnudo, su cabeza y su cara dejaban entrever una sensibilidad particular, confusa y vulnerable. ¡Parecía entonces tan diferente! Se compadecía de él con una piedad profunda, posesiva y erótica, y

se refugiaba en la búsqueda de su abrazo ardiente, donde descansaba con una fuerza inesperada. El uno ocultaba los ojos en los hombros del otro y ni siquiera se atrevían a hablar claramente del futuro. Su Eros no los había abandonado, pero a veces parecía un Eros enloquecido y condenado al fracaso. Había algo de provisional y clandestino en el aire que respiraban. Pero, aunque su «nueva vida» había durado tan solo unos días, ambos convenían en que les parecía que llevaban mucho tiempo viviendo juntos.

La marcha de Anne había perturbado en cierto modo a Gertrude, aunque estaba bastante claro que Anne iba a irse y que tenía que hacerlo. Anne se había mostrado muy amable con ella, todo lo amable que la dulce, amorosa e inteligente Anne sabía ser. Le había hablado de la indestructibilidad de su amor. Le había dicho que estaría siempre disponible, que estaría siempre cerca de ella. No habían vuelto a hablar de Tim. Anne hizo las maletas y se marchó a un hotelito de la zona de Paddington. Comentó algo de buscarse un piso. Se despidieron como si supieran que afrontaban una larga separación; y no habían vuelto a tener contacto desde entonces.

Gertrude se había quedado conmocionada con la reacción de Anne, con su ataque a Tim, con aquello de que, cuando lo hiciera, debería «casarse con alguien lo bastante bueno para ella». Anne, por supuesto, le importaba más que los demás, pero su respuesta fue la muestra anticipada de una reacción pública que, acababa de descubrirlo, no quería afrontar. No se «avergonzaba de Tim», no se trataba de eso; pero, ante Anne, sí que se sentía extraña y tristemente avergonzada de sí misma. Y todo parecía tan inevitable como indecente. Era inevitable que Tim se trasladase a Ebury Street: su estudio carecía de privacidad y querían estar solos. Y por supuesto que habían acordado no contárselo a nadie por el momento. Pero eso implicaba vivir como delincuentes.

Todos esos pensamientos potenciaron e hicieron brotar un caos venenoso en la mente de Gertrude. Cuando soñaba con Guy, al despertarse, su instinto de pedirle ayuda se revelaba más fuerte que su renuente capacidad de dar forma al mundo de la vigilia. Y ahora empezaba a manifestarse un tormento de otra índole, bastante peculiar: tenía que ver con el Conde. Gertrude había informado vagamente a Janet Openshaw de que era probable que pasara un tiempo fuera, y daba por supuesto que ella difundiría la noticia. Incluso le había dicho, con el instintivo talento para la mentira que hasta las personas más sinceras desarrollan con rapidez cuando se encuentran inmersas en una farsa, que pensaba ir a ver a una vieja amiga de la escuela en Hereford. (Esa persona, de nombre Margaret Paley, existía de verdad.) Sin embargo, después de aquello, se había sentido extraña y especialmente compungida por el Conde. Lo consideraba una persona muy especial y le debía, por ende, un trato también muy especial; no podía negar ese lugar tan importante que ocupaba en su vida. Él no podía formar parte de todos aquellos que se enterarían de que había abandonado Londres por un rumor. Pensó en llamarlo por teléfono, pero luego, llevada por un impulso, le envió una simple nota invitándolo a que se pasara a tomar una copa. Entonces lo informaría de que probablemente se marchase fuera. Le contó todo eso a Tim y acordaron que él debía estar presente, irse después y contribuir así a infundir la vaga noción de que ellos dos, al fin y al cabo, eran amigos. Así lo quiso Tim. Y Gertrude no le recordó los desastrosos resultados que había

tenido esa idea con Anne. El caso del Conde era distinto: él no sospecharía nada y tampoco preguntaría nada.

El Conde respondió por carta que desgraciadamente aquella noche estaba ocupado. Le escribió a su estilo, como solía hacerlo, algo formal pero amistoso. Lo cierto era que Gertrude no había recibido muchas cartas suyas. Pero lo que en ese momento la trastornó con tal brusquedad, provocándole una ansiedad desconocida en ella, no fue lo peculiar de su estilo: fue, simple y llanamente, el hecho de que el Conde no aceptase la invitación. Gertrude, en el fondo, siempre había tenido la convicción de que, si alguna vez lo necesitaba, él se presentaría allí de inmediato, fuera lo que fuese lo que tuviera que cancelar para acudir: él sortearía cualquier dificultad que se le presentara. Que no apareciera, sin duda, solo podía significar una cosa: lo sabía. Y, si él lo sabía, quizá ya lo supiera todo el mundo. ¿Se lo habría contado Tim a alguien? Él juraba que no. ¿Habría sido Anne? Imposible. Pero ni siquiera la idea de que ellos lo «supieran» la preocupaba tanto como la repentina y espantosa sensación de que el Conde la desaprobaba, de que estaba profundamente herido, disgustado, alterado, conmocionado; de que las cosas nunca volverían a ser iguales entre ellos. Empezó a pensar que nada en el mundo le importaba tanto como que el Conde tuviera una buena opinión de ella. Por la tarde, sintió un intenso deseo de salir corriendo y visitarlo en su piso, donde nunca antes había estado. Quería verlo, ver sus dulces ojos claros y ratificar su estima, su amor. ¡Cualquiera diría que se había enamorado del Conde! Ella, que ya estaba enamorada de Guy, y de Tim.

Le habían arrebatado los postes y los pilares que sostenían su mundo. Guy estaba muerto, Anne se había marchado, el Conde ya no la quería... Y cada vez era más consciente de que no podía seguir llevando esa loca vida clandestina con Tim, ni presentarlo ante el mundo como su amor y luego como su marido. No podía. Quería que, de alguna manera, las cosas fueran como lo habían sido antes; o como nunca lo habían sido del todo, pero como podrían haberlo sido; o como podrían llegar a serlo si las cosas que no podían ser diferentes lo fueran. Quería ser la Gertrude de antes, la Gertrude de Guy, el eje central de un círculo de admiradores que la amaba; quería tener a Anne y al Conde..., y también a Tim y todo el amor que se habían traído con ellos desde Francia. Pero no podía convertirse en una marginada junto a él, en una criatura errante, en una vagabunda. Ahora lo veía como a un gitano que la había sacado de la vida que llevaba para arrastrarla a la suya; salvo que Tim no tenía vida propia, ni tenía un lugar propio. Gertrude le preguntó por sus amigos: no tenía amigos. Había venido a ella en busca de una vida y de un lugar donde vivirla. No tenía nada que ver con el dinero (eso en ningún momento se le pasó por la cabeza). Pero Tim le parecía cada vez más un desamparado. No tenía entorno propio, ni pertenencias, ni mundo. Y también ella se convertiría en una desamparada, a menos que retrocediera, a menos que de alguna manera *resolviera* aquel problema absolutamente irresoluble.

«¡Noticias, noticias de última hora! ¡Gertrude se ha echado un amante!» «¡No! ¿Quién es?» «Tim Reede.» «¿Te refieres a aquel chaval, al pintor? ¡Tienes que estar de broma!» ¿Lo sabían? Si le ponía freno a tiempo, no llegaría a ser más que un vago rumor que iría desapareciendo y terminaría en el olvido. Nadie sabría a ciencia cierta si había sucedido realmente. Al fin y al cabo, resultaba tan

extremadamente improbable... Pero ¿qué era lo que estaba pensando ahora? Tim tenía todas las de perder: estaban Guy y Anne y el Conde, a quienes se les sumaba un cierto repugnante y mezquino orgullo que detestaba, pero que también tenía profundamente arraigado en su interior. Con lo sensato que le había parecido mantenerlo oculto, no anunciar una nueva relación tan pronto... De repente estaba empezando a resultarle tremendamente difícil incluso reconocer que existía. La idea de separarse de Tim, sin embargo, de separarse de verdad, se le antojaba impensable. La mente de Gertrude esquivaba lo uno y lo otro como una pobre liebre perseguida. Solo parecía haber una componenda, que parecía más bien confusa y transitoria, pero que mantenía, de momento, todos los elementos esenciales a salvo: debía pedirle a Tim una moratoria, un poco de tiempo, un espacio para la reflexión o, más bien, una especie de limbo donde todo permaneciese como hasta entonces.

Gertrude creía que había pensado sobre todas esas cosas, pero, en realidad, no las había pensado en absoluto: había rehuido tales cavilaciones arrojándose en los brazos de Tim. Había querido que Tim *demonstrara* que él era inevitable. Y, a decir verdad, aquella conversación, tan crucial, tan reveladora, comenzó sin querer. Fue después de una de sus largas cenas festivas. ¡Qué fácil les resultaba hablar! Se llevaban de cine y charlaban de cualquier cosa. Ese era uno de los milagros imperecederos de su amor, que a Gertrude la había pillado por sorpresa. (Anne le había dicho: «Terminaré aburriéndote». No podía estar más equivocada.) Gertrude, de aquella manera suya tan distante y peculiar, que, como a una espía, la capacitaba para separar una cosa de la otra, se sentía tranquila y cariñosa. Estaban sentados en el comedor, a la luz de la lámpara, con la mesa llena de cosas, bebiendo vino. Entonces Gertrude había dicho de repente:

—No podemos seguir así.

Y Tim había dicho:

—¡Dios mío, ya lo sé!

Y entonces se habían enzarzado en una discusión que a la postre acabaría en desastre. Se miraban horrorizados y abatidos, pero no podían dejar de decir cosas que podrían llegar a separarlos para siempre.

—Gertrude, la verdad es que tú solo quieres que esto se termine. Quieres que esto se termine antes de que alguien lo descubra. Y desearías que nunca hubiera pasado. Quieres que me quite de en medio. De acuerdo, me quitaré de en medio.

—No quiero que...

—Sí, sí quieres. Quieres que te haga el favor de ser yo el que dé el paso, para que luego no te sientas culpable por haberlo hecho. Tienes razón: si seguimos así, lo único que pasará es que nuestro amor se echará a perder. Mejor dejarlo ahora, mientras todavía es puro. Vamos a acabar odiándonos, o, mejor dicho, tú acabarás odiándome: solo seré una maldita carga para ti. Desde luego, era demasiado bueno para ser verdad. Ha sido maravilloso y me siento agradecido, y no estoy enfadado contigo, pero, ¡Dios, soy tan desdichado!

—Tim, yo también estoy muy triste; estoy hundida y asustada. Sin embargo, hace media hora era tan feliz contigo... Esto es una locura. Ay, Tim, ¿por qué no podemos hacernos felices el uno al



otro?

—Porque tú no me quieres lo suficiente, cariño. No es ninguna sorpresa, no es casualidad que hayamos llegado a esto.

—¿A qué te refieres con «esto»?

—A decidir que cada uno se vaya por su lado.

—No, no, no. Tim, querido, *no podemos* separarnos. Vamos a dejar de hablar, vámonos a la cama. Ya nos hemos dicho demasiadas cosas por hoy.

—Vale. Ve tú. Yo iré después. Quiero acabarme el vino.

Tim se puso de pie casi ceremoniosamente cuando Gertrude se levantó. Ella se acercó y se apoyó en él, pegándose a su camisa blanca abierta. Tim tenía la piel húmeda.

—Vete a la cama, cariño.

—De acuerdo, Tim. Pero no tardes.

Gertrude se quedó dormida. Se había quitado los zapatos ayudándose con los pies y se había acostado. Al poco se despertó. Aguzó el oído. La luz del dormitorio estaba apagada. De pronto, tuvo la certeza de que el piso estaba vacío. Se levantó de un salto y fue corriendo de habitación en habitación gritando el nombre de Tim. Allí no había nadie. Entonces se dio cuenta de que su mochila y su vieja maleta, que antes estaban en la entrada, habían desaparecido.

Gertrude entró en el salón y encendió todas las luces. Había una carta en la mesa.

Cariño mío, quieres que me vaya y me he ido. Tienes razón: no hay otra solución. Debemos acabar con esto sin perder la calma. Me he dado cuenta, al estar así contigo, de que sencillamente lo nuestro no es posible. En el fondo no quieres casarte conmigo, y no podemos estar juntos de ninguna otra manera: lo nuestro es demasiado serio. Y no quiero dejarme arrastrar a la locura. No puedo ser tu amante secreto. No me busques en el estudio: no estaré allí. No estaré en ningún sitio donde puedas encontrarme: si nos vemos, todo volverá a empezar. Debes regresar a tu mundo real con tus amigos reales. Pronto serás más feliz, ya lo verás. Te sentirás aliviada. Ay, cariño mío, siento que no haya funcionado. Mi amor por ti está teñido de un dolor inmenso.

T.

Gertrude se desabotonó el vestido y se lo arrancó. Se agarró el pelo y tiró de él. Abrió la boca con una mueca de dolor y rabia. Una tormenta de lágrimas comenzó a precipitarse de sus ojos. Se sentó y se quedó totalmente quieta durante casi media hora.

Luego se levantó y se sirvió un poco de whisky. Ansiaba tanto a Tim que su cuerpo parecía estar cayéndose a pedazos, desmembrándose a trozos. Le resultaba casi imposible no moverse de un lado para otro como un animal rabioso. A decir verdad, nunca se había dicho a sí misma: «Es solo algo físico, es lujuria, un impulso lujurioso, una huida del dolor», y tampoco se lo decía ahora; pero experimentaba el anhelo físico hacia Tim como una sensación desligada y extraña, como si un segundo cuerpo emanara del suyo; anhelaba sus delgadas manos pelirrojas y su piel suave y dulce y sus besos, que resolvían todos los problemas y respondían a todas las preguntas.

Gertrude se bebió el whisky y apeló a su razón con la tranquila meticulosidad con que se podría llamar a un sirviente. Tim había dicho: «No es un accidente». No, no era un accidente que se

hubiera iniciado precisamente aquella conversación, aunque en el instante mismo en que se produjo había parecido algo casual, algo a lo que habían llegado por azar. Antes o después, tenía que pasar. Habían estado a punto de abordar esa conversación durante días, casi a diario desde que Tim se trasladó a Ebury Street. Le dio la sensación de que los dos la tenían ensayada, de que ambos tenían preparados sus alegatos.

—Es cierto —dijo en voz alta—; no puedo casarme con él.

Se había esforzado mucho por introducir a Tim en su vida, pero constituía un tejido extraño y la sangre que habría de salvarlos no fluía de su ser al de él. Al final ella misma terminó rechazándolo. No intentó pensar por qué: había muchas, muchas razones. Debería haberse enamorado de otra persona, pero se había enamorado de él por error. Trató de no pensar en el estado de ánimo de Tim; a decir verdad, para ella era toda una incógnita.

Miró su reloj y le sorprendió preguntarse si sería demasiado tarde para llamar al Conde. Y claro que lo era: casi habían dado las dos. Se levantó, recorrió las cortinas y miró a la calle, a aquellas horas vacía y silenciosa. Ya no había nada que ocultar. Y sintió alivio en el simple gesto de descorrer las cortinas. Las mentiras, la ocultación los habían envenenado. Su amor había sido algo sorprendente y maravilloso, pero ni fuerte ni sensato. «Supongo que la culpa es mía —pensó Gertrude—, aunque, en verdad, no sirve de nada sentirme culpable en este caso. Tengo que recuperarme, simplemente. La gente se recupera. Veré a mis amigos. Los reuniré a mi alrededor. Así es como viviré de ahora en adelante, rodeada de mis amigos. Volveré a traerme a Anne a casa, y mañana mismo llamaré al Conde. Almorzaré con él y contemplaré la felicidad de sus ojos. Ese es el mundo real. Organizaré una fiesta familiar e invitaré a Manfred, a Gerald, a Victor, a Ed, a Moses, a Janet y a Stanley, y a la señora Mount. Y le diré a Sylvia Wicks que se pase a tomar una copa, ella y yo a solas, porque alguien me dijo que tenía problemas. Y haré un viajecito con Rosalind Openshaw a alguna parte, a Atenas o a Roma, y Anne vendrá con nosotras. Lo pasaremos de maravilla, y me mostraré cariñosa con la gente y descubriré cómo son de verdad. Y todo volverá a ser bueno y sencillo y transparente e inocente. Tim se ha portado muy bien conmigo. Ha sido sensato y valiente. Es mejor terminar así.»

«Y nadie lo sabrá —pensó también—. Todo quedará en secreto para siempre. Aunque la gente oiga rumores, nadie se los creerá si yo me comporto con normalidad. Esto, en cierto sentido, preservará nuestro amor. Se mantendrá intacto, a salvo en el pasado. No lo echarán a perder ni las discusiones ni el odio ni la estúpida vulgaridad de la gente que pudiera llegar a despreciarlo. Nadie podría haberlo entendido, salvo Tim y yo. Ahora está fuera de circulación durante un tiempo y a buen recaudo. Es mejor así.»

La pálida luz del amanecer alcanzó Ebury Street, cayendo sobre las farolas de la calle como una niebla perlada. Pronto sería junio y estarían en pleno verano. Las casas permanecían inmóviles, como el que está pendiente de una sentencia.

Gertrude se giró para irse a la cama. El coraje que le había infundado el whisky se había esfumado. Le dolía la cabeza. Se desvistió y se tomó un par de aspirinas. En cuanto se sentó en la cama, volvió a

romper a llorar. «Estoy sola —pensó—. Esperaba no quedarme sola, pero lo estoy. Lo he perdido, a mi amor, a mi joven seductor. “Y, cuando desnudos estén sus huesos, los barrerá por siempre el viento.”»

—Así que estás de vuelta —dijo Daisy—. Ya me imaginaba que te escabullirías y volverías a mí.

—¿Eso te imaginabas? —dijo Tim—. Pues yo no. Sírveme un poco de ese vino, hazme el favor.

—No hay mucho. Espero que tengas dinero. Porque yo no.

—Un montón.

—Entonces cuando menos has vuelto con algo de dinero en el bolsillo.

Tim había dudado si debía devolverle el dinero a Gertrude. Había decidido no hacerlo.

Se sentó en una de aquellas sillas cojas y vacilantes que tan bien conocía. El sol brillaba en la sofocante y polvorienta habitación. Daisy, sentada en la cama, apoyada en las almohadas y con las rodillas dobladas a la altura de la barbilla, tenía un aspecto despampanante. Se estaba dando los últimos retoques de maquillaje cuando, sin previo aviso, llegó Tim. Llevaba una sedosa falda blanca y negra a rayas ceñida con un brillante cinturón negro, una blusa blanca y negra de florecitas con el cuello suelto y una bufanda negra y naranja. Se había puesto medias negras en sus largas piernas y unos zapatos de charol negro con grandes hebillas de metal y tacones extremadamente altos y finos. Se había maquillado la cara igual que un payaso, en azul y blanco.

—¿Cómo va la novela?

—Muy bien. Ha avanzado mucho mientras te ausentaste sin permiso.

—Bien.

—¿Entonces has pasado de Gertrude?

—Podría decirse que hemos pasado el uno del otro. Ha sido una breve incursión en la más absoluta locura.

—Eso te dije yo. ¿O acaso no te lo dije?

—Sí. ¿Para quién te has emperifollado tanto?

—Para ti.

—Pero si no sabías que iba a venir.

—Te he estado esperando todos los días.

—¡Qué conmovedor!

—¡Por supuesto que no era para ti! Simplemente iba a bajar a almorzar al Prince.

—¿Has encontrado a otro en mi ausencia?

—No. Y no será porque no lo haya intentado. No te he perdonado, ya lo sabes.

—Pero me terminarás perdonando.

—Bueno, no tiene importancia: al fin y al cabo, todo se reduce a estados mentales. ¡Te he echado de menos! También eso es un estado mental. ¿Tú me has echado de menos?

—Creo que sí —dijo Tim.

—¡«Creo que sí»! ¡Esa sí que es una excelente observación *timreedesca*! ¿Entonces se ha acabado?

—Sí.

—Más vale que sea así. ¿Cómo ha ido la cosa? Quiero que me lo cuentes todo con pelos y señales. Será muy divertido.

—No puedo, Daisy. Olvidémoslo, ¿de acuerdo? Perdóname y olvídale. Se ha acabado, está deshecho, igual que cuando deshaces un nudo y la cuerda vuelve a estar suelta.

—Muy visual. Muchas veces he pensado que nuestra vida en común era también como un trozo de cuerda, un trozo de cuerda viejo y sucio, deshilachado por las puntas.

—No has intentado ponerte en contacto conmigo, ¿verdad? —dijo Tim. Había vuelto al estudio, pero no había encontrado ninguna carta. Después de un día y una noche solo en el estudio, había acudido corriendo a Daisy. Temía que Gertrude pudiera ir a verlo, y, de todos modos, no podía soportar la soledad. Y de repente había sentido la imperiosa necesidad de hablar con Daisy.

—¿Por qué diablos iba a hacer eso? ¡Que te den! Te largaste diciendo que ibas a casarte. ¿Esperabas que fuera corriendo detrás de ti? Pensé: «¡Que se muera de asco!».

—Pero ¿te alegras de que haya vuelto?

—Supongo que sí. La verdad es que me he pasado todos estos días entrando y saliendo de una neblina de alcohol. Estoy acostumbrada a ti, chico. Contigo se puede hablar. Creo que eres un cabrón tacaño, egoísta y embustero, como la mayoría de los hombres. Lo que pasa es que odio a los otros más que a ti.

—Daisy...

—¿Vas a traer más vino o nos vamos al Prince? Por cierto, Jimmy Roland ha vuelto.

—Ah, bien...

—Dice que Estados Unidos está vacío, como si uno se encontrara dentro de una caja de cartón limpia y blanca.

—Daisy, ¿te importa si me quedo aquí un tiempo?

—¿Te refieres a vivir aquí, a compartir mi cama?

—Sí, pero no por mucho tiempo...

—Vale. «Siempre nos quedará eso», como sueles decir tan románticamente cada vez que quieres acostarte conmigo. No es de extrañar que todas las chicas anden detrás de ti. ¿Qué pasa con el estudio?

—Me van a echar. —Eso no era cierto, pero Tim no quería prolongar el dolor de pasarse el día preguntándose si Gertrude se presentaría por allí.

—¿De veras? No sé si me estás mintiendo. Tampoco es que importe mucho. Ya no me importa un pito si eres sincero o no conmigo. Pero no puedes traer tus malditas pinturas aquí.

—Me las guardará el tipo del garaje. Gracias, cariño.

—Será mejor que no tardes en encontrar un piso. Ya sabes cómo terminamos si pasamos mucho tiempo encerrados juntos como ratas. Seguro que en un palacio estaríamos de maravilla. El dinero le haría mucho bien a nuestro carácter.

—No tardaré. ¿Traigo un poco de vino o prefieres que vayamos al Prince of Denmark?

—Oh, trae un poco de vino, y también, ya que estás, algo para papear. No quiero ir al Prince: siempre me parece que queda demasiado lejos a la hora del almuerzo. Jimmy Roland estará allí riéndose de sus propios chistes, y no puedo soportar sus risotadas de burro ni los chillidos del desgraciado de Piglet. Pero no te vayas todavía. Ven y siéntate a mi lado. Recompénsame como lo haría un humilde penitente.

Tim se sentó a su lado y le miró directamente a los grandes y oscuros ojos marrón madera, perfilados de azul entre las puntiagudas pestañas negras. Le tocó el pequeño lunar marrón que tenía junto a la nariz.

—Vieja amiga.

—Ni se te ocurra volver a hacerlo, Tim Reede. Es muy posible que la próxima vez no te perdone. Tiene gracia: al principio llegué a creer que lo hacías por nosotros, para sacarle dinero a esa vieja; estás lo bastante loco como para hacerlo. Me conmovió mucho. No sé si ella lo habría soportado a la larga. Aunque siempre podías contarle alguna mentirijilla de que ibas a ver a tus viejos amigos de la Slade. Eres un embustero profesional. ¿Le has hablado de mí?

—No.

—¿Me lo prometes? ¿Ni una palabra?

—Ni una palabra.

—Bueno. Me apuesto lo que sea a que le mentiste sobre lo solito que estabas y todas esas cosas. Creo que aún hueles a ella. Eres un bicho asqueroso.

—Quítate los zapatos —dijo Tim—. Parecen arpones, joder.

—Quítamelos tú. Yo no llego. Tú estás más cerca. ¿Me quieres?

—Sí.

—No lo has dicho con mucho entusiasmo. ¿Dónde has dejado toda aquella simpática y animada cháchara irlandesa por la que eras tan famoso? Nunca he visto a un hombre con más pinta de perro apaleado que tú. Y el pelo se te está poniendo gris.

—¿Ah, sí?

—Solo me estoy quedando contigo. Espera, que me desarreglas el cuello. Me voy a quitar la bufanda. Dios, hace mucho calor.

—¡Ay, Daisy, lo he pasado tan mal! ¡Ha sido tan espantoso!

—¿Quieres que te consuele porque Gertie ya ha descubierto la miserable rata que eres? Pobre Timmie. Apoya tu cabeza ahí, venga. Las mujeres están para consolar; siempre terminan siendo el hogar seguro. Vuelves a la mujer a la que dejaste para pedirle que te consuele porque tu travesura ha salido mal. Dios, somos tan tontas. Ojalá pudiera encontrar a un hombre mejor.

—Ojalá yo fuera un hombre mejor.

—Pobre Tim, pobre pecador. Ea, rodéame con tus brazos. No te apenes: aquí estás a salvo.

«Todo empezó a ir mal —pensó Tim más tarde— el día en que nos acostamos de esa manera tan mecánica en el estudio.» Su excesiva ansiedad por que pudieran interrumpirlos molestó a Gertrude e

hizo que se sintiese insegura. Estaba nerviosa e inquieta. Su incapacidad para protegerla la disgustó. Luego, el encuentro con Anne (idea suya) no había salido bien: Tim había sido incapaz de pensar en nada inteligente que decir y Anne se había quedado mirándolo fría y fijamente, como si estuviera leyéndole el pensamiento. Tenía la certeza de que Anne había obligado a Gertrude a contarle la verdad (aunque esta lo negara), y de que le había dicho que no siguiera adelante con ello. En la primera prueba en público, Gertrude había dado su brazo a torcer. Viendo el asunto con los ojos de un tercero, se había dado cuenta de lo absurdo de su proceder. Al final a Tim le había venido bien no haber llegado a decir ni una palabra sobre Daisy: si lo hubiera hecho y Gertrude lo hubiera dejado *después*, habría pensado que ese era el motivo y habría sufrido el tormento añadido de reprocharse su torpeza. Podía imaginarse perfectamente lo que habría elucubrado ante tal circunstancia: habría pensado que, sin aquella fatídica revelación, habría sido capaz de conservar su amor. Ahora, tal como había ido, al menos le quedaba este consuelo: Gertrude no lo había dejado por un desliz o un accidente, sino por la estructura intrínseca de la situación, que resultaba inviable. Se avergonzaba de él. Eso era lo que pasaba. Tim no sentía rencor ni extrañeza: él también se avergonzaba de sí mismo; pero en condiciones normales eso no habría importado, y casi ni se daba cuenta de ello.

En Francia les había parecido bastante fácil decir que mantendrían lo suyo en secreto durante un tiempo. Les había parecido prudente y sencillo hacerlo. Pero las estrategias necesarias para mantenerlo en secreto les habían resultado insufribles. Si Tim hubiera tenido una vivienda algo más segura donde reunirse, podría haber sido más fácil (y en eso, la verdad, su relación con Daisy se reveló perjudicial). La repentina marcha de Anne (sí, Gertrude *debía* de habérselo contado) para, presuntamente, ir a visitar a una antigua amiga de la escuela de Hereford (Gertrude se estaba convirtiendo en una mentirosa tan buena como Tim) les abrió las puertas de Ebury Street; pero Ebury Street tampoco resultaba segura. Aunque los educados y bien instruidos primos y tías no «se dejaran caer por allí», su presencia, desde el horizonte, los ahogaba. Gertrude no era ajena a esa gente, aunque pretendiera hacer ver que sí. Solo les quedaba el extenso palacio del placer que era Londres y lo cierto es que, vagando juntos como un par de turistas, a ratos habían llegado incluso a sentirse felices. Tim le había enseñado cuadros, objetos, le había descubierto lugares. La verdad era que, sorprendentemente, Gertrude conocía muy poco de la ciudad. Iban mucho al Museo Británico. (Había un banco apartado en la sala etrusca donde podían pasar un rato besándose.) Tim también la llevaba de pubs (muy alejados del Prince of Denmark y de Ebury Arms), a los de Chiswick y a algunos que conocía en el norte de Londres (no a Hampstead, que estaba lleno de tías y primos). También fueron a una sidrería cutre de Harrow Road, que a ella le gustó mucho. Eran como estudiantes enamorados, o una caricatura de un par de niños felices.

Paseaban, se emborrachaban, hacían el amor. Aquello tenía todas las características de una aventura secreta; y, de hecho, *era* una aventura secreta. La extraña pasión que con tan repentinos e imperiosos aleteos les había sobrevenido en Francia seguía allí, aquella intensa e inexplicable atracción mutua entre seres carnales. El incuestionable Eros no había decaído ni desertado. Hacían el amor más frenéticamente si cabe, con los ojos cerrados, gimiendo el uno pegado al otro. Luego se separaban de

golpe, casi con suspicacia, y se vestían de prisa como si estuvieran planeando huir a alguna parte. A Tim le sorprendía la pasión de Gertrude. En Francia, auspiciado por aquel asombroso cambio, había dado por hecho que, de alguna manera, era normal. En Ebury Street resultaba muy extraño, y pensaba que ella también debía de sentirlo así. Además, el piso de Ebury Street, lleno de recuerdos acusadores, era terrible para Tim, y debía de serlo mucho más para ella. Ninguno de los dos decía nada al respecto.

A pesar de su política de *lanthano* y de su alegre capacidad de no decir la verdad, Tim nunca había mantenido oculta una relación con una mujer. No podía soportar el secretismo, del que ni hablaban ni bromeaban. Y eso lo llenaba de terribles dudas. Sí, un día, algún día, poco a poco, accedería al círculo de conocidos de Gertrude como amigo, después como amigo especial, luego como prometido. Estaban de acuerdo en que no podían quererse salvo con la perspectiva del matrimonio: solo ese horizonte salvaría su amor de la desesperación y de la inmoralidad. Pero Tim notaba que ese horizonte iba desvaneciéndose poco a poco. Habían empezado a vivir en el presente, como hacen los amantes sin esperanzas. La infelicidad se elevaba constantemente a su alrededor, como el mar.

En todo aquel embrollo Tim nunca pensó que hubieran cometido el error tan común de tomar una fantasía de lujuria trivial por un gran amor: él seguía creyendo que verdaderamente se trataba de un gran amor; solo que no todo gran amor puede abrirse camino y hacerse un lugar en el mundo. A ese respecto, pensaba a menudo en las rocas cercanas a Les Grands Saules, en la poza de cristal y en la Gran Cara. Todo había empezado allí; y lo cierto es que aquel lugar lo había marcado: la Gran Cara se había quedado clavada en su mente como una realidad, la relacionaba con su trabajo, con su faceta de artista. Recordaba su extraña configuración: la roca clara y circular con la superficie húmeda y picada, las musgosas «líneas a lápiz» que se elevaban como pilares, la grieta oscura en lo alto, con los helechos colgantes y las enredaderas que desdibujaban la subsiguiente elevación del acantilado hacia lugares desconocidos. Incluso ahora, el poder numinoso de la roca (podía verla con absoluta nitidez en su imaginación) lo hacía temblar y sentir una veneración que constituía, a su vez, una especie de amor. Allí se había producido el anuncio de la verdad, y Tim todavía sentía cierta tensión magnética, como si se hubiera generado un vínculo permanente entre él y la roca. De verdad creía que la roca seguía existiendo, que continuaba allí, silenciosa y sola, llena de sombras y reluciente al sol, oscura bajo la cálida noche. La poza de cristal, en cambio, le provocaba otra clase de sensaciones. Su miedo a la Gran Cara era un temor inseparable de lo reverencial. Su miedo a la poza, porque también a esta le tenía miedo, era distinto; más agudo, un miedo a lo mágico, a lo peligroso. Le resultaba difícil concebir que en ese momento la poza siguiera estando allí y que acaso hubiera un pájaro bebiendo de ella o una serpiente nadando en sus aguas.

En un intento de darle sentido a todo lo que había sucedido en esos últimos días de desesperación, a veces Tim había pensado: «Fue después de que Gertrude se bañara en aquella poza cuando sentimos el hechizo. Fue como si nos hubieran dado una droga, un elixir de amor. Algo que allí había nos hechizó, quizá por pura casualidad. Hemos estado temporalmente trastornados y ahora simplemente se nos está pasando el efecto». Esa habría sido una forma, de entre tantas, de ver el

asunto. Pero, en lo más hondo de su corazón, Tim la descartaba. Aquel peligro no los había rozado siquiera. No se parecía a la magia, no se trataba de magia, aunque, tomando la palabra desde un punto de vista más cotidiano, lo que les había ocurrido sí que había sido mágico, como un encantamiento. Había una verdad absoluta en su amor, una especie de solidez y de bondad que intentaba rescatarlo de la oscura maraña que él mismo era: quería a Gertrude con un amor que era mejor que él mismo. Todo aquello estaba rodeado de un halo de autenticidad, de una certeza que él no había tenido nunca. Y eso se manifestaba en su interior como alegría, una alegría que había seguido sintiendo hasta hacía muy poco, hasta esa vez en que Gertrude y él se emborracharon juntos en Harrow Road.

Pero todo aquello que es verdadero y bueno puede sucumbir a la destrucción física y, cuando eso ocurre, su verdad y su bondad quedan relegadas al mundo de los conceptos, como un aura pura y tenue. Tim y Gertrude no habían podido mantener su amor, no habían podido vivirlo hasta el final. Ella flaqueó, él se desesperó. «Si tan solo hubiera pasado —pensaba constantemente— algo más de tiempo desde la muerte de Guy, unos pocos meses más, me podría haber salvado.» Sin embargo, unos pocos meses más, y Gertrude habría sido una mujer diferente, su alma conmocionada no habría vibrado en la misma frecuencia que la de Tim. No lo desalentaba lo más mínimo que todo aquello hubiera sido accidental: contaba con la suficiente sensatez como para saber que los amores recíprocos dependen de accidentes, y que ese hecho por sí solo no los hace más frágiles. Pero sentía tristeza, casi amargura, al pensar que quizá la mera proximidad de Guy, aquella extraña e imponente ausencia, hubiera ejercido un poder fatal.

Tanto el uno como el otro, en sus febriles «vacaciones», habían previsto el fin. Ambos tenían sus argumentos preparados. Tim no podría haber iniciado aquella conversación: así que la inició Gertrude. Pero, cuando ella empezó, él ya sabía lo que debía decir. A Tim le pareció, echando la vista atrás, que se había manejado con cierta valentía. Pero ¿es que acaso tenía otra alternativa? Habría podido llorar y suplicar. Eso habría aplazado el final por un tiempo, pero solo por un tiempo. Había visto irritación y enfado en los ojos de Gertrude. La posibilidad de vislumbrar la imagen del odio en ellos lo horrorizaba tanto como las penas del infierno. Entendía que Gertrude estaba atrapada: podía concebirlo como amante, pero no como marido. Ahora estaba decidida a volver a su antiguo estilo de vida, a sus viejos y queridos amigos, a lo que después de todo era su familia. Si Tim abusaba de su hospitalidad, se convertiría en una carga odiosa. Y ya le había dicho, con toda la claridad de la que Gertrude era capaz, que se marchara.

Tim pensó: «Ya nunca seré, como llegué a serlo una vez, simple y llanamente feliz, como un perro». «Nunca creí de verdad que ella fuera a soportarlo», pensó. Y estaba convencido de dos cosas en cierto modo incompatibles: de que Gertrude lo había amado de una manera absoluta, sin fisuras, y de que, aun así, no lo había amado lo suficiente.

Acostado desnudo en brazos de Daisy, sumido en la calidez del sudor y sintiendo sobre su piel el aire fresco del atardecer que entraba por la ventana, Tim se dijo a sí mismo: «Si nos muriéramos ahora,



podrían llevarnos al infierno tal como estamos, empaquetados y preparados. Ay, cómo me gustaría que nos muriéramos ahora».

—¿En qué piensas, Ojitos Azules?

—En la muerte y en el infierno.

—Desde luego eres un tío alegre.

—¿Te acuerdas de Papagena y Papageno?

—Sí.

—Creo que acabamos de pasar la ordalía.

—Lo que tú digas. Te volverás a largar detrás de la primera que se te ponga a tiro. Gertie no ha hecho más que ponerte en marcha.

—Has sido muy cariñosa conmigo, muy dulce.

—Ja, ja, ja. Estoy tan harta de los hombres que ya me trae sin cuidado.

—Tengo hambre.

—Yo también.

—Vamos al Prince of Denmark.

—Sí, vamos. En tardes de verano como esta se está de maravilla en nuestro querido Prince.

---

[32]. Año de la batalla de Legnica (Polonia). En ella, el ejército polaco, a pesar de su derrota, logró detener el avance de las hordas mongolas.

[33]. Es una de las citas más famosas de la literatura teológica católica. Pertenece a *Las dieciséis revelaciones del amor divino* de Juliana de Norwich, una de las místicas cristianas más importantes de Inglaterra: «El pecado es ventajoso, pero todo estará bien, y todo irá bien, y todas las cosas, sean del tipo que sean, irán bien».

[34]. Entre 1941 y 1944, en la ciudad lituana de Vilna y en sus alrededores fueron asesinados decenas de miles de judíos a instancias de la autoridad de la Alemania nazi.

[35]. Alude al supuesto suicidio colectivo que llevaron a cabo los judíos en Masada, tras el asedio del ejército romano a finales de la primera guerra judeo-romana en el año 73 d. C.

[36]. Libro de Job 5, 17.

[37]. Ideal nazi: «Limpio de judíos».

## V

Ya estaba hecho. Gertrude McCluskie, que después se había convertido en Gertrude Openshaw, era ahora Gertrude Reede. Tim y su esposa se quedaron mirándose asombrados, acobardados, alegres, avergonzados, aterrados. La boda se celebró en una oficina del Registro Civil. Los testigos fueron Anne, Gerald, el Conde, la señora Mount, Janet y Stanley y Moses Greenberg. También se lo dijeron a Manfred, pero ese día tenía que estar en Bruselas por asuntos de negocios.

La boda fue en julio. Ya estaban a principios de agosto. La decisión que Tim y Gertrude habían tomado de acabar con su romance había resultado ser más bien débil. Como posteriormente repetirían cientos de veces, volvieron a estar juntos porque no podían mantenerse alejados el uno del otro, porque no podían pasar el uno sin el otro. La enfermedad era demasiado grave, la afinidad demasiado profunda, la necesidad demasiado imperiosa, el destino demasiado implacable. Empleaban muchas palabras de ese tipo mientras se sonreían el uno al otro y se tomaban de las manos. Si aquella noche Tim había logrado alejarse y Gertrude había logrado resistir, sobrevivir a su partida, se debía únicamente a que una voz secreta dentro de cada uno les decía: «Esto no es el final». La separación era un drama que tenían que representar. Se trataba de una estrategia necesaria del Eros que los mantenía unidos, y al que sabían, incluso aunque fuera un secreto para ellos mismos, que debían ser leales: tenían que *poner a prueba* cómo de esenciales eran el uno para el otro, tenían que intentar pasar el uno sin el otro y descubrir que les resultaba imposible. Era una ordalía, decían, que habían superado bastante airoosamente y, a ese respecto, la imagen de unos estandartes alzados les resultaba a ambos muy sugerente. Tim dibujó para Gertrude muchas imágenes de ellos dos enfrentándose con banderas como en un campo de batalla, o bailando juntos entre las flores azules.

Aquella operación, por supuesto, les había llevado cierto tiempo. Ninguno de los dos pudo evitar comportarse como un enamorado no correspondido. Tim recorría Ebury Street por las noches y se quedaba observando las ventanas iluminadas. No hacía el intento de llamar, ni siquiera trataba de encontrarse con Gertrude por casualidad. Le bastaba con atormentar así su dolorido corazón. Había afirmado heroicamente que «lo haría», que se marcharía para evitarle a Gertrude esa carga moral. Terminó arrepintiéndose muchísimo, y su temeraria acción le pareció una especie de iniciativa inexplicable y presuntuosa. Si tan solo hubiera esperado, al día siguiente todo habría sido muy distinto. Gertrude lo estaba poniendo a prueba, simplemente, empujándolo a que le dijera con contundencia que todo iba a la perfección. Debería haberse puesto al frente de la fe y de la esperanza

de Gertrude. Ella, por su parte, también pensaba: «¿Por qué diría todas aquellas cosas? Ni siquiera las pensaba. Fue como si estuviera soltando mecánicamente un sermón aprendido. Primero lo he ahuyentado y ahora lo he perdido; y, con él, la luz y la alegría de la vida, esa felicidad tan inocente y buena que podríamos haber alcanzado, se han esfumado para siempre». Y en su corazón le habló a Guy: «Me dijiste que fuera feliz, pero ya ves que no soy capaz». Y ese pensamiento, a veces, le servía de consuelo.

Anne no volvió al piso, aunque se citaron allí y Gertrude le dijo que Tim se había marchado y que todo había terminado. No hablaron mucho más sobre el asunto. Aunque Gertrude le pidió que regresara, Anne decidió quedarse en el hotel. Andaba haciendo gestiones para alquilar un apartamentito de dos habitaciones en St. John's Wood. Fue Moses Greenberg quien le formalizó el contrato. Gertrude se acercó a ver el piso. Veía a Anne a diario. Hablaban de los muebles, de las cortinas. Su amistad estaba atravesando una especie de «bache», pero ambas sabían que aquello se pasaría pronto. El Conde, en cambio, era harina de otro costal: Gertrude, tal y como se había propuesto, lo había visto al día siguiente de la huida de Tim. Lo había llamado a la oficina y habían almorzado juntos. El Conde adivinó, por el tono de su voz, lo que había sucedido. Y, cuando se encontraron el uno frente al otro, a Gertrude le resultó evidente que el Conde llevaba tiempo al corriente de lo de Tim; y el Conde supo que ella sabía que él lo sabía. Ninguno de los dos, por supuesto, sacó el nombre de Tim a relucir, y la única sombra que nubló los sonrientes ojos del Conde se debió (supuso Gertrude) a que se sentía culpable por no haber aceptado su preciada invitación. Se achacaba el no haber actuado de forma impecable, el no haber hecho lo que un caballero polaco debería haber hecho desde el primer momento: obedecer al requerimiento de su dama, aunque eso supusiera tener que vérselas con su rival. Resultó que, al final, al Conde se le presentaron sobradas oportunidades de mostrar sus cualidades de caballero polaco, pero por entonces ni él ni Gertrude sabían el cambio de rumbo que les deparaba el futuro. Gertrude se alegraba en cierto modo de que le resultara tan fácil ponerlo contento. Fueron a un pequeño restaurante italiano de Wardour Street; bebieron bastante (ninguno de los dos pudo comer mucho) y hablaron de política, de Polonia, de Londres, de la niñez de cada uno, del trabajo del Conde, de las teorías de Gerald, del piso de Anne. El Conde le contó a Gertrude la historia de la muerte de su hermano en la guerra. Nunca se lo había contado como si se tratase de un relato. Salvo por algún otro momento, aquella era la primera vez que se encontraba a solas con Gertrude desde la muerte de Guy. De hecho, era la primera vez que hablaban a solas durante tanto tiempo, de una manera tan cómoda y abierta y mostrando un cariño tan sincero. Aquella tarde el Conde volvió con retraso, pero loco de alegría, a la oficina.

Pese a que Gertrude deseaba volver al entorno que consideraba propio, el de sus queridos amigos, el sentimiento no le duró demasiado. Tim había sembrado en su interior cierta rara semilla de descontento. No podía seguir siendo como era antes. Tim le había mostrado una forma distinta de placer, un horizonte de *juventud* que le resultaba totalmente novedoso. Había sido un *extranjero* maravilloso en su vida. Y la pasión la atormentaba: jamás se había esperado, ni siquiera había podido

imaginarse, que la pasión física renaciese de un modo tan violento. Hizo todas las cosas sensatas que había planeado y volvió a acomodar su existencia a los patrones racionales que había seguido toda su vida. Empezó a invitar de nuevo a casa a *les cousins et les tantes*. Nada había cambiado: seguían teniéndola en un pedestal, se mostraban cariñosos y alegres, en absoluto sorprendidos de volver a verla y tan benditamente familiares como siempre. Sin embargo, ya no le bastaban, y enseguida le parecieron triviales, todas aquellas cosas que había creído que necesitaba. Se había sentido incapaz de seguir adelante sin la aprobación del Conde y de Anne. Pero, ahora que volvía a gozar del beneplácito del Conde, aquello ya no le parecía tan absolutamente esencial. Y, respecto a Anne, contaba con una perspectiva más amplia, sobre todo después de que su amiga hubiera negado a volver al piso: Anne y ella siempre compartirían las riendas de aquel carro indestructible; pero, como era tan indestructible, quizá no hiciera falta dejar que pasara por encima de sus sueños. Lo cierto era que aún necesitaba, y seguiría necesitando, a aquel joven de ojos azules, delgado y pelirrojo; y ninguna otra cosa en el mundo la satisfaría lo suficiente.

El patrón de las aventuras de Tim fue parecido pero diferente. Se quedó dos días con Daisy, y, durante todo ese tiempo, estuvieron permanentemente borrachos. Luego empezaron a pelearse como de costumbre. A Tim la habitación de Daisy le resultaba insoportable: como seguía haciendo mucho calor, era un lugar desesperadamente sofocante y agobiante, que apestaba a ropa sucia y a vino barato. Tim no se atrevía ni a limpiarla ni a poner orden. Terminó marchándose diciendo que se volvía a su estudio (que, después de todo, no estaba obligado a dejar) y que vería a Daisy en el Prince of Denmark. Pero no volvió al estudio. Fue a hospedarse en un hotel barato de Praed Street (no muy lejos, de hecho, de donde Anne estaba alojada, aunque no llegaron a encontrarse). Hospedarse en el hotel (por una vez tenía dinero) le generó una loca sensación de desapego y anonimato que al principio pareció aliviarle la pena. Pero pronto la inactividad y la falta de un hogar le provocaron un oscuro abatimiento; y notó que empezaba a enloquecer. Se dedicó durante días a deambular por Londres y a beber en los pubs. Por las tardes, iba al Prince of Denmark, se sentaba con Daisy y se emborrachaban juntos. Daisy hacía bromas y maldecía al mundo. Parecía estar charlando consigo misma, sin darle ninguna importancia a si Tim estaba allí o no. Jimmy Roland se unió a ellos dos tardes. La segunda tarde, el antiguo amor de Tim, Nancy, la hermana de Jimmy, apareció por allí y recibió los insultos de Daisy. Luego Jimmy se marchó a París por unos negocios del mundo del arte y se llevó consigo a Nancy y a Piglet.

Ahora, tanto Tim como Gertrude se andaban buscando el uno al otro, pero ninguno de los dos reconocía del todo que eso era lo que estaba pasando. Gertrude estaba a punto de decirse: «He puesto a prueba el deseo y ha resistido; así que ¿por qué no tener lo que quiero?». Como los dos seguían volviendo de manera compulsiva a los sitios donde habían estado juntos, era probable que se encontraran. Una vez, fueron al mismo pub de Chiswick el mismo día, pero a horas diferentes. El azar, sin embargo, bien les podría haber tenido reservada una larga separación. Debatieron, más adelante, sobre qué habrían hecho en tal caso; y siempre llegaban a la conclusión de que no habrían tardado en venirse abajo y se habrían puesto en contacto por carta o por teléfono o llamando

humildemente a la puerta del otro, tal y como estaban siempre ensayando en sus mentes. Pero lo cierto es que su búsqueda no resultó indefinidamente larga: al final, se encontraron en el Museo Británico, donde una mañana Tim descubrió a Gertrude sentada en un banco junto a la piedra de Rosetta.

La alegría del encuentro supuso para ambos la prueba definitiva de su amor. En un solo segundo, todo el negro abatimiento, la ansiedad y el miedo se desvanecieron ante la llamada de aquella trompeta celestial. El pesaroso mundo de antes quedó plegado sobre sí mismo, y se abrió un cielo áureo plagado de soles y estrellas. No hicieron falta las palabras. Se tomaron de las manos sin prestar atención a la gente que pasaba y, de hecho, quizá se hubieran vuelto invisibles en la curiosa y majestuosa oscuridad que reinaba en esa parte del museo y que acaso emanaba de las antigüedades egipcias. Se acariciaron las manos y las muñecas y se miraron a los ojos.

El último obstáculo de Gertrude, según se dijo a sí misma, no tenía ya nada que ver con Anne o con el Conde o con lo que pudieran pensar *les cousins et les tantes*: tenía que ver con Guy. Descubrió que su relación con él, lejos de haber desaparecido o de haberse congelado o de haber quedado relegada al recuerdo, estaba viva y seguía cambiando. Sus sentimientos actuales sobre el trío que conformaban Tim, Guy y ella eran completamente diferentes de lo que habían sido en Francia, diferentes de lo que habían sido a su regreso a Ebury Street y diferentes a su vez de lo que habían sido cuando le dijo a Tim que lo suyo era «imposible». La última vez se había sentido, sin duda alguna, acusada por la amarga sombra de Guy. El propio Guy le había dicho, aunque lo hubiese hecho para consolarla, que «lo que él deseaba que ella hiciera» seguiría teniendo sentido incluso después de que él hubiera muerto. Le había dicho que quería que fuera feliz y le había hablado de matrimonio y del Conde. Dejando a un lado las consideraciones sobre si Guy le había recomendado al Conde para mantenerla alejada de Manfred o no y sobre si de verdad quería que se casara con el Conde o si prefería que no se casara con nadie, Gertrude llegó a una conclusión: lo que sin duda Guy «no habría deseado» era ¡que se acabara casando con Tim! Pero ese pensamiento no era el motivo principal de que rechazase a Tim. Parecía, más bien, una repentina y poderosa excusa, surgida de la nada en aquel estado mental, que relegaba a Tim al ámbito de lo «imposible», y que formaba parte de su sensación de que se estaba volviendo a enamorar de Guy.

Ahora, tras haber perdido y reencontrado a Tim, Gertrude había vuelto a cambiar. Notaba que había alcanzado una posición desde la que podía juzgar los cambios anteriores y entenderlos. El extraño amor que le profesaba al ausente Guy no había disminuido, incluso había aumentado, pero se había liberado de buena parte de la dolorosa ansiedad y de la amarga especulación que antes casi lo habían convertido en un amor hostil y calculador, una relación amorosa en la que él estaba enfadado y ella resentida por su sumisión. Sentía que aquella relación había estado gobernada por la locura. Casi parecía una persecución. Ahora se sentía separada de Guy de un modo más gradual y natural, y se veía más capaz de dirigir la mirada hacia él con calma y ternura; y le aliviaba tener la certeza de que su conexión con él permanecería viva y sufriría cambios, igual que todas las cosas vivas, mientras ella misma existiese. No sentía que ahora llevara a Guy en ella o con ella o que «lo viviera» en sus

propias carnes, no: estaban separados, pero era como si ella, desde la distancia, le dijera: «Te quiero. Sopórtame. Soy yo, simplemente yo. Tengo que seguir viviendo y tomando decisiones sin ti; y supongo que haré toda clase de cosas que tú tacharás de estupideces, pero eso es lo que hay». Y ahora Gertrude experimentaba el dolor de su pérdida como un dolor más puro y más limpio, como una herida que ya le hubieran limpiado y desinfectado.

Después de un tiempo, fue incluso capaz de hablarle a Tim de algunas de esas cosas y de cómo su duelo tenía que continuar dentro del matrimonio. Ya no estaba preocupada por el «esquema temporal», ni por lo que «los demás» pudiesen pensar: Guy había muerto en diciembre, Gertrude iba a casarse en julio «con júbilo en el funeral y cantos fúnebres en el matrimonio».[38] «Bien, que así sea.» Guy le había dicho muchas veces que el tiempo era irreal. La cuestión del lapso temporal ahora le parecía superficial y mecánica, algo que solo estaba sujeto a su propio juicio sobre su propia historia, a su propio sentir de lo que era apropiado y de lo que era real. Ya no contaba ansiosamente las semanas y los meses de su viudez. Decidiría qué hacer con Tim a la luz de su relación con Guy, y qué hacer con Guy a la luz de su relación con Tim. El amor mismo alumbraría su camino. Esos reconfortantes pensamientos ayudaban a Gertrude a no preocuparse ni obsesionarse demasiado (aunque, en el fondo, sí se preocupaba) por lo que pensara de ella la familia de Guy o por lo mucho que estuvieran criticándola. Por supuesto, con ella, se mostraban infinitamente educados, considerados, racionales y afables. Sabía que entre ellos no hablarían de otra cosa, e imaginaba vagamente, no al detalle, el grado de conmoción, asombro, malicia y desaprobación moral que sazonaría esas conversaciones de las que todos disfrutarían tanto. Había recibido un gran apoyo por parte de Gerald (que parecía tenerle un verdadero afecto a Tim), de Moses Greenberg (que adoptó un papel paternal) y, bastante sorprendentemente, de la señora Mount, que hizo todo lo posible por mostrarse agradable. Manfred, por supuesto, se comportó de forma impecable, pero Gertrude, como de costumbre, no tenía mucha idea de qué le rondaba por la cabeza. (Su ausencia el día de la boda pareció ser inevitable: habían avisado de la celebración del evento con bastante poca antelación.) En cualquier caso, Gertrude por el momento no estaba demasiado preocupada por ellos. Quizá su conducta hubiera sido motivo de escándalo; pero, en esa fase, su sentido del deber ni la atormentaba ni la confundía.

Sin embargo, Anne y el Conde, aquellas dos «nobles almas» (eso pensaba Gertrude de ellos), eran otra cuestión. Tim y Gertrude se «habían mantenido aislados» durante el intervalo, verdaderamente corto, que había transcurrido entre su reencuentro y aquel sorprendente anuncio. Vivían en Ebury Street, pero sin la obsesión previa por mantener su relación en secreto. No dijeron nada a nadie, pese a que cualquiera podría haberlos visto juntos. Una vez más, Gertrude dio a entender que «probablemente» estaría fuera, al menos eso les dijo al Conde y a Anne (los demás no le importaban), sin saber si la creerían y confiando en cierto modo en que no sería así: quizá fuera preferible que, en esta ocasión, lo dedujeran por sí mismos. Justo antes de contárselo a toda «la familia», Gertrude les escribió a ellos dos un par de cartas breves y cariñosas comunicándoles su intención de casarse. Por supuesto, la felicitaron y el Conde hasta le mandó una afectuosa carta a

Tim. Gertrude los invitó a tomar una copa junto con Moses, Manfred, Gerald, Victor y la señora Mount, y ambos asistieron. Y la fiestecita llegó incluso a parecer un evento alegre. Tim parecía feliz después de la fiesta. Dijo:

—Nos han aceptado.

Pero Gertrude no estaba tan segura. Habló un poco con Tim sobre el Conde. Tim siempre había tenido la vaga impresión de que el Conde sentía cierta atracción por Gertrude, aunque nunca había sabido cuánta, y Gertrude tampoco se lo hizo saber en aquella ocasión. El comportamiento de Anne fue admirable: en cuanto Gertrude le dijo que finalmente iba a casarse con Tim, no volvió a expresar oposición alguna y se empeñó de todo corazón en alegrarse por el acontecimiento. El Conde, en cambio, era incapaz de estar contento. No podía siquiera intentarlo. Procedía con corrección, pero, aunque en general se mostraba muy cordial (aceptar sus invitaciones era en ese momento una cuestión de honor), se mantenía un poco apartado y distante. Gertrude calibraba minuciosamente esos movimientos de separación y retirada. Ahora que estaba decidida a casarse con Tim, no sentía exactamente la misma angustia por perder la buena opinión del Conde que había experimentado anteriormente, cuando su relación le parecía, incluso a ella misma, una turbia «aventura» a la deriva. Pero intuía cuánto estaba sufriendo el Conde. Había ciertos momentos excepcionales en que sus ojos no podían evitar mostrar dolor. Y Gertrude se decía a sí misma, con mucha tristeza: «Bueno, he perdido al Conde, supongo. Poco a poco se retirará y desaparecerá. No le queda otra alternativa. Tampoco puedo esperar tenerlo todo, ¿verdad?».

Durante ese periodo, Tim se entregó a una especie de orgía de placer. Entró en una época festiva de la que había que desterrar la angustia; y lo hizo a conciencia, pues pensaba que su entusiasmo debía tirar de Gertrude, que bastante carga tenía ya con su propia tristeza. No es que esta vez dudase de que Gertrude aceptara de corazón el amor que había entre ellos; pero estaba al tanto (porque ella se lo había dicho) de sus pensamientos respecto a Guy y (porque él mismo lo percibía) de su preocupación por Anne y por el Conde. Como parte de las celebraciones, durante ese tiempo, Tim trató de cambiar su imagen, de parecer diferente, más joven, más pintoresco. Se hizo un corte de pelo muy elegante y empezó a lavárselo más a menudo. Se afeitó aquella barba suya de cebadal hasta reducirla a una serie de puntitos invisibles, pero se dejó bigote, un bigote curvado por los extremos. Todavía le quedaba por gastar parte de su «salario de guardés» (él y Gertrude se reían mucho con aquello). Se vestía como un artista de ópera, con camisas sueltas de colores y pañuelos que contrastaban sutilmente con ellas. Hizo todo lo posible por agradar a los amigos de Gertrude. En honor a ellos, representaba efusivamente el papel de pintor y esperaba que, tras el impacto inicial, encontraran su actuación inteligible y tranquilizadora.

Por supuesto, Tim no lograba quitarse la preocupación de encima, no del todo. Pensaba en Daisy, aunque no de manera obsesiva. Pensaba en ella cada cierto tiempo, y después dejaba de pensar. Resolvió ciertos asuntos que había que resolver y que efectivamente terminó resolviendo, y luego dejó aparcadas las demás preocupaciones para más adelante. Sentía una profunda y triste ternura hacia Daisy, pero no albergaba ningún deseo de verla. Notaba cómo ella se iba desvaneciendo en su

mente. En cierto sentido, y de eso estaba seguro, se alegraba de haberse alejado de ella. Era algo que, de alguna manera, llevaba mucho tiempo queriendo hacer, pero que le habría resultado imposible sin la ayuda de Gertrude. Le agradaba pensarlo y procuraba no olvidarlo. Se hizo una serie de buenos propósitos, uno de los cuales consistía en contarle a Gertrude todo el asunto de Daisy, aunque no por el momento. Dudaba acerca de si no debería contárselo de inmediato, pero, tras pensarlo bien, decidió que no: aquella revelación le haría daño, y ya estaba pasándolo bastante mal en ese momento por su culpa. Además, no le resultaría nada fácil explicar lo de Daisy: Gertrude podría malinterpretarlo, eso desde luego. ¿Y si ahora, por un estúpido arrebato de sinceridad, la perdía después de haberla vuelto a encontrar tan milagrosamente? Arriesgarse a eso supondría una crasa ingratitud hacia los dioses que habían propiciado su amor. Tim no se lo decía a sí mismo exactamente en esos términos, pero la verdad era que necesitaba tiempo para repensar su relación con Daisy y relegarla, en su autobiografía, a una posición de relativa insignificancia. Si simplemente no hubiera vuelto corriendo a Daisy después del «rechazo» de Gertrude, si tan solo hubiera tenido más fe en el amor que se profesaban, ahora le resultaría bastante más fácil reescribir su historia y él estaría mucho más cerca de hallarse «fuera de peligro». Así pues, tenía que esperar. Más adelante, una vez adentrados en un amor matrimonial fortalecido y perfeccionado, podría contarle esa historia con menos dolor y más seguridad. Y, para entonces, ya sería algo perteneciente a un pasado lejano.

Con esa determinación en mente, Tim planificó una serie de pasos tristes pero necesarios para llevar a cabo la ruptura. Por supuesto, había dejado de aparecer por el Prince of Denmark. Le envió a Daisy una breve carta, informándola de que volvía a estar con Gertrude y de que iba a casarse con ella. Había elaborado una carta más larga llena de párrafos penitenciales, pero terminó rompiéndola. Las burlas de Daisy se le venían a las mientes mezcladas con sus propios pensamientos. No tenía sentido «pedir perdón». Los hechos hablaban por sí solos. Sería un insulto a Daisy rodearlos de los escombros emocionales de su mente, con los que tan vagamente buscaba justificarse. Porque, así era, su mente estaba llena de escombros. Llevaba mucho tiempo acostumbrado a su relación con Daisy; y, entre todos aquellos cambiantes restos mentales, tomaba cuerpo una idea extraña: ¿y si le hablara a Gertrude de Daisy y le dijera que no podía renunciar del todo a ella, sino que necesitaba seguir viéndola como a una amiga cercana? ¿Y si se mostrara confiado y diera por supuesto que Gertrude lo iba a entender? Abrigaba esa idea como una tranquilizadora solución de compromiso, pero, desde luego, reconocía que se trataba de un disparate: sería un duro golpe para Gertrude, y Daisy rechazaría radicalmente semejante ocurrencia. En medio de aquella felicidad (tan compleja y versátil es la mente humana), había ratos en los que se sentía completamente abatido al pensar en Daisy. No esperaba que respondiera a su carta y no lo hizo. ¿Estaría aguardando a que se acabara lo de Gertrude y a que él volviera con ella? ¿O había mandado definitivamente a Tim a la mierda? ¿Debería escribirle de nuevo y explicarle con más detalle lo ocurrido? Cada carta constituía un nuevo vínculo. Sin embargo, necesitaba recibir, pensaba él, alguna respuesta de despedida de Daisy, alguna indicación de que lo sabía, de que estaba al tanto de todo. No podía soportar la idea de que no lo supiera. ¿Y si la primera carta se había extraviado? En la casa de Daisy había inquilinos chiflados que



bien podían dedicarse a robar la correspondencia. Verdaderamente necesitaba, para la tranquilidad de su espíritu, que ella lo perdonara, pero eso no era algo que se pudiera pedir de manera formal. En todo caso, el perdón de Daisy se expresaría de una forma muy característica. Finalmente, y después de haberse casado, Tim le envió una carta que contenía un sobre franqueado con la dirección del estudio y una tarjeta en blanco en su interior. Su carta decía: «Querida mía, ya me he casado. Perdóname y despídete de mí». El sobre volvió. En la tarjeta, Daisy había escrito: «¡Que te den!». Ese era su perdón y Tim le estaba profundamente agradecido por ello. Recordó que Daisy solía decir que, si él se fuera de su vida, ella podría recomponerse sin problema, e incluso llegar a hacer algo, algo importante. Tim esperaba que eso fuera cierto, aunque solo se lo creía a medias, y poco a poco su preocupación por ella se fue diluyendo.

\* \* \*

—Cuando dejes el estudio, ¿dónde guardarás los cuadros? Podríamos tenerlos aquí...

—No hace falta. Puedo dejarlos donde Jimmy Roland.

—¿No es ese el compañero con el que compartías el estudio?

—Sí, pero tiene otra casa.

Ahora Tim pintaba en Ebury Street. El estudio seguía siendo «peligroso»: Daisy podría presentarse malhumorada por allí cualquier día, aunque fuese bastante improbable. Tim se imaginaba a Daisy forzando la entrada y rajando sus lienzos. Le parecía una escena inquietante, aunque impropia del personaje. La verdad era que no quería desprenderse del estudio por el momento. Trasladar todas las cosas resultaría muy trabajoso, y la mentira sobre Jimmy Roland había sido una reacción instintiva. De modo que decidió dejar el asunto como estaba por un tiempo.

Tim y Gertrude llevaban ya un rato sentados en el comedor de Ebury Street, almorzando. Guy había sido un comensal rápido; Tim era un comensal lento. Aunque los dos habían empezado ya a trabajar, la atmósfera festiva perduraba todavía. Algunas mañanas, Gertrude les daba clases de inglés a sus alumnas asiáticas. Apenas acababa de empezar con esas clases cuando Guy cayó enfermo, así que aún se sentía como una principiante. Sus alumnas, a menudo de una inteligencia evidente, pues procedían de una raza con recursos y agudeza, eran, en cambio, retraídas y tímidas: de ninguna manera irían (ni con sus maridos ni sin ellos) al piso, y todavía no habían invitado a Gertrude a sus casas. Las clases tenían lugar en el centro cívico, en una atmósfera escolar. La barrera del idioma resultaba paralizante. Un poco de urdu o hindi le habría sido de gran ayuda, pero Gertrude no se manejaba bien con los idiomas. Les daba clase a sus alumnas de una en una, y, frente a aquellas mujeres de piel oscura, tan guapas, pensativas e inquietas, vestidas con la ropa más hermosa del mundo, a veces sentía que era a ella a la que estaban trasladando a un país lejano. En ocasiones, incapaz de hablar, alargaba el brazo hasta el otro extremo de la mesa buscando una mano frágil y morena, y alumna y profesora entraban en contacto de una forma totalmente nueva, comunicándose casi entre extrañas lágrimas de amistad o bien entre risas de impotencia. Trataba de

describirle todo aquello a Tim, pero, sin conocer a aquellas mujeres, él no podía entenderlo.

Tim, por su parte, dedicaba las mañanas a pintar. Le gustaba estar solo en esos momentos, teniendo presente la seguridad que le transmitía Gertrude, pero solo a fin de cuentas. Lo necesitaba. Había escogido el cuarto de Anne como estudio: tenía buena luz y había trasladado allí, en taxi, los instrumentos más grandes y más pintorescos de su oficio, junto con algunos de sus cuadros más presentables. También se había llevado consigo, tras haberla recogido del vertedero, una buena provisión de madera sobre la que pintar, aunque casi no le hacía falta, pues Gertrude le había comprado muchos lienzos, lienzos buenos, nuevos y caros; y algunos se los había comprado él con el dinero de Gertrude, o, mejor dicho, con su propio dinero, ya que ahora compartían todo. Le llevaría un tiempo acostumbrarse a la nueva situación; así que mantenía sus hábitos ahorrativos. Todavía no había tocado ninguno de aquellos hermosos rectángulos blancos ni siquiera con el pensamiento. Había jugueteado con algunos de los bocetos que hizo en Francia (no con los dibujos de la Gran Cara: esos los dejó aparte). Pintó un par de acuarelas fallidas de flores a petición de Gertrude; y algunos días, cuando ella se marchaba a dar sus clases, salía al parque a dibujar árboles. Hacían juntos parte del trayecto en el metro. Eso les gustaba. Pero Tim tenía que reconocer que todavía no se sentía capaz de volver a la normalidad en su trabajo.

Las tardes eran variadas. A veces, Gertrude volvía a su centro cívico a resolver algún asunto o a asistir a alguna reunión, y Tim regresaba a su nuevo estudio. También le gustaba limpiar, ordenar y arreglar cosas. La señora Parfitt, que era una asistente excelente, seguía yendo dos veces por semana, pero aun así Tim encontraba muchas tareas de las que ocuparse. En ocasiones, después de almorzar, él y Gertrude salían juntos a comprar comida y artículos para el hogar. Igual que una pareja joven, disfrutaban comprando fregonas, cepillos, latas de dulces, paños de cocina y otros artículos que normalmente no les hacían falta, ya que el piso tenía de todo. Se animaban el uno al otro a comprarse ropa, pero sus gastos eran tácitamente modestos. De vez en cuando, invitaban a los amigos a tomar una copa por la tarde. Pero, aún más a menudo, salían a dar paseos por Londres, para luego terminar en algún pub. Iban mucho al Ebury Arms. Todavía no habían invitado a nadie a cenar: apreciaban enormemente pasar sus veladas solos.

Gertrude y Tim no paraban de comentar entre sí lo sorprendentemente bien que se llevaban. Los dos se habían esperado, aunque sin llegar a imaginárselo con mucho detalle, que se producirían desacuerdos, bloqueos, que pasarían rachas de incomunicación. Pero tales choques nunca llegaban a producirse. Es cierto que se veían obligados a hacerse todo tipo de pequeñas concesiones imprevistas, pero el amor y la sensatez los llevaban a cumplirlas de inmediato. Evidentemente, contaban con un amplio protocolo de ligeros y rápidos ajustes que se iban llevando a cabo a cada momento. Se miraban entre sí con una especie de cándida y benevolente generosidad, y cada uno encajaba las faltas más profundas del otro con un rápido «¡Ah!» seguido de las ingeniosas conciliaciones propias del amor conyugal. Gertrude se daba cuenta ahora de hasta qué punto había dependido su vida de la absoluta eficacia de Guy, de su fiabilidad, de su meticulosa omnisciencia, de su comprensión racional del mundo, de su autoridad natural sobre albañiles, fontaneros, camareros, taxistas, transportistas,

telefonistas, oficinistas o tenderos. Cuando le comentó a Tim sus problemas con el impuesto sobre la renta, él le confesó sonriendo que no sabía nada de impuestos, que nunca había tenido que pagarlos. Tim era meticulosamente ordenado y sabía limpiar, cocinar y lavar la ropa, pero no tenía ni idea de cómo se pagaba una factura, ni siquiera sabía que hubiese que conservarlas. Era incapaz de escribir una carta de negocios y de mantener una conversación telefónica impersonal. Gertrude también se quedó estupefacta al comprobar que, aparentemente, Tim podía vivir sin leer.

Él, por su parte, se sorprendía de lo poco que Gertrude sabía de pintura y del poco sentido visual que tenía. No parecía saber mucho de ninguna disciplina artística, excepto de literatura. Decía que le encantaba la música, pero (hasta cierto punto, para alivio de Tim) nunca le proponía que fueran a un concierto. De ese modo, cada uno se sentía de alguna manera un poco superior al otro, aunque transformaban rápidamente esa superioridad en una especie de ternura protectora. Gertrude veía con claridad que Tim era ineficiente, impreciso, incluso perezoso. Tim se daba cuenta de que Gertrude (a diferencia de Guy) no era una erudita y de que, a pesar de haberse bañado en la poza de cristal, tampoco era una diosa. Pero cada uno seguía encontrando al otro completamente encantador y lo suficientemente listo. Tim hallaba en su esposa la seguridad absoluta que siempre había anhelado. Percibía su virtud y se apoyaba en ella. Lo había salvado de sus demonios y había renovado su inocencia.

En ocasiones, Gertrude se llegaba a decirse por lo bajo que, igual que antes había amado a Guy de un modo pleno, ahora también amaba de un modo pleno a Tim, a pesar de que ambos fueran tan absolutamente diferentes. A veces pensaba: «¿Cómo puedo ser feliz con alguien tan distinto a Guy?». Sufría en sagrado secreto los dolores y las conmociones de su luto, que continuaban su debido ritual al margen de Tim. Había alterado el piso todo lo posible, pero no podía evitar ver las cosas de afeitarse de Tim en el baño, justo donde habían estado los de Guy; y había muchísimas escenas de su vida en las que instintivamente esperaba encontrarse a Guy y en las que, sin embargo, hallaba a Tim. Derramaba lágrimas extrañas en secreto. Podía llegar a albergar, en lo más hondo de su corazón, la idea de que Tim era moralmente inferior a Guy; pero el amor alegre y versátil que sentía administraba aquella nueva economía emocional con una prudencia autoprotectora; así que Tim no solo le parecía adorable, sino también muy divertido. Se quedaba muchas veces mirándolo cuando él estaba absorto haciendo algo (dibujando, afeitándose, mirando por la ventana) y pensaba para sus adentros: «¡Esta criatura tan absurda, graciosa, singular y encantadora es *mi* criatura!». Gertrude era consciente de que él era más joven y de que ella había emprendido un viaje para reunirse con él en la tierra de su juventud. Y también tenía claro que, a diferencia de Tim, ella sí sabía de la muerte.

—Cuando encontremos un piso nuevo, tendrás un estudio mejor. —Hablaban de buscarse otra casa, pero, aunque ambos lo deseaban, ninguno pensaba que se tratara de algo urgente. Era como si todavía no quisieran que ningún proyecto nuevo, ni siquiera ese, perturbase la mágica continuidad de sus días. La vida seguía siendo una luna de miel. No se habían ido de viaje después de la boda: sus vacaciones no consistían en otra cosa que estar juntos—. Dices que hay buena luz en la habitación de Anne. Pero no es lo suficientemente grande.

Tim preferiría que Gertrude dejara de llamarla «la habitación de Anne». Ahora era su estudio. A veces todavía se preguntaba hasta qué punto, en aquella amalgama, se había casado buscando seguridad, por su arte, para poder estropear lienzos caros con sus experimentos. ¿Había algo de eso en sus decisiones? En cualquier caso, se fiaba de su amor lo suficiente como para saber que aquellas dudas no importaban.

—La habitación está bien —dijo Tim.

—Anne quiere que vayamos a tomar una copa a su nuevo piso.

—Ah, claro, ya lo tiene. ¿Dónde está, que no me acuerdo?

—En Camden. Dice que es barato.

—¿Cuándo quiere que vayamos?

—Mañana a las seis.

—Recuerda que íbamos a hacer el camino desde Battersea hasta el Old Swan.

—Podemos dejarlo para pasado mañana: hay muchos días.

—¡Más vale que así sea! No dejo de pensar que cualquier día te mueres. O me muero yo...

—Procuraremos evitarlo. Verás, quería decirte algo... Siento que tengo que contártelo todo, como si te lo debiera.

—¿Qué? Nada terrible, ¿verdad?

—No, no, solo algo extraño. Mira, cuando acabábamos de volver de Francia y pasamos aquella fase tan rara...

—¡Fuiste tú la que la pasó!

—Bueno, pues alguien le envió una carta anónima al Conde, diciendo que nosotros dos estábamos teniendo una aventura.

—¡Oh, Dios! —dijo Tim. Se puso colorado—. ¿Quién?

—No tengo ni idea.

—¿Y qué dijo el Conde? ¿Qué pensó?

—No he hablado con él de esto —dijo Gertrude. También ella estaba sonrojada.

—Pero ¿cómo te enteraste?

—El Conde se lo contó a Anne y Anne me lo preguntó a mí.

—¿Te preguntó si estábamos teniendo una aventura?

—Sí.

—¿Y le dijiste que sí?

—Sí.

—¡Dios!

—Pero no me contó lo de la carta: simplemente fingió que lo había adivinado.

—¿Entonces te lo contó más tarde?

—Me lo dijo ayer, cuando estuve con ella. Pensaba decírtelo, pero es que se me olvidó... ¡Lo cual demuestra lo poco que me preocupó!

—Pues a mí sí que me preocupa —dijo Tim—. ¿Te enseñó la carta? ¿Estaba mecanografiada?

—No lo sé, no la vi.

—¿Le dijo al Conde que te lo iba a contar?

—No se lo pregunté. Ocurrió todo justo cuando me estaba yendo.

—Pero ¿quién podría haberle escrito una carta a él?

—La verdad es que no tengo ni idea. ¿Crees que es posible que Manfred se diera cuenta? No, seguro que no. Y, de todas formas, Manfred nunca habría escrito una carta anónima. Tú en ningún momento se lo contaste a nadie... Bueno, claro que no... Ni tampoco dijiste nada lo suficientemente revelador como para que alguien pudiera imaginárselo, ¿verdad?

—No.

«¿Podría Daisy escribir una carta anónima?», se preguntó Tim. De ser así, significaría que era capaz de vengarse a unos niveles que él nunca se habría imaginado. ¿Podría ella suponer una amenaza para su amor, para su felicidad?

Jesucristo se le presentó a Anne Cavidge en una visión. La aparición empezó en un sueño, pero después adquirió un grado de realidad muy poco propio del mundo onírico. Y, más adelante, Anne lo recordaría como se recuerdan los sucesos reales, no como se recuerdan los sueños.

La parte de la ensoñación comenzaba en un hermoso jardín, un jardín lleno de rosas en flor, con el sol brillando sobre él. No se trataba de un lugar que Anne conociera. El jardín estaba situado sobre una ligera pendiente y por encima de donde se encontraba Anne, en un nivel más elevado, había una balaustrada de piedra con un grabado en forma de rombos entrecruzados. Algo más allá se alzaba una gran casa del siglo xviii, construida en piedra. Anne empezaba a ascender, caminando lentamente por la pendiente, en dirección a la casa. Se sentía relajada y feliz. Subió unos pocos escalones de piedra hasta llegar al nivel de la balaustrada. Allí el suelo era llano, y una superficie de césped muy recortado se extendía hasta una terraza de grava que rodeaba la casa. A su derecha, una gran haya roja proyectaba su sombra sobre la hierba. No llegó a mirar a la izquierda, pero tenía la certeza de que allí había una pista de tenis vallada con alambres y, más allá, unos arbustos florecidos y una pared con una puerta que quizá cercara un jardín tapiado. Había dos estatuas de estilo dieciochesco situadas sobre pedestales, una a cada lado de la terraza.

Al cruzar el césped, Anne fue consciente de algo muy extraño: las dos estatuas, que representaban a un par de ángeles, parecían haber sido pintadas con colores muy llamativos. Entonces se dio cuenta de que aquellas estatuas estaban vivas: *eran* ángeles de verdad, ángeles muy altos con unas espléndidas y enormes alas de plumas doradas, vestidos con túnicas de seda recargadas y de colores brillantes. Anne empezó a tener miedo cuando vio a aquellos ángeles tan altos. Quería salir corriendo, pero sabía que debía seguir avanzando, así que continuó caminando por la hierba, aunque más despacio y con más cautela, como si estuviera al acecho de unas aves raras e interesantes; y es que los ángeles, de hecho, se comportaban como si fueran aves salvajes, pues, al percibir que Anne se acercaba, se bajaron silenciosamente de sus pedestales y empezaron a alejarse por la grava de la terraza, pasando por delante de las ventanas, en dirección a la esquina de la fachada. Cuando vio que se marchaban,

Anne sintió que la invadía una terrible angustia, como si le estuvieran arrebatando las cosas más maravillosas que jamás hubiera poseído. No llegó a correr, pero avanzó rápidamente hacia la terraza y subió el escalón que la separaba del césped. Para entonces, los ángeles, que caminaban con gran dignidad, ya habían alcanzado el extremo de la casa y estaban a punto de doblar la esquina. Anne les preguntó desde lejos: «Decidme: ¿hay Dios?». Uno de los ángeles se volvió hacia ella y le dijo con cierta indiferencia: «Sí». Luego las dos grandes figuras con apariencia de pájaro desaparecieron tras la esquina. Entonces Anne salió corriendo tras ellos por la terraza, y al llegar a la esquina vio otra terraza muy similar que se extendía por el lateral de la casa. La escena estaba vacía. Los dos ángeles habían desaparecido. Anne redujo la marcha, llena de una especie de exaltada tristeza. Cuando se hallaba más o menos en el centro de la terraza en la que habían desaparecido los ángeles, oyó un sonido tras de sí. Percibió nítidamente el crujir de unos pasos sobre la grava. Sabía que la persona que la seguía era Jesucristo. No se dio la vuelta, sino que perdió totalmente el conocimiento y entonces cayó de bruces al suelo.

Era en ese punto cuando el sueño se convertía en una visión totalmente verídica. Anne se incorporó un poco en la cama de su nuevo piso y recordó enseguida lo que había soñado. Se sentó rápidamente, invadida por la vívida sensación de la hermosura del sueño y de su significado. Y entonces, de nuevo, se dio cuenta... No, *sabía* que había alguien en la habitación de al lado, alguien que se encontraba de pie en la cocina, a la resplandeciente luz de la primera hora de aquella mañana de verano. Y sabía que esa persona era Jesús.

Anne se levantó de la cama y se puso la bata y las zapatillas. Estaba muy asustada. Luego abrió la puerta del dormitorio sin hacer ruido. La cocina estaba enfrente, tras pasar un distribuidor, y la puerta se hallaba entreabierta. Anne, de un empujón, la abrió del todo.

Jesús se encontraba al lado de la mesa, con una mano apoyada sobre ella. Incapaz todavía de atreverse a alzar la vista hacia su cara, Anne reparó en que tenía la mano firmemente apretada sobre aquella madera rugosa y desgastada. Era una mano blanca y huesuda, con la piel áspera como si estuviera agrietada. Entonces él pronunció su nombre, «Anne», y ella alzó la mirada al tiempo que caía de rodillas al suelo.

Jesús, apoyado con una mano en la mesa, bajó su mirada hacia ella. Tenía la cabeza sorprendentemente alargada y una palidez extraña, como algo que ha pasado mucho tiempo privado de luz, como una hoja a la sombra, un pez en las profundidades del mar, un gusano en el interior de una fruta. No tenía barba. Tenía el pelo rubio, escaso y no muy largo. Delgado y de estatura media, iba vestido con unos pantalones blancos amarillentos y holgados y una camisa de un color parecido, remangada y abierta por el cuello. Llevaba zapatillas deportivas y los pies sin calcetines. Aunque la forma de su cabeza resultaba casi grotesca, su rostro era muy hermoso. No se parecía a ninguna pintura que Anne hubiera visto nunca. Su boca, tierna, mostraba un gesto meditabundo, y sus ojos eran grandes y notablemente luminosos. Anne no se percató de todos esos detalles al momento, sino que los recordaría mejor más tarde, aunque no llegó a quedarse con el color de sus ojos. Se trataba de

un color oscuro y brillante, como una especie de azul negruzco o rojizo, o al menos así se inclinó a definirlo posteriormente.

Anne estaba muy asustada y, sin embargo, se sentía llena de una emocionante y apasionada alegría que la recorría como una corriente eléctrica (aunque la dejaba completamente en calma).

Él volvió a decir:

—Anne.

—Maestro.

Anne en su vida había empleado ese apelativo para dirigirse a él. «¿Por qué no lo llamo “Señor”?», se preguntó.

—¿Quién soy?

—Eres el Cristo —dijo ella—, el Hijo de Dios vivo.

Y él dijo:

—Levántate.

Anne se levantó y se inclinó ligeramente hacia delante, colocándose frente a él al otro lado de la mesa. Tan pronto como sus rodillas se despegaron del suelo, empezó a sentirse diferente, más vulnerable y aterrorizada. Estaba temblando. Lo miró a la cara. Si bien antes solo había reparado en sus ojos luminosos y en su tierna boca, ahora se fijó en su expresión, que era burlona, casi cómica.

—¿Cómo lo sabes?

Anne dijo:

—¿Quién, si no, podrías ser tú, Maestro? A menos que fueras el Otro.

Aquello podría parecer una tremenda grosería... Anne bajó los ojos, incapaz de sostenerle la mirada. Se fijó en la mano blanca que estaba apoyada en la mesa. No tenía cicatriz.

Y dijo:

—Tus heridas, Maestro...

—No tengo heridas. Mis heridas son imaginarias.

—Pero es que te hirieron, Maestro —dijo Anne levantando la mirada—. Te hirieron de verdad. Te perforaron las manos y los pies con clavos y el costado con una lanza. Te dispararon en las rótulas, te hincaron una aguja al rojo vivo en el hígado, te dejaron ciego con amoníaco y te dieron descargas eléctricas...

—Te estás haciendo un lío, Anne. Y no me perforaron las manos. Me metieron los clavos por las muñecas. La carne de las manos se habría desgarrado.

Anne le miró la muñeca. La muñeca tampoco tenía cicatrices.

—No hace falta que inspecciones mis heridas. Si hubo heridas, han sanado. Si hubo sufrimiento, ha desaparecido y nada queda de él.

—Pero tu dolor... ¿No es esa...?

—¿La cuestión? ¡No, aunque a todos vosotros os ha despertado mucho interés!

—Pero entonces..., ¿cuál...? —preguntó Anne. Se había quedado sin palabras ante la terrible avalancha de preguntas que la estaba ahogando. Pensó: «Tengo esta gran oportunidad para

preguntarle todo lo que se me ocurra y no logro encontrar las palabras adecuadas».

Él continuó:

—Desde luego, el camino a Jerusalén no supuso ningún progreso. Las únicas que no salieron corriendo fueron las mujeres: ellas me querían por mí mismo. El resto se avergonzaba de mí. Se sentían degradados, decepcionados. Sí, el dolor es un escándalo y una tarea, ¡pero también una sombra pasajera! La muerte es una enseñanza. De hecho, es uno de mis nombres.

—Pero hay dolor —dijo Anne—. Los animales sufren... —No estaba segura de por qué había dicho eso.

—Tuve una vida agradable hasta el final. El mar de Galilea es uno de los lugares más hermosos del mundo. ¿Has estado allí?

—Vos ya sabéis, Maestro —dijo Anne—, que nunca he visitado Israel.

Él se sonrió.

—No temas: sé quién eres. Conozco todo lo que concierne a tu salvación. —Levantó la mano de la mesa y se apartó unos mechones de su escaso y lacio cabello rubio. El pelo le llegaba justo al cuello de la camisa, que llevaba abierta. En ese momento se puso las manos a la espalda y miró a Anne con sus oscuros ojos brillantes y con una boca frívola, como si le estuviera tomando el pelo.

—Entonces hay salvación, ¿verdad? —inquirió Anne.

—¡Ah, sí, claro! —Pero lo dijo como si no le diera mucha importancia.

—¿Qué he de hacer para salvarme, Maestro? —Ahora Anne tenía las manos apoyadas sobre la mesa y se estaba inclinando hacia delante. Se había doblado los puños de su bata azul.

Él la miró un momento.

—Tienes que hacerlo todo por ti misma, ya lo sabes.

—¿Qué *quieres decir*? —preguntó Anne. Lo dijo casi contrariada. Luego añadió—: No puedo. —Y después dijo—: ¡Oh, cielos! —Pensó: «Está aquí, él está aquí». Y de repente la sacudió una gran conmoción de amor, hasta el punto de que se echó a temblar y tuvo que agarrarse al borde de la mesa para evitar caerse. La había invadido un deseo apremiante, casi como si fuera a intentar seducirlo. Quería tocarlo. Dijo—: No te alejes de mí, ¿cómo voy a vivir sin ti, ahora que has venido? Si vas a dejarme, haz que muera ahora mismo.

—Ven, ven, Anne. Morirás más pronto que tarde. —Hablaba con energía—. Con respecto a la salvación, todo lo que puedas concebir sobre ella es tan imaginario como mis heridas. No soy un mago, nunca lo fui. Tú ya sabes lo que tienes que hacer. Haz el bien, abstente del mal.

Anne soltó un gemido y cerró los ojos un momento.

—¿Qué tengo en la mano?

Anne abrió los ojos y vio que él tenía la mano derecha, cerrada, pegada a la camisa. Se quedó pensando. Luego dijo, confiada:

—Una avellana, Maestro.

—No.

Él abrió la mano y puso algo en la mesa. Anne vio que era una piedra gris y elíptica, un poco



cascada por un extremo. Se trataba de una de las piedras de la costa (o al menos se parecía mucho a ellas), esas que tanto la habían conmocionado en la playa de Cumbria. Se había llevado una o dos de recuerdo, pero no podía distinguir si esa piedra era o no una de las que ella se había llevado.

Todavía agarrada con fuerza al borde de la mesa, Anne miró la piedra. Luego dijo lentamente:

—¿Es así de pequeña?

—Sí, Anne.

—Todo lo que es resulta ser tan poco...

—Sí.

—Pero, Maestro, ¿cómo es posible no perecer, cómo es posible que algo *sea*? ¿Y yo? ¿Cómo puedo no perecer? ¿Cómo puedo ser algo, si todo esto...?

—Ah, querida niña, buscas una respuesta maravillosa, ¿verdad?

«Sí —pensó Anne—, la busco.»

—¿Acaso no se te ha mostrado lo suficiente?

—No, no, quiero más —dijo Anne—, más, más. Dime: ¿qué eres? ¿Dónde estás?

—¿Que dónde vivo? No vivo en ninguna parte. ¿No has oído decir que los pájaros tienen nidos y los zorros tienen guaridas, pero que yo no tengo casa?

—¡Oh, Maestro, claro que tienes una casa! —dijo Anne.

—Te refieres a...

—El amor es mi referencia —dijo Anne.

Él se rio.

—Eres ingeniosa, hija mía. Has sido *tú* la que ha dado la respuesta maravillosa. ¿No te basta con *eso*?

—No, no sin ti —dijo Anne—, no sin *ti*.

—Ya estás empezando a estropear tu don.

—Pero ¿qué debo creer? —preguntó Anne—. Eres tan real, estás aquí, eres lo más real, lo más indudable de todas las cosas... Eres la *prueba*. No hay ninguna otra.

—Yo no pruebo nada, Anne. Tú misma has respondido a tu propia pregunta. ¿Qué más quieres? ¿Un milagro?

—Sí —dijo ella.

—El milagro debes obrarlo tú, pequeña. Tú debes ser la prueba. Esa tarea te corresponde a ti.

—No, no —dijo ella con agresividad. Se inclinó hacia delante y fijó la mirada en su larga, blanca y alargada cabeza y en sus ojos, llenos de una brillante oscuridad, que ahora parecían serios, casi tristes—. Soy *yo* la que te necesita a *ti*. Ay, dótame de palabras. Estoy hundida en el pecado. Vivo y respiro su horror. Ayúdame. Quiero que me vuelvan buena.

—Oh, me temo que eso es imposible —dijo él, mirándola con tristeza.

—No, no, te ruego que lo entiendas, por favor... Es decir..., quiero..., quiero quedar limpia, como prometiste, quiero que me devuelvan la inocencia, quiero que me laven y quedar más blanca que la nieve...

—Entonces —dijo él—, ve a lavarte. —Y le señaló el fregadero.

Anne apenas podía caminar. Se desplazó agarrándose a la mesa, luego a una silla. Abrió el grifo y cogió el jabón. El sol estaba más alto y ahora llenaba de luz la habitación. Empezó a lavarse las manos bajo el grifo. Se las miró. Luego soltó el jabón y cerró el grifo. No encontraba el trapo porque tenía los ojos llenos de lágrimas. Dijo:

—No... sirve; no... va a funcionar.

—Bueno, ¿y por qué te sorprende? No llores. ¿De verdad eres tan sentimental? «¿Estáis vos bien pagada por la pasión que haya sufrido alguna vez por vos?»[39] Si hubiera podido sufrir más, habría sufrido más.

—¡No, *no*...! —gritó Anne. Sus ojos eran todo lágrimas, lágrimas que le nublaban la vista—. ¡No puedo soportarlo, no puedo soportarlo! —Extendió las manos empapadas hacia él.

Él le dijo con dulzura:

—Ámame si debes, querida, pero no me toques.

Anne pensó: «¿Es real? ¿Es real esa carne? Ay, lo amo tanto. Tengo que tocarlo, tengo que arrodillarme y abrazar sus rodillas; tengo que tenderme y besar sus pies». Pero no se arrodilló. Tambaleándose, dio un paso hacia delante e intentó tocarle el brazo con la mano derecha. Él se echó hacia atrás y uno de los dedos de Anne apenas le rozó la manga enrollada de la camisa. Notó la textura rugosa del material. Entonces sintió un dolor intenso y abrasador en la mano, los ojos se le cerraron, cayó de rodillas y luego de bruces en el suelo, desmayándose súbitamente.

Anne se despertó en su cama. Recordó la escena de la cocina, y también que, cuando recuperó la conciencia, se había encontrado la habitación vacía y que, debilitada por el agotamiento y todavía aturdida, había regresado a la cama y se había quedado dormida al instante. Se levantó de un salto. Todavía llevaba puesta la bata azul con los puños vueltos. Fue a la cocina, pero allí no había nadie, por supuesto. Se secó las manos con el trapo y entonces pensó: «Aún tengo las manos húmedas; así que no puede haberse ido hace mucho». Dejó caer todo su peso sobre una de las sillas que estaba junto a la mesa. Fue en ese momento cuando vio, sobre aquella misma mesa, la piedra gris y elíptica con el extremo cascado, justo donde él se la había dejado. La cogió. ¿Era esa una de las piedras de Anne u otra distinta? No estaba segura. Le dio la vuelta. No era más que una piedra gris normal y corriente. La puso de nuevo sobre la mesa. Se dio cuenta entonces de que tenía uno de los dedos de la mano derecha en carne viva: tenía la piel abrasada, como si se le hubiera quemado. Se quedó mirando la quemadura fijamente. Le sobrevino un llanto desconsolado, como si se le fuera a romper el corazón.

—¿Cómo va ese dolor de muelas? —preguntó el Conde.

—Bueno, va algo mejor —dijo Anne—. Sigo tomando aspirinas. Ya he pedido una cita con el señor Orpen.

—Te has hecho una herida en la mano.

—Me la quemé, pero no es nada.

—Ay, Anne, Anne. —Pero el Conde estaba pensando en su propio dolor.

Eran las siete de la tarde y estaban tomándose un jerez en la salita de Anne. El sol, implacable, que daba en la cocina por la mañana y en la sala de estar por la tarde, entraba en ese momento por la ventana y hacía que la habitación pareciera polvorienta, estrecha y pobre.

El piso de Anne era muy pequeño: su superficie total no superaba la del salón de Ebury Street. Constaba de una cocina y un baño, una sala de estar y el dormitorio de Anne, que era prácticamente del tamaño de un armario. El escaso mobiliario del que disponía era de Gertrude, que lo había sacado del trastero para Anne. Se veían árboles por la ventana. Los pájaros, al amanecer, le recordaban a Anne el canto llano.

El Conde estaba encorvado, sentado en un sofá diminuto, con sus largas piernas dobladas y las rodillas pegadas a la barbilla. Le había pedido permiso a Anne para quitarse la chaqueta. Llevaba puesta la immaculada camisa de la oficina, blanca con una delgada franja azul, remetida con esmero y ajustada alrededor de su estrecha cintura con un cinturón, y una corbata azul oscuro, colgada de su bien abotonado cuello. Su insulso pelo rubio caía sobre su frente formando una pesada curva. No podía evitar parpadear por culpa de la luz del sol. Estaba sudando y de vez en cuando se despegaba nerviosamente la camisa del cuerpo. Anne no sabía si decirle que se quitara la corbata o si eso lo incomodaría.

—¿Te encuentras bien, Peter? ¿Te molesta el sol? ¿Corro la cortina?

—No, no. Estoy bien. Gracias, gracias.

Anne se hallaba sentada en una silla al otro lado de la diminuta chimenea, donde habían encajado una estufa de gas delante de una rejilla negra de hierro fundido. Sobre la repisa de la chimenea, había una taza azul y dorada de Worcester, un regalo de Gertrude.

Habían pasado ya dos días desde la Visitación de Anne, y ella había vuelto a su vida ordinaria; solo que, ahora, su vida ordinaria tenía mucho de extraordinaria. Se dijo: «Él en ningún momento mencionó *esto*; supongo que lo considerará irrelevante, como cuando no recordaba que yo nunca había visto el mar de Galilea». A veces tenía la sensación de que se estaba volviendo loca.

Y es que a Anne le había sucedido algo terrible. Le había ocurrido hacía algún tiempo y aún le seguía sucediendo: se había enamorado absoluta y perdidamente del Conde. Y, por supuesto, no había hablado con nadie de ese espantoso amor.

Durante los largos ratos que pasaba sentada a solas, caminando a solas (pues rehuía toda compañía y cultivaba la soledad), recordaba y examinaba con meticuloso esmero cada minuto, cada momento que había compartido con Peter desde que lo conociera (se lo había presentado Manfred) en una de las reuniones vespertinas de Ebury Street, justo después de que ella llegara allí. Le había parecido un hombre alto y un poco raro, un extranjero peculiar. Pero no se había fijado en él: por aquel entonces, el sufrimiento de Gertrude captaba toda su atención. La primera vez, o eso pensaba ella, que *vio* de verdad a Peter fue cuando, en primavera, al regresar con Gertrude de Cumbria, se dio

cuenta de que él estaba enamorado de su amiga. Fue en ese preciso instante cuando sintió una punzada súbita de rabia. En un primer momento, atribuyó ese sentimiento a aquel amor antiguo, posesivo y primitivo que sentía por Gertrude, en el que el Conde parecía haber adoptado, brevemente, el papel de intruso. Sin embargo, reinterpretando el pasado, Anne reconocía ahora en esa pequeña punzada el primer síntoma de una terrible enfermedad, la primera manifestación de un tremendo dolor, que ahora ocupaba y conformaba por completo su corazón y que oscurecía su cielo con un nubarrón espeluznante. Era evidente que albergaba cierto sentimiento de posesión hacia Gertrude. Pero lo que de verdad había pensado en aquel momento era: «¿También él tiene que quererla a ella?».

Anne pronto empezó a ver al Conde con otros ojos. El amor verdadero galopa, vuela, es la más veloz de todas las formas de pensamiento, más veloz incluso que el odio y el miedo. Anne comprendió, como quien por fin comprende un extenso teorema, el incuestionable encanto de Peter. Lo adoraba en silencio de pies a cabeza y lo cobijaba en el suave batir de sus apasionadas alas. Y en todo ese tiempo, de cara a los demás, no hizo absolutamente nada, ni siquiera parpadeó. Observaba a Peter del mismo modo en que observaba a Gertrude, con atención; y de esa forma ahogaba la esperanza que su corazón albergaba. Pero ya no podía controlar su amor. Su inmenso amor exigía vida, y exigía tenerla en mayor abundancia. Se daba cuenta *ahora* de hasta qué punto su concepción de la felicidad no había quedado reducida a cenizas. (Anne había sido incapaz de desechar la idea, aquel día en que Peter la llamó desde Victoria para pedirle que se vieran a propósito de la carta anónima, de que tal vez fuera a decirle que la quería.) Anhelaba estar con él para alimentarse de su presencia y de sus miradas: ese pelo claro y suelto que ansiaba acariciar; esa fina, inteligente y melancólica boca que tan lenta y cuidadosamente deseaba besar; esos ojos de un color azul clarísimo, cuya tristeza ahora tan bien podía descifrar; el modo tan apuesto en el que la ansiedad se mostraba en su rostro cuando estaba absorto, la forma en la que se cuadraba y echaba la cabeza hacia atrás. Pensó: «Ha conservado su inocencia y es puro de corazón». ¡Era tan alto, tan delgado, tan delicado, tan extranjero, y estaba tan perdido! Anne sentía que estaba descubriendo, casi *creando*, a un ser oscuro y silencioso al que todos los demás, en su estupidez, habían pasado por alto. Nadie le había prestado jamás tanta *atención* al Conde; y Anne no podía sino pensar que él respondería inconscientemente a aquella poderosa y secreta atención. Era incapaz de controlar su amor, aunque abatió de un plumazo su hambre y su esperanza cuando predijo, con bastante lucidez, que tarde o temprano Peter terminaría casándose con Gertrude.

El advenimiento de Tim Reede había supuesto una enorme explosión, semejante a la de un volcán que libera una catastrófica catarata incandescente. Anne había llegado a creer que quería a Peter con toda su alma. Pero ahora la esperanza que le había sido concedida difundía su mensaje a los cuatro vientos, y su amor crecía y se multiplicaba, se regocijaba y cantaba en voz alta con desenfrenada alegría. Anne se quedaba tumbada en la cama y, ante lo improbable del rescate, a veces *lloraba* y otras veces *reía*; pero no de manera histérica, sino con un temblor profundo y silencioso que se prolongaba cada vez más, como si estuviera riéndose desde las profundidades de la tierra, sacudiendo

aquel planeta en declive. Por supuesto, de cara a la galería se mostraba discreta. Seguía sin mover un dedo al respecto ni parpadear; y se decía, con esa gran disciplina que constituía el último freno a su pasión, que Gertrude no tardaría en cansarse de Tim, que nunca se casaría con él. Y, aunque le doliese, si bien encontraba algo de consuelo en ese dolor, se entregó a lo que consideraba que era su ineludible deber: hizo cuanto pudo por convencer a Gertrude de que no se casara con Tim. Lo hacía en parte porque se creía de verdad lo que le decía a Gertrude: que Tim era inferior, un tipo inconstante y poco de fiar, un mero monigote. Pero, además, sentía la profunda y perversa necesidad de obrar contra sus propios intereses, de purificarse (empujada por quién sabe qué misterioso motivo) mediante su decisión de no influir en su amiga para que hiciera algo que, presumiblemente, o quizá, o de alguna manera, o en algún momento, pudiera beneficiarla a ella, a Anne. Si, con la más mínima insinuación o gesto, hubiera provocado que Gertrude se alejase de él, no habría podido cortejar al Conde más adelante. Además, quizá también la angustiaba demasiado la posibilidad de encontrarse con el camino despejado y, a pesar de eso, sufrir una terrible derrota. Cuando Gertrude le dijo que había renunciado a Tim, Anne pensó que todo había salido a pedir de boca, tal vez demasiado bien, y su risa se tornó en lágrimas y se recreó con tremenda amargura en su perfeccionado honor. Luego llegó el feliz día en que, situada al lado de Peter en la pequeña y oscura habitación de la oficina del registro, fue testigo de cómo Gertrude Openshaw se convertía en Gertrude Reede. A Anne le brillaban los ojos y su cara resplandecía de secreta alegría; se reía por dentro con una risa cósmica y estremecedora. Entonces, cuando Tim le puso a Gertrude el anillo en el dedo, Anne se giró a mirar a Peter. Ojalá no lo hubiera hecho: tenía el semblante tranquilo y benévolo, pero Anne conocía su amargo dolor, y sabía que él era total y absolutamente ajeno a su presencia.

Sin embargo, al tener el camino despejado, el problema se transformó y el dolor, quizá, se volvió más intenso: la esperanza, enloquecida, silbaba como un tornado y atormentaba a su amor, que también había terminado por enloquecer. Anne trataba de planteárselo como un *problema*, como algo que, al menos, podría llegar a entender a través de la razón y que podía sopesarse por medio del raciocinio. El origen del problema radicaba en el terrible hecho de que Peter todavía la veía como una monja: «Monja una vez, monja para siempre». Él había intuido su condición de «anacoreta en el mundo»; y entendía su ya evidente interés por él como algo natural en alguien tan abnegado. Ella era, tal y como había dicho Gertrude, «todo un fenómeno» para él, cosa que quizá en parte pudiera deberse al romanticismo con el que los polacos concebían la Iglesia católica. «Todo el mundo me verá siempre como una monja fracasada», pensaba Anne. Entre las muchas especulaciones que Gertrude había hecho sobre el futuro de Anne, no figuraba la idea del matrimonio. Y Peter hallaba un gran consuelo en el invisible «hábito» de religiosa que Anne todavía llevaba puesto. Ella desempeñaba una función sacerdotal respecto a él, y no podía evitar hacerlo constantemente, comportándose con él como él quería que se comportara, aunque ahora ese instintivo servicio parecía distanciarla y separarla cada vez más del Peter al que amaba y necesitaba. Él la veía como una mujer santa: inocente, tranquila, intocable y casta. Anne ansiaba, en ocasiones, destruir esa imagen

que la aprisionaba, estamparla violentamente contra el suelo y pisotearla. Gertrude le había dicho que solo eran necesarios cuatro segundos para cambiar el mundo. A Anne le bastaba con dos: solo tenía que *salvar* el espacio que los separaba (casi un metro en aquel momento, mientras hablaba con él) y todo en el universo sería diferente. Pero ¿y si ella se aventuraba a *transformarse* así ante sus ojos y él, horrorizado, daba un paso atrás con desagrado... o con lástima? También ese pensamiento la perseguía. Y siguió representando su papel como respuesta natural a lo que Peter necesitaba, que era algo tan delicado como poderoso. Y pensaba: «Por supuesto que no es un papel, no es algo falso: yo soy esto, soy lo que ve; y también soy lo otro, esa otra criatura desesperada, anhelante y llorosa. Si fuera sacerdote y todavía me quedara algo de fe, dejaría que me despedazaran hasta la muerte antes que destruir esta imagen serena e inocente que, en su tormento actual, para él quizá constituya el único consuelo. No, no podría destruirla: tengo que resistir». Pero entonces añadía: «Durante un tiempo, al menos por ahora».

Anne se había sentido en la obligación de disuadir a Gertrude de embarcarse en un matrimonio inadecuado. Ahora se sentía en la obligación de atender a los sufrimientos de Peter, de comprender su naturaleza, su amplitud y su profundidad. Y, con una discreta ternura, que con tanta angustia le brindaba, le permitió que se desahogara con ella. Es más, la transformación del silencio en conversación se había producido de un modo tan natural que también a ella le había servido de consuelo. Mientras él por fin le hablaba de su dolor, Anne se abstenía de dar rienda suelta a sus sentimientos. Aunque no podía evitar conjeturar sobre cuánto le duraría la tristeza a Peter, intentaba no seguir buscando señales alentadoras: no quería que los detalles del dolor que lo consumía alimentaran sus esperanzas. Deseaba quedar a su entera disposición. Debía esperar, debía interiorizar la metafísica de la espera. Además, era prudente y tenía miedo.

Y tampoco es que Peter hubiera desvariado o se hubiera quejado alguna vez. Hablaba con ella como siempre, con una especie de precisión tranquila y calmada. Igual que ahora, cuando le dijo:

—No creo que pueda soportarlo: tendré que marcharme.

«Ay, deja que me vaya contigo, cariño mío —pensó ella—. Mejor, *vayámonos* juntos.» Y preguntó:

—¿Adónde, Peter?

—Había pensado en marcharme a los Estados Unidos.

—¿Y qué harías allí?

—Esa es la cuestión. No encontraría trabajo nunca. ¿Qué es lo que sé hacer? La verdad es que no sé hacer nada. Tengo experiencia como funcionario en la administración británica. Pero nunca encontraría trabajo fuera de este país; aunque quizá bastaría con que me marchara de Londres. Tendré que solicitar un traslado al norte, o al oeste tal vez. No se lo comentes a nadie todavía.

—No lo haré.

—No me puedo quedar aquí como una molesta calavera.

—Podrías quedarte y...

—¿Aprender a sonreír?

—Sí.

—No puedo, Anne.

—No tomes ninguna decisión precipitada.

—Podría jubilarme pronto e irme a España a vivir de la pensión.

—No seas tonto.

—Debes de pensar que estoy loco por seguir amándola de esta forma tan estúpida. Está completamente fuera de lugar. Sé que tengo que superarlo de alguna manera, pero si no me voy de aquí me va a ser imposible. Anne, la verdad es que debería dejar de aburrirte con esta monserga tan egocéntrica.

—No me aburres.

—Eres tan buena y siempre estás tan tranquila, pareces tan ajena a todo esto...

Anne pensó: «Peter ahora no puede hacer nada salvo volver una y otra vez sobre sus propias emociones». Y pensó: «Aunque, por otro lado, ¿qué otra cosa, si no, estoy haciendo yo a cada instante? Esto está, como él mismo ha dicho, completamente fuera de lugar, pero ¿cómo se le pone freno? No debo dejar que hable conmigo de esta manera. Le afecta mucho. Y no debo tenerlo tan cerca de mí aquí, en este cuartito, porque es una tortura. ¿Y si me pusiera de rodillas y le tomara la mano y me echara a llorar? ¡Qué ganas! Pero sería un error: está tan obsesionado, está tan lleno de *ella*... Está medio loco. He de tener paciencia, he de esperar hasta que se haya recuperado un poco. Entonces le daré la sorpresa».

Y dijo:

—Tim y Gertrude estuvieron aquí ayer. Vinieron a tomar una copa.

Peter se quedó callado un momento, serio. Y después dijo:

—En cierto modo, me cuesta verlos como un matrimonio: Tim no es más que un chiquillo.

—Nos acostumbraremos a verlos de esa forma; o, al menos, será mejor que lo intentemos, porque ahí los tienes.

—¿Se los veía... bien?

—¿Quieres decir que si parecían felices? Sí, parecían muy felices.

Eso era totalmente cierto, y Anne pensaba que había pasado demasiado tiempo intentando no herir los sentimientos de Peter.

—Haces bien —dijo él— en dejármelo tan claro. Tengo que verlo tal y como es, de manera justa, honrada, con una mirada limpia. Debo *ser consciente* de que ha sucedido, y no tratar de quitármelo de la cabeza. Lo siento. Todo lo que me rodea parece ahora tan... tremendamente fuera de lugar. Me horrorizo a mí mismo. No debería hablar, no debería *pensar*. Tengo que marcharme de esta ciudad. Me quedaré un tiempo y después, con mucha discreción, desapareceré de Londres: nadie se dará cuenta.

—Vamos, Peter, deja de compadecerte tanto de ti mismo —dijo Anne con brusquedad—; y es una tontería que digas que nadie se va a dar cuenta si te vas. Yo sí lo notaré.

—Eres tan buena conmigo —dijo él—, me haces tanto bien. Sí, soy un estúpido. Dicen que los polacos lo queremos todo o nada.

—Te aconsejo que trates de querer algo que puedas tener.

—Soy tan egoísta y tan egocéntrico que ni siquiera te he preguntado por el trabajo de profesora que solicitaste.

—No lo conseguí: soy demasiado mayor y no tengo la experiencia adecuada.

—Oh, lo siento. Pero *encontrarás* un trabajo. No te preocupes.

Era cierto que Anne se había presentado en cuatro sitios diferentes para el puesto de profesora, para enseñar latín, griego o francés. Uno de los colegios ni siquiera había admitido su solicitud, otros dos la habían rechazado sin entrevistarla y el cuarto quería que diera clases de alemán, un idioma que no hablaba. Había leído en los periódicos sobre el aumento del paro entre los profesores. ¿Y si sencillamente *no lograba* encontrar trabajo?

—Me ha invitado a su casa el viernes —dijo el Conde (ya se había olvidado del problema de Anne) —. Iré, por supuesto. No es que Tim me caiga mal. De hecho, siempre me ha caído bien. Pero no puedo cambiar tan fácilmente mi forma de verlo. Pienso que es demasiado... Es todo tan *imposible*. ¿Qué pensaría Guy? Conozco a Gertrude desde hace tanto, tantísimo tiempo...

—Peter, se me está echando la hora encima... —Anne se había inventado un compromiso ficticio para ponerle fin a aquel rato que iba a pasar en compañía de Peter. No podía soportar durante demasiado tiempo las charlas sobre Gertrude y temía acabar derrumbándose: si Peter se diese cuenta *en ese momento* de lo que sentía y la rechazara, aunque lo hiciera con mucha amabilidad, se volvería loca. Quería despacharlo para poder dedicarse a pensar en él.

—Oh, vaya, lo siento. ¿Te estoy retrasando? Eres tan amable por recibirme. Eres la única persona con la que puedo hablar.

Se levantó y se puso la chaqueta. Anne también se levantó y le abrió la puerta que daba al recibidor. Sintió que algo tiraba de ella, como si la atravesara una corriente de grandes fuerzas invisibles, desgarrándole la carne. ¡Ay, si tan solo pudiera *abrirse paso* hasta el corazón del Conde, qué inmenso caudal de amor le llegaría de aquel hombre desposeído! El Conde la miró.

—Te llamaré, ¿te importa, Anne? ¿O mejor me llamas tú? Me siento como una especie de inválido que necesitase una enfermera.

—Voy a estar fuera un par de días. Te llamaré a la oficina.

—Adiós, Anne, y gracias. Espero que encuentres trabajo. —Y, según salía por la puerta, dijo distraídamente—: Y también que dure el buen tiempo. —Había interiorizado ciertos hábitos de la educación inglesa.

Anne cerró la puerta y se apoyó en ella. Empezó a llorar. Después volvió a la salita de estar y arremetió contra la habitación: volcó las sillas y lanzó los cojines a su alrededor; pisoteó la alfombra, pateó el friso y golpeó la pared con las manos; le propinó un puntapié a la estufa de gas y le rompió uno de los paneles; arrojó sus libros al suelo con violencia; se tironeó el vestido y se arrancó un botón. Se tiró del pelo y se golpeó la frente con las manos. Lo único que no atacó fue la taza de Worcester azul y dorada de Gertrude. Finalmente, sollozando y gimiendo, se quedó quieta, de pie, y se entregó poco a poco al silencio con los ojos húmedos, con la boca húmeda, mirando al vacío.



Entonces, se metió en su dormitorio y se acostó.

«¿Qué me está pasando? —pensó—. ¿Acaso me he entregado a los demonios? ¿Es esto el comienzo de la oscuridad? ¿No será esta locura de estar enamorada un mero síntoma de la crisis que me viene acechando desde hace tanto tiempo? ¿Por eso dejé el convento? Ya me advirtieron de que después la cosa iría a peor, de que en algún momento me vendría abajo. ¿Es este el comienzo de la noche oscura? ¿Acaso ya me estoy derrumbando? ¿Necesitaré ayuda? ¿Me verá obligada a reconocer, *yo*, que ya no puedo manejar mi vida?»

Había decretado para sí misma una vida solitaria, y la soledad era terrible: generaba un extenso espacio oscuro poblado de demonios que revoloteaban de un lado para otro en su interior. Había empezado a rechazar todas las invitaciones. La señora Mount la había invitado a visitarla, y también Moses Greenberg, Manfred y Janet Openshaw. Varias personas religiosas bienintencionadas, alertadas quizá por la abadesa, habían tratado de ponerse en contacto con ella, incluido un docto jesuita con quien había mantenido correspondencia cuando estaba «dentro». Pero quería estar sola, atiborrarse del espectáculo que Tim, Gertrude y Peter representaban. Y a veces pensaba: «Si no fuera por Tim y por Peter, ¡qué feliz podría vivir con Gertrude!». Y también: «He vuelto al infierno de lo personal, al mismo lugar del que huí para poder llegar a Dios; he vuelto al desbarajuste podrido y criminal del que salí con la intención de buscar y encontrar una inocencia en la que instalarme para siempre. Estoy loca, soy un peligro para mí misma y para los demás».

«¿Y qué fue lo que de verdad pasó aquella mañana en la cocina?», se preguntaba. ¿Fue aquella asombrosa «experiencia psíquica» simplemente otro síntoma, otro signo más de la enorme «depresión» o crisis nerviosa que estaba a punto de hacerse con las riendas de su vida y acaso privarla de la cordura para siempre? ¿O sí que era cierto que el *Otro* la había visitado en persona? Se sentía asediada por fuerzas espirituales a las que no se les podía exigir ningún tipo de responsabilidad. Varias noches atrás, al regresar a casa de uno de sus solitarios paseos nocturnos, había visto algo muy extraño en las escaleras. Como en el tramo que ascendía hasta su descansillo no había luz, lo distinguió muy vagamente, agazapado en un rincón, cerca de su puerta: era algo así como un enano, una sombra negra. Le daba miedo pasar a su lado. Y entonces le dijo: «Extraña criatura, ¿qué haces aquí? Me estás asustando. Por favor, ve en paz». Después había pasado a todo correr por su lado y se había metido en el piso exudando terror. Más tarde había pensado: «Quizá fuera un perro grande, un perro enfermo. Debería averiguar de qué se trata». Había cogido una linterna y había abierto la puerta, pero allí no había nada.

Anne había salido del convento en busca de la soledad y de una especie de inocencia y calma renovadas. Tal vez nunca consiguió estar tan vacía y limpia como pretendía, como una ameba arrastrada por el mar; pero había concebido su nueva vida y su nueva soledad como algo dotado de una especie de una sencilla austeridad, y quizá en su corazón se había visto de verdad como una espía de Dios, como una anacoreta secreta oculta en el mundo. Eso era lo que había sentido al redescubrir a Gertrude, eso era lo que había sentido cuando habló con Guy. Su vida «de dentro», después de todo, tenía cierta continuidad en su vida «de fuera». Tal vez el Dios al que había perdido la había

invalidado para el mundo, pero estaba decidida a vivir en él como le fuera posible, como un ser útil, silencioso, invisible y mermado. ¿Qué había pasado con aquellos valientes pensamientos que en otro tiempo habían supuesto para ella (lo comprendía ahora que se habían esfumado) un consuelo tan espléndido? ¿Acaso no la habían advertido de las trampas del mundo? ¿Y no había ido a caer de bruces en una de esas trampas? La vida religiosa implica la total transformación de la idea de esperanza. Y había llegado a creer que únicamente podía amar a Dios. Pero ahora parecía que todas las antiguas fantasías e ilusiones estaban allí de nuevo, como si nunca se hubieran marchado. Ya no era el silencio, sino una vociferante cacofonía, lo que ocupaba su mente; lo que le llenaba el alma era una repugnante condición personal, una frenética voluntad personal y una terrible energía posesiva. Solo que ahora la rabia era peor, porque Anne era mayor. Aquellas sí que eran las penas del infierno (la envidia, los celos, el resentimiento, la ira, el remordimiento, el deseo), ese dolor que conduce al terrorismo. Pensó: «Moriré si no puedo tener lo que deseo». Y en ese momento, sumida en una desesperación aún más grande, pensó también: «Si no puedo tener lo que deseo, no me quedará más remedio que seguir viviendo con este nuevo e irremediable horror de ser yo misma».

¿Acaso estaba Dios jugando con ella? Había jugado con Job, al fin y al cabo. ¿A qué jugaría en su caso? ¿Al ajedrez? ¿Al escondite? ¿Al gato y el ratón? Anne no podía creer en un Dios que solo se dedicara a jugar. Ya se había preguntado con anterioridad si alguna vez le volvería la fe en Él, si algún día le sobrevolaría la cabeza como una gran nube caliente y húmeda. Nunca en su vida se había sentido tan absolutamente desprovista de Dios como ahora: todo su bien, y todo su mal, eran suyos. Sin embargo, él, su visitante del amanecer, ¿acaso no era *algo*? Quizá había sido él, con sus ojos luminosos y su enigmática e ingeniosa charla, quien la había zarandeado y quien, de una sacudida, le había arrancado del alma el último resto de fe que le quedaba. ¿Comprendía lo que había pasado? En cierto modo. Pero ¿quién era él? Anne tenía la sensación de que de verdad procedía de un lugar lejano. Y le dio la impresión de que era real, único. Ella era apenas un átomo en medio de un universo enorme, mientras que él era *su* Cristo, un Cristo que le pertenecía a ella en exclusiva, y que había sido transportado mediante un rayo láser desde un lugar infinitamente lejano para ella sola. Al menos lo había visto una vez; y ahora quizá la gracia de la oración podría volver a ella. ¿Regresaría transformada en una forma de oración nueva y diferente? «Pero ¿cómo puede ser? —pensó—. A quien amo no es a Cristo, sino a Peter.»

Anne se levantó de la cama. No hallaba sosiego. Decidió salir a dar un paseo. Últimamente caminaba mucho, sobre todo por la noche, especialmente junto al río. El oscuro anochecer del verano llenaba el pisito de polvorientas sombras flotantes. Encendió las luces. Entró en la sala de estar. La observó un momento, asombrada: las sillas y las lámparas estaban volcadas; los libros y los cojines estaban desparramados por el suelo. Pensó: «¿Esto lo he hecho yo, la tranquila y racional Anne Cavidge?». Se le había pasado el efecto de la aspirina y volvía a dolerle la muela. Se puso a recogerlo todo lentamente. Y, de repente, se vio con una piedra en la mano. Era la piedra gris cascada que él le había entregado y que (ahora se acordaba) ella había colocado encima de unos libros; la piedra en la que él le había mostrado el cosmos, todo lo que existe y lo pequeño que es. La

apretó contra su vestido desgarrado. Le dolía la muela, le dolía el dedo quemado. Empezó a llorar otra vez en silencio. Había llorado mucho esos últimos días. Sin embargo, había abandonado el convento casi sin derramar una lágrima, incluso sabiendo que abandonaba para siempre a quien más quería. «Adiós», había dicho Anne, y ella, a su vez, había respondido «Que Dios te bendiga» mientras atravesaba un jardín una tarde de otoño; aún no había pasado ni un año de todo aquello.

—Bueno, pues yo creo que forman una pareja ideal.

—¡Veronica!

—Pues sí, es lo que pienso —dijo la señora Mount.

Era noche de copas en casa de Manfred. Aquella ceremonia había sustituido a las antiguas reuniones de Ebury Street, que ahora, para todos los presentes, parecían pertenecer a un pasado remoto. Por supuesto, también invitaban a Tim y a Gertrude, pero hasta la fecha nunca habían aparecido.

—Es un matrimonio ridículo —dijo Janet Openshaw—. ¿Por qué no pudo tener simplemente una aventura?

—¿Por qué no le impediste que se casara con ese tipo, Manfred?

—Mi querido Ed, mi influencia sobre Gertrude es nula.

—Llevaba el luto como si del velo de una monja se tratase, ¡y de pronto esto!

Stanley Openshaw dijo:

—Gertrude no podría tener una simple aventura: es demasiado seria y valora la moral por encima de todo.

—¿Es serio y moral casarse con...?

—Lo ama. Esa es la explicación.

—Pero, ¡Stanley!, Guy murió en diciembre.

—«Y aquellos zapatos se quedaron viejos...»[40]

—Lo que quiero decir es que Gertrude es incapaz de hacer nada por pura frivolidad, de modo que debe de estar profundamente enamorada.

—Eso es exactamente lo que pienso yo —dijo la señora Mount—. Los dos lo están.

—Yo veo a Gertrude como una persona bastante virginal —dijo Manfred—, pudorosa y formal. Estoy de acuerdo con Stanley.

—Guy le echó el lazo muy joven.

—Entonces estamos ante un caso tardío de locura juvenil.

—Pensadlo de esta manera: Gertrude es de esa clase de mujeres que necesitan estar enamoradas de alguien.

—Bueno, no durará: ¡él es tan insignificante! Gertrude terminará arrepintiéndose.

—Yo no estoy de acuerdo —dijo Gerald—. Tim me cae bien.

—Es un vividor. Solo quiere su dinero.

—Eres una cínica, Janet —dijo Manfred—. El amor es un asunto complicado.

—¡El amor!

—Creo que deberíamos irnos —dijo Stanley—. O, al menos, yo me tengo que ir. He de volver a la Cámara.

—Hoy no hay sesión en la Cámara.

—¡Pero yo sí tengo sesión! Debo reunirme con un tipo para hablar sobre un impuesto que hay que debatir.

—Tim Reede nunca ha pensado en nadie más que en sí mismo.

—¿Y quién de nosotros piensa en otra cosa que no sea uno mismo, querida Janet? El amor de madre no cuenta.

—Pues yo creo que serán felices —dijo Gerald—. Es más, estoy convencido de ello.

—Gerald es un romántico.

—¿Qué piensas tú, Moses?

—Yo valoraría la situación con cautela —dijo Moses.

—¡Moses valoraría la situación con cautela!

—Yo creo que los dos están enamorados y también creo que Tim le será fiel.

—Mi querida Veronica, nadie ha insinuado aquí que Tim sea un caradura —dijo Ed Roper.

—Creo que le será fiel y, además, parece que va en serio.

—Ella lo mantendrá a raya —dijo Manfred.

—*Nosotros* lo mantendremos a raya: Gertrude necesita que la respaldemos.

—Pero ella odiaría quedar mal: hará lo imposible por lograr que lo suyo funcione.

—Bueno, Gertrude es ante todo una persona de principios, mientras que él es asustadizo, de modo que tienen muchas posibilidades.

—Se mantendrán a raya mutuamente, aunque cada uno lo hará a su manera. Son tan diferentes: el uno ampliará el mundo del otro. Tim tiene instinto para la felicidad.

—¡Moses dice que Tim tiene instinto para la felicidad!

—Pero la verdad es que... ¡Tim después de Guy...!

—No despreciemos la felicidad.

—Te aseguro que ninguno de los que estamos aquí la desprecia.

—Janet...

—Sí, sí, Stanley.

—También Gertrude tiene instinto para la felicidad —dijo la señora Mount—. Siempre ha sido capaz de encontrar buenos refugios, es como los gatos. Fue muy afortunada al conseguir a Guy. Todos lo pensamos en su momento (bueno, yo sí, al menos), y después simplemente nos hicimos a la idea. Creo que ninguno de vosotros ve lo inteligente que ha sido. Dices: «Tim después de Guy». ¡Precisamente! Gertrude, cuando lo necesitó, tuvo a su lado a un hombre mayor y ahora, cuando lo necesita, tiene a su lado a un hombre más joven. Se casó con su padre, y ahora se ha casado con su hijo.

—El resultado, no me lo negaréis, es, cuanto menos, rejuvenecedor —dijo Gerald—. ¡Ahora

Gertrude tiene un aspecto mucho más juvenil!

—Janet dirá: «¡Un lobo con piel de cordero!».

—No seas bruta, Veronica. Solo espero que le vaya bien. Si ese tipo le falla...

—Es un gran cambio, sin duda —dijo Moses Greenberg—. ¿Y por qué no? En su momento se casó con un hombre que lo tenía todo; y ahora está casada con un hombre que no tiene nada.

—¿Quieres decir material o espiritualmente?

—Entiendo lo que Veronica quiere decir.

—Janet...

—Sí, sí, sí, Stanley, ya voy.

—Tú te puedes quedar si quieres, pero yo tengo que llevarme el coche.

—Voy contigo... Puedes dejarme de camino. He invitado a casa a los amigos del cuarteto de cuerdas de Rosalind.

—¿Y los chicos cómo están?

—Pues Ned se ha ido a California y William está en unas excavaciones en Grecia.

—Tus hijos tienen mucho talento.

—Gerald, necesito hablar contigo sobre Ned. Me da mucho miedo que se vuelva religioso. Tienes que decirle que las matemáticas son el camino hacia la libertad. Bueno, deberíamos irnos.

—Adiós...

—Ah, hola, Victor. Nosotros nos estábamos yendo. ¡Ha llegado Victor!

—Hola, doctor. Adiós, Janet; adiós, Stanley.

—Janet ha estado criticando a la parejita de recién casados.

—¿Qué parejita de recién casados?

—No seas tonto, Victor.

—Janet solo está molesta *à cause des chères têtes blondes*.

—¿De qué demonios habla Veronica?

—Naturalmente, Janet está enfadada por el tema del dinero.

—¿El dinero?

—Los hijos de los Openshaw iban a recibir un buen pellizco de Guy.

—O al menos eso pensaba Janet.

—No había dejado nada por escrito.

—Y ahora Tim lo despilfarrará todo; es irlandés, al fin y al cabo.

—Claro que lo hará.

—Se lo gastará en dos años.

—Gertrude no se lo permitirá.

—Ese joven es más sensato de lo que os creéis.

—Janet estaba bastante segura de que Gertrude nunca volvería a casarse.

—Janet piensa que Gertrude se la ha jugado al casarse.

—Guy debería haber repartido un poco sus bienes.

—Gertrude habría podido casarse con alguien que triplicara su patrimonio.  
—Alguien que además está aquí mismo, si se me permite decirlo.  
—Vamos a dejar de hablar de Gertrude —dijo Manfred.  
—Estoy de acuerdo —dijo la señora Mount—. Lo que nos corresponde a nosotros es desearles lo mejor y ayudarlos en lo que podamos.  
—Y hoy ni rastro del Conde.  
—No, ni rastro.  
—Estará deprimido.  
—No hablaríamos así de él si estuviera aquí —dijo Gerald.  
—Tienes razón —dijo Manfred—. Que alguien le dé una copa a Victor: está desfallecido.  
—Gracias, he tenido un día terrible. Hola, Ed, ¿cómo va lo que tú ya sabes?  
—¿Qué es ese «lo que tú ya sabes» de Ed?  
—No es de tu incumbencia.  
—Va mejor, pero, por favor, no hables a nadie de ello.  
—¿Qué ha pasado con la monja? —preguntó Moses Greenberg—. No me acuerdo de su nombre...  
—Anne Cavidge, la antigua compañera de Gertrude.  
—¿Alguien la ha visto? Deberías invitarla, Manfred.  
—Claro que la he invitado, y varias veces, pero nunca viene.  
—Una tímida incurable, pobrecilla.  
—Nunca se recuperan.  
—Bueno, tengo que irme.  
—Buenas noches, querido Moses.  
—Moses es tan crítico.  
—¿Lo ves decepcionado?  
—¿Por Gertrude? No.  
—Quién sabe, quizá se había hecho ilusiones.  
—Bueno, yo *adoro* a Moses —dijo la señora Mount.  
—¿Alguna noticia de Balintoy? ¿Ha honrado a Gerald con una carta?  
—Sí, está en Hawái.  
—Gerald es el favorito, como siempre.  
—¿De dónde demonios saca el dinero?  
—Pues yo este año me quedo sin vacaciones.  
—Yo espero ir a Eastbourne —dijo la señora Mount.  
—Supongo que Manfred se irá de viaje de negocios a Zúrich, como siempre.  
—Mi negocio no me suele llevar más allá de Fulham.  
—Y Ed se marcha de viaje a París.  
—*Trabajo* en París —dijo Ed.

—No hay negocio que pueda compararse en lo más mínimo al negocio del arte.

—Supongo que Gerald asistirá a un divertido congreso en Sídney, Chicago o en cualquier otra parte, ¿cierto?

—No, de hecho, no iré más allá de Jodrell Bank.

—¿Algún descubrimiento últimamente, Gerald?

—Bueno..., sí.

—Gerald ha hecho un descubrimiento: ¡todos a callar!

Gerald, corpulento y sudoroso, dejó el vaso en la mesa.

—Yo... Me es difícil... explicarlo...

—Probablemente solo haya dos personas en el planeta que lo entenderían.

—Sí, más o menos —dijo Gerald.

—Gerald parece muy preocupado.

—Yo también lo estoy. ¿Va a *pasar* algo, Gerald?

—Bueno..., podría ser...

—Gerald dice que va a pasar algo.

—¿Se refiere a un desastre cósmico?

—Esta conversación no es más que puro morbo —dijo la señora Mount—. Sírveme otra copa, por favor.

—Moira Lebowitz se pasó por aquí la semana pasada. Está guapísima.

—«Las mujeres han sido entrenadas en todas partes para agradar, de modo que cualquier fiesta resulta aburrida sin ellas.»

—¿Quién dijo eso?

—Guy, por extraño que parezca.

—¡Oye, que estoy aquí!

—Perdona, Veronica. ¿Tienes un cigarrillo?

—¿Que si tengo un *qué*?

—Victor dice que nos va a mandar a correr por el parque todos los días.

—¡Qué castigo de hombre!

—Por cierto, me sobra una entrada para *Aida*. ¿Se anima alguien? ¿Veronica?

—Odio *Aida*.

—Estabais hablando de Gertrude y Tim —dijo Victor—. ¿Alguna novedad?

—El otro día me tomé una copa con ellos —dijo Manfred.

—¿Y con alguien más?

—No.

—Es curioso —dijo Victor—, pero parece que Tim Reede no tiene amigos.

—No quiere que Gertrude conozca a sus compañeros de copas, que seguramente serán unos borrachines: ahora pertenece a la clase alta.

—Después de todo, nosotros nunca hemos conocido a ninguno de sus amigos.

—Tampoco hemos puesto mucho empeño —dijo Gerald.

—Le pregunté a Gertrude sobre el tema —dijo Manfred—. Me dijo que Tim solía hablar de un tipo llamado Jimmy Roland. Gertrude no lo conoce...

—¿Jimmy Roland? —dijo Ed Roper—. Yo conozco a un Jimmy Roland. Les vendía adornos de latón y cosas así a los pubs.

—Hablando de chicas, ¿alguien ha visto a Sylvia Wicks últimamente? —preguntó Victor.

—Parece que se la ha tragado la tierra. Manfred dice que la ha invitado.

—Se habrá inventado una enfermedad, leucemia o algo así.

—Anda, Victor, cállate. Ya sabemos que has tenido un mal día.

—De acuerdo, Veronica, volvamos a Tim y a Gertrude...

—No podemos... Manfred no nos va a dejar... Piensa que es de mal gusto.

—Ah, a mí no me molesta —dijo Manfred—. Solo quería que nos diéramos un respiro.

—Bueno, yo creo que esos dos son impredecibles.

—Eso es lo que los hace tan infinitamente interesantes.

—Anne, acabo de enterarme de algo insólito... y terrible.

Eso fue lo que dijo el Conde.

Habían pasado dos semanas desde la visita de Jesucristo, dos semanas en las que Anne había tenido la mente muy ocupada. Durante ese tiempo, había visto al Conde dos veces: una, el día en que sufrió aquel arrebato en la sala de estar, y otra, sin incidentes, una semana después. También había estado con Tim y con Gertrude en una ocasión, y a solas con Gertrude en otra. Y salvo al señor Orpen, el dentista, no había visto a nadie más. Se había pasado los días sentada a solas en su piso, y había caminado muchísimo por las calles de Londres.

El señor Orpen le había empastado la muela y ya no le dolía. Casi se había alegrado de hablar con él. Se trataba de un hombre tranquilo y, aunque era primo, se mantenía deliberadamente alejado del grupo de Ebury Street. Anne intuía que los consideraba unos esnobs. Resultó que era católico y que estaba al tanto de la deserción de Anne. Le dijo:

—Eres famosa.

Anne no quiso ahondar en el asunto. Hablaron un poco de la política del Vaticano, en la que el señor Orpen, sorprendentemente, era un experto.

Cuando veía a Tim y a Gertrude, Anne solía estar de muy buen humor, cosa que ahora le resultaba bastante fácil. Tim se desvivía por complacerla y ella se reía mucho con él, aunque se pasaba la mayor parte del tiempo irritada por las cálidas y cariñosas miradas que Gertrude les lanzaba alternativamente a su marido y a su amiga. Cuando se encontraba a solas con Gertrude, en cambio, la cosa se ponía más difícil. Ambas sabían que, en el fondo, su relación iba bien, pero la comunicación cotidiana había quedado destruida de un modo que ninguna de las dos alcanzaba a comprender del todo. Gertrude se encontraba a medio camino entre querer y no querer mantener una charla íntima con Anne. Y esta podía ver que Gertrude calculaba, casi minuto a minuto, sus



propios movimientos. Gertrude no sabía si era demasiado pronto, si había pasado demasiado poco tiempo desde sus últimos enfrentamientos, como para intentar que Anne volviera a acercarse a ella. Se dedicaba a evaluar la actitud de Anne hacia Tim, tratando de averiguar si estaba cambiando y cómo de rápido lo hacía. Mientras tanto, reinaba entre ellas una especie de formalidad tensa, aunque a veces (de tan evidente que era) conseguían sobreponerse y casi llegar a sonreírse.

A Anne, por su parte, la reconcomía su terrible secreto. Estaba demasiado ocupada haciendo cálculos. Su mente nunca le había resultado tan parecida a una computadora como en aquel momento, una computadora consciente de los límites temporales y de la posibilidad de incurrir en graves errores mecánicos. En la última quincena le habían quedado claras unas cuantas cosas. Si su empresa con Peter fracasaba, Gertrude no debía llegar a saberlo jamás. Parte del infierno personal en el que había vuelto a caer consistía en lo siguiente: Anne pensaba que, si Gertrude se enteraba de que ella había estado enamorada de Peter en vano, la relación entre ambas se volvería intolerable. Quizá, por alguna razón, lo intolerable podría llegar a tolerarse y lo insostenible podría llegar a soportarse, pero Anne no se veía capaz de pensar a tan largo plazo. Ni tampoco le era posible saber que Gertrude sentiría o haría en el caso de que su proyecto saliera bien; pero, a ese respecto, Anne se mantenía escéptica y no se preocupaba tanto. Un haz de luz enmascaraba esa posibilidad y, si Peter llegaba a quererla algún día, todas las piezas acabarían por encajar.

Mientras tanto, Anne lo vigilaba con ojos de lince: lo examinaba a conciencia, meditaba sobre él y sometía su voluntad a la de él. Por el momento, lo invitaba a su casa con una estudiada infrecuencia. Él no la invitaba a la suya, pero porque él nunca invitaba a nadie. En cualquier caso, Anne tenía la sensación de haber detectado un ligero cambio en su último encuentro: parecía un poco menos obsesionado, un poco menos desdichado, y ella, en lo más oculto y recóndito de su corazón, se permitió pensar: «*Se está recuperando*». Pero todavía no se atrevía a tenderle la mano que habría de cambiar el mundo.

Por supuesto, también meditaba sobre su otro visitante. Ahora se inclinaba a pensar que había recibido una especie de visita «auténtica», es decir, que no había sido un sueño ni había tenido una alucinación inducida químicamente. La fuente de aquel fenómeno era, pues, una fuente espiritual. Tal consideración, sin embargo, aún dejaba muchos interrogantes sin responder. Anne contaba con la suficiente experiencia (después de todo, se había pasado muchos años como «profesional de la fe») para estar dispuesta a que la naturaleza de su revelación se le mostrase lentamente. La forma en que tal aparición se había prolongado, incluso fortalecido, en su mente y en su corazón le hacía sentir una especie de paciente fe en la realidad de lo sucedido. La verdad es que eso no excluía la posibilidad de que su visitante fuera el Otro o un representante del Otro, o algún intermediario espiritual ambiguo, una cierta ficción cuasimágica independiente y errante. Anne tenía presente lo terriblemente cerca que queda en los seres humanos todo lo espiritual de las profundas llamas de lo demoníaco. Por eso aguardaba: seguía cultivando la metafísica de la espera. Y *percibió* en su interior, como si del lento crecimiento de una planta inocente e indiferente se tratase, un renovado impulso hacia la adoración y hacia alguna forma de oración. Pero todavía no sabía qué clase de oración sería

aquella. A veces, sola en su dormitorio, se arrodillaba y se quedaba callada, sin palabras y en blanco. Se sentía muy agradecida a su visitante. Y, en cierto modo, fuera cual fuese su identidad, le pedía perdón por las intensas preocupaciones y los incontenibles deseos que la arrastraban y le hacían perder su tranquilo y humilde rumbo. «*Eso es lo primero que hay que controlar*», se repetía a sí misma y a cualquier cosa que hubiese más allá. A veces se sentía tan desgraciada que deseaba morir en el holocausto de alguna hazaña condenada al fracaso. A veces, cuando se sentía más tranquila y sosegada, pensaba que aquella calma era el disfraz adoptado por una malvada fantasía que la colocaba, por fin, en los salvadores brazos de Peter. «No hay lugar para una solución de compromiso, ni para la confusión. Cuando llegue el momento, o me querrá del todo o seré arrojada automáticamente al abismo.» ¿Encontraría, finalmente, un hogar en aquel vacío?

El Conde había pasado aquel ínterin sumido en una profunda tristeza. Lo que Anne había interpretado como signos de recuperación quizá se describirían mejor como impulsos de una desesperación racional. Había solicitado un traslado al norte, pero todavía no se lo había dicho a nadie. Lo único que deseaba en ese momento con todas sus fuerzas era poder marcharse de Londres. Se imaginaba solo en un escenario completamente distinto, en algún otro pisito secreto, con sus libros y con su aparato de radio. Aunque lo seguían invitando con mucho cariño, se mantenía alejado del «grupo de Ebury Street», que ahora se reunía en el piso de Manfred. Su apodo, por primera vez, le parecía una burla, una señal de simpático desprecio. Era hora de irse y empezar a relacionarse con personas que no conocieran su apodo. En el norte sería simplemente «Peter» desde el principio; para la gente de Londres no era más que un hazmerreír. Además, se sentía obligado a aceptar cada invitación de Gertrude. Estas invitaciones no consistían más que en tomar una copa con Tim y con ella, cada cinco días más o menos. También el Conde veía cómo Gertrude lo calculaba todo y también a él le irritaba (de hecho, casi lo enfurecía) la manera en que su afectuosa mirada iba de él a Tim y viceversa, así como el incoherente y tímido reclamo que expresaban dichas miradas. Gertrude quería que el Conde hiciera lo imposible: que aceptara su matrimonio con Tim y que, aun así, siguiera amándola.

Él luchaba o, mejor dicho, no luchaba, sino que convivía con los negros demonios de los celos, del resentimiento y del remordimiento, pecados que para él resultaban nuevos y ajenos. Nunca había creído que pudiera llegar a sentir tanta amargura. Aquella breve esperanza había convertido su amor, tranquilo y enclaustrado, en una rabia posesiva. Lo repasaba todo en su mente, una y otra vez, con el fin de averiguar qué había hecho mal: si hubiera puesto mayor empeño, si hubiera sido más activo, más agresivo; si hubiera demostrado más su amor o si hubiera sido menos discreto, menos altruista, menos distinguido... Así fue como un hombre más simple y con menos escrúpulos se llevó a la mujer a la que amaba. El Conde sonreía de manera insulsa y hablaba cortésmente con Tim y Gertrude mientras un velo negro le cubría los ojos. Tenía fe en que aquella cruel amargura se le pasaría. Pero el dolor..., eso sí que no se le pasaría.

Volvió la vista atrás, a cuando almorzó con Gertrude en el pequeño restaurante italiano de

Wardour Street, al día siguiente de que la resolución de Gertrude de casarse se revelara fallida. Ella no le dijo que había dejado a Tim, pero el Conde se había dado cuenta y se había alegrado. Y, además, en cuanto fue libre, Gertrude había acudido a él. Aquel *tête-à-tête* había sido probablemente el momento más feliz de toda la vida del Conde y, tal y como lo veía ahora, su último momento feliz, el final de su felicidad.

\* \* \*

Eran alrededor de las siete de la tarde. Una ligera lluvia plateada, que ahora caía suave e ininterrumpidamente, había puesto fin a un templado día de tormenta. Anne había cerrado las ventanas. Estaba redactando una solicitud de trabajo cuando Peter tocó el timbre de repente. Anne se había inscrito en una lista para ocupar un puesto de «profesora sustituta» y había recibido una oferta de un trabajo temporal para dar clases de francés en un colegio en Edmonton, si bien no empezaría hasta enero. Anne no supo interpretar el evidente estado de agitación del Conde, pero esta vez no se le pasó por la cabeza que pudiese tratarse de una declaración de amor.

—¿Ha pasado algo terrible? ¿Qué ocurre, Peter? Ay, ¿de qué se trata? ¿Qué ha pasado?

El Conde caminó hasta la ventana y se quedó allí plantado un momento, de espaldas a ella, como si estuviera tratando de recomponerse. La lluvia le había oscurecido el pelo y le había adherido unos largos y oscuros mechones a la parte trasera del cuello blanco de la camisa. El Conde había dejado caer el impermeable mojado en el suelo del recibidor. La luz del exterior, propia de un día de tormenta, bañaba la habitación; era una luz oscura, pero intensa. Al Conde, al volverse hacia Anne, se le iluminó la cara con una especie de brillo morboso, no como si estuviera horrorizado, sino más bien noqueado por alguna sorpresa revitalizante. Se apoyó en la ventana.

—Se trata de algo... insólito. Pero no puede ser verdad.

—¿Qué es, Peter? Me estás poniendo muy nerviosa. Me estás asustando.

—Oh, vaya, no te asustes. —La miró un momento con aquella mirada exánime, lúcida y delicada que ella ya conocía tan bien y que le infundía el deseo de echarse a sus brazos sin pensárselo dos veces. Luego recobró aquel semblante morboso e hizo una mueca de emoción contenida.

—¿Qué?

—Escucha —dijo—. Es muy *raro*... y no sé qué hacer... Es que... ayer por la tarde, bastante tarde, Manfred me llamó y me pidió que me pasara a verlo; y así lo hice, porque me pareció que tenía algo importante que decirme.

—Sí..., continúa... —Anne se había sentado en una silla y lo miraba fijamente.

—Bueno, pues esto fue lo que me dijo: al parecer, Ed Roper ha pasado una temporada en París. Cuando estaba allí conoció en un bar a un hombre que se llama Jimmy Roland, que es amigo de Tim Reede...

—¿Y?

—Y ese tal Roland le dijo a Ed que..., que... Bueno, es casi imposible de creer...

—¡Continúa!

—Que Tim tiene una amante, alguien de quien nunca le ha dicho a Gertrude ni una palabra y a quien sigue viendo; y que..., que él y la amante habían tramado una..., una especie de complot para que Tim se casara con una rica, y esa chica siguiera siendo su amante.

Anne se quedó esperando. Después de pronunciar aquellas palabras, Peter se dio la vuelta, con tal ímpetu que se chocó con el cristal de la ventana y a punto estuvo de romperlo. El sol, frente a él, se esforzaba por brillar a través de la lluvia.

—¿Eso es todo? —preguntó Anne tras un momento de silencio.

—¿*Eso es todo?*

—Quiero decir —repuso Anne— que, si solo se trata de una historia que un tipo le contó a Ed Roper en un bar, evidentemente es falsa. Una invención, un malentendido. Incluso me sorprende que..., que Ed Roper hable de ello... o que Manfred se la tome tan en serio... o...

—¿Cómo no van a hablar de ello o tomarla en serio? Siempre puede resultar falsa, claro, pero...

—Sí —dijo Anne lentamente—, aunque por supuesto no se puede... dejar de... intentar profundizar en el asunto, de una u otra manera.

Ahora Anne entendía el semblante enloquecido y enfermizo de la cara de Peter. Por muy culpable que él se sintiera por ello, ¿cómo podría no regocijarse ante tamaña barbaridad, si suponía el fin de Tim y Gertrude?

—Pero ¿lo habéis investigado? —preguntó ella—. ¿Sabéis quién es esa amante secreta? ¿Le habéis contado esa historia a Gertrude?

—No, *por supuesto* que no. Ed Roper se quedó absolutamente estupefacto y solo se lo contó a Manfred, y Manfred solo me lo ha contado a mí. Él se sentía en la obligación de actuar, pero no se le ocurría qué hacer. Me sugirió que viniera a verte.

—Seguro que hay algo que no me has dicho: ¿hay pruebas? Todo suena tan imposible, tan disparatado. ¿Dónde está ahora ese tal Roland? ¿Está...?

—Bueno, el caso es que anda desaparecido. Eso es parte del problema. Al parecer, es un tipo que siempre está de acá para allá, un hombre algo oscuro, sin domicilio fijo.

—Bueno, entonces, ¿Ed lo conoce bien?

—No, creo que no. Pero Ed piensa que la historia es cierta. No cree que Roland se la haya inventado; y, además, ¿por qué se la iba a inventar? No tenía ningún motivo.

—¿Y eso cómo lo sabemos? ¿Es amigo de Tim?

—Sí, pero Ed cree que más bien se trata de una especie de amigote del pub. Los conoce a ambos, a Tim y a la chica.

—¿Y quién es esa chica?

—Se llama Daisy Barrett. Es pintora. Según parece, ella y Tim vivieron juntos durante años.

—¿Y él nunca se lo ha contado a Gertrude?

—Manfred está prácticamente seguro de que no, pero no podemos tener la certeza de que así sea, claro. En todo caso, no puede haberle hablado... de semejante complot.

—¿Y él ha vuelto a estar con esa chica desde que empezó su relación con Gertrude?

—Sí, eso dicen.

Anne estaba segura de que, si Tim le hubiera hablado a Gertrude acerca de una relación de años, su amiga, para protegerse, por prudencia, le habría contado algo al respecto en algún momento, especialmente teniendo en cuenta lo mucho que le preocupaba la escéptica opinión que Anne tenía de Tim. Le habría dicho: «Por supuesto que Tim tuvo novia durante un tiempo, pero aquella relación ya había terminado antes de que se enamorara de mí». Como Gertrude no le había dicho nada por el estilo, era bastante probable que Gertrude no supiera absolutamente nada de la chica en cuestión.

—Es todo bastante confuso —dijo Anne. Pero su mente veloz ya se había formado una composición de lugar: Tim y Daisy, Gertrude y Peter. No era de extrañar pues que Peter pareciera sentirse tan emocionado y por ello tan culpable.

Entonces, el Conde se alejó de la ventana con cierta brusquedad y se sentó en el sofá, hundiéndose hasta que su rostro casi desapareció detrás de sus rodillas.

—Anne, ¿podría tomar algo? Estoy tremendamente conmocionado.

Anne se acercó lentamente al armario y sirvió un poco de jerez. Le dio un vaso. Sus manos no llegaron a tocarse. Ella siempre ponía mucho cuidado en no tocar al Conde. Entonces dijo:

—Me parece bastante posible que haya tenido una amante durante tanto tiempo y que se lo haya callado. Pero no creo que haya estado con ella desde que se casó; y ese plan de buscarse una esposa rica para mantener a su amante me parece sencillamente *impensable*: eso es algo malvado, y Tim no es así. Creo que es... Nunca te lo he dicho...

—¿Qué? —El Conde la miró con impaciencia.

«Ay, está tan *contento*», pensó ella con desesperación.

—No es más que una impresión... Pero creo que Tim es, por naturaleza, una especie de mentiroso compulsivo. Es como si quisiera que todo resultase fácil y agradable, y no confesaría ninguna verdad incómoda a menos que se viera obligado a ello... Siempre encontraría la manera de convencerse a sí mismo de que no tiene importancia. Puedo estar completamente equivocada, por supuesto.

Peter, ya más tranquilo, le dijo:

—Tim siempre me ha caído bien y nunca..., nunca lo he *juzgado*... desde un punto de vista moral. ¿Por qué iba a hacerlo? No me corresponde a mí juzgar a nadie...

Anne analizó su escrupulosa y delicada expresión de desconcierto y refunfuñó por lo bajo:

—Solo que ahora quizá nos veamos obligados a ello. Pero ¿qué podemos hacer al respecto? Es una historia descabellada, nada más. No deberíamos prestarle atención. No es de nuestra incumbencia.

Pero para Anne estaba claro que era absolutamente necesario tomar cartas en el asunto, comprobar los hechos, descubrir la verdad..., una verdad que bien podría ser su ruina y hacia la que debía *precipitarse* como se precipitaría a los brazos de su amado.

—¿Quieres decir que deberíamos desentendernos, olvidarnos de ello... y dejarlo pasar?

Anne reconoció en la expresión del rostro de Peter, cuyos pensamientos logró leer con toda

claridad, la otra cara de aquellos cálculos, tan cargados de escrúpulos, que ella misma estaba realizando: Peter no buscaría su propio beneficio en mayor medida de lo que ella podría buscar el suyo. Ahora que él, tras la emoción del primer momento, parecía comprender la situación y en qué posición se hallaba, cómo ganar y cómo perder, no tendría más remedio que dejarlos en paz, abstenerse de molestarlos, no hacer nada, nada en absoluto que pudiera desembocar en su separación. La imperiosa necesidad de actuar recaía sobre Anne.

La luz se había apagado en los ojos de Peter.

—Tienes toda la razón, Anne. No nos corresponde a nosotros hacer nada. Se lo diré a Manfred. Como bien dices, se trata de un asunto muy confuso.

—Pero, como tú dices, ¿cómo podríamos pasarlo por alto y no comprobar, o intentarlo al menos, si es verdad o no?

—Sí, pero..., ahora que lo pienso..., creo que esto no está bien. Una historia como esa, por descabellada que sea, no es prueba de nada. De ninguna manera podemos entrometernos...

—Pero debemos, al menos, investigar con discreción, tratar de averiguar si... Si hay algo de verdad en todo esto.

—Sí, pero por alguna razón ahora me doy cuenta de que no puede ser verdad.

—¿Qué cree Manfred que deberíamos hacer?

—No está seguro. Le gustaría, antes que nada, consultarlo contigo. Me dijo que quizá podríamos intentar averiguar algo.

—¿Se lo ha contado a alguien más?

—No. Pero no ve cómo podríamos sacar algo en claro sin... Y sería tan terrible que...

—El tal Roland anda desaparecido, ¿no es así? Pero ¿qué pasa con la chica, con Daisy Barrett? ¿Alguien sabe dónde está?

—No... Pero sabemos de un pub al que ella y Tim solían ir. Fue en ese mismo pub donde Jimmy Roland oyó cómo urdían el plan...

—Oh, no, es demasiado repugnante. Peter, no me lo puedo creer.

—Yo tampoco. Ojalá no te lo hubiera contado. Espero que podamos olvidarnos de ello.

—*No podemos*. ¿Dónde está ese pub?

—Es el Prince of Denmark. Está cerca de Fitzroy Square.

Anne tocó el timbre.

—¿Sí? —dijo una voz por el portero automático situado junto a la puerta.

—¿Es usted la señorita Barrett?

—Sí, ¿qué quieres?

—Soy amiga de Tim Reede. ¿Puedo pasar un momento?

Hubo una pausa.

—¿Eres una mujer?

—Sí.

Sonó un zumbido y la puerta se abrió. Anne entró en el edificio.

El portal estaba oscuro y apestaba. El nombre de la señorita Barrett aparecía escrito en la ranura correspondiente a la «Segunda Planta». Anne subió las escaleras y tocó la puerta.

—Pasa.

Daisy no había sido demasiado difícil de encontrar. Anne había decidido ir en persona al Prince of Denmark. Cuando le quedó totalmente claro que debía descubrir la verdad, por terrible que esta fuera, se apoderó de ella una energía feroz y apremiante. Tenía una misión y le correspondía a ella, y solo a ella, llevarla a cabo. Manfred sentía tantos escrúpulos y preocupaciones que era incapaz de actuar. Fue él quien, a través del Conde (pues ambos volvieron a verse al día siguiente de su revelación), le pidió a Anne que se pasase por su casa a hablar del asunto, pero Anne respondió que no hacía falta. Al parecer, pese a haber prometido ser discreto, Ed Roper ya les había contado el rumor a algunos de sus amigos y, de alguna manera, Moses Greenberg se había enterado y había llamado a Manfred por teléfono. Resultaba evidente (o, al menos, Anne manifestó que lo era) que alguien se tenía que ocupar de investigar aquello, y anunció que ella misma se encargaría y que lo haría de inmediato. Le explicó su plan al Conde. No podía ser más simple: daría con Daisy Barrett y hablaría con ella; y, si llegaba a la conclusión de que, tal como había anticipado, no «había ni un atisbo de verdad en todo aquello», se marcharía sin revelar lo que la había llevado hasta allí. Decidió no inventarse ninguna mentira elaborada. Estaba segura de que no tardaría en descubrir lo que necesitaba saber y de que sería mejor hablar con naturalidad y sin ningún esquema previo. El Conde, lógicamente, estaba aterrorizado. Le dijo, con ese estilo suyo tan pintoresco y pasado de moda, que se sentía en la obligación, sin duda alguna, de ocuparse de escoltarla hasta el pub. Anne le respondió con una brusquedad inusual:

—Peter, ya no soy una monja.

Aun así, lo cierto es que sí que se había sentido algo nerviosa, incluso acobardada, cuando finalmente traspuso la puerta del Prince of Denmark la tarde anterior. Serían las seis. Notó que le aterrorizaba especialmente la idea de mantener públicamente un abrupto cara a cara con Daisy Barrett, y la idea de verse obligada a pedirle que hablaran en privado. ¿Qué haría si descubriera que Tim estaba allí con ella en aquel momento? Anne quería averiguar dónde vivía Daisy. ¿Y si la gente la interrogaba, le preguntaba para qué había venido o le decía que se metiera en sus asuntos? Pero no surgió ninguna dificultad. Anne le preguntó al encargado, que a su vez preguntó a un hombre sentado en la barra, que a su vez preguntó a otro (este último resultó ser Piglet); fue él quien le dio la dirección de Daisy.

—¿Eres su amiga?

—Sí, acabo de llegar a Londres.

—Puede que se pase por aquí más tarde.

—Gracias.

Anne había decidido posponer la visita hasta la mañana siguiente.

Era casi mediodía. Había estado lloviendo. Ahora la luz del sol reverberaba en los tejados y en las

aceras mojadas, produciendo un resplandor azul. La luz reflejada iluminaba ampliamente el cuartito de Daisy y, al entrar, Anne se quedó deslumbrada. Aunque la ventana estaba abierta, la habitación apestaba a alcohol.

Al principio le pareció que allí no había nadie. Luego, en el rincón a su derecha, tras un biombo, distinguió a una mujer alta y delgada, que vestía vaqueros y una camisa caqui, trasteando con un hornillo de gas.

—Me pillas haciéndome el almuerzo —dijo Daisy Barrett—. ¿Quién demonios eres?

—Me llamo Anne Cavidge. Te ruego que me perdones...

Anne había decidido ir a casa de Daisy sin ninguna idea en mente respecto a cómo manejaría la situación. Ahora, de repente, estaba sin palabras, como si estuviera en medio de una visita social embarazosa; y lo cierto es que, de alguna manera, eso era exactamente lo que estaba haciendo.

—Tómame una copa —dijo Daisy.

Entonces salió de detrás del biombo y Anne pudo verla con más claridad: era alta, un poco más alta que Anne, y estaba muy delgada y demacrada. Llevaba el pelo corto, de un color grisáceo oscuro, enmarañado y peinado por detrás de las orejas. En su cara se le adivinaba el cansancio. No tenía apenas arrugas, pero la ansiedad y la exasperación habían dejado sus huellas; parecía consumida por el tiempo, aunque todavía era joven, incluso se notaba que era guapa. Tenía restos de una brillante sombra azul alrededor de sus grandes ojos marrón oscuro, y manchas secas y descoloridas de pintalabios en su alargada boca, cuyas comisuras caídas formaban unas arrugas largas y finas. Anne sintió una repentina compasión hacia ella y, al mismo tiempo, tuvo la sensación de que había algo formidable en aquella figura desaliñada y descuidada. Daisy no era en absoluto lo que se había esperado; y de pronto se dio cuenta de lo ingenua que había sido al imaginarse a «la amante» como a un peluche pequeño y más bien coqueto.

Anne estuvo a punto de rechazar la bebida, pero luego pensó que más le valía aceptarla.

—Gracias.

Daisy le sirvió un vaso grande de vino rosado de una garrafa, se sentó a la mesa y se sirvió otro para ella.

—Salud.

—Salud.

—¿Está lloviendo?

—No.

—Bueno, supongo que no puede estar lloviendo: eso de ahí fuera parece ser el sol. ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Anne Cavidge.

—Nunca he oído hablar de ti. ¿Eres pintora?

—No.

—En fin, entonces no tengo ni la más remota idea de quién eres. ¿Quieres almorzar algo? Hoy no tengo más que judías. Digo «hoy» como si otros días hubiera filetes de ternera. ¿Eres vegetariana?



—No.

—Pareces vegetariana.

—No tomaré nada, gracias —dijo Anne.

—Menos mal: no hay suficiente para las dos. Venga, que no hablaba en serio. Bebe. Aún no me has dicho qué quieres. Por cierto, ¿cómo me has encontrado?

—Pregunté en el Prince of Denmark.

—Nunca te he visto por el Prince. ¿Cómo sabes que conocía a Tim? Qué pregunta más tonta, si lo sabe todo el mundo...

—Por supuesto que sabía de ti y de Tim —dijo Anne—. Sé que habéis estado juntos durante años y...

—Vale, vale. Eres una tipa peculiar, ¿lo sabes? ¿De qué conoces a Tim? ¿Fuisteis juntos al colegio? ¿Andas buscando a un amigo al que perdiste hace mucho tiempo?

—No...

—Entonces ¿a qué viene todo esto? ¿Eres de la policía? Podrías ser policía, ahora que lo pienso.

—No. ¿Por qué has pensado en la policía?

—Siempre pienso en la policía. Y Tim, querida, es *capable de tout*. No se habrá metido en ningún problema... Bueno, él siempre anda metido en problemas. Pero no se ha metido en ningún problema concreto, ¿verdad?

—No.

—Pues me parece que así no vamos a llegar a ninguna parte. Pero no hablemos más de Tim: no estoy de humor. Hablemos de ti. ¿Qué edad tienes?

Anne se sonrojó ante aquella pregunta tan directa.

—Treinta y ocho.

—¿Cómo te ganas la vida? Tu impermeable es bastante caro, aunque no es nuevo. Por cierto, quítatelo y siéntate.

Anne se quitó el impermeable, que conservaba de la época del convento, y se sentó en una de las sillas cojas de la cocina. Llevaba un vestido de verano blanco de Liberty con un estampado rosa de flores de cerezo, regalo de Gertrude. Nerviosa, se remitió la falda por detrás de las rodillas. Tomó un sorbito de vino.

—Parece que solo hablo yo. No tengas tanto miedo: no te voy a comer. Me alegro de recibir una visita tan misteriosa: no tengo muchas, ni misteriosas ni de ninguna clase. Me gusta tu pelo. Lo llevas igual que yo. ¿Estás casada?

—No.

—¿Lesbiana?

—¿Cómo?

—¿Tortillera?

—No.

—¿A qué te dedicas entonces? ¿Eres escritora?

—No.

—Yo sí. Anda, tómate otro vaso de vino. No estás bebiendo nada.

—Creía que eras pintora —dijo Anne.

—No... Antes pintaba... Lo dejé... Soy novelista, aunque escribir es un infierno. Pero ¿qué es lo que haces con tu vida, si no eres escritora, ni pintora, ni homosexual, ni ama de casa?

—He sido monja hasta hace poco —dijo Anne. La conversación, que en absoluto estaba yendo como ella había pretendido, la desconcertaba, y no fue capaz de inventarse una mentira; tampoco quería hacerlo. No pudo evitar que Daisy le cayera bien. Pero había llegado la hora de tomar el control del interrogatorio y de averiguar aquello que necesitaba saber. Quizá no tuviera otra oportunidad más adelante. De hecho, quedaba totalmente descartado crear cualquier tipo de vínculo que pudiera conducir a otro encuentro posterior.

—¿Monja? ¡Oh, *Jesús!* Pero no de esas que están siempre calladas y a las que solo puedes ver tras unos barrotes, ¿no?

—Sí, era de esas.

—Pues debe de ser horrible. Aunque tiene algo de atractivo, algo, por así decirlo, de fascinante. Tendrías que escribir una novela sobre ello. Podría convertirse en todo un éxito de ventas, estoy segura. A la gente le encanta el morbo. Ojalá hubiera sido monja: así le habría dado un empujón a lo mío. ¿Por qué no escribes una novela? *Monja lo cuenta todo*. Seguro que en tu convento había movidas de todo tipo, ¿a que sí?

—No.

—¿Te estás poniendo colorada! ¿Por qué lo dejaste? ¿Te echaron?

—No. Perdí la fe.

—Católica, imagino, ¿no? Yo fui a una espantosa escuela conventual en Francia, hasta que me escapé. Nunca tuve fe. ¡Vaya mierda de infancia, si es que se la puede llamar así! ¿A qué te dedicas ahora?

—Estoy tratando de encontrar trabajo como profesora, pero...

—No ha habido suerte, ¿no? Estás en paro, como yo. Esta es una sociedad realmente asquerosa para la gente creativa. ¿Dónde vives?

—En Camden.

—¿A cuál sueles ir en tu zona? Me refiero al pub, Dios, ¿es que no entiendes inglés?

—No tengo ninguno.

—¿No tienes ninguno? Ah, bueno, era de esperar. Yo te buscaré uno. ¿Qué veneno te gusta? Perdona, quiero decir, ¿qué bebes? Te lo pregunto porque hay gente que solo bebe cerveza Young's o cosas así.

—Bebo vino...

—¿Ah, una borrachina! Me encantan los borrachines. Conozco cientos de bares de vino. Tú y yo podríamos irnos de vinos alguna vez. De todos modos, como vas al Prince of Denmark, también podríamos vernos allí.

—La verdad es que no suelo ir mucho...

—Bueno, pues ya es hora de que empieces, ¿no? Hoy en día todos vivimos de la Seguridad Social: tenemos que mantenernos unidos. ¿Por qué no quedamos en el Prince esta noche y te llevo a un bar de vinos increíble que hay en Hanway Street?

—Lo siento, pero no...

—Claro que todavía no sé por qué estás aquí. Pero, bueno, yo me tomo las cosas según me vienen. Es algo que una aprende a hacer. Aunque las cosas que te vienen normalmente son patadas en la boca. Pero al menos, por lo que veo, tú no eres una de ellas, ¿o sí?

Anne se puso colorada de nuevo. Sintió ganas de llorar. Dijo:

—La verdad es que he venido a hacerte unas preguntas. Son bastante aburridas. —Había descartado toda posibilidad de averiguar algo de forma discreta e indirecta. Intuyó que no obtendría la información si se andaba con tantos rodeos. Tendría que sacársela de golpe. Se sentía disgustada y avergonzada del papel que había aceptado representar. La intensa energía que tanto necesitaba se había esfumado.

—Claro, ¿cómo no se me ha ocurrido antes? Dios, qué torpe soy: ¿eres de los Servicios Sociales, eres una *benefactora*! Bien, adelante, querida. ¡Hay muchísimas cosas buenas que puedes hacer por mí! Todavía no he encontrado la manera de conseguir una Ayuda Suplementaria, ¿sabes?

—Me temo que no soy de los Servicios Sociales —dijo Anne.

—Entonces me doy por vencida. Toma un poco más de vino. Ponte algunas judías.

—Se trata de Tim...

—¡Ah, Tim! ¿Qué pasa con él? No serás por casualidad uno de sus viejos ligues, ¿verdad? En su momento estuvo con un montón de chicas galesas, todas chifladas. ¿Eres galesa?

—No. Y no soy...

—Parece que no eres nada.

—Me consta que viviste con Tim muchos años.

—Oh, sí, desde siempre.

—Y sigues viviendo con él.

—¡Ah, sí, claro! ¿A qué te crees que juegas, monja de los cojones?

—Perdóname. Te lo *voy a explicar*. Pero, por favor, responde antes a la pregunta.

—¿Que por qué no te tiro escaleras abajo? Pues porque debo de estar borracha.

Anne corrió la silla un poco hacia atrás y se colocó el impermeable sobre las rodillas. Comprobó dónde estaba la puerta. Daisy seguía sentada a la mesa. No había dejado de rellenarse generosamente el vaso.

—Tenáis un plan, ¿verdad? —dijo Anne—. Que Tim se casara con una mujer rica y que ambos siguierais juntos, viviendo a costa de su dinero.

—¡Oh, *Dios*! —dijo Daisy. Vació el vaso de un trago y luego se quedó mirando tranquilamente a Anne con sus enormes ojos etruscos.

—Lo siento —dijo Anne—, lo siento mucho, pero tengo que averiguarlo. ¿Es verdad o no?

—¿Por qué no iba a ser verdad? —dijo Daisy, mirándola con astucia.

—Porque es... imposible, es...

—¿Entonces por qué lo preguntas? Dios, parece que llevas horas aquí metida. La vida está llena de imposibles. ¿Acaso no te enseñaron eso en el convento? Si es que alguna vez has estado en uno. ¿No serás una detective privada?

—No.

—Creo que no me caes bien, después de todo.

—¿Entonces lo niegas?

—¿Que si lo niego? ¡Yo no niego nada! Lo planeamos, es cierto.

—¿Lo... hicisteis? ¿Y lo estáis llevando a cabo? ¿Seguís juntos?

—Solo dime una cosa, tía misteriosa: ¿por qué estás aquí? Y dime la verdad o te ganas un bofetón.

—Daisy se levantó de un salto. Anne se levantó también y se parapetó tras la silla.

—Te diré por qué estoy aquí —dijo Anne—: soy una vieja amiga de Gertrude, la esposa de Tim. Me ha llegado el rumor de que tú y Tim habíais planeado jugársela... y de que todavía estabais... Y yo quería averiguar si era verdad... No sabía qué creer...

—¡Ah, créete lo que te dé la gana! ¡Sí, claro que estamos viviendo del dinero de Gertie! Así que eres una vieja amiga de Gertrude... Ya *veo*. Ahora lo entiendo todo. La vieja amiga entrometida. ¡Estás enamorada de Gertrude! ¡Por eso es por lo que estás tan llena de rencor y de envidia y te presentas aquí y te dedicas a hacer todas esas insinuaciones y todas esas preguntas! ¡Dile a la maldita Gertrude que venga ella a hacer sus malditas preguntas! ¡Vete de aquí! ¡Joder, como si no tuviera ya suficientes problemas como para que encima tenga que aguantar ahora a una monja con problemas de abstinencia sexual! ¡Venga, *largo*! Y ni se te ocurra asomar esa carita de monja ruin por el Prince of Denmark o te aseguro que te la dejaré marcada. ¡Lárgate, *fuera*!

Anne se marchó corriendo. Casi se cayó por las escaleras. Cuando llegó al recibidor, abrió torpemente la puerta, desesperada, y salió huyendo, entre jadeos, calle abajo. Había empezado a llover y Anne empezó a llorar.

\* \* \*

—¿Te ha visto ya Samuel Orpen? —preguntó Gertrude—. Se me olvidó preguntarte.

—Sí, gracias —dijo Anne—. Me empastó la muela. Ahora está perfectamente.

—Es simpático, ¿verdad? ¿Te diste cuenta de que es católico? Tenía intención de decírtelo. Un converso. El padre de Guy se puso furioso.

—Creía que el padre de Guy era cristiano.

—Era un ateo anglicano; detestaba a Dios, pero añoraba en cierto modo su antigua religión.

—Pues sí, me di cuenta de que el señor Orpen era católico. Estuvimos hablando del Vaticano.

—Ojalá algún amigo mío fuera papa. Resultaría tan gracioso verlo salir de detrás del tapiz y decir: «Querida mía, he tenido un día espantoso. ¡Ponme una copa inmediatamente!».

—Sí—dijo Anne—. Sí.

—¿Qué te has hecho en la mano?

—No es nada.

—¿Te gusta el vestido de los cerezos? Es muy japonés. Se te ve estupenda. Por fin te estás poniendo morena, bueno, tienes algo de color. Te resalta los ojos.

Anne estaba en Ebury Street. Era la mañana siguiente a su encuentro con Daisy. Tim había salido de compras, a por pinturas y otras cosas, según dijo Gertrude. Anne se preguntó si estaría con Daisy. Le debía de resultar muy fácil pasar tiempo fuera.

El día anterior, Anne había vuelto directamente a su piso desde la casa de Daisy, y se había encontrado al Conde, que estaba al tanto de su misión, esperándola en la puerta. Mientras subía con él, Anne pensó en lo irónicamente triste que resultaba que al Conde le urgiese tanto verla por un asunto como aquel. De hecho, el Conde parecía fuera de sí. A punto de perder la dignidad.

—¿Entonces piensas que es verdad?

—Creo que puede ser cierto. Algo hay.

—Si hay *algo*, entonces es una catástrofe.

—Estoy de acuerdo. Es el final.

Anne dijo lo que pensaba: veía posible que Gertrude hubiera sido víctima de una especie de vaga conspiración y creía que era probable que Tim siguiera viéndose con Daisy. Le había impresionado la manera casual con la que Daisy, o al menos esa era la impresión que se había llevado, le había dado a entender que Tim le *pertenecía*. Sí, algo había. Y el Conde tenía razón: los detalles no importaban, con aquello bastaba. Era suficiente para precipitar el fin de Tim y con ello la quiebra de las esperanzas de Anne. La luz y la alegría regresarían a la vida de Peter. Ella lo miró y pensó: «Si lo amara de verdad, ¿no debería alegrarme por ese cambio en su semblante?».

El Conde se fue a ver a Manfred. Anne no lo acompañó: no quería ver a Peter, a Manfred y probablemente a Moses frotándose las manos, entusiasmados por lo que había ocurrido. Ninguno de ellos lamentaría la caída de Tim.

Anne se sentía apartada, desalentada. Ahora deseaba con todas sus fuerzas que los sucesos se precipitaran, quería que todo aquello saltara por los aires de una vez por todas. Por supuesto, las pruebas resultaban poco concluyentes, no eran nada claras; pero la impresión de Anne era sólida y no albergaba ninguna esperanza de que aquello se pudiera reconducir. En cualquier caso, tendría que contárselo a Gertrude. Los rumores que circulaban en el grupo ya eran de por sí razón suficiente para hacerlo. No sentía ninguna pena por su amiga: pasara lo que pasara, seguiría estando bendecida por la fortuna, había nacido con buena estrella. Tampoco sentía pena por Tim. No quería pensar en él. Todo aquel asunto le parecía de lo más turbio y desagradable. Pero sí que sentía una extraña y confusa pena por Daisy. La conspiración, si es que la hubo, debía de haber partido de Tim. Y, de todas maneras, se veía a la legua que formaban una pareja bastante tóxica.

Manfred habló con el Conde y también con Moses Greenberg. Los tres estaban de acuerdo en que Anne debía hablar con Gertrude. Dejaron que ella decidiera cómo hacerlo.

Era una mañana soleada. Hacía calor, había calima. Londres estaba llena de olores viciados, quizá los olores que hacían a los londinenses soñar con el campo. El Támesis apestaba. Había una huelga de ferrocarriles o algo así. La estación Victoria estaba repleta de viajeros inquietos y malhumorados.

El salón de Ebury Street olía a tigridias, que Gertrude acababa de estar arreglando. Había puesto las flores en la mesa de marquetería, junto a las bebidas, que habían vuelto a su lugar original.

—¿No son preciosas? Siempre me recuerdan a Alicia.

—Sí.

—¿Es demasiado temprano para tomar una copa?

—No voy a beber nada —dijo Anne—. Creo que lo voy a dejar otra vez.

—¡Oh, no!

—Creo que bebéis demasiado.

—¡Ay, querida, no seas tan estricta! ¡Moses vino ayer para decirme que debería gastar menos dinero!

—Supongo que es Tim el que se lo gasta —dijo Anne.

—¡Anda, deja de atacar a Tim! Siempre encuentras algo que decir contra el pobre muchacho. ¡Vale ya! Hoy estoy contenta y no voy a permitir que critiques nada ni a nadie. ¿Sabes qué? ¡Nos vamos a Grecia! Tim nunca ha estado allí.

Con el pelo más corto, convertido ahora en una caótica fregona de color castaño, Gertrude parecía haber rejuvenecido. Había vuelto a engordar y no dejaba de mirarse el rollizo brazo quemado por el sol, que quedaba al descubierto desde el codo. También el sol había extendido un tenue rubor de color ciruela sobre su cara lisa y morena. Llevaba puesto un elegante vestido nuevo, plisado y de algodón, con rayas verdes y marrones. También ella estaba gastándose el dinero, de eso no cabía duda.

—Anne, ¿tú has estado alguna vez en Grecia? No lo recuerdo.

—No.

Se produjo una breve pausa. Ambas sabían perfectamente, aunque decidieran pasar de puntillas sobre el asunto, que no era previsible que Gertrude la invitara a unirse a ellos en el viaje.

Sin venir a cuento, Gertrude dijo:

—¿Te gustaría ver los últimos cuadros de Tim? Ha vuelto a pintar, ¡estoy tan contenta! Pinta todos los días.

—Me encantaría. Pero dame un segundo —dijo Anne.

Se habían quedado de pie, una junto a la otra, al lado de la repisa de la chimenea, como solían hacer cuando se ponían a charlar en aquella habitación. Anne se giró y se dirigió hacia la ventana. Anegada por unas repentinas lágrimas, se puso a observar la calle soleada.

—¿Ocurre algo, querida? —preguntó Gertrude con voz temerosa.

Anne se secó las lágrimas con la mano y se giró. Estaba superada por el terrible papel que le había tocado representar, como si en vez de una simple amiga fuese una fiscal o una jueza, y también por su propia pérdida y por la inminente sensación de soledad absoluta que de repente había empezado a

arremolinarse a su alrededor como una especie de niebla blanca. Los acontecimientos que se avecinaban ¿la privarían también de Gertrude?

—¿Anne! —Gertrude hizo el ademán de acercarse a ella con intención de abrazarla, pero Anne la detuvo con un gesto.

—Se trata de Tim.

—¿Ha tenido un accidente? ¿Le ha pasado algo y nadie me lo ha dicho?

—No, está bien, está perfectamente. No es nada de eso. Escucha, Gertrude, puede que esto no tenga ningún fundamento, ninguno en absoluto, pero Manfred y Moses y el Conde piensan que debo contarte una cosa. Bueno, quizá ya lo sepas, o al menos en parte...

—¿El qué? —El rostro de Gertrude se puso rígido. De pronto tenía la cara surcada de arrugas, casi parecía fea.

—¿Te importaría que nos sentáramos? —dijo Anne. Tomó asiento en el sofá y Gertrude acercó una silla.

—Venga, dímelo. ¿Qué...?

—Bueno... Al parecer Tim tuvo una pareja formal durante años. Supongo que ya sabrás algo de ella, se llama Daisy Barrett.

Gertrude titubeó; a punto estuvo de decir: «¡Ah, sí, Daisy, claro!». Pero un pavor escalofriante y la terrible expresión de severidad en la cara de Anne la obligaron a decir la verdad.

—No.

Anne suspiró.

—Bueno, lo que te voy a contar ahora es solo un rumor, aunque tenemos algún indicio de que pueda ser más que eso. Hay quien dice que... Bueno, que Tim todavía tiene relaciones con esa mujer, o al menos que las ha tenido hasta hace bien poco. Y... la cuestión es que, al parecer, planearon que él se casaría con una mujer rica y que mientras tanto ellos dos seguirían viviendo juntos con su dinero.

Gertrude se quedó mirando fijamente a Anne. Luego la cara se le relajó un poco. La miró con severidad.

—Pensé que lo que tenías que decirme era algo realmente importante.

—¿Esto no te parece importante?

—No. No es más que un rumor, un cuento. ¿De dónde te has sacado esa historia? No puede ser verdad. No es más que una locura, un disparate.

—Eso pensé yo al principio, pero parece...

—Tim me quiere. ¡Estamos juntos todo el tiempo!

—Ahora, por ejemplo, no estáis juntos.

—¿Insinúas que...? Anne, lo que dices es horrible, y *miserable*. ¿De dónde demonios has sacado esa basura? ¡Es infame!

—Déjame que te lo explique —dijo Anne; ahora estaba más tranquila, más serena. Ya no sentía ganas de llorar—. ¿Has oído hablar de un hombre llamado Jimmy Roland?

—Sí, Tim lo ha mencionado alguna vez. Compartían un estudio. Nunca he llegado a conocerlo.

—Ed Roper coincidió con ese tipo en París, y él le dijo que Tim había vivido durante años con esa chica, Daisy Barrett, e incluso durante la época en la que se supone que se enamoró de ti. Y que el plan era que Tim se casara con una rica y que siguieran juntos después de eso.

—Eso no es verdad, Anne. *Sé* que no es verdad. Dices que «se supone» que se enamoró de mí; pero es que *sí* que se enamoró de mí. *Está* enamorado. ¡Y eso una mujer lo sabe! Puede que Tim tuviera alguna novia hace años... Es evidente que ha tenido relaciones con otras mujeres. Me ha contado un montón de cosas... Pero debe de haber alguna confusión. ¿Esa mujer existe de verdad? ¿Alguien la ha visto?

—Sí —dijo Anne—. Estuve con ella ayer.

—Dios mío... ¿Y...?

—Ella me lo confirmó, me *dijo* que habían urdido ese plan y que seguía viéndose con Tim. Por supuesto...

—Anne, Anne, creo que te has pasado demasiado tiempo en el convento y no sabes que la gente miente. ¿Por qué habríamos de creer a esa mujer? Podría ser una histérica, o estar celosa, quizá su único propósito sea vengarse por algo... Todo esto es absurdo. Pero lo que más me duele... es que hayas estado actuando así, a mis espaldas...

—Lo siento —dijo Anne—. Claro que la gente miente. Pero ¿qué podíamos hacer nosotros? No íbamos a pasarlo por alto así sin más cuando...

—¿Nosotros? ¿Cuántos habéis estado dándole vueltas a ese rumor? ¿Hasta dónde han llegado los corrillos? Solo has mencionado a Manfred y al Conde... Oh, estoy tan *disgustada*, tan *impactada*...

Gertrude se levantó de un salto y se aproximó a la ventana, igual que había hecho Anne. Se quedó mirando al exterior, desesperada, como buscando algo de ayuda en un mundo que no sabía nada de sus problemas. Se hundió los dedos en el pelo y se frotó la cara. Notó que le ardía. Luego volvió y se quedó de pie junto a la repisa de la chimenea. Clavó la mirada en su amiga. Tomó el mono violonchelista de porcelana y lo sostuvo en la mano distraídamente.

—También lo sabe Moses —dijo Anne—. ¡Teníamos que hacer algo! Fueron ellos los que propusieron que fuese yo quien viniese a decírtelo, que te lo contase, simplemente. Y, por supuesto, también lo sabe Ed Roper, y parece que él se lo ha contado a un par de personas más. Moses lo sabe por otra persona.

—*Maldito* Ed Roper. O sea, que puede que lo sepa *cualquiera*... Cuando es *mentira*, una *mentira repugnante*... Anne, ¿cómo *puedes*...?

Anne le sostuvo la mirada a Gertrude, una mirada abrasadora y rabiosa. Pensó, casi para apaciguar sus propios sentimientos: «Lo que pasa es que no lo soporta. No soporta el desprestigio. Todavía no se lo cree, pero la enfurece que la gente pueda llegar a creérselo».

—No es culpa mía —dijo Anne—: yo solo soy la mensajera. Cuando corre un rumor desagradable, al final siempre acabas enterándote por alguien. ¿Acaso no es mejor que lo sepas por mí? Querida, por favor, no te enfades tanto.



—No estoy «enfadada». Estoy... ¡Es que es *infame!* Es tan *ridículo!*... El Conde y tú sois increíblemente ingenuos, pero es Manfred quien más me sorprende. De todas formas, sigo sin entenderlo. Dices que viste a esa mujer, ¿cierto? ¿Cómo se llama?

—Daisy Barrett. Ed se enteró de esta historia por Jimmy Roland, que, según tú misma dices, es amigo de Tim. Roland le dijo que Tim y esa mujer...

—¡Sí, sí, sí, deja de repetirlo, habían acordado que Tim se casara conmigo para vivir a mi costa! Anne, Anne, ¡párate a *pensarlo* un segundo!

—Sé que parece una locura —dijo Anne, inmóvil, y alzó la mirada—. ¡No estoy diciendo que sea cierto! Pero debe de haber algo que haya puesto en marcha esta historia. La parte que fui capaz de averiguar parecía encajar...

—¿Cómo localizaste a esa mujer?

—Conseguí su dirección en un pub por el que suele pasar; Roland le habló de ese pub a Ed. Ella me dijo que había sido la amante de Tim durante años; y me dio a entender que lo seguía siendo; también me dijo que efectivamente habían ideado ese plan... Por supuesto, es posible que me haya mentado en todo. Aunque me dio la impresión de que mucho de lo que me dijo era verdad. Pero ¿no sería mejor que le preguntaras a Tim directamente? Si finalmente todo este asunto no fuera más que una maliciosa invención, como dices, lo mejor sería que lo acallaras cuanto antes.

—«Acallar», ¡qué palabra tan curiosa! —dijo Gertrude. No podía, ni siquiera en un momento de tan extrema intensidad emocional, sustraerse al hábito, aprendido de Guy, de pararse a examinar las palabras que se utilizaban en su presencia. Parecía un poco más calmada—. Vale, de acuerdo. Sé que tú no tienes la culpa. ¿Cómo es ella?

—Desaliñada, masculina, delgada, más bien demacrada. Parecía una mujer culta. Se supone que era pintora, pero me dijo que estaba escribiendo una novela. Vive en un apartamento muy cochambroso cerca de Shepherd's Bush. Bebe mucho.

Gertrude se quedó pensativa.

—Es evidente que está mintiendo. Puede que se trate de alguien a quien Tim conoció hace años. Quizá se haya enterado de que se ha casado y se haya inventado todo eso para sacarnos dinero... Aunque no tengo ni idea de cómo piensa hacerlo.

—Yo tampoco —dijo Anne—; y, por alguna razón, no me dio la impresión de que fuera la clase de persona que se inventaría algo para chantajear a alguien. De hecho, me cayó bien.

—¿Que te *cayó bien*?

—Sí, ¿por qué no? Sacamos impresiones de la gente de manera involuntaria.

—¿No decías que era una borracha?

—Eso me pareció. Puede que sea una irresponsable, una chiflada; quiero decir que puede que esté un poco desquiciada... Es excéntrica, desde luego...

—¿Te *cayó bien* alguien que se dedica a difamar a mi marido de la manera más repulsiva que se pueda imaginar?

—No, bueno, no debería haber dicho eso. Lo que quiero decir es que no me parece una paranoica

declarada o una mentirosa vengativa, simplemente. Gertrude, no sé qué pensar. Ya te he dicho todo lo que te tenía que decir.

—Se nota que disfrutas con todo esto. Siempre has estado en contra de Tim. Siempre lo has detestado y te has esforzado por desacreditarlo y por menospreciarlo...

—¡En absoluto estoy disfrutando con esto!

«¡Ay, si supieras lo poco que lo estoy disfrutando! —pensó Anne—. ¡Si supieras con qué diligente rigurosidad estoy actuando contra mis propios intereses!»

—Desprecias a Tim.

—No. Solo pensaba, y sigo pensando, que no es lo bastante bueno para ti.

—No sabes nada de él. No lo entiendes. Lo que pasa es que estás *celosa*, miserablemente *celosa*...

—Al menos yo no ando detrás de tu dinero —dijo Anne.

El mono violonchelista de porcelana cayó al suelo y se rompió en pedazos. Anne se puso de pie. Ambas bajaron la mirada y se fijaron en los trozos, que se habían desperdigado por las baldosas verdes que rodeaban la chimenea.

A Anne se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Cariño, lo siento mucho.

—Yo también lo siento —dijo Gertrude, alejándose—. Perdóname. Estoy conmocionada. Me siento atacada. No te culpo. Pero eres tú la que está propiciando esta horrible y disparatada situación... y con una especie de regocijo... O quizá me lo esté imaginando... Sé que no *quieres* hacerme daño. Supongo que, si la gente está hablando, alguien tenía que decírmelo. Simplemente desearía que no hubieras sido tú. Ojalá hubiera sido el Conde.

—El Conde..., sí... Ojalá te hubieras casado con él.

Se oyó un ruido fuera, un ruido que las dejó paralizadas. Entonces se volvieron la una hacia la otra, se miraron fijamente y se apresuraron a limpiarse los restos de lágrimas. El ruido era el de la llave entrando en la cerradura de la puerta principal.

Tim llegó canturreando y entró en el salón con los paquetes a cuestas.

—Ya estoy aquí. Ah, hola, Anne.

Se paró en seco, mirando alternativamente a una y a otra.

—¿Qué ocurre?

—Me voy —dijo Anne rápidamente.

—No, Anne, no te vayas. Quiero que oigas a Tim negar todos esos repugnantes disparates.

—¿Qué disparate? —dijo Tim. Pareció alarmado y después aterrizado.

—Tim —dijo Gertrude—, ¿has mantenido una relación con una mujer que se llama Daisy Barrett y has vuelto a estar con ella desde..., desde lo de Francia? ¿Planeasteis juntos que te casarías con una mujer rica para aprovecharos de ella? —Gertrude tenía los ojos enrojecidos y los labios húmedos, pero su voz era firme, y se la notaba serena.

El efecto sobre Tim fue inmediato, casi violento: los paquetes se le resbalaron de las manos y

cayeron al suelo. Su cara se enrojeció desde el cuello hasta la frente. Se quedó boquiabierto, paralizado, mirando a su mujer con los ojos llenos de espanto, la viva imagen de la culpa y del miedo, de un miedo enmudecedor.

Anne pasó precipitadamente a su lado y abandonó la habitación. Cruzó el recibidor y cogió su impermeable negro, el que solía usar en el convento. Abandonó el piso, bajó las escaleras a toda velocidad y echó a correr por la calle tan deprisa como había corrido el día anterior para escapar de Daisy Barrett.

—Ay, Tim —dijo Gertrude, y los ojos se le inundaron de lágrimas. Sus palabras sonaban huecas, como el eco de una sentencia definitiva.

—Así que sabes lo de Daisy... —dijo Tim. Sentía la mente embotada por la confusión, la estupidez, el abatimiento y una especie de rabia vengativa contra el destino, contra sí mismo.

—Entonces es verdad... —dijo Gertrude. En cuanto pronunció aquella sentencia, casi desesperada, volvió a mostrarse igual de fría, severa y aterradora que antes. Buscó un pañuelo en su bolsillo y luego, volviéndole la espalda a Tim, en su bolso. Se secó los ojos con él. Después recogió los pedazos del mono de porcelana y los colocó delicadamente sobre la repisa de la chimenea.

—Bueno, sí... —dijo Tim—. Es decir, no sé qué es lo que necesitas saber exactamente. Debería habértelo contado hace mucho tiempo. Iba a hacerlo, te lo aseguro. Sé que he sido un estúpido, pero no creo haber hecho nada malo. Bueno, supongo que algo habré hecho mal, pero verás...

—¿Ibas a contarme que llevas todo este tiempo engañándome de esa manera tan despiadada?

—Sé que debería habértelo dicho, pero no me pareció que tuviera tanta importancia. Decidí esperar. Eso no es lo mismo que engañarte... Bueno, supongo que sí...

—¿Es cierto que viviste durante años con esa mujer?

—Sí, pero...

—Y todavía sigues con ella, ¿verdad? Es tu amante, ¿no es así?

—¡No!

—¿Has vuelto a estar con ella desde que nos... enamoramos...?

Al igual que muchos mentirosos impulsivos y poco calculadores, Tim era demasiado perezoso como para elaborar cuidadosamente sus mentiras, y, ante la evidencia, quizá como un gesto simbólico hacia su conciencia, tendía a confesar toda la verdad.

—Sí —dijo.

—Entonces todo se ha acabado, ¿verdad? —dijo Gertrude—. Todo se ha acabado entre tú y yo. Todo se ha terminado.

—No lo entiendes —dijo Tim—. La *dejé*, la dejé de verdad; y luego volví a verla, pero fue, no fue...

—Y también acordaste con ella que te casarías con una mujer rica para que tú y tu amante pudierais vivir a cuerpo de rey...

—*Hablamos* de eso, sí —dijo Tim—, pero nunca fue más que una broma, una *broma* entre nosotros. Nunca...

—Una broma entre vosotros —dijo Gertrude—, una broma que sin embargo has conseguido llevar bastante lejos. ¡Así que bromeabais con lo de casarte conmigo!

—No. No me has entendido —dijo él. Estaba intentado recapitular todo lo que había dicho en los últimos minutos—. Es verdad que vi a Daisy después de que tú y yo...

—¿Y te acostaste con ella?

—Sí. Fue después de aquella vez en que más o menos me dejaste; después de que me dijeras que... se había acabado..., y sí, volví con ella...

—Te volviste a casa con ella. Nunca la habías dejado del todo.

—¡Sí que la había dejado!

—Y yo nunca te dije que se hubiera acabado —añadió Gertrude—. Quiero decir, yo... simplemente me desanimé, me sentía desgraciada y..., y *desconsolada*... Fue una mala época... En ese momento, precisamente, te necesitaba más que a nadie... y entonces tú saliste corriendo y...

—Pero eso ya se ha acabado, se ha *acabado*. No he visto a Daisy...

—¿Dónde has estado esta mañana?

—¡Gertrude! Fui a la tienda a comprar, oh, Dios, a comprar pinturas y lápices de cera. Mira, hasta te he traído un..., un regalito... Gertrude, querida, no pensarás que había ido a... Sabes que no...

Le había tendido las manos, pero ella no se dignó ni a mirarlo. Mantuvo la mirada fija en los trozos de porcelana sobre la repisa de la chimenea y entonces, con un ademán violento, los volvió a tirar de un manotazo.

—Ya no puedo confiar en ti —dijo con cansancio—. Creo que eres un mentiroso. Sea lo que sea lo que haya pasado, lo que me has contado son mentiras..., mentiras muy graves... e hirientes... ¡Me has estado engañando! Quizá aún sigas haciéndolo. Todo el mundo me decía que eras un mentiroso y un hombre despreciable...

—Gertrude, cariño, mi amor, no me hables así...

—Será mejor que te vuelvas con Daisy. Por lo que Anne dice de ella, parece que te pega más que yo.

—¿Anne? ¿Qué tiene que ver Anne con esto? ¡Así que todo es cosa de Anne! Sabía que me odiaba, pero... —Por primera vez, Tim empezó a preguntarse cómo le podía estar ocurriendo aquello. *¿Por qué* ahora, de repente, se le caía el mundo encima, de aquella manera tan terrible, tan injusta?

—Sí, Anne fue a ver a tu querida Daisy Barrett y tu querida Daisy Barrett le dijo que todo era cierto. Yo no me lo creía. Ahora sí.

—¡Pero no es cierto!

—¡Acabas de decir que sí!

—Sí, pero no de la forma en que tú dices... Y la he dejado, te lo juro... Ay, todo esto es tremendamente complicado, un lío...

—Eso parece. Y a mí no me gustan los líos.

—Pero ¿cómo que *Anne*... ha visto a *Daisy*...? ¿Cómo es posible?

—Tu amigo Jimmy Roland se encontró con Ed Roper en París y él se lo contó todo. Así es como

nos hemos enterado. Entonces Anne averiguó dónde vivía tu amante y le hizo una visita. Es bastante sencillo.

—Pero, Gertrude —dijo Tim—, ¿hace mucho que lo sabías?

—¡No, claro que no! No soy tan buena actriz ni tan mentirosa como tú. ¿Acaso crees que habría estado contigo como lo he estado, si hubiera sabido de este... sucio engaño? Anne me lo ha contado esta misma mañana. Y según parece, todo el mundo lo sabe ya. Debo de ser la última en enterarme. En cualquier caso, al menos tendrán la satisfacción de decirme que me lo advirtieron.

El terror parecía estar privando a Tim de sus facultades mentales.

—Pero, Gertrude, créeme, no tiene tanta importancia que no te hablara de Daisy. Sé que debería haber...

—¿Quieres decir que no tiene importancia que mi marido esté utilizando mi dinero para mantener a su amante?

—Pero es que no es así, *no lo es*, NO...

—Me resulta imposible confiar en ti, Tim —dijo Gertrude—. No sé lo que planeasteis o dejasteis de planear, o lo que pretendíais o dejasteis de pretender. Sencillamente, ya no formas parte de mi vida.

—¡Claro que formo parte de tu vida! ¡Ah, maldito sea el dinero!

—¿Por qué «maldito»? ¿Acaso no te casaste conmigo por mi dinero?

—No. Yo te quiero. Y lo *sabes*...

—Puede ser. Pero todo indica que la quieres más a ella.

—¡No, *no*...!

—Gritar no te va a servir de nada. Tú y yo hemos terminado, Tim.

—Pero todo eso pasó hace siglos. Bueno, la verdad es que no fue hace tanto tiempo, aunque...

—¿Te refieres a ayer, o quizá a esta mañana? Ahora es un poco tarde para que te deshagas de ella solo porque te han descubierto. Además, no sería justo para ella. También tiene derechos, ¿no crees? ¿Cuántos años estuviste con ella?

Tim se quedó en silencio. Luego dijo:

—Muchos años.

—Bueno, pues entonces... —dijo Gertrude. Al fin lo miró, y, por un momento, ambos se quedaron en silencio.

Sonó el teléfono. Gertrude lo cogió.

—Ah, hola, Manfred... Sí... Sí, Anne me lo ha contado todo. Me gustaría verte, ahora si es posible... No, iré yo a tu casa... Sí, a almorzar está bien, aunque no me apetece mucho comer, precisamente. ¿Y crees que podrías avisar también al Conde y a Moses?... Sí, creo que voy a necesitar asesoramiento de Moses. Gracias por llamar. Estaré ahí en una media hora. —Y colgó el teléfono.

—Anda, Gertrude, ¿por qué no almorzamos aquí, tú y yo? Llevo toda la mañana deseando que llegue la hora del almuerzo. He comprado ciruelas y queso Caerphilly y quiero enseñarte tu regalo... —Por un momento, Tim pareció haberse olvidado de lo que había pasado.

—No. ¡Pobre Tim! —dijo Gertrude con voz cansada. Cruzó la habitación, dando un rodeo para esquivarlo, y se metió en el dormitorio. Tim la siguió y se paró en la puerta. Ella se había puesto a preparar una maleta.

—¡Cariño! ¡No te pongas tan *furiosa*, no me dejes, no te vayas con *ellos*!

—Has sido tú el que me ha dejado.

—¡Yo no te he dejado! No entiendo qué es lo que ha pasado, se han mezclado un montón de cosas diferentes. Te has formado una idea equivocada, créeme. No te vayas ahora, de esta manera tan espantosa. Déjame explicártelo. No he hecho nada malo, de verdad que no. Te lo juro...

—Ah, no importa lo mal que lo hayas hecho —dijo Gertrude—; lo que importa es que el mal que has hecho es suficiente para que lo nuestro acabe. Si yo fuera otra clase de persona, quizá nada de esto tendría importancia. Pero no lo soy; así es como soy yo. No puedo compartirme, sea de la manera que sea, con una amante con la que llevas años y años viéndote. No puedo fingir que todo va bien y seguir adelante como si nada..., aunque me jures que vas a dejar a esa mujer.

—¡Pero si ya la he dejado!

—No tengo por qué creerte. No puedo vivir preguntándome a cada momento dónde te encuentras y qué estás haciendo. Me entregué a ti por completo. No quiero solo una parte de ti.

—¡No tienes solo una parte! Gertrude, no te he mentado..., es decir, no te conté toda la verdad cuando debía, pero *no* es cierto que haya hecho todo lo que has dicho. ¿No vas a escucharme y permitirme que te pida perdón? Así podrás perdonar lo que haya que perdonar.

—Creo que no me has entendido —dijo Gertrude—. No es cuestión de que te perdone o no: lo que había entre nosotros está roto; ya no sigue ahí.

—Pero te lo puedo *explicar*... Ay, no dejes de quererme o me moriré.

—No trates de conservarme de esa manera —dijo ella, cerrando la maleta—. Solo son sentimientos. ¿Acaso crees que yo no tengo también sentimientos? Te amaba y me casé contigo en contra de los consejos de todos aquellos en quienes confiaba; y cuando todavía estaba de luto. ¿Cómo crees que me siento ahora? Si nos echáramos a llorar el uno en los brazos del otro, tendríamos que rehacer todo esto de nuevo.

—Pero, Gertrude, ¿adónde vas, cuándo volverás a casa? Tienes que dejar que me defienda. Lo has malinterpretado todo o, por lo menos, una parte. No es como tú crees...

—Supongo que me quedaré un tiempo con alguien, en algún sitio. No sé con quién, pero desde luego, será en un lugar donde no puedas encontrarme. Y te ruego que no lo intentes. Tim, francamente, creo que es mejor hacerlo así, rápido... De lo contrario, los dos nos moriremos de pena. Sé que me quieres... más o menos; pero eso no basta, a mí no me basta. No eres lo bastante bueno, todo el mundo me lo decía.

—Pero, cariño mío, eres mi esposa, ¿qué puedo hacer? No puedes marcharte así, no puedes abandonarme... Dile a Manfred que no irás... Quédate y deja que...

—Puedes quedarte aquí si quieres. Bueno, no, preferiría que no te quedaras. No pienso volver en un tiempo y quiero que para cuando regrese ya no estés aquí. Prefiero que te marches tan pronto

como puedas; y llévate tus cosas. Vete con ella. Pero, por favor, no la traigas aquí. Eso es lo único que te pido.

—Gertrude, me estás matando, estás *furiosa*, eso es todo. No ha pasado nada parecido a lo que te imaginas. Soy tuyo, tuyo, no soy de nadie más... Por favor, por favor, por favor, no te vayas, no me dejes, cariño, cariño mío...

—Tim, *no*; simplemente *no*... Sé comprensivo conmigo y no insistas. Sé que lo sientes, sé que estás abatido porque te he descubierto, pero pronto te sentirás mejor. Ya lo verás.

—No puedes irte así, sin más...

—Ya no somos los que éramos... Y no te imaginas lo que desearía que lo fuéramos, pero no lo somos... Todo ha cambiado entre nosotros; todo se ha echado a perder. Y ahora quítate de en medio, por favor.

—No dejaré que te vayas.

—No me toques. *Por favor*.

Gertrude tenía la cara anegada en lágrimas. Cogió la maleta y se dirigió a la puerta del dormitorio. Tim trató de sujetarla por el brazo, pero ella lo esquivó y cruzó rápidamente el recibidor.

—Y no me sigas. No quiero montar una escena en la calle. —Se escabulló y dio un portazo.

Tim abrió la puerta de un tirón.

—¡Gertrude!

La puerta de la calle también se cerró de un portazo. Tim bajó corriendo unos cuantos escalones y luego volvió, despacio. Entró en el piso, en el salón. Se tumbó en el suelo, en medio de los paquetes desperdigados, y soltó un alarido.

---

[38]. La cita pertenece al discurso del rey Claudio de Dinamarca en *Hamlet*, acto I, escena 2. En ella, se hace referencia a que la reina Gertrudis, la madre de Hamlet, no tardó mucho en casarse con Claudio tras la muerte de su difunto marido.

[39]. Cita de *Las dieciséis revelaciones del amor divino* de Juliana de Norwich, capítulo 41. En una de sus visiones, Juliana refiere que Cristo le hace esa pregunta.

[40]. Cita de *Hamlet*, acto I, escena 2: «Apenas un mes, y aun antes de que se ajaran aquellos zapatos con los que, toda lágrimas como Níobe, anduviera en comitiva tras el cuerpo de mi pobre padre». En su soliloquio, Hamlet se lamenta de lo poco que su madre, Gertrudis, ha tardado en casarse con su cuñado Claudio.

## VI

—¡Qué pelmazo eres, querido! —dijo Daisy—. Ahora te vemos, ahora no te vemos. Pensé que me había deshecho de ti. Pero justo cuando había empezado a celebrarlo, ¡sorpresa, sorpresa!, vuelves a salir de la chistera. Y lo peor es que ni siquiera te alegras de haber vuelto.

Tim estaba sentado en la cama de Daisy mirando fijamente al frente. Estaba inmóvil y su rostro no tenía expresión; solo parpadeaba, y muy de vez en cuando.

—Vamos, Ojitos Azules, anímate. Da señales de vida. Nunca te había visto así. Normalmente no paras ni un segundo, siempre estás haciendo el tonto, como un escarabajo de agua. Y ya llevas varias horas ahí sentado, como una puñetera estatua. ¿Qué se supone que tengo que hacer, posarme en tu cabeza?

—Lo siento —dijo Tim. Las palabras le salieron como un suspiro. Pero no se inmutó: mantuvo la mirada fija en la ventana.

—Bueno, entonces se ha acabado —dijo Daisy—. Era una relación imposible desde el principio, hasta tú lo decías. Cualquiera podía ver que era una locura. Uy, fíjate. Todavía estás conmocionado; pero pronto sentirás un alivio desenfrenado, créeme. ¡Maldita sea, eres *libre*! Por el amor de Dios, tómate una copa, joder.

Tim negó con la cabeza.

—¿Estás embrujado o qué? ¿Te ha entrado la depre, o es que durante todo este tiempo te han sometido a un tratamiento de *electroshock*?

Tim no dijo nada.

—Hace una tarde estupenda. ¿Por qué no vamos al Prince of Denmark? Iremos dando un paseo si lo prefieres; tú siempre querías ir andando y a mí nunca me apetecía. Eso te gustaría, ¿no? Dar un paseo te vendría bien.

—Ve tú —murmuró Tim.

—¡Oh, Dios! ¿Qué voy a hacer contigo? Si te sientes tan jodidamente débil, ¿por qué no te tumbas como es debido y descansas un poco en vez de quedarte ahí sentado como una estatua de cera? Me estás dando escalofríos. Y, si no vas a beber en condiciones, tómate al menos unas pastillas para dormir... Debo de tenerlas en algún sitio. Bueno, creo que son para dormir. Si sigues así, mañana te llevo al médico.

—No, no... Nada de médicos.



—Habla más alto, ¿o es que no puedes? ¿Por qué no dejas de susurrar? ¿Qué les ha pasado a tus cuerdas vocales? ¿Estás enfermo o qué? No seas tan bobo. Vuelves aquí y esperas que te reciba con los brazos abiertos. Y, de inmediato, te conviertes en una especie de fantasma. ¿Dónde está tu espíritu? ¿Dónde está tu ánimo? Trata de comportarte como un hombre, aunque solo sea por mí.

—Lo siento, Daisy.

—Así que sabes quién soy. He dudado incluso de que me reconocieras. Recuerda que soy tu Daisy de siempre. El Hotel de la vieja Daisy, abierto día y noche. Llegue a cualquier hora. ¡Siempre será bienvenido en el Hotel de Daisy!

—Has sido muy buena conmigo —dijo Tim.

—¡Ah, bueno, por lo menos puedes mirarme! ¡Por fin avanzamos!

Tim se había presentado en el piso de Daisy aquella misma mañana. La noche anterior la había pasado solo en Ebury Street.

Lo cierto es que había perdido la esperanza muy rápido. Solo parecía encontrar refugio en la desesperación: la esperanza le resultaba demasiado angustiada, demasiado sugerente y demasiado optimista, terriblemente optimista. Así que no tardó en llegar a la conclusión de que aquello era el final.

Después de que Gertrude se marchara, se había quedado sentado un rato en el suelo, entre sus valiosos paquetes, llorando desconsolado, aunque no precisamente con lágrimas, sino babeando y haciendo pucheros como un niño. Luego se quedó sentado un buen rato más, totalmente inmóvil, tratando de entender lo que había sucedido. ¿Qué había dicho él? ¿Qué había dicho Gertrude? Intentó reconstruir la conversación en su cabeza, pero ya había empezado a emborronarse. Sus actos lo habían arrastrado a una absoluta catástrofe, y sabía que él era el único culpable, aunque no alcanzaba a comprender muy bien cómo ni por qué se había producido.

Tim supo enseguida que lo que le había ocurrido era terrible; e irreversible. Como aquel a quien se le ha comunicado que padece una enfermedad incurable, sabía que su vida había cambiado por completo y que jamás volvería a ser el que había sido. Había perdido a Gertrude, a su esposa, a la que amaba. Ese era el quid de la cuestión. Pero a aquello se añadían el disgusto de haberla perdido de una manera tan vergonzosa y el horror que le producía pensar en el ser que, a raíz de ese cambio cósmico, había quedado atrás: él mismo. Tim se sentía enfermo, afectado por una especie de dolencia moral incurable y totalmente desconocida para él. Se había destruido a sí mismo y de paso había decepcionado profundamente a Gertrude y la había perdido para siempre a causa de una terrible falta moral. No estaba acostumbrado a plantearse las cosas de esa manera: le resultaba ajeno. Nunca había tenido una elevada opinión de sí mismo, pero se consideraba un ser inofensivo, inocente, amable, un hombre corriente, decente y débil. Pensar que había cometido una terrible inmoralidad y que a causa de ello había destruido su felicidad y había perdido a su adorada esposa (una esposa que no merecía, pero que, por otro lado, jamás habría esperado conseguir) lo conmocionaba en extremo y le dejaba una herida abierta en el alma. Como sucede a menudo, Tim valoraba la magnitud del

crimen en función de la magnitud del castigo. Antes de saberse condenado, no se había sentido muy culpable: su sentimiento de culpa era insignificante y fácil de despachar. Sin embargo, ahora era consciente, vagamente consciente, del gravísimo error que debía de haber cometido. ¿Cómo pudo ser tan moralmente insensato como para aspirar a Gertrude? El sentimiento de pérdida penetró en su corazón durante el rato que pasó sentado en el suelo, llorando sin lágrimas, incapaz de lograr que los últimos jirones de su antiguo ser dejaran de aguardar los placeres continuados de una feliz vida conyugal. Gertrude volvería; él le enseñaría sus nuevas pinturas acrílicas (a ella le encantaba ver sus pinturas) y le regalaría ese collar tan original que le había comprado (sus joyas eran muy convencionales, siempre se reían de eso); después almorzarían unas ciruelas y un poco de queso Caerphilly, y él se pondría a trabajar, consciente a cada instante de la presencia de Gertrude en su vida; y luego se tomarían unas copas, cenarían, charlarían, se reirían, harían planes (ya tenían previsto ir a Grecia); y, por último, se acostaría con ella en la cama, boca con boca, la besaría cuando ya estuviera dormida y también él caería en un profundo sueño, en un mar de absoluta seguridad y dicha.

Pero todo aquello se había acabado para siempre: Gertrude se había marchado; y Tim había quedado desenmascarado como un mentiroso y un tramposo, como una especie de traidor. Había destruido sin motivo la inocente felicidad de dos personas y había creado un desierto de horrores a su alrededor. Pero lo cierto era que su propia felicidad no tenía nada de inocente. Tim aceptó sin reservas y de modo inmediato la validez general de los cargos presentados en su contra, aunque todavía no era capaz de entender los detalles ni de reconstruir con exactitud lo que había ocurrido durante aquella terrible conversación. Gertrude no lo había entendido bien: él no era tan culpable como ella pensaba; pero ¿qué importaban ya los grados de culpa? Nunca se había planteado vivir con Daisy después de casarse, por supuesto; pero también era cierto que le había ocultado a Gertrude su relación con ella y la enorme importancia del papel que había jugado en su vida; había ocultado un vínculo y una responsabilidad que, de haberlos conocido, podrían haber hecho dudar a Gertrude en el momento decisivo. Gertrude, no lo olvidemos, le había dejado claro que estaba de «luto», de modo que, en tales circunstancias, cualquier detalle podría haber inclinado la balanza en su contra. Y, además, en la extraña química de su confusión moral, su deslealtad hacia Daisy se mezclaba con la culpa que sentía respecto a Gertrude. Tim comprendía ahora hasta qué punto estaba atado a Daisy, unido a ella como si formara parte de su ser, como si fuera su hermana, su madre. Se había visto obligado a reescribir su historia para borrar a Daisy de ella. Pero, sin Daisy, no era más que una historia falsa: justamente la misma que había intentado vivir con Gertrude. Se daba cuenta ahora, mientras permanecía sentado inmóvil y paralizado en la cama de Daisy, de hasta qué punto, después de todo, le pertenecía a ella. Y ese sentimiento lo embargaba con una desesperación que iba más allá de cualquier amargura y que atentaba, incluso, contra el destino.

Después se levantó del suelo del salón e intentó *pensar*: su primer impulso fue marcar el número de Manfred. No hubo respuesta. La tarde estaba al caer y aún no había comido nada. Bebió un poco de whisky: tomó la botella de la bandeja que, como de costumbre, estaba sobre la mesa de marquetería y

se sirvió el whisky en uno de aquellos pesados vasos de Waterford, un ritual antaño placentero que en ese momento se le antojó espantoso y siniestro. Miró las tigrídias con horror. Luego volvió al teléfono. Marcó el número de la oficina del Conde, pero le dijeron que ya se había marchado. Lo llamó a su casa, pero no obtuvo respuesta. Se sirvió un poco más de whisky. Volvió a llamar a Manfred: nada. Llamó a Gerald Pavitt, pero entonces se acordó de que todavía estaba en Jodrell Bank. Llamó a Victor Schultz. Victor sí cogió el teléfono.

—¿Sabes dónde está Gertrude? —preguntó Tim con voz ronca. Victor, a tan extraña pregunta, respondió diciendo que lo sentía pero que justo en ese momento tenía que marcharse al hospital. Era evidente que Victor ya estaba al tanto. Manfred debía de haber difundido la noticia de inmediato, y ahora todos habían cerrado filas en su contra. Tim llamó a Moses Greenberg, pero Moses colgó el teléfono en cuanto escuchó su voz. No llamó a casa de Stanley Openshaw, porque sabía que Janet Openshaw lo detestaba. Y tampoco llamó a la señora Mount. Ella había puesto especial empeño en ser amable con él y con Gertrude al principio, y precisamente por eso, a estas alturas, debía de aborrecerlo aún más. Se terminó la botella de whisky, se fue a la cama y se durmió anegado en lágrimas.

A la mañana siguiente tuvo un despertar terrible. Su cuerpo y su mente buscaron, aún somnolientos, a Gertrude. «Se ha ido», recordó. Entonces se levantó y recorrió el piso a toda prisa como si le faltara algo, pero sin saber exactamente el qué: a lo mejor Gertrude había vuelto mientras él dormía. Sintió que se enfermaba. La cabeza le dolía horriblemente. La tristeza parecía haber abatido su cuerpo. Pensó en comer algo, pero vio que le resultaba imposible. Empezó a hacer un poco de té, pero ni siquiera pudo soportar la visión del hervidor. Llamó a Manfred y al Conde, pero no obtuvo respuesta. Se sentó en el salón e intentó redactar una carta en el caro papel color crema de Gertrude, adornado con su membrete. Pero Tim no era muy hábil escribiendo, y lo único que vino a demostrarle su intento de poner su defensa por escrito era que su caso no tenía defensa posible. Hizo pedazos todos los borradores que había redactado. Sin duda le *escribiría* una carta, pero no en ese momento. Sentía que tenía que actuar, «hacer algo al respecto», porque quedarse de brazos cruzados lo estaba atormentando. Pero ¿qué podía hacer? Pensó en salir corriendo y presentarse en el piso de Manfred. Pero no lo dejarían entrar, nadie respondería al timbre. De todas formas, Gertrude no estaría allí. Sin duda, ya se habría marchado a algún lugar secreto donde nunca la encontraría. De todos modos, ¿acaso tenía sentido intentarlo? Volver a verla, volver a ser rechazado, podría alimentar su dolor de un modo que ni siquiera era capaz de imaginar. ¿Había llegado a *creerse de verdad* que estaba casado con Gertrude? Su mente, enloquecida, dudaba incluso de aquello. No podía quedarse en Ebury Street. Creyó recordar que Gertrude le había pedido que no lo hiciera. Además, el piso ahora le resultaba insoportable, un lugar de tortura y castigo, lleno de felices e inconscientes recuerdos de un paraíso perdido.

Sobre las diez y media se preparó un trozo de pan con mantequilla y se lo comió. Bebió leche de la botella. Volvió a poner la mantequilla y la leche en el frigorífico, tal y como Gertrude le había enseñado. Pensó en afeitarse, pero prefirió no hacerlo. ¿Qué sentido tenía? Recogió su equipo de

pintura. Guardó la ropa en su maleta vieja. Pero ahora tenía mucha más ropa que antes. Pensó en dejar allí la ropa que Gertrude le había comprado, pero le pareció desconsiderado. Ella no querría volver a ver esas camisas, esas corbatas. Recogió sus cosas del cuarto de baño. Metió de cualquier manera todas sus pertenencias (la ropa, las pinturas y los cuadernos de bocetos) en bolsas de plástico y apiló sus lienzos al lado de la puerta. Salió a la horrible luminosidad de Ebury Street y buscó un taxi. El taxista le ayudó a cargar las cosas, lo llevó a Chiswick y lo ayudó a descargarlas. Tim las arrastró hasta el desolado y húmedo espacio vacío en que se había convertido el estudio. Después cerró la puerta tras de sí. Había estado pensando. El taxi lo llevó de vuelta a Victoria, a un banco, donde sacó una buena suma de dinero de la cuenta que compartían Gertrude y él. Luego continuó el viaje hasta Shepherd's Bush Green. Desde allí fue caminando hasta el piso de Daisy. Por el camino se quitó del dedo la alianza de oro que le había regalado Gertrude y se la metió en el bolsillo.

Cuando estaba a punto de llamar al timbre de Daisy descubrió algo terrible, vergonzoso y terrible, que confirmó su premonición de que en el futuro le aguardaban penas mayores. Penas de tal magnitud que todavía ni siquiera podía imaginar. Las cosas no hacían más que ir a peor. En la esquina de la calle, de pie, pendiente de la puerta de Daisy, reconoció una figura familiar ataviada con un impermeable negro: era la fría y cruel Anne Cavidge, que había ido a ser testigo del acto final, a recoger la prueba definitiva de su absoluta infidelidad. Caso cerrado. Ese hecho, junto con la retirada del dinero, marcaba el final de su aventura, el punto de no retorno. Y, mientras subía las escaleras hasta el piso de Daisy, se dio cuenta de que él mismo había propiciado aquel desenlace: y, puesto que lo rechazaban, iba a demostrarse que se lo merecía.

A decir verdad, no era solo aquella lógica la que lo había llevado a acudir a Daisy: es que, sencillamente, no se le ocurría qué otra cosa podía hacer, ni a qué otro sitio podía ir. ¿En qué se convertiría, a qué dedicaría el resto de su existencia? ¿Debería irse a vivir a un hotel de Paddington con el dinero de Gertrude y encerrarse allí a escribir cartas, cartas en las que intentaría convencerla de su inocencia, dándole mil explicaciones y pidiéndole una y otra vez perdón? La idea misma de dar explicaciones le parecía ya perdida en un pasado remoto. Pensaba: «He huido del terreno de la moralidad». En algún momento, de eso no le cabía duda, tendría la oportunidad de explicarse. Pero entonces comprendió vagamente que las explicaciones, más bien, tendría que dárselas a Moses Greenberg cuando se iniciaran los trámites del divorcio. El escándalo y la vergüenza, todo lo que estaba sucediendo ahora, tendría que revivirlo, dramáticamente y con todo lujo de detalles: cómo sacó el dinero de la cuenta, cómo fue avistado cierta mañana por la agente Anne Cavidge...

Daisy se comportó exactamente como se había imaginado. Su total predictibilidad era todavía uno de los pilares de su mundo, casi un lugar físico, dotado de una virtud absoluta que Tim reconocía, aunque ahora no le reportara ningún placer ni le proporcionara consuelo alguno. Si Daisy lo hubiera rechazado entre insultos, puede que incluso se hubiese alegrado momentánea y maliciosamente, de un modo algo enfermizo. Cuando llegó, Daisy estaba preparándose el almuerzo. Él se negó a comer. Después del almuerzo ella salió de compras y él se acostó en la cama de Daisy sumido en una tristeza casi fantasmagórica. Cuando ella volvió, él se incorporó y se quedó

paralizado, mirando fijamente a la nada. El día, que tan largo se le estaba haciendo, se iba consumiendo poco a poco.

—Tim, deja de mirar al vacío como si te hubiera dado un derrame cerebral. Muévete, venga, camina, vente conmigo al Prince of Denmark.

—No podemos ir allí. —Era verdad. Tim empezaba a darse cuenta de que también él debía esconderse.

—¿Joder, por qué no?

—Tenemos que irnos de aquí —dijo Tim—. Tenemos que irnos a vivir en otra parte. Tengo algo de dinero. Vayámonos a cualquier otro sitio.

—¿Por qué? Me gusta este piso y es barato y tu maldito dinero no durará para siempre; y, por cierto, ¿por qué hablas en plural?

—Tenemos que irnos, tenemos que escondernos.

—Escóndete tú. Yo, ni de coña. ¡No soy una delincuente!

—Yo sí —dijo Tim. Y siguió sentado, mirando fijamente por la ventana. Después de un rato Daisy salió dando un portazo. Por fin comenzaba a anochecer.

—Sacó dinero de mi cuenta bancaria —dijo Gertrude.

Anne estaba callada.

Gertrude había regresado a Ebury Street. Anne también: había vuelto a trasladarse a su habitación de antes, aunque había decidido no dejar aún su piso.

Estaba anocheciendo. Anne, con su bata azul, estaba a punto de acostarse cuando Gertrude entró con un vaso de whisky en la mano. Anne se sentó en la cama, Gertrude en una silla junto a la cómoda. Gertrude había salido a cenar con Stanley y Janet Openshaw. Llevaba un vestido ámbar de seda.

—Y luego se fue derecho a echarse en los brazos de esa mujer —dijo Gertrude.

Anne no estaba orgullosa de su labor como detective. Llevada por el viejo instinto académico del rigor y el deseo de certeza, había considerado necesario vigilar el piso de Daisy. Lo vigiló la noche en la que Gertrude huyó (tras llamar al Conde para contarle lo que había pasado) y también a la mañana siguiente. Fue entonces cuando presenció, con una extraña mezcla de dolor, alivio y vergüenza, la llegada de Tim. Y también se dio cuenta de que Tim, al girarse, la había visto. Desde luego, su papel era despreciable; pero Anne quería estar segura de que no había destruido a Tim (ni a sí misma) en vano. Decidió no mencionarle aquel horrible y doloroso detalle a Gertrude: ya tenía suficientes pruebas. Pero, por si acaso Gertrude flaqueaba más adelante, se guardaría la información. Quizá nunca la necesitase. Sin embargo, fue incapaz de resistirse a contarle al Conde (le dio una alegría) que Tim había vuelto inmediatamente a los brazos de su amante. Además, también sentía en cierto modo la necesidad de aniquilar, y cuanto más rápido mejor, todo resto de esperanza que aún albergase en su interior. Necesitaba inaugurar una nueva etapa en su vida. Y le daba lo mismo cómo fuera esa etapa. Pero el Conde, después de asegurar que no lo haría, no pudo resistirse a contárselo a

Gertrude.

—Sí —dijo Anne—. No creo que tengas por qué seguir preocupándote por haber sido injusta con él.

—¡Ojalá no hubiera ocurrido tan rápido!

—Es mejor así. Si tuviera algo que decir en su defensa, te habría escrito o te habría llamado.

—Llamó a Victor y a Moses. Imagino que intentó llamar a Manfred, pero Manfred silenció el teléfono.

—Sí, pero todo eso pasó aquel día. No ha vuelto a dar señales de vida desde entonces.

—Podría haberme encontrado si hubiera querido: ni siquiera me fui de Londres. Podría haber averiguado que me estaba quedando en casa de Stanley y Janet.

—Si no es del todo culpable, ¿por qué no te escribe? Y a estas alturas incluso podría llamar si quisiera.

—Ya lo sé. Yo..., cuando suena el teléfono..., me pongo tan...

—¿Te apetece que nos vayamos a algún sitio, querida? Vayámonos al campo o a la cabaña de Stanley. A cualquier otro sitio que esté fuera de Londres. —Anne deseaba con todas sus fuerzas huir de allí. A punto estuvo de sugerirle que se fueran a Grecia.

—No. Debo quedarme aquí. Debo quedarme... Solo por si acaso... Y también debería ver a Moses... por lo de los trámites. Además, el Conde es de tanta ayuda..., y Manfred...

Anne se quedó callada. Estaba tratando de interpretar el estado de ánimo de Gertrude. No era fácil.

Habían pasado casi dos semanas desde la separación y Tim no se había comunicado de ninguna manera con ella. Anne, a medida que el silencio se iba adueñando de sus días, vivía inmersa en su propia angustia: observaba cómo Gertrude, inevitablemente, volvía la mirada a Peter en busca de consuelo; observaba cómo crecían, discreta y cautelosamente, las modestas esperanzas de Peter. El Conde visitaba Ebury Street, aunque no con demasiada frecuencia. Recuperó, además de la esperanza, la dignidad y su carácter reservado. Era muy formal, marcialmente caballeroso, contenido; pero para Anne era ya como un libro abierto. Veía lo servicial de su amor y no podía sino reconocer que era perfecto. Y ella no podía evitar amarlo aún más al ver de qué forma tan maravillosa amaba a su amiga.

—No me puedo creer que de verdad planeara casarse conmigo por dinero y para mantenerla a ella... No puedo creer que esa fuese su intención.

—Supongo que ni él mismo sabía lo que pretendía —dijo Anne—. Es una especie de discapacitado moral.

—Sí...

Anne hacía todo lo que estaba en su mano, día a día, hora a hora, para intentar que Gertrude abriese los ojos del todo. Era un papel necesario, pero tremendamente doloroso. Cuanto antes endureciera Gertrude su corazón, mejor. Mejor para ella y mejor, en cierto modo, para Anne: no quería que las escenas que debiera presenciar ni que los acontecimientos de que debiera ser testigo

duraran demasiado.

De hecho, el estado emocional de Gertrude era mucho más complejo de lo que Anne imaginaba, ya que Gertrude no solo estaba obsesionada con Tim, sino que ahora también lo estaba con Guy. Su relación con Guy había dado un nuevo giro: a raíz de su apresurado matrimonio, se había desatado y avivado en su interior un intenso y latente sentido de culpabilidad. Era como si también Guy le estuviera diciendo: «¡Te lo advertí!». «¿Por qué me casé tan rápido, de un modo tan irreflexivo?», pensaba para sus adentros. Y al espíritu de Guy le decía constantemente: «Lo siento, lo siento mucho». Pero no estaba en paz con él. Es más, la paz que había creído alcanzar le parecía ahora un sentimiento falso, una ilusión atenuada puesta al servicio de su locura. No podía pensar en Guy con calma, con ternura, con tristeza. Volvía a tener de nuevo la sensación de que se le aparecía constantemente, de que se le presentaba, efectivamente, como un fantasma; la aparición de Guy hizo renacer aquella primera y terrible aflicción suya, además de traer consigo un profundo sentimiento de culpabilidad y de amargura. El odio de Guy hacia lo sentimental, lo vulgar, lo autoindulgente y lo falso la había moldeado, la había fortalecido. ¡Cuánto había amado esa rigurosidad tan pura! ¡Y hasta qué extremos la había traicionado! Ahora le parecía que, según Guy se fue quedando aislado, ensimismado, cuando se fue volviendo antipático, arisco, cuando estuvo ya sentenciado, ella le fue retirando el amor incondicional que le profesaba. Y ese desapego había marcado el comienzo de su traición, su decadencia moral. Recordaba que Guy le dijo una vez: «Tenemos virtudes individuales, pero vicios generales: nadie es bueno del todo, en todas las relaciones, en todos sus objetivos. En cuanto que agentes de la virtud nos especializamos, no nos queda más remedio, porque el vicio es natural y la virtud no». Qué rápidamente había regresado, sin Guy, al nivel de lo natural. Qué limitada, qué artificial, le parecía ahora su «especialización». ¿Cómo había llegado a creer que la haría virtuosa? Y ella le preguntaba: «¿Por qué eres un fantasma? ¿Por qué no estás conmigo en carne y hueso, como mi esposo querido, como mi apoyo y mi guía? Tus promesas me crearon y ahora te has ido». Y entonces se inclinaba hacia aquel vacío, hacia lo que a esas alturas ya reconocía como el producto de su mente afligida y atormentada.

No sabía qué pensar de Tim, salvo que él también se había ido. Lo echaba de menos, y en ese momento pensaba en él exactamente como si poseyera dos cabezas y dos corazones. Anhelaba su presencia y cada detalle de su vida matrimonial. *Les cousins et les tantes*, al igual que Anne, estaban tan impacientes por borrar de un plumazo el error de Gertrude que prácticamente le insinuaban que lo suyo había sido una atracción «meramente física» y que, en consecuencia, se trataba de algo pasajero; o bien, le daban a entender que había sufrido un episodio de «enajenación mental» producto de la conmoción, un síntoma de histeria, y que, en consecuencia, también había sido algo transitorio. Gertrude sabía que ninguna de esas explicaciones era cierta. Había querido a Tim de verdad, y todavía lo quería, pero su amor tenía que debilitarse, marchitarse. Se consolaba (¡qué amargo consuelo!) alimentando su resentimiento contra Tim, no solo por lo incalificable de su traición, sino también porque su mera existencia, tan incómoda como innecesaria, junto con la propia estupidez de haberlo enviado a Francia, había dado lugar a aquel precipitado e indecoroso

matrimonio tan ofensivo para con el espíritu de Guy, y del que ahora se sentía tan dolorosamente culpable y avergonzada. Se veía a través de los ojos de los demás y no podía hacer otra cosa más que lamentarse.

Ni su cabeza ni su conciencia lograban hacerse una idea completamente clara respecto a aquella inexplicable traición en que había incurrido. También ella, al igual que Tim, había intentado reconstruir una y otra vez qué cosas se dijeron exactamente en aquella pesadillesca conversación. ¿De qué lo había culpado ella exactamente, qué había admitido él y qué había negado? ¿Mentía siempre o solo en ocasiones? ¿Acaso importaba cuánto de la acusación fuera verdad? ¿Y cuál *era* realmente la acusación? Al principio había intentado hablarlo con Anne y con el Conde, incluso con Manfred, pero los tres se resistían a aventurar opinión alguna al respecto, salvo apreciaciones más bien generales, y no tardó en percatarse de que aquella conversación se revelaba del todo inapropiada. Aquello significaba que no podía compartir con nadie esos problemas tan importantes, incluso cruciales. De hecho, Gertrude no pensaba que los detalles hubieran sido determinantes en sus decisiones: lo importante era que su triste e insensato matrimonio se había acabado. Y, a medida que pasaban los días, y los días se convertían en semanas, y no recibía ni una mísera palabra por parte de su marido, que había desaparecido del mapa, se fue haciendo más incontestablemente evidente que Tim era culpable.

Gertrude, además, también estaba padeciendo una dolencia que nunca antes le había afectado con tanta intensidad: los celos. Pensar «se ha acabado» de ningún modo aliviaba ese espantoso y degradante dolor que sentía. Sus celos, a veces, parecían erigirse en el eje central de toda aquella situación, por lo demás tan deprimente. Desde luego, no se podían desligar de su sensación general de vergüenza, de haber perdido cierta dignidad moral y haber caído en un inusitado desprestigio. Ella siempre había sido la niña bonita de la fortuna: ¿cómo podía pasarle eso a *ella* precisamente? ¿Cómo podía el destino haberla insultado de un modo tan hiriente? Pero era mucho más que eso, era algo más profundo y más metafísicamente terrible: Tim no se había ido sin más, sino que se había ido con otra mujer, a la que le entregaba su amor físico, con quien compartía los juegos, la dulzura y el encanto animal que Gertrude había creído tan estúpidamente que le pertenecían a ella en exclusiva. Gertrude había aprendido que la muerte derrota al amor o que, en todo caso, derrota al sexo y a la ternura. Y si bien ahora su ternura se veía frustrada, su deseo estaba desatado. Tim había dirigido la radiante luz de su sonrisa hacia otra mujer y Gertrude nunca sabría por qué, ni si volvería a ver aquella luz. Lo echaba de menos con ira, con frenesí, completamente dominada por los celos, poseída por una rabia amarga y rencorosa; y lo peor era que no podía hablar de eso con nadie.

—De todas formas —le dijo Gertrude a Anne—, deberíamos..., o más bien yo debería..., darle la oportunidad a Tim de... explicarse. Es decir, no quiero verlo, pero fue tan incongruente y tan...

—Se supone que guarda silencio porque no hay explicación que no lo condene.

—Ya lo sé. Solo se trata de que quiero que todo esto se solucione, que se termine de una vez. Necesito tener la conciencia tranquila, ¿entiendes? Quiero asegurarme de que ha tenido la



oportunidad de defenderse y que la ha rechazado. Necesito tener esa *certeza*. Entonces me encontraré... mejor...

—Eres muy generosa —dijo Anne.

—Ay, *Anne*, no me hables así... Me parece que estás representando un papel... Perdona. Sé que me quieres, sé que me comprendes...

«¡Qué aguda es! —pensó Anne—. Claro que estoy representando un papel. ¡Ay, un papel tan desagradable y desolador!»

—Perdona, querida...

—No soy generosa. Soy destructiva, y rencorosa. Quiero solucionar este desastre que he organizado. Quiero ver a Tim como una causa perdida, alegrarme de que tuvo su oportunidad y la rechazó. No sé cómo explicarlo. A veces necesitamos un chivo expiatorio. Yo quiero salvarme. No se trata de generosidad y tú tampoco lo crees. Ya *ves* en qué lío tan terrible estoy metida.

—Perdóname —dijo Anne—. Por más que lo intento no encuentro las palabras apropiadas. —Miró en el espejo de la cómoda las mejillas morenas y calientes de Gertrude y su hermoso y marcado perfil. Se había vestido con esmero y había escogido como complementos una pulsera y un collar.

Gertrude se sentó junto a Anne en la cama. Le tomó las manos y la miró a los ojos.

—Tienes las manos heladas. Y, mira, esa quemadura no se te ha curado. Deberías dejar que Victor te la mire.

—Quizá.

—¡Qué encantadora se te ve con esa bata azul! Parece un vestido de noche. El azul te sienta bien. Qué ojo tuve al escogerla, ¿verdad?

—Sí, mucho...

—Anne, mi felicidad se ha esfumado. Al principio me convenciste de que sería posible recuperarla; pero me aferré a una felicidad que se ha demostrado falsa, a una felicidad errónea...

—Volverás a recuperarla, volverá a ser de verdad.

—Guy dijo que quería que fuera feliz...

—Sí, sí...

—Ahora pienso que habría sido un crimen... Ay, Anne, sé que tú tienes tus propios problemas, sé que aún no has podido encontrar trabajo, pero no te preocupes por eso. Necesito toda tu dedicación. Y que sepas que soy lo bastante egoísta y lo bastante despiadada como para conseguirla. Ya te conseguiré un trabajo más adelante, te lo juro.

—Ahora el trabajo es lo que menos me preocupa.

—Querida Anne, *todo va bien*, ¿no?

—¡Sí, sea lo que sea!

—Me refiero a que nuestra antigua alianza, entre tú y yo, es eterna, ¿no?

—¡Sí, por supuesto!

—Te quedarás conmigo para siempre, ¿verdad? No puedo vivir sin ti.

—Sí.

—Sí, ¿te quedarás?

—Sí..., Gertrude, lo siento. Ojalá fuese mejor persona... —A Anne se le saltaron las lágrimas.

—¡Mejor persona! Si eres perfecta. Soy yo la que ha metido la pata. Cometí aquel error tan tremendo, y lo alteré todo y a todos. Tengo la impresión de que nunca lo superaré. No llores, corazón.

—Te recuperarás —dijo Anne limpiándose las lágrimas—. Todos te queremos.

—Sí, soy muy afortunada. Todo el mundo se ha desvivido por ayudarme. Ha quedado demostrado que todos tenéis razón y, a pesar de eso, sois tan cariñosos, tan amables... Os he dado mucho la lata a ti, a Manfred y al Conde, ¿no es así?

—Tonterías. ¿Pasaste una buena velada con Stanley y Janet?

—Sí. El Conde estaba allí. Es una persona maravillosa. ¿Sabes? Hay mucho por descubrir en ese hombre.

—Sí. —Anne le soltó las manos. Acarició un momento el pelo castaño y reluciente de su amiga—. ¿Llegaste a hablar con él de lo que me has estado contando, de lo de tener la conciencia tranquila y asegurarte de haberle dado una oportunidad a Tim...?

—Sí. Hablamos cuando vino a casa ese día...

—Ah, sí, cuando tuve que salir.

—El Conde es tan íntegro: estuvo todo el tiempo intercediendo a favor de Tim. De hecho, terminó convenciéndome de que debía darle al menos la oportunidad de defenderse.

«¡Y que lo digas!», pensó Anne.

—Entonces tienes que hacerlo.

—Sí, pero ¿cómo? Anne, querida, ¿te..., te importaría volver a aquel sitio, al piso?

—Preferiría no tener que hacerlo —dijo Anne—. ¿No puedes escribirle, simplemente?

—¡Ay, *Dios!* —dijo Gertrude. Se echó hacia atrás en la silla y empezó a toquetearse la pulsera, dándole vueltas y más vueltas—. Imagino que podría escribirle, sí. Pero querría asegurarme de que es él, y no otra persona, quien recibe la carta. ¡Ay, qué *horrible* es todo esto!

—De acuerdo —dijo Anne—. Si eso es lo que quieres, se la entregaré yo misma y me aseguraré de que la reciba.

—¿Se la darás en mano?

—Sí.

—Ay, Anne, me siento tan desgraciada, tan estúpida, tan ciega, tan egoísta, tan *desdichada*...

Anne tiró de su amiga hacia la cama y la abrazó. Se cogió las manos por detrás de la suave espalda de Gertrude, por donde la larga cremallera todavía estaba un poco bajada. Apretó su mejilla contra la de Gertrude y se fijó en cómo se reflejaban sus dos cabezas en el espejo, la rubia plateada y la marrón castaño, y cómo sus cabellos se mezclaban.

—Querida, quiero que seas feliz, quiero *hacerte* feliz.

—¿Y crees que podrás conseguirlo con solo proponértelo?

—¡Haré lo imposible!

—Entonces tendrás que poner algo de orden en mi cabeza. ¡Oh, en qué lío me he metido! ¡Qué infame, horroroso y estúpido lío!

—No me hace ninguna gracia la idea de que vayas allí —dijo el Conde—. Esa mujer podría agredirte.

—¡Ah, sería perfectamente capaz! —dijo Anne—. ¡Podría agredirte hasta *a ti!*

El Conde parecía preocupado. Dijo:

—Entiendo perfectamente que Gertrude quiera estar segura de que es él quien recibe personalmente la carta. Al fin y al cabo, esa mujer podría destruirla, ¿no?

—Podría hacerlo, sí.

—Habría que intentar ver a Tim a solas.

—Habría que intentarlo.

—¿Crees que ella es alcohólica?

—No lo sé. Es una situación complicada.

—Gertrude me dijo que incluso te cayó bien.

—Me da lástima. Creo que vive en una especie de mundo degradado, en un mundo turbio, lleno de ilusiones y medias verdades. Lo noté nada más entrar. ¡Si supieras cómo estaba aquella habitación!

—Yo llevaré la carta —dijo el Conde.

—Vale, de acuerdo —dijo Anne. Estaba cansada de la conversación. Pensó: «Estamos apañados: Peter no puede luchar contra Tim y yo no puedo luchar por Peter. Así que todo quedará en tablas. Con una sola salvedad: ¡que yo tengo más sentido común y mucha más astucia que Peter!».

—Creo que Gertrude haría bien en ver a Manfred y consultarlo con él antes —dijo el Conde.

Anne sabía que Gertrude estaba invitada a casa de Manfred a cenar esa misma noche. Evidentemente, no se lo había mencionado al Conde. No sabía hasta qué punto le preocupaba Manfred.

—Después de todo, ahora que Guy no está, él es el cabeza de familia. —El Conde pronunció aquellas palabras con un aire de solemnidad tan propia de un lunático que hizo que a Anne le entrasen ganas de agarrarlo de los hombros y zarandearlo.

—¡Ah, la familia! —dijo exasperada—. Aquí no hay ninguna familia. Es una invención.

—¿Una invención?

—Es un engaño, es a lo que juegan. Gertrude les importa un pimiento. Incluso se alegran de sus desgracias.

—Anne, eso es injusto.

—Vale, Peter, es injusto, sí, lo es. Son personas buenas, valerosas y decentes. De acuerdo. Pero, de todas formas, no son como una familia de verdad que siempre esté a su lado. Sé que algunos de ellos se preocupan por Gertrude. Pero ella no encaja del todo en su mundo. Se casó con Tim en parte para escapar de ellos.

—¿De verdad crees eso? —El Conde parecía de nuevo preocupado. Las líneas de expresión

volvieron a su frente blanca, cubierta con su escaso pelo amarillo claro. Sus ojos azules celeste, como de serpiente, se perdían en la distancia.

«Se está preguntando cómo afecta eso a *sus* posibilidades», pensó Anne. Estaban los dos en su piso. Era por la tarde. El débil sol de finales de agosto dibujaba ya unos otoñales bordes marrones muy bien definidos sobre las planas hojas del árbol que se alzaba frente a la ventana. Gertrude había sugerido que quizá a Anne no le importaría hablar del asunto con el Conde. Anne había tenido el atrevimiento de llamar por teléfono a la oficina del Conde y le había propuesto que se reunieran en el piso de Peter. Él había respondido que no, que él la llamaría. Anne todavía se pasaba por su propio piso con los pretextos más diversos. Quería que se supiera que seguía teniéndolo: no sabía cuándo podría tener que salir pitando repentinamente de Ebury Street. Parecía que el Conde todavía no había invitado a Gertrude a su piso: Gertrude le habría dicho algo, seguro. Por lo que parecía, él estaba jugando una partida tan meticulosa como la de Anne.

—No, la verdad es que no —dijo Anne—. No sé lo que creo.

Peter se quedó un rato en silencio y de repente exclamó, con mucho sentimiento:

—¡Ay, pobre Tim!

Anne sintió tal ráfaga de amor por él que incluso hizo el amago de cogerle la mano. Y dijo:

—¿No te vas a tomar una copa?

—No, gracias. Todo el mundo está en su contra.

—Él mismo está en su contra; pero, sí: a todos nos gusta tener un pecador al que poder expulsar y arrojar al desierto cuando nos conviene. Así es como nos liberamos de nuestro dolor: pensando que hay gente malvada por ahí.

—Sí, así es, ¿verdad? La gente se alegra de las desgracias y los pecados ajenos. ¡Él ha cargado con toda la culpa!

Anne no sabía si quizá deberían pasar a evaluar la responsabilidad de Gertrude en todo aquel asunto. Ambos decidieron no hacerlo.

—Está claro que él también necesita ayuda —dijo Anne—. Me atrevo a decir que le convendría dejar a esa mujer. Si se queda con ella, se verá arrastrado irremediabilmente a un mundo turbio de holgazanería y alcohol. Y, sí, probablemente, se convertirá en un borracho.

En esa ocasión, cosa rara en él, el Conde no se había quitado la chaqueta. Estaba sentado, con sus largas y finas manos colocadas sobre las rodillas, en una silla al lado de la ventana, que estaba abierta. Las muñecas, delgadas y huesudas, le sobresalían de los limpios y rígidos puños de la camisa. Tenía las manos blancas, de color almendra. El sol no había producido en Peter ningún otro efecto más que provocarle un tenue brillo rosáceo en sus lisas mejillas. Siguió encorvado y moviendo los hombros como si la chaqueta le molestara; el ceño fruncido le formaba de tanto en tanto unos hoyitos en la frente por encima de los ojos. «Ay, Peter, Peter, te quiero, te adoro, te necesito —pensó Anne—. ¡Dios, cómo pueden engañarse las personas tan fácilmente las unas a las otras!».

—Pero, Peter, quítate la chaqueta.

—No, no. Estoy bien así.

El Conde, tras sus primeros arrebatos de confidencialidad, y quizá porque se avergonzaba de ellos, había dejado de hablarle a Anne de su amor por Gertrude, aunque ella sabía que el reflexivo silencio de Peter daba por sentado que ella estaba siempre al tanto de todo y que lo comprendía. «¡Ay!, ¿y si, y si..., y si *ahora* fuera y le cogiera la mano?». Pero Peter se estaba alejando cada vez más, estaba cambiado, como agarrotado, alienado por la esperanza que sentía y, a medida que él la alimentaba más y más, la distancia entre ellos parecía aumentar; y ella, a pesar de toda su determinación, no era capaz de perder su propia esperanza. Quizá Tim volviera y Gertrude lo perdonara; quizá Gertrude, después de todo, no estuviera interesada en Peter, simple y llanamente; quizá se casara con Manfred, o con Moses, o con Gerald, o con cualquier otro al que alguna vez hubiera amado en secreto. Tras tantas noches en vela, a Anne le resultaban tan familiares todos esos pensamientos que los visualizaba como si fuesen un espacio tangible, un laberinto lleno de caminos que se entrecruzaban, una ciudad repleta de calles y más calles.

Anne, quien a medida que pasaba el tiempo, y sobrevivía a él, perseveraba en sus pacientes esfuerzos por encargarse de que Gertrude dispusiera de todas las facilidades para recuperarse de su encaprichamiento por el pelirrojo, también había empezado a reflexionar sobre cómo ella misma podría recobrar la cordura. Además, quería «tranquilizar» su propia conciencia, tener alguna prueba definitiva de que Tim había desaparecido para siempre de la vida de Gertrude. ¿Acaso no encontraría algo de paz a medida que se fueran desvaneciendo sus esperanzas? Aunque esa paz no fuera más que la tranquilidad que le reportara el mero hecho de entregarse en cuerpo y alma a conseguir la felicidad conjunta de Gertrude y Peter. No era sencillo. Estaba terriblemente sola. A las únicas personas a las que veía eran a Gertrude y a Peter. Se le habían quitado las ganas de tener ninguna otra compañía, aunque a veces se sentía en la obligación de buscarla, del mismo modo en el que una persona enferma podría hacer el intento de comer aunque no tuviera ganas. Siempre podía quedar con el erudito jesuita (la había invitado varias veces a almorzar); podía asistir a una de las «veladas» de Manfred; Janet Openshaw la había invitado en un par de ocasiones a que se pasara por casa a la hora del café; un grupo ecuménico (¿cómo sabían de su existencia?) la había invitado a dar una conferencia. Pero le resultaba imposible enfrentarse al mundo. *Prefería* quedarse agazapada en su rincón, acompañada de sus propios demonios.

Había intentado centrar sus pensamientos en el otro visitante y alimentarse, de alguna manera, de su realidad. Desde su visita había recobrado, al menos a ratos, cierta capacidad para mantenerse en calma, un sosiego corporal que hacía que su incesante dolor de huesos desapareciera. Sentía que algo fluía dentro de su cabeza, como si una paz absoluta, parecida a la niebla blanca, se filtrase sigilosamente en ella. A veces trataba de hablar con su visitante sin utilizar palabras. Todavía, a ratos, le recordaba a un duende, a una especie de hada, a un ser espiritual perdido y errante. Quizá se tratara de una divinidad en cierto modo vinculada a un lugar, de un diosillo extraviado por algún culto ya extinto, del que hasta él mismo se hubiera olvidado. ¿O acaso su «vinculación al lugar» estaba determinada más bien por el universo que irradiaba su resplandor sobre la mónada-alma?[41] Seguía convencida de que él era *su* Cristo personal, un Cristo solo suyo. «Él es todo lo que tengo»,

pensaba. Pues lo cierto era que se trataba de una aparición auténtica. Ahora, al mirarle las manos a Peter, recordó las manos de aquel, sus manos sin cicatrices. «No tengo heridas.»

Mientras la identidad de su visitante la mantenía desconcertada, Anne, claro está, no dejaba de acordarse de aquel amigo que se había marchado, del Cristo tradicional y cercano de siempre, la figura religiosa a la que tan bien conocía desde su niñez. Le sorprendió descubrir que su imaginación rehuía tanto su sufrimiento en la cruz como la tortura abominable y casi inconcebible a que había sido sometido. Le recordaba a lo que había leído en los periódicos, a las cosas terribles que los gánsteres o los terroristas les hacían a sus víctimas. Muchas personas devotas y religiosas aceptaban la práctica tradicional de la meditación profunda y continuada sobre la pasión de Cristo. Su orden, en cambio, no la había fomentado (se trataron como caso clínico los delirios místicos de una monja que había desarrollado estigmas) y la propia Anne la había considerado innecesaria, incluso durante el largo periodo en el que la imagen del crucificado apenas había abandonado sus pensamientos durante sus largas noches en vela. Conocía los sufrimientos, pero miraba más allá de ellos, como en esos cuadros en los que un Cristo doliente se ve en la cruz asistido por ángeles o al que Dios Padre observa desde arriba. Ahora no había ángeles, ni Padre, solo un hombre desnudo colgado en una cruz, en una indescriptible y sangrante angustia, cuyos detalles solo en ese momento fue capaz de percibir por vez primera. Se sentía consternada, enferma y, una vez que hubo perdido aquella seguridad suya de siempre, moralmente mancillada y descarriada. La inocencia y la claridad la habían abandonado. Se había sentido reconfortada al considerar a Tim y a Daisy seres corruptos y malvados. Había sido Peter, y no ella, el que se había compadecido de Tim. Y así, a raíz de aquello, regresó a su Cristo particular para lograr el respiro que le daba aquella calma absoluta, blanca como la niebla, que él desprendía. No cabía duda de que había sufrido («me hincaron los clavos en las muñecas»), pero él no hablaba del sufrimiento, sino de la muerte. El sufrimiento es un deber. La muerte es una manifestación. Anne, mientras estaba allí sentada en la habitación tan cerca de Peter, al mirarle las manos, tuvo de repente la poderosa convicción de que junto a ellos había alguien más, una presencia sobrenatural, hasta el punto de que se levantó con la intención de ir a la cocina para comprobar si él estaba allí de nuevo. Y en ese preciso instante, murmuró, medio en voz alta, la palabra «muerte».

Peter la miró. Su cara delgada, severa e inteligente, se concentró por un momento en ella. Parecía que se le hubiera vuelto afilada, como la cara de un zorro.

—¿Anne?

—Perdona...

—No he oído lo que has dicho.

—Ah, no era nada... Y una cosa, Peter, si ves a Tim, ¿hablarás con él o solo le darás la carta?

La cara de Peter perdió su agudeza y volvió a mostrarse juvenil y preocupada.

—¿Crees que debería hablar con él?

—Él también necesita ayuda. Como dijiste, todo el mundo le echa la culpa. Debe de sentirse expulsado. Bueno, sé que serás amable con él. Quizá habría que animarlo a que dejara a esa mujer.

Puede que les viniera bien a ambos. Tiene que sentirse tremendamente culpable, y si lo único que hace es dejarse llevar... —El «pobre Tim» de Peter había despertado la compasión de Anne. Incluso sentía remordimientos. Bastante le había hablado a Gertrude ya de los pecados de Tim; quizá demasiado.

—Si Gertrude se enterase de que ha dejado a su amante, se pondría muy contenta, sin duda.

—Eso es cierto —dijo Anne. Por supuesto, Peter creyó de inmediato que ese sería un buen modo de aliviar el dolor de Gertrude; pues los celos que él mismo sentía le habían hecho percibir los de ella.

—Si dejara a su amante, ¿crees que intentaría volver con Gertrude?

—No lo sé.

«¿Qué estoy diciendo? —pensó Anne—. ¿Estoy intentando de repente forzar la situación para que vuelva por sus derroteros, por *mis* derroteros, antes de que sea demasiado tarde?» Dijo:

—No, Gertrude *jamás* volvería con él.

Anne y el Conde se miraron. «¡Qué sentimiento tan confuso y tan extraño! —pensó Anne—. Quiero a Peter, Peter se compadece de Tim, yo empiezo a hacerme una idea de Tim... ¡Ay, cómo desearía que todo este secretismo y este embrollo desaparecieran y que nuestros corazones pudieran abrirse y purificarse!»

—Tienes razón: Tim debería dejarla —dijo el Conde.

—Hay mucho dolor en el mundo, Peter, pero podemos llegar a amar el dolor siempre que nada se haya perdido. Son los finales los que son tan terribles; que podamos perder a alguien para siempre; que tengamos que decidir. Hay separaciones que son eternas, Peter. No puede haber nada más importante que eso. Convivimos con la muerte. Bueno, con el dolor, sí..., pero, en el fondo..., eso es convivir con la muerte.

Durante un segundo, Anne vio la agradable y hermosa cara de una presa revestida de blanco. «Adiós, que Dios te bendiga.»

El Conde parecía angustiado, avergonzado. Dijo:

—Sí, pobre Gertrude.

Y luego:

—Llevaré la carta.

Querido Tim:

No he sabido nada de ti y me han dicho que de nuevo vives con tu amante. Esos hechos quizá hablen por sí solos. No te estoy pidiendo que nos veamos, pero estoy dispuesta a conocer por carta cuantos argumentos quieras exponer. Nuestra última conversación fue de lo más confusa. Puede que desees defenderte de aquellas acusaciones que admitan justificación, así que estoy deseando oír cualquier cosa que quieras decirme. Los dos hemos cometido errores. Te pido perdón por los míos. En breve me pondré en contacto con Moses Greenberg para tratar sobre el futuro de nuestro malogrado matrimonio. Si no me dices nada en los próximos días, daré por sentado que no tienes nada que decirme.

GERTRUDE

Con esa carta bien guardada en el bolsillo, el Conde salió a buscar a Tim.

La carta le había causado a Gertrude algún quebradero de cabeza, además de mucha tristeza. Era (se

daba cuenta) la primera carta que le había escrito a Tim en su vida; la primera y la última. Escribió unos cuantos borradores. En algunos se mostraba enfadada y vengativa, en otros tierna y acusadora. La verdad es que algunos eran muy largos. En ninguno proponía un encuentro ni hacía alusión a un posible perdón. Se decidió finalmente por una misiva breve y formal, desprovista de emociones. Le enseñó la versión definitiva a Anne y al Conde, pero no a Manfred.

No le resultó nada fácil encontrar al destinatario. El Conde, muy nervioso, llegó a la casa de Shepherd's Bush en la que vivía Daisy, se encontró la puerta de la calle abierta, subió las escaleras y, después de poner discretamente la oreja, llamó. Le asustaban las marimachos. No hubo respuesta. Entonces apareció el inquilino de la habitación de enfrente e informó al Conde de que Daisy Barrett y su joven pelirrojo se habían ido, Dios sabía adónde, hacía unos días. El Conde, aliviado y desconcertado a partes iguales, salió y telefoneó a Anne desde una cabina. Era mediodía, era un día gris y frío, y se había tomado la jornada libre en la oficina. Anne se había quedado en Ebury Street, defendiendo el fuerte (¿qué otra cosa podía hacer?). Gertrude, muy alterada por su plan, se había ido a enseñarles a las inteligentes mujeres vestidas con sari frases que podían emplear cuando fueran a comprar a una tienda. Anne le dijo al Conde que fuera al Prince of Denmark antes de que cerrara y después al estudio de Tim, cuya dirección Gertrude había logrado recordar. Sabía que Tim le había dicho a Gertrude que había dejado el estudio, pero podría no ser cierto.

El Conde fue al Prince of Denmark de muy mala gana y se sentó en una de sus mesas hasta que llegó la hora de cerrar. Se pidió un sándwich. En un momento dado un gato blanco y negro le saltó encima de las rodillas. Él, mientras, se quedó sentado nervioso mirando a la puerta, esperando a que entraran Tim o Daisy (se la había descrito Anne) o incluso Jimmy Roland (se lo había descrito Ed Roper). Los intentos de Ed y Manfred por averiguar la dirección de Jimmy Roland, o alguna otra información sobre él, habían resultado infructuosos hasta la fecha. En el momento apropiado, haciendo acopio de toda la valentía que le quedaba, y aparentando una marcada indiferencia, el Conde le mencionó los tres nombres al camarero, que le echó una mirada suspicaz y se abstuvo de darle información alguna al respecto. Cuando el pub cerró, ya por la tarde, el Conde salió a la calle visiblemente aliviado y se fue derecho al estudio. Como había empezado a llover, incluso decidió coger un taxi, cosa que raramente hacía.

Llegó al garaje y subió pisando con cuidado los inseguros escalones de madera hasta desembocar ante una puerta verde, y llamó tímidamente con los nudillos. Dentro se oyó un ruido, después silencio. Volvió a llamar. Entonces dijo en voz alta:

—Tim, soy yo, el Conde. Vengo solo.

Tim abrió la puerta.

La conmoción por el repentino encuentro los dejó un instante a los dos sin aliento. Tim enrojeció. El Conde, que nunca se ruborizaba, se puso más pálido aún de lo que solía. Sus ojos celestes miraban fijamente a los ojos lapislázuli de Tim. El Conde notó que le invadía la compasión. Sintió un repentino torrente de afecto.

—Pasa —dijo Tim.



Fue un extraordinario golpe de suerte, o en todo caso una gran casualidad, que el Conde encontrase a Tim en el estudio. Tim y Daisy no se habían ido a vivir allí. Tim solo se había pasado a coger un jersey de lana porque en los últimos días había empezado a hacer más frío.

El Conde entró, inspeccionó rápidamente el entorno y comprobó que estaban solos. La larga habitación, iluminada por claraboyas, tenía un aspecto desangelado, frío y húmedo. El espacio era un caos absurdo repleto de cuadros, marcos, tubos de pintura, trozos de madera, periódicos viejos, bolsas de plástico llenas a reventar de cosas, maletas abiertas y ropa desparramada por el suelo. Sobre un colchón apoyado en el suelo había mantas amontonadas de cualquier manera. Apestaba a gasolina, a aceite, a trementina, a pintura y a ropa vieja. Fuera había empezado a llover. Las gotas tamborileaban en las claraboyas. De abajo, del garaje de Brian, llegaba un rugido amortiguado de motores.

—Oh, Tim —dijo el Conde.

—Perdona el desorden —dijo Tim—. No estoy viviendo aquí, como ves. De hecho, me estoy mudando. ¿Quieres tomar algo? Puede que quede alguna cerveza en algún sitio.

—No, gracias.

Tim se quedó mirando al suelo con las manos metidas en los bolsillos de su impermeable desabotonado. Iba sin afeitarse, llevaba el pelo de color jengibre despeinado y sus labios rojos estaban caídos.

—¿Venías por algo en concreto? —le preguntó al Conde.

El Conde se había olvidado por un momento de la carta. Se sentía abrumado por la presencia de Tim, por lo real de todo aquel asunto, por la horrible cantidad de detalles que se agolpaban en su mente. Había pasado algo de tiempo. Tim había estado fuera, en alguna otra parte. Tim había sobrevivido.

—Oh, Tim..., lo siento mucho... ¿Cómo ha podido pasar? ¡Qué pesadilla!

—Supongo que lo sabes todo.

—Sí.

—Entonces sabes más que yo. ¿Te importa que me tome una cerveza?

—Te busqué en Shepherd's Bush y en el Prince of Denmark.

—Ya no vamos por allí.

—¿«Vamos»?

—Daisy Barrett y yo. Si lo sabes todo, ya sabrás que es mi amante.

—¿Entonces... seguís juntos?

—Sí.

Fue en ese momento cuando el Conde empezó a sentirse aliviado, cuando se dio cuenta de que se le concedía una posibilidad de salir con bien de aquella. ¿Acaso había esperado que Tim le rogara, llorando, que lo llevara con Gertrude? Había intentado no esperar nada de aquella visita. Se alejó de Tim y, volviéndose, se puso a examinar los dibujos de unas rocas que estaban esparcidos por el suelo y luego la pintura de un gato negro con patas blancas.

—Yo conozco a este gato —dijo de pronto.

—Sí, es el minino del Prince of Denmark.

El Conde miró la pintura con agrado un momento y se le borró de la cara el ceño fruncido, tal y como le había pasado en el pub cuando el gato se le subió a las rodillas. Se acordó entonces de la carta, y se puso rígido, marcialmente rígido. Volvieron a él, junto con la compasión, todos sus miedos.

—Bueno, la verdad es que tengo una carta para ti. Es de Gertrude. Aquí la tienes. Quería que te la diera en mano.

Le entregó la carta a Tim.

Tim soltó un breve suspiro y la cogió. Se apartó y quitó con violencia de en medio, de una patada, una pila de ropa que tenía delante. Miró al Conde con el gesto adusto. Tenía la boca contraída por la exasperación.

—Quizá puedas leerla ahora —dijo el Conde—. Es muy corta.

—O sea, que ya sabes lo que dice, ¿no?

—Bueno, sí... —dijo el Conde como con remordimientos. Se sentía más rígido que nunca.

Tim apretó la boca, ahora casi con desprecio, y rasgó el sobre de mala manera, arrugando la carta. La leyó rápidamente y se la ofreció al Conde.

—Gracias.

—Pero es para ti —dijo el Conde. Alargó la mano y, sin querer, se tropezó con un montón de camisas. La carta cayó al suelo, entre los dos. La recogió.

—No la quiero —dijo Tim—. ¿Te crees que quiero guárdamela en la cartera? Además, parece que ya es de dominio público. Lo siento, esto es una estupidez, una estupidez, una estupidez, una *estupidez*. ¿Te importa que me tome una cerveza? —Fue a la cómoda y buscó una lata de cerveza. La abrió con un chasquido y empezó a bebérsela dándole la espalda a su visitante.

El Conde observó aquella espalda encorvada y hostil. Tim parecía haberse hecho más pequeño. El Conde se guardó la carta en el bolsillo.

—Tim, ¿no vas a volver con Gertrude?

Tim, bebiendo aún, se dio la vuelta. Y respondió con brevedad:

—Ya has leído la carta. No es eso lo que se me pide.

Ahora llovía sin parar y el agua se deslizaba en un flujo parpadeante por el cristal de las claraboyas. Podía escucharse una gotera en alguna parte de la habitación.

—Estoy seguro de que te dejaría volver.

—«Me dejaría volver.» ¡Cómo detesto esa expresión!

—Bueno, ¿qué expresión puedo emplear...?

—Se ha acabado. Es *imposible*.

—¿Por qué? ¿De verdad quieres más a esa otra mujer?

Tim soltó una especie de risa burlona y tiró la lata de cerveza vacía al fregadero.

—Conde, eres un hombre inteligente y has leído muchos libros, pero parece que no entiendes el mundo en absoluto.

—Pero ¿por qué?

—Las cosas no funcionan así. Uno no se limita a mirar simplemente lo que hay y toma sus decisiones y elige dónde le apetece ir: uno se involucra, se mete de lleno en la vida. O al menos eso es lo que yo hago. No puedes nadar en un cenagal o en arenas movedizas. ¡Hasta que no te pasan las cosas no descubres qué era eso tan obvio que querías! Uno sabe cuándo no hay vuelta atrás. Es un follón que ni siquiera uno mismo entiende. Pero algunas cosas están claras: lo tuve y lo perdí. Gertrude nunca debería haberse casado conmigo. ¡No te imaginas la que he liado con todo esto! Lo cierto es que sí, tuve esta otra relación y no llegué a contárselo. Simplemente intenté hacerme a la idea de que no existía o de que no importaba y de que sencillamente podía quitármela de encima y olvidarme de ella. Bueno, *sí* que me la quité de encima, pero cuando... ¡Ah, maldita sea, ni siquiera soy capaz de explicarlo! Entonces, de alguna manera, todo se me vino encima de nuevo... No es de extrañar que Gertrude me largara de una patada.

—No te largó.

—Sí me largó.

—Yo creo que ella piensa que más bien saliste huyendo. Y aquello no tenía buena pinta. No te explicaste, desapareciste, simplemente. ¿Por qué te marchaste? No tenías por qué irte. Gertrude habría cambiado de idea.

—Qué bonitas chorradas dices, pero ¡son horribles, maldita sea! No me tortures con lo que pudo haber sido y no fue.

—Lo que quiero decir es que todavía puede cambiar de idea. Estoy convencido de que deberías volver a intentarlo. En cualquier caso, ¿vas a responder a la carta?

—No, ¿qué sentido tiene? ¿Cómo podría hacerlo? ¿Qué más queda por decir? Todo ha *pasado* ya y no puedo deshacer lo que hice. He vuelto al lugar al que pertenezco. Es como el magnetismo o la fuerza de la gravedad. Nunca llegué a sentirme en casa en ese mundo tuyo; bueno, no en el tuyo, en el de ellos, en el de ella. Estaba en el lugar equivocado. De todos modos, tampoco sé escribir cartas, y ella ya no se fía de mí; y ya no me quiere, o, si no, no me habría escrito esta especie de carta comercial que para colmo ya se ha convertido en algo de dominio público. Imagino que me odia. ¿Cómo podría no hacerlo? Debe de estar tremendamente dolida. Me imagino cómo estarán cacareando esos parientes tan ricos que tiene. Solo me quiso por error, supongo que estaría bajo el influjo del sol y las rocas y el agua. Sí, estaba bajo los efectos de un hechizo, y ahora el hechizo está roto. Cometió un *error*: eso es todo.

—Tim, por favor, escríbele, explícale el asunto, dile que lo sientes. Estoy seguro de que no todo fue como ella pensaba.

—¡Dijo que yo había tramado un complot para casarme con ella y mantener a Daisy con los ingresos! Creo que eso fue lo que dijo, al menos. Eso no era verdad. Y yo sí que dejé a Daisy...

—Bueno, ahí lo tienes. Tienes cosas que decirle...

—Pero no sirve de nada. No estamos hablando de cosas que pasen por casualidad o que uno pueda borrar así como así, o explicar simplemente: se trata de toda mi vida, de mí. Ese es el problema.

Como te he dicho, vivo en un cenagal. Ella procede de un mundo diferente, donde todo es como debe ser y la gente sabe dónde empieza y dónde acaba cada cual, y qué es lo que debe ocurrir y qué no, y qué es correcto y qué no lo es. Y ese no es mi mundo. Yo también cometí un error.

—Pero querías a Gertrude. La quieres.

—¡Estás intentando elaborar un discurso de lo más noble para luego poder recitarlo en Ebury Street! ¡Pues no! Y, de todas formas, ya te digo que a ella no le va a importar. Estás intentando construir algo así como un alegato en mi defensa, porque..., porque tú eres tú... Y no creas que no... te lo agradezco, Conde. Pero eso ya no puede unirme a ella, no puede conmoverla. Ha terminado conmigo y yo he terminado con ella. ¡Por favor, déjame *en paz*! ¡No te entrometas en mi vida! ¡No quiero tu bondad, tu compasión ni tu afán de comprender! Lárgate. Déjalo correr, déjalo pasar. Olvídalo. Deja de pensar en mí. No quiero que me comprendan. Deja que me vaya al infierno a mi manera.

El Conde se quedó callado. Se le veía tenso, con las manos pegadas al cuerpo. Su rostro, aun así, aparentaba tranquilidad, firmeza. No dejaba traslucir nada. Esperó unos instantes y dijo:

—Creo que deberías dejar a esa mujer. No quiero hablar mal de ella porque no la conozco. Pero creo, simple y llanamente, que quizá te convendría estar solo un tiempo y organizar tu vida y tu trabajo y dejar de vagar por ahí sin más, sin rumbo fijo. No me gustaría que te volvieras un alcohólico...

—¿Quién te ha metido esa idea en la cabeza?

—Se puede dejar a la gente.

—Ya lo sé. Eso estoy haciendo. Dios, qué frío hace aquí dentro. ¿Estás seguro de que no quieres beber nada?

—Deberías estar solo un tiempo, y entonces podrías...

—¡No! De ninguna manera, Conde. No vayas por ese camino. Y, hazme el favor, ¿quieres dejar en paz mi vida privada? Es lo único que tengo. Tú mismo lo has dicho: no sabes nada de Daisy ni de cómo vivimos. Conozco a Daisy desde que éramos estudiantes, prácticamente unos niños. Ella es la única familia que tengo. Sé quién está detrás de todo esto. Anne Cavidge, esa mujer vil y malvada. La odio. ¿Por qué no se vuelve a su convento? Jamás ha entendido nada y se permite el lujo de ir por ahí juzgando a la gente como si fuera Dios. Se comportó como una maldita agente de policía. Y ha estado poniendo a Gertrude en mi contra. Sé que lo ha hecho.

El Conde no pudo negarlo: había escuchado a Anne diciéndole a Gertrude lo que pensaba. Dijo:

—Tim, siento mucho todo esto.

—Yo también, pero ya no hay nada que hacer: la fiesta ha terminado. Gertrude puede redactar el divorcio en los términos que quiera. Haré lo que sea, firmaré lo que me ponga delante. Saqué algo de dinero de su cuenta. Se lo devolveré en cuanto pueda. Ahora me es imposible, es de lo que estoy viviendo, es de lo que *estamos* viviendo. ¡Ay, Dios!

—Puedo prestarte algo de dinero —dijo el Conde.

—Querido Conde —dijo Tim. Se acercó a él y le puso las manos en los brazos unos instantes;

después se los agarró, alzó los ojos y miró a la cara a aquel hombre alto y delgado que se mantenía marcialmente erguido ante él. Entonces se dirigió a la puerta.

—Tienes que irte.

—De acuerdo. Pero piénsatelo.

—Adiós, Conde. Gracias por venir. Siento que esté lloviendo tanto. Has sido muy amable conmigo, tremendamente amable. Y no has dicho ni una palabra de... Bueno, nunca lo harías. Digamos que no va contigo. Adiós. Espero que Gertrude... pueda encontrar un marido mejor que yo...

—Oh, Tim..., Tim...

Tim abrió la puerta. El Conde bajó con cuidado por los inestables escalones de madera, ahora resbaladizos por la lluvia. No se había acordado de llevarse el sombrero. El agua convirtió su pelo lacio, tan rubio que parecía casi incoloro, en una profusión de oscuras y chorreantes colas de ratas. Se metió la carta arrugada de Gertrude, que había tenido en la mano todo el tiempo, en el bolsillo y se alejó caminando deprisa por la calle. Justo en ese momento empezó a sonreír. Echó la cabeza hacia atrás y sonrió de cara a la lluvia.

—Bueno, ¿si no fuiste tú, quién escribió aquella carta anónima? —le preguntó Tim a Daisy.

—¿Cómo demonios voy a saberlo? ¿Y qué demonios importa eso ahora?

—Ojalá la hubiera cogido yo. Podría haberlo hecho, perfectamente. Entonces habría podido comprobar si era tu máquina de escribir.

—¿No me crees?

—¡Ah, mierda!

—¿Qué pasa? ¿Estás intentando instaurar un estado policial? Joder, más te vale que no. Eres tan ruin como esa mujer, Anne Cavidge. Parecéis de la misma calaña. Podrías asociaros y abrir una agencia de detectives privados: «Reede y Cavidge, Trabajos Sucios».

—Aborrezco a esa mujer.

—Pues a mí me cayó bastante bien.

—Lo estás diciendo para fastidiarme.

—Eres muy fácil de fastidiar.

—Desde que nos mudamos no hemos hecho otra cosa que discutir.

—No hemos hecho otra cosa que discutir desde la primera vez que nos vimos, y mira si ha llovido desde entonces. Quizá lo único que demuestra eso es que somos rematadamente estúpidos.

—Daisy, fuiste tú quien le escribió la carta al Conde diciéndole que Gertrude y yo estábamos teniendo una aventura, ¿verdad que sí?

—¡NO, NO FUI YO! ¿Por qué demonios iba a escribir una carta así? Me trae sin cuidado con quién te lées, ¿lo entiendes? Puedes salir por esa puerta en cualquier momento y tener una aventura con quien te plazca y casarte con quien te dé la gana. Sobre todo si es rica...

—Joder, para ya...

—Para *tú*. ¿Te parezco alguien que escriba cartas anónimas? ¿Te estoy preguntando! ¡Anónimos! No les tengo miedo a esos burgueses de mierda. Si hubiera querido decirles cuatro verdades, habría escrito una carta clara y honesta, y la habría firmado. Por Dios, ¿tan poco me conoces después de tanto tiempo?

—Bueno, pues alguien la escribió, y...

—¡Dios, ojalá pudieras ver la asquerosa carita de consentido que tienes! ¿Te busco un espejo? Pareces un poli huraño e insignificante. ¿Qué coño importa quién escribiera esa carta de mierda? ¿Estás escribiendo tu autobiografía o qué?

—Sé que estabas en plan vengativo...

—¡«En plan vengativo»! ¡Vaya expresiones te buscas! No estaba en plan vengativo, estaba enfadada, harta, hasta la puta coronilla. Si hubiera querido meterme en medio no lo habría hecho de una manera tan indigna, no me habría andado con rodeos...

—Vale, de acuerdo, puede que tú no escribieras la carta, pero entonces has tenido que ser tú la que le ha contado todas esas mentiras a la asquerosa de Anne Cavidge.

—¿Qué mentiras?

—Bueno, todo eso de que habíamos planeado que me casara con una mujer rica y que seguíamos juntos después de haberme casado y...

—¡Que no fui yo! ¡Según tú fue el jodido Jimmy Roland el que puso en marcha todo el asunto!

—Fue ella la que me dijo que había sido Jimmy Roland el que lanzó el bulo. Dios sabrá por qué...

Lo que Tim no sabía era que Jimmy Roland nunca le había perdonado que dejara plantada (así lo veía él) a su hermana Nancy. La noticia del matrimonio bien avenido de Tim lo había hecho revivir aquel desagradable recuerdo. Y también le caía mal Daisy por mofarse de Piglet. Así que el «chivatazo» que le dio a Ed Roper, en absoluto premeditado, no había sido más que la confidencia de un borracho, provocada por un ataque de rencor completamente casual.

—¿A quién te refieres con ese «ella» que no dejas de repetir?

—Y aunque es cierto que Jimmy pudo habernos escuchado alguna vez diciendo chorradas en el Prince of Denmark, Gertrude nunca se lo habría creído si tú no le hubieras confirmado que era verdad.

—¿Que le confirmé que era verdad qué?

—¡Joder, todo lo que te acabo de decir! ¡Gertrude me dijo que Anne Cavidge le había dicho que todo era verdad!

—¡Y yo que sé lo que le dije a esa zorra! Puede que respondiera «sí, claro» a alguna de sus insultantes estupideces. ¿Es que no sabe reconocer el sarcasmo? Solo quería que se marchase. Me pareció el colmo que me persiguiera la mejor amiga de tu mujer. Supongo que sabes por qué vino, ¿no?

—¿Por qué?

—¡Porque está enamorada de Gertrude!

—¡No digas estupideces! —Tim nunca había pensado nada por el estilo. Descartó esa posibilidad.

Era lo último que faltaba para rematar aquel espantoso embrollo.

—Tú piensas que todo el mundo es homosexual.

—Y tú piensas que nadie lo es.

—Le diste la razón en todo lo que dijo porque querías destrozar mi matrimonio.

—¡Yo no quería destrozar tu jodido matrimonio! ¡Quería quedarme sola de una vez por todas! Tu matrimonio me daba igual. Además, ¿de verdad crees que me tomaría la molestia de apartarte de tu gordita? De todas maneras, no parece que hayas necesitado mi ayuda para quitártela de encima. ¡Tú solito la has cagado! ¡Y muy bien además!

—Has debido de hacerle creer que seguíamos juntos después de...

—¡Ah, me cago en Dios! ¡Deja ya de darle vueltas! ¡Olvídate de toda esa mierda! Estás aquí. Volviste corriendo a mí con el rabo entre las piernas. Incluso nos hemos mudado porque le tienes pavor a esa pandilla infame. ¿No te basta con eso? ¿Tengo que seguir aguantando que me cuentes una y otra vez la interminable historia de tu vida?

—No es la historia de mi vida. Simplemente, me gustaría saber la verdad.

—¡La verdad! ¡Tiene gracia escucharte a ti decir esa palabra! No sabes lo que significa. ¡Eres tan blando por dentro, Tim Reede! Tu alma no es más que pulpa podrida.

—¿Por qué eres tan dura conmigo cuando sabes que lo estoy pasando tan mal...?

—Vuélvete con tu querida Gertie entonces.

—Sabes que no lo haré bajo ningún concepto.

—Bueno, me da igual lo que hagas. Cuélgate.

—No nos pelearíamos tanto si no estuvieras borracha la mitad del tiempo. ¡Dios, estoy tan cansado de esto!

—¿Y quién me empujó a beber, eh? No tienes más ocupación que la botella. Deja que te diga una cosa: no te eché de menos el tiempo que estuviste fuera; bebí menos; trabajé más; avancé bastante en la novela. Desde que tuviste la gentileza de volver, no he escrito ni una palabra.

—Bueno, hemos estado de mudanza.

—¡Para complacerte!

—Dijiste que esto te gustaba.

—Es un poco más elegante que mi casa; pero, en cuanto se acabe la pasta de la señora Reede, volveremos a darnos de bruces con la realidad. No he visto que *tú* hayas ganado mucho dinero últimamente.

—Sabes que no puedo...

—Claro, ¡porque estás muy apático y de mal humor y porque no haces más que quejarte!

—Vale, pues *ganaré* dinero... Me estás destruyendo, me estás devorando, destruyes mi esencia. Noto que, cuando estoy contigo, me consumo poco a poco. Solo te pido que dejes de mortificarme constantemente.

—Eres tú el que se está mortificando. Yo prefiero ignorarte. Si no fuera por ti, tendría una ocupación y una vida propia.

—No dejas de decir eso.

—Es la verdad.

—Vámonos al pub.

—¡Siempre acabas diciendo «vámonos al pub», y luego vas y me acusas de beber! ¡Me has comido la moral con tus costumbres perezosas e irresponsables y ahora detestas ver lo que has hecho conmigo! Pues que sepas que yo también detesto verte a ti. Eres un monstruo. ¡De acuerdo, vuelve a la ley, al orden, al matrimonio y a la pasta!

—Me habría casado contigo hace mucho, ya lo sabes, pero odiabas la idea del matrimonio; ¡odiabas hasta la propia palabra!

—¿Crees que, si nos hubiéramos casado, todo esto habría sido diferente?

—No lo sé. Lo siento. Estamos peor que nunca. Tengo la sensación de que estoy en el infierno.

—Así es el infierno, el lugar en el que vivimos, donde siempre hemos vivido: no tener dinero, pelearnos e ir al pub. Señor, ¿por qué llegaría a mezclarme con los jodidos hombres?

—Bueno, dejemos de pelearnos. Te pido disculpas.

—¡El señorito pide disculpas! *Laissez-moi rire!*

—Intentemos volver a lo de antes.

—Nunca volveremos a estar como antes, y lo sabes.

—Aquello tampoco era para tanto.

—Te has echado a perder. Ya no eres mi Tim de siempre. Apesta a aquella mujer.

—No digas eso, Daisy, cariño. No me hagas daño. Vale, los dos hemos sido un infierno el uno para el otro, pero ¿no podemos ponernos de acuerdo y dejar de serlo?

—¿Estás sugiriendo un pacto suicida?

—O por lo menos vivir juntos en silencio y no hacernos daño mutuamente.

—En el cementerio municipal, bajo la hierba segada.

—Venga, habla en serio...

—«Habla en serio», dice. ¿Crees que estoy para bromas con este..., este...? Ah, eres un sinvergüenza incalificable.

—Daisy, sé que estás celosa, o que al menos en algún momento lo estuviste...

—¿*Celosa* yo? Estúpido de mierda...

—Sí, soy estúpido, perdóname por mi estupidez y también por todo lo demás. Si no me perdonas tú, nadie lo hará; así que tienes que perdonarme.

—No veo por qué. Espero que ardas en el infierno. Si no te andas con cuidado, te sacaré en mi novela. No se me ocurre peor castigo.

—Daisy querida, vas a ser buena conmigo; eres buena conmigo...

—¡Eh, tú...! Iba a decir «rata»... ¡Tú, conejillo de Indias! Eres un conejillo de Indias machista. Con la diferencia de que los conejillos de Indias no lloriquean.

—No estoy lloriqueando.

—Me pones enferma. Solo con verte esa estúpida cara de blandengue que tienes me pongo



enferma. Bueno, pues vámonos entonces al pub. Pillémonos unas buenas cogorzas mientras nos dure el dinero.

Tim y Daisy estaban viviendo en un piso amueblado cerca de la estación de Finchley Road. El piso se lo había dejado, por un módico precio, una de las misteriosas amigas de Daisy que estaba viviendo temporalmente en Estados Unidos. Era un piso agradable y tranquilo cuyo mobiliario consistía principalmente en sillas y mesas de bambú y un colchón marrón muy grande colocado en el suelo. Había sitio de sobra para las macetas con las raquílicas plantas de Daisy. Tim había sentido la delirante necesidad de trasladarse lo suficientemente lejos de Gertrude como para que *ellos* no pudieran encontrarlo. Algunos vivían en Hampstead, pero no cerca de Finchley Road. Le aterrorizaba la simple idea de volver a verlos, a Anne, al Conde, a Manfred, a Stanley o a Gerald. A Gertrude, ni se planteó verla: no acarició esa idea ni siquiera con los más finos y remotos tentáculos de su imaginación. A pesar del bombardeo de Daisy, a pesar de las ambiguas y adictivas riñas, trataba de acomodarse a su nueva vida, que también era, de una manera bastante extraña, su antigua vida.

No eran los de antes, claro. Ahora Tim echaba la vista atrás, cuando pintaba gatos y Daisy escribía su novela, cuando picaban algo a la hora del almuerzo, cuando quedaban todas las noches en el Prince of Denmark y hacían el amor de vez en cuando, y aquel le parecía un período de inocencia primitiva. Habían jugado a ser niños y ahora él lo había echado todo a perder. Ya no era el Tim que Daisy conocía. El modo en el que la había perdido le provocaba tal abatimiento que no lograba descubrir si lamentaba la pérdida en sí. Su mundo de antes, sin duda, no fue lo que parecía ser: había sido una ilusión. Su vida parecía una colección de mentiras. Reconocía, todavía, el valor de Daisy, su coraje y el cariño, tolerante y extraordinario, que ella le tenía. Pero al mismo tiempo reconocía, incluso con más claridad, lo imposible de su relación, una imposibilidad con la que habían vivido mucho tiempo: las riñas, la bebida, la tendencia al caos, la peculiar manera en que se esforzaban por destruirse mutuamente. Y, aun así, incluso todo eso podía parecer inocente porque, gracias a una cariñosa desesperanza, todavía se perdonaban el uno al otro.

Tim estaba sufriendo muchísimo, mucho más de lo que jamás había sufrido. Sufrió mucho cuando Gertrude lo rechazó, cuando rompió aquel compromiso tan poco probable y él volvió a los brazos de Daisy. Había sentido la tristeza que provoca el rechazo y la privación. Había querido a Gertrude con un deleite erótico desenfrenado y con una ternura profunda y entregada; y cuando ella dijo «no puedo», Tim sintió aquella pena como la más extrema que jamás hubiera sentido. Pero la pena, en aquel momento, fue más llevadera porque, por mucho que quisiera a su prometida, la quería menos de lo que la querría después como esposa; además, no era el culpable de aquella trágica pérdida. Volvió corriendo a su escondite pensando: «Siempre he tenido mala suerte. Era demasiado bueno para ser verdad». Y estaba convencido de que aquella ruptura y aquella decepción eran lo peor que podía pasarle.

Su pensamiento, que ingeniosa e interminablemente entraba y salía serpenteando del pasado, incidía en ocasiones en el hecho de que también en aquellos momentos previos había estado

engañando a Gertrude en una cuestión fundamental. Y, como ella no lo sabía, como a sus ojos era inocente, él también, de alguna manera, era aún más inocente. ¿Y quién habría podido predecir cuánto tiempo habría tardado en contárselo todo si hubiese podido quedarse con ella en aquellos primeros instantes de felicidad? El miedo a ser rechazado y su inseguridad lo condujeron, o eso se decía a sí mismo, a posponer, irremediablemente, la confesión para otro momento. Además, no había tardado ni un segundo en volver con Daisy y meterse en su cama, y eso también le pesaba. Pero ¿qué importancia tenía? Aquella vez no podía saber que recuperaría a Gertrude. En ocasiones se preguntaba: «¿Qué es exactamente eso de lo que se me acusa que hace que me sienta tan tremendamente culpable y me produce este dolor tan terrible que *nunca antes* había sentido y con el que apenas puedo vivir?». ¿Acaso había volcado deliberadamente sobre sí mismo, para protegerse, una capa de suciedad e inmundicia? Había sacado de inmediato dinero de la cuenta de Gertrude, y no precisamente una cantidad pequeña. Había vuelto corriendo a Daisy una vez más, y si bien aún no se había metido en su cama, solo era cuestión de tiempo: era la demostración de la infelicidad de ambos, la prueba definitiva de lo arraigado que tenían el malestar que se provocaban el uno al otro. «¿Qué he hecho —pensaba—, cuánto he de *pagar* por ello?» A veces tenía la sensación de que este castigo era la principal prueba incriminatoria en su contra.

Y quedaba el hecho de que su espantosa pérdida lo atormentaba disfrazada de profundo sentimiento de culpa. Sentía que estaba marcado y herido para siempre por lo que había sucedido. Recordó lo que Gertrude había dicho en una ocasión sobre «un posible peligro moral, un miedo moral». ¿Qué sabía ella de esos peligros? Había caído en una de las trampas del pecado como quien cae en una fosa profunda y, aunque todavía no entendía bien por qué, asumía todas las consecuencias como algo inevitable e incluso justo. Había estado demasiado tiempo mareando la perdiz, había hecho demasiados malabares, había intentado conseguirlo todo a cualquier precio y nada como es debido, y había contado demasiadas mentiras fáciles y oportunas. Y no se excusaba a sí mismo por sentirse ahora miserablemente deprimido porque lo hubiesen descubierto, porque lo hubiesen castigado. No dejaba de darle vueltas a la cuestión de qué era exactamente lo que pensaba Gertrude y qué era exactamente lo que había dicho en aquella conversación. Pero sabía que él había hecho trampas: el «fenómeno Daisy» era importante en su vida; se remontaba a sus primeros años de juventud; constituía, y quizá lo constituiría siempre, el proyecto que daba sentido a su existencia. No podía hacerlo desaparecer así como así de su pasado, ni tampoco de su presente. A veces, cuando pensaba en ese fenómeno, la odiaba; pero tampoco era la primera vez que lo hacía.

Los antiguos problemas con Daisy habían reaparecido: no podían vivir juntos, pero tampoco podían vivir separados. De momento, iban tirando en aquel piso compartido porque era bastante grande y podían alejarse el uno del otro. Dormían en habitaciones separadas. Tim dormía en el dormitorio pequeño, con los brazos cruzados, hecho un ovillo, o bien se quedaba despierto en la cama tapándose los ojos con las manos, mientras el resplandor de las farolas de la calle atravesaba las finas cortinas. Daisy, durante el día, trabajaba en su novela, o más bien lo intentaba, y se quejaba de que no podía, pero se quedaba, al menos, en su habitación. Por las noches se emborrachaban en

distintos pubs de la zona. Tim se pasaba fuera la mayor parte del día y de vez en cuando volvía para almorzar. A veces Daisy salía. Ya no se «contaban sus días». Se sacaban mutuamente de quicio con sus desagradables e incesantes presencias, así como con las inexplicables e itinerantes ausencias del otro. Se oían portazos. Tim se dio por vencido y dejó de limpiar la cocina. El piso, agradable al principio, estaba empezando a parecerse al de Daisy de Shepherd's Bush. Tim sabía que tendría que buscarse algún otro sitio en el que vivir. Se verían obligados a volver al método antiguo que tenían para quedar y que tan romántico les había parecido en el pasado. ¡Qué conmovedor! Y, puesto que el dinero de Gertrude se acababa, también reapareció el problema de cómo iban a vivir cuando volviesen al estado anterior, a la falta de liquidez. Tim no podía trabajar y ni siquiera lo intentaba. Suponía que, pasado un tiempo, no habría peligro en que Daisy regresara a Shepherd's Bush y él volviera al estudio; pero, por el momento, la mera idea de imaginárselo le resultaba insoportable.

*Lanthano.*

Cuando Tim le dijo a Daisy que estaba «en el infierno», se refería en realidad a algo aún «peor», mucho peor de lo que lo había sido jamás: las pesadillas se habían adueñado de sus días y de sus noches. Tenía sueños recurrentes aterradores. En uno de ellos observaba con horror cómo un siniestro corro de chicas, que sonreían con maldad, manteaban a una efigie suave y flexible que resultó ser él mismo. Lo seguían, en los sueños, lenta pero despiadadamente, efigies parecidas con forma de demonios medio animados, como muñecos de trapo a tamaño real, que lo empujaban, se le echaban encima, y que regresaban otra vez en silencio cuando él las rechazaba. Lo perseguía una cabeza de piedra que rodaba tras él y que gemía quejumbrosamente según avanzaba. Soñaba también con un ahorcado al que, al igual que en el otro sueño, de algún modo veía, y que también resultaba ser él. El hombre, muerto y sin embargo también vivo, y sufriendo horriblemente, estaba colgado de una barandilla larga que parecía un descansillo. Tenía los ojos abiertos y la boca mostraba un rictus de dolor espantosamente expresivo; pero estaba inmóvil, con las manos y los pies flácidos, la cabeza caída hacia un lado; una espantosa representación de la culpa, el castigo y la derrota final.

Durante el día Tim caminaba: bajaba por Finchley Road, pasaba por Maida Vale a lo largo de Edgware Road hasta Hyde Park, o bien cruzaba por St. John's Wood hasta Regent's Park. A veces iba a Kilburn o a los sitios que antes frecuentaba en Harrow Road. Más a menudo, y siempre a pie, se dirigía al centro de Londres y paseaba por los parques o hasta llegar a Whitehall y a Embankment. Se dedicaba a pasear, esa era su ocupación. También era la de Anne Cavidge, y a punto estuvieron en una ocasión de encontrarse frente a frente en St. James's Park; pero Anne se quedó junto al lago a observar a los pelícanos y Tim se desvió y cruzó por la hierba en dirección al Mall. O sea, que sin saberlo pasaron a ciento ochenta metros el uno del otro. A veces Tim visitaba alguna galería de arte. Las galerías lo atraían por las sensaciones tan terribles que experimentaba allí. Necesitaba volver a ellas una y otra vez de manera enfermiza. Por la noche había dejado de soñar que la National Gallery, a oscuras, era un lugar carente de sentido. El sueño se había hecho realidad: lo experimentaba al caminar por ella a plena luz del día. Todos los cuadros eran aburridos y absurdos, triviales, incoherentes, malos. Los colores estaban empañados, como si de repente se hubiera vuelto

daltónico, o bien le parecían chillones, como papeles de golosinas, como basura inútil que flota a la deriva. *Odiaba* todos esos cuadros, lo pretenciosos que eran, su pomposo sentimentalismo, el hecho de que pretendiesen contener un significado grandioso, su vacuidad esencial.

Tim empezó a pensar en la muerte. Estaba cansado del estúpido sufrimiento que, ahora se daba cuenta, actuaba en él como un virus, y lo invadía hasta adueñarse de su ser. Nadie le infligía el sufrimiento: él mismo era el sufrimiento y eso no desaparecería nunca. No podía eliminarse, no era posible huir de aquello. Después de haberle dicho a Daisy que el infierno podía acabarse, ella había hablado de la muerte. Bueno, Daisy podía hacer lo que le viniera en gana, pero él al menos podía marcharse. Observó los autobuses de Londres, grandes, rojos y entrañables, circulando lentamente sobre sus grandes ruedas. Se imaginó cómo él, también lentamente, se desplazaría hacia la carretera, cómo se arrodillaría y luego se tendería con cuidado bajo una de esas compasivas ruedas en movimiento. Todo habría terminado en cuestión de segundos. Aquella imagen lo consolaba. Sabía que no lo haría ni ese día ni al siguiente, pero estaba bien saber lo sencillo que resultaría; quizá lo hiciera algún día.

No se atrevía a pensar mucho en Gertrude, porque era demasiado angustiioso. A veces intentaba exorcizarla poniendo en entredicho sus propios sentimientos: al fin y al cabo, se había casado con ella por dinero. Él ya no era joven; se había casado con ella por seguridad, por comodidad. Se había casado con ella para poder pintar a placer. Fingía estar convencido de lo contrario, pero sabía que su intenso y terrible amor por ella sobrevivía como un animal escondido, como un perro rabioso al que un día habría que sacar del armario y matar a sangre fría, porque, de lo contrario, se tardaría demasiado tiempo en conseguir que se muriera de hambre. A veces deseaba, de manera más bien abstracta, poder decirle a Gertrude que no todo habían sido mentiras, que no todo era malo, que bastaba con extirpar el trozo dañado y dejar el resto. Pero ¿qué era ahora el «resto»? Él mismo lo había aniquilado. Nunca pensó en escribirle. Ya no soñaba con ella. Soñaba con su madre muchas más veces que con Gertrude. Se sentía destrozado y palabras como «integridad» y «honor» se le venían a la mente como representantes de lo que había perdido: aquellas palabras eran nuevas para él y lo amargaban. ¿Dónde las había aprendido? ¿Las había tomado prestadas, de algún modo, del Conde? ¿Habían salido esas palabras de la cabeza del Conde y se le habían metido en la suya sin siquiera haberlas pronunciado? ¿Las palabras podían hacer eso?

Pensaba cada vez menos, a medida que pasaba el tiempo, en el doloroso misterio de su última conversación con Gertrude, y pensaba con más frecuencia en su última conversación con el Conde. El Conde había dicho cosas desasosegantes: «Estoy seguro de que te dejaría volver». Tim no acababa de entender por qué esas palabras le resultaban tan repulsivas. Quizá porque le recordaban a su niñez, a su madre, a aquellas disculpas desagradables y poco entusiastas con que solía ventilar todo por entonces, a algo que pertenecía a una esfera que nada tenía nada que ver con él y con Gertrude. Los intentos del Conde por convencerlo, sus «ideas simplonas», se habían revelado auténticos insultos, demostraciones de su incapacidad de comprensión. El Conde estaba cumpliendo con su deber, por supuesto, y, tratándose del Conde, se notaba que lo había hecho a conciencia. Su rival

diffícilmente podría esperar de él una empatía absoluta y una elocuencia inspirada al mismo tiempo. Pero otras cosas que había dicho el Conde sí tenían sentido para Tim, habían tocado su fibra sensible y se le habían quedado dentro como pensamientos todavía no contaminados: «Deberías estar solo, deberías pensar y trabajar». «Ah, sí —pensó Tim—. Es posible dejar a alguien para siempre. Es posible y yo debería saberlo.»

«¿Sería mejor que estuviera solo? —se preguntaba—. ¿Podría recuperar alguna vez las cosas que he perdido? ¿Podría recuperar al menos una pizca de mi antigua inocencia? Si estuviera solo, ¿podría alcanzar por fin una desesperación *pura*, un dolor *puro*? Entonces sí que podría enfrentarme con el monstruo del armario. Podría luchar contra los demonios. Sí, cuando Gertrude y yo bailamos aquel día entre las flores azules, en realidad bailábamos con los demonios.»

Pensó: «Debería estar solo y sin ninguna otra intención más que estar solo». Pensó: «¿Dejaré a Daisy de una vez por todas?». Pero sabía que, al igual que lo de ponerse de rodillas delante del compasivo autobús rojo, eso no iba a pasar ni ese día ni al siguiente.

---

[41]. En la filosofía de Leibniz (1646-1716), las mónadas son las unidades dinámicas de la realidad provistas de una fuerza interior. Hay mónadas dotadas de conciencia, es decir, que se perciben a sí mismas. Es el caso del alma humana creada por la mónada perfecta e infinita, Dios.

## VII

—**A** esta hora de la tarde parece que las rocas se están acercando a nosotros —dijo Anne.

Estaba casi anocheciendo, oscureciendo, pero aún había algo de luz.

Habían sacado la mesa de la galería arqueada a la terraza y estaban sentados tomando vino blanco. Las tardes de septiembre eran calurosas.

—Sí —dijo Gertrude—. Se quedan algo así como desenfocadas. No sé muy bien cómo describirlo...

—Te entiendo —dijo Anne—. Tampoco yo puedo enfocar la mirada en ellas. Es como si se te echaran encima.

—¿De qué color dirías que son ahora? —preguntó el Conde.

—¿Rosas? No. Grises. No. Desde luego blancas no son, aunque sí un poco blanquecinas.

—Moteadas —dijo Gertrude—. Bueno, moteado no es un color. Ahora apenas soy capaz de verlas en absoluto, me bailan en los ojos.

—En polaco —dijo el Conde— las palabras que utilizamos para el color también son verbos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gertrude.

—No solo se dice que algo «es rojo», sino que se puede decir que «rojea».

—Eso está bien —dijo Anne—. Así que sientes el color como algo que se desprende activamente desde el objeto en sí, no como algo que forma parte de él de un modo pasivo.

—Exactamente.

—¡Pues esas rocas desde luego están *roseando*! —dijo Gertrude—. ¿Veis cómo han cambiado? Ahora se han vuelto a poner borrosas. ¡Dios mío, qué quietud!

Escucharon en silencio.

—Las cigarras se han callado.

—¡Hay tanto silencio y el aire está tan claro! No se mueve ni una hoja.

—¡Nada se mueve, salvo las rocas!

—Mirad las hojas de los sauces y de los olivos: parece que están congeladas, como talladas en plata.

—Parece un cuadro —dijo Anne.

—¿Un poco más de vino? —dijo el Conde.

—El Conde es el sumiller —dijo Gertrude.

—Mañana tengo que hacer unos recados —dijo Anne.

—Siempre estás haciendo recados —dijo Gertrude.

—Bueno, el conductor tiene que hacerlos. Tengo que ir al taller por lo del tubo de escape y a echar gasolina.

—Vale, iremos contigo —dijo Gertrude.

—No, no. Vosotros dos tenéis planeada esa caminata.

Anne había llevado en coche, en el Rover de Guy, a Gertrude y al Conde a Les Grands Saules. El coche había estado guardado en el garaje desde que Guy murió, pero había resultado bastante fácil volver a ponerlo a punto. Guy, un conductor tremendamente cuidadoso y meticuloso, lo había mantenido siempre en perfecto estado. Al principio, Anne se puso un poco nerviosa, pues acababa de sacarse el carnet de conducir, pero, al final, resultó que el coche era tan magnífico que parecía conducirse solo.

La idea de ir los tres a Francia había surgido de un modo algo confuso: Gertrude aseguraba que Anne necesitaba unas vacaciones; al fin y al cabo, llevaba quince años sin salir de Inglaterra y ya era hora de que visitara Francia e Italia de nuevo. Anne había contestado que más bien quien necesitaba las vacaciones era Gertrude y que, si quería ir al extranjero, la acompañaría con mucho gusto. El Conde, que por entonces volvía a visitar Ebury Street con bastante regularidad para tomar una copa, llegó justo después de aquel toma y daca y se unió a la conversación. Estuvo de acuerdo con la idea de que Gertrude, sin duda, necesitaba unas vacaciones. Debatieron sobre el lugar al que podrían ir juntas. Nadie mencionó Grecia. Fue la propia Gertrude la que sugirió que fueran a Les Grands Saules. ¿Por qué no? Anne suponía que Gertrude quería enfrentarse a los vergonzosos recuerdos de lo que había sucedido allí con Tim y, de esa forma, dejarlos atrás. Primero fue el fantasma de Guy el que hubo que conjurar; ahora era el de Tim. Parecía bastante natural, educado e inevitable que, a esas alturas, Gertrude le pidiera al Conde que se uniera a ellas. ¿No disponía de algunos días de permiso para poder irse de viaje? ¿Por qué no acompañarlas y quedarse al menos un tiempo por allí? Después de todo, seguro que él también necesitaba unas vacaciones. Fue idea del Conde que Anne los llevara en coche (él, *por supuesto*, no sabía conducir). En eso se mostró muy insistente. Anne, llena de tristeza, se sintió extrañamente conmovida y el corazón se le agitó en el pecho: así que el Conde quería que ella lo llevara en coche. Conducir y ser conducido puede considerarse una relación significativa. Pero entonces se dio cuenta de que la intención del Conde era evitar a Manfred. El Conde estaba cada vez más seguro de sí mismo, parecía más notablemente maquiavélico.

Llevaban ya tres días allí. El tiempo se mantenía estable: brillaba un sol espléndido y hacía bastante calor. Anne veía, como a través de un cristal, lo feliz que habría sido estando allí a solas con Gertrude. Si no fuera porque su corazón estaba a punto de romperse... Era como si el mundo natural, del que había estado exiliada tanto tiempo, hubiera vuelto a ella adoptando la pose de un bailarín y tendiéndole las manos. No, esa no era la imagen. Era, más bien, como si se recostase delante de ella igual que un animal adorable: ronroneaba y se pavoneaba en silencio. A Anne nunca le había gustado el jardín del convento. Le parecía diminuto, ridículo, demasiado formal. Se

turnaban para trabajar en él, pero no le inspiraba interés alguno ni le proporcionaba ningún deleite. El convento había sido para ella un espacio interior más bien, un escondite: su pequeña celda, la capilla, los pasillos oscuros que olían a pan. El valle era, como dijo Gertrude, sorprendentemente inmóvil y generoso en detalles. El pequeño prado, donde Tim y Gertrude habían bailado hacía tanto entre sus flores azules, estaba ahora amarillo; la hierba, seca y espinosa, parecía suave y sedosa bajo la luz vespertina. Había pequeños cardos yesqueros de color malva, que habían sustituido a los nazarenos de la primavera, diseminados por el campo. Los viejos y retorcidos olivos extendían su follaje puntiagudo y plateado como manos atrofiadas de seres metamorfoseados. Incluso los inquietos sauces del arroyo estaban inmóviles. Solo se movían las rocas, misteriosamente fluctuantes bajo aquella luz incierta. Esta era su hora. A otras horas del día, se veían clara y deslumbrantemente estáticas.

Los turistas, hasta el momento, habían sido muy poco ambiciosos. El simple hecho de saberse juntos les había supuesto una conmoción considerable. El viaje, alegre de una manera algo forzada, había sido más fácil. Ahora, de repente, en ese espacio establecido y determinado, se veían obligados a entenderse entre sí, a desenvolverse cuidadosamente unos con otros. Gertrude, por supuesto, distribuyó las habitaciones: ella se quedó con el dormitorio grande, el que compartía con Guy; a Anne le dejó la habitación pequeña que hacía esquina y que tenía dos ventanas, una que daba al valle y otra a la grieta de las rocas; al Conde se le asignó el diván del despacho de Guy, en la planta de abajo, que contaba con su propio aseo. Anne se hizo cargo del resto de los asuntos. De hecho, dieron por supuesto que el liderazgo del grupo debía recaer en ella. Los otros dos se habían despreocupado por completo y obedecían entre risas. Anne hacía las compras necesarias y organizaba la cocina. Habían decidido que vivirían única y exclusivamente a base de pan, queso, ensaladas con aceitunas, vino y las abundantes frutas de temporada (higos, melones y albaricoques dorados y aterciopelados). Para variar un poco la dieta, recurrían de vez en cuando a productos ultracongelados que traían del pueblo. A Anne, gracias a las tareas que se asignaba ella misma, le resultaba fácil dejar a Gertrude y al Conde a solas. Además, empezó a poner como excusa que le dolía la cabeza, cosa que no era del todo mentira: había vuelto a sufrir migrañas, esas viejas amigas, quizá por mirar tanto aquellas enigmáticas rocas moteadas tan difíciles de enfocar.

Desde que llegaron, habían estado bastante entretenidos caminando por el valle y subiendo a las rocas más cercanas. El día anterior almorzaron juntos en el pueblo, en el pequeño restaurante del hotel, y Anne inventó un par de pretextos para irse de compras. Habían pasado mucho rato sentados y bebiendo. Por la noche jugaron a las cartas, a una modalidad de *bridge* para tres jugadores. El Conde era tan bueno que tenía que cometer errores adrede para que al menos pudieran seguir jugando. Cuando se dieron cuenta, las dos se rieron mucho. Desperdiciaban las buenas cartas que tenían. Nadie se lo tomaba demasiado en serio. Gertrude, a quien Guy había enseñado a jugar, no era una mala jugadora, la verdad. Anne, como hacía años que no jugaba, al principio lo pilló con ganas: parecía ansiosa por recuperar su habilidad y por ganar, pero no tardó mucho en dejar de intentarlo, sobre todo cuando se dio cuenta de que Peter estaba haciendo trampas; así que aquello se



convirtió en un juego de azar.

—¿Estás bien abrigada, querida? —le preguntó Anne a Gertrude—. ¿Te traigo el chal?

—Estoy bien.

—¿Os apetece cenar? Quiero decir, no tenemos nada para comer, pero ¿cenamos algo?

—¡Anne siempre dice que no hay nada y luego nos prepara un festín!

—Es como el milagro de los panes y los peces.

—Déjame ayudarte —dijo el Conde.

—No, no...

Anne nunca lo llamaba Peter delante de Gertrude.

—¡Anne es Marta y yo soy María!

—Madre mía, entonces ¿quién soy yo? —dijo el Conde.

Se echaron a reír, como cada vez que uno de ellos bromeaba.

A pesar de que había cierta tensión subyacente, el ambiente era vacacional. Gertrude se había comprado dos vestidos nuevos, uno de los cuales llevaba puesto; una túnica amarilla clara con mangas anchas, con un collarcito de cuentas azules de cristal veneciano pegado al cuello. Anne llevaba el vestido de cerezas que Gertrude le había regalado. Se había negado rotundamente a permitir que su amiga le siguiera regalando ropa. El Conde, o al menos eso sospechaba Anne, se había comprado un traje nuevo. Llevaba un pantalón fino acampanado de mil rayas azul y blanco, y una camisa-túnica suelta azul de manga corta abierta por el cuello. Llevaba unas elegantes sandalias, visiblemente impolutas, que dejaban ver sus delgados y huesudos pies. Era la primera vez que Anne lo había visto vestido de manera informal. No estaba segura de que le favoreciese mucho. Ahora lo observaba mientras holgazaneaba, con sus largas piernas extendidas, a la vez que miraba con ternura, con una sonrisa, a Gertrude, y marcaba un ritmo silencioso con los nudillos en el mantel. Sus ojos azul claro, como de serpiente, que transmitían frialdad cuando estaba triste, ahora centelleaban entrecerrados entre los pequeños pliegues de las arrugas que se le formaban al sonreír. El sol había enrojecido sus mejillas hasta el punto de que parecía que se hubiera dado colorete. Pero los delgados brazos, que le salían de las mangas cortas de la camisa de manera algo desgarrada, estaban blancos, cubiertos de pelos negros largos y lacios. Anne le miró los brazos delgados y peludos y le entraron ganas de acariciárselos muy suavemente.

—Lo único que echo de menos en nuestra dieta es el queso inglés.

—No me explico cómo los franceses no lo importan, con el valor que le dan a la comida.

—El chovinismo puede más.

—¿Cuándo empezarán a cantar los grillos?

—Pronto.

—Pues entonces voto por que cenemos ya.

Anne se levantó para ir a la cocina.

—Querida, creo que, después de todo, sí que voy a necesitar el chal. ¿Podrías traérmelo? —preguntó Gertrude.

El Conde se levantó de un salto.

—Yo sé dónde está. —Se metió corriendo por las puertas de cristal de la sala de estar, que estaban abiertas, y volvió con el chal. Empezó a echárselo con cuidado a Gertrude sobre los hombros.

Anne se retiró de inmediato. Se le vino a la cabeza que, como preparación para lo que habría de llegar, estaba intentado renunciar a su amor por Peter de igual manera que en su día dejó de fumar antes de que llegara el momento de entrar en el convento. No le había sido difícil renunciar al sexo. Dejar de fumar había sido más duro. Dejar de querer a Peter le resultaba imposible. Cuando se encontraba a solas, siempre se descubría, como una idiota, al borde de las lágrimas.

Anne sabía lo agradecidos que estaban los dos con ella, lo necesaria que les resultaba y cómo seguramente nadie más que ella habría sido capaz de desempeñar ese papel tan importante para ambos. No era una fantasía: habían logrado formar un trío bien avenido y mantener un buen ambiente entre ellos. Se imaginaba las cosas buenas que dirían de ella, confidencialmente y mirándose a los ojos, cuando no estaba presente: «Anne es maravillosa, ¿verdad?». «Sí, es un amor.» «Yo le tengo mucho cariño.» «Y yo.» Anne se las arreglaba a las mil maravillas para que Gertrude y el Conde estuvieran juntos en una especie de paz amorosa, a salvo de cualquier problema que pudiera surgir o de cualquier decisión que pudieran tomar, por peligrosa que esta fuera. Anne conseguía que sus conversaciones fueran distendidas, frecuentes, que llegaran a producirse. Por supuesto, se notaba cierta tensión en el ambiente, una especie de zumbido agudo (como el de una máquina del tiempo que seguía su curso y de la que uno no podía prescindir) que los tres percibían. Pero Anne creaba, como si tuviera las manos extendidas, un espacio para ellos, un ínterin durante el cual no tenían que andar elucubrando estrategias ni tácticas para comunicarse.

Anne no creía que fuera a «pasar» nada durante aquella especie de periodo sagrado. Eso la angustiaba: habiendo perdido las esperanzas, deseaba que el asunto se precipitara hacia algún tipo de conclusión. Incluso se preguntaba si podría hacer algo que, de alguna manera, acelerara el proceso. Pensaba en Peter y Gertrude con el mismo minucioso cuidado de quien analiza un problema matemático o filosófico. Llegó a la conclusión de que Peter no iba a hacer nada (salvo que su amada lo empujase claramente a ello) hasta después del aniversario de la muerte de Guy. Probablemente esperaría hasta la siguiente primavera. De hecho, podría ser que lo fuera aplazando por puro miedo al rechazo. Parecía feliz, de momento, encerrado en el espacio que Anne mantenía firmemente abierto para él. Podía mirar a Gertrude tanto como quisiera a sabiendas de que todavía no se esperaba que hiciera nada. Y también Gertrude agradecía estar relajada; estaba *descansando*, atendida y adorada por dos personas abnegadas, sostenida bajo el cálido haz del amor de sus amigos. Aunque suspiraba de vez en cuando, como si le volviesen a la mente pensamientos tristes o amargos, también se desperezaba como si verdaderamente estuviera disfrutando de la comodidad que le proporcionaba ser el foco de atención.

¿Diría Gertrude que sí? Anne pensaba que al final lo haría: la presencia del Conde en Francia era en sí misma un indicio. Y, en todo caso, cualquiera que fuera el arreglo al que llegaran Peter y Gertrude, siempre que ella no se casara con otro, si él se convertía en su feliz *cavaliere servente*,[42]

no quedarían sobras para la hambrienta Anne. Anne, por supuesto, le había dedicado algunos pensamientos a Manfred. Gertrude lo había visto bastantes veces después de que se divulgasen las vergüenzas de Tim. Pero llegó a la conclusión de que por ese lado no había nada que esperar: Manfred era un soltero todavía joven (más que Gertrude) que solo se preocupaba por sí mismo y que llevaba una doble vida. Sin duda, le tenía mucho cariño a Gertrude, y ella a él. Pero, si Manfred quería una compañera, seguro que tendría una a mano escondida en alguna parte. De todos modos, si aspiraba a Gertrude, estaba lo bastante seguro de sí mismo y era lo suficientemente asertivo como para intentar conseguirla; y Anne, que lo observaba de cerca cuando podía, no había visto señales de ello. Tenía todas las circunstancias a favor para postularse como el protector natural de Gertrude. Dado que no lo había hecho, era de suponer que ni siquiera lo pretendía: el Conde, pues, tenía el terreno despejado.

Anne, por su parte, estaba haciendo sus propios planes. No quería, bajo ningún concepto, hacerle daño a Gertrude. Y, por supuesto, tampoco quería que los otros dos percibieran el menor indicio de su estado emocional. No podían enterarse de cómo estaba. Llegado el momento, Anne agradecería enormemente que nunca llegasen a saberlo. Ella los llevaría hasta el altar, como si fuera un sacerdote. Después se marcharía. Quería a Gertrude por encima de todo y le sobraba amargura como para pensar que había encontrado a su amiga solo para volver a perderla de ese modo tan especialmente doloroso. Mientras tanto, debía comportarse de manera impecable, custodiarlo todo con amor y moverse tan rápido como un fiel sirviente. Así, Anne, mientras observaba a aquella pareja, ante cuya presencia tanto se le alteraba el corazón, se debatía entre una desazón amarga, casi egoísta, y un amor desinteresado y frustrado que sentía que, en cierto modo, pertenecía a su futuro.

Y ese futuro, pensaba, se situaba en los Estados Unidos. Necesitaría marcharse nada menos que a otro continente cuando ellos dos estuvieran juntos. Ya había redactado una carta, aunque aún no la había enviado, para las clarisas pobres de Chicago. Y había pensado escribirles a ellas por la sencilla razón de que la suya era la única dirección que conocía en los Estados Unidos. Sería un punto de partida. Lo demás vendría por sí solo: confiaba en que algo nuevo le ocurriese en los Estados Unidos. Seguro que encontraría un empleo.

«Ah, pero es tan triste —pensó Anne, mientras rociaba el verde y oloroso aceite de oliva sobre la ensalada—. Guardo en mi interior tanto de ese amor que antaño le entregaba a Dios... Y tendré que abandonar a las dos personas a las que más desearía poder dárselo ahora.»

—Anne, querida. —Era Gertrude. Ellos nunca pasaban demasiado tiempo a solas. Uno de los dos se encargaba siempre de ir a buscar a Anne—. ¿Te puedo ayudar en algo?

—No —respondió Anne—, me basta con que estés aquí conmigo, simplemente.

«Quizá debería quedarme —pensó—. Quizá, después de todo, no debería irme a los Estados Unidos. Debería quedarme para ayudarlos a que sean felices.»

—Así que se acabó —dijo Daisy.

—Sí.

—Me alegro. Ojalá te hubieras decidido antes. Quizá debería haber sido yo quien diera el paso. Pero supongo que pensaba que te dejarías llevar.

—¿Eso era lo que querías? —preguntó Tim.

—Sí, no... Ya sabes cómo es, cómo era. Estamos llegando ya al pasado verbal, ¿no?

—Ay, Dios...

—No seas tan sensiblero, querido, queridísimo Tim. Te estoy muy agradecida.

—Yo te estoy muy agradecido a ti.

—De verdad que somos estúpidos, un par de zoquetes.

—Sí.

—Nos quisimos, pero nunca supimos darle ningún sentido a nuestro amor.

—¿Me perdonas entonces?

—Ah, no seas bobo, Tim. Es tu típica ñoñería, hacerlo todo emotivo, o romántico, o lo que sea. Somos como dos trozos de madera en un río. Hemos flotado juntos un tiempo. Un trozo de madera no le pide a otro trozo de madera que lo perdone.

—¿Pero no te da... pena? Perdona, es que no se me ocurre qué palabra emplear para no molestarte.

—Jamás podrás volver a molestarme.

—A no ser que me retracte de lo que he dicho.

—Es muy tarde para eso.

—¿Quieres decir...?

—Que si tú te desdices, tendré que decirlo yo. Por una vez estamos de acuerdo. Nuestros astros se han alineado. Es una especie de momento cósmico. Vemos lo que nos conviene, y lo vemos los dos.

—Cariño, de verdad que yo... te admiro...

—No me hagas reír: sería demasiado doloroso.

—Me alegro mucho de lo que acabas de decir, que avanzarás con la novela cuando me haya marchado.

—Ah, pero eso era solo un decir. ¡Voy a tirarla a la papelera!

—Lo siento. ¿Y qué piensas hacer?

—Eso... ya... no va a ser asunto tuyo... nunca más.

—Oh, Daisy.

—No flaquees, querido mío, no flaquees ahora. Sobre todo después de haber sido tan extraordinariamente valiente como para dar el paso.

—Sí..., muy... valiente...

—No se te ocurrirá volver corriendo esta vez, ¿verdad?

—No.

—De todos modos, no estaré aquí..., ni en Shepherd's Bush.

—¿Cuál de los dos se quedará con el Prince of Denmark?

—Puedes quedártelo tú, si quieres. Yo me voy a esfumar. Creo que me iré de Londres. Detesto

Londres. Llevo años intentando irme de aquí.

—Daisy, ¿te las arreglarás con el dinero?

—Esa es otra de las cosas que a ti ya ni te van ni te vienen.

—Pero de verdad...

—Sí, sí, yo también tengo amigos ricos.

—Yo ya no tengo amigos.

—Vale, pues ve a buscarte algunos.

—Te podría dejar...

—No. Ya te he dicho que tengo amigos, por Dios. Desde luego, no son tan ricos como los tuyos, pero no voy a pasar hambre. Estaré en un lugar completamente distinto a este.

—En cierto modo nunca pensé...

—Por supuesto que no. Tú te pasas la vida en un «nunca pensé» perpetuo. Cuando no estabas conmigo, te imaginabas que no existía. Alrededor de mí hay un montón de gente de la que no sabes nada.

—¡Oh!

—Bueno, no te deprimas por eso ahora, mi pobre Ojitos Azules.

—Ha sido una relación disparatada, ¿verdad?

—Es un mundo disparatado.

—No nos hemos hecho ningún bien.

—Tampoco nos hemos hecho demasiado daño. Somos de esa clase de personas que viven en el limbo. La gente corriente sienta la cabeza para darle sentido a su vida, establece compromisos, define su vida, sus proyectos... Todo eso. Nosotros hemos seguido siendo niños, nada más. Nos hemos entorpecido el uno al otro.

—Pero para nosotros eso era la inocencia.

—¡Que le den a la inocencia! Solo somos fantasmas.

—Compromisos y definiciones, sí. De todas maneras..., Daisy, sabes que no hago esto por Gertrude. Esto no tiene nada que ver con ella. Es algo entre tú y yo.

—Es lo último que vamos a hacer juntos. A la mierda Gertrude. No me importa por qué lo estés haciendo, siempre que lo estés haciendo de verdad.

—No, pero es importante.

—«Que se vaya, que se quede, que se hunda o bien que nade. Yo no le importo ni me importa él a mí...»[43]

—Daisy, no es por Gertrude: Gertrude ya es historia. *No podría hacerlo* por un motivo como ese. Es porque es... absoluto..., y limpio..., y...

—Ah, sí, sí, sí.

—¿Pero lo entiendes? Esto es solo asunto nuestro.

—Sí. Sí, de acuerdo.

—Siento..., siento que ahora te quiero de una manera más perfecta de lo que lo he hecho nunca.

—Ese es el efecto de la separación. Se pasará y te sentirás aliviado.

—Oh, Daisy, eres tan hermosa...

Lo decía de verdad. Estaban en la sala de estar, cara a cara, sentados en las sillas de bambú, en medio de un archipiélago de almohadones y de macetas con plantas. Daisy llevaba vaqueros y una camisa limpia. Se había «hecho» los ojos con enormes círculos de sombra azul, pero esta vez no tenía los labios pintados. Tim tenía miedo de que se pusieran a temblar. Pero Daisy era fuerte, era grandiosa. Él mismo era fuerte y grandioso también. Juntos eran como seres divinos. Parecían una pareja que se acabara de conocer.

—Creo que me estoy enamorando de ti —dijo Tim.

—Ya lo sé. Yo siento algo parecido...

—Dios mío, quizá este sea nuestro único momento de amor verdadero, nuestro *primer* momento de amor verdadero.

—No, es una ilusión, simplemente un subproducto sentimental de nuestro arrojito. Pero no significa nada. O, al menos, no significa eso, seguro. Estamos ante la muerte. Dicen que la muerte no es otra cosa que amor, pero ese no es nuestro caso.

—Imagínate que empezamos otra vez, ahora. Estás..., estás como transfigurada.

Un sol perezoso hacía que la habitación pareciese polvorienta, llenándola de partículas que se movían lentamente a través de la luz. Daisy parecía una diosa: estaba sentada muy recta, con las manos apoyadas en los brazos de la silla, con el pelo corto peinado muy pegado a su estrecha cabeza, con sus enormes ojos y la cara seria y firme. Tim nunca antes le había visto esa expresión y aquella imagen lo dejó arrobado de amor.

—No, mi querido Tim, no nos volveremos a ver en la vida. Se acabó. Esto es el fin.

—Pero ¿cómo se hace eso? —preguntó Tim—. Es como la muerte, ¿no?

La cara de Daisy mostró, por un momento, cierta debilidad.

—Y, por favor, si en el futuro, en alguna ocasión, sientes la tentación de buscarme, no lo hagas..., por mi bien, no lo hagas...

—Daisy, yo...

—Dices que te has llevado todas tus cosas, ¿no?

—Sí. Me las llevé... ayer... cuando saliste...

—Eso fue muy prudente por tu parte. No queda nada en tu habitación, ¿no?

—No.

—¿Quieres ir a asegurarte?

—No, no hace falta.

—Entonces lo único que te queda por hacer es salir por la puerta.

—Daisy... No puedo...

—Le estás pidiendo al verdugo un minuto más de vida.

—Sí... Pero... Daisy, no puedo hacerlo..., no podemos hacerlo. Mañana estaremos los dos en el

Prince of Denmark.

—No, Tim, tienes que darme tu palabra. Tenemos que dar el *coup de grâce*. Has mostrado mucho valor. Esto es lo mejor que jamás has hecho por mí. No lo eches a perder ahora. Me has dejado asombrada, has hecho lo que creo que yo nunca podría haber hecho; y creo que no lo estás haciendo por Gertrude, simplemente lo estás haciendo y punto; y, si pudieras verte ahora, verías a un dios. Nunca me has parecido más hermoso que hoy. Pero eso no tiene nada que ver con el futuro. No tenemos futuro. Sé leal conmigo, sé bueno conmigo, mi valiente y querido Tim.

—De repente, nos hemos hecho mejores, mucho mejores... Es como si nos hubiéramos... redimido... ¿Por qué no podemos...?

—Ah, no me hagas reír. Somos firmes, somos fuertes, e incluso, como estamos a punto de matarnos el uno al otro, estamos *sobrios*. Es como un pacto de suicidio. Pero, si lo anuláramos, nos convertiríamos, sin más, otra vez en aquellos dos mismos zombis de siempre: nos pelearíamos, nos pondríamos a beber y seríamos desgraciados y *estúpidos*. Lo sabes.

—Sí, supongo que sí...

—Entonces vete.

—No puedo.

—Vete.

Tim se levantó y se dirigió a la puerta. Se acordó de que había dejado sus cosas de afeitarse en una bolsa de plástico al lado de la silla. Se volvió y la tomó sin mirar a Daisy. Se le estaban saltando las lágrimas. Volvió a la puerta, salió, cruzó la entrada, salió por la puerta del piso, la cerró con cuidado y empezó a bajar las escaleras. Pensó: «Esto no es real; así que no tengo por qué someterme a este terrible sufrimiento. Siempre puedo volver, *siempre* puedo volver. No puede esfumarse como dice».

Salió a la calle y se puso a caminar despacio hacia la estación de Finchley Road. Se sentía separado de su cuerpo, mareado, tan torpe como si estuviera aprendiendo a andar. Andar, qué proceso más extraño: bajar un pie y a continuación levantar el otro, llevarlo hacia adelante, luego apoyarlo, cambiar de pie y levantarlo... Tenía la sensación de que podría caerse en cualquier momento. Cuando alguien se le acercaba por la acera, lo percibía como una sombra borrosa y tenía que detenerse para dejarlo pasar. Continuó su camino despacio, con la boca abierta. Las lágrimas le ardían en los ojos, pero se resistían a aflorar. Se sentía enfermo, como si lo estuviese consumiendo una enorme y negra corrosión.

No supo determinar el momento exacto en el que decidió dejar a Daisy. Aquello se había ido «gestando» poco a poco. Era como una enorme masa de material que se le hubiera ido viniendo encima y él hubiera ido observando por el rabllo del ojo mientras la esperaba paralizado de miedo. Al final, jadeando por la conmoción, había reconocido la autenticidad de sus intenciones. Apenas había visto a Daisy en los últimos días; se pasaba las mañanas en la cama, a veces hasta el mediodía, y él se marchaba de la casa sin haberla visto. Volvía bien entrada la noche y se tomaba un vaso de whisky con ella, si es que estaba visible. Luego se iba rápido a acostarse. Daisy se pasó todo ese tiempo más borracha que de costumbre.

Durante el día Tim caminaba por Londres. Ya no iba a las galerías por temor a lo que pudiera ver allí. Se quedaba en los pubs. Cuando cerraban, se sentaba en el banco de algún parque. Los días eran soleados. Londres estaba deslumbrantemente hermosa. Los enormes plátanos de sombra soñaban ya con el otoño; sus largas ramas dejaban caer grandes hojas verdes y marrones por aquí y por allá. Las hojas bajaban flotando lentamente y se posaban en silencio a los pies de Tim. Tenía la sensación de estar siendo transportado a un estado espiritual diferente. A veces dudaba si seguía siendo visible. Descubrió que era capaz de permanecer sentado, completamente inmóvil, durante una hora entera. Se sentaba y, sin llegar exactamente a pensar, dejaba que las cosas le pasaran por la cabeza. El mundo exterior desaparecía y él simplemente existía en el centro de un vacío blanquecino. A veces el vacío relucía como el mar y se volvía plateado. Zumbaba y latía en silencio. Tim respiraba.

No sabía si de verdad estaba cambiando o si quizá estaba volviéndose loco. ¿Eran así los primeros brotes de la locura? Se sentía extremadamente tranquilo, pero completamente dado de sí, como si el espacio se estuviera curvando y él estuviera curvándose junto con ese espacio. Parecía que todo, incluida su propia personalidad, iba a desaparecer. Era un pedacito diminuto de sí mismo, una partícula, y sin embargo también era la superficie circundante, que parecía infinita. Era un átomo, un electrón, un protón, un punto en el espacio vacío. Era transparente, y precisamente esa transparencia hacía que se sintiera invisible. Estaba vacío, estaba limpio, no era nada. Y, sin embargo, al mismo tiempo, era energía purificada, pura actividad, puro ser. La experiencia no era en sí misma dolorosa, aunque de alguna manera, y muy cerca de ella, también subsistía, medio oculto, un dolor espantoso, unas veces parecido a un agujero negro, y otras a una densa masa de materia indestructible. La sensación de vacío resultaba a ratos casi placentera; pero siempre era terrible. «Es un estado de la libertad absoluta, es como ser un ángel», pensó en cierta ocasión. En las fases posteriores ya ni siquiera iba a los pubs. Comía muy poco. Se sentaba en silencio en los bancos de Regent's Park, de Hyde Park, de los jardines de Kensington, y se limitaba a existir. Si llegaba alguien y se sentaba a su lado, se levantaba tranquilamente y caminaba despacio hacia otro banco, y sus pies no tocaban el suelo.

Suponía que su decisión de dejar a Daisy constituía la «forma», la esencia, de aquella experiencia. Y se decía a sí mismo: «Después de todo, es como *La flauta mágica*, excepto que algo ha salido mal y están tocando la música de un modo diferente, y al final nadie va a salvar a Papagena y Papageno: se han perdido el uno del otro en la oscuridad de su ordalía y ningún dios volverá a reunirlos nunca jamás en paraíso alguno». Sin embargo, también sabía que su experiencia era algo más que esa «forma», que era absoluta, una especie de fenómeno fundamental, una especie de verdad, no como si se tratara de Dios, sino como el cosmos mismo, suave, terrible, definitivo. Era también una visión de la muerte. Respiraba, sorprendido de respirar, como si se acabara de dar cuenta de que llevaba toda su vida contando sus respiraciones. Estaba desconcertado por lo que le estaba sucediendo, aterrorizado por aquello en lo que se había convertido; y, sin embargo, también quería prolongar la experiencia. No veía *cómo* volver a la vida normal y sabía que el regreso sería agónico. Le dio forma a su terrible decisión gradualmente; o, mejor dicho, la decisión fue tomando forma dentro de él, pero



en ese momento no estaba viviendo en el mundo normal y corriente del tiempo y el espacio, donde las decisiones se llevan a cabo y las situaciones cambian de manera irreversible y para siempre; y solo en esas circunstancias se habría decidido a dar el paso.

Una mañana, a eso del mediodía, fue a una cabina telefónica de la estación de Baker Street y llamó al piso. No respondió nadie. Se quedó de pie con el teléfono en la mano y el corazón latiéndole tan dolorosamente que parecía tener un hurón en el pecho. Salió de la cabina y paró un taxi. Dejó al taxi esperando mientras recogía sus pertenencias. Luego volvió a coger el taxi hasta el estudio y subió las cosas por las escaleras. Miró asombrado aquel espacio, inmóvil en su propio silencio a pesar del sonido circundante, ajeno a la historia. El estudio, sumido en una especie de caos apacible, seguía igual que cuando estuvo allí hablando con el Conde: durante su ausencia, no había entrado nadie, no había pasado nada. Esa noche volvió al piso de Finchley Road, y al día siguiente salió como de costumbre, paseó y se sentó y paseó y se sentó. Pero sabía que había desencadenado una terrible avalancha de acontecimientos. Sintió que aquel blanco intervalo de tiempo estaba llegando a su fin.

Al día siguiente no salió temprano. Se afeitó y metió todas las cosas que le faltaban en una bolsa de plástico. Se sentó en la cama a esperar que Daisy se despertara y se espabilara, y entonces sintió que el dolor, aquel dolor negro y desgarrador que lo había acompañado, se abría por fin camino en su interior. Permaneció sentado, encorvado por el dolor y con los ojos cerrados hasta que por fin oyó a Daisy toser, entrar en el cuarto de baño y, por último, trastear en la cocina. Fue entonces cuando cogió la bolsa de plástico y salió.

Era cierto que aquello no tenía nada que ver con Gertrude. Era *imposible* que hubiese sido así. En el fuego blanco y frío en que había estado viviendo no había ninguna cosa semejante a Gertrude. Era como si los pensamientos, sentimientos y juicios que se remontaban al pasado más remoto hubieran quedado recogidos y perfeccionados en esa vacuidad. El tejido de la decisión estaba hecho de cosas muy viejas, de cosas antiguas que no sabían nada de Gertrude. Su vida entera estaba recogida, recordada, en lo que estaba sucediendo en ese momento de un modo espantosamente inevitable. Y lo extraño fue que Daisy lo supo enseguida, lo supo tan pronto como le vio la cara. Fue como escoger compañera de baile. Lo entendía todo. Era perfecta.

Sin embargo, ¿no suponía esa perfección la ordalía definitiva de Tim? ¿Cómo *podía* dejar a una mujer como esa? ¿Lo que había ocurrido no implicaba acaso la purificación, la consumación o la redención de su amor, que por fin se asemejaba a un *matrimonio*? ¿Cómo podía *dejar*, y *para siempre*, a la persona con la que había compartido, después de tan larga peregrinación, esa experiencia final de verdad absoluta? Quería a Daisy más de lo que nunca antes la había querido. En la oscuridad de aquel dolor último, imposible de imaginar, la perfección de él y la perfección de ella se encontraron para pactar la separación.

Tuvo la necesidad de estar en un espacio abierto y cogió un taxi hasta Marble Arch. El taxi lo dejó junto al Speakers' Corner y él se alejó caminando bajo los árboles; y algo que había estado funcionando muy rápido, quizá su corazón, empezó poco a poco a ralentizarse. La luz blanca parecía

acompañarlo de nuevo, aunque ahora era diferente: se había vuelto perlada, grisácea, atenta, inmóvil. Descubrió que podía ver a través de ella. Veía los árboles, los enormes y silenciosos plátanos, sus troncos inmensos y entrañables descamándose y el amplio balanceo colgante de sus ramas, cubiertas de hojas que parecían plumas y que llegaban al suelo. Siguió caminando por la hierba, seca, caliente, de un color oro apagado, y que producía un suave sonido primaveral bajo sus pies. A lo lejos veía la línea del lago y el puente del Serpentine. Entonces de pronto sus rodillas cedieron, cayó sobre ellas y se quedó tendido en la hierba. Como un orgasmo, como un nacimiento, algo se retorció en su interior y después abandonó su cuerpo dejándolo completamente exánime. Una cálida ola se le había roto encima y ahora fluía sin parar; una ola de felicidad pura, vacía de pensamientos que, mientras tenía la cara apoyada en la hierba seca, lo hizo gemir, gemir de alegría.

A la quinta mañana empezó a soplar el mistral, pero no cancelaron sus planes de ir al pueblo. Gertrude y el Conde se quedaron sentados en el café mientras Anne hacía la compra. Anne también debía buscar a alguien que reparara el cristal resquebrajado del despacho. Después tenían la intención de ir en coche a dejarle un aviso al electricista, que normalmente en esa época del año pasaba a revisar la bomba eléctrica que extraía el agua del pozo. Y después la idea era almorzar en algún sitio de camino a casa.

La *terrasse* del café estaba desierta y las puertas estaban cerradas. Gertrude y el Conde estaban sentados dentro y tomaban coñac. El *patron*, que normalmente era amable con ellos, estaba ese día de mal humor. En el café hacía un frío glacial. Cada vez que alguien entraba había que sujetar la puerta con fuerza para evitar que se golpeará contra la pared de fuera. Era imposible no dar un portazo al cerrarla. El *patron* gritaba enfurecido. Por el suelo volaban hojas de periódicos y papeles. Gertrude y el Conde estaban encorvados sobre sus copas de coñac lamentando no haberse llevado los abrigos. Llegó Anne. Había sido incapaz de encontrar un cristalero. Se dio cuenta de que se le había olvidado comprar mantequilla. Gertrude le dijo que no importaba, el Conde dijo que la compraría él de camino al coche. Decidieron no acercarse al electricista ni almorzar fuera, sino ir directamente a la casa. Al entrar en el Rover, una de las puertas se abrió hacia atrás con tanta fuerza que las bisagras se dañaron y resultó extremadamente difícil cerrarla. Cuando lo consiguieron, pensaron que era mejor mantenerla cerrada. Sin embargo, al Conde se le olvidó y cuando llegaron a casa volvió a abrirla sin querer. Les costó más trabajo que antes volver a cerrarla. También se habían olvidado de la mantequilla. Gertrude dijo que el viento probablemente soplaría durante tres días más y que después dejaría de soplar.

Recorrieron la casa cerrando bien las contraventanas, algo que no se les había pasado por la cabeza hacer antes de salir esa mañana. Luego se sentaron un rato en la sala de estar. Volvieron a tomar coñac y comentaron lo emocionante que era todo aquello. Al final almorzaron algo de fruta y queso. A Anne también se le había olvidado comprar pan, pero el pan del día anterior, aunque un poco correoso, no estaba del todo malo. Anne apenas comió y al final reconoció que no se encontraba bien. Notaba que le estaba volviendo la migraña. Se retiró al piso de arriba. Gertrude, quejándose sin

parar, estuvo buscando un buen rato un libro que leer. El *Urdu coloquial*, al que pensaba que podía darle otra oportunidad, estaba en una mesa, sin abrir. Guy había provisto la casa de «clásicos» y Anne y Gertrude habían podido, haciendo bromas al respecto, seguir con las novelas que habían dejado sin terminar en Cumbria, *El corazón de Mid-Lothian* y *Sentido y sensibilidad*. Pero con el vendaval que sacudía la casa, Gertrude se veía incapaz de leer a Jane Austen. Encontró una novela policíaca de Freeman Wills Crofts que Stanley se había dejado allí y se fue también al piso de arriba. El Conde se había llevado consigo a Proust, aunque no habría hecho falta, ya que Guy tenía la obra completa, en inglés y en francés, en el despacho. Pero el Conde se sentía muy lejos de Swann. No le apetecía leer sobre las penas originadas por los celos. Rebuscó entre los libros de Guy tratando de encontrar algo sobre Polonia y no lo consiguió. Polonia no parecía tener cabida en aquella biblioteca, y, a decir verdad, tampoco en la de Londres. El Conde se sintió un poco decepcionado. No es que llegase a creer, como solía decirse que pensaban sus compatriotas, que, en el fondo, «todo el mundo era más o menos de origen polaco», pero sí que era de la opinión de que cualquier persona formada debía sentir al menos un poco de curiosidad por Polonia. Pensó que podría salir a dar un paseo, y se quedó un rato fuera, de pie en medio de aquel vendaval, y después volvió a entrar con la sensación de que le habían arrancado el cuero cabelludo. Se sentó en la cama a pensar en Gertrude: estaba preocupado por ella. Anne había dado en el clavo al conjeturar que el Conde estaba decidido a esperar a que pasaran las Navidades para hacerle la proposición a Gertrude. Pero la firmeza de su decisión estaba empezando a flaquear. Gertrude había recibido una carta de Manfred el día anterior (un cartero invisible había dejado el correo en el buzón que había junto al garaje). El Conde reconoció la afectada letra de estilo italiano de Manfred escrita en el sobre cuando Gertrude se la llevó al piso de arriba. Se dio cuenta de que no podía esperar mucho más para saber qué le deparaba el destino.

Fue esa misma mañana, sobre las diez, cuando el mistral comenzó a soplar. El cielo había estado despejado hasta entonces, completamente azul. Pero de pronto se tornó gris, aunque no como cuando se cubre de nubes; más bien fue como si cada partícula azul del cielo, silenciosamente, y sin cambiar de posición, se hubiera desteñido hasta volverse grisácea. Si no hubiera sido porque el sol ya no se veía, habría resultado difícil asegurar si el cielo estaba o no nublado. ¿Quizá se hubiera escondido ya tras las rocas? El Conde, al que se le había parado el reloj, fue incapaz de averiguar qué hora era exactamente. Se había echado en la cama un rato. ¿Se había quedado dormido? Fue a la sala de estar. Allí no había nadie. Soplaba el viento, pero no como soplan otros vientos, en oleadas y con rachas fuertes, sino de un modo constante, como si el aire, puesto en movimiento de manera regular y veloz, simplemente fluyera como un río. Un río de viento, que soplaba paralelo a la tierra, y que arrastraba a su paso, según observaba el Conde desde la ventana de la sala de estar, hojas de sauce, hojas de vid, hojas de olivo, ramas y otros restos que las continuas líneas de fuerza levantaban, como si la tierra misma se estuviera desintegrando mansamente en una corriente de partículas. Se oía un retumbar maquinal y monótono, no muy fuerte ni penetrante, sino más bien atemperado, y en el tono justo para sacar a cualquiera de sus casillas.

Gertrude bajó al rato, quejándose de que había sido incapaz de descansar. Preparó un poco de té,

que ninguno de los dos quiso. La casa se había ido quedando helada. Después de buscar un rato, Gertrude encontró un pequeño calentador eléctrico en un armario, lo enchufó en la sala de estar y ambos se sentaron junto a él intentando entretenerse con el mistral. Gertrude recitó algunos versos populares sobre el viento. Una corriente constante, un mistral pequeñito, cruzaba la habitación y ascendía por la chimenea. El Conde comentó que, si había leña, podrían encender un fuego esa tarde (bueno, ya era por la tarde, ¿no?) en la gran chimenea de piedra. A Gertrude le pareció una idea estupenda. No le apetecía mucho salir a por la madera puesto que su abrigo era muy fino, pero le dijo al Conde dónde la almacenaban, en un cobertizo anejo pegado al garaje. El Conde salió y volvió diciendo que había sido incapaz de encontrarla. Gertrude se ajustó, malhumorada, su ligero abrigo y salió a su vez. El cobertizo estaba vacío: alguien había debido robar la madera. Entonces comenzó la infructuosa búsqueda de las bolsas de agua caliente que, sin duda, decía Gertrude, necesitarían esa noche: cuando soplaba el mistral, de una manera un tanto misteriosa, las camas se humedecían de inmediato.

Anne Cavidge estaba acostada en la cama, reclinada sobre unas almohadas. Se había tapado con todas las mantas que tenía a mano, encima había colocado el abrigo, y había cubierto el conjunto con una esterilla que cogió del suelo, pero aun así tenía frío. Esa mañana se había encontrado algo indispuesta en el pueblo y se había olvidado del pan y la mantequilla, cosa que le pesaba mucho. Tenía una migraña tremenda, que fue adquiriendo unas características inusuales, aunque no del todo desconocidas: de hecho, había perdido por completo la visión del centro de su campo visual. El hueco lo ocupaba un agujero grande, redondo y grisáceo, al que parecía estar mirando fijamente, y alrededor de su borde había un cerco de partículas en ebullición no muy distintas a las gachas. Lo de fuera de los bordes del campo visual, lo que se veía «fuera del rabillo del ojo», estaba como siempre. No tenía un dolor de cabeza normal, sino una sensación mucho peor de vértigo y mareo extremo; la cabeza le daba vueltas y había empezado a sentir unas náuseas sordas, pesadas y deprimentes. A su lado, en el suelo, colocó, por si acaso, unas cuantas hojas de periódico y un orinal. No podía estar de pie ni sentada ni acostada del todo. Mantenerse incorporada le pareció la posición más soportable. No podía estarse quieta: necesitaba mantenerse en movimiento para aliviar el dolor doblando y desdoblando las piernas, moviendo los hombros y girando la cabeza. Y allí estaba, acostada escuchando el monótono rugir del viento y el repiqueteo de las contraventanas, que tenían echados los pestillos. Aquella mañana en el pueblo había aprovechado para enviar su carta a Chicago.

Gertrude llamó a la puerta, aguardó un momento y entró.

Anne la había oído subir por las escaleras, así que se tumbó del todo rápidamente y metió de un empujón el periódico y el orinal debajo de la cama.

—¿Cómo estás, querida? ¿Te importa que mire en tu armario? Tiene que haber unas bolsas de agua caliente por alguna parte.

—Claro, adelante.

Gertrude rebuscó en el armario.

—Hay una, pero parece muy vieja. ¡Qué oscuro está! ¿Te importa que encienda la luz?

Gertrude la encendió. Anne se tapó los ojos.

—Aquí hay otra: algo es algo. Perdona, te estoy deslumbrando. —Volvió a apagar la luz—. ¿Cómo estás, Anne, corazón?

—Bien.

—¿Has estado leyendo a Scott?

—No.

—Yo tampoco podía leer. Siento lo de este viento infernal. Se calmará. ¿Estás bien abrigada?

—Sí.

—Deja que te toque los pies. —Gertrude metió una mano por debajo de las mantas y notó que a Anne no le dejaban de temblar los pies—. Estás helada y no tienes calcetines, so tonta. ¿No te has traído calcetines ni nada por el estilo?

—Bueno... Ah, sí. En esa maleta, pero no te preocupes por mí.

Gertrude encontró los calcetines, retiró la ropa de la cama y se los puso a Anne. Por un momento, al sentir la mano caliente de Gertrude, Anne se quedó rígida. Después, en lo que Gertrude le arreglaba las mantas, comenzó a temblar de nuevo.

—Te voy a poner una bolsa —dijo Gertrude—, si es que hay alguna que no pierda agua. Dime la verdad: ¿cómo te encuentras?

—Ya se me pasará.

—Tienes toda la ropa arrugada. ¿No sería mejor que te desvistieras?

—Sí, más tarde.

—Tienes que ver a Victor cuando vuelvas.

—Mejor otro médico, alguien que no conozca.

—Pues viste a Orpen.

—Pero es dentista. Eso no es lo mismo.

—¿Te has tomado una aspirina?

—Sí.

—¿No pudieron hacer nada con esas malditas migrañas en tu estúpido convento?

—Es algo psicológico.

—Eres masoquista.

—No.

—¿Quieres un poco de consomé?

—No, gracias.

—No dejas de moverte. ¿Crees que te vendría bien una pastilla para dormir?

—Más tarde, gracias.

—No sé qué hacer contigo. ¿Brandy?

—No, gracias.

—Ay, querida, y encima el Conde está hecho un manojito de nervios. Hoy andamos todos un poco trastornados.

—Lo siento, lo siento. Me olvidé del pan...

—¡Ay, *querida*...!

Gertrude llevaba puesta una bata marrón, que posiblemente había sido de Guy, encima del vestido. Se sentó en la cama y acarició suavemente el cuerpo tapado de su amiga. Anne se revolvió irritada. La habitación estaba en penumbra; y, como Anne no paraba de mover la cabeza de un lado a otro, Gertrude no podía verle bien la cara. Anne tampoco veía a Gertrude, salvo como una forma borrosa por el rabillo del ojo. Al quedarse más oscura la habitación, el agujero de su centro visual lleno de átomos en los márgenes parecía volverse algo más brillante. Para desviar la atención del malestar y del nuevo dolor localizado en la nuca, se concentró en el brillante círculo vacío. Se preguntaba si de repente aparecería algo dentro de aquel agujero cetrino. Jesucristo, quizá. Estaba deseando que Gertrude se marchara.

—Anne, no me abandonarás nunca, ¿verdad?

—No.

—Quiero decir..., pase lo que pase...

—¿Qué puede pasar? —preguntó Anne.

—No lo sé. A cualquiera podría pasarle cualquier cosa.

—Si te quedas en una silla de ruedas, yo la empujaré.

—Quiero que nos hagamos viejas juntas.

—Estupendo.

—Muy bien, querida. Me voy. Te quiero.

—Y yo a ti.

Gertrude salió con las bolsas de agua caliente. Cuando bajó las escaleras, Anne se levantó como pudo, arrastró los pies hasta el baño e intentó vomitar; pero fue incapaz.

—¿Cómo está Anne? —preguntó el Conde.

—Tiene un dolor de cabeza tremendo —dijo Gertrude. Soltó las bolsas de agua y al instante se olvidó de ellas.

—¿Quieres..., quieres que te ponga una copa, Gertrude?

—Yo me la serviré. —Se sirvió un whisky.

—¿Y tú?

—Sí, creo que sí... Un whisky... Por un día...

—Te estás volviendo un borrachín, Conde.

—¿Encendemos la luz?

—No, miremos qué pasa afuera.

Se llevaron los vasos a la ventana. Las rocas, incluso esa tarde, habían seguido acumulando algo de

luz, una especie de luz gris que las volvía ligeramente pálidas en contraposición con un cielo más oscuro. Habían abandonado su habitual parpadeo moteado y parecían moverse lentamente hacia arriba y hacia abajo en balanceos verticales. A los pies de las rocas aún se distinguía el valle en medio de un crepúsculo tenebroso, lúgubre y subacuático. Las ramas de los olivos y los sauces, arrancadas y dispersas, parecían fluir al viento, fluir como si no hicieran ruido, ya que el viento absorbía el sonido en su propio rugir monótono.

—¡Qué sonido tan espantoso!

—Mira aquellos pobres árboles.

—Y mira la terraza.

Una corriente poco profunda de hojas en movimiento, junto con un poso menos móvil de astillas, ramas y de lo que parecían ser piedras, recorría la terraza. Daba la impresión de que habían desaparecido varias sillas. El viento, al otro lado, pasaba por entre las casas y las rocas como una pared en movimiento.

—Espero que esas cosas que van volando por el aire no sean tejas arrancadas del tejado.

—Las habríamos oído caer.

—No con este ruido.

—Dios mío, ¿qué es eso?

Se oyó un estampido y algo golpeó y se estrelló violentamente contra la pared de la casa.

—Iré a ver —dijo el Conde.

—¡No salgas por las puertas de cristal! Ve mejor por la galería arqueada. Iré contigo. Espera. ¡Yo sujetaré la puerta!

Franquearon la puerta, salieron y la cerraron tras ellos. Después se abrieron camino por la terraza manteniéndose pegados a la casa. La galería de madera (la que había reparado Tim) se había venido abajo y estaba desparramada en una masa de palos y ramas de parra entrecruzados.

—¡Madre mía, *madre mía*, se ha roto la parra!

—Creo que solo una rama... Sí, solo esta rama... ¿Nos..., nos llevamos las uvas dentro?

—Mejor llévate la rama entera... Ah, *maldita sea*...

Llevaron la rama rota entre los dos, luchando contra el viento; la metieron a rastras por la puerta plegable, que empezó a moverse descontroladamente en cuanto la abrieron, y trasladaron el largo trofeo a la sala de estar. Lo dejaron pegado al estrecho aparador que había debajo del grabado de las niñas asustadas de Munch. Gertrude encendió la luz.

—¡Ay, qué lástima!

—¡Qué bonita es!

El tronco roto y ondulado había adoptado una forma nueva, muy elegante. La repentina luz mostró el brillante verde esmeralda de sus hojas veteadas que, esporádicamente, por aquí y por allá, mostraba un fondo de toques purpúreos y aterciopelados. Las uvas verdes e inmaduras brillaban, ligeramente transparentes, como pequeñas pirámides de piedras preciosas que hacían resaltar la clásica pose inmóvil de las hojas dentadas.

—Parece una decoración dieciochesca.

—¡O algo de Fabergé!

—Pero las uvas no están maduras —dijo Gertrude.

—¿No deberían estarlo ya?

—No del todo. De todos modos, no puedes comerte algo tan exquisito. Pondré este extremo en agua para que sobreviva. Ah, qué torpeza: debería haber metido las sillas dentro esta mañana.

—No habrán salido volando, ¿no?

—Probablemente. ¿No lo has visto? ¡Han desaparecido todas!

—¿Quieres que vaya...?

—No, no. Estarán en alguna parte al pie de la ladera. No es la primera vez.

—Por lo menos no está lloviendo...

—¿Qué es *eso*! ¡Oh, *no*!

Salieron corriendo al despacho. El chasquido tintineante anunciaba que el cristal de la ventana, que ya estaba resquebrajado, se había roto definitivamente. El maldito viento se estaba colando por el agujero grande e irregular que había dejado.

—¿Qué podemos...? ¿Cómo podemos arreglarlo?

—No podemos —dijo Gertrude—. Venga, cerremos la puerta y ya está. Ah, Dios. ¡No soporto esto, no lo *soporto*!

Cerró de un portazo y volvieron a la sala de estar.

—¿Quieres que haga algo de cenar, Gertrude? ¿Puedo...?

—No, tómate tú algo. Hazte sopa. No te quedes ahí temblando. Ponte un jersey. Te puedo dejar uno de Guy.

—Oh, no...

—¡Vamos, Conde! ¡Estás helado y se te ve tan *delgado*...! ¡Abrígate con algo, aunque solo sea con una manta!

—Estoy bien.

El Conde se había puesto una chaqueta fina encima de una camisa de verano azul de cuello abierto. Estaba de pie con los hombros levantados y el ceño fruncido. Las largas manos y las huesudas muñecas le asomaban tiasas de los puños, como si fueran de madera. No sabía si sentarse o marcharse de la habitación. No sabía por dónde tirar. Parecía colgar torpemente, como una desgarbada marioneta, allí en medio de la sala de estar, ahora tan incómoda y brillantemente iluminada; podía verse reflejado en los deslumbrantes cristales negros de las ventanas, incapaz de encajar ni en el espacio ni en el tiempo. Miró con impotencia su reloj. Gertrude lo observaba exasperada. Le dio la espalda y corrió las cortinas. El valle y las rocas habían desaparecido. Luego abrió un cajón del aparador y sacó un tablero de ajedrez y las piezas. Se sentó, desplegó el tablero y empezó a colocar las piezas para comprobar que estaban todas. El Conde la observó con inquietud.

Aún no había sido capaz de contarle a Gertrude la historia de la carta y su conversación con Tim, y se sentía en la obligación de hacerlo. Ella, por su parte, tampoco había preguntado nada, y las dos



veces que él había intentado decirle algo sobre la carta le había mandado callar: «De acuerdo, de acuerdo, vale ya». Era evidente que Gertrude daba por supuesto que la carta había sido entregada y que no había habido respuesta. Sin embargo, el Conde se sentía en la obligación de contarle al menos una de las cosas que Tim había dicho y de insistir en ello si fuera necesario.

—Gertrude, tengo que hablarte de lo de Tim y tu carta. Solo me llevará un momento, y te prometo que después no volveré a mencionar el asunto... *Tengo* que contártelo...

—Bueno, de acuerdo —dijo Gertrude de manera poco expresiva, mientras seguía colocando las piezas en el tablero. Se había subido el cuello de la bata y se había arremangado, ya que las mangas le quedaban demasiado largas. El Conde se fijó en las manos de Gertrude, bronceadas por el sol.

—No hay mucho que contar, de todas formas. Encontré a Tim en el estudio, estaba solo. Me dijo que se estaba mudando. Le di la carta y vi que la leyó; pero en ningún momento dijo que fuera a responderte.

—Ya ha quedado todo claro —dijo Gertrude—. No hace falta que entres en detalles.

—No estoy entrando en detalles —dijo el Conde casi enfadado—. Lo que quería decirte era esto: me dijo que nunca había conspirado contra ti para usar tu dinero con su amante.

—Todavía está con ella...

—Sí, eso creo.

—¿Has terminado?

—¿Quieres decir que si he terminado con lo que tenía que decir? Sí. No volveré a mencionarlo. — El Conde pensó: «Parece que solo he querido expresar algo en contra de Tim, en vez de a su favor. Quizá debería seguir y tratar de transmitirle... Pero no, no es una buena idea».

—Juguemos al ajedrez —dijo Gertrude. Le indicó al Conde que se sentara frente a ella. Él se sentó sin pensarlo. Gertrude empezó a estudiar el tablero.

—¿Sabes jugar al ajedrez? —preguntó él.

—¿Te lo habría propuesto si no supiera? —dijo Gertrude, mirando aún al tablero—. Jugaba con Guy. ¡Desde luego, no te estoy pidiendo que me enseñes!

El Conde sabía que le resultaría absolutamente imposible jugar al ajedrez con Gertrude.

—Gertrude, querida, no puedo jugar contigo. —Era el primer apelativo cariñoso que le había dirigido jamás.

—¿Por qué no? Eres bueno al ajedrez, ¿no?

—Sí.

—¡Claro, no se te puede haber olvidado! —Gertrude movió un peón.

—Es imposible —dijo el Conde.

Entonces Gertrude levantó la vista y ambos se miraron fijamente por encima del tablero. Los ojos marrones de Gertrude expresaban irritación y agresividad. Los ojos claros del Conde, sumisión, desesperación y amor.

—¿Por qué? Estos días hemos estado jugando al *bridge*. ¿Por qué no quieres jugar al ajedrez conmigo?

—El ajedrez es distinto —dijo el Conde.

—¿Distinto por qué?

—Gertrude, no podemos jugar al ajedrez porque en esto soy tan superior a ti que estaríamos jugando a dos juegos diferentes.

Gertrude se quedó mirándolo y sus ojos se tranquilizaron. Siguieron mirándose. Y de repente, en el inmenso y estrellado cosmos de las emociones, Gertrude y el Conde estuvieron de verdad muy cerca, más cerca que nunca. Entonces ella dijo:

—Vale, de acuerdo.

El Conde quiso decir: «Te quiero, oh, te quiero, te quiero con todo mi corazón y quiero que seas mi amada esposa». Pero no lo dijo. Le daba miedo.

Gertrude se levantó al cabo de un rato, y empujó el tablero con tanta brusquedad que volcó las piezas.

—Entonces será mejor que vaya a ver cómo está Anne. Ah, maldita sea, me he olvidado de la bolsa de agua caliente. ¡Qué puñetero fastidio lo del cristal de la ventana!

Tim, al echar la vista atrás, no sería capaz de establecer cómo sucedieron exactamente los acontecimientos posteriores.

La rara y asombrosa alegría que había experimentado en Hyde Park se esfumó en cuestión de días, horas, a decir verdad. Más adelante llegó a considerarla un sentimiento grotesco, casi vergonzoso. Aquella alegría dejó tras de sí un estado de vacuidad y agotamiento. Parecía que los muchos demonios que lo habían apoyado durante tanto tiempo se hubieran marchado, dejándolo débil, desocupado, totalmente vacío. En sus sueños ya no aparecían ahorcados ni fantasmas flexibles; de hecho, tenía la impresión de que apenas soñaba. La separación de Daisy había marcado un antes y un después, y había sido devastadora. En ningún momento se permitió dudar que fuera definitivo. Le sorprendió descubrir que lo tomaba como el final de su juventud, como si una idea tan convencional pudiera arraigar en un precipicio tan abismal. La diferencia entre esta separación y la otra era tan grande como la diferencia entre las dos mujeres: la pérdida de Gertrude había quedado estigmatizada por una culpa confusa, cuyo dolor a veces casi lo volvía loco; la pérdida de Daisy tenía esta curiosa y *blanca* (solo se la podía imaginar así) característica: era como si hubiera muerto y se encontrase envuelto en una nube, consciente de que se había producido un cambio absoluto e irreversible. Eso también le producía un terrible dolor, pero, al estar desprovisto de culpa, también le proporcionaba la energía que le serviría finalmente como cura.

Volvió al estudio y lo adecentó. No volvió al Prince of Denmark. Iba a los pubs del barrio, al Tabard, al Pack Horse, al Emperor, al Barley Mow, o bien vagaba, como solía hacer antes, por el norte de Londres. Le quedaba un poco del dinero de Gertrude. Se imaginaba de qué manera, algún día, iba a devolvérselo: le enviaría un cheque a Moses Greenberg. Incluso redactó en su mente una carta solemne para adjuntar al cheque, mientras que por los márgenes de su pensamiento merodeaban terribles e incontrolables deseos hacia Gertrude. Esa tristeza, que experimentaba en

forma de remordimientos, que sentía como pérdida absoluta, como su expulsión del paraíso, cohabitaba con aquella energía, que empezaba a reconocer como una nueva sensación de libertad surgida a raíz de su decisión de abandonar a Daisy. La misma pregunta de siempre seguía en el aire: ¿cómo demonios iba a ganar dinero? Obtuvo, por respuesta, dos golpes de suerte seguidos, como si los pacientes dioses le estuvieran enviando una señal de aprobación. Se llevó tres cuadros de gatos a un pub de la zona y los vendió al momento (es cierto que por una suma miserable) a un irlandés que estaba abriendo una tienda en Acton. Ese mismo día Brian, el hombre del garaje (que consideraba lo que Tim hacía poco menos que un milagro, pero que raramente había mostrado interés por hacer ninguna adquisición) compró otro de los cuadros de gatos. El trimestre acababa de empezar en las escuelas de arte y todos los puestos de trabajo estarían cubiertos desde hacía mucho, pero Tim, por si acaso, se acercó al politécnico de Willesden, donde antes solía dar clases. Por supuesto, ya se había esfumado aquel misterioso trabajo tan cotizado de dos días a la semana que tanto lo había atraído en primavera; y lo había perdido porque en verano había estado ocupado en otros menesteres y no se había preocupado de solicitarlo. Le ofrecieron, sin embargo, la posibilidad de trabajar un día a la semana, hasta mediados del trimestre, cubriendo una baja por enfermedad. No era gran cosa, pero era bastante mejor que marcharse de allí con las manos vacías. Al menos, le permitía disponer de mucho tiempo libre, y eso lo ayudaría en cierto modo a aliviar la tristeza que lo acechaba.

Los sucesos posteriores conformaron, más adelante, una especie de patrón en su mente. Todos ellos parecieron contribuir en algo al resultado; y, sin todos ellos, quizá, nada de lo que sucedió habría sucedido. Sin embargo, en aquel momento todo era un puro embrollo. Fue en parte a causa de las hojas. A Tim siempre le habían gustado las hojas (de hecho, sabía mucho de árboles) y nunca había dejado de dibujarlas y de pintarlas. Ese otoño prometía proporcionar una temporada de hojas excepcionalmente buena. En Londres había hecho sol y calor, luego viento y frío. Se pronosticaron heladas. Después, el tiempo mejoró un poco. Fuera como fuese exactamente la química del frío y del calor, septiembre ya había comenzado a producir una soberbia colección de prematuras hojas otoñales. Esas pequeñas obras de arte estaban tiradas en los jardines, pegadas en las aceras mojadas, o las recogían en pequeñas pilas, como tesoros para las estufas, hombres desocupados en plazas y parques. A veces planeaban en el aire como mariposas frente a las manos inconscientemente extendidas de Tim. Se dedicó a recopilarlas. Al principio recogía tantas que tenía que aplastarlas para que le cupieran en los bolsillos. No podía resistirse a recoger esas obras maestras que estaban tiradas a su alrededor de manera gratuita: preciosas hojas planas, verdes y marrones o del amarillo más puro; hojas de arce que se teñían de ámbar o de un verde intenso o a veces de un rojo radiante, y que a menudo estaban cubiertas de las motas más elegantes que uno pudiera imaginar; hojas curvas de roble, del ocre más pálido y de oro; hojas de haya, de lo más marrón entre los marrones puros; y los gozos más exóticos del fustete, naranja y rojo brillante con nervaduras llenas de manchas y rayas del verde más claro; las carmesí oscuro del milpunteado liquidámbar; y las inmensas banderas flácidas y pálidas de la catalpa. Tim no tardó mucho en dejar de meterse esas maravillas en los bolsillos. Se llevó en una bolsa grande un portafolio con un montón de láminas de papel secante, donde metía

cuidadosamente, discriminándolas cada vez más, las tandas de hojas recogidas. En casa las presionaba, las trataba ligeramente con un barniz de glicerina y luego, cuando estaba inspirado, hacía *collages* con ellas, al más puro estilo victoriano. Visitaba los parques, como si de su parcela de naturaleza salvaje se tratara, para recoger hojas, para poder exhibir las más grandes y hermosas. Recolectaba ramas de zarza y rosas silvestres y flores de clemátides. Hacía sus recolectas por la mañana, temprano, cuando no había nadie por allí, cuando la baja niebla blanquecina pendía sobre la vaporosa superficie del Serpentine. Observaba las garzas pescadoras. Una vez hasta vio un zorro.

Cuando hubo hecho varios *collages*, los enmarcó en marcos sencillos y negros, con plástico en lugar de vidrio, y se los enseñó al irlandés del Barley Mow. El irlandés, que se llamaba Pat Cameron, un alma sentimental, aseguró que eran una preciosidad y prometió comprar el lote para venderlos en su tienda. Tim llegó esta vez a un acuerdo más beneficioso y luego se fue corriendo a casa a preparar algunos cuadros más. También terminó varios sobre gatos, más grandes y más ambiciosos, partiendo de los dibujos de Perkins que tenía almacenados. Lo siguiente fue que Pat Cameron le pidió que fuera a ayudarlo a decorar su iglesia para la fiesta de la cosecha. A Tim le pareció bien y, dando por supuesto que Pat era católico, se imaginó que lo harían pasar a un lugar oscuro y abovedado lleno de santos y velas. No fue así. Pat en realidad era protestante, miembro de una rama muy exclusiva que se reunía en Richmond en un cobertizo de chapa brillante y ondulada, donde no había cruz ni altar, solo un rótulo azul y blanco que decía: «Jesús perdona, Jesús salva». Los fieles habían llevado montones de manzanas y calabazas, y barras de pan y un extraordinario número de rosas impresionantes, pero tenían poca idea de cómo disponer todas esas ofrendas. Tim se hizo cargo: utilizó puñados enteros de enredaderas de Virginia, de hiedra de fruto amarillo, de bayas de espino colgadas y de abanicos rojos de griñolera, y al final produjo una serie tan suntuosa de cuadros que algunos de los fieles incluso les vieron un marcado aire católico. Varios de los asistentes quisieron que Tim se quedara a la ceremonia para así ser perdonado y salvado, pero él rehusó dándoles las gracias.

Durante aquella «época de las hojas», tal y como la bautizó más adelante, Tim se vio sumido en un estado de ánimo un tanto extraño, confuso e inestable. Se sentía, a menudo, exhausto y vacío, algo que, en sí mismo, no era malo. A veces se sentía activo y ocupado, y eso tampoco era malo. Estaba contento de tener, por el momento, una especie de trabajo y de ser capaz de venderle algo a alguien. Había disfrutado del «Jesús perdona, Jesús salva», pero aquello ya se había acabado. Por extraño que parezca, estaba solo; pero no le importaba. Si lo pensaba, siempre había estado solo. Sus padres y Daisy lo habían convertido, y no precisamente de un modo accidental, en un hombre solitario. Tenía la sensación de estar volviendo a la forma de vida que le era natural: siempre estaría abocado a sentirse triste, desilusionado y solo. Daisy había evitado que hiciera amigos, a la vez que había evitado que mantuviera con ella una relación propiamente dicha. Quizá también él, y no de manera casual, había hecho lo propio con Daisy. Tim pasaba mucho tiempo en casa. Reorganizó el estudio, limpió las claraboyas, fregó el aparador y hasta el suelo. Lavó la ropa de verano y la guardó. Revisó todas sus pinturas y dibujos, destruyó algunos, clasificó el resto en grupos, los envolvió en celofán y los almacenó cuidadosamente en las cuatro esquinas de la habitación. Comía frugalmente, «igual que un

pajarillo», como había dicho Daisy. Iba a pubs, a pubs nuevos, y entabló algunas relaciones informales, ninguna de las cuales fue con una mujer. Iba al White Hart en Barnes, al London Apprentice en Isleworth y al Orange Tree en Richmond. Se hizo bastante amigo de Pat Cameron, quien trataba a Tim con una especie de asombrosa y gratificante admiración; lo consideraba «un verdadero artista».

Pero lo cierto era que, durante todo ese periodo, al mismo tiempo, en lo más hondo de su corazón, se sentía totalmente abatido. Apenas dejaba de pensar ni un momento en Daisy y en Gertrude. Se imaginaba, cada tarde, a Daisy sentada en el Prince of Denmark, con la sombra de ojos azul, y con Perkins en las rodillas. Pensaba que probablemente había vuelto al piso de Shepherd's Bush. Se la imaginaba allí, acostada en la cama hasta mediodía sin nadie que le recogiera la ropa del suelo; o bien se preguntaba si efectivamente se habría ido de Londres, como dijo que haría. Quizá ya estuviera viviendo con otra persona. Esas misteriosas amistades de las que hablaba eran (conjeturaba Tim) probablemente femeninas. La verdad es que sabía muy poco de Daisy. Mientras les daba vueltas a aquellos variopintos pensamientos, se vigilaba a sí mismo, vigilaba por si aparecían señales de locura y de necesidad desesperada, por si empezaba a albergar deseos inesperados, dudas, indecisiones, intenciones o esperanzas. Pero nunca pasó nada. Se sentía en medio de un duelo ininterrumpido y víctima de una pena amarga, como si estuviera lamentando la muerte de alguien. Pero no sentía un verdadero deseo de volver al pasado. En lugar de eso había, junto con el pesar, una melancólica sensación de aislamiento y libertad. Se despertaba cada mañana aliviado, vacío y tranquilo por haberse quitado de encima la carga de Daisy para siempre, y de haberlo hecho limpia, decente y honorablemente, y, lo que es más importante, con su consentimiento. Recordaba sus palabras, su voz, rogándole que, por el bien de ella, nunca se arrepintiera de su separación ni tratara de deshacerla. Custodiaba como un tesoro su admiración por ella y pensaba con nostalgia en sus muchas cualidades y con tristeza en la duración y el fracaso de su vida en común.

Sus pensamientos sobre Gertrude, en cambio, eran más oscuros, más angustiosos, más profunda y terriblemente espantosos y estaban más firmemente enredados entre sí. Quería y no quería pensar en ella. A menudo intentaba evitarlo y esquivaba como podía los golpes que aquellos terribles pensamientos le propinaban. Le aterrorizaba la carta que algún día recibiría de Moses Greenberg. Le había enviado su dirección a Moses en una postal. Ni el remordimiento ni la culpa lo abandonaban en ningún momento, vivían en él, crecían en él (pensaba a veces) de un modo desproporcionado. Y, al mismo tiempo, no podía dejar de pensar en Gertrude, a veces de una manera tan vívida que tenía que emplearse a fondo para evitar albergar cualquier tipo de absurda esperanza, como si por un momento se le *olvidara* que todo lo sucedido era irreversible. Se dio cuenta, de paso, de lo bien que se había llevado siempre con Gertrude y de lo mal que se había llevado siempre con Daisy. Estaba intentando dar lo mejor de sí mismo en esa nueva vida; al menos, a veces se descubría tratando de ser sensato. Era capaz de mantenerse ocupado, con su más bien inútil y poco rentable practicidad de siempre. Cocinaba y limpiaba. No se estaba volviendo loco. No creó nada que pudiera considerarse una «auténtica obra de arte», pero hizo algunas cosillas satisfactorias. Hasta noviembre tendría un

trabajo, por muy breve y precario que fuera. Era capaz de *ver* las hojas del otoño, aunque seguía teniendo miedo de volver a la National Gallery. Pero en su interior, por debajo de todo aquello, fluía la misma oscura corriente de antes, que seguía arremolinándose, y, cuando se despertaba de noche, se acordaba de su última conversación con Gertrude y la repasaba una y otra vez. «Pasaré — pensaba—, todo pasará, tiene que pasar. Estoy *solo* y ahora no le estoy haciendo daño a nadie, y eso es *lo fundamental*. Ay, ojalá me escribiera Moses Greenberg esa carta y comenzaran a allanarse las espantosas dificultades que me quedan por delante.»

Y, efectivamente, una mañana llegó una carta, pero no era de Moses. Tim, que normalmente solo recibía facturas por correo, miró el sobre entre sorprendido y consternado. Pese a que rehuía la idea, no había sido capaz de quitarse de la cabeza que algún día, quizá, Gertrude le escribiría de nuevo. Pero aquella no era la letra de Gertrude. Era una caligrafía desconocida e instruida. La abrió de inmediato. Decía como sigue:

Querido Tim:

Por favor, perdona que te escriba, pero me siento en la obligación de hacerlo. La verdad es que sé poco de ti y de lo que puedas estar pensando ahora. Quizá creas que esto es simplemente una impertinencia. Pero debo decirte que tengo la impresión de que Gertrude todavía te quiere, te necesita y quiere que vuelvas con ella. No lo ha dicho tal cual, pero estoy convencida de que es así. Por lo que sé, ahora está en la casa de Francia, sola. Sin embargo, puede que a estas alturas tengas otros planes completamente distintos. Perdona esta carta, fruto de un bienintencionado cariño por vosotros dos.

Sinceramente tuya,

VERONICA MOUNT

Tim recibió la carta un martes por la mañana, el día que tenía clases en la escuela de arte. Se la metió en el bolsillo y se fue a dar clases, como siempre. Al día siguiente se embarcó hacia Francia.

\* \* \*

—*Marie, Marie, c'est le peintre!*

Debido a la inoportuna popularidad de Tim, lo habían reconocido en el autobús antes incluso de que llegara al pueblo; después había sido incapaz de evitar que lo empujaran al café a *prendre un verre* y a recibir la efusiva bienvenida del *patron* y su esposa. Varias personas estaban impacientes por darle una información que en su mayor parte era incapaz de entender. Dedujo que la semana anterior debía de haberse levantado un mistral horroroso, pero que ya todo había vuelto a la normalidad. El sol de la tarde brillaba con una apacible suavidad sobre las piedras calientes de la plaza y sobre las hojas inmóviles de los plátanos podados de la callejuela.

Cuando Tim se fue a dar clase el día anterior, aún estaba firmemente decidido a ignorar aquella fatídica carta. Volvió a leerla durante el breve descanso del almuerzo y después la rompió. Pensó que no podía ser verdad y que, en cualquier caso, él debía pensar que no era verdad. Era una carta

perniciosa porque lo perturbaba y, si no tenía cuidado, podría destruir algo que era bueno: su capacidad para desenvolverse con cierta normalidad. No quería volver a enloquecer, no quería volver a sufrir tanto como había sufrido. Quería mantener el juicioso amor propio que iba a ayudarlo a sobrevivir y, en última instancia, a recuperarse. Intentó sofocar drásticamente lo que estaba creciendo de una manera tan desafortunada dentro de su corazón. Se dijo a sí mismo: «Estás solo, has tenido suerte, por fin has creado a tu alrededor las condiciones necesarias para vivir en paz. Puede que no seas feliz, pero al menos puedes quedarte escondido con total tranquilidad. *Lanthano*. No vayas al lugar donde, sencillamente, y por segunda vez, van a sacrificarte, porque además en esta ocasión lo harán de un modo aún más espantoso. Piensa en cómo, aun habiendo pasado por todas estas terribles circunstancias, te has librado más fácilmente de lo que cabía esperar». No se fiaba del juicio de la señora Mount. La consideraba una chismosa entrometida, aunque era verdad que se había portado muy bien con él y con Gertrude, y no alcanzaba a descubrir qué motivo podría tener para mentirle ahora. Quizá ella de verdad le deseara lo mejor, quizá de verdad él le *cayera bien* (porque a alguna gente le caía bien). Pero ¿podía tener razón la señora Mount? Ella misma reconocía que se trataba de una mera conjetura. Su carta era probablemente un capricho nacido de un vano, aunque posiblemente bienintencionado, deseo de entrometerse en su vida y en la de Gertrude. El riesgo era demasiado grande. ¿Cómo *podría* acercarse a Gertrude otra vez? No cabía duda de que, si fracasaba ahora, se volvería definitivamente loco.

Pero por la tarde, durante la clase de dibujo, mientras les daba vueltas miserablemente a esas cosas, supo que estaba perdido. La imagen de la casa, y de Gertrude en ella, sola, era tan dulce como la miel. Tenía que ir a la fuente de donde manaba aquella dulzura, aunque muriera en el intento. Al menos, debía ir a echar un vistazo; y ya después dejaría que los dioses decidieran su destino. En verdad, no pretendía (o, al menos, eso se decía a sí mismo) ver a Gertrude por el momento: solo pretendía ir a Francia a ver qué pasaba. Al fin y al cabo, Gertrude podría no estar allí siquiera. Pero tenía que ir a aquel lugar al que lo conducían todos los caminos y adonde lo dirigían todos sus pensamientos. Veía que su preciada soledad y su vida sencilla habían quedado completamente arruinadas. No había durado mucho. Puede que en verdad todo hubiera sido un espejismo, una ilusión. Todo había quedado reducido a cenizas por culpa del capricho desconsiderado de la señora Mount y de los demonios de su mente, que simplemente habían estado aguardando una señal, pues lo cierto era que muchos sucesos casuales podrían haber dado pie a aquello. Por ejemplo, la carta de Moses Greenberg, sin ir más lejos. ¿Por qué creyó durante unos instantes que se había «librado»? Quizá el verdadero tormento no había hecho más que empezar. Ya no podía reprimir ni negar los deseos y las ansias que lo reconcomían en lo más hondo de su alma, las absurdas esperanzas, las dulces esperanzas: eso era lo peor de todo. Y, sin embargo, no había conseguido nada. Bueno, había conseguido una cosa: sabía que, si hubiera seguido viviendo con Daisy, no se habría decidido a ir a Francia.

Mareado por un acuciante terror, se excusó para salir del café. El miedo absoluto, disfrazado de deseo sexual, hizo que estuviese a punto de desmayarse. Entró en el hotel, que estaba al lado,

intentando evitar a sus admiradores. Dejó el impermeable, la chaqueta y una maleta pequeña, e indicando con poca claridad que volvería, salió por la puerta trasera y empezó a recorrer el camino hacia Les Grands Saules.

Estaba atardeciendo. Habría querido llegar antes, pero el avión había sufrido un retraso. El sol todavía se veía por encima del horizonte y el aire estaba caliente y en calma. La pequeña carretera estaba oscurecida por la espesa sombra que proyectaban el seto de zarzas y el chaparral. Las moreras que en primavera había visto con las flores marchitas mostraban ahora los restos marchitos de sus frutos. Bajo ellas, exultante en su sequedad, la salvia de color ocre crecía formando largas hileras. Por aquí y por allá, alguna que otra puntiaguda retama, antes invisible, mostraba todavía flores del amarillo más puro. El aire estaba templado, pesado y olía a pino. Después de un rato, se apartó de la carretera y caminó entre huertos de albaricoqueros por una pista, un atajo que había descubierto en sus excursiones de pintor. La pista conducía a una granja. A continuación, un sendero orlado de hinojo y lavanda silvestre llevaba a unas colmenas. Después empezaban las rocas. Tim puso el pie sobre esas rocas que reconocía. Sus manos se llenaban de recuerdos conforme las iba palpando en su ascenso. Trepó lentamente, con cuidado, durante unos cinco minutos. Todavía había luz, pero era incierta, y las distancias resultaban difíciles de calcular. Las rocas parecían resaltar y cambiar de aspecto ante sus ojos. Cada dos por tres, tenía que hacer un descanso y parpadear, como para expulsar algún cuerpo extraño que se le hubiera metido en los ojos. Ahora las rocas eran amarillas, de un amarillo blanquecino intensamente brillante bajo la luz de los últimos rayos de sol, con sombras grises azuladas que se iban oscureciendo y que hacían resaltar sus pliegues en sus rutas de ascenso. Estaban completamente cubiertas de bruma y tan borrosas que apenas se las podía distinguir, como si millones de abejas diminutas volaran sobre ellas o como si las propias partículas que conformaban la roca se hubiesen elevado en forma de enjambre ondulante. Estaban templadas, eran duras, densas; Tim pensó que eran lo más denso que había tocado jamás.

Pronto llegó a un lugar que le resultaba familiar. Conocía perfectamente el camino. Y entonces bajó la mirada en dirección al valle y vio la casa. El valle, que lucía un verde tan intenso en su primera visita, estaba ahora descolorido. Solo el viñedo y el curso del riachuelo estaban cubiertos de verde, de un verde que se iba volviendo más oscuro a medida que la luz se iba atenuando. Tim se quedó mirando la casa y vio que la galería que había reparado en su momento se había venido abajo y que la parra estaba derrumbada sobre el suelo. Junto al olivar, tumbado de lado, había algo que se parecía a una de las sillas de la terraza. Del lugar emanaba un cierto aire de descuido, de abandono. Le pareció ver que se habían desprendido algunas tejas de una parte del tejado. Si hubiera llegado por la carretera, habría visto el Rover, pero, desde donde estaba, el coche el coche le resultaba invisible. Ya estaba comenzando a dudar incluso de que Gertrude estuviera allí cuando de repente se encendió una luz en la sala de estar.

Tim no había hecho ningún plan. Había ido a «observar», simplemente. Tenía la sensación de que su destino había quedado en manos de los dioses. Aun así, a esas alturas, le resultaba del todo imposible no ir a la casa. Le era muchísimo más familiar que Ebury Street, y pensar que Gertrude



estaba allí sola convertía el lugar en algo tremendamente irresistible. Tim sabía que en el mismo momento en que decidió ir a Francia también había decidido ir a ver a Gertrude. Se trataba, simplemente, de que la decisión era tan sobrecogedora que tuvo que tomarla en dos fases, una consciente y otra inconsciente. Se acordó de lo conmovedora y lo encantadora que había estado Gertrude aquella primera noche cuando estuvo esperando, de pie en la terraza, a que él apareciera al anochecer por entre el viñedo y los chopos, a través del arroyo, subiendo por el olivar, sin saber bien si efectivamente era él; lo cariñosa y lo contenta que se había puesto al verlo llegar. Por un momento se estremeció y se detuvo, preguntándose si Gertrude volvería a salir a la terraza, de modo que la escena se repitiera como por arte de magia. Pero no salió nadie. Así que siguió avanzando y descendió hasta encontrar el sendero que había al pie de las rocas y que confluía con el sendero que atravesaba el viñedo.

Allí se detuvo de nuevo y se quedó esperando. Sentado en la hierba, dirigió la mirada, a través del valle, a la única ventana iluminada. Deseaba intensamente su *presencia*. El deseo le abrasaba todo el cuerpo. Pero el miedo que sentía era igual de intenso, así como la cobardía que hacía que por el momento solo quisiera esperar, respirar, seguir viviendo. Le tenía pánico al posible enfado de Gertrude, a su desprecio, a que lo rechazara de nuevo. El recuerdo de aquel tremendo y terrible rechazo seguía estando vivo en su memoria. Pensó que si la vez anterior lo había soportado fue porque le pilló por sorpresa: el hecho de haberse quedado tan estupefacto en cierto modo lo protegió. La separación había sido rápida y misericordiosa. Se sentía como una de esas víctimas de un accidente o de una catástrofe, que se quedan inválidas y cuyo dolor, por tanto, queda interrumpido por la parálisis de los centros nerviosos. Ahora, en cambio, estaba plenamente consciente, completamente sosegado e incluso preparado para el tormento. Habían pasado tantas cosas: había vuelto con Daisy y, lo que era más importante, había *meditado* sobre todo el asunto; se había *convertido* diligente e irremediabilmente en el ser intolerable y culpable que ella había rechazado. Y, si ahora se enfrentaba a su enfado, a su odio, a su agresividad, no le quedaría más remedio que escapar, que resignarse a una desolación más cruel que ninguna otra que hubiera experimentado antes. Esa sería su condena definitiva. Y lo dejaría marcado para siempre como el hombre perdido e irremisiblemente culpable que era. No era el crimen lo que lo obsesionaba: era el castigo, la vergüenza, lo que le agujoneaba la mente. Antes se había sentido herido, pero lo cierto es que ahora podía salir incluso peor parado. ¿Cómo iba a poder mirar a la cara a Gertrude? ¿Qué iba a decirle? ¿Qué *explicaciones* podría darle? ¿Iba ella a escucharlo pacientemente mientras él divagaba jurándole que no había estado con Daisy como ella creía? (Aunque, por supuesto, sí que había estado con ella y sí, había vuelto directamente a sus brazos, pero ahora la había dejado otra vez y...) ¿Mostraría Gertrude el más mínimo interés por lo que él le iba a contar? ¿Podría compartir con ella lo del festival de la cosecha y lo de las hojas? Se había visto arrastrado hasta allí solo por la necesidad de ir a observar aquella casa. ¿Podría ahora volverse sin más a Londres, a la tranquila vida de soledad que, gentilmente, le había sido otorgada? Estaba retando a un destino que no lo había aplastado del todo aún. Pero ahora se encontraba allí, ciertamente, y sabía que, por supuesto, no tenía otra que cruzar el

valle. Se levantó de la hierba y empezó a bajar por el sendero que atravesaba el viñedo.

La chopera estaba llena de hojas caídas. Eran de un color amarillo descolorido por una cara y aterciopeladas y de un blanco plateado por la otra. Tim se topó con ellas de repente, como si hubieran surgido directamente bajo sus pies, y en un primer momento no supo reconocerlas. Bajo la extraña luz parecían trozos de pavimento. Cuando llegó al puente, se lo encontró bloqueado por una rama grande de sauce. Estaba demasiado impaciente como para detenerse a apartarla. El arroyo era pequeño, pero demasiado ancho como para cruzarlo de un salto; así que lo cruzó a pie sin pensárselo mucho. Estaba muy frío y era más hondo de lo que esperaba. Notó como los pantalones se le pegaban a las pantorrillas. Se puso a despotricar. Estaba asustado. De repente le entró hambre. Estaba a punto de echarse a llorar. ¿Por qué demonios se había plantado allí en plena noche de esa manera tan estúpida? Era un estúpido, estaba condenado a serlo. Aquello suponría su ruina definitiva.

Cuando por fin se encontró debajo de la terraza, tuvo que pararse porque casi no podía respirar del miedo y del ansia que lo embargaban. Se quedó allí paralizado como un animal indefenso, con la boca abierta y los pies separados, jadeando. Cuando fue capaz de controlar su respiración, empezó a ascender por la hierba reseca, que, aunque no estaba mojada, resultaba algo resbaladiza, hasta los escalones de la terraza. Pensó que lo único que haría sería mirar dentro, simplemente miraría y luego volvería a descansar. Todavía no había pasado nada; no tenía por qué pasar nada. Se movió con cuidado, manteniéndose alejado del cuadrado de luz que se dibujaba en las piedras. En el valle, que quedaba a sus espaldas, ya había oscurecido del todo. Pisó con cuidado sobre los restos de la galería. Llegó a la pared de la casa y, cuando palpó los bloques de piedra, notó que estaban calientes al contacto con sus manos. Avanzó hasta la ventana agarrándose a la pared por las hendiduras que había entre las piedras. Lo primero que vio fue una sorprendente ristra verde brillante que parecía ser una rama de parra, tendida en paralelo al aparador de debajo de la lámpara. Lo segundo que vio fue a Gertrude y al Conde, que estaban sentados el uno frente al otro, cogidos de las manos por encima de la mesa.

Mientras Tim observaba a la pareja de dentro de la casa, ajena a su presencia y cuyas voces ahora alcanzaba a oír vagamente (aunque no era capaz de distinguir lo que decían), otra persona estaba vigilando a Tim, o más bien lo había estado vigilando hasta poco antes, hasta que, al subir por el pequeño terraplén que conducía a la casa, había desaparecido de su campo de visión. Las migrañas habían ido mejorando, y ahora solo fingía encontrarse mal. Llevaba tres noches dejándolos solos. Los había escuchado murmurar en la planta de abajo y había hecho el esfuerzo de olvidarse de ellos y quedarse dormida. Antes creía que el Conde no daría el paso hasta Navidad. Sin embargo, ahora pensaba que no iba a esperar tanto. Se sentía como quien está aguardando la muerte de un ser querido. «Ay, ¿por qué no *pasa* de una vez?», pensaba inclinando la cabeza y girando los miembros como cuando la migraña la atormentaba. Las tardes eran eternas. Se quitaba a Gertrude de encima. Se quedaba acostada en la cama, o sentada al lado de una de las ventanas intentando leer a Scott, o

contemplando el valle de los sauces, o mirando las rocas o la grieta que dejaba adivinar la línea de la colina, distante y amarilla, la última de la que se retiraba el sol. Se había entregado a un sufrimiento provocado por los celos, aunque sabía que aquel dolor se aliviaría con el tiempo; pero también entendía que tratar de evitarlo no tenía sentido y que, en cualquier caso, le resultaría imposible.

Esa tarde había estado mucho tiempo sentada junto a la ventana, sin encender la luz (aunque ahora estaba demasiado oscuro como para leer), recorriendo el valle con la mirada y tratando de interpretar el tono de las voces de abajo. Fuera estaba todo estaba tranquilo. Cuando soplaban el mistral, era imposible imaginarse su ausencia. Ahora era imposible pensar que allí pudiera darse otra cosa que no fuera aquel particular silencio por el que trepaba, como un canto lejano, el significativo sonido de sus voces. Entonces vio a un hombre en las rocas. Estaba pensando en lo raro que era ver algo así, cuando se percató con una violenta conmoción de quién era aquel hombre. Se puso de pie. Se tapó la boca con las manos. Observó la lenta aproximación de aquella figura con una alegría feroz e incontrolable, casi cruel. Pero Anne, siempre tan firme, se mantuvo en silencio. No se movió, ni gritó, ni se le ocurrió bajar las escaleras haciendo ruido. Se limitó a vigilar a Tim intentando adivinar, por su actitud, qué intenciones tenía. Lo vio subir a la terraza, pasar por encima de la galería y avanzar hasta la ventana. Un poco después lo vio volver, dirigiendo con cuidado sus pasos a los escalones de la terraza. Entonces, Tim empezó a caminar despacio y después echó a correr, cada vez más rápido, alejándose pendiente abajo para perderse en la creciente oscuridad. Anne se imaginaba qué era lo que Tim había visto a través de la ventana. La pareja, abajo, estaba ahora en silencio. Anne volvió a sentarse en la silla, con *El corazón de Mid-Lothian* todavía entre las manos.

Bien podría ser que Tim hubiera vuelto volando por el valle, a juzgar por lo poco que después fue capaz de recordar de su huida. En su intento de regresar al pueblo, había tratado de guiarse por su instinto para volver corriendo por el mismo camino por el que había llegado. Pero, para cuando se dio cuenta de dónde se encontraba, ya estaba perdido.

El dolor que sentía era tan grande que tuvo que hacer un esfuerzo deliberado y titánico por no pensar. De hecho, una punzada en el estómago lo obligó a doblarse mientras se alejaba corriendo cuesta arriba de aquella detestable escena. Igual que las silenciosas rocas los habían visto en su momento, a través de la ventana de la casa, a él y a Gertrude cogidos de la mano, él se había condenado a sí mismo a mirar por la ventana y contemplar la misma tierna escena de entonces, solo que ahora con el Conde desempeñando su papel. Quizá aquellas dos sillas estuvieran encantadas. Si pudiera haberse enterado de alguna otra manera, si le hubiese llegado un rumor, algo... Pero *verlo representado* como un cuadro ante sus propios ojos... Entonces pensó: «Ella le dijo a la señora Mount que estaría sola y resulta que estaba aquí con *él*, y no se lo contó a nadie». A Tim, por supuesto, el Conde no le había pasado inadvertido en el pasado, incluso había intentado albergar pensamientos convencionales y generosos con relación a él, del tipo «que gane el mejor» y cosas por el estilo. Pero pronto comprendió que todos aquellos sentimientos y deseos eran falsos, fuegos fatuos, meras ilusiones ante la terrible realidad a la que ahora estaba condenado. «Supongo que estoy

condenado a recordar esto toda la vida», se decía a sí mismo mientras sus dedos se agarraban a las grietas de las rocas por las que trepaba. Recordó el milagro de sus manos y las de Gertrude entrelazadas aquella lejana noche de primavera. Cuando sus manos se unieron, una onda expansiva recorrió toda la galaxia. Y, sin embargo, fue todo tan tranquilo, un acto tan delicado; aquel instante les provocó lágrimas de lo más tiernas y los colmó de una mansa, humilde y gozosa gratitud. Ahora incluso el pasado había quedado profanado, envilecido, calcinado. Gertrude y él habían estado sentados sobre un caparazón negro construido por demonios.

Pensó: «He sido *traicionado*». Lo habían insultado, le habían mentado; se habían burlado de él burda, terriblemente; y lo que es peor, había sido rechazado. Ni en sus peores pesadillas de lo que supondría fracasar *en ese momento*, enfrentarse al enfado y al rechazo de Gertrude, habría imaginado que se produciría algo tan espantoso como aquello. ¿Cabía la posibilidad de que estuviera todo preparado? ¿Acaso la señora Mount lo había planeado todo? ¿Quizá alguien del pueblo había alertado a Gertrude? Ella, con su actitud, lo había arrojado definitivamente a la oscuridad exterior y había sellado su partida condenándolo a padecer el odio que nace de los celos. ¡Ah, qué a gusto se había sentido antes, cuando estaba solo y no odiaba a nadie! Ahora, sin embargo, odiaba a Gertrude, odiaba al Conde y odiaba sobre todo a esa detestable e irrefrenable maquinaria generadora de celos que había quedado instalada en su interior. ¿Cómo podían haber sido tan *cruels* con él? Ah, ¿y por qué se había embarcado en aquel viaje tan doloroso y tan funesto? ¿Acaso no sabía que cometía un terrible error? ¿Acaso no sabía que arriesgaba su propia cordura yendo allí? Se había separado de Gertrude presa de una especie de espantosa confusión moral, pero había logrado aceptar que la separación era definitiva e incluso había logrado poner su vida en orden. Había dejado a Daisy, había *sacrificado* a Daisy, que lo quería y había estado con él siempre. ¿Y para qué? ¿Ahora le parecía que había renunciado a ese amor, a ese último consuelo que le quedaba, solo por aplacar a Gertrude, por apaciguar su acusadora y persistente sombra! ¿Y no había obtenido nada a cambio! Se había quitado la culpa de encima dejando a Daisy. O, más bien, lo había intentado. Jamás podría quitarse la culpa de encima: era ya una enfermedad. Y ahora, como una complicación de ese mismo mal, se veía condenado a padecer esa horrible fiebre causada por los celos y el odio. Dentro de su mente, se representaba a Gertrude y al Conde como una especie de diablos negros y preveía un futuro insoportablemente largo en el que esos diablos se consagrarían a la tarea de atormentarlo, incansables. ¡Sí, le sacarían la sangre! ¿Y en este momento dónde estaban ellos dos, qué estaban haciendo, juntos, a solas? Sintió como si de su interior estuviera a punto de emanar un chorro negro, un vómito compuesto de repugnancia, odio y vergüenza.

Solo cuando se dio cuenta de que se había perdido consiguió controlar esos pensamientos. Suponía que iba de vuelta al pueblo. Llevaba un rato escalando y a esas alturas debería haber llegado al punto en el que las rocas descendían suavemente hasta una pendiente de hierba que le llevaría al llano donde estaban las colmenas. Pero no había rastro alguno de la cómoda bajada hacia la zona de hierba. Por el contrario, con el fin de evitar los pequeños matorrales de boj de hojas rojas que el viento había secado, se veía constantemente obligado a subir más y más arriba, adentrándose en una

zona que no era capaz de reconocer, donde las rocas se elevaban formando una serie de curiosos montículos, hasta alcanzar un horizonte que ni siquiera le resultaba familiar. Además, ya había oscurecido mucho. Cuando Tim se detuvo y levantó la cabeza, se dio cuenta de que todavía quedaba mucha luz en el cielo, pero al mismo tiempo se percató de lo confusas y borrosas que se habían vuelto las peligrosas rocas que pisaba. Había surgido, a su espalda, una inmensa luna casi llena, pero todavía era del color del queso, de un amarillo muy suave, y daba poca luz. Se podían ver una o dos estrellas. Los montículos de roca, al elevarse en líneas ascendentes, semejaban las formas de un templo oriental, o quizá las cabezas enormes de unos dioses. Pensó que, en ese momento, encaramado sobre aquellas rocas, estaba más arriba de lo que lo había estado nunca, y que había perdido el sentido de la orientación. Abatido, comenzó a despotricar, maldiciéndose a sí mismo, maldiciéndolo todo, y lamentándose de su estupidez por haberse perdido.

Decidió que lo mejor sería desandar el camino y volver por donde había venido. Ahora caminaba más despacio y tanteaba cada paso apoyando en el suelo la punta de los pies. Las rocas le parecían completamente diferentes esta vez: más grandes, dispuestas en masas más anchas, más monumentales, y daba la impresión de que sus innumerables aristas y arrugas se hubieran difuminado e incluso borrado del todo. Por otro lado, había más rocalla, montoncitos inestables de rocas rotas que, a la luz del día, habría evitado de manera instintiva. Hubo un momento en que se resbaló al pisar uno de esos pequeños pedregales y se cayó con todo su peso sobre el costado. Se sentó, se frotó el tobillo dolorido y pensó que era mejor esperar hasta que la luna estuviera más alta e iluminara más. Sería un final de lo más disparatado (y muy propio de su persona) que se rompiera algo en medio de aquel páramo en el que nadie lo encontraría jamás, y donde moriría tras una lenta y dolorosa agonía. Se quedó allí sentado, pues, y se centró en la imagen, fija y clara como un icono de brillo insoportable, que no dejaba de taladrar su mente: Gertrude y el Conde con las manos cogidas por encima de la mesa.

La luna, con su figura mellada, no tardó en hacer lo que Tim esperaba de ella: se elevó sobre el horizonte, se hizo más pequeña, más plateada y empezó a brillar con fuerza. Colgaba del cielo como una pesada piedra fosforescente. Gradualmente fueron apareciendo más y más estrellas. Centelleaban. Las rocas poco a poco volvieron a emerger a la vista y en ellas, gracias a la extraña y escalofriante luz marrón que las bañaba, se fueron revelando muchos de sus detalles; sin embargo, ahora les otorgaban un aspecto completamente diferente: rezumaban una tensa y palpable quietud. A su alrededor se acumulaban grandes y monumentales pilares inclinados en los que la luna dejaba entrever pequeños peldaños, salientes e incluso, al mirarlos muy de cerca, una extraña textura moteada y rugosa. Las rocas se elevaban en un tenso silencio, como una sinfonía compuesta de sonidos helados e inaudibles. Tim se levantó. Se sentía agarrotado. Se notaba torpe, estaba congelado y se dio cuenta de que todavía tenía los pantalones mojados de cuando cruzó el arroyo. Temía a las rocas, aunque lo que le horrorizaba sobre todo era pensar que aún no *había logrado escapar* de aquel lugar, tan próximo a Gertrude. De hecho, tendría que pasar la noche en el pueblo. Se encaminó, pues, o al menos eso suponía, en dirección adonde calculaba que estaba la casa, y a cada paso que

daba esperaba vislumbrar allá abajo, en el campo que se abría a su izquierda, las blancas superficies de las colmenas o quizá el oscuro y serpenteante curso del riachuelo. Sabía que, si seguía el riachuelo, llegaría al pueblo, y que en varios tramos el agua discurría cerca de la carretera. Avanzaba con cautela, utilizaba las manos y algunas veces incluso se sentaba para poder así encontrar algún apoyo firme y descender con más seguridad. En aquella zona había muy poca vegetación, apenas algunas oscuras manchas secas, probablemente musgo, según deducía cuando las palpaba. A veces, al desgarrarlo, se desprendían en sus manos pequeños trocitos de roca, en forma de cubo, como si la ladera se estuviera burlando de él dándole esos regalos. De vez en cuando se topaba trechos nivelados que parecían senderos, pero siempre desaparecían a los pocos pasos. Albergaba la esperanza de encontrarse en un descenso continuado, pero a cada paso le obstruían el camino pequeños barrancos y pilares de roca, y, cuando lograba descubrir alguna hendidura y atravesarla gateando, a menudo tenía la impresión de que debía de haber estado ascendiendo y de que ahora se hallaba sobre un terreno todavía más elevado que antes. De hecho, la poca luz hacía que le resultase casi imposible determinar si, en conjunto, estaba subiendo o bajando. Se sentía agotado, tenía hambre y, a pesar del ejercicio, volvía a tener frío. Sentía tanta ira, estaba tan abatido, que pronto empezó a soltar maldiciones. Deseaba con toda su alma poder escapar de aquel infierno rocoso cuya única y perversa intención parecía ser retenerlo allí, el último lugar en el que él querría estar. Al arrastrarse a través de un desfiladero, se hizo un corte muy doloroso en una mano con el saliente de una roca y, cuando se paró a mirarse los nudillos, los vio cubiertos de una mancha marrón que, según notó al tacto, estaba húmeda. Un reguero de sangre caliente le corría hasta la palma de la mano. Soltó un gemido, levantó la mirada y vio ante sí, ahora intensamente iluminada por la luna, la serie ascendente de montículos rocosos, las cabezas de los dioses que había dejado atrás justo después de que cayera la noche.

Entonces el pánico se adueñó de él. Se dio la vuelta y trató de huir corriendo a través de las rocas. Era materialmente imposible correr en aquel lugar, pero al menos podía intentarlo. Se sentía torpe, como en una pesadilla. Se movía muy despacio, pese a que estaba poniendo todo su empeño en avanzar; estaba pendiente de la luz de la luna, pendiente de lo que había tras de sí y pendiente de evitar una caída grave. Se escurrió, dejándose resbalar temerariamente, por una grieta que descendía de manera abrupta y que resultó estar llena de piedrecitas cúbicas semejantes a las que había recibido anteriormente como regalo. Se puso en cuclillas y se deslizó hacia abajo. Entonces notó la humedad: aquella grieta albergaba un manantial. Las piedras estaban húmedas, frías y muy resbaladizas. Al intentar encontrar un punto de apoyo, el cuerpo se le inclinó hacia delante y empezó a perder el equilibrio, y a punto estuvo de tropezar y caerse de cabeza. Dio un traspié y cayó de costado, pero no sobre roca: quedó tendido sobre un lecho de hierba.

Se levantó, magullado y lleno de arañazos, y miró a su alrededor, deseando con todas sus fuerzas haber salido por fin del laberinto de rocas: no era así. Enormes riscos se elevaban por todas partes y ocultaban el cielo; en ese momento, ni siquiera se veía la luna. Pero, al menos, estaba sobre hierba y, además, no se trataba de una zona solitaria o aislada. Aquella franja de césped, como un riachuelo, se

extendía en ambas direcciones. Había algo en el perfil de la pared rocosa, abrupta y negra contra el cielo iluminado, que le resultaba familiar. No tenía ni idea de qué camino era mejor seguir, pero el instinto le dijo que tomase el de la izquierda. Ese sendero, además, discurría cuesta abajo. La hierba era una maravilla, firme, muy agradable de pisar. Avanzó un trecho siguiendo el camino de hierba, que dibujaba una curva, y, de repente, llegó a un espacio comprendido entre dos rocas donde había un escalón y que, por efecto de la luz de la luna, parecía una puerta. Puso el pie sobre el peldaño, se internó entre las rocas lisas que parecían pilares y ante sus ojos, por encima de él, iluminada por la luna, vio la alta, redonda y húmeda superficie de la Gran Cara.

Tim siguió adelante y tropezó con algo que se le enredó en un pie. Era una larga hebra de la enredadera colgante que crecía sobre su cabeza, en la parte alta de la peña. Probablemente el viento la había arrancado. Pasó por encima de la enredadera y luego se paró a mirar hacia arriba. No quería acercarse demasiado. No quería ver la luna reflejada en la poza. Desde donde estaba alcanzaba a ver el borde pedregoso de la poza, pero no el agua. Levantó la mirada hacia la superficie clara y llena de agujeros que quedaba sobre él. Brillaba bajo la luz de la luna, luminosa, fosforescente, como si esa luz naciera en su interior. Podría haber sido la inmensa ventana de alabastro de una sala iluminada. Las enredaderas caían colgando desde arriba, inmóviles, oscureciendo ligeramente la escena. Las rocas se alejaban perdiéndose en una sombra borrosa que se fundía con el cielo iluminado por la luna. El rocío brillaba y se deslizaba sobre la pálida y resplandeciente superficie de la roca.

Tim se olvidó por un momento de todo menos de la maravilla que tenía ante sí. Pero entonces volvió a recordar no su larga caminata por las rocas, sino, lo que era aún más doloroso, la escena de la casa y el triste final de su estúpido e infructuoso viaje. Pensó en irse de allí y volver a la puerta de piedra. Pero un agotamiento absoluto y repentino se apoderó de él y tuvo que sentarse en la hierba. A esas alturas ya ni las piernas le respondían. No podía dar un paso más. Aquella zona del herbazal estaba protegida del exterior, como metida dentro de un caparazón rocoso, y parecía más agradable, más templada. Optó por descansar un rato. Así que apoyó la cabeza en el césped y cayó al instante en un profundo sueño.

Cuando Tim despertó estaba ya amaneciendo. Lo primero que vio, como si fuera un objeto en sí mismo, fue la luz, muy gris y muy fría. Luego vio la hierba y la roca que tenía más cerca. La roca era gris y tan dura como la luz. De cerca parecía cemento picado. Justo al levantar la cabeza, y sin tener aún conciencia de sí mismo, pensó un momento en la luz, en la hierba y en la roca. Luego, horrorizado, se incorporó. La Gran Cara, aunque apagada, seguía estando allí, y tenía un aspecto escalofriante. Nunca, en todo el tiempo que había pasado mirándola, le había visto un semblante tan severo. El rocío que había sobre ella era invisible. Ahora parecía una rejilla redonda y gris con un entramado muy fino. Solo entonces Tim se acordó de Gertrude, y con ello tomó conciencia de su propio cuerpo, dolorido, entumecido y frío. Se levantó despacio y caminó hasta la mitad del claro.

Una neblina flotaba sobre la poza. O puede que fuera simplemente vapor. La roca estriada que se alzaba por encima de la cara se veía marrón y borrosa, quizá porque la fronda de musgo se había

marchitado. La luz gris del sol, todavía bajo, revelaba una terrible quietud: las enredaderas parecían estalactitas, hasta la neblina estaba inmóvil. Tim se acercó a la poza caminando, entumecido. Notó que tenía la mano derecha cubierta de sangre seca y tuvo el impulso de lavársela, pero entonces se dio cuenta de que le resultaba imposible.

El círculo de cristal de la superficie del agua era ahora completamente visible por debajo del nivel de la neblina que, como un halo, flotaba uno o dos pies por encima de ella. Tim se percató de que, aunque la superficie estaba completamente lisa, brillante, casi dura, como si fuera una lámina de acero transparente y pulido, la poza estaba más agitada que la última vez que visitó el lugar. Quizá estuviera así de revuelta por el mistral, cuyos efectos todavía se hacían notar. Los débiles y trémulos latidos, o rayos, que parecían estar atravesándola, aunque sin llegar a ondular su superficie, eran más notorios y tenían un ritmo diferente, más intenso. Tim no entendía de qué manera exactamente se hacían visibles aquellos latidos y, mientras los observaba, llegó a pasársele por la cabeza que estaba sufriendo una alucinación. Quizá no se tratase más que de un movimiento ilusorio; o tal vez de burbujas diminutas, que el ojo no era capaz de percibir y que trazaban líneas de fuerza apenas perceptibles en el agua. Tales impulsos en modo alguno lograban enturbiar el agua: su claridad era increíble, como si hubiera acumulado luz en su interior. Tim podía ver el ancho y ligeramente curvo lecho de guijarros, blancos y perlados, que brillaba en el fondo, a una distancia que no era capaz de precisar. Se podía distinguir nítidamente cada uno de ellos. Redondeadas, de tamaño uniforme y dispuestas como en una exposición, las piedras cristalinas le parecieron tan preciosas, tan deseables, que Tim tuvo el repentino impulso de lanzarse y coger un puñado; pero estaban fuera de su alcance, obviamente, y no se atrevía a violar la superficie del estanque. Se dio cuenta en ese momento de que tenía muchísima sed. No había dejado de tener hambre, tenía que reconocerlo, pero el hambre podía esperar; la sed no. Volvió a inclinarse sobre el agua como si efectivamente fuera a tocar la brillante superficie con los labios. Pero le resultó imposible, de nuevo, y pensó: «No, no voy a beber *esta* agua, *esta* agua no. De ningún modo».

Se dio la vuelta con presteza, como si hubiera una presencia en el claro. Decidió que lo mejor era marcharse de allí. Se dirigió con rapidez a la puerta de piedra sin echar la vista atrás y escaló hacia el sendero de hierba. Allí, casi al instante, todo le resultó familiar. Había vuelto a recuperar el sentido de la orientación y sabía con exactitud cómo encontrar el camino de vuelta. A su izquierda, el sendero bajaba en dirección al valle y a la casa y confluía con un camino de grava que llevaba a las colmenas. A su derecha, el camino ascendía y moría cerca de la cima; al otro lado de la misma un descenso pronunciado conducía hasta el canal. El sol todavía no estaba muy alto y no tenía sentido darse prisa para llegar al pueblo. Tim no quería pasar cerca de la casa para volver al hotel. Tenía una sed angustiada, acentuada por la visión de aquella agua prohibida. Decidió girar a la derecha en dirección al canal.

No tardó en llegar a la empinada pendiente de las piedrecitas cúbicas por las que se había dejado resbalar en la oscuridad. Por la parte inferior sobresalían arbustos de aulaga, algo de lo que nunca se había percatado en sus caminatas. Se trataba de un cauce, sin duda: las piedras estaban mojadas y



relucientes, aunque no se veía correr el agua. En aquel lugar se había congregado ya un enjambre de avispas que había bajado allí para beber. Mirando hacia arriba desde donde estaba, entrecerrando los ojos, Tim incluso llegó a divisar, a cierta altura, alguna de las cheposas «cúpulas» de piedra que tanto miedo le habían dado la noche anterior. Dedujo que esa zona debía de estar justo por encima de la Gran Cara. De hecho, el espacio que había recorrido por la noche, cuando estaba totalmente perdido, era probablemente bastante pequeño; así que supuso que no había hecho más que deambular de un lado a otro dentro de la misma zona.

Siguió el sendero hasta que, un poco más adelante, se topó con unos enormes «escalones» de piedra que parecían llevar hasta el cielo. Cuando llegó a la cumbre, el sol se estaba elevando. Bajo sus pies se extendía el llano, cuadrulado por las hileras de chopos de diferentes tonalidades de verde, con los túneles de polietileno brillante de los invernaderos de tomates diseminados por aquí y por allá; y, a más distancia, al otro lado de la llanura, las contorneadas montañas azules. Las rocas cercanas a él, que se extendían a su derecha, eran, bajo la luz del sol, de un azul cremoso muy claro y se fundían con un cielo casi incoloro aunque reluciente; un cielo que se parecía tanto al cielo gris que había visto al amanecer que cualquiera creería haberse equivocado al definirlo antes como gris cuando ahora parecía clarísimamente azul. Las rocas, por debajo, estaban ahuecadas y formaban pequeños valles llenos de matorrales y de pinos jóvenes, radiantemente verdes, de los que colgaban, en ángulos disparatados, como los adornos en los árboles de Navidad, piñas de color verde. Más allá, se veía la pendiente amarilla de hierba que llegaba hasta el canal y, como si de una flecha se tratara, la línea de agua que centelleaba, veloz, aunque paradójicamente carente de movimiento. Tim se detuvo un momento a mirar. Un pájaro solitario cantaba con dulzura; sonaba casi como un mirlo inglés. Empezó a descender con rapidez, evitando las hondonadas de zarzas que lo habían retrasado la primera vez, y al poco estaba corriendo por la hierba en dirección al agua. Cuando llegó allí, a punto estuvo de caerse por la impaciencia. Se abalanzó sobre la orilla y, lanzándose de cabeza sobre la espesa hierba en pendiente del borde, intentó mantener el equilibrio. Consiguió, sosteniéndose con una mano, sacar un poco de agua helada con la otra y llevársela a la boca. Estuvo mucho tiempo allí tendido bebiendo agua, lentamente, sintiendo un alivio exquisito. Cuando terminó de beber y quiso retroceder hasta la orilla, le resultó bastante complicado: tenía la cabeza tan abajo y los pies tan arriba que no se creía capaz más que de agarrarse a la hierba para evitar resbalarse hacia delante. Sin embargo, logró separarse del borde retorciéndose lentamente como una serpiente, hasta que la mayor parte de su peso estuvo del lado de la orilla y pudo girar y sentarse finalmente. Estaba agotado y, ahora que había saciado su imperiosa sed, se sintió hambriento, dolorido y completamente abatido.

Se dio cuenta entonces de que la presa estaba cerca y también de que el ruido de la corriente que pasaba a su lado era diferente, más suave. Se quedó allí sentado observando cómo discurrían las rápidas y turbulentas aguas de color gris verdoso, cuyas pequeñas crestas, lanzadas al aire, centelleaban a la luz del día. La pradera tostada por el sol que se alzaba a su espalda rebosaba de plantas espinosas, de pequeños cardos malvas y amarillos y de briznas blancas y puntiagudas de

hierba seca. Pero la hierba alta y exuberante que crecía cerca del agua estaba llena de flores: azules de veza y de escobilla y flores estrelladas como grandes pimpinelas doradas. Tim no pudo evitar pensar en Gertrude y en el Conde, y en lo inevitable que era aquella unión, y en lo fatídico de aquella visión que le había sido revelada como una imagen que surgiera de una bola de cristal. Pero ya no albergaba odio en su interior. ¿Cómo iba a odiar a ninguno de los dos? Ellos eran los bienaventurados, los dichosos; pertenecían a otra raza. Pero sentía contra sí mismo una envidia y unos celos terribles y cancerosos y una ira sorda por haber desbaratado y echado a perder, una vez más y tal y como hacía siempre, sus escasas posibilidades de ser feliz. ¿Le diría la gente del pueblo a Gertrude que *le peintre* había estado allí? ¿Y cómo reaccionaría ella ante la noticia? ¿Sabían los vecinos que él era, de hecho, su marido? Nunca lo sabría y le daba igual. No tenía ni idea de qué sería de él a partir de entonces, ni si llegaría en algún momento a vivir una vida sencilla y a contentarse con cosas inocentes. Tenía la sensación de haber traicionado la pureza de su soledad. Descubrió con tristeza que todo lo que había ganado al perder a Daisy lo había perdido definitivamente en aquella desastrosa expedición. Sin duda, se habría enterado más adelante de la relación de Gertrude con el Conde. ¿Acaso no la había predicho él mismo? ¿Acaso no había incluso fingido que, en cierto modo, tal relación le parecía conveniente y apropiada? Pero aquel viaje, insensato y precipitado, que tan cuidadosamente había preparado para terminar *viéndolos* juntos con sus propios ojos, era una verdadera treta orquestada por ese malicioso diablillo que gobernaba su vida. *Ahora* sí que estaba claro que jamás debió haber ido allí. Debería haber seguido con su vida tranquila, con su poquito de seguridad, con su poquito de paz. Lo había perdido todo: su pequeño logro se había echado a perder; y quiso morir cuando fue consciente del tormento que le aguardaba.

Se volvió y levantó la mirada hacia aquellas rocas llenas de hendiduras y de pliegues. Dispuestos como estaban, contra un cielo tan azul, parecían plata egipcia. «¿Por qué se me habrá venido de repente eso a la cabeza?», se preguntó. Debía de ser un recuerdo súbito de su madre, que había tenido una pulsera de plata egipcia. No había vuelto a acordarse de aquello desde que era niño. ¡Fue tan poco cariñoso con su madre! Se levantó y se puso a caminar por el borde del canal. Pasó por delante del pinar y se quedó mirando, sin experimentar placer alguno, los bordes rectos de los duros bloques de piedra que en ese punto cercaban el canal al curvarse a la derecha. El agua, brillante y embravecida, corría ahora más rápida, oscureciendo los muros hasta donde alcanzaban las pequeñas ondulaciones que producía la corriente. Al salir de la curva, el agua se elevaba formando una gigantesca ola blanca llena de espuma, y luego se curvaba y se precipitaba en oleadas en el punto en el que el lecho del canal descendía visiblemente hacia la presa. El ruido aumentaba a medida que la corriente crecía en dirección al remanso de la cascada, sobre el que el agua saltaba para deslizarse por la pendiente hacia el remolino del fondo. Después el canal entero desaparecía para caer en picado por un túnel, que cubría hasta el borde.

Tim se quedó un rato de pie al lado de la presa, observando aquella extraordinaria transformación que se operaba en las aguas bravas y destellantes, que primero brotaban por encima de la pared de

roca de la presa y luego bajaban con calmada docilidad por la pendiente de color verde intenso hasta que súbitamente se hundían en la blanca y turbulenta agitación antes de acumularse para entrar en el túnel. Se sintió igual de loco que aquellas aguas, igual de autodestructivo, tan bravo e imprevisible como cada una de sus partículas; y comprendió que la esencia de su locura eran la tristeza y el remordimiento. ¡Y, ay, estaba tan cansado! Supo que había llegado el momento de subir por las rocas, volver al pueblo y regresar a Inglaterra.

Volvió sobre sus pasos por el margen de piedra en curva hasta donde se extendía, por encima de la rápida corriente, la pendiente de hierba alta y verde y de arbustos de acacia espinosa. Un arrendajo pasó gritando a su lado. Después se posó un momento en la acacia. Las libélulas azules se acercaban al agua. El sol por fin calentaba un poco y soplabla un viento templado. Un saltamontes alzó el vuelo abriendo sus alas rojas de tonos violáceos. Cerca de los pinos revoloteaban mariposas marrones. Todas esas cosas, que tanto podrían haberlo deleitado en cualquier otro momento, se tornaban ahora en heraldos de la tristeza, pues el mundo estaba maldito. Tim observaba, corriente arriba, el prolongado curso del agua, turbulenta, gris y fría, que discurría entre aquellas orillas tan verdes. Justo en ese momento vio, de repente, que había un objeto oscuro y abultado que se balanceaba sobre la corriente y que se acercaba a él con rapidez. Tim sintió un pavor instantáneo. ¿Qué haría si se trataba de un cuerpo, de un hombre ahogado? Era una forma oscura, pero Tim también vislumbró algunas partes más claras; daba vueltas y más vueltas en la veloz espuma. Observó con atención y entonces vio que se trataba de un perro. Vio la forma de su cabeza y el hocico mojado que sobresalía. Era un perro grande, blanco y negro, que estaba siendo arrastrado por el canal. Tim hizo una mueca ante el deprimente presagio, porque consideraba que era de nuevo otro cadáver hinchado, igual al que había visto con Gertrude unos meses atrás.

Sin embargo, cuando lo tuvo más cerca, comprobó que el animal no estaba muerto en absoluto, sino muy vivo. Era un animal de pelaje negro y blanco, parecido a un *collie* inglés, y en aquellos momentos luchaba desesperadamente por su vida, haciendo evidentes e inútiles esfuerzos por encontrar algún punto de apoyo en las empinadas orillas de hierba. Tim lo veía estirar las impotentes patas blancas y rozar con ellas la hierba que sobresalía. El animal, en su deriva, lo sobrepasaría muy pronto, giraría por el recodo que había entre los bordes de piedra y caería en la presa para ahogarse irremediablemente en el túnel.

Tim ya se había reconocido a sí mismo en aquel cuerpo empapado, en aquel hocico desesperado que se alzaba hacia el cielo, en aquellas patas blancas que trataban de aferrarse a algo. Se lanzó hacia delante igual que cuando se dispuso a beber, se deslizó por el borde hasta sumergir una mano en el agua, mientras que con la otra se agarraba a la hierba. Cuando el perro se acercó a él, Tim alargó la mano para interceptarlo al pasar. Su mano sintió el pelaje empapado, el cuerpo caliente y resbaladizo. Sintió el calor que desprendía. Una pata le rozó la muñeca (apenas alcanzó a verle las garras). Luego, el perro, arrastrado por el agua en la vorágine del torbellino, dejó de estar a su alcance y siguió adelante tras pasar a su lado. Tim, sin pensárselo dos veces, se lanzó de cabeza al arroyo.

La velocidad del desplazamiento, el frío y la conmoción lo privaron de sensatez durante un segundo. Luego se descubrió tratando de nadar. Su instinto seguía siendo rescatar al perro. Veía al animal debatiéndose a solo unos metros de distancia por delante. Tim luchó con todas sus fuerzas para vencer a la corriente de agua y llegar al perro e intentar asirlo y llevarlo hasta la orilla. Pero era la corriente, y no sus esfuerzos, la que determinaba la velocidad de sus movimientos.

Un momento después Tim ya había dejado de pensar en el perro: ahora estaba pensando en sí mismo. Trató de agarrarse a los arbustos y a las hierbas que colgaban y flotaban a su lado, pero la corriente se las arrancaba de las manos. Apenas podía respirar de toda el agua fría que estaba tragando y de lo fatigado que estaba tras su breve y agotador intento de nadar. Seguía tratando de agarrarse a la orilla e intentando salirse de la corriente principal para protegerse en ella, pero a contracorriente era incapaz de controlar sus miembros o de cambiar la dirección en la que era arrastrado. Algo, un escollo bajo el agua, le golpeó la pierna violentamente. Entonces, su mano, que buscaba dónde agarrarse, tocó una piedra lisa mojada y la corriente lo hizo girar por la curva del canal.

Tim, para entonces, se había imaginado lo que pasaría a continuación y ya había hecho un plan: sabía que más adelante había un momento, valioso y crucial, en que el agua se detenía en lo alto de la presa; frenaba, se detenía y saltaba sobre el borde de piedra del canal antes de recorrer corriente abajo el liso y verde tobogán hacia el remolino de agua. Tim pensaba que solo con que pudiera sujetarse a la piedra en lo alto de la pendiente, donde el torrente se apaciguaba un momento, o con que pudiera estirar las extremidades contra la pared vertical de abajo, podría conseguir el control suficiente como para mantenerse allí, estabilizarse, bordear después el lado del canal y, poniéndose de pie en la cabecera de la presa, trepar hasta el borde.

Intentó ponerse derecho para poder mirar hacia adelante, cosa que resultó ser muy difícil. Si la corriente hubiera discurrido en línea recta, habría sido posible coordinar los miembros para llevar a cabo su plan. Sin embargo, tal y como era, se veía inmovilizado contra la pared exterior de la curva por la fuerza centrífuga del agua y, medio asfixiándose, recibía el embate de la alta ola de espuma. Ahora lo único que le preocupaba era mantener la cabeza por encima del agua. Vislumbró de reojo la línea, de repente brillante y lisa, de la corriente refrenada y, al otro lado, la pared de piedra que se alzaba por encima de la boca del túnel. Distinguió fugazmente la imagen del perro blanco y negro aparecer un momento sobre el borde de la cascada y rodar después por encima y desaparecer. Tim intentó prepararse para el impacto contra el borde vertical, que constituía el lado de la presa más cercano. En ese momento una de sus rodillas chocó contra algo muy duro que había bajo la superficie. Se dio cuenta demasiado tarde de que había una rampa de piedra bajo el agua que conducía a la parte superior de la pendiente de agua. Si hubiera estado preparado para aquello, esa misma rampa podría haberlo ayudado a ralentizar su descenso en las aguas menos profundas y a hacerle frente a la desgarradora avalancha de la corriente; pero aquel inesperado obstáculo y el golpe repentino lo dejaron aún más confuso, lo que lo llevó a perder la oportunidad de intentar agarrarse al punto más alto de la cascada y de mantenerse allí a salvo. Echó hacia atrás la rodilla herida, apretó

instintivamente las manos contra las piedras que sobresalían, se giró de lado en el agua, y entonces se dio cuenta de que ya tenía el hombro sobre el borde liso de la presa. Así que se agarró en vano a una superficie verde y limosa, la imperiosa corriente lo golpeó en la espalda y después se vio girando sin parar pendiente abajo hacia el remolino.

Cuando la cabeza de Tim sobresalió por encima de la espuma embravecida, ya estaba muy cerca del túnel. Veía las aguas chocando entre sí, borbotando, deteniéndose al confluír para meterse en el túnel, cuya entrada quedaba por debajo de la superficie. Las lisas paredes de piedra del canal en ese punto se elevaban a gran altura a uno y otro lado, tapando la luz del cielo. Tim pensó: «Ay, ¿por qué tuve que beber de esta agua y no de otra?». Y pensó: «Ay, Gertrude, Gertrude...». Era plenamente consciente de que estaba a punto de morir. Tomó una última bocanada de aire e instintivamente metió la cabeza en la espuma mientras era succionado hacia el centro sumergido del arco de piedra.

Tim había tomado otra bocanada de aire. Poder respirar le parecía un milagro, una acción valiosa e increíble. Entonces algo lo golpeó muy fuerte en la cabeza. Tragó agua; se ahogaba. Estaba totalmente a oscuras, pero ni siquiera sabía si tenía o no los ojos abiertos. En el mismo instante en el que se dio cuenta de que aún estaba vivo, le sobrevino, idéntico a la esperanza, un instantáneo y absoluto miedo a la muerte. En ese momento, en ese punto concreto y a lo largo de un trayecto muy pequeño, el agua no llegaba al techo del túnel. Tim tomó otra bocanada de aire. Todo ese tiempo estuvo nadando, o lo intentó: es decir, estuvo agitando los miembros de manera instintiva para mantener la cabeza fuera del agua. No era una tarea fácil, ya que sus piernas parecían estar extendidas por debajo de la cabeza, en vez de por detrás de ella, y la fuerza del agua, en aquel espacio más reducido, parecía haberle aprisionado los brazos de algún modo. No lograba tocar el fondo con los pies, aunque lo rozaba. Intentó flotar de espaldas, dirigiendo la nariz y la boca hacia el techo, pero aquello no funcionó y en el proceso se dio un golpetazo en la frente. Ya se había percatado de que el problema consistía en mantener la cabeza por encima del agua sin quedarse aturdido e inconsciente al chocar contra la parte superior del túnel. El cuerpo, que no la mente, le hizo saber que aquello no era posible: el techo descendería hasta el nivel del agua en cualquier momento o, si no, el torrente al completo se sumiría precipitadamente en un agujero profundo. En efecto: iba a morir como una rata y quizá nadie llegara a saber nunca qué le había pasado. Nadie lo sabría y, lo que es peor, a nadie le importaría. «¡Ay, déjame vivir!», imploró. Hacía un momento parecía que se quería morir, pero ahora deseaba vivir con tanta pasión... Pensó: «Tengo que vivir, sí, sí».

El techo parecía descender cada vez más rápido y cada vez que abría la boca para respirar lo golpeaba con más fuerza. Para entonces ya había establecido una rutina: no solo jadeaba de manera instintiva, sino que respiraba hondo, mantenía el aire con la cabeza sumergida en el agua y luego cogía otra bocanada. Incluso intentaba calcular con una mano la altura del techo antes de sacar la cabeza para respirar. Pero eso no le servía de mucho porque la oscuridad lo había privado de todo sentido del espacio y del tacto y era difícil maniobrar con los brazos. Además, con tantos golpes le daba vueltas la cabeza y no dejaba de tragar agua. Cada vez que respiraba, pensaba que esa podría ser

la última vez que lo hacía. Pensaba: «Este miedo, esta oscuridad, es la muerte, a esto se parece. ¡Pero, ay, deseo tanto vivir! Por favor, déjame vivir. Cualquier vida es mejor que la muerte. Ay, déjame vivir, vivir nada más».

De repente y sin previo aviso (puede que tuviese los ojos cerrados después de todo), Tim salió a la radiante luz del sol. Ahora, por encima de él, no había nada más que el cielo azul brillante de la mañana. Jadeó y cogió otra maravillosa bocanada de aire. Al hacerlo, vio ante sí, con una claridad que después lo acompañaría para siempre, que el centelleante canal, con un aspecto tan pacífico y hermoso entre sus orillas de hierba, corría un poco hacia la izquierda y dejaba tras de sí, en la parte exterior de la curva, una playita amarilla de piedras. Y allí, en la playa, Tim vio al perro blanco y negro saliendo del agua.

Era el instinto el que movía sus agotados miembros y, en cierto modo, parecía que en aquel momento el canal lo estaba ayudando a salir: lo depositó con suavidad en la playa y siguió su curso. El canal ya había hecho lo que tenía que hacer con él. Tim salió gateando del agua. Al levantar la vista, volvió a ver al perro, que se estaba sacudiendo. Después, se puso a olisquear una mata de hierba que había cerca. Levantó la pata sobre la hierba y luego se marchó trotando como si nada.

Tim bendijo al perro, bendijo al cielo abierto y al sol, incluso bendijo al canal. Trepó por la pendiente de piedras hasta que llegó a la zona de hierba y se quedó allí tendido, escupiendo. Tenía la sensación de tener el cuerpo lleno de agua, que le había entrado por la boca, por la nariz y por las orejas, que le había penetrado hasta por los poros. Se quedó un rato sentado y se concentró en respirar, ese acto tan increíblemente maravilloso que, de pronto, tan sencillo le resultaba. El aire, dulce, que olía a hierba seca, le entraba rápida y placenteramente en los pulmones. Respiró hondo sin mirar a su alrededor, dejando que la luz lo cegara.

Luego se dio cuenta de que se estaba quitando los zapatos. Se sorprendió al descubrir que todavía los llevaba puestos. Se acordó entonces de lo incómodos que le habían resultado cuando se metió en el agua. Se le habían hinchado los pies. Se quitó los zapatos y se tumbó a descansar. El sol por fin había empezado a calentar de verdad. Luego se incorporó y, con cierta dificultad, se quitó la camisa, los pantalones y los calcetines. Los escurrió y los extendió en la hierba. Luego se tumbó otra vez a descansar. Después se sentó y miró atentamente a su alrededor.

Estaba en un valle que no conocía, en un prado grande y llano de hierba amarilla. No había indicios de que estuviera habitado ni de que hubiera nadie por los alrededores. Al otro lado del canal (reparó en él con una especie de sorpresa, como si se hubiera olvidado de que estaba allí) había un viñedo muy bien cuidado, al abrigo de tres espesas hileras de cipreses. Más allá de los cipreses, muy muy lejos, pasada la llanura, veía las montañas azules. A su espalda, en su mismo lado del canal, estaban las rocas que ya conocía. Se elevaban muy cerca de él, sobresaliendo tras unos espesos matorrales espinosos de color verde oscuro. Se alegraba de que la corriente lo hubiera dejado en la misma orilla en la que estaba el pueblo: era reacio a meterse de nuevo en aquellas aguas.

Se puso la camisa y los pantalones, que aún estaban mojados, sin levantarse. Se dio cuenta de lo

mucho que le dolía el cuerpo. Había recibido un golpe en el pómulo, otro en la frente y varios en la parte superior de la cabeza. Se palpó los golpes con cuidado. Le dolía la cabeza y estaba mareado. El sol le hacía daño en los ojos. El paisaje que tenía frente a él le bailaba y se le llenaba de pequeños puntitos. Le dolía la mano y vio que había empezado a sangrarle otra vez. Notaba que tenía las rodillas llenas de rasguños. Dejó de alegrarse por estar vivo y empezó a sentirse muy enfermo y desgraciado. Estaba muy cansado y tenía mucha hambre. Intentó levantarse y no pudo: estaba demasiado mareado. Con gran esfuerzo, se incorporó, por fin, y se quedó de pie, con los zapatos y los calcetines en las manos, sin saber muy bien qué camino seguir.

Vio la pared de piedras lisas sobre las que borboteaba el canal como si se tratara de la boca de un manantial. La abertura quedaba por debajo de la superficie del agua. Al otro lado del muro, la pradera, limitada a cada lado por una lejana hilera de chopos y pinos piñoneros, se perdía en el horizonte. Levantó la mirada hacia las rocas intentando reconocer algo en su relieve. Cuando forzó la mirada creyó poder divisar en el horizonte dos de las rocas cheposas en forma de cúpula que le habían llamado la atención en aquel deambular nocturno que ahora le parecía tan lejano en el tiempo. No era capaz de calcular cuánto rato había estado en el túnel ni a qué distancia estaba el otro extremo. En cualquier caso, quería alejarse del canal. Se le ocurrió ir a ver qué aspecto tenían las rocas en el punto más cercano. Se puso a caminar descalzo por el campo, pero la hierba seca y puntiaguda le hacía daño en los pies. Se sentó para ponerse los calcetines y los zapatos, y pensó que iba a costarle mucho trabajo y que iba a servirle de más bien poco: parecía tener los pies a millas de distancia y se sentía tan mareado y tan fatigado que difícilmente podría volver a levantarse. Al menor esfuerzo, veía centellear ante sí puntitos de luz. Notó que se le estaba cerrando un ojo.

Cuando llegó a la base de las rocas, resultó que estaba protegida por una masa de chaparros, bojés, aulagas y zarzas, sobre las que colgaba la versión local del árbol de flecos: la vegetación era muy densa y formaba una barrera tan impenetrable que ni siquiera se podía meter un pie, mucho menos soñar con abrirse camino por medio. Sin embargo, después de caminar un trecho corto, llegó a un sendero angosto que una de esas personas invisibles que deambulaban por las rocas había abierto a través de los matorrales. El camino conducía a una subida fácil y creyó reconocer el perfil de la cumbre. Ascendió por aquella pendiente sacando fuerzas de flaqueza, muy lentamente; y solo en ese momento, de pronto y de manera apremiante, se preguntó a sí mismo: «¿Adónde estoy yendo?». Había emprendido, o eso suponía, el camino de vuelta al pueblo. ¿Qué alboroto iban a armar en el hotel cuando se presentara con ese aspecto! ¿Insistirían en que fuera al médico? ¿Dónde estaba su cartera? ¿Dónde estaba su pasaporte? ¿Se los había llevado el canal? Cuando se puso a buscar, se acordó de que había dejado la cartera y el pasaporte en el hotel, dentro de la chaqueta. Sin embargo, encontró algo al hurgar en el bolsillo del pantalón. Era el anillo de bodas. Lo había metido allí el día que fue del banco al piso de Daisy en Shepherd's Bush. Se puso la alianza en el dedo. Pensó: «Mejor no ir al pueblo. ¡Estoy tan cansado, tan herido y tan triste! Iré con Gertrude. Es mi esposa, al fin y al cabo».

Anne Cavidge, siempre vigilante, fue una vez más la primera en verlo. Lo observó mientras bajaba

despacio por los viñedos al otro lado del valle. Anne estaba esa mañana de un talante diferente. Después de una noche de sufrimiento, se sentía mucho menos resignada, se sentía hasta valiente. No sería justo permitir que Tim se marchara una segunda vez. Sacó sus maletas a patadas de debajo de la cama.

Tim apenas podía caminar ya, pero su voluntad y su empeño se habían hecho más tenaces a cada paso que daba. Cruzó muy despacio la chopera, pisando las hojas de oro y plata. Al llegar al puente no se metió en el agua de manera impetuosa (se le había agotado la impaciencia), sino que, con mucho esfuerzo, tiró de la rama grande de sauce, la apartó del camino empujándola y cruzó el puente. No estaba ansioso, no había hecho ningún cálculo. Quería, simplemente, llegar adonde estaba Gertrude.

Remontó la colina jadeando con intensidad. Era difícil subir la pendiente por la tierra arada del olivar, pero a esas alturas ya ni se paró a descansar. Ni siquiera levantó la mirada hacia la casa. Caminando fatigosamente, inclinado hacia adelante, mantuvo los ojos fijos en la tierra que pisaba. Atravesó la hierba seca del pequeño prado lleno de cardos malvas y de escobillas dispersas y subió la corta pendiente que conducía hasta la terraza. Observó cómo sus pies pisaban los escalones de la terraza, las dispersas hojas amarillas de la parra. Luego se quedó de pie en la terraza, se enderezó y miró a su alrededor, jadeando todavía.

Gertrude salió por las puertas de la sala de estar. Vio a Tim y se acercó a él.

—Ay, Tim..., cariño, cariño... Gracias a Dios... —Y lo estrechó entre sus brazos.

—Vamos, date prisa —le dijo Anne al Conde—. Haz la maleta, que ya te la llevarán después en el coche. Pon solo unas cuantas cosas que llevarte en una bolsa. Toma, cógela.

El Conde estaba completamente aturdido.

—Pero le dije a Gertrude que la ayudaría a arreglar la galería hoy por la mañana...

—La galería no importa: Tim se encargará de eso. ¡Vamos, rápido, date prisa! ¡Tenemos que irnos!

—Pero, Anne, ¿qué ha pasado?

—Ya te lo he dicho. ¡Tim ha vuelto, *ha vuelto!*

—Sí, lo he visto, pero...

—¡Nos vamos! Vamos a coger las bicis. Pero, *por favor, date prisa.*

El Conde, confundido, metió las cosas de afeitar y una camisa elegida al azar en la bolsa de la compra que Anne le había dado, mientras ella metía apresuradamente el resto de sus pertenencias en la maleta. Ella había hecho la suya en los cinco minutos siguientes a que Gertrude hubiera rodeado a Tim con sus brazos.

—Pero, Anne, no podemos irnos así sin más: ninguno de ellos dos sabe conducir y...

—Manfred puede venir a buscarlos o venir a por el coche, o ya veremos. ¿Quién mejor que él?

—Pero que Tim haya llegado así no significa...

—Sí, sí que significa eso. Ha vuelto. En todo caso, es algo que no nos incumbe. ¿No te das cuenta?

—Sí, pero... tenemos que hablar con Gertrude, preguntarle...



—No le preguntaremos nada. Le dejaremos una nota. Ella ahora no está pendiente de nosotros. Ni se acordará de que existimos. Está ahí con Tim. *Debemos* dejarlos solos. ¡No podemos quedarnos, así de sencillo! Lo mejor es que nos vayamos directamente sin hablar con ellos y sin entrar en explicaciones. Al fin y al cabo, ¿qué tenemos que decirles a ellos dos? Nada.

—Ay, Anne. No sé qué hacer...

—¡Haz lo que te digo! No, deja la maleta aquí, con la mía: no podemos llevar las maletas en las bicis. ¿Tienes todo lo que necesitas en esa bolsa? ¿Y el pasaporte y el dinero?

—Sí. Oh, qué lío...

—Tú solo encárgate de tus cosas. Yo voy a escribirle una nota a Gertrude.

En una hoja grande de papel de carta Anne escribió con letras mayúsculas: «QUERIDA, ¡ME ALEGRO MUCHO! NOS HEMOS IDO. TE DESEAMOS LO MEJOR. CON MUCHO CARIÑO, ANNE. P. D.: Nuestros equipajes están preparados en nuestras habitaciones. Dejaremos las bicis en el hotel».

—¡Ahora vámonos, *venga!* —Y sacó al Conde a tirones del dormitorio. Dejó la nota en un lugar visible del vestíbulo y, agarrando con firmeza al Conde por la manga, lo condujo por la galería arqueada y lo hizo bajar al garaje. Allí estaban las dos bicicletas, la de hombre y la de mujer. Anne comprobó las ruedas. Estaban infladas. Metió las bolsas en las dos cestas y le dio al Conde su bici. Tuvo incluso que ponerle las manos sobre el manillar.

—Vamos, Peter. Ahora eres mío —dijo. Pero él no la oyó: estaba demasiado contrariado y disgustado.

En el comedor Tim y Gertrude, enfrascados en la conversación, escucharon vagamente a lo lejos un sonido extraño. Era Anne Cavidge riéndose.

\* \* \*

—Pero estás herido —dijo Gertrude—. Te has peleado con alguien...

—¿Tengo un ojo morado? Me parece que sí.

—Sí...

—Sí, me he estado peleando. Algo así. Ya te lo contaré. Te lo contaré *todo*.

—Ay, cariño, mi dulce y precioso Tim, corazón mío. Me alegro tanto de que hayas vuelto...

—¿De verdad? Oh, qué bien. Gertrude, ¿volvemos a estar bien? He vuelto, esta vez es de verdad. No me pedirás que me vuelva a ir, ¿no?

—No, no. Te quedarás para siempre. No puedo entender cómo llegué a dejar que te marcharas.

—Ay, mi amor, es que he sido tan rematadamente idiota... Pero te lo contaré, te lo *explicaré*...

—No hace falta que me expliques nada; o sea, me parece bien, pero no tienes por qué hacerlo. Estás aquí y eso es lo que importa.

—Pero debo explicártelo, tengo que explicártelo. Necesito que lo entiendas todo. No lo entendiste la otra vez...

—No me diste la oportunidad: saliste corriendo sin más...

—Me dijiste que me fuera...

—Sí, pero yo...

—Fui tan tonto y tenía tanto miedo, y me sentía tan mal por no haberte hablado de...

—De aquella mujer. ¿Qué pasa con ella? Quiero decir, ¿qué pasa con ella ahora?

—La he dejado.

—Estás sangrando...

—Ah, supongo que sí. Gertrude, la he dejado...

—Sí, lo sé. No lo pongo en duda. Siéntate y deja que te vea. Tienes un cardenal tremendo en la frente...

—Me di un golpe en la cabeza... ¡Vaya, qué bonita es esa rama de parra!

—Tienes sangre en el pelo...

—Estuve a punto de perder el conocimiento...

—Deja que te lo mire...

—¿Tengo el cráneo fracturado?

—No lo creo. ¿Te duele ahí?

—Sí, pero es normal que duela, ¿no?

—¿Pero qué pasó?

—Me estuve peleando con el canal... O, mejor dicho, el túnel me engulló...

—Pero ¿cómo se te ocurrió...?

—Ya sé que te prometí que no lo haría, pero no me metí a propósito... Había un perro...

—Estate quieto... Te está sangrando la mano...

—Sí, y tengo un corte en la pierna, y aquí en la rodilla, mira...

—Te metiste en el túnel, y aun así...

—No fue a propósito, estaba ese...

—¿Pero cómo...?

—Recorrí todo el túnel por debajo...

—No puedo entender cómo sigues vivo...

—Ni yo...

—Anda, ven a la cocina. Déjame ponerte algo en esas heridas.

—Me encuentro muy mal, la verdad, y estoy muerto de hambre...

Gertrude metió su brazo por debajo del de Tim y lo llevó a la cocina. Él se apoyó en el hombro de ella, mostrando una amplia, cansada y soñolienta sonrisa. Gertrude vio la nota en el vestíbulo.

—Se han ido.

—¿Quiénes?

—Anne y el Conde. No importa. Ahora deja que te lave esas heridas y te las desinfecte. ¡Cómo tienes la ropa!

—Te lo dije. Me caí dentro. Fue ese perro...

—Será mejor que te quites la ropa y te pongas mi abrigo. No, quédate ahí. Traeré agua caliente y...

—Te estoy poniendo la toalla perdida...

—Haz el favor de estarte quieto...

—Ay, Gertrude, eso duele...

—No parece que sea un corte profundo...

—¿Tendré una conmoción cerebral?

—Puede, pero no des la tabarra con eso ahora.

—Tengo tanta hambre...

—Enseguida...

—No he comido nada desde el avión, y eso fue ayer. Vine en avión y...

—Ojalá tuviera algo de carne para poner encima de ese pobre ojo tuyo, pero nos la comimos toda anoche...

—Ojalá quedara un poco, sí. ¿Hay algo que pueda comer?

—Hay una cazuela de pollo. La hice yo. Me decidí a...

—¡Por fin te decidiste! ¡Ay, qué maravillosa estás, Gertrude! ¡Me encanta tu vestido y ese collar azul! Te quiero mucho. ¿Tú me quieres?

—Sí.

—¿Y me perdonas?

—Sí.

—¿Y te quedarás conmigo por siempre jamás?

—Sí.

—Estamos casados, y...

—Sí, sí.

—Mira, llevo el anillo...

—Sí, ya lo veo. Creo que será mejor que te ponga una tirita...

—Ah, no te preocupes. Anda, Gertrude, deja de jugar ya a los primeros auxilios.

—¡Pero si hace un momento pensabas que tenías fracturado el cráneo y una conmoción cerebral!

—Ya no.

—Quizá deberías ir al médico...

—No, estoy bien, te lo aseguro. Necesito comer un poco de esa cazuela de pollo o me voy a volver loco.

Con el abrigo de Gertrude por encima de los hombros, Tim se sentó a la mesa de la cocina delante de la cazuela de pollo. Comió un poco. Luego dijo:

—Cariño, lo siento... Creo... que lo que quiero ahora es solo... irme a dormir. ¿Te importa?

—Corazón mío, claro que tienes que dormir. Vamos, acompáñame.

Se volvió a apoyar en el brazo de Gertrude mientras ella lo ayudaba a subir las escaleras y lo conducía a la cama.

—¿No tendrás frío? ¿Quieres que...?

—No, estoy perfectamente.

—Voy a cerrar las contraventanas.

—¡Dios, qué ganas tengo de dormir!

—Duerme, mi amor...

—No te irás mientras estoy dormido, ¿no?

—No, no me voy a ir.

—Ay, Gertrude, soy tan feliz... Es como cuando era niño y me metía en la cama después de aprobar un examen...

—Lo has aprobado. No tienes de qué preocuparte.

—Ay, Gertrude, eres tan buena conmigo.

—Duérmete, cariño.

Tim ya estaba dormido. Gertrude cerró las contraventanas. Se quedó sentada en la habitación a oscuras, al lado de la cama, mirando atentamente a Tim mientras dormía, y su corazón se llenó de una alegría tierna e incoherente.

—No me lo estás contando en orden —dijo Gertrude.

—¡Es que hay tanto que contar!

Ya era por la tarde. El sol, justo detrás de las rocas, decoloraba con su luz el pálido cielo azul claro. Las rocas, altas y con pliegues, alzaban sus majestuosas paredes como de acantilado, veteadas de azul y blanco cremoso. Las cigarras se afanaban en emitir su último canto entre los pinos inmóviles.

Tim había dormido varias horas y, cuando se despertó, se sintió como si estuviera en el paraíso. Notaba una flojera tal en los miembros que no supo si achacársela al agotamiento físico o a la pura alegría que sentía de estar allí.

Todo indicaba que la tarde transcurriría lentamente. Era como si el tiempo se hubiera detenido para ellos dos. Tim había aplacado el hambre a base de pan, mantequilla, paté y aceitunas. Comer y existir se habían convertido para él en un largo y lento movimiento musical. Aún no se habían puesto con la cazuela de pollo.

Hablaban y bebían. Tim intentaba poner en orden la historia, pero había muchas partes que estaban interrelacionadas y muchas que no guardaban relación alguna entre sí, muchos sucesos que relataba varias veces de distintas maneras y muchos que se le revelaban meramente accidentales. No dejaba de mencionar cuestiones colaterales, no dejaba de interrumpirse y de volver a empezar una y otra vez; no disponía de las destrezas narrativas necesarias para presentar una historia coherente; y, además, se sentían tan felices de estar juntos que ninguno de los dos podía concentrarse.

—Creo que me dejé influir por Anne —dijo Gertrude.

—No tiene una buena opinión de mí.

—Cambiaré de idea.

—¿Tú crees?

—No le quedará más remedio. Déjalo de mi cuenta. Además, tiene sentido común y es buena; ella sola se dará cuenta.

—Desde luego tiene motivos para tener una mala opinión de mí, bueno, la verdad es que no los tiene, pero...

—Está un poco celosa.

—¿No te parece gracioso que se marcharan en bicicleta?

—Bueno, gracias a Dios. No tenemos prisa por ir a ninguna parte.

—Gertrude, yo tengo que volver el martes. He empezado a dar clases.

—Me alegro mucho de que tengas trabajo.

—Ay, mi vida, poder contártelo todo es como estar en presencia de Dios.

—Entonces podemos quedarnos aquí casi una semana.

—¿Y qué pasa con el coche?

—Alguien puede venir a recogerlo más adelante. Supongo que será Manfred quien vendrá.

—¡Vaya! Manfred...

—No te vas a preocupar ahora por Manfred, ¿no?

—Gertrude, tengo tanto miedo. Le tengo miedo a todo el mundo. Tengo la sensación de haber hecho tambalear tanto tu amor por mí que casi lo he fracturado.

—No está fracturado. Está entero. Eso una lo sabe.

—Ay, ojalá no os hubiera visto a ti y al Conde. Fue como si el mundo se acabase.

—Tim, ya te he dicho...

—Ya lo sé, pero no olvidaré nunca esa imagen. Quizá sea una especie de castigo.

—De pronto extendió la mano... Y se la cogí.

—Pero eso fue exactamente lo mismo que hice yo...

—Sí, pero en esta ocasión era completamente diferente. Sabes que siempre ha sentido algo por mí...

—¿Se te declaró? ¡El sinvergüenza!

—No, no dijo nada. Luego dijo que lo sentía. Terminó todo muy rápido.

—¿A qué te refieres con «terminó todo»? Le soltaste la mano y...

—Dije algo así como «de acuerdo» y él se recompuso y seguimos hablando de otra cosa.

—Como de la situación en Polonia o...

—Sí, de algo trivial, yo...

—Lo mandaste callar.

—Se calló él solo. Tim, es mi amigo, era amigo de Guy...

—Ya lo sé...

—No hubo nada sentimental en nuestra conversación. Solo se produjo una situación rara...

—Detesto las situaciones raras: son peligrosas.

—Es un hombre admirable, excepcional. No te vas a enemistar con él, ¿verdad?

—No, no podría. Además, oh, querida, querida...

—Pero, Tim...

—Vas a decir que quién soy yo para decir nada.

—No, voy a decir que te quiero y que los demás me importan un comino.

—Eso está bien. ¿Y no te importa que él y Anne se hayan ido?

—¡Estoy encantada! ¡El amor te vuelve despiadada! No quise llevarlos a ninguno de nuestros lugares secretos.

—Me alegro. Ah, Dios mío, mi amor..., Gertrude. Creo que me he vuelto muy posesivo ¿Te importa?

—Yo también me he vuelto posesiva. Así es el amor.

—Pero debo contarte cómo fue...

—Si ya me lo has contado...

—No te lo he contado bien. Tengo que contártelo todo. Tengo tantas ganas. Ni yo mismo lo entiendo.

—Siento haber sido tan tajante. Tomé la decisión demasiado deprisa. Aunque, bueno, en realidad, no fue como tomar una decisión: fue como si el mundo entero hubiera cambiado y yo no pudiese hacer nada...

—Y entonces, claro, fueron otros los que se hicieron cargo.

—No, no se hicieron cargo. Bueno, quizá un poco. Estaba *tan dolida*...

—Ya lo sé, ya lo sé. Perdóname.

—Tomé una decisión y tuve que aferrarme a ella para mantener la cordura.

—Lo siento, no quería decir que otra gente se ocupara de decidir por ti...

—De no haberse hecho público tan rápido, podría incluso habérmelo pensado mejor...

—Sí, ya lo sé. Le tengo tantísimo miedo a esa gente...

—Pero no fue solo eso... Fue una especie de testarudez, un ataque de amor propio. Como si tuviera que tener una ocupación destructiva para curarme la tristeza. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí.

—Y aquella conversación tan horrible y tan confusa... Creí que tenía que ponerle fin de inmediato o de lo contrario me moriría de dolor...

—Ay, corazón mío, he repasado aquella conversación mil veces, intentando entender lo que quería decir.

—Yo también.

—Todo pasó tan rápido...

—Los dos perdimos la cordura demasiado deprisa. Era como dejarse caer por una pendiente empinada...

—Pero la cuestión es, escucha, Gertrude, cómo sucedió y el hecho de que me sentí tan culpable que casi sin darme cuenta me volví un verdadero estúpido...

—Debería haber esperado y haberte dejado hablar...

—No, escúchame. Ya ves que había muchas cosas diferentes en juego, muchos flecos sueltos.

Bueno, la verdad es que había cierta relación entre unos y otros. Ah, demonios, ¿crees que tendré una conmoción cerebral?

—¿Quieres tumbarte?

—No, estoy bien. Aunque lo cierto es que no sé muy bien cuáles son los síntomas de una conmoción cerebral... En cualquier caso, había cosas que estaban ahí de antemano. Supongo que la cuestión principal, lo *terrible*, fue que no te dije nada de Daisy desde un principio.

—Deberías habérmelo contado, sí, deberías habérmelo contado de inmediato, desde el primer momento.

—Al principio estaba demasiado aturdido. No tienes más que recordar cómo pasó.

—Pues justo después entonces.

—De eso se trata precisamente... No dejaba de aplazarlo una y otra vez.

—Habría estado bien que me lo contaras y te habría resultado tan fácil...

—Eso lo dices ahora. No me irás a decir que te habrías tragado lo que fuera.

—¡Vaya manera de expresarlo!

—¡Maldita sea, estaba tan asustado! Pensé que, si te lo contaba, te perdería. Sentía que no podía explicarte lo de Daisy sin que lo nuestro se viniera abajo, porque habrías considerado que aquello suponía el fin.

—Fue un error no contármelo. Deberías haber confiado en mí, deberías haber confiado en nuestro amor. Estoy segura de que sabías cuánto te quería.

—Es verdad. Yo tenía fe en nuestro amor, pero, al mismo tiempo, no creía en él: para mí era inconcebible que me quisieras. Ah, Dios, pero esto no tiene nada que ver con lo otro, ¿verdad? Necesito poner cada cosa en su sitio, pero hay tantos detalles... En cualquier caso, lo importante es que no te lo conté. Quería hacerlo, estaba decidido, pero no dejaba de aplazarlo y, mientras lo aplazaba, fui cambiando de idea...

—¿Sobre qué?

—Sobre lo mío con Daisy. Lo transformé mentalmente. Le resté importancia. Quería que se marchitara por sí solo y se perdiera en el pasado. No quería hablarte de aquello hasta que no fuera algo insignificante, algo carente de valor.

—¿Y ahora lo es?

—No.

—Vale, continúa.

—Bueno, eso por un lado; y, por otro, que, cuando me echaste la primera vez...

—No te eché...

—Cuando me echaste la primera vez, me fui corriendo con Daisy.

—¿E hicisteis el amor?

—Bueno..., puede ser..., sí...

—Eso no me hace gracia.

—Vale, pero escucha esto. Estaba destrozado. Piénsalo un momento. Supongo que necesitaba

consuelo. No se me ocurría otro sitio adonde ir...

—Podría incluso empezar a darme pena, pero no quiero pensar en ella. No quiero ni que se me pase por la cabeza esa mujer.

—Más tarde, por supuesto, comprendí lo espantoso que fue lo que hice...

—Sí, y te fuiste corriendo sin más.

—No podía seguir contigo después de haberme comportado tan mal, peor que nunca, de hecho. Pero quizá debería haber esperado, deberíamos haberlo discutido... Deberíamos haber mantenido las esperanzas...

—Sí...

—Bueno, más adelante supe que te había fallado, que había renunciado a todo aquello que nos unía, que había traicionado nuestro amor, porque era un *hecho* que nos queríamos...

—Sí, yo también te fallé.

—Ojalá hubiera decidido quedarme, ojalá no hubiera recurrido a Daisy; pero lo hice, volví a caer en la..., la rutina... de siempre...

—La rutina...

—Bueno, de todos modos, te volví a encontrar, y aquello fue tan maravilloso...

—Podrías habérmelo dicho entonces.

—En ese momento pensé que lo mejor sería esperar a que estuviéramos casados.

—¿Cuándo me lo habrías dicho?

—No lo sé. Pensé que, si esperaba, me resultaría más fácil contártelo; pero después me di cuenta de que era más bien al contrario: que cada vez me resultaba más difícil.

—Bueno, entonces menos mal que te desenmascararon.

—Sí. Ya ves... Dios mío, de verdad que quiero *entender* qué pasó. Mira, solo volví con Daisy porque pensé que te había perdido, así que en ese sentido no te estaba engañando; pero entonces te estaba engañando en el otro sentido y las cosas se me mezclaron en la mente y me sentí tremendamente culpable y...

—Lo entiendo...

—Y luego, cuando de pronto me viniste con aquello que te llegó de Jimmy Roland...

—Entiéndelo, me lo acababan de contar. Estaba tan confundida, tan conmovida...

—Verás: Daisy y yo sí que hablamos en alguna ocasión de que nos casaríamos con una persona rica y nos mantendríamos el uno al otro, pero por supuesto aquello no era más que una broma. Y supongo que Jimmy Roland escuchó por casualidad aquella tontería y...

—En aquel pub.

—Sí. Lo que no puedo entender es cómo pudo haber sido tan canalla, aunque, de todas maneras...

—Ese es otro tema. Creo que entiendo lo que quieres decir con lo de que deberíamos poner cada cosa en su lugar.

—Sí, y de repente, cuando me acusaste de aquello, me sentí tan culpable, tan, tan culpable...

—Se te vino todo encima y estabas tan confundido...



—Sí, y no pude evitar comportarme como si efectivamente hubiera hecho algo malo. Bueno, la verdad es que el no haber mencionado la existencia de Daisy sí que era tremendamente importante.

—Sí, la *existencia* de Daisy era importante, algo que en ningún caso podías negar.

—Sí. En ese momento ya no podía inventarme ninguna mentira, ya no estaba en condiciones de negar nada. Oh, santo Dios...

—Al final, la verdad pudo contigo.

—Sí, al final me derrotó, pero no tenía intención de explicártelo. Y no haber tenido la fe y el coraje de alejarme de Daisy constituía también una especie de infidelidad...

—Quizá fuera una especie de infidelidad, sí, pero lo entiendo...

—Y luego, por supuesto, cuando volví por segunda vez a los brazos de Daisy... Aquello sí que parecía marcar el final de todo. Tenía la sensación de que se me empujaba a actuar como si cualquier cosa terrible que imaginaras de mí fuera cierta. Y, ¡ay, Dios!, luego saqué el dinero del banco...

—No tiene importancia...

—Iba a devolvértelo, *voy* a devolvértelo.

—Venga, Tim...

—Creo que lo hice para asestarme de algún modo el golpe final, para evitar cualquier posible regreso: era demasiado doloroso vivir con esa esperanza.

—Nunca me creí que de verdad hubieras planeado vivir con Daisy a costa de mi dinero.

—Creo que durante un segundo sí que te lo creíste.

—Fue un golpe tremendo, sentirme engañada por alguien a quien amaba y en quien confiaba plenamente...

—Mi amor...

—Y estaba devorada por los celos; estaba *enfurecida* por los celos...

—Sí, me diste muchísimo miedo. Me asustaste y yo me volví completamente estúpido...

—De repente, se desencadenó sobre los dos una especie de tormenta y me invadió, en gran medida, una profunda y horrible vanidad. Me sentí tan terriblemente insultada...

—Por favor, no empieces de nuevo...

—En cierto modo, necesitaba que fueras un traidor; necesitaba creerlo para aliviar el dolor que sentía.

—¡Pensar que te habías casado con alguien inferior a ti y que así de bien te lo pagaban!

—¡Sí!

—Gertrude, todo esto, todo lo que ha pasado ha sido por mi culpa; pero no ha echado a perder lo nuestro, ¿verdad?

—No, creo que no. Esto, tu regreso, todo tiene sentido, forma parte de la lógica de nuestro amor. Nos lo ha mostrado todo de una forma más... No logro encontrar la palabra... Detallada: ahora conocemos muchos más aspectos de nosotros mismos.

—La lógica, sí. No supe distinguir una cosa de otra. Necesitaba aprender que las mentiras no tenían nada que ver con todo lo demás, ni tampoco unas con otras. ¿Recuerdas que te dije que no

era auténtico y que no debías confiar en mí, y tú me dijiste que tú me harías auténtico? Creo que lo has conseguido.

—Pero, Tim, ¿qué hacemos con Daisy? ¿Qué pasa *ahora* con ella? Dices que la has dejado.

—La he dejado.

—¿De verdad? ¿No sigues queriendo tenerla en tu vida de alguna manera? Ha formado parte de ella mucho tiempo.

—La he dejado del todo y no quiero tenerla en mi vida.

—¿Me lo juras?

—Sí.

—¿Después de tantos años juntos?

—Sí. Se ha acabado.

—¿Pero no la sigues queriendo? Tienes que quererla.

Las cigarras se callaron de repente. Los grillos nocturnos comenzaron su agudo maullar. Un *hibou* emitió un sonido grave de *hibou*, como un carraspeo; un sonido bastante diferente al del búho inglés.

Tim estaba callado, pensando. Dijo:

—Es raro eso de dejar de querer a alguien de un día para otro. En cierto sentido, es raro que pase, pero es evidente que sucede. Podría concebir dejar de querer a alguien de repente si me diera cuenta de que lo odio, de que mi amor se ha transformado en odio. Aunque a mí eso no me ha pasado nunca. En este caso supongo que mi amor por ella se ha ido desvaneciendo, se ha ido apagando.

—Entonces, ¿todavía la quieres? Ay, Tim, no tengas miedo de decírmelo. No pretendo herirte ni hacerte daño. Dime la verdad.

—Eso es lo que estoy intentando. Siento que no tiene importancia, que es algo metafísico, que se ha acabado, que está ya muy lejos de mí. Te quiero a ti y solo a ti, y tú lo eres todo para mí.

—Sí, pero responde a la pregunta.

Tim recordó los años y años que había pasado con Daisy; toda su vida de adulto, a decir verdad. Recordó su pequeña cabecita, su pelo corto y sus grandes ojos pintados y sintió algo en su corazón.

—No puedo evitar sentir algo por ella...

—¿Te da pena?

—No. Creo que está perfectamente así.

—¿Crees que está mejor sin ti?

—Sí. Daisy tiene una fuerza vital que yo nunca tuve y que ni siquiera puedo concebir. Lo que pasa es que no puedo borrar a Daisy de mi vida. La quise, sí, y esa parte de mi vida es aún demasiado reciente. Pero definitivamente la he dejado atrás. No habría podido venir aquí si no se hubiera acabado. Creí que la dejaba para estar solo, y lo *estuve*, como te dije...

—El festival de las hojas.

—Sí, y «Jesús perdona, Jesús salva». Pero puede que, en el fondo, estuviera simplemente pasando por una especie de proceso, experimentando una especie de ritual u ordalía, para poder volver a ti.

Todo tenía que ver contigo.

—No sé, puede que tuviera que pasar; y, sin embargo, al mismo tiempo, todo ha sido tremendamente accidental.

—Para poder regresar tenía que purificarme, tenía que recuperar mi inocencia. Fue eso lo que me capacitó para volver a tener esperanzas. De hecho, por extraño que parezca, el Conde me ayudó. Fue él quien me dijo que debía dejar a Daisy.

—¿El Conde...?

—Sí, y luego llegó la carta de la señora Mount...

—¡Imagínate! ¡Veronica escribiéndote! Todo el mundo cree que es una malpensada, pero en el fondo es una viejecita de lo más tierna. ¡Puede que hasta te tenga cariño!

—Y me dijo que estabas sola...

—Probablemente solo se enteró de que me iba y no sabía nada del Conde ni de Anne. No se lo conté a nadie.

—Y luego llegué y te vi a ti y al Conde...

—¡Y entonces te volviste a escapar y tuviste casi que ahogarte para aprender a volver a mis brazos!

—Sí. Al otro lado de aquel túnel se abrió para mí un mundo nuevo. Me alegro tanto de que ese perro estuviera bien...

—Sí, yo también.

—Pero volviendo a Daisy: lo mío con ella se ha acabado, de verdad. Es como si estuviera muerta para mí.

—Sí. —Y Gertrude pensó en Guy, y se dijo para sus adentros: «¿No es extraño? Después de todos aquellos años en los que quise a Guy tan profunda y fielmente, ahora quiero a Tim, que no podría ser más distinto a Guy, del mismo modo, igual de profundamente y con la misma fidelidad. Me convertiré, bueno, al menos en parte, en una persona diferente. Pero ese es un cambio vital al que no puedo ni pretendo negarme. Simplemente está ahí, como las piedras y las hojas».

—Ojalá pudiera concebirlo todo en su conjunto —dijo Tim—. Pero no puedo: las piezas no han terminado aún de encajar. Hay retazos oscuros y retazos borrosos, y tengo tantas ganas de que lo comprendas...

—Probablemente no se puede comprender todo. Pero ahora me lo has dado, me lo has dado todo, también los retazos oscuros y los retazos borrosos. Sí, sí, te tengo a ti, lo tengo todo de ti.

—Gertrude, sé que estás pensando en Guy.

—Sí.

—¡Soy, en comparación con él, un maridito... tan..., tan... lamentable!

—Te quiero.

—Gertrude...

—Te quiero, te quiero.

—¿Qué te parece si nos comemos esa cazuela de pollo?

---

[42]. En la Italia del siglo xviii y xix el *cavaliere servente* («caballero sirviente») era el acompañante y amante sexual de una mujer casada.

[43]. Estribillo de una canción probablemente de origen irlandés popular desde los años treinta del pasado siglo que canta Jean Simmons en la película británica *The Way to the Stars* (1945), dirigida por A. Asquith.

## VIII

Anne iba siguiendo al Conde como un cazador a su presa; como un discípulo sigue a un maestro chiflado; como un niño sigue a sus padres; como un policía sigue a un fugitivo; como un rastreador sigue a un excursionista perdido en el monte.

Ahora lo seguía, literalmente, por Chelsea Embankment, mientras las hojas marrones caían sin cesar, lenta y silenciosamente, en la acera y en el río. Había estado lloviendo un rato y luego había salido un poco el sol. Era domingo y las campanadas de las iglesias retumbaban por todo Londres. Anne y el Conde caminaban sin detenerse, normalmente en silencio. A veces, Anne se situaba detrás de él y retenía en los intensos tentáculos de su atención la delgada y desgarbada figura de Peter. A él no parecía importarle ir caminando delante de ella, y a Anne le gustaba observarlo, ver su espalda y cómo su pelo claro y lacio se movía al viento. Tenía la sensación de estar llevándolo con una correa. En ocasiones llegaba casi a bailar a su alrededor. Él parecía no verla, pero ella sabía que Peter se alimentaba de su presencia, y alimentarlo de ese modo le producía una profunda alegría. Anne estaba tan enamorada que no podía concebir que Peter no viera cómo el mundo se transformaba ante sus ojos. El amor que ella sentía, sin duda, sería capaz de cambiar el mundo tal y como Peter lo percibía; y, de hecho, acabaría cambiándolo por completo. Pasear tras él, en silencio, atenta a cada uno de sus pasos, le hizo sentir tan dichosa como en sus mejores días en el convento. Se estaba dedicando a lo que tenía que dedicarse, y se hallaba en el lugar apropiado del cosmos, en el lugar al que apuntaba cada átomo; al que tendía cada rayo.

Anne se había mantenido aferrada a su amado desde el día en que, con tal rapidez y eficacia, lo alejara de la casa de Gertrude a la llegada de Tim. Al final, tuvieron que hacer la mayor parte del camino al pueblo empujando las bicicletas, ya que el Conde, después de caerse tres veces, reconoció que no sabía montar o que, si había sabido alguna vez, lo había olvidado. ¡Era imposible precisar lo mucho que había disfrutado Anne de aquella caminata! ¡Qué alegría más pura, dulce y egoísta! Aquella alegría excluía por completo, al menos de momento, cualquier muestra de compasión por el dolor de su compañero. Empapada en sudor, levantó la cara hacia la llameante presencia del sol y siguió riéndose en silencio. ¡Cuánto disfrutó del almuerzo en el tren! El Conde dejó que organizase el viaje de vuelta a casa. Ella lo llevó agarrándolo con fuerza por la manga del abrigo, aquella manga que sus dedos palpaban y acariciaban con una delicadeza infinita y que tanto deseaba besar.

Una vez en casa volvió a sentir la ansiedad habitual, el terrible miedo a perderlo. ¿Qué había

pasado realmente? ¿Gertrude había perdonado a Tim? ¿Lo había aceptado de nuevo? ¿O su abrazo no había sido más que el preludio de una nueva pelea y otra separación? ¿No iban a sentar nunca la cabeza? Por supuesto, Anne se llevó de inmediato todas las cosas que tenía en Ebury Street a su apartamento. No dejó de llamar por teléfono hasta que por fin oyó la alegre voz de Gertrude y se dejó contagiar por su alegría. Fue volando a ver a su amiga. Gertrude estaba radiante. Lo primero que hizo fue preguntarle a Anne si había visto al Conde. Le dijo que esperaba que estuviera bien y le comentó que lo invitaría pronto. Le dio las gracias por haberse ido con tanta rapidez y con tanto tacto. Se rio cuando Anne le contó lo del camino al pueblo. Tim, que entraba y salía disimuladamente, sonreía con maliciosa satisfacción. Anne todavía no le tenía en gran estima, pero tenía que reconocer que aquella era la típica pareja de enamorados. Resultaba incómodo que se mostraran tan infantiles en su presencia, y era más que obvio que Gertrude estaba física y absolutamente enamorada de él. La proximidad de Tim, tenerlo en su poder, le hacía farfullar de placer. Parecía mucho más joven. Anne estaba contenta.

Ella seguía velando por Peter en silencio, cuidando de él con una intensa y silenciosa ternura. De momento, que ella supiera, no había vuelto a poner un pie en Ebury Street desde que Gertrude regresó, aunque imaginaba que lo habrían invitado como la habían invitado a ella. Gertrude se lo había propuesto con un informal «pásate cuando quieras»; pero Anne no había vuelto a ver a su amiga hasta entonces porque quería seguir alimentándose del recuerdo de la felicidad de Gertrude y necesitaba todo su tiempo y energía para concentrarse en Peter. Durante ese periodo no hizo otra cosa. No tuvo ninguna otra ocupación. Había dejado de buscar trabajo. Recibió una carta de lo más esmerada de las clarisas pobres de Chicago, que le hizo sentir, por un momento, cierta nostalgia de la vida entregada de las personas religiosas. Pero ella había dado un paso adelante y los días de las clarisas pobres de Chicago habían quedado atrás. Rechazó educadamente las invitaciones de Janet, Moses, Manfred y Sylvia Wicks (con quien había ido estrechando lazos), de sacerdotes católicos, de diversas sociedades y organizaciones y de un obispo anglicano. Cuando no estaba con Peter salía a caminar sola, o bien se quedaba en casa leyendo novelas. Había terminado *El corazón de Mid-Lothian*, que se había traído de Francia. Ahora estaba leyendo *Guerra y paz*.

Anne esperaba. Se sentía como un jugador que, aun llevando ventaja y siendo un verdadero maestro en su técnica, sabe que necesitará emplearse al máximo para poder ganar. Jugaba su partida día a día, y cada mañana se preguntaba si había llegado por fin el momento de declararle su amor. Pero lo posponía, muy prudentemente. Pensaba que no perdía nada por posponerlo, en tanto que hablar demasiado pronto podría asustar u ofender a quien era el centro de sus pensamientos. Además, quería que Peter recurriera a ella por iniciativa propia, que fuera él quien la buscara. Y lo cierto era que ya lo había hecho, pues Peter daba por sentado que ella se preocupaba por él. Seguramente no veía a nadie más, solo a sus compañeros de la oficina. Sin embargo, Anne todavía se cuidaba de no aparecer con demasiada frecuencia. Habían salido dos tardes a pasear y aquel día, domingo, habían ido a un pub. Incluso había ido a recogerlo una vez a su piso y él había ido a tomar algo al de Anne. Sin que ninguno de los dos mencionara a Gertrude.

La profunda tristeza en la que se había sumido el Conde le dejaba claro que no debía presionarlo ni asustarlo en modo alguno. Esa tristeza era a veces tan extrema que Anne no sabía si no estaría cayendo en una especie de «depresión» clínica. Sin embargo, justo cuando empezaba a estar verdaderamente preocupada por él, él le sonreía con tanta gratitud que se sentía aliviada e incluso contenta de que, aunque Peter estuviera tan triste, solo ella pudiera acceder a él, llegar a él. El duelo pasaría.

Un día él le habló con total franqueza:

—Anne, eres *demasiado* buena. De verdad, debes dejar de comportarte como si fueras mi niñera.

—Lo hago porque me preocupo por ti.

—No. Eres demasiado buena.

Se encontraban en el piso de Anne. La lluvia de octubre golpeaba contra la ventana. Estaba anocheciendo. El Conde acababa de llegar de la oficina y había pasado a tomarse la «copa» de cada tarde. Anne no intentaba retenerlo. Sus visitas tenían un algo de relajada perfección.

—Soy tan tonto —dijo él. Estaba de pie frente a la ventana, sosteniendo su vaso, mirando al cielo ya teñido por la lejana luz amarilla de las farolas.

—Puede ser —dijo Anne. Ojalá supiera hacer punto. Intuía que a Peter le gustaría verla hacer punto. Al menos, estaba cosiendo los botones de una blusa, que era una buena alternativa.

—Es estúpido e inmoral querer tanto algo que no se puede tener.

—Deberías tratar de querer lo que sí puedes tener —dijo Anne.

—Sabes que..., bueno, no lo sabes..., pero, cuando Gertrude se casó, pensé que tenía que irme de Londres y solicité el traslado al norte de Inglaterra. Y lo anulé todo cuando...

—¿Ah, sí? ¿Y ahora?

Anne pensó: «Nos iremos juntos al norte de Inglaterra. Viviremos en Yorkshire cuando estemos casados, o quizá en Escocia. Y volveremos a ser jóvenes».

—Ahora no —dijo él.

—¿Y ahora entonces qué?

—Anne, ¿pensarás que soy un estúpido si te cuento una cosa?

«Por favor, cuéntamela, *cuéntamela*», pensó Anne.

—Sabes que puedes contarme lo que quieras, Peter.

—Te admiro y te aprecio mucho, de verdad.

—Me alegra saberlo...

—Lo que quiero decirte puede sonar horrible... Creo que voy a suicidarme.

Anne dejó de coser. Miró el pequeño botón con forma de perla de la blusa azul y la puntiaguda aguja. La invadió un terror inmenso. Dijo con calma:

—Eso es inmoral.

Y siguió cosiendo.

—Nunca he podido entender por qué es inmoral —dijo Peter—. No puedo seguir siendo un invitado o un espectador. Ya sabes lo que quiero decir. ¿Por educación? Imposible. Pensé en volver a

tramitar la solicitud para irme de Londres.

—¿No sería más sensato que el suicidio? —dijo Anne.

—Entonces comprendí que eso no arreglaría nada, que no tenía sentido. He tenido toda mi vida la sensación de estar dirigiéndome a una etapa de desastre absoluto, a una especie de entrada permanente en el infierno. Me imaginaba que sería como una pared negra, a la que yo iba acercándome, navegando en un velero; o como un iceberg igualmente negro. Y tomé la decisión de que, si llegaba ese momento, pondría fin a mi vida. Bien, pues, ahora, voy a la oficina, pero no puedo trabajar; voy a la cama, pero no puedo dormir...

—¿Por qué no vas al médico?

—Ya tengo pastillas, pero las pastillas no me sirven de nada, salvo para abandonar este espectáculo de una vez por todas.

—Creo que estás mostrando una falta de coraje despreciable, una incapacidad para prever el futuro de lo más irracional. De acuerdo, no puedes tener lo que quieres y dices que no puedes pasarte por allí ni ser educado. ¡Pues deja de hacerlo! En seis meses te sentirás completamente diferente.

—Anne, no es solo eso. He vivido de ilusiones mucho tiempo. He vivido inmerso en un amor *imaginado*.

Anne, que seguía cosiendo, no supo qué responder a eso.

—Tú la amabas, por lo que no era un amor falso.

—No, pero estaba tan lleno de ilusiones y de sueños. Soñamos que nos quieren porque, si no, nos moriríamos.

—Peter, a ti *sí* te quieren —dijo Anne.

Dejó caer la costura al suelo.

—Viví de ese amor, de mi amor por ella, durante muchos años; y me proporcionaba dignidad y una meta, en parte porque era una especie de..., una especie de canal... por el que también yo recibía un amor imaginado. Pero la verdad es que todo lo estaba haciendo yo.

—¿Haciéndolo todo tú?

—Representándolo todo: yo representaba los dos extremos de la relación. No resultaba difícil porque ella era inaccesible, por Guy, por todas las personas que la rodeaban. Mientras tanto, a decir verdad, todos ellos, y ella también, me consideraban..., me veían solo como..., como una figura curiosa...

—Peter, basta ya —dijo Anne—. ¡Jamás en mi vida había escuchado un disparate tan lastimero y tan despreciable! Los seres humanos son extremadamente imperfectos y se cuidan los unos a los otros de maneras extremadamente imperfectas, pero se cuidan. Debes ser lo suficientemente humilde como para aceptar lo imperfecto del amor.

—Ahora que todo se ha derrumbado —dijo Peter—, veo que no hay nada por lo que vivir. Tenía una vía de escape que ahora se ha cerrado a cal y canto. Disponía de una técnica para ilusionarme que se ha acabado. No quiero hacer un melodrama de todo esto. Estoy bastante calmado. Lo veo todo con bastante nitidez. Puede que mi situación esté relacionada con el hecho de ser polaco. Mi



país no ha sufrido más que persecución y tristeza, la destrucción de cada esperanza: la historia lo ha hecho pedazos. Soy un exiliado. Me disgustaba mi padre y no era capaz de comunicarme con mi madre. Los dos se habrían alegrado de que, en lugar de mi hermano, hubiera muerto yo. No encajo en la sociedad inglesa. Ten en cuenta que, para conectar con el grupo de Ebury Street, me veía obligado a representar un papel: no era más que una actuación. Nunca he hecho amigos de verdad, no tengo aptitudes, y mi trabajo no me interesa. Soy un hombre limitado, quizá en el fondo poco inteligente. Alguien de quien los demás se ríen. Explícame por qué el suicidio es inmoral.

—Porque, por lo general, es ridículo e inmoral cometer una estupidez que tiene consecuencias tan decisivas e irreversibles. Tu estado de ánimo cambiará y *debe* cambiar. ¿Por qué acabar con tu capacidad para ser bueno y hacer el bien? El suicidio afecta a otras personas, por ejemplo. Es contagioso. Tu acto podría llevar a otra persona a la desesperación. Y les hace daño a quienes te necesitan y cuidan de ti.

—Pero no hay nadie.

—Yo misma.

—Eres demasiado buena.

—Por favor, no uses esa expresión: estoy cansada de oírla. Además, el suicidio es con mucha frecuencia un acto de venganza. En este caso lo sería, es evidente. Y la venganza está mal.

—¿Venganza?

—Sí, rencor. Violencia. Un acto de terrorismo. Una forma de dirigir tu odio contra Gertrude. Una vil y despreciable expresión de envidia y celos.

—No creo —dijo él— que sea así en este caso. Eso supondría un cálculo erróneo por mi parte, pues no creo que a nadie le importara demasiado. A ellos les parecería más bien... estimulante.

—Es un acto despreciable. ¿Por qué perpetrar un acto despreciable?

—Se trata de un acto único. Me ha sucedido algo irreversible: no me queda nada, no queda ni rastro de la imagen que yo tenía de mí mismo, que resistía aún, que tanto necesitaba para continuar. Aspiraba al honor, a ser una especie de soldado. No aspiraba a ser un caballero voluntario como decía Guy...

—¿Qué pensaría Guy de esto?

—Lo entendería. Hablamos muchas veces del suicidio. Debes entenderlo. Ya no puedo ser como era y, cuando eso sucede, uno deja de ser capaz de existir. Ya no tengo ese don, he perdido esa ilusión...

—Deja de hablar de ilusiones. Intenta pensar en la verdad. Ese discurso sobre el suicidio es la fantasía de un escapista. No es más que la suposición de que el dolor puede desaparecer. Piensa en una alternativa que sea *mejor*, porque eso sí puedes hacerlo. Y, aunque creas que no va mucho contigo, no dejes de contemplarla.

—He sobrevivido gracias a una especie de dignidad que ahora me parece absurda. Yo pensaba que se presentaría ante mí la ocasión de actuar con verdadero heroísmo.

—Peter, esa ocasión la tienes ahora mismo ante ti.

—No puedo trabajar ni dormir. Y no veo que me espere nada más adelante. No consigo ver ninguna razón para seguir: no creo en Dios...

—Tu vida no te pertenece —dijo Anne—. ¿Quién puede decidir dónde termina su vida? Nuestro ser se extiende más allá de nosotros y se mezcla con los seres de otros. Vivimos en los pensamientos de otra gente, en sus planes, en sus sueños. Es lo mismo que si hubiera un Dios. Nuestra responsabilidad es infinita.

—¿Por qué Dios? ¿Por qué no el diablo? Nos movemos por las mentes de otros como seres diabólicos, somos demonios para ellos. Los torturamos por lo que somos y hacemos.

—*Tú* no torturas a *nadie* —dijo Anne.

—Porque no soy nadie, porque no soy nada.

Anne se rio. Se levantó y se acercó a él, que estaba junto a la ventana. Le cogió de la manga de la chaqueta igual que cuando estaban volviendo de Francia. Dijo:

—Peter, esa es la finalidad del heroísmo polaco, no ser nadie ni nada y, además, alegrarse de ello. Déjame que te enseñe a hacerlo.

Sonó el teléfono.

Anne se alejó de Peter y fue a descolgarlo.

—Anne. —Era la voz de Gertrude.

—Sí.

—Soy yo. ¿Qué te parecería venir mañana a una fiesta? Manfred acaba de traer el coche de Francia y viene completamente *cargado* de botellas de champán...

La voz de Gertrude se oía claramente en la habitación. Peter había cogido su abrigo y se dirigía a la puerta. Le dijo adiós a Anne con la mano y desapareció.

—Intentaré ir —dijo Anne, que se preguntó: «¿Debería colgar el teléfono y salir corriendo detrás de él?».

—No lo intentes, hazlo. Querida, no has venido a verme. Con las ganas que tenía de estar contigo y no has venido. No será por..., ¿no? O sea, que no pienses que queremos... excluir a nadie, y menos a ti. Quiero volver a ver esa bendita cara. Anoche soñé contigo. Me quieres, ¿verdad?

—Claro que sí, boba.

—Entonces mañana sobre las seis.

—Sí, mañana. Vale.

Anne colgó el teléfono. ¿Se suicidaría Peter? ¿Se suicidaría *esa misma noche*?

Se levantó y empezó a moverse de un lado a otro. No creía que de verdad estuviera considerando la posibilidad de suicidarse. Exteriorizaba su melancolía, nada más. Intentaba mitigar la pena con la idea de la nada. Se metió en la cocina e intentó prepararse algo de cenar. Fue imposible.

Al rato se puso el abrigo y salió a la calle. Todavía estaba lloviendo. Encontró un taxi que la llevó a Chelsea y la dejó cerca del bloque de pisos grande y feo en el que vivía Peter. Caminó por la acera, que estaba mojada y brillante, y buscó la luz de su ventana. No era la primera vez que lo hacía. Se imaginó llamando al timbre, subiendo a la carrera a su habitación y rodeándolo con sus brazos.

Vio una cabina de teléfonos iluminada. Se metió dentro y marcó su número.

—¿Dígame?

—Peter, soy Anne.

—Ah —pareció sorprendido—. Hola, Anne.

—Peter, quiero que me prometas una cosa. ¿Me prometes solemnemente que no te vas a suicidar?

—Pero, Anne, yo..., yo... no puedo prometerte así como así... ¿Quién sabe...?

—De acuerdo, cuando tengas ochenta y ocho años si tienes cáncer... Pero quiero que me prometas que no te vas a suicidar ahora por tus problemas actuales.

Hubo un silencio. Por fin dijo:

—De acuerdo...

—Júralo, júralo por la preciosa alma de Polonia.

Él respondió:

—Te juro por la preciosa alma de Polonia que no me voy a suicidar ahora por mis problemas actuales.

—Ni este año ni el que viene.

—Ni este año ni el que viene.

—Bien. Eso es todo entonces. Buenas noches, querido Peter.

—Buenas noches, querida Anne.

Anne salió a la lluvia. Era un momento solemne. Se imaginaba la cara de Peter mientras estaba sentado junto al teléfono. Se acababa de crear un nuevo vínculo entre ellos. Habían dado un paso más para acercarse el uno al otro, quizá el paso crucial. «Se lo contaré todo pronto —pensó—, muy pronto.» Se quedó de pie, bajo la lluvia, observando la ventana de Peter hasta que se apagó la luz.

El Conde estaba tumbado en la cama. No podía dormir. Le quedaban por delante siete horas de pasar de una posición a otra, a cual más incómoda; de cerrar los ojos; de volverlos a abrir; de quedarse mirando al techo, pensando, imaginando. Las cortinas no cubrían la difusa luz de las farolas de la calle.

A media tarde había intentado distraerse leyendo a Horacio. Pero le pareció que el poeta elegante, frívolo, apasionado y sublime no hacía más que hablar de Gertrude, bien a través de los recuerdos de días más felices, bien a través de la amargura de la pérdida y la premonición de la vejez y la muerte. Las amadas citas de siempre ahora expresaban y aguijoneaban su pesar: «Eheu, fugaces...», «quis desiderio...».[44] Al ahondar más en el latín, el Conde, como un cirujano loco, ajeno ya a la poesía, encontraba numerosos fragmentos que coincidían con la creciente agresividad de su estado de ánimo. No solo «liquenda tellus et domus»,[45] sino también «mox iuniores quaerit adulteros»[46] y el mejor de todos: «Quae tibi virginum sponso necato barbara serviet?».[47] A la hora de acostarse el Conde se había convertido en Federico el Grande.

Lo mucho que anhelaba a Gertrude, su dulce presencia, lo consumía mientras se retorció en su interior. Se imaginaba con ella, disfrutando de su inteligente y cálida atención, cogiéndole la mano.

Volvía a ver la habitación de Francia en la que había empezado a hablarle de su amor, al menos algo había balbuceado, y donde ella le había tomado la mano con tanta ternura. No dijo mucho, pero no dijo «no». ¡Qué alegría había sentido aquella noche! ¡Con qué paz y alegría en el corazón se había ido a la cama! Paz: eso, de alguna manera, le había dado siempre Gertrude en el pasado, cuando estaba casada con Guy y cuando él podía vivir cerca de ella de forma segura, queriéndola, pero no torturado por aquellos insufribles deseos y esperanzas.

La aparición de Tim, magullado y sangrando, con la ropa sucia y desgarrada, le había parecido al Conde una auténtica pesadilla, una especie de espantajo o de falso demonio, irreal y, sin embargo, fatídico, terrible. El Conde había entrado en la sala de estar justo después de que Gertrude hubiera salido a la terraza. Él, como Anne, había presenciado el abrazo, pero no comprendió con tanta rapidez lo que había *ocurrido*. No se acordaba con claridad del viaje de vuelta. Se había sentido todo el tiempo como si estuviera haciendo cálculos, como si mediante alguno de esos cálculos pudiera hacer que él y Gertrude volvieran justo al instante anterior a aquel en el que se había producido el regreso de Tim. Ese momento de ternura, ¿había quedado sencillamente *anulado*? ¿Acaso no había sido un momento soberbio, absoluto? ¿Podía dejar de suceder algo *que tenía futuro* por algo que era (así lo veía el Conde) totalmente fortuito? Hay momentos que determinan y aseguran el futuro, ¿no es así? Bien, pues entonces a él se le debía el amor de Gertrude. Tim era un traidor, un renegado, un villano cruel y desleal. Tim estaba apresado, *atrapado* en su propio mundo, el mundo que había escogido y al que había regresado; el mundo del alcohol y la vagancia que Anne Cavidge tanto había maldecido. El Conde hizo todo lo que estaba en su mano, y creyó que la nobleza con que había actuado le aseguraba el resultado esperado. Había intentado convencer a Tim de que volviera. Tim había respondido «vivo en un cenagal» y había dicho «quizá Gertrude encuentre un marido mejor». ¿No le había puesto aquello fin al asunto? ¿Acaso Tim no era ya historia? ¿Cómo podía entonces aparecer como un maniquí manchado de sangre y volver a convertirse así, tan *fácilmente*, en el marido de Gertrude una vez más? Y es que el Conde ya no tenía dudas respecto a la situación. Había recibido una carta de Gertrude diciendo que a Tim y a ella les encantaría verlo. Ella, además, en la misma línea, le había hecho una breve llamada telefónica. El Conde había respondido con evasivas.

¿Y ahora qué? No podía quedarse en Londres e ir a cenar con los Reede una vez al mes. No podría vivir entre nuevos extraños en Harrogate o en Edimburgo, trabajando en la oficina todo el día y escuchando la radio por la noche. No podría vivir así. Perder a Gertrude definitivamente le había hecho darse cuenta del desierto que era su vida. Las cosas pequeñas y sencillas que antes le agradaban ahora le parecían triviales e insulsas. En eso, cuando le describió a Anne sus impresiones, no había exagerado. Por otra parte (y Anne tenía razón al respecto), en el fondo no tenía intención de suicidarse o, al menos, no por el momento. Sin embargo, lamentaba haberle prometido a la buena y querida Anne que no iba a poner fin a su vida. Se lo había prometido porque se sintió sobresaltado por su voz repentina y apremiante, y no fue capaz de pensar cómo decir que no. No había estado buscando la manera de encontrar la muerte, pero la presencia cercana de la misma le había proporcionado un inmenso consuelo: morir, descansar. Se decía a sí mismo que era un cobarde sin

fortaleza, pero esas palabras ya no le hacían mella. El concepto le resultaba falto de solidez. ¿Qué puede conseguir la moralidad, qué la filosofía, contra la volátil deslealtad de la mente humana? Dudaba si, más adelante, hasta el propio concepto de promesa solemne no se volvería insignificante, falto de solidez y laxo. Ahora ni siquiera lo inspiraba la idea del honor. El modo en que lloriqueó delante de Anne había sido despreciable. Y era aún más despreciable que no le importara haberle dicho lo que había dicho.

Con los ojos abiertos de par en par y tenso, muy tenso, cambiaba de postura, se revolvía. Los horrores, los horrores que le aguardaban. ¿Por qué el Ejército Rojo no cruzó el Vístula? ¿Por qué Aníbal no marchó contra Roma? Cerró los ojos e intentó llevar a cabo una de sus rutinas para dormir: se imaginó que estaba en una carretera rural, una pista llena de hierba, acercándose a una verja protegida con cinco barras. Pero Gertrude, vestida con aquella túnica amarilla clara, con el collar de cuentas azules alrededor de su bronceado cuello, estaba apoyada en la verja. Probó con un jardín, una gran extensión de césped con un árbol enorme a lo lejos, una enorme haya roja, al que se estaba acercando lentamente. Pero Gertrude aparecía de pie debajo del árbol con un sombrero blanco, alargando las manos para tocar las transparentes hojas que se extendían a su alrededor, y se volvía luego hacia él con una sonrisa. Trató de desplazarse por las habitaciones de una casa, pero el corazón le latía con fuerza porque sabía que en alguna de aquellas habitaciones estaría ella, esperando. Si el Conde iba a un parque, ella se encontraba allí; si iba al bosque, ella estaba allí. Los pájaros cantaban y el sol brillaba. «Ay, ojalá los dos estuviéramos celebrando mayo.»[48]

«¿Dónde puedo ir? —pensaba—. ¿Dónde puedo ir a fin de cuentas? No quiero volar a los Estados Unidos, no quiero viajar a Polonia. No podría vivir en Polonia, sería imposible.» Entonces pensó: «Me voy a ir a Belfast. Al fin y al cabo, Irlanda es un poco como Polonia: un país triste, estúpido y revuelto, traicionado por la historia y siempre incapaz de recuperarse de sus desgracias. Me trasladaré a una oficina gubernamental de Belfast. Y cuando esté allí, puede que la compasiva bomba de unos terroristas acabe conmigo. Y habré muerto sin romper mi promesa a Anne».

Tim estaba de pie; Gertrude, sentada, y él le tenía cogidas las manos. Habían estado ocupados con los preparativos de la fiesta. Su querida esposa llevaba puesto un vestido nuevo que habían escogido juntos, un vestido de lana fina precioso, con un estampado de hojas de color crema y marrón y un elegante fruncido, que llevaba suelto por encima de una blusa blanca de seda de cuello alto. Se inclinó y le besó las manos repetidamente, luego se las soltó y retrocedió. Sí, ella estaba allí por completo, en cuerpo y alma. Dijo:

—Como quieras, mi ángel, cariño mío, amor mío.

—Sí, pero... Lo entiendes, ¿verdad? No te importa, ¿no?

—Sí que lo entiendo. No me importa.

—Con eso me sentiré totalmente dichosa.

—¿No eres ya totalmente dichosa, por el amor de Dios?

—Sí... No ha sido la mejor manera de expresarlo. Se trata de algo parecido a una deuda, una tarea

pendiente. Un error.

—¿Un error?

—Tampoco es eso exactamente. No puedo dejar de darle vueltas. Siempre he cuidado de la gente. Guy y yo siempre lo hacíamos.

—No soy tan bueno en el cuidado de la gente como Guy —dijo Tim—. Bastante trabajo tenía yo cuidando de mí mismo. —Estaba muy contento y se distraía constantemente de la conversación.

—*Vamos* a cuidar de la gente. Me encantaría.

—Vale, con tal de que no estén viniendo a cenar constantemente... ¿No podemos hacerlo por correo?

Gertrude se rio.

—¡Cariño mío! Ven aquí. Ven a sentarte a mi lado. Quiero estar pegada a ti. Tú eres mi Tim.

—Sí, sí.

Acercó una silla y se sentó.

—¡Oh, cielos, cómo te quiero!

—Tim, no debemos ser egoístas.

—¿Por qué no? Quiero ser feliz y egoísta. He sido infeliz y egoísta bastante tiempo.

—Ya sabes a lo que me refiero. Y, después de todo, también a ti te cae bien; en una ocasión me dijiste que te caía muy bien.

—Sí —dijo Tim intentando concentrarse—. Me cae bien. Y no quiero que sea desdichado.

—Es un pobre exiliado. Y, como todos los pobres exiliados, necesita muy poco para seguir adelante.

—¿Eso es lo que vas a darle?

—Para él será mucho. O sea... Bueno, ya sabes lo que quiero decir.

—Ah, no me preocupo por *nosotros* —dijo Tim—: lo nuestro es como de otro planeta. Me preocupo por él. ¿No le molestará?

—No, porque lo entenderá. Será como antes, pero un poco mejor.

Tim recordó la escena de Francia. Aquella imagen que podría haberlo matado de dolor, la de Gertrude cogiéndole la mano al Conde. Aquello ya no le afectaba.

—¿Pero no sabe ya que no le hemos dejado de lado? Debería ser consciente de que nadie lo ha tirado a la basura.

—En la basura es exactamente donde se cree que está. Y, Tim, con muy poco de nuestra parte podemos cambiar mucho.

—Tal es tu poder.

—Tal es mi poder.

—Adelante entonces, mi reina y emperatriz. Si crees que no se va a sentir peor viéndote de vez en cuando como...

—Estoy segura.

—Entonces te dejo sola. Tengo la lista de la compra. ¿De verdad crees que se van a comer tantas

galletas y los pasteles y todo lo demás?

—Sí. Son insaciables.

—Lo mismo hasta se traen sus bolsas de plástico. Puede que los muy canallas asalten el frigorífico.

—Tim, quiero que pintes.

—¿Ahora? Tengo que ir a la compra.

—No, ahora no. Después. De ahora en adelante.

—De acuerdo. Pintaré. De ahora en adelante.

El Conde entró en el salón. Había dejado el abrigo y la ridícula capa de lana en el recibidor. Gertrude se encontraba a solas. Lo había llamado para decirle que ella y Tim iban a dar una fiesta y para pedirle que, *por favor*, llegara un poco antes que los demás. Algo en la voz de Gertrude lo empujó a ir.

—Anda, Conde..., siéntate... Tómate algo. ¿Lo de siempre, vino blanco?

El Conde se cuadró de un taconazo e hizo una reverencia. Aceptó la bebida. Esperó a que Gertrude estuviera sentada, y entonces se sentó en una silla un poco apartada y se quedó esperando.

—Conde... ¿Puedo llamarte Peter?

—Sí, claro.

—No estés enfadado conmigo.

—No estoy enfadado, Gertrude.

—Sí que lo estás. Pero ya basta. Debemos hacer las paces.

—Ya estamos en paz, que yo sepa.

—Estás planeando irte fuera. Estoy segura. Te vas a ir a África a cazar leones.

—No tengo planeado irme a África —dijo el Conde.

—Perdona, era en sentido figurado.

—¿En sentido figurado?

—Quiero decir que estás planeando irte fuera para olvidar. ¿Adónde piensas irte?

—A Irlanda —dijo el Conde.

—¿A Irlanda? Peter, ¿qué tontería es esa? En cualquier caso, te he pedido que vinieras porque tengo que decirte que no tienes por qué irte a ninguna parte.

—¿Qué quieres decir, Gertrude? —preguntó el Conde. Hablaba con frialdad, de manera formal. El comentario de Gertrude acerca de que se había enfadado con ella no iba, en efecto, muy descaminado. Estaba enfadado con Gertrude por haberlo hecho ir y consigo mismo por haber ido.

—Escucha, Peter, querido. Vamos a hablar claro. Cuando estábamos en Francia y me acercaste la mano por encima de la mesa... tú...

—Lo siento. Aquello fue un error.

—No, no fue un *error*. Y quería decirte que, en aquel momento, no me dijiste nada que yo no supiera ya.

—Cuando digo que fue un error, me refiero a que fue un poco inapropiado, un *faux pas*. No

debería haber expresado...

—Tus sentimientos. Pero tus sentimientos existían..., y existen.

—Son asunto mío. Gertrude, estoy seguro de que tienes buenas intenciones, pero no quiero hablar de este tema.

Gertrude se quedó callada. La verdad era que el porte rígido de Peter, su semblante sombrío y severo, la intimidaba. Por un momento pensó que se había equivocado, que había dado un *faux pas*. Confundida, apartó la mirada sin saber qué decir a continuación.

El silencio de Gertrude hizo efecto en el Conde. Aquellas terribles emociones desgarraron su implacable comportamiento por dentro. Se inclinó ligeramente hacia delante y dijo:

—Perdóname.

—Perdóname tú *a mí*. Peter, escucha: puede que quieras irte y no volver a verme más. Yo incluso debo..., por mi parte..., entender que eso podría ser lo más prudente. Es difícil saberlo... Ay, siento... Lo siento...

—No te preocupes —dijo él—. Solo me afecta a mí.

—Ay, Peter, cariño, escucha. Déjame decírtelo con absoluta claridad: quiero a Tim y estamos casados, y eso no va a cambiar.

El Conde asintió haciendo una reverencia formal con la cabeza.

—Pero me preocupo por ti. Eres un amigo de toda la vida. Bueno, eres un amigo de toda la vida y *te quiero*. ¿Por qué tiene que clasificarse el amor, y restringirse y negarse y destruirse a cada paso? La gente puede quererse entre sí honesta y sinceramente en todo tipo de situaciones y de muchas formas distintas. Me estoy comportando como una egoísta, claro. La verdad es que no estoy pensando en tu bienestar, estoy pensando en el mío. Todo esto, por supuesto, lo he hablado con Tim. Ay, no te sientas herido. No quiero que desperdicies tu amor, no quiero perder tu amor, no quiero que desaparezcas en una especie de desierto, ni en Irlanda ni en ninguna otra parte, o que simplemente te sientas rechazado. *Nadie* te está *rechazando*. ¿Por qué vas a tener que marcharte sumido en la tristeza en vez de quedarte aquí a dar y recibir cariño y ser feliz? ¿Por qué? Es tan sencillo como eso. ¡Ay, es tan sencillo! Yo te quiero. Te tengo cariño. Eso no se raciona. A Tim le caes muy bien. Estoy segura de que lo sabes. Pero ahora estoy hablando de ti y de mí. Vamos a estar juntos a veces, con sinceridad y amor. No me refiero a nada malo ni disparatado. Solo me refiero a hablar, a *estar* el uno con el otro y el uno para el otro. Deja que tu amor por mí siga existiendo y no nos perderemos nunca, seguiremos conociéndonos. Lo siento, no lo estoy explicando muy bien...

—Creo —dijo el Conde— que lo estás explicando perfectamente.

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo, Peter, y en cierto modo nos conocemos bien, pero siempre ha habido una barrera entre nosotros. No me refiero a la barrera del matrimonio, que por supuesto la había; me refiero a la que separa a un simple amigo de un amigo íntimo, ya me entiendes. Quiero que esa barrera desaparezca. Quiero que nos veamos, que hablemos a solas, como no lo hemos hecho hasta ahora, solos los dos; quiero que nos queramos el uno al otro, que nos hagamos felices el uno al otro y que no tengamos reservas. Peter, eso es lo que *quiero*, eso es lo que



*pido.*

¿Qué podía hacer el pobre Conde? Aunque seguía rígido, le dijo:

—No puedo negarte lo que me pides.

—Entonces todo arreglado —dijo Gertrude. Se había alterado más de lo que esperaba. No había contemplado la posibilidad de llegar a tener miedo de que el Conde rechazara su propuesta. Sin embargo, en ese momento su corazón latía extrañamente alarmado.

Se quedaron en silencio mirándose el uno al otro. Ella estaba ruborizada, con los ojos abiertos de par en par; él la miraba fijamente, con una intensidad dura y fría.

—Gertrude, hay algunas cosas que han de quedar claras; que tienes que entender, quiero decir. —Así que ahora era él quien estaba poniendo condiciones. Continuó—: Lo que propones podría considerarse... una solución insensata y loca, propuesta por la vanidad de una mujer. —Hizo una pausa—. Pero puesto que tú eres tú...

—Y puesto que *tú* eres *tú*...

—Creo...

—¿Que irá bien, que será posible?

—Sé que no vas a jugar conmigo. Yo te quiero... mucho. Eso lo sabes...

—Sí.

—Pero no habrá ningún drama ni charla sobre cuestiones de amor, ni siquiera... una continuación de esta conversación. Te has expresado con claridad y yo te he entendido. No hay más que hablar.

—Sí, pero... nuestra amistad ya será diferente. No debemos volver atrás. ¿Estás de acuerdo entonces?

Se quedó mirándola. Luego dijo, dándose prácticamente por vencido:

—Has hecho una jugada a la que no puedo oponerme.

Los ojos de Gertrude ya habían empezado a sonreírle. Se levantó y se acercó a él, y él se levantó, le cogió la mano y se la besó.

—Yo *debo quererte* —dijo ella—. Tú tienes que ser mi amigo para siempre. ¿Me juras que no vas a escapar y a desaparecer?

—Te lo juro... por..., por la preciosa alma de Polonia.

—Entonces asunto aclarado. Eso es todo lo que quiero. Así que no tienes por qué dejar de quererme ni tienes por qué seguir estando triste. Yo te quiero y te necesito. ¿Me prometes que no seguirás estando triste?

—Ay, Gertrude, no puedo prometerte eso... Siempre sentiré...

—¿Dolor? Procura no sentirlo. O deja que se transforme en un dolor diferente, más suave. La infelicidad es una estupidez. Hay tantas cosas en el mundo, querido Conde, querido Peter. Me alegraría que, gracias a mí, pudieras disfrutar de muchas *otras* cosas más, cosas que no tengan absolutamente nada que ver conmigo. Ahora estamos alterados, pero nos calmaremos y contemplaremos juntos el mundo, y viviremos seguros, a salvo y en paz. ¿No es eso algo bueno?

—Sí, sí. Pero, Gertrude, ¿cómo vamos a conseguir algo así?

—De una manera totalmente normal, ya lo verás. Tendremos conversaciones normales y corrientes, pero más profundas y... de forma continuada. La continuidad, eso es lo que uno quiere en la vida, y eso también es felicidad.

—Y Tim...

—Le he dicho que tú has de ser mi amigo del alma, nuestro amigo del alma. Sabe exactamente lo que te estoy diciendo. Tim es listo. Ya lo sabes.

—Ojalá también lo fuera yo. Pero, Gertrude, querida mía... ¿Puede que, después de todo, *sea* posible ser feliz!

—Posible..., fácil... ¡Has hecho el gran descubrimiento! ¡Ay, estoy tan contenta, tan aliviada! Venga, ya hemos hablado bastante y no vamos a estar dándole vueltas a esto una y otra vez, en eso tienes razón. Hablaremos de otras cosas, pero ya más relajados. Por ahora ya está bien. ¡Santo cielo, me había olvidado de la fiesta por completo! Van a llegar de un momento a otro. Te vas a quedar, ¿verdad? Tienes que quedarte. ¡Vaya, es que ya pareces otro!

—¡Anne, querida, toma un poco de champán!

Anne llamó por teléfono al Conde por la tarde, a su oficina, pero ya se había ido. Llamó también a su piso, pero no hubo respuesta. Esperó un rato por si llegaba, pero no esperaba que lo hiciera, ya que no habían quedado en nada. Entonces se fue a la fiesta sin saber si lo vería allí.

Entró en la sala, ya abarrotada y, con la rápida perspicacia del amor, vio su alta figura de espaldas a ella, cerca de la repisa de la chimenea. Estaba hablando con Tim, un poco encorvado.

Janet Openshaw le ofreció champán en cuanto llegó.

—Anne, hace un siglo que no te veo. Has estado de retiro.

—Sí, más o menos...

—¿Conoces a todos los que están aquí?

—No, a todos no.

—Este muchacho alto y guapo es mi hijo pequeño, Ned. Acaba de volver de California, donde se ha hecho budista.

—Bueno, lo cierto...

—Ned dice que quiere vaciar su mente. A su edad yo intentaba llenar la mía. Pero en realidad eres matemático, ¿verdad, Ned?

—Bueno...

—Esta es Anne Cavidge. Era monja. No te importa que lo diga, ¿verdad? Os dejaré solos. Tengo que ir pasando los aperitivos.

—¿Dónde fuiste monja? ¿De qué tipo? ¿Anglicana, católica, de clausura?

—Católica y de clausura.

—¡Vaya, qué interesante! Me interesa mucho la religión. ¿Por qué lo dejaste? ¿Perdiste la fe? ¿Crees en un Dios personal?

—No, me parece que no —dijo Anne—. ¿Tú sí?

—No, creo que es la idea más antirreligiosa que se pueda imaginar. La religión tiene que ver con la destrucción de la personalidad. ¿Estás de acuerdo?

—En cierto sentido. Pero depende...

—¿Qué método de meditación seguías? ¿Todavía meditas? Oye, ¿crees que podríamos charlar un poco? Aquí a nadie le interesa la religión. Es sorprendente lo poco que les interesa. Y, al fin y al cabo, es la cuestión más importante, ¿no crees? De niño nunca sentí verdadera inclinación por ninguna religión. Sabes que mi padre es judío y mi madre es gentil, y juegan a ser anglicanos, pero nunca me enseñaron siquiera a rezar; y en cuanto a mi colegio, estoy en St. Paul, o sea que...

—Hola, Anne; hola, Ned...

Era Gerald Pavitt, grande, maloliente y desaseado como un oso.

—Eh, Gerald, Anne era monja. No te importa que te llame Anne, ¿no? Conoces a Gerald, ¿verdad? Ah, claro que sí. Él sabe de cuásares, de agujeros negros y demás, y del tiempo y del espacio que llegan a su fin y...

—¿Cómo van esas matemáticas, Ned?

—¡Te ha mandado mamá a que me preguntes eso!

Aprovechando la ocasión, Anne empezó a alejarse. Quería cruzar la habitación para llegar hasta Peter.

Ned le dijo a voces desde detrás:

—Te llamaré para hablar de lo de antes. ¿Te importa?

Tim mantuvo la conversación de rigor con el Conde. Como era de esperar, se limitaron a intercambiar cumplidos. La situación fue ligeramente embarazosa al principio, pero aquello se pasó enseguida. De repente fue «como siempre», y, sin embargo, por supuesto, también diferente. Tim se sorprendió y se emocionó al descubrir en su interior una corriente de afecto hacia el exiliado polaco, renovada y más fuerte. Ni se le pasaba por la cabeza tratar a nadie con superioridad; le resultaba imposible mantener semejante actitud. Pero descubrió que sentía, en el marco de su propia felicidad, un placer especial e intensamente afectuoso. Percibía en el Conde un sentimiento análogo, un sentimiento completamente limpio de toda sombra de incómodo «agradecimiento». El Conde parecía sorprendente y visiblemente feliz. Se sonrieron el uno al otro y después se separaron. Ahora Tim estaba dispensándole notables atenciones a la señora Mount. Incluso había empezado a llamarla «Veronica». La idea de que él le inspirara «ternura» había cambiado por completo la opinión que tenía de aquella «señora mayor».

Rosalind Openshaw trataba de decidir cuál de los hombres de la sala era más atractivo, aparte de, claro está, su hermano William, que era de quien estaba enamorada. Tim le gustaba bastante (podía percibir claramente aquel aspecto suyo de «tipo simpático» que tanto atraía a Gertrude), pero su falta de elegancia se le antojaba un grave inconveniente. Manfred era distinguido, pero tenía una hermosura demasiado convencional y era demasiado alto. Victor Schultz era guapo pero calvo, y tenía un aire de *playboy* que repelía a Rosalind. Claro que Akiba Lebowitz estaba para comérselo,

pero acababa de casarse. Ed Roper (que parecía un sapo, un sapo bastante agradable) había llevado consigo a un escritor francés llamado Armand no sé qué, cuyo aspecto le gustaba a Rosalind y que, en todo caso, se presentaba como una novedad. Era muy moreno, flaco y de aspecto malvado. A Rosalind le gustaban sus pícaros ojitos rasgados. Gerald Pavitt siempre le había resultado atractivo, aunque nadie más parecía compartir su opinión. A ella le llamaba la atención su corpulenta gordura, la curiosa y benevolente astucia de su cara, tan llena de pliegues, y su olor. A uno de los amigos de William, un tal David Idleston, que en ese momento estaba hablando con Moira Lebowitz, se lo consideraba, por consenso general, un bombón, pero, por supuesto, era demasiado joven. Rosalind no podía sentirse atraída por ningún joven más que por su hermano. Su mirada, elegante e inteligente, se había posado en el Conde. Era alto, cierto, pero no demasiado. Su blancura absoluta, su delicado porte, su pelo lacio y sin color y aquellos tristes ojos celestes hacían que se le acelerara el corazón. Se dio la vuelta y se encaminó en dirección al francés.

Anne se alejó del trato cortés de Stanley y de la ruda familiaridad de Ed Roper, a quien ahora, por las buenas, le había dado por decir que ella era su compinche preferida. Dio un rodeo por detrás de un abogado que se llamaba Ginzburg (hermano gemelo del actor), un viejo amigo de Guy, que había regresado de La Haya recientemente, para así poder tener al Conde totalmente a la vista. Estaba hablando con Gertrude. Anne sintió una horrible y profunda conmoción antes de tomar plena conciencia de qué era lo que estaba percibiendo o pensando. El Conde parecía radiante. Había desaparecido el terrible y demacrado semblante de desesperación y de melancolía. Era un Peter completamente diferente, alguien a quien Anne no había visto jamás. Ahora se estaba inclinando hacia su anfitriona, riéndose, con la cara casi grotescamente arrugada por la risa y el disfrute. Anne pensó: «¿Estará *borracho*?». Entonces le vio la cara a Gertrude, que estaba agarrando el puño de la chaqueta del Conde y tirando de ella de broma. El Conde había dejado de reírse y le estaba diciendo algo a Gertrude. Tenía la cara llena de ternura, de tranquilidad, de alegría, de paz.

Anne, rápida y perspicaz, lo entendió todo enseguida: Gertrude había hecho un pacto de amor con el Conde. Él no tenía que estar triste ni marcharse. Iba a quedarse para siempre cumpliendo con su papel de cortesano, bajo su amparo. A Tim no le importaría. Eso, para Gertrude, era fácil. Lo había recuperado como quien no quiere la cosa, como por casualidad. Solo tenía que extender la mano, solo tenía que silbar muy flojito. Lo poco que le diera a Peter sería suficiente para él, sería mucho. Él, humildemente, aceptaría con amorosa voluntad cualquier cosa que ella le dispensara. Quizá todo lo que él precisara fuera la certeza de que ella lo necesitaba: eso le bastaba para vivir. La inteligente y cariñosa Gertrude lo había embrujado para hacerlo feliz. Y Anne era capaz de adivinar que aquello no era solo un acto de benevolencia: Gertrude necesitaba la estima del Conde como apoyo. Ella siempre había valorado su amor y no veía razón alguna por la que no debiera seguir disfrutando de él para siempre.

Anne se alejó. No la habían visto. Hizo un esfuerzo por evitar que se le saltaran las lágrimas. Se escabulliría discretamente y se iría a casa. Nadie se daría cuenta.

Pero se encontró cara a cara con Manfred.

—Hola, Anne. ¿Más champán? ¿Dónde tienes la copa?

—Gracias, pero tengo que irme.

—Venga, no te vayas. ¿Estás bien? Se te ve un poco...

—Tengo un poco de migraña, nada más. Me voy a casa a acostarme.

—¿Padeces migraña? Yo también. Puedo darte unas pastillas maravillosas...

—Tengo que irme.

—Anne, deja que te lleve a casa. No parece que estés bien del todo.

—Estoy bien. Muchas gracias. Creo que andar me vendrá de maravilla.

Llegó hasta la puerta. Fue allí donde la alcanzó Gertrude.

—Manfred dice que tienes migraña. No te vayas. Quédate y tiéndete un rato.

—No, gracias, querida. Solo necesito un poco de aire fresco.

—Quería hablar contigo, pero ahora no podemos. ¿Podrías venir mañana a almorzar? Solo nosotras dos, ¿vale?

—Sí, claro. Mañana ya estaré bien.

—Que te mejores, queridísima niña. ¿Sabes que has hecho una conquista? ¡Ned Openshaw dice que se ha enamorado de ti! Ah, hola, Moses. Me alegro mucho de que te las hayas arreglado para venir.

—Oye, Gertrude, ¿has oído la noticia?

—¿Qué noticia?

—¡Lo del nuevo papa! ¡Es *polaco*!

—¿Cómo es eso? ¿El nuevo papa?

—Escucha, ¡Moses dice que el nuevo papa es *polaco*!

—¡No es posible!

—¡Corre, corre, díselo al Conde!

—¿Dónde está el Conde? ¡El nuevo papa es POLACO!

—Conde, Conde, escucha: el nuevo papa...

—¡Hurra, el nuevo papa es polaco!

—¡Qué cosa más maravillosa! Conde, ¿lo has oído?

—¡Hurra por el Conde! ¡El Conde para papa!

—¡Un brindis por el Conde!

—¡Eh, mira qué cara pone!

—¡Hurra por Polonia! ¡Hurra por el Conde!

—Tres hurras...

—¡Porque es un muchacho excelente, porque es un muchacho excelente, porque es un muchacho excelente y siempre lo será!

—¿Estabas allí cuando cantaron «porque es un muchacho excelente»?

—Sí —dijo Anne. Escuché el principio de la canción cuando iba bajando las escaleras.

—Peter estaba loco de contento.

—¿Sí? —dijo Anne. Se había sentado con Gertrude durante la sobremesa en el comedor de Ebury Street.

—Ahora lo llamo «Peter» —dijo Gertrude—. Estoy intentando acostumbrarme. Poco a poco os iré enseñando a los demás a llamarlo así. Ya era hora de que fuera «Peter» para nosotros. De hecho, dudo que alguna vez le haya gustado que lo llamáramos «Conde». ¿Más queso?

—No, gracias.

—Anne, no has comido *nada*. ¿Seguro que se te ha pasado la migraña?

—Sí, gracias.

—Manfred dice que tiene unas pastillas estupendas.

—Yo también tengo unas pastillas estupendas. Estoy bien. Gracias.

—Y todavía tienes esa quemadura en la mano.

—No, es otra diferente.

—Qué chica más descuidada. Y un poco patosa.

—Estoy bien.

—Muy bien no estarás cuando no dejas de repetirlo. Es curioso: llevas otra vez el vestido azul y blanco, el que llevabas cuando llegaste del convento. Cuánto ha llovido desde entonces.

—Sí.

—Es estupendo lo del nuevo papa. Estoy muy contenta. Es un buen augurio; es un aliento de esperanza. ¿No te parece?

—Sí.

—Stanley estaba diciendo... Bueno, no importa lo que estuviera diciendo Stanley. Y el Conde..., es que es otro hombre. Estoy encantada de que la noticia llegara justo ese día, y en la fiesta.

—Sí, estuvo bien. Y todos lo aclamaron.

—Sí. ¡Ay, me siento tan satisfecha! Dios bendiga a Peter, Dios bendiga Polonia, Dios bendiga a Anne. Termina de beber.

—Estoy bebiendo.

—No estás bebiendo. Y come queso o una de esas maravillosas manzanas Cox.

—No, gracias.

—Tengo que decirte una cosa del Conde, de Peter.

—¿Sí?

—Por cierto, muchas gracias por cuidármelo. Dice que le diste una charla sobre que no debía desesperar. Dice que le tomaste la mano, como un sacerdote.

—No le tomé la mano.

—Bueno, metafóricamente. Le está inmensamente agradecido a la intervención de la mujer santa. Lo mantuvo en pie.

—No fue ninguna molestia.

—Los dos te estamos muy agradecidos. Yo debería haber hecho algo por él antes, pero...

—Estabas muy ocupada.

—Sí, han pasado muchísimas cosas. Pero tengo que contarte algo. No le contaría esto a ninguna otra persona (excepto a Tim, claro). Pensé que no podía dejar al Conde completamente solo y triste. Tim estaba de acuerdo en que teníamos que integrarlo, acogerlo.

—En el círculo familiar.

—Más que eso. Ya sabes (bueno, no es un secreto, todo el mundo lo sabe, y Guy también lo sabía) que el Conde está loco por mí.

—Sí, por supuesto.

—Tengo que llamarlo Peter. Peter estaba, está, muy enamorado de mí. Pero nunca llegamos a hablar de ello. Era solo algo que los dos sabíamos.

—Entiendo.

—Y, claro, cuando me quedé viuda, ¿cómo podía no tener esperanzas?

—Claro, ¿cómo no?

—Y luego Tim entró en escena.

—Y luego Tim desapareció de la escena.

—Sí. Y sé que Peter sufrió mucho y mantuvo las esperanzas, y sufrió y no pudo seguir sobrellevándolo. Y decidió irse a Irlanda.

—¿A *Irlanda*? —preguntó Anne—. Nunca me habló de eso.

—Es muy reservado. Apenas habla con nadie. ¡Me dijo que se iba a ir a Belfast y que esperaba que un terrorista acabara matándolo!

—¿Te dijo...?

—Sí, después de la fiesta. Para entonces, por supuesto, ya había cambiado de idea. En cualquier caso, no podía dejarlo así, a la deriva. ¿Dónde podía ir, a *quién* podía acudir, que tuviera sentido para él? Yo, quiero decir, *nosotros*, somos su gente. Pero se sentía tan herido y es tan orgulloso, tan callado y tan *polaco*... Creo que de verdad quería irse de Londres, consumirse y morir. Y no podía dejar que lo hiciera, ¿no te parece?

—Claro que no.

—Es un hombre extraño, con quien resulta ridículamente difícil comunicarse. Ya sabes que puedes estar muy cerca de alguien y sin embargo no llegar a establecer, quizá nunca, un vínculo directo con él. Ese don...

—Lo sé.

—Si él no hubiese sido el primero en derribar la barrera que nos separaba, quizá no habría podido llegar hasta él.

—¿Y la derribó?

—Sí, en Francia. Cuando te encontrabas tan indispuesta, me quedé muchas veces a solas con Peter... Una tarde me tomó un momento la mano. ¡Toda una hazaña! Y murmuró, más o menos, que me quería. Fue solo un instante, algo puntual, pero lo cambió todo.

—Como dijiste una vez, se puede cambiar el mundo en cuatro segundos.

—Sí. Él pensó que aquel momento había quedado anulado por lo que ocurrió después, pero no fue así. Abrió una brecha a través de la cual podía empezar a hablar con él.

—Por la que podías atraerlo y tirar de él.

—Sí. Bueno, probablemente podría haberlo conseguido de todos modos; solo necesitaba tiempo para pensar de qué manera hacerlo.

—Y ahora, entonces, ¿qué?

—Ahora... Bueno, ¿lo viste anoche? ¿Incluso antes de la noticia del papa polaco? «Su copa está llena y rebosante.»[49] Le he dicho que le tengo cariño, que lo quiero y que no tiene que dejar de quererme. Y es completamente feliz.

—¡Vaya, pues eso es estupendo! Y tú crees que durará, ¿no?

—Sí, creo que eso lo puedo *garantizar*.

—¿Y a Tim no le resultará incómodo?

—No, por supuesto que no. Eso es lo que hace que todo sea posible. Lo mío con Tim, apenas sé cómo explicarlo, es muy *profundo*... Nuestra relación se ha puesto a prueba muchas veces, como bien sabes. Solo podía casarme con Tim... Nunca me habría casado con Peter... Eso ahora lo veo claro. Tim sabe que no corre ningún peligro y además le tiene bastante cariño a Peter. Peter siempre ha sido muy bueno con Tim.

—Entonces todo el mundo debería poder ser feliz. Tú lo garantizas.

—¡No veo por qué no! Cuando uno está seguro en su matrimonio, es libre de querer a la gente y de que la gente lo quiera. A ese respecto soy mucho más abierta que antes, mucho más libre. En cierto modo, Tim me ha ayudado a ser más libre desde un punto de vista emocional.

—Y pensaste que por qué no ibas a poder tener también a Peter.

—Sí. No querer a Peter y que él fuera tan desgraciado era la única mácula en mi felicidad, y pensé que por qué demonios no debía ser completamente feliz y hacerlo feliz a él. Me preocupa de verdad lo que piense...

—¿Lo que piense de ti?

—Sí, y...

—No querías perder su atención, eso lo entiendo. A la larga podría haberte enjuiciado.

—¡No creo que se hubiera recuperado nunca lo suficiente como para llegar a eso!

—¿Ni aunque se hubiera marchado de inmediato...?

—Tenía que librarlo de la desesperación, tenía que sostenerlo, rescatarlo. ¿Por qué iba a tener que estar triste cuando a mí me resulta tan fácil hacer que sea feliz solo *prestándole atención*? La infelicidad es una tontería. Él es un hombre inteligente.

—Es un héroe —dijo Anne.

—¿Un héroe?

—Sí, por contentarse con tan poco.

—¿Te parece poco que YO lo quiera?

—¡Oh, Gertrude, pero si yo te adoro! —dijo Anne, y se rio muy a su pesar.



—Él quiere seguir queriéndome. Amar es una actividad, ya lo sabes. Es como un empleo. Será feliz con su amor si sabe que sé lo que siente y que lo valoro.

—Lo entiendo.

—Así que..., bueno, ya lo viste. Tengo al Conde para siempre. Prometió que no se marcharía. Lo juró por la preciosa alma de Polonia.

—¿Por *qué*?

—Por la preciosa alma de Polonia. ¿No es un romántico incurable?

—¿Qué habría pensado Guy de todo esto! —dijo Anne. El comentario era cruel, pero necesitaba distraerse de su propio dolor. Gertrude encajó bien el golpe.

—Piensas que es raro que pueda hablar de felicidad cuando he perdido a Guy...

—No estaba insinuando...

—Es raro. ¿Crees que mi dolor por Guy no sigue ahí? Está ahí, vive, se mueve. Pero la mente humana es muy grande, y esa pena coexiste con todo lo demás.

—Lo sé.

—De acuerdo, dije que no tener a Peter era la única mácula. Entre las cosas que podrían ser diferentes, me refería. En la mayoría de las vidas, quizá en cualquier vida, hay cosas terribles que son inalterables, que la mente almacena y con las que trata de sobrevivir. No hace falta que me lo recuerdes.

—Lo siento. Yo...

—No, no. Y respecto a lo que habría pensado Guy, yo misma me lo he estado preguntando. Habría entendido lo del Conde. Aunque con Guy no habría sucedido nada de todo esto. Guy habría pensado que no era... adecuado.

—Sí, me lo imagino.

—Y, cuando Guy vivía, el Conde estaba perfectamente. Sabía cómo arreglárselas solo.

—Sí...

—¿En cuanto a Tim, por supuesto que Guy estaría estupefacto! Pero, en cierto modo, es absurdo preguntarse qué habría pensado Guy. Este es un mundo nuevo. Si Guy viviera, no habría amado a nadie más, nunca habría mirado a ningún otro hombre. Guy me hizo la persona que era y que sigo siendo. Pero también he cambiado. Para sobrevivir a una pérdida terrible tienes que convertirte en otra persona. Puede parecer cruel. Sobrevivir es, en sí mismo, cruel: significa dejar de pensar en la persona que te ha dejado para siempre.

—Sí.

—No planeé lo de Tim. Ni esperaba ni deseaba una cosa así. Pero ha pasado. Si se presenta, debemos vivir la alegría igual que vivimos el dolor.

—Sí.

—Oye, oye, el cisne blanco... ¿Te pregunté por el cisne blanco?

—Sí.

—Todo el misterio de Guy ha desaparecido, su grandeza particular, su dulzura. Ya no podemos

preguntarle nada. Y «ella vendió el anillo»...

—¿Él solía decir esa frase?

—Sí. Solía decir cosas así de curiosas, como encantamientos. Por ejemplo, lo del cubo y «ella vendió el anillo» o «no debería haber vendido el anillo».

—Esa es Jessica, claro —dijo Anne—. En *El mercader de Venecia*.<sup>[50]</sup> Vendió el anillo que su madre le había dado a su padre.

—Santo cielo, tienes razón. ¿Cómo no había caído? Guy decía que se identificaba con Shylock. De verdad, ojalá hubieras conocido a Guy.

—Bueno, al menos pude mantener aquella conversación con él.

—Sí, me acuerdo. Bueno, qué extraña, inexplicable y terrible es la vida.

—Sí.

—Ay, Anne. Me alegro de que estés aquí. Fue tan maravilloso que vinieras cuando Guy estaba enfermo. Tan milagroso... Me ayudaste en todo, conseguiste que me recuperara. Hiciste que fuera capaz de casarme con Tim y de aferrarme a Peter. ¡La verdad es que todo lo has hecho tú!

—Me alegro.

—Creí que nunca volvería a ser feliz, que nunca volvería siquiera a *desear* la felicidad. Tú lo lograste.

—No fui yo, pero gracias.

—Y ahora estamos aquí. Ay, estoy tan contenta por el Conde, por Peter. Es como que completa el cuadro. No podía dejar que se alejara y se perdiese en el vacío.

—Claro que no.

—Es como un redil con las ovejas recogidas.

—O un parque con los niños dentro.

—¡Sí! No tengo hijos, así que todos ellos pueden ser mis niños. Me he dado cuenta de lo sencillo que es querer a todo el mundo y que todo el mundo la quiera a una.

—Estupendo.

—¿Y qué hay de ti? No sé nada. ¿Cómo te va? Ya sabes: desde..., desde Francia... he estado viviendo en un mundo sobredimensionado: todo ha sido extraordinario. Pero voy a calmarme. Vamos a calmarnos. Dime cómo te ha ido.

—Ah, bien.

—¿Qué hay de los trabajos?

—No ha habido suerte.

—¿Tú quieres trabajar? Sabes, cariño, que dispongo de mucho dinero. Nunca tendrás que preocuparte por el dinero, ¿de acuerdo? ¿Qué te gustaría hacer? ¡Me siento tan benévola! Quiero darle a todo el mundo exactamente lo que quiera. Bueno, a todo el mundo no, pero a ti sí, desde luego. Te mereces todo lo que quieras, y yo te lo voy a conseguir.

—Debería empezar a trabajar.

—Sí, supongo que sí. Vamos a pensar qué podemos hacer...

—La verdad es que voy a marcharme —dijo Anne.

—¿Cómo? ¿Adónde?

—A los Estados Unidos.

—¿A los Estados Unidos? ¿Cuánto tiempo?

—Para siempre.

—No seas tonta, Anne.

—Voy a vivir y a trabajar allí. Conozco a unas cuantas personas que me ayudarán a encontrar trabajo. Cualquier trabajo.

—Anne, ¿qué *estás diciendo*? ¿Qué trabajo? ¿Dónde? ¡No lo permitiré!

—En Chicago. Hay una comunidad de clarisas pobres...

—¿Anne! No vas a volver a entrar, ¿no? Oh, Dios...

—No, no voy a volver a entrar. Formaré parte del personal de apoyo. Así se puede vivir también.

—Estás loca. Pensaba que habías acabado con todo eso... ¿Qué tienes en la cabeza? ¿Qué es lo que vas a hacer...?

—Bueno, algún tipo de trabajo social. De todos modos, eso es a lo que voy. He pensado en establecerme allí.

—¿Anne, no *puedes*!

Gertrude se agarró al borde de la mesa, la levantó un palmo y la dejó caer. Los vasos se tambalearon.

—¡No puedes! ¡No vas a irte! ¡No te vayas!

—Lo siento, querida. Lo tengo decidido.

—No te vas a ir tan lejos. No puedo estar sin ti. *No te vas a ir.*

—Lo siento...

—Pero ¿por qué? ¿Es por Tim?

—¿Por Tim? No.

—Crees que no te cae bien, pero te caerá bien. Yo te enseñaré a...

—Sí, yo...

—¿O sigues pensando que me he casado con un hombre que no vale nada? —Los ojos de Gertrude le lanzaron una mirada de rabia, de exasperación, marcada por aquella eterna voluntad de salirse con la suya.

—Gertrude, no es por Tim. Tim ahora me cae bien. No tienes que enseñarme nada.

—He pensado mucho en nosotros cuatro. ¿Por qué no podemos ser una familia feliz? He estado haciendo planes para las Navidades. Lo bien que estaríamos juntos tú y yo y Tim y el Conde. Habría supuesto un consuelo muy especial. No puedo aceptar, no voy a aceptar que tú y Tim no os llevéis bien. A ti ya te cae bien Peter y tú a él...

—En Navidades. ¡Qué conmovedor! ¡Y qué triste!

—¿*Qué* es triste? ¿Por qué dices eso? Ay, Anne, Anne. ¿Es que acaso quieres tenerme para ti?

—Ah..., tú...

—Quieres tenerme para ti sola, ¿no? No puedes compartirme con Tim, ¿verdad? ¿Es eso?

—No, te aseguro que no es eso...

—Yo creo que sí. Estás celosa. Te vas por pura indignación.

—¡No es indignación! ¡No me voy por eso! —exclamó Anne, ahora enfadada también ella.

—Anne, sé generosa. Lo que te estás planteando supone una falta de generosidad y de magnanimidad tan grande... No es propio de ti.

—No soy en absoluto...

—Anne, no estás siendo *noble*, igual que... ¿Cómo se llamaba aquel que se fue a la nieve? ¿Qué clase de tontería se te ha metido en la cabeza? ¿Estás enfadada porque crees que me vas a perder? No me has perdido. ¿Te imaginas tener que vivir sin poder compartir tu bondad con todos nosotros?

—Gertrude, por favor...

—¿Por qué irte tan lejos? Es descabellado. ¿Te estás dejando llevar por el rencor? ¿Peter a Irlanda, tú a los Estados Unidos! ¿Es que todo el mundo se ha vuelto loco? No te va a gustar nada ese país. De todos modos, no te vas a ir. No puedo estar sin ti. Te vas a quedar aquí, y se acabó.

—Ay, querida, corazón mío...

—Me prometiste que te quedarías... Dijiste que nunca te alejarías...

—América no está tan lejos hoy día.

—¡Ah, todo esto es impropio de ti, niña *malvada*! ¿Estás faltando a tu palabra a sabiendas! ¡Me sentía tan a salvo! ¡Me sentía tan segura! Pensaba que te quedarías conmigo para siempre.

—Tengo que irme —dijo Anne—. Lo siento.

—¿Pero *por qué*? No *puedes*. Yo te quiero, todos te queremos. Aquí estás en casa, estás con tu gente. ¿Por qué huyes? ¿De qué tienes miedo? Te encontraré un empleo en Londres. Recuerda que hablamos de que íbamos a hacer obras benéficas. Si quieres ayudar con trabajos sociales, yo te puedo conseguir un trabajo como asistente de inmigrantes asiáticos. Hay mucho por hacer por aquí, hay mucha necesidad. ¿Por qué irse tan lejos?

—Porque me debo a la vida religiosa —dijo Anne— y tengo que estar sola.

Gertrude se quedó en silencio. Luego dijo:

—Me lo temía.

—En cierto sentido, sigo siendo monja.

—Todavía llevas esa maldita cruz al cuello. Odio ver esa cadena.

—Todos vosotros me habéis visto siempre como una monja.

—Sí, pero tú eres *nuestra* monja. Te necesitamos...

—Tengo que irme —dijo Anne—. Lo he meditado mucho y debo irme. Perdóname.

—Anne... Necesito poder contar contigo también... *Por favor*...

Las lágrimas brotaron de los ojos de Gertrude y bañaron al momento sus enrojecidas mejillas.

Anne se levantó y acercó su silla a la de su amiga. Se quedaron abrazadas en silencio. Anne, llorando también, se aferró a los hombros de Gertrude, acercó la cara de su querida amiga a la suya y dejó que sus lágrimas se mezclaran. Le pareció entrever, más allá de los borrosos contornos de la

habitación, una abominable desolación. Lloraba porque no podía evitar que se le contagiara el llanto de Gertrude, y lloraba por sí misma, por la soledad que se le avecinaba.

No tardaron en recomponerse. Se apartaron y se secaron las lágrimas.

—Cambiarás de idea —dijo Gertrude.

—No. Te aseguro que no.

—Ah, *maldita* seas.

—Lo siento...

—Así que..., después de todo..., nos vamos a repartir el mundo una vez más: yo voy a quedarme con el viejo mundo y tú con el nuevo.

—Volveremos a vernos —dijo Anne.

Y ya se imaginaba cómo sería su relación a partir de entonces: a medida que pasase el tiempo, iría disminuyendo su intercambio de cartas ingeniosas y ocurrentes; se verían cada tres años, quizá, sin los hombres; se sentarían en un bar de Nueva York o Chicago o San Francisco y hablarían de los viejos tiempos. Y se reirían, triste y alocadamente, como siempre, como se habían reído años atrás cuando Anne estaba a punto de entrar en el convento.

Y, tal y como dijo entonces, en aquella primera separación, Anne repitió ahora:

—Esto no es un adiós.

Pero era un adiós, y las dos lo sabían.

---

[44]. Alude a dos odas de Horacio, la *II*, 14 («Eheu fugaces, Postume...»), un lamento por la fugacidad de la vida, y la *I*, 24 («Quis desiderio sit pudor»), elegía por la muerte de Quintilio.

[45]. Verso 21 de la *Oda II*, 14: «Liquenda tellus et domus et placens / uxor...» («Habrà que dejar la tierra y la casa y a la agradable esposa...»).

[46]. La oda horaciana *III*, 6 es de tema patriótico romano, pero el verso 25 citado suscita el interés del Conde: «Enseguida busca amantes más jóvenes (en los banquetes del marido)».

[47]. *Oda I*, 29 («Icci, beatis nunc Arabum invides»). Los versos citados son el 5b y el 6: «¿Cuál de las vírgenes bárbaras, tras matar a su pretendiente, te servirá?».

[48]. Es un verso de una de las canciones románticas que le gustaban al Conde.

[49]. «Mi copa está llena y rebosante» («My Cup Is Full and Running Over») es una conocida canción de iglesia.

[50]. En la tragedia shakesperiana, Jessica se da a la fuga para casarse en secreto con Lorenzo y se lleva el anillo de turquesa de su difunta madre.

## IX

—¿Por qué habrá decidido irse Anne? —preguntó Tim.

Gertrude y él estaban en Ebury Street, sentados a la mesa disfrutando de una botella de Beaujolais nouveau. Acababan de cenar.

—No lo sé. Es una de esas chicas *profundas*. Creo que, cuando abandonó el convento y se vino a vivir conmigo, yo empecé a depender tanto de ella que se hizo a la idea de que estaríamos juntas para siempre. Supongo que yo también me hice una idea parecida. Debí de pensar que no podría compartirme con nadie. Siempre fue un poco posesiva conmigo, incluso cuando estábamos en la universidad.

—No es que yo le caiga mal, ¿no?

—No, no lo creo.

—Me sentiría fatal si creyera que la puedes haber perdido por mi culpa...

—No, no. Da igual con quién me hubiera casado; habría ocurrido lo mismo. Me quería para ella sola.

—Siempre me dio bastante respeto. Pero créeme que lo intenté.

—Sé que sí, cariño. Algo comentó respecto a que iba a entregarse a la vida religiosa y a que necesitaba estar sola.

—Pensé que había renunciado a todas esas cosas.

—Y yo, pero parece ser que no es así. Para la gente de esa clase es como una adicción. En el fondo, es una puritana, una masoquista.

Gertrude no le confesó a Tim lo muy profundamente dolida que se había sentido por la deserción de Anne. «¿Cómo pudo dejarme —pensaba una y otra vez— con lo mucho que la necesitaba y la quería? ¿Por qué no puedo tenerlo todo, todo lo que me fue dado después de que se marchara Guy? ¡He llegado a necesitar tanto a Anne!» Esa era otra de las aflicciones que tendría que sobrellevar, un dolor que tardaría aún mucho tiempo en apaciguarse. Aquel carro supuestamente indestructible en el que Anne y ella pensaban a recorrer juntas la vida había resultado ser, después de todo, un vehículo ilusorio.

A sugerencia de Tim, ya no usaban el comedor, sino que solían sentarse en una mesita en el salón. Ahora que había empezado a hacer frío, por las tardes encendían la chimenea. Tim ya había recogido los platos y el tablero de ajedrez descansaba entre los vasos de vino. Solían jugar una partida antes de

irse a la cama. Ninguno de los dos era muy bueno. Habían descubierto que tenían casi el mismo nivel. Eso sí, habían decidido no contárselo al Conde.

—Mañana almuerzas con Peter, ¿no?

—Sí, es tu día de clases.

—No te olvides de que Pat Cameron y Ed vienen a tomar una copa.

—Y el señor y la señora Singh. ¡Eso sí que es un triunfo! Espero de verdad que el asunto con Ed salga adelante.

—Supongo que no lo haré por complacerme, ¿no?

—No, solo son negocios.

Ed Roper se había lanzado, no hacía mucho, al mundo de la cerámica, y había sugerido la posibilidad de que algunos de los gatos de Tim aparecieran en sus tazas. Tim, por su parte, le había propuesto a Ed un proyecto para diseñar cajas de cerillas: «Todos los turistas comprarán una».

—Nunca me imaginé dedicándome al arte comercial, pero te confieso que el asunto empieza a interesarme. Igual hasta llego a obsesionarme con la perspectiva de ganar dinero. Por cierto, ¿qué te dijo Manfred?

—Cree que es un proyecto muy prometedor.

—Tenía miedo de que pensara que era una estupidez.

—Manfred jamás se ríe del dinero.

—Ya, pero se ríe de mí.

—Le caes bien.

—A mí también me cae bien él, pero para tenerlo como mascota. Me gustaría hacer fortuna solo para impresionar a Manfred. Es un bicho raro, ¿no?

—Sí —dijo Gertrude—, es muy reservado.

—¿Marica?

—No sé. Es un hombre muy cariñoso. Está muy pendiente de la gente. Es un encanto con Veronica Mount y sé que le enviaba dinero a Sylvia Wicks. No dejo de encontrarme con gente a la que ha ayudado.

—¿Le vas a dar un cuadro a Manfred?

—Le ofreceré uno.

—Que no sea el de la abuela.

—No, el que se parece a Sylvia no: ya sé que te encanta.

Como iban a marcharse de Ebury Street, Gertrude había pensado repartir algunos de los retratos de familia entre los más allegados.

—Tenemos demasiadas pertenencias —dijo Tim.

—Podemos prescindir de algunas.

—Me encanta pensar en nuestra nueva casa. ¿Estás segura de que no te importa que nos mudemos a Hammersmith? Siempre he querido vivir en Hammersmith.

—Tendrás tu estudio «a la luz del río».

—Para mí es una especie de zona sagrada, entre el puente de Hammersmith y Chiswick Mall. Y hay unos pubs tan bonitos...

—Iremos a todos.

—Ay, Gertrude.

—¿Qué pasa, cariño?

—¡Estoy tan contento! ¿Te parecería excesivo abrir otra botella de Beaujolais?

Sus días habían retomado la rutina que se había establecido en el poco tiempo de paz que siguió a su matrimonio y, sin embargo, la atmósfera que ahora reinaba en sus vidas era diferente en muchos sentidos. Tim estaba más ocupado, pues seguía dando sus clases, a las que había prometido no renunciar; se había enredado con Ed Roper y su fábrica de cerámica, y estaba aprendiendo un nuevo oficio. Gertrude, por su parte, seguía trabajando con la comunidad asiática y esperaba volver a ejercer de maestra a tiempo parcial al año siguiente. Estaba poniendo en orden su biblioteca y compraba libros casi a diario. Le agradaba la idea de volver a estudiar y de que fuera con una finalidad. Y, por supuesto, a ambos les obsesionaba la casa nueva, cuya adquisición estaba prácticamente finiquitada. Estaban ya mareados de mirar papeles pintados para las paredes.

Tim había retomado sus paseos solitarios por Londres. Los necesitaba. A veces recorría a pie todo el camino desde Ebury Street hasta la pequeña fábrica de Ed, que estaba en Hoxton. En ocasiones daba largos paseos por los parques, con sus hojas marrones ribeteadas de escarcha y sus operarios recogiendo en montones para hacer hogueras cuyo humo se elevaba recto en el aire frío e inmóvil. Había vuelto a visitar las galerías de arte. Su percepción de los cuadros había cambiado de nuevo: habían recobrado su hermosura y su profundo significado. Eran más hermosos y tenían más sentido que nunca para él. Aun así, Tim no solía quedarse mucho tiempo. Se limitaba a mirar los cuadros y a sonreír.

Pero de vez en cuando, por supuesto, tenía miedo, miedo de ser tan afortunado: creía que no se merecía tanta felicidad y sabía que podía perderla en un abrir y cerrar de ojos. Y no es que pensara que Gertrude fuera a cansarse de él o a dejarlo, sino que se imaginaba que la atracaban o que la atropellaban o que se ponía enferma y se moría. Le preocupaba la seguridad de Gertrude cuando no estaba con él. A veces pensaba en Daisy y se ponía triste. No volvió a poner un pie en el Prince of Denmark, desde luego, pero tampoco se imaginaba a Daisy allí sentada con Perkins en las rodillas. Estaba seguro de que se había marchado lejos, de que se había ido de Londres, puede que de Inglaterra. Sabía que nunca volvería a verla y lloraba por ella en silencio, igual que se llora por alguien que ha muerto. No evitaba hablarle a Gertrude de ella. Gertrude alguna vez le hacía preguntas, como qué solían hacer él y Daisy en Navidades, pero no mostraba demasiado interés por Daisy o, al menos, no lo sometía a ningún tipo de interrogatorio al respecto. A veces él se preguntaba si, de haberle contado a Gertrude la verdad desde el principio, habría podido quizá conservar a Daisy como amiga, del mismo modo en que Gertrude había conservado tan inteligentemente al Conde. Pero, después de todo, eran casos muy diferentes. Daisy y la «era Daisy» se habían acabado. Efectivamente, era posible dejar a alguien para siempre. Al volver la vista atrás, se



daba cuenta de que habían sido buenos amigos y de que al final habían logrado una separación limpia y honrosa por la que debían estarse eternamente agradecidos.

Tim estaba satisfecho con su nuevo papel de artista comercial y se alegraba de tener la posibilidad de ganar un poco de dinero algún día. Estaba muy lejos de ser el derrochador que se temía la familia, hasta el punto de que le resultaba difícil erradicar sus precavidos hábitos económicos de siempre. Pero a la vez que fantaseaba con su nuevo estudio «a la luz del río», se descubría reincidiendo en sus viejas obsesiones. Pasaba mucho tiempo dibujando animales raros y extrañas criaturas contrahechas que a Gertrude le hacían mucha gracia, aunque a veces le daban algo miedo, y que consideraba bromas. Pero para Tim era como si esos seres llegaran a él desprendiéndose de un fondo vagamente discernible y de aspecto cruel, seres que él podía percibir como si tomaran cuerpo desde atrás. A veces rellenaba patrones matemáticos de los que sus animales formaban parte. Había vuelto a pintar sobre madera y había regresado a sus viejos hábitos de recorrer los vertederos de basura. Había pintado, y no le disgustaban del todo, algunos cuadros indiscutiblemente abstractos, que representaban «estructuras reticulares», sobre grandes paneles de madera con pintura acrílica brillante. Pero ¿cómo conectaban después esas estructuras reticulares con las formas orgánicas que solían asaltarle de forma tan espontánea? Sus pensamientos a ese respecto no estaban claros en absoluto. De todos modos, nunca hablaba de esas profundas cuestiones artísticas con Gertrude; procuraba vivir tranquilo y tener paciencia con ese sinsentido que se adueñaba de su pintura, a la espera de, si no una aclaración, al menos un cambio. Inició una serie de composiciones sobre el tema de Leda y el Cisne, bocetos que plasmaba en papel cuadriculado: los cuerpos forcejeando en la lucha, los muslos de Leda, sus pechos, su cabeza doblada hacia delante, o echada violentamente hacia atrás, el cuello delgado y curvado del cisne, sus alas batientes y sus poderosas patas. Esas formas con aspecto de prolíficos patrones crecientes emergían de un fondo y Tim empezaba a concebirlas cada vez más como objetos determinados. Trabajaba en ellas con una especie de furiosa obediencia.

A menudo pensaba en todo lo que había pasado en Francia, en la Gran Cara y la poza de cristal, en el agua centelleante del canal y en la terrible entrada del túnel. Motivos recurrentes que se reproducían de manera vívida en su mente. Veía también la playa amarilla de piedras y el perro blanco y negro saliendo a saltos del agua y sacudiéndose. Miró un par de veces sus dibujos de las rocas y le parecieron especialmente buenos; los volvió a esconder. En aquel lugar había comenzado una nueva etapa de su vida, una etapa que estaba estrechamente ligada, de manera misteriosa, a Gertrude y a su arte, o al menos eso quería creer. Sentía ese vínculo, pero no reflexionaba mucho sobre él. Daba por supuesto que Gertrude y él volverían a visitar juntos aquellos lugares sagrados, pero no era capaz de imaginarse siquiera cómo sería esa peregrinación, y ni él ni Gertrude la habían propuesto todavía. Tenía un poco de miedo de volver, pero sabía que, cuando a Gertrude le diera por sacar el tema, no tendrían más que planearlo.

Algunas veces pensaba: «Gracias a Dios que acudí a Gertrude el día que estuve a punto de ahogarme en el túnel. ¿Y si no lo hubiera hecho? ¿Y si hubiera regresado a Inglaterra y hubieran transcurrido semanas y meses? Volver con ella habría resultado cada vez más difícil». Solo de

imaginarse aquello, se echaba a temblar. Las aguas asesinas del canal y la negrura del túnel lo habían molido a golpes, pero él había vuelto en cierto modo como alguien renacido. Había recibido un nuevo bautismo. ¿Había regresado entonces a Gertrude purificado tras recibir su castigo? No quería caer en el romanticismo: había regresado a ella igual que un niño herido vuelve con su madre: magullado, sangrando y medio ahogado. Fue, sin duda, un accidente de lo más afortunado. En cualquier caso, ¿por qué había llegado en primer término a alejarse de ella? ¿Cuál había sido su delito? Esas cuestiones, según pasaba el tiempo, se desdibujaban más y más en la mente de Tim. La idea que le quedó fue que había cometido un acto de traición enorme del que había sido perdonado milagrosamente, aunque a veces tenía la sensación de que lo había exagerado todo y de que fue simplemente el hecho de que lo pillaran lo que lo había hecho sentirse tan mal y tan manchado de culpa. Una cosa sí que sabía: que debía haber permanecido fiel a su primera revelación, al decreto de Eros que tan incuestionable había sido cuando se les manifestó por primera vez a Gertrude y a él aquella tarde de mayo en Francia. Debería haber confiado en él de principio a fin, como confiaba ahora, cuando cada día le traía una nueva prueba del amor de Gertrude. «¿Pero me casé con ella *también* por dinero?», se preguntaba a veces con socarronería. «¿Lo hice de alguna manera para buscarme un refugio, para tener un lugar donde dibujar y pintar, algo que deseaba por instinto, como los pájaros que emigran o como las anguilas que vuelven al mar de los Sargazos?» Tampoco se detenía mucho en tales suposiciones: lo que importaba era el amor y cómo ese amor se incardinaba en su incuestionable matrimonio con Gertrude, un matrimonio que no siempre iba a estar exento de preocupaciones.

Dijo entonces, expresando en voz alta parte de sus pensamientos y propiciando una reafirmación que sabía que recibiría:

—No ha cambiado nada, ¿verdad?, por lo que hice. Espero que no lo haya echado todo a perder.

Y Gertrude, entendiéndolo a la perfección, respondió sonriendo:

—No, no has echado nada a perder, pero en cierto modo somos diferentes ahora, porque hemos sobrevivido a un naufragio. Así que, en realidad, estamos mejor que antes.

—Eres tan buena conmigo... Muchas veces pienso que no sé quién soy, o más bien *qué* soy. Desde luego, no puedo ni compararme con Guy. A veces uno tiende a pensar...

A Gertrude le cambió la cara de una manera que a Tim le resultó familiar. No era la primera vez que ella le escuchaba decir cosas como esa, pero no solía hacerle mucho caso.

—Tú sabes que en ocasiones Guy decía cosas extrañas; de vez en cuando parecía como si soltase hechizos, o encantamientos. Decía muchas cosas raras, sobre todo hacia el final, cuando estaba ya muy enfermo, y a mí me alteraban bastante porque no alcanzaba a entenderlas y nunca llegué a preguntarle por ellas. Hablaba de un anillo: «Ella vendió el anillo. Debería haberse quedado el anillo»... Anne me dio la interpretación. Está claro que se trataba de un fragmento de *El mercader de Venecia*. ¿Recuerdas el anillo que la esposa de Shylock le entregó y que Jessica se llevó cuando salió huyendo...?

—¿Qué pasó con el anillo?

—Ella lo cambió por un mono.

—No sé por qué Guy diría...

—Debía de sentirse identificado con Shylock. Solía decir que estaba seguro de que un día tendría que desprenderse de todo y huir. Supongo que es un sentimiento arraigado entre los judíos. Es como si tuviera siempre la maleta hecha.

—Para mí era como una especie de monumento a la seguridad. Y había otra cosa que decía de un cisne blanco...

—Sí, eso no he sido capaz de descifrarlo, ni lo del cubo...

—¿Qué era lo del cubo?

—No dejaba de hablar de la cara superior del cubo, de tocar o de alcanzar la «cara superior del cubo»...

—Golpear la cara superior del cubo. Eso te lo puedo aclarar yo.

—¿Cómo?

—¡Qué extraño! Probablemente no te acordarás, pero hace muchos, muchos años, cuando Guy jugaba al tenis en el Queen's Club...

—Era muy bueno...

—Me invitó a jugar con él algunas veces, supongo que por pura amabilidad: yo era malísimo. Él intentaba enseñarme. Y me repetía algo que su entrenador le decía a él: «Cuando sacas, imagina que la pelota es un cubo y que tienes que golpear la cara superior».

—¡Santo cielo —dijo Gertrude—, pensaba que se trataba de filosofía presocrática y resulta que hablaba de tenis! Esas cosas le encantaban a Guy.

—¿Sabes, Gertrude? Yo apreciaba a Guy, lo quería. Le tenía miedo, pero era como un padre para mí. Era un hombre bueno.

—Sí, sí, sí.

Se quedaron en silencio.

Tim pensó: «¿No es extraño? En los años venideros, a medida que vayan pasando los meses y lleguen los días de invierno, peregrinaremos por el aniversario del día en que nos enamoramos, luego conmemoraremos el día en que nos perdimos el uno al otro, después cuando nos volvimos a encontrar en el Museo Británico, el día de nuestra boda, la temporada horrible en la que estuvimos separados, el festival de las hojas y finalmente recordaremos el día en que nos juntamos de nuevo en Francia. Luego vendrá la mudanza a nuestra nueva casa, hasta llegar por último al aniversario de la muerte de Guy. Cada año, al llegar la Navidad, celebraremos también esa fecha. Oh, Dios mío, ¿cómo será este primer aniversario? ¿Cómo se sentirá Gertrude conforme se vaya acercando ese día? ¿Qué clase de pensamientos oscuros se agolparán en su mente? A estas alturas, casi cada mañana estará pensando que hoy hace un año de esto, o de lo otro. Sin embargo, ella me quiere y parece que es capaz de estar de luto y sentir a la vez la alegría de nuestro amor. ¿Se vendrá abajo de repente? ¿Estoy completamente *loco* si pienso que va a seguir queriéndome?».

Gertrude, por su parte, pensaba: «¿Será que me he apresurado tanto a encontrar un refugio porque,

de lo contrario, mi dolor habría sido demasiado grande? ¿Acaso es ahora, que tengo un lugar donde llorar la muerte de Guy, cuando he empezado a echarlo realmente de menos? Ahora ya sé que sobreviviré. Sin embargo, le dije a Guy que me moriría con él, y lo creía de verdad; que estaría muerta como él, andando y hablando, pero muerta. Y no estoy muerta. Me han pasado cosas sorprendentes, increíbles, y estoy viva. Encontré a Anne y la he vuelto a perder; creí que ella sería la sacerdotisa de mi duelo y que las dos solas avanzaríamos juntas muy lentamente hacia el futuro. Pero las cosas no siempre salen como una espera. La muerte me tendió su mano, yo la esquivé y no quiero creer que cometí un error. ¿Soy la misma persona? ¿Qué ha sido de mí? De acuerdo, estaré de luto y derramaré lágrimas en este refugio mío, en esta seguridad, y Tim se quedará en silencio y me consolará. Mientras yo lloro, me acariciará el pelo y me besaré las manos».

Y también pensó: «Hará como un año desde que Guy me dijo: “Si te casas alguna vez, que sea con el Conde”. Y yo deduje que eso quería decir que no me casara con Manfred; pero ya no lo creo. Creo que Guy simplemente quería que estuviera protegida y fuera feliz. Me lo *rogó*. Sin embargo, ¿qué pensaría ahora si me viera?».

Había dejado de sentir que Guy la perseguía, pero, a medida que se acercaba la Nochebuena, tampoco se sentía en paz con él: «Es imposible llegar a estar definitivamente en paz con los muertos (a menos que queramos hacer pasar por paz la indiferencia o el olvido): no pueden condenarnos, pero tampoco pueden perdonarnos; no tienen conocimientos para ello, ni fuerza, ni poder. Solo pueden existir como preguntas y como cargas y como dolores y como extraños objetos de amor. Siempre querré a Guy y lloraré por él, y lo echaré de menos y estaré apenada por su ausencia; y los interrogantes que ello plantea y la carga que ello supone me acompañarán hasta el fin de mis días».

Y Tim pensó: «Está acordándose de Guy. ¡Qué triste es eso! ¡La tristeza que anida dentro del milagro!». Y también: «Le seré fiel a Gertrude y la serviré con lealtad y con cariño todos los días de nuestra vida. Y nunca volveré a contarle mentiras. Nunca. *Nunca*. ¿Nunca? Bueno, siempre que me sea posible».

—¡Es tan triste! —dijo Gertrude—. Pensaba que Anne pasaría con nosotros la Navidad. Me imaginé una Navidad en familia: tú y yo, y Anne y Peter... Pero ella no estará.

—No juguemos al ajedrez hoy. Vámonos a la cama.

—Sí, cariño. ¿Sabes? He estado pensando. Quizá intente escribir una novela. Siempre me creí capaz.

—Ay, querida —dijo Tim con inquietud—, ¿apareceré yo en ella?

Y se fueron a la cama.

—¿Estás resfriado? —La señora Mount estaba con Manfred.

—No.

—Pues yo creo que sí. Te lo pegó Janet. Siempre ocultas los resfriados.

—No estoy resfriado. Me olvidé de decírtelo: Balintoy viene de vuelta.

—Magnífico. Pero ¿justo cuando la temporada de esquí está empezando? Debe de haberse quedado

sin dinero.

—¡Tengo entendido que se ha enterado de que su madre tiene intención de casarse!

—Entonces no es de extrañar. Me imagino que ella misma hizo correr el rumor. No conoces a su madre, evidentemente.

—No.

—Es una bruja. Ya no las hacen así, ni siquiera en Irlanda. Pero ¿de dónde demonios saca Balintoy el dinero? ¿Se lo das tú?

Manfred sonrió.

Veronica Mount y él estaban bebiendo brandy en el piso de Manfred. Era de noche. Fuera, las aceras centelleaban por la escarcha. Se preveían nevadas. Pero dentro del piso todo era cálido y suave.

La habitación en la que se encontraban era espaciosa y tenía los techos altos. Estaba pintada de un amarillo claro que Manfred no se había molestado en cambiar cuando se mudó allí años atrás. Resultaba bastante acogedora a la luz suave que daban un par de lámparas, dispuestas alrededor de un simulacro de chimenea. Manfred y la señora Mount, que habían cenado fuera, estaban sentados a ambos extremos de un largo sofá, medio en penumbra, cubierto de pequeños cojines bordados sobre los que, malhumorada, Veronica estaba intentando apoyar el codo. La bonita y sedosa alfombra que había a sus pies representaba a ornamentados hombres de color malva persiguiendo a ornamentadas fieras de color malva. Al otro lado, sobre las oscurecidas paredes, colgaban grabados, acuarelas y trofeos, muestras del gusto informal de Manfred. Era, en general, descuidado con su entorno, incluso ajeno a él, aunque en ocasiones, obsesionado con una idea, disfrutaba llevando a casa algún objeto que le alegrase la vista.

Manfred, que a cada momento volvía su cara grande e insulsa hacia su invitada, iba vestido de manera formal, como siempre: traje oscuro, camisa blanca y corbata de seda oscura en la que lucían discretamente algunas formas rojas parecidas a asteriscos. Veronica Mount también tenía un aspecto bastante formal, aunque sin pretensiones, con un vestido de lana azul marino. Por dentro del cuello del vestido se había metido con cuidadoso abandono una bufanda celeste de seda con volantes. Tenía las piernas, elegantes e inquietas, acurrucadas sobre el sofá. Sus zapatos, caros, brillantes, parecían datar de un pasado lejano.

Veronica continuó:

—El Conde se alegrará de ver a Balintoy.

—Están siendo unos días increíbles para el Conde.

—Sí, entre lo de Gertrude y lo del papa...

—¿Qué le ha hecho exactamente Gertrude? Parece haber obrado maravillas en él.

—Sea como sea —dijo Veronica—, no se ha complicado mucho: se ha limitado a tenderle la mano y a integrarlo en el círculo mágico de su amor.

—Un acto de compasión.

—Oh, qué aburrido eres: nunca sospechas de nadie. Fue un acto de lo más interesado: sencillamente, no quería que el Conde se le escapara. ¿Quién querría perder a un esclavo?

—Bueno, supongo que eso no es malo —dijo Manfred—, siempre que a él no le importe, claro. Imagino que ella necesitaba preservar, desde su ámbito más íntimo, la buena opinión que él tiene de ella.

—Sí...

—Simplemente no podía soportar que el Conde se marchara llevándose como recuerdo una imagen mancillada de ella.

—Eso es cierto. Y por supuesto no hay nada como unas cuantas caricias bien dadas para reparar una imagen mancillada. Aunque, si yo fuera Tim, no dormiría tranquilo.

—Pues yo sí. Tim tiene algo de infantil que cautiva totalmente a Gertrude...

—O sea, que, según tú, ella es un ser virginal y él un golfillo.

—Sí. Hasta puede que eso la libere después de tantos años con Guy.

—Guy estaba muy *por encima* de su nivel. Y su matrimonio con él también lo estuvo. Fue lo que pensamos todos en su momento.

—¿Todos, Veronica? No, Tim no tiene de qué preocuparse. Hazme caso, es un tipo con suerte: si se viera involucrado en un secuestro, nunca sería el que se llevara el disparo.

—Sí, se haría amigo de los secuestradores.

—Además de ser un borracho, tiene suerte. Puede incluso que se alegre de que haya alguien como el Conde que divierta a Gertrude cuando él no esté.

—¿Alguien tan honrado quieres decir! Sí, el Conde es el honor personificado.

—Y Tim y él se caen bien.

—De acuerdo, Tim no tiene nada de qué preocuparse. Pero ¿qué me dices de ella?

—¿Quieres decir que...?

—¿Tú no crees que volverá a escaparse con esa amante suya en cuanto tenga oportunidad?

—No, ¿a santo de qué iba a hacerlo? Ahora es feliz, está enamorado.

—No te hagas el sentimental, Manfred. Todo eso es demasiado bueno como para ser verdad.

—Supongo que Ed Roper le contaría aquella historia a todo el mundo.

—¿La de la amante? Bueno, a ti desde luego sí que te la contó.

—Sí, pero yo no la divulgué.

—¿Oh, eres tan discreto que aburres! Desde luego aquello tuvo un efecto eléctrico sobre Gertrude. ¿Qué *fue* lo que pasó exactamente? ¿O no podemos preguntarlo?

—No. Pero fuera lo que fuera, se ha acabado.

—Alguien me ha dicho que Tim está pensando en meterse en negocios con Ed Roper, tazas o cerillas o algo así. ¿Es eso verdad?

—Sí, incluso yo estoy implicado de alguna manera desde el punto de vista financiero.

—Yo no invertiría ni un penique en Tim Reede.

—Ed sabrá. Desde luego, tonto no es.

—No tenemos ninguna prueba de que Tim sepa pintar.

—Tampoco la hemos buscado.

—Sabía que dirías eso. Gertrude, al parecer, le está apañando un estudio maravilloso para que pueda jugar con sus pinturas cuando se muden a Hammersmith, o a Chiswick, o donde narices esté ese sitio que tan locos los tiene. Yo, desde luego, por nada del mundo viviría al lado de ese río apestoso. ¡Guy no lleva muerto ni un año y ella ya está en la cama con otro discutiendo de papeles pintados! Siento mucho que Gertrude se vaya de Ebury Street. Es el fin de una era.

—Sí, ahora se está dedicando a regalar los cuadros de los antepasados —dijo Manfred.

—No me digas. No me ha ofrecido ninguno.

—A mí me va a dar ese Sargent que tiene de la tía abuela Judith.

—Es un poco pequeño, ¿no?

—Pero es el más valioso. Me he pasado años diciéndole lo mucho que me gusta.

—Eres incorregible. En fin, supongo que es el modo que tiene de limpiar su conciencia. Nos está dando el finiquito. Poco más podemos esperar de ella. ¿Tú crees que Gertrude volverá de verdad a dar clases?

—Al menos lo intentará.

—Ahora le ha dado por comprarse todos esos libros sesudos. Me apuesto lo que quieras a que ni los abrirá.

—Desde luego, una erudita no es. Aunque probablemente sea buena profesora.

—No dejaba de divagar sin parar sobre si Tim y ella se iban a dedicar a esto y a lo otro. No pude evitar pensar que eran todo puras fantasías. Parece creerse de verdad que Tim va a ganar dinero.

—¿Por qué no? Ya lo ganaba antes.

—Es mucho más probable que se gaste el de Gertrude.

—Parece menos adicto a las posesiones materiales que el resto de nosotros.

—Ya aprenderá a gastar. Pero en serio, Manfred, no te alegrarías de ver cómo se evapora el dinero de Gertrude en tonterías, ¿verdad?

—Me entristecería —dijo Manfred— ver cómo se esfuma el dinero por el que nuestro bisabuelo trabajó tanto y con tanta inteligencia.

—¡Y del que algunos de nosotros pillamos un poco y otros ni eso! Por lo menos Joseph siempre dijo que él no pilló ni las migajas. No sé si eso era verdad, teniendo en cuenta lo que se gastó en aquella zorra. Por no hablar del Stradivarius, que cualquiera sabe dónde acabaría.

—No hablemos hoy de Joseph, Veronica. ¡Guy, desgraciadamente, era tan poco ambicioso con el dinero!

—Al menos no lo perdió.

—Nada ambicioso —dijo Manfred con tristeza—. Nunca escuchó mis consejos. ¿Más coñac?

—Gracias. Pues no sé dónde irá a parar el dinero si Tim no se lo gasta. ¿Crees que tendrán hijos? Gertrude no puede, pero podrían adoptar.

—Podría ser que sí, cuando se les pase la novedad de estar casados. Me imagino a Tim haciendo de padre.

—¿Sí? Pues Janet se va a irritar mucho. Entonces el dinero al menos sí te interesa, ¿no?

—¿El de Gertrude?

—Aunque tú ya tienes suficiente.

—¿Cuándo ha sido eso impedimento para que un hombre quiera más? Son solo los pobres de solemnidad los que no quieren dinero: ni saben lo que es.

—Entonces, aunque no estuvieras interesado en ella, podrías haber intentado conseguirlo igualmente.

—¿Tan cínico crees que soy, Veronica?

—Me da la impresión de que no eres sincero: también estabas interesado en ella, no solo en su dinero.

—No vas a parar hasta que no lo reconozca.

—Es verdad que no pusiste mucho empeño.

—¿Qué podía hacer teniéndoos a Janet y a ti en mi contra?

—No lo dirás en serio. Por lo menos tú habrías tenido algún sentido de la responsabilidad y habrías conservado el dinero en beneficio de la familia.

—Y lo habría multiplicado, créeme. De modo que a Janet le habría ido mejor conmigo.

—Janet y yo, por supuesto, teníamos motivos completamente diferentes...

—¿Haciéndome de carabina todo el rato y no dejándome nunca un momento a solas con Gertrude! —dijo Manfred—. Da igual, si hubiera querido cortejar a Gertrude, imagino que podría habérmelas arreglado de alguna manera.

—Janet lo único que quería era evitar que Gertrude se casara.

—*À cause des chères têtes blondes*, como dijiste.

—Por los niños, sí.

—En tanto que tú, mi querida Veronica...

—En tanto que yo...

—Pero ¿no crees que fuiste quizá demasiado lejos mandándole aquella carta anónima al Conde?

La señora Mount sonrió y movió sus bonitas y sedosas piernas. Le dio un sorbo al coñac. Luego miró a Manfred. Parecía más joven bajo la tenue luz: la cara lisa, los oscuros ojos brillantes.

—¿Cómo te diste cuenta?

—El Conde me enseñó la carta y reconocí la letra de tu máquina de escribir.

—Tan astuto como siempre.

—Lo que no logré entender fueron tus motivos.

—Tú conoces mis motivos.

—Qué sacabas con ello, quiero decir. ¿En qué te beneficiaría a ti que se hiciera pública la aventura de Tim con Gertrude?

—Supuse que, si lo divulgaba inesperadamente, eso los forzaría a actuar. Si la cosa se hubiera mantenido en secreto, habría sido más fácil de desmontar en caso de que se lo hubieran pensado mejor. Pero habiéndose enfrentado a todos nosotros, Gertrude mostraría la determinación suficiente como para seguir adelante con el asunto.



—No está mal calculado —dijo Manfred—; y, por supuesto, me halaga, pero jugaste una mano arriesgada, Veronica. También tengo entendido que informaste amablemente a Gertrude de que Guy y yo éramos enemigos de toda la vida. Algo falso, por cierto.

—¿Cómo sabes que le dije eso?

—Gertrude se lo contó al Conde, y el muy ingenuo me lo contó a mí, aunque no lo expresó exactamente así.

—Ni yo tampoco.

—Entiendo la jugada. Pero podrías haber errado el tiro. Era probable que atrajera hacia mí la atención de Gertrude. Pero también podría haber obrado en sentido contrario y haber activado en su interior algo así como una partícula anti-Guy que tuviera guardada en lo más profundo y de la que ni siquiera fuera consciente.

—¿Crees acaso que ella alberga tal partícula?

—No, la verdad. Aunque cualquiera sabe...

—Lo pensé, pero me pareció más probable que Gertrude acabara alejándose de ti.

—Eres de lo más concienzuda, Veronica.

—Una debe luchar por su vida.

—Exageras, como siempre.

—No.

—Entonces escribirle a Tim para decirle que volviera a intentarlo debió de ser un juego de niños.

—Era algo que caía por su propio peso, y funcionó.

—Tim está encantado contigo ahora, eso me han dicho.

—Se cree que me inspira cariño, qué entrañable. Yo dejo que lo siga pensando. ¿Por qué perder un aliado? Además, si Tim y yo somos buenos amigos, podré controlar el matrimonio.

—¡Oh, mi querida Veronica...!

—De todos modos, tú habrías dicho algo: era demasiado interesante como para no decir ni pío.

—¿Sobre Tim y Gertrude? No lo sé.

—Cuando estábamos en Francia, ¿qué te hizo estar tan seguro de que tenían una aventura, aparte de lo nerviosos que parecían los dos?

—Gertrude dijo que Tim acababa de llegar, pero vi sus dibujos y allí había más paisajes de los que debería: por fuerza tenía que llevar en la casa varios días.

—Entonces tú crees que la cosa se consolidará, ¿verdad? Es tan raro, después de Guy...

—A mí no me lo parece —dijo Manfred—. Es muy habitual que una mujer afligida por la muerte del marido se enamore con rapidez de un hombre completamente diferente al difunto. Tú misma lo dijiste: Gertrude es una persona que siempre necesita a alguien a quien entregar su amor. Fue una pérdida terrible y no podía sobrellevarla sola: tenía que recurrir a alguien en busca de consuelo.

—A alguien... Precisamente por eso, también, me metí a la fuerza en tu coche aquella vez.

—No tan a la fuerza.

—Bueno, ya sé que eres un hombre que nunca hace lo que no quiere hacer. Por eso me siento tan

segura contigo. Muy bien, hiciste lo que te dio la gana, de acuerdo. Pero, si Gertrude hubiera venido a Roma en vez de haberse quedado en Francia, quizá habría acabado enamorándose de ti y no de Tim.

—A saber lo que habría hecho yo en tal caso.

—No quiero ni pensarlo. Siempre te ha rodeado un halo de misterio. Creo que me he salvado por los pelos de perderte.

Manfred sonrió de manera insulsa.

—Te has escapado más por los pelos de lo que te imaginas, querida.

—Quieres decir que si Gertrude...

—Nada que ver con Gertrude.

—¿Con qué entonces?

—Me enamoré.

—¿Qué?

—En verano. Me enamoré perdidamente.

—Oh, Dios mío —dijo la señora Mount.

Se puso recta y posó los pies en la alfombra.

—Santo cielo, ¿de quién?

—De Anne Cavidge.

—¡No!

La señora Mount se quedó en silencio, digiriendo lo que Manfred acababa de decirle.

—Nada menos que de una monja que ha colgado los hábitos. Te creo capaz.

—Te lo estás tomando muy civilizadamente.

—¿Cómo creías que me lo iba a tomar? Aunque me consuela en cierto modo que digas eso. Pero no me lo estoy tomando civilizadamente: estoy trastornada; es más, aterrorizada. ¿Todavía estás enamorado de ella?

—No llegué a hacer nada.

—¿Todavía estás enamorado?

—Queda en mí un cierto poso de desasosiego, pero ya se me pasará. Se ha ido. No llegué a hacer nada.

—Ay..., pobrecito... Pero ¿lo intentaste?

—Discretamente. Pero me di cuenta enseguida de que me enfrentaba con una dificultad de mayor envergadura.

—¿A qué te refieres?

—Sus sentimientos estaban centrados en otra persona.

—En Gertrude.

—No, en el Conde.

—¿De verdad? Estaba convencida de que esa chica era de la acera de enfrente. Parecía claro, desde luego, que Gertrude era el centro de su atención, el objeto de su afecto. De hecho, se marchó por

ella, ¿no?

—No hay duda de que también aprecia a Gertrude —dijo Manfred—, pero de quien está locamente enamorada es de nuestro Pierre. A él era a quien quería.

—Entonces no tuviste ni la oportunidad de intentarlo.

—Tenía esperanzas.

—Pero ¿cómo es que salió corriendo sin luchar siquiera? ¿O es que tú lo fastidiaste?

—Yo no hice nada. A diferencia de ti, Veronica, no estoy dispuesto a rebajarme para conseguir lo que quiero.

—Tú eres muy digno.

—A mí las cosas me afectan. A ti te gusta arriesgar.

—Bueno, en cualquier caso, tú no hiciste nada, fue Gertrude la que intervino.

—Como bien dijiste, ella no tuvo más que tenderle la mano al Conde para asegurárselo.

—Me imagino que él estaba a punto de esfumarse y Gertrude se dio cuenta. Pero ¿el Conde era consciente de la pasión que inspiraba en aquel casto pecho?

—No, estoy seguro de que no tenía ni idea: quería a Gertrude y tenía a Anne encasillada.

—¿Y Gertrude no lo sabía?

—No. De haberlo sabido, habría echado pestes sobre la situación, pero al final se habría refrenado.

—Debo reconocerlo: apenas reparaba en Anne. Ni siquiera la *veía*.

—Sí. La proverbial invisibilidad de las monjas. Yo, sin embargo, eso lo veneraba.

—De todas formas, es extraño que se me pasara por alto todo el asunto...

—Teniendo en cuenta lo implacablemente que vigilas... Pensé que, cuanto menos supieras, mejor, querida Veronica. *Je te connais*.

—Ay, si yo hubiera sabido todo eso...

—En cuanto a que Anne no luchara, piensa en qué situación estaba la pobrecilla. Amaba a los dos. ¿Qué podía hacer? Tenía que dejarle al Conde vía libre. Probablemente pensaba que su obligación era *ayudar* al Conde a conquistar a Gertrude.

—Nunca pensó mucho en Tim.

—Y luego, cuando Tim volvió...

—El Conde tampoco opuso mucha resistencia.

—No, el Conde es una rareza moral, igual que Anne. Estaban hechos el uno para el otro, pero, por desgracia, lo suyo no pudo ser.

—Les faltaban agallas. A los dos. ¿No podía ella haber hecho un *pequeño* esfuerzo, una vez que Tim había vuelto?

—El Conde estaba completamente obsesionado con Gertrude. Creo que ella tenía la esperanza de ganárselo a base de prodigarle un amor silencioso y paciente. Y no previó la jugada de Gertrude.

—Entonces sí que es tonta. Yo la hubiera previsto. Vale, no digas nada. Sea como sea, cuando se dio cuenta ya era demasiado tarde.

—Se dio cuenta de lo mucho que significaba para Gertrude mantener al Conde a su lado para

siempre.

—Y para el Conde permanecer junto a Gertrude, aunque fuera como esclavo suyo. Todo esto me parece tremendamente desagradable. Por eso Anne ni lo intentó. Salió huyendo, sin más. Pero ¿cómo sabes tú todo eso? Ella no puede habértelo contado, ¿o sí?

—¿*Santo cielo*, no! —dijo Manfred.

—¿El ojo penetrante del amor?

—No, yo estaba presente cuando el Conde fue a Ebury Street poco después de que Gertrude regresara del norte. Temblaba de emoción, te lo aseguro. A Anne, sin embargo, se la veía claramente disgustada.

—Pero podría haber sido por lo otro.

—Contemplé esa posibilidad. Podía ser que estuviera celosa por Gertrude. Pero, cuando presté atención, percibí muchos otros indicios. La manera en que lo miraba y...

—Sin embargo, no deja de ser una mera suposición, ¿no?

—No, lo vi con mis propios ojos. Tuve la prueba definitiva aquella tarde, el día que nombraron papa al polaco. El Conde y Gertrude empezaron a comportarse, de repente, como dos jóvenes amantes. Anne se dio cuenta de lo que había pasado. Tenía una cara que parecía que iba a morir.

—Ella siempre tenía esa cara. Parecía un fantasma, se le transparentaba la piel. Pero ¿cuándo te diste cuenta de que estabas enamorado de la pálida y fría criatura?

—Ya me impresionó mucho la primera vez que la vi en Ebury Street, justo después de que llegara. Tenía algo que me fascinaba: mostraba una autoridad que me llegó a lo más hondo. Eso era amor. Aunque no me di cuenta de inmediato.

—Claro, todavía olía a convento. Pero lo descubriste pronto, ¿no?

—Sí... Aquello... poco a poco... se convirtió... en una obsesión...

—Ay, querido. Ay, querido, ay, querido... Pero no dijiste nada a nadie, y ella ni se lo imaginaba, ¿verdad? O sea, ¿cómo llegaste siquiera a conocerla, si es que llegaste a hacerlo?

—Charlé con ella bastante *dans le cercle*.

—Pero, santo cielo, ¿estuviste alguna vez a solas con ella?

—Sí, una vez.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

Manfred agitó la cabeza.

—¿Pasó algo?

—No.

—¿Qué bobo eres!

—Era todo tan asombroso... —dijo Manfred—. Me convertí en una persona diferente, vivía en un mundo paralelo donde todo era inmenso y brillante, pero era un mundo del que se habían esfumado todas mis convicciones. Era como si la mente se me hubiera secado y todo fuera nuevo, hermoso y claro, pero a la vez desconocido y difícil de manejar. Mi forma habitual de reaccionar ante las situaciones, siempre tan previsible, se transformó por completo. No sabía ni cómo actuar.

Me sentía alienado y torpe, y tenía miedo de cometer un error. Me aterrorizaba la posibilidad de asustarla o de hacerle daño y que se marchara. Al principio era maravilloso que diera por supuesto que yo era alguien con quien le resultaba fácil hablar. Esperaba que se produjera algún tipo de comunicación milagrosa entre nosotros, algún momento de... Todo era tan valioso, tan...

—Sí, tan diferente de la vida mediocre que tienes que soportar normalmente.

—Cuando las llevaba en coche a ella y a Gertrude a Cumbria, la cosa llegó al extremo...

—¡Oh, *Dios!* ¡Y yo que no fui porque pensé que Anne estaba haciéndole de carabina a Gertrude!

—Era al revés. Tuve a Anne sentada a mi lado parte del camino. A punto estuve de volverme loco.

—Ibais pegados. ¡No puedo soportarlo!

—Esperaba que me hiciera al menos un poco de caso. Hablamos bastante; y, ya sabes, hay chicas que se sienten atraídas por los hombres que van al volante de un coche.

—Yo me enamoré de ti mientras conducías. Pero, de todos modos, yo te he querido desde que empezó el mundo, desde el Big Bang o desde lo que Gerald considere ahora que fue el principio del universo.

—Vamos, Veronica, tú has querido a otros.

—Bobadas.

—Estuviste un tiempo enamorada de Guy.

—No lo recuerdo.

—Bueno, pues después quise que Anne condujera el coche. Me había apostado conmigo mismo que, si conducía ella, todo saldría bien. Sabía que, en cuanto la viera conducir, estaría incontrolablemente enamorado y que por fin encontraría las fuerzas para...

—Pero no llegó a conducir, ¿no?

—No.

—¿Ni en el camino de vuelta?

—No. Pero entonces yo ya estaba en otra onda.

—¿Menos enamorado, quieres decir?

—Más enamorado, pero más paciente. Estaba haciendo planes.

—¿Y no fuiste en secreto a verla a Cumbria?

—No, no, no quise molestarla estando como estaba tan obsesionada con cuidar de Gertrude. Y no es que pensase que fuera frágil (de hecho, creo que es la criatura más fuerte que he conocido jamás), solo que ahora se la veía renovada, diferente, un poco perdida. ¡Era tan de otro mundo! Pensé que me sobraba tiempo y que yo era el único capaz de *verla*, el único que se percataba de su presencia. Eso a propósito de lo que decías antes respecto a la invisibilidad. No era consciente de que me acechara ningún peligro en especial, salvo, claro está, el de que simplemente no me quisiera. Y todo eso, de alguna manera, aparecía todavía (no sé bien cómo expresarlo) envuelto en su maravillosa totalidad. Lo único que temía era dar un paso en falso. Y todo el tiempo que estuvo fuera en el norte, solo de pensar que ella estaba segura allí, en aquel lugar junto al mar, fui muy feliz ...

—Sí. Recuerdo lo feliz que parecías. Pensé que era por otra cosa.

—Entonces, cuando regresó...

—Te diste cuenta de que tenías un rival. Pero, si te hubieras declarado, habría sucumbido. No habría podido evitarlo.

—Quería a otro. ¿Y por qué iba a tener que quererme a mí? No soy tan irresistible.

—¿No? Te oí ofrecerte a llevarla a casa al irse de la fiesta del papa polaco. ¿La habrías besado en el coche?

Manfred se quedó callado.

—¿Y esa migraña que decías que te entró tan de repente?

—Inventada. Trataba de encontrar alguna cosa que le hiciera identificarse conmigo. Podríamos haber intercambiado pastillas.

—¿Qué furiosa se habría puesto Gertrude! Habría caído rendida a tus pies en el acto. ¿Sabes que compartes tu pasión con Ned Openshaw? Al parecer, en la fiesta se enamoró perdidamente de Anne.

—Chico juicioso.

—Puedo confiar en que Anne ya se ha ido del país, ¿no?

—Sí.

—¿Y lo tuyo se ha acabado de verdad?

—Sí..., se ha acabado de verdad.

—¿No quieres ir detrás de ella ahora que el Conde se ha quitado de en medio? ¿O crees que fracasarías? Sé que detestas el fracaso.

—Fíjate: creo que ha vuelto a hacerse monja..., aunque no de manera oficial. Además..., nunca la conseguiría. Jamás.

—¿Demasiado mundano? Un hombre atractivo nunca es demasiado mundano para una mujer solitaria. De todos modos, ¡no vayas a pensar que estoy intentando convencerte!

—La he perdido —dijo Manfred—. Y ya me he... hecho... a la idea.

—No es propio de ti no conseguir lo que te propones. La conclusión que saco es que no la querías lo suficiente.

Manfred se quedó en silencio.

—Ahora estás enfadado conmigo. Estás distante. Y has estado... Tú me entiendes. ¡Claro, ese era el motivo!

—Sí.

—Bueno, soy capaz de soportar tus cambios de ánimo. Siempre he sido capaz, es parte del trato.

—Te lo agradezco.

—¡Vaya! Ahora te arrepientes de habérmelo contado. Sabes que mi discreción, en lo que a ti respecta, es absoluta.

—A veces estoy muy harto de mí mismo y de la vida que llevo. Pero siempre me recupero.

—Que yo te quiera es una de las cosas de las que estás harto, ya lo sé. Y sí, siempre te recuperas. Mi amor es una atadura y una carga para ti.

—A veces es una carga, lo reconozco, pero nunca una atadura.

—Muy bien. Si te encapricharas de alguien estoy segura de que me abandonarías a la velocidad de la luz.

—Bueno, de momento aquí sigo.

—Ojalá pudiera hacer magia y verte feliz. Pero no puedo. Y, pese a todo, aquí estamos.

—Aquí estamos.

Veronica observó el perfil de Manfred. No hizo ningún movimiento para acercarse a él. Dobló las piernas y entrecerró los ojos.

Manfred dijo:

—Me duele que aireases el rumor de que Guy y yo éramos enemigos. Yo quería a Guy.

—Pues fuiste tú el que dijo que había estado frío contigo cuando se acercaba el final. Quizá es que te veía casado con Gertrude.

—No, eso habría sido imposible, y estoy seguro de que Guy lo sabía. Habría sido casi un incesto.

—Porque Guy era un padre para ti.

—Sea por el motivo que sea, nunca podría haber mirado a Gertrude de esa manera.

—Ojalá hubieras dejado eso claro antes. Supongo que estabas intentando despistarme.

—Fue idea tuya, y eso te mantenía ocupada.

—Más bien me mantenía profundamente triste.

—Todavía me pesa que no rezáramos un *kadish* por Guy.

—Nunca habrías conseguido un cuórum *parmi les cousins et les oncles*.

—Supongo que no.

—Tu persistente sentimentalismo secreto respecto a nuestra vieja religión me sorprende y me conmueve. Guy nunca sintió eso. No te habría dado las gracias por tus oraciones.

—Eso nunca se sabe. Lo oí hablando con los antepasados cuando se estaba muriendo.

—¿Qué?

—Una de aquellas extrañas tardes pasé por el recibidor y lo oí hablando yidis.

—No sabía que Guy supiera yidis.

—Estaba completamente solo...

—Quizá se sentía inspirado por la muerte. En esas estaré yo también dentro de nada, parlotando en yidis en el seno de Abraham.

—Veronica, preferiría que no estuvieras fingiendo constantemente ser tan vieja.

—Es mi forma de protegerme.

—Vale, pero conmigo no tienes que fingir. ¿Qué edad *tienes*?

—Más de la que piensas... Y menos de la que estás pensando ahora. Cuando vamos juntos de viaje la gente dice: «Es muy bueno con esa señora mayor». Eso antes me divertía, pero ya no. Sin embargo, te diré una cosa: el día que de verdad te vayas con otra mujer, cumpliré cien años en una hora, como un personaje de los cuentos de hadas.

—Ay, no seas tan...

—*Vulgar* es la palabra. A veces pienso que le tienes más miedo a la vulgaridad que al mal.

—La vulgaridad en sí misma ya es un mal.  
—Debes reconocer que nadie tiene la menor idea de la *cosa nostra*.  
—No, gracias a Dios.  
—Eso te deja libre.  
—De acuerdo, de acuerdo...  
—Todo el mundo piensa que eres marica, y eso por supuesto ayuda.  
—Veronica, por favor...  
—Ojalá fueras marica: que te gustaran los chicos, eso sí que podría soportarlo.  
—Ah, no empieces otra vez con eso.  
—A veces siento, como si me doliera en mis propias carnes, lo triste, lo tristísimo que estás por dentro.

—No tengo nada por dentro.  
—Yo sí. Vivo con miedo. No tengo nada en la vida, salvo esta adicción y ese miedo. A veces desearía que un cáncer tuviera compasión conmigo, o, si no, que llegase esa catástrofe cósmica de la que Gerald tanto habla.

Sonó el timbre.

—¡Maldita sea! —dijo Veronica.

—¿Quién puede ser a estas horas?

Manfred se dirigió al portero automático.

—¿Sí? ¿Quién es?

Se volvió hacia la señora Mount.

—¡Es Balintoy!

—¡Oh, *estupendo!* Ábrele, cariño.

—¡Todavía tengo aquella botella de whisky de Power!

Fueron corriendo a la puerta del piso a darle la bienvenida al irlandés.

Balintoy entró saltando. Su cara, de aspecto curtido, les pareció algo envejecida, pero tenía los ojos de un azul oscuro radiante y penetrante, un poco húmedos en ese momento por el frío que hacía fuera. Sobre su abrigo y sobre su rizada y bien cuidada mata de pelo castaño centelleaban diminutos copos de nieve. Se rieron, lo agasajaron y lo invitaron a sentarse para tomar un whisky. Y Balintoy, que sabía más de ellos de lo que se imaginaban, miró alegre y cariñosamente a uno y a otro y los estrechó afectuosamente entre sus brazos.

—¡Ahora, queridos amigos, ponedme al tanto de todas las novedades!

Anne Cavidge estaba sentada en el Prince of Denmark, con Perkins en las rodillas. Fuera estaba nevando. Dentro hacía calor, había mucho humo y ruido y estaba más bien oscuro. Anne llevaba allí un rato, pasándose de una silla a otra, hasta que se metió en un rincón desde el que veía toda la barra. Buscaba a Daisy.

Llevaba en el bolso el billete de avión a Chicago, con fecha para el día siguiente. Había sido



deliberadamente imprecisa, incluso críptica, respecto al día de su partida. De hecho, Gertrude, probablemente, estaría dando por sentado, en ese momento, que Anne se había ido hacía más de una semana. No había quedado con nadie para despedirse. Gertrude y ella habían evitado de manera tácita cualquier «última escena».

—Me imagino que pronto te habrás ido.

—Sí, todavía no tengo una fecha cerrada. —La una evitaba la mirada de la otra. Anne dijo que la llamaría antes de irse. Pero no la llamó. Se limitó a enviar una apresurada nota que decía simplemente: «Me marcho ya». Gertrude lo entendería.

Había abandonado el piso y se había trasladado a un hotel. Nadie conocía su paradero. Tampoco nadie había preguntado expresamente por él. Todos dieron por hecho que había salido del país. El único que hizo algún leve esfuerzo por buscarla fue Ned Openshaw, y, al no lograrlo, se consoló con la mística seguridad de que el destino los reuniría de nuevo. La verdad era que Anne estaba en el mismo hotel en el que había intentado alojarse cuando llegó a Londres hacía un año. Llevaba puesto el vestido azul y blanco que se había comprado a toda prisa en el pueblo cuando colgó para siempre los hábitos, aquellos hábitos negros. Metió la mano en el bolso y tocó el billete de avión. Después sus dedos se toparon con una piedra gris.

Anne, en los últimos días, ya había visitado varias veces «el viejo Prince». Esa era su última noche en Londres y ya no esperaba encontrar a Daisy. Se había acostumbrado a pasar las tardes allí. Se había convertido en una rutina. Nadie hablaba con ella. Nadie, pensaba ella, se percataba de su presencia siquiera. Se limitaba a mirar y a escuchar. Ahora no podía entender cómo no había tenido claro que debió haber buscado a Daisy tan pronto como volvió de Francia, tan pronto como fue evidente que Tim había vuelto con su esposa. Debió haberla buscado de inmediato, en vez de andar a vueltas con su propio destino. Su orgullo, que conservaba aún intacto, la había separado de Gertrude, del mismo modo que su vanidad había estado a punto de provocar que muriera ahogada en Cumbria. ¿No podría haber echado mano de algún resto de la agudeza profesional que le quedaba para no perder esa oportunidad? ¿Cómo era posible que se le pasase por alto la soledad de Daisy, el hecho de que a esas alturas probablemente estuviera sufriendo, de que probablemente estuviera desesperada? Anne había estado demasiado centrada en sus propias esperanzas; y en su momento, cuando visitó a Daisy, estaba demasiado ocupada planeando el mejor modo de frustrar esas esperanzas en beneficio de sus amigos como para pararse a pensar en las catástrofes que su abnegada moralidad masoquista pudiera haber provocado en la vida de Daisy.

No fue hasta más adelante cuando los acontecimientos que se desarrollaron en aquella habitación, con aquel caos de ropa y aquella peste a bebida, volvieron a ocupar su mente. Recordó su propia frialdad, su inquisitorial hostilidad. Recordó la cordialidad de Daisy, y luego su enfado. Después pensó de repente: «¿Y si a Daisy le da por suicidarse?». Todo el mundo a su alrededor estaba demasiado ocupado sobreviviendo, preocupándose de lo suyo, arreglándose para ser feliz. Nadie parecía haber pensado ni un momento en Daisy, como si ella jamás hubiese formado parte en absoluto del elenco de actores de aquel drama. Daisy era un recuerdo inoportuno, incómodo,

menguante. Anne, sentada en silencio en su fría habitación de hotel, estaba dándoles vueltas a esos pensamientos cuando, en un repentino arrebato, se levantó de un salto. Salió corriendo del hotel y cogió un taxi hasta el piso de Daisy en Shepherd's Bush. Alguien respondió al timbre y Anne subió las escaleras. Daisy ya no vivía allí. Su sucesora, una agradable jovencita, le dijo a Anne que lo sentía, que no sabía dónde estaba la señorita Barrett, que no había dejado dirección. Anne vio por encima de su hombro una habitación limpia, ordenada y luminosa llena de libros. Fue entonces cuando empezó a frecuentar el Prince of Denmark.

Con respecto al Conde, Anne sentía un dolor profundo, terrible, pero, aunque seguía especulando, sus especulaciones no alteraban sus planes y propósitos presentes. A veces pensaba que ese «enamoramiento» era una enfermedad que tenía que sobrevenirle necesariamente tras regresar al mundo, y que en poco tiempo estaría curada. ¿Acaso había mezclado su deber con su interés al retener al Conde saciando aquella necesidad de religión que él tenía? Él había expresado vagamente tal necesidad, pero a ella no le importaba el interés que pudiera sentir el Conde por Cristo, sino el interés que pudiera sentir por ella. ¿No debía haberle predicado con más fervor? A veces revivía obsesivamente ciertos momentos de su pasado en común y se preguntaba: «¿Y si le hubiera dicho *entonces*, o si *entonces*...?». Cuando dijo que se iba a suicidar, debería haberlo abrazado fuerte en vez de haberle ofrecido argumentos racionales para que no lo hiciera. ¿Y qué pasaba con los escrúpulos que sentía, con esa prudencia tan razonable que guiaba sus actos, con el masoquismo autofustigante o con aquel orgullo demoníaco, que después de tantos años «dentro» parecían no haber disminuido ni un ápice? Tenía la sensación de que se habría muerto si él la hubiera rechazado de modo expreso. Pensó: «Me he alimentado de todos esos “momentos perfectos” con Peter, momentos como aquella maravillosa conversación telefónica por la noche (“Buenas noches, querido Peter”; “buenas noches, querida Anne”). Aquel fue el momento de amor más dulce y más puro que he sentido nunca. Pero tuve miedo de introducirme con él en los horrores de la historia». Ahora se atormentaba pensando en lo que podría haber sido: «Y si...». En ese punto, resultaba todo un consuelo pensar en Gertrude y en lo que Anne había llegado a considerar los supuestos *derechos* que Gertrude tenía respecto a ese asunto. El amor de Anne por el Conde era tan monstruoso que sin duda lo habría conmovido y quizá habría estropeado cualquier forma de felicidad de la que ahora pudiera disfrutar en su condición de *cavaliere servente* de Gertrude. Además, ese amor, con toda seguridad, habría irritado a Gertrude, y tal vez habría impedido que su amiga «consiguiera» al Conde. «Carezco de un lugar, carezco de derechos», pensó Anne. Gertrude, que siempre había sido una princesa, merecía tener todo lo que quisiera. ¿Y no era lo propio que, estando segura en su matrimonio, debiera pasar, como ella misma había dicho, a querer a todo el mundo y a ser maravillosamente correspondida? «¡Es tan sencillo querer a todo el mundo y que todo el mundo te quiera! Es como tener un redil con todas las ovejas recogidas.» ¿Tendría Anne que haber sido lo suficientemente magnánima como para ser una de esas ovejas? Ni siquiera sabía si no se estaba marchando, efectivamente, «porque estuviera totalmente indignada», tal como Gertrude lo había expresado, y privando maliciosamente a su amiga de lograr la felicidad perfecta que suponía «tener también a Anne».

Anne, al menos, no se engañaba a sí misma intentando convencerse de que debía sacrificar a Peter ante un inminente fracaso de Tim, pues aquel matrimonio parecía muy sólido. Últimamente incluso se estaba esforzando por apreciar a Tim; y reflexionaba, igual que había reflexionado en el caso de Daisy, sobre su propia incapacidad para sentir pena por él. Sabía que debería haberla sentido. Recordó la conversación, quizá más trascendental de lo que le pareció en un primer momento, en la que había descrito el futuro negro de Tim y le había dicho al Conde que Tim debía dejar a Daisy. ¡Qué inmoral había sido su juicio! ¡Qué poca compasión había sentido por aquel «chivo expiatorio» desterrado! Por supuesto que su escrupulosa mente podía incluso considerar aquel pequeño impulso como un «desliz», como una ligera infracción de su «regla» consistente en olvidarse de sus propios intereses. Y le resultaba curioso pensar que quizá su reprobatoria frialdad de aquel momento había hecho, de alguna manera, más efectiva la recomendación que el Conde le hizo a Tim de que volviera con Gertrude o de que, al menos, se separara de Daisy. ¡Qué extrañamente entrelazadas estaban todas esas historias entre sí! Al pensar las cosas de esa manera, Anne dudaba de si, al menos en eso, no había actuado, medio conscientemente, en su propio beneficio; pero tales especulaciones le parecieron triviales y las desechó de inmediato.

A veces, más sencillamente, pensaba que había sido una cobarde y que pagaría el precio de su cobardía. Ese era un modo de verlo. Debería haber desempeñado un papel más activo, debería haber sido más valiente y haber interrogado al Conde, no haber respetado, como lo hizo, su actitud reservada. Lo que en esas reflexiones trataba de evitar a toda costa era esa especie de terrible amor teñido de añoranza que sentía, ese «lo quiero tanto que me moriré si no estoy con él» que no dejaba de volver una y otra vez y que le brotaba directamente del corazón. Anne luchaba contra ese ardiente deseo y se mantenía fría, muy fría. De esa manera, de hecho, se calmaba su locura: al menos, así podía ahorrarse ese sufrimiento tan impuro e infructuoso. Sin embargo, todavía no lograba desterrar ese sufrimiento del todo, y veía una y otra vez aquellos ojos claros, aquella fina cara suya, tan inteligente y a la que deseaba con tanto anhelo acariciar, aquella figura torpe, delgada y alta que llenaba y hechizaba, como si de la aparición de un santo se tratara, su propio espacio. Lo veía transfigurado, reconocía en él una hermosura que sabía que muy pocos seres en el mundo podían apreciar, y su cuerpo se moría por él, lloraba por él. También pensaba en el heroísmo de Peter, inconcebible para ella: él quería tanto a Gertrude que se iba a quedar a su lado para siempre, aun sabiendo que pertenecía a otro.

«Pero he de sobrevivir —se decía Anne a sí misma—, y con mis propias condiciones. Quedarse, eso sí que sería heroico; pero no quiero ser esa clase de heroína». Y se acordaba de las palabras de Gertrude: «Para sobrevivir a una pérdida terrible tienes que convertirte en otra persona. Puede parecer cruel. Sobrevivir es, en sí mismo, cruel: significa dejar de pensar en la persona que te ha dejado para siempre». «Sí», pensó Anne; y con un agudo dolor renovado se acordó de la muerte de su madre y de su hermano cuando ella todavía estaba en el colegio, y de la muerte de su padre, más tarde, cuando ya era monja. Qué pocas veces se paraba a pensar últimamente en aquellos seres queridos, aunque, de alguna manera, los tenía siempre presentes, especialmente a su padre. ¿Cómo se

las había arreglado para sobrevivir a aquellas muertes? Entonces, como si fuera un latigazo súbito, le asaltó el recuerdo del momento en que se enteró de que Dick había muerto tras despeñarse por un acantilado en los Cairngorms. Se encerró instintivamente en el dolor, pero sintió el impulso de mirar hacia delante, confiando en que en algún momento se convertiría en una persona totalmente distinta, capaz de tomar conciencia de esa pérdida sin angustia. Así fue como, igual que había sobrevivido Gertrude, la enérgica naturaleza de Anne, su enorme fortaleza de carácter, la llevó a buscar la felicidad por puro instinto, de modo que siguió buscando y logró encontrar nuevos consuelos y satisfacciones. Anne revivió su primera llegada a Ebury Street y cómo, pese a estar llena de compasión y preocupaciones, también se había sentido segura de inmediato, contenta con su dormitorio tan cálido y tan bien acondicionado y convencida de estar donde debía. «De todos modos, no podía ser así», pensó Anne. Hasta ese momento no había recibido el impacto de las ondas expansivas causadas por su salida del convento, con la violencia propia de aquel acto sorprendente, tan parecido a un duelo, cuyas consecuencias se le antojaban todavía inciertas. Pensó que tenía que sobrevivir también a eso. Y pensó que quizá más adelante vería su loco amor por Peter como un incidente aislado inserto en una larga serie de cambios vitales.

Le habían dicho: «Monja una vez, monja para siempre». Le habían dicho que necesitaban pensar que seguía siendo, entre ellos, una persona entregada, una santa. Había sido muy prudente al no hablarles de su amor. Si una sola sílaba hubiera salido de sus labios, si se le hubiera escapado un gesto, el mundo, que, como había dicho Gertrude, podía cambiar por completo en un segundo, habría quedado transformado. «Sería una persona diferente —pensó Anne—, y eso es lo importante.» De haberlo revelado, se habría perdido algo de su grandiosa y necesaria integridad, algo de su disponibilidad absoluta, algo de su eterna soledad. Había mantenido la boca cerrada, nunca había hablado de su amor y eso, al menos, le servía para salvarse. Todavía estaba «vacía y limpia», transparente e invisible, aunque la voz que hablaba seguía siendo la voz de su orgullo. Y ella estaba sin hogar, libre. Había dejado el convento porque era una suerte de hogar para ella: «Los zorros tienen guaridas, pero el Hijo del hombre...». Ahora, sin embargo, tras la seguridad que le había proporcionado estar al servicio de Gertrude, se enfrentaba por fin al vacío que había elegido.

Pero ¿la idea de «vacío» no era, en sí misma, una ilusión, algo romántico, como podría haber dicho Guy? ¿Qué pronto podría llenar ese vacío con toda clase de bobadas! «¿Volveré a revolverlo todo — se preguntaba—, a buscar refugios, a enamorarme tontamente de alguien? ¿Puedo ser de verdad una anacoreta en el mundo? ¿Y qué demonios significa eso? ¡La vida está tan llena de posibilidades!» Podría haberse ahogado en Cumbria ante los ojos de Gertrude. También podría haberle cogido la mano a Peter. Y cualquiera de esas dos cosas podría haber puesto en marcha una cadena, nueva y terrible, de causalidades. Ahora era completamente libre de atarse a lo que quisiera, pero ¿a qué exactamente? ¿Al matrimonio? Anne estaba segura de que, al menos, estaba en su mano evitar esa locura. Jamás se casaría: desde luego, no estaba hecha para la seguridad de la vida de casada, y eso parecía haberlo sabido desde siempre. Las clarisas pobres eran solo un trampolín, un punto de partida. ¿O acaso se quedaría con ellas para siempre, precisamente *en* el punto de partida, como una

colaboradora en la sombra, como una sirvienta, sin la dignidad siquiera que le daría estar «dentro»? ¿O seguiría buscando su celda, su ermita, en una casita blanca de madera de un pueblo perdido y absurdo de los Estados Unidos? ¿O trabajaría en una prisión y se descubriría a sí misma como una eterna prisionera? ¿O acaso se haría médico, como su padre había deseado? ¿O quizá terminaría siendo, después de todo, sacerdote de otra religión? Al menos tenía claro que ahora debía buscar la soledad, la inocencia y el silencio que implicaban ser completamente invisible para los demás. «Al que tiene se le dará, y al que no tiene se le quitará incluso lo que tenga.»[51] Anne interpretaba esa sentencia a su manera. Sabía que para salvarse de una podredumbre que conocía bien era necesario no tener, y estar entre aquellos que no tenían. Y pensaba todas esas cosas, a la vez que era perfecta y tristemente consciente de que quizá todo lo que la esperaba «allí» era desorden, confusión y un enrevesado y desagradable fracaso moral.

Anne, en otra época, habría expresado ese análisis introspectivo en los siguientes términos: «Solo Dios puede ser amado de manera perfecta. El amor humano, aunque provechoso, es irremediablemente imperfecto». Esa fue la cruda verdad que la había llevado a ingresar en el convento. Y, a la postre, también la que le había hecho abandonarlo. «La felicidad que se busca en todo aquello que no sea Dios tiende a la podredumbre.» Eso, que una vez fue doctrina para ella, lo defendía ahora como una especie de visión personal. Había estado en lo cierto, después de todo (y los acontecimientos del último año lo habían confirmado), cuando pensó que Dios la había incapacitado irremediablemente para el mundo. Y la había incapacitado, y bien incapacitada la había dejado, aunque ella ya no creyera en Él. San Agustín había rezado repitiendo una y otra vez solamente: «Mi Señor y mi Dios, mi Señor y mi Dios». Anne pensaba ahora que también ella podía rezar así en el sumun de su necesidad, invocando el nombre del Dios inexistente.

La mano de Anne volvía constantemente al bolso. Con el dedo tocaba la piedra gris elíptica, un poco cascada por un extremo, que su Visitante le había enseñado y que había dejado tras de sí como señal. Cada vez que la tocaba, notaba la densa dureza de la piedra y lo fría que estaba. La tocaba instintivamente con el dedo herido, con el dedo que se había quemado cuando estiró el brazo para tocarle la ropa a su Visitante. Todavía era capaz de sentir su textura, ligeramente rugosa. Aún no se le había curado la pequeña cicatriz. Victor, a quien se la había enseñado ante la insistencia de Gertrude, se había quedado perplejo. Le había mandado antibióticos. La cicatriz no mostraba signos de que fuera a infectarse, pero no terminaba de cerrarse. Anne la notaba ahora en contacto con la superficie dura y fría de la piedra, la piedra en cuyo pequeño contorno su Visitante le había hecho ver el universo, todo lo que hay. «Y si es tan pequeño...», pensó Anne, empezando así una frase que nunca había sido capaz de terminar sin titubear.

No había Dios, pero Cristo vivía; y en todo caso, su Cristo vivía, su Cristo cósmico y nómada, exclusivamente suyo, focalizado solo en ella mediante todos los rayos del ser. «Estaba vencido — pensó—: El camino a Jerusalén no fue un paseo triunfal. Era un fracaso, un hombre patético, engañado, decepcionado, que había tenido un final horrible. Y, sin embargo: “No lloréis por mí, sino por vosotras mismas”»[52] ¿Podría ella, sabiendo lo que sabía de él, conociendo como conocía

todo su fracaso, sabiéndolo todo, seguirlo? ¿Podría revivir su trayecto y su pasión, aun sabiendo que después de todo no era Dios? Y se acordaba de la «respuesta maravillosa» que había hecho que su Visitante se riera y la llamara «ingeniosa» cuando ella le había dicho: «El amor es mi referencia». Y se acordó también de manera extraña de algo que el Conde le había dicho una vez sobre su propio amor y sobre el objeto de ese amor: «Yo lo hacía todo. Representaba los dos extremos de la relación; y podía hacerlo porque ella era inaccesible». Y Anne, en su corazón, le gritó llorando a su Cristo viviente: «Ay, Maestro, tu yugo es pesado y tu carga insoportable».[53] Y ella se respondió con las palabras de él: «La tarea te corresponde a ti».

La tarea le correspondía a ella, y mientras meditaba sobre su espantosa ambigüedad, le pareció ver ante sí los brillantes ojos de Guy y su cara consumida, le pareció escuchar palabras dichas hacía un año, que en ese momento no sabía decir si eran de ella o de él: «Queremos que nuestros vicios se resientan, pero no que desaparezcan. El sufrimiento en el purgatorio es una historia mágica, la transformación de la muerte en dolor, un dolor feliz cuyo valor garantizado nos proporcionará a cambio un consuelo impercedero. Pero hay separaciones que son eternas, todas las cosas se acaban, se acaban para siempre, y no puede haber nada más importante que eso. Convivimos con la muerte; con el dolor, sí; pero en el fondo con la muerte».

Haciendo un quiebro en su mente, como si esquivara un golpe, Anne se apartó de aquellos pensamientos. Sabía que la acompañarían siempre e incluso habría veces en las que se le hincarían físicamente en la carne. El convento le había enseñado algo en relación con esa especie de realidad corporal que tenían los pensamientos. «Al menos —pensó—, es posible ayudar a la gente, hacerla más feliz y ahorrarle angustias; y eso es, en cierto modo, no solo posible, aunque no se me ocurre cómo ahora mismo, sino también necesario *debido a* todos aquellos finales definitivos.» Había ayudado a Gertrude. Gertrude le había dicho: «Estaba poseída por un demonio y tú me salvaste». «¿Cuánto hice de verdad por ella? —pensó Anne—. ¿Hasta qué punto fue mi ayuda decisiva para que esa gran superviviente efectivamente sobreviviera? Muy al principio, sí, conseguí aliviar su dolor.» Anne no lograba acordarse de nadie más a quien hubiera ayudado desde su «liberación». Ah, sí, había ayudado a Sylvia Wicks. Había visto a Sylvia y había escuchado su historia un día que Sylvia, completamente desesperada, había ido a Ebury Street buscando a Gertrude. Gertrude estaba ausente y Sylvia se lo contó todo a Anne, que se lo guardó para sí. Accedió a hablar con Paul, el hijo de Sylvia, y luego con la chica, Mary, a la que había dejado embarazada. Poco después de aquello, los jóvenes se tranquilizaron y lograron calmar a sus apenados y desquiciados padres. Decidieron tener el niño, hacer los exámenes correspondientes y después casarse. Mientras tanto, Sylvia los ayudaría a cuidar de la criatura. La criatura, un niño, al que llamaron Francis, llegó en julio. Lo bautizaron y Anne fue la madrina. Los abuelos, transformados, rivalizaron por su cariño. La verdad es que el padre de Mary era viudo y, en cuanto dejó de gritar, se mostró como una persona de lo más racional y encantadora. Sylvia y él, para alegre sorpresa de sus hijos, llegaron a apreciarse mucho. La vida de Sylvia había cambiado por completo: nunca antes había sido tan feliz y ahora apenas podía creerse que hacía un año hubiera estado tan desesperada como para pensar en suicidarse. Le dijo a Anne que

«todo había sido gracias a ella». «Bueno —pensó Anne—, algo bueno hice.»

Anne vio a Manfred una vez en casa de Sylvia. Manfred, para ser justos, sin saber nada de la relación que Anne tenía con ella, y en virtud de su informal benevolencia, llamó a Sylvia para saber si necesitaba dinero o alguna otra cosa; y, de hecho, más adelante, efectivamente, terminó resolviendo los problemas económicos de Sylvia. Se sintió recompensado cuando se enteró de que Anne estaba en ese momento con Sylvia. Corrió a por su coche y llegó convenientemente antes de que se fuera. Aquel día, Anne dejó que la llevara de vuelta a su piso. Esa fue la única ocasión en que estuvo a solas con ella. Manfred, por una vez, condujo despacio y dudó si parar el coche en alguna calle lateral apropiada y abrazarla o, al menos, declararse apasionadamente. Fue uno de los momentos más angustiosos de su vida. Pensó que, si lo hacía, Anne se horrorizaría y se sentiría avergonzada, angustiada, molesta, y le pediría que se detuviera. La predicción de Manfred era, de hecho, del todo correcta, y por supuesto también acertaba al pensar que Anne en ningún momento se había percatado de su amor. Su orgullo, muy parecido al de ella a ese respecto, no habría soportado el golpe. No se arriesgó. Y justamente por eso quizá la señora Mount tuviera razón al decir que no la quería lo suficiente.

En ese momento, mientras acariciaba a Perkins, Anne se centró en los sonidos que la rodeaban y a los que hasta ese momento no había prestado atención. Un grupo de personas de la mesa de al lado estaba manteniendo una animada conversación. De repente, Anne se quedó paralizada y aguzó el oído.

—Daisy Barrett se ha ido, ¿lo sabías?

—Sí, a los Estados Unidos.

—Se ha ido para unirse a un grupo de feministas amigas suyas, ya te imaginarás.

—¿Adónde?

—¿A California! ¿Adónde si no? A Santa Bárbara, según creo.

—Eso seguramente le vendrá como anillo al dedo.

—Aquí llevaba una vida completamente disparatada.

—Tú no sabes de la misa la media.

—Por lo menos se quitó de encima a aquel dichoso pelirrojo que andaba siempre arrastrándose tras ella.

—No puedo entender cómo aguantó a aquel tipo tanto tiempo.

—Te has enterado de qué ha sido de él, ¿no?

—¿Qué?

—Se ha casado con una viuda alegre.

—¿Rica?

—Por supuesto.

—Daisy era demasiado buena para él.

—Sí, Daisy es *alguien*, es una *persona real*. No sé si me entiendes.

—Perfectamente. Que Dios la bendiga dondequiera que esté. Ver aquella cara de borracha

pintarrajeada me alegraba el día.

—No tenía dentro ni una pizca de rencor: gritaba y berreaba, pero al final se lo perdonaba todo a todo el mundo.

—El Prince no será el mismo sin ella.

—¿Qué hizo con todas aquellas plantas tan horribles?

—Se las dio a Marje.

—Ah, claro.

—¿Os contó lo de esa monja espantosa que la andaba persiguiendo?

—¡Sí, hombre, a Daisy iba a perseguirla una monja!

—Una monja que había colgado los hábitos, para más señas.

—¿Qué crees que es más apasionante, una monja o un cura que ha colgado los hábitos?

—*Hábito*, qué hermosa palabra.

—Según parece, esa monja era una lesbiana chiflada y la habían echado del convento por seducir a las novicias.

—Cariño, ¿tienes su dirección?

—¿Cómo estaba Daisy cuando la viste?

—De perlas. Dijo que se iba a buscar la inocencia.

—Quizá todos deberíamos seguir su ejemplo.

—Pero no esta noche. Vamos a echarnos otra ronda. Le toca a Piglet.

Anne acariciaba a Perkins, que ahora estaba ronroneando. Acariciaba suavemente la nariz negra de la gata, allá por donde los pelos le crecían hacia abajo. Perkins miraba a Anne con sus penetrantes ojos verdes, libres de pecado y de pasiones. En un primer momento Anne se sintió conmovida y angustiada por la imagen que, de algún modo, se había proyectado de ella, y por ser el tema de esa conversación de bar. Luego se tranquilizó y sonrió. La verdad es que aquello tenía su gracia. ¿Y por qué iba a gozar ella del privilegio de librarse de una circunstancia tan común entre los hombres? Todos somos jueces y reos, víctimas de la malicia despreocupada y de la fantasía de los otros y, por nuestra parte, agentes propensos a la fantasía y la malicia. Y si a veces se nos acusa de pecados de los que somos inocentes, ¿no hay también otros pecados de los que somos culpables y que el mundo desconoce?

Así que Daisy se había ido a los Estados Unidos. Había precedido a Anne en su viaje al Nuevo Mundo. «Es otra vagabunda —pensó—. Bien, pues seguiré adelante y llevaré mi cruz y a mi Cristo conmigo». Había encontrado, en aquel retazo de conversación, el alivio que tanto tiempo llevaba anhelando: finalmente se había liberado de la angustia que la atenazaba. Daisy estaba «de perlas». Anne estaba de acuerdo con que Daisy era «alguien». Y por eso estaba buscando la inocencia. Era una búsqueda al alcance de los poderes humanos. Quizá, después de todo, la Bondad era algo demasiado difícil de buscar y demasiado difícil de entender. Anne ya no sentía el deber de seguir buscándola. Pero pensó, de una manera un tanto extraña, que, si Daisy alguna vez la necesitaba imperiosamente, quizá volvieran a encontrarse.



Anne dejó suavemente a Perkins en el suelo. Apuró su vaso de vino y empezó a ponerse el abrigo. De repente, se produjo un revuelo al otro extremo de la barra.

—¡Mira, mira quién está aquí!

—¡Es Barkiss! ¡Barkiss ha vuelto!

—¡Todo fue abrir la puerta y entró andando!

Los de la mesa de al lado de Anne se levantaron de un salto y salieron corriendo hacia el griterío. La gente se agolpó alrededor.

—¡Es Barkiss! ¡Ha vuelto con nosotros!

—Mira qué flaco está.

—¡Rápido, un sándwich de jamón para Barkiss!

—¡Ha estado fuera un año entero!

—¡Mira esas patitas! ¡Pobre! ¡Debe de haber llegado caminando hasta el fin del mundo por lo menos!

—¡Todo fue abrir la puerta, y entró andando!

—Nuestro buen Barkiss, nuestro querido Barkiss. Ha vuelto al Prince of Denmark.

Anne se asomó y vio a un gran labrador amarillo retozando y meneando la cola entre gritos de alegría. Observó la escena, se sonrió y luego salió del pub.

—*Es la hora, por favor. Hora de cerrar. La hora, caballeros, por favor.*

Al salir, el frío la hizo palidecer, y el caudal de aire que respiraba, encogida, se le coló hasta los huesos. Se abotonó el abrigo y se puso los guantes.

Todavía estaba nevando y las carreteras y las aceras estaban oscuras por el agua que corría y por el barro marrón. Los coches, cubiertos de blanco, se movían lentamente con un débil siseo. Anne miró hacia arriba. La nieve, iluminada por las farolas de la calle, caía en abundancia; contrastaba nítidamente con el fondo de la cerrada oscuridad que se alzaba tras ella. Los grandes copos se movían, flotaban, se acumulaban y descendían lentamente en medio de un grandioso silencio hipnótico que parecía desligado de los sonidos de la calle. Anne se detuvo a observar el espectáculo. Le recordó a algo que quizá hubiera visto en un cuadro o quizá en un sueño: parecía que los cielos se ensanchaban, gloriosos, totalmente desplegados ante la cara de Dios, inabarcables, ilimitados, eternamente hermosos, el universo en todo su esplendor proclamando la presencia y la bondad de su Creador.

Anne se quedó allí un rato. Después comenzó a caminar sin rumbo por las calles nevadas sintiéndose liberada de sus cargas. Al día siguiente estaría en América.

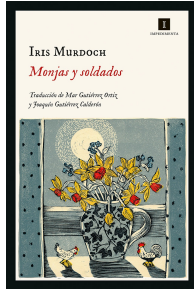
---

[51]. Palabras de Cristo recogidas en Marcos 4, 25.

[52]. Lucas 23, 28.

[53]. Se trata de una alteración de la cita original de Mateo 11, 30: «Pues mi yugo es suave y mi carga es liviana».

## Monjas y soldados



Guy, el núcleo central de un nutrido círculo de familiares y amigos, está en su lecho de muerte. Sus ojos releen por última vez la Odisea mientras su esposa Gertrude recibe el apoyo de toda una cohorte de allegados. Es entonces cuando Anne, su mejor amiga de la universidad, llama a su puerta por sorpresa, tras abandonar un convento de clausura en el que lleva interna los últimos quince años. Mientras, Gertrude empieza a sentirse como una Penélope cercada por sus pretendientes. Las novelas de Murdoch son como fugas de Bach: no importa cuántas veces las leas, siempre encuentras algo nuevo. Una novela en la que dan cita un enjambre de personajes, alternando espíritus marciales e inclinaciones monacales. Una novela magistral sobre el amor no correspondido y sobre las deudas del pasado.

**Dame Jean Iris Murdoch** nació en Dublín en 1919, aunque con semanas sus padres se trasladaron a Londres. Estudió en el Somerville College, de Oxford. En Cambridge tuvo como maestro a Wittgenstein. Escribió su primera novela, *Bajo la red*, en 1954 (*Impedimenta*, 2018). Autora tremendamente prolífica, *Impedimenta* ha publicado también *El unicornio* (1963) y *Henry y Cato* (1976), *Monjas y soldados* (1980) y *El libro y la hermandad* (1987). Falleció a los 79 años, en 1999, y sus cenizas fueron esparcidas por el jardín del crematorio de Oxford.

Título original: Nuns and Soldiers

Edición en ebook: noviembre de 2019

Copyright © Iris Murdoch, 1980

Copyright de la traducción © Mar Gutiérrez Ortiz y Joaquín Gutiérrez Calderón, 2019

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2019

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

[www.impedimenta.es](http://www.impedimenta.es)

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel

Maquetación: Daniel Matías y Luis Villén

Corrección: Ane Zulaika, Ainize Salaberri y Sara Terrero

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-17553-47-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## Índice

Portada

Monjas y soldados

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

Sobre este libro

Sobre Iris Murdoch

Créditos



IMPEDIMENTA

IRIS MURDOCH

*Monjas y soldados*

*Traducción de Mar Gutiérrez Ortiz  
y Joaquín Gutiérrez Calderón*

